

LOS INMIGRANTES

Howard
Fast



Lectulandia

Howard Fast nos entrega, en su obra *Los inmigrantes*, la historia de las aventuras más apasionantes de una América poblada intempestivamente por un inmenso aluvión de humanos, provenientes de los países más lejanos y disímiles. Turcos, griegos, polacos, húngaros, italianos, franceses, japoneses... quienes, llenos de ilusión, abandonan sus viejos lares ancestrales para buscar mejores horizontes de progreso en un mundo donde el proceso de ser engañado, estafado, robado, burlado, constituía una intrincada parte de la existencia... Los inmigrantes, al hacer parte de una trilogía que relatará la vida de tres familias californianas a lo largo del siglo xx, es una verdadera novela, digna de tener siempre presente, no sólo por la calidad vital y filosófica de todos sus protagonistas, sino también por la nítida y absorbente visión llena de amor, belleza y ternura, donde la esperanza parece ser el único lenitivo cuando se siente la nostalgia de una patria y, cuando a través de las mezclas de costumbres, mitos y religiones, se ha logrado construir una nueva nación a la cual se llega a apreciar tanto o más que al lugar de origen. *Los inmigrantes* es una de las mejores obras de aventura, esperanza, amor, desilusión, pasión y lucha por sobrevivir en un mundo nuevo, colonizado por quienes, sin vislumbrar siquiera el camino de sus descendientes, hicieron parte de la historia americana.

Lectulandia

Howard Fast

Los inmigrantes

La familia Lavette - 1

ePub r1.0

Etsai 07.07.13

Título original: *The immigrants*

Howard Fast, 1977

Traducción: Adolfo Martín

Retoque de portada: orhi

Editor digital: Etsai

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Los inmigrantes no tenían conciencia del papel que estaban desempeñando. No soñaban con la Historia ni se veían a sí mismos como parte de esa Historia. Compartían una mitología del lugar a que se dirigían, pero apenas si conocían nada de la realidad de ese lugar. La miseria les absorbía. Les absorbían las náuseas. Les absorbía el sufrimiento de sus estómagos. En el cabeceante, movedizo y fétido camarote de unos seis metros cuadrados, ocupado por ocho seres humanos, cuatro adultos y cuatro niños, queapestaba a una mezcla de olor corporal y vómito y carecía de toda ventilación, se hallaban inmersos en los diversos grados de su miseria, y esta miseria les parecía prolongarse toda una eternidad.

En la pequeña y fría cubierta, barrida por el agua y el viento, asignada a los pasajeros de proa, se encontraba un cierto alivio a la opresiva atmósfera del camarote, pero, en el mes de diciembre de aquel año, 1888, el Atlántico Norte proporcionaba escasa compensación por el soplo de aire fresco que deparaba la cubierta. Ésta era húmeda y gélida, y las olas se abatían sobre ella cuando empeoraba el tiempo. Y el tiempo no era nada bueno durante aquella travesía.

Anna Lavette estaba casi constantemente tendida en su litera. Era una muchacha morena y atractiva, de poco más de veinte años, y se encontraba en el séptimo mes de embarazo. Había nacido y se había criado en el diminuto poblado de pescadores de Albenga, al norte de Italia, a orillas del mar Ligur. Su marido Joseph, era un primo lejano, no por lazos de sangre, sino por la intrincada red del parentesco italiano. Los Lavette eran una familia de pescadores, mitad italianos y mitad franceses, una parte de ellos en San Remo y la otra parte en Marsella. Joseph, pescador desde los diez años, se había criado en Marsella.

Ahora, a sus veinticinco años, era robusto, corpulento, inmune al mareo, fuerte como un toro, animoso y risueño. Su matrimonio con Anna había sido concertado cuando ambos eran niños, y él la había visto por primera vez hacía sólo diez meses, al celebrarse la boda. Estaba encantado de su buena suerte: una esposa agradable de mirar, rolliza y deliciosa de abrazar, alegre y, a todas luces, igualmente complacida con el marido elegido para ella. Recibía su cuerpo con la misma complacencia que él el suyo, y sus actos amorosos eran satisfactorios para los dos. Aunque Anna no sabía francés, Joseph dominaba el italiano, y ella encontraba atractivo su acento francés. Poseía también imaginación, y, cuando él le dijo que su hijo —ni por un momento pensó que pudiera ser una hija— debía nacer en Norteamérica, ella asintió.

Se convirtieron, así, en parte de ese inmenso aluvión de humanidad que eran los inmigrantes, un torrente de naciones que cruzaba el Atlántico y se vertían en otro mundo. Llevaban dieciséis días de navegación. Durante los cinco últimos días, Anna había permanecido en su litera, febril y congestionada, sin intimidad, sin aire, trocándose su animosidad en desesperanza, temiendo más por su hijo no nacido que por su propia vida, vomitando la voluntad de vivir y con el único consuelo de estar

casada con un hombre paciente y cariñoso, que permanecía largas horas junto a ella, pasándole un paño húmedo por la ardorosa frente, describiendo lo que sería su vida en la dorada tierra americana.

—No —le dijo ella una vez—. No, Joseph. Yo moriré aquí.

—No lo permitiré —replicó él—. Eres mi mujer. Me honrarás y obedecerás y te pondrás bien.

—Me siento muy desgraciada.

Ella no murió, y llegó un día en que cesaron los bandazos y los cabeceos del barco, y él la cogió en sus brazos y la llevó a la cubierta. Anna estaba delgada y consumida, pero, cuando vio el sol y el cielo y las tersas aguas del puerto de Nueva York, comprendió que viviría y que deseaba vivir.

Se hallaban de pie sobre cubierta, mientras el viejo y herrumbroso barco que durante diecisiete días había sido su hogar y su arca viraba hacia Ellis Island, hombro con hombro, mejilla con mejilla. Todo el mundo estaba en cubierta, los viejos y los jóvenes, chicos alborotadores, niños lloriqueantes, los silenciosos, los aterrados, los enfermos, los esperanzados, nacionalidades y lenguas en un torrente de sonidos, lágrimas y risas. La gran dama de la esperanza les daba la bienvenida, y esto es lo que ellos habían estado esperando ver. La Octava Maravilla del Mundo. «Dadme vuestras fatigadas, vuestras pobres, vuestras apiñadas masas que anhelan respirar». En cinco lenguas, los datos estadísticos flotaban sobre el mare mágnam de sonidos. Tiene cuarenta y seis metros de altura y pesa doscientas veinticinco toneladas. Sí, puede uno subir hasta la antorcha, en el extremo mismo del brazo. Al otro lado del agua, se alzaba la masa de edificios, pero la dama de la libertad era algo distinto.

Luego, en Ellis Island, abrupto peñasco destacado del puerto y cubierto de edificios abarrotados de gente, Doña Libertad se reía de ellos. Fueron hacinados como cabezas de ganado, y gemían de temor ante los misterios. La vacuna contra la viruela era un misterio. Las horas de espera constituían otro misterio. Había turcos, y nadie hablaba turco; había griegos, y nadie hablaba griego. Con el italiano, era otra cosa. Un funcionario de inmigración hablaba correctamente el italiano, y preguntó a Joseph cuánto dinero tenía.

—Setecientos veinte francos franceses.

—Eso es dinero francés —dijo el hombre—, ¿y para qué sirve el dinero francés en Norteamérica?

—¡Madre de Dios! —murmuró Anna.

Cordial y amistosamente, el funcionario de inmigración se los llevó a un lado. Se sintieron aliviados después de la súbita punzada de terror. El hombre mostraba una expresión amistosa, un espíritu amistoso, y hablaba su misma lengua.

—¿No querrá decir que nuestro dinero no tiene valor? —suplicó Joseph.

—Claro que no. Pero debéis tener dólares, dinero americano.

—Sí, sí, claro —le explicó el asunto a Anna y se volvió de nuevo al inspector—. Mujeres. Y está embarazada. Se ha mareado durante el viaje.

—Claro, claro —el inspector se llamaba Carso—. Paisano —dijo cordialmente, pasando por alto el acento francés de Joseph.

—Paisano —respondió Joseph.

Los hombres comprenden estas cosas. Carso tenía un amigo que se llamaba Franco, y Joseph levantó el hatillo que contenía todos sus bienes terrenos y, con un brazo en torno a la cintura de Anna, siguió a Carso fuera de la multitud.

Franco era un hombre menudo, de ojos vivaces y nariz larga, aire furtivo y modales lastimeros. Dejó bien claro que sufría; sufría haciendo favores a idiotas bondadosos como Carso. ¿Quién necesitaba francos franceses? ¿Quién los quería? ¿Por qué insistía Carso en hacerle la vida tan difícil? Finalmente, se ablandó y entregó a Joseph sesenta dólares por sus setecientos veinte francos, aproximadamente, la tercera parte de lo que habría obtenido a un cambio honrado.

Así fue como los Lavette, Joseph y Anna, los inmigrantes, llegaron a Estados Unidos.

Al cabo de cinco semanas, no les quedaba nada de los sesenta dólares. Joseph averiguó que había sido engañado y averiguó también que no podía hacer nada al respecto. Averiguó que el proceso de ser engañado, estafado, robado, burlado, constituía una intrincada parte de la existencia en Norteamérica de dos inmigrantes que no hablaban inglés y no tenían parientes ni amigos. Su mujer no expresaba sus pensamientos, pero éstos se traslucían con claridad en sus oscuros y doloridos ojos. «Mírame con mi vientre hinchado. Daré a luz a la criatura en una carbonera. Ésta es su herencia». Habían pagado por adelantado siete dólares por el alquiler mensual de la mitad de una carbonera situada en Rivington Street. La luz penetraba en ella a través de dos sucios ventanucos abiertos en lo alto de la pared. Anna limpiaba y limpiaba, pero no hay forma de limpiar una carbonera. Desde la salida del sol hasta el ocaso, Joseph ofrecía su cuerpo, su inteligencia, su gran fuerza. Primero, en los muelles de East Side, se ofreció como pescador. No había trabajo. Era invierno, un invierno frío, y sólo se hacían a la mar los barcos más grandes. Por cada puesto de trabajo en los barcos grandes había diez hombres despedidos de los barcos pequeños, y hablaban inglés. Él se ofrecía en mudo e impotente silencio. Un día, encontró un solar en construcción a cargo de un capataz italiano. Dejó a un lado su orgullo y suplicó.

—Es inútil, paisano. Vuelve la semana que viene, la semana siguiente.

Tras mucha discusión, Anna le convenció para que se gastase dos dólares en una chaqueta gruesa. Tenían que ir al médico, y cada vez les costaba un dólar. En los

muelles, Joseph conoció a un italiano llamado Mateo, y éste le aseguró que él, Mateo, podía encontrarle trabajo como marinero de cubierta en un barco de excursionistas. Nadie le dijo a Joseph que los barcos de excursionistas no funcionaban durante el invierno. Para conseguir el empleo, para asegurarlo, Mateo tendría que disponer de diez dólares por adelantado. Luego se reunirían en el Battery. En el Battery, Joseph esperó durante cinco horas bajo el gélido aire y, luego, desconsolado, lleno de la mortificación del hombre decente que ha sido cruelmente engañado, volvió junto a Anna.

El sótano estaba siempre frío. Por la noche, se acurrucaban uno contra otro como dos niños perdidos, el gran corpachón de un hombre privado de su virilidad, la mujer privada de su alegría, su ánimo y su juventud, abrazando Joseph su hinchado cuerpo y enjugándole las lágrimas. Éste sabía que ella debía comer bien; procedían ambos de una tierra de sol y cálidos vientos, donde la comida era vida, alegría y tradición; pero, al ir disminuyendo sus dólares, empezaron a comer solamente pan, pasta de sopa y pescado salado, viendo cómo se esfumaban poco a poco los centavos. Éstos no tardarían en gastarse por completo. ¿Y entonces?

Después, Joseph diría que debían sus vidas y la vida de su hijo a Frank Mancini. Cuando decía eso, los labios de Anna se apretaban y se endurecían sus ojos, y Joseph se encogía de hombros y decía algo acerca de que un hombre y una mujer veían las cosas de modo distinto.

Frank Mancini era un caballero elegante. Llevaba un sombrero flexible negro y un abrigo también negro con cuello de visón oscuro. Tenía un pañuelo de seda blanco al cuello, y sus afilados zapatos estaban siempre relucientes. Entró en el destartado sótano en que vivían Joseph y Anna como si entrase en un palacio, se quitó el sombrero, les hizo una inclinación y les informó que se llamaba Frank Mancini — hablaba un italiano impecable— y que le había dado su dirección Rocco Cantala, el capataz de las obras en que Joseph había pedido trabajo.

Los Lavette le escuchaban estupefactos. Aquélla era la primera persona que ponía los pies en su casa, y una persona de tal elegancia y apostura que los dejó mudos. Se le quedaron mirando.

—Soy contratista de mano de obra —anunció.

Continuaron mirándole, esperando.

—Perdonadme. Llevo treinta años en este país y olvido que existen otros lugares y otras costumbres. Olvido que el mundo no es América. ¿Habéis oído hablar alguna vez del «Ferrocarril Atchison»?

Joseph se estaba preguntando si sería oportuno y cortés sugerir que míster Mancini se quitase el abrigo. Hacía mucho frío en el sótano. Él llevaba la chaqueta que había comprado, y Anna, tres capas de algodón bajo el jersey. Decidió que, en

cualquier caso, sería presuntuoso por su parte.

—¿El «Ferrocarril Atchison»?

Joseph y Anna movieron la cabeza.

—Es un gran ferrocarril, allá, en el Oeste. Debéis comprender que Norteamérica es un país inmenso, tan grande como toda Europa. Pues bien, este gran ferrocarril, que se llama el «Atchison», ha comenzado la construcción de un ramal para enlazar su línea principal con la ciudad de San Francisco.

—San Francisco —dijo Joseph.

Había oído el nombre.

—Una hermosa y espléndida ciudad prendida como una joya en la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Y comprendéis, naturalmente...

—Siéntese, por favor —dijo Anna.

Había olvidado la cortesía; había olvidado que, fuera aquel lugar lo que fuese, era, no obstante, su hogar, y que el rico y elegante míster Mancini era huésped de su hogar.

Míster Mancini examinó las tres cajas de madera que servían de sillas. Su expresión era dubitativa, y Joseph miró a Anna con desaprobación. Luego, míster Mancini se sentó cautelosamente y pasó a explicar las cualidades necesarias para construir un ferrocarril, siendo la más importante la de ser hombre de músculos vigorosos y robusta complexión.

—Yo contrato hombres así —continuó diciendo—, hombres que no tengan miedo al trabajo duro.

—¡Dios mío! —exclamó Joseph—; es lo único que quiero, trabajar y ganarme el pan. Mi mujer está embarazada.

—Ya veo. ¡Dios bendiga a la criatura! Como he dicho, el trabajo es duro. No engañaré a un compatriota. Pero el salario es bueno, veinte centavos la hora, dos dólares al día, doce dólares a la semana..., incluidas comidas y un lugar donde dormir.

La súbita esperanza nacida en el pecho de Joseph se extinguió.

—Ya ve el estado en que se encuentra mi mujer. No puedo dejarla.

—¿Quién quiere que la dejes? Encontrarás otros con mujeres e hijos también. Es una vida dura, pero sana. Mejor que vivir en un lugar como éste.

—¿Está lejos? —preguntó Anna, con tono vacilante—. ¿Sigue siendo América, o es otro país?

—Porque mi hijo no debe nacer en otro país —dijo firmemente Joseph.

—Excelente. Excelente. Admiro eso. Pero tengo que explicaros algo acerca de Norteamérica. Es un grupo de Estados Unidos entre sí. Por eso se llama Estados Unidos. Trabajarás en un Estado llamado California..., un lugar maravilloso, te lo aseguro.

Continuó asegurándoles todas las alegrías y recompensas que dimanaban de trabajar para el «Ferrocarril Atchison». Luego, sacó varios papeles del bolsillo interior de la chaqueta. Estaban escritos en inglés, que Joseph no sabía leer, pero Mancini explicó que se trataba de un simple contrato de trabajo.

Una turbada Anna contempló cómo firmaba Joseph los papeles. La criatura que llevaba en el vientre estaba ahora dando patadas y moviéndose constantemente. Ya no podía recordar si había calculado bien las semanas y los meses.

—Mañana, pues —dijo Mancini—, en el transbordador *Lackawanna*, en el North River. A las siete de la mañana. ¿Sabes dónde está el transbordador?

Joseph asintió. Sí que lo sabía, ya que había merodeado por los muelles, desde la Calle 14 hasta el Battery, buscando trabajo, cualquier clase de trabajo. Ahora, gracias a Dios, ya lo tenía.

Aquella noche, Anna rogó a Joseph que no fuera, que no les llevase a otro lugar desconocido. Su conocimiento de la geografía, la situación y la distancia era vago. Nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir ni tenía la más mínima noción de inglés, por la sencilla razón de que, durante su estancia en Norteamérica, había sido escaso su contacto con los que hablaban inglés. Joseph había adquirido un vocabulario de unas docenas de palabras, pero Anna se había visto obligada a permanecer silenciosa, privada de voz y de voluntad. La travesía desde Europa había sido una eternidad de sufrimiento, y sabía que era imposible el regreso, imposible establecer de nuevo contacto con sus familiares, sus amigos o las cosas de su país, y se aferraba a la miserable habitación en que vivían como algo que, al menos, era conocido.

—Moriremos si nos quedamos aquí —declaró Joseph, en respuesta a todos sus argumentos, y ella pensó:

«Yo moriré de todas formas».

Con la primera luz del alba, Joseph reunió sus escasas pertenencias, y salieron al helado exterior para cruzar la parte baja de Nueva York, en dirección al transbordador *Lackawanna*. Al llegar al embarcadero, se unieron a un grupo de una docena de hombres y mujeres y dos o tres niños ya congregados allí; y para cuando apareció Mancini, una hora después, el grupo había aumentado a dieciocho hombres, seis mujeres y siete niños. El miedo de Anna se intensificó, y se aferró a Joseph. Algunos de los hombres estaban vestidos literalmente de harapos, sucios, sin afeitarse, ateridos, varios de ellos abyectamente rendidos a las circunstancias, abatidos, desesperanzados, casi todos inmigrantes, suecos, italianos, polacos, turbadas y amilanadas sus mujeres, los escasos niños asustados e intimidados por la vista del ancho y gélido río y de la neblinosa incógnita que se escondía tras él. Mancini era su pastor. Sonriente, seguro de sí mismo, plenamente al mando de la situación, los condujo en manada al transbordador. Aterida, sumida en atemorizado silencio, Anna

contemplaba cómo se deslizaban las grises aguas ante ella y sintió congelársele las lágrimas en las mejillas. Ni Joseph ni ninguno de los obreros contratados hablaba; permanecían alineados a lo largo de la barandilla y veían alejarse Manhattan, con rostros yertos y desesperanzados.

En la estación del ferrocarril, al otro lado del río, los obreros recibieron unas lonchas de jamón con pan duro y café en vasos de hojalata. Mancini, siempre alegre y sonriente, les aseguró que se habían tomado disposiciones para que fueran atendidos y alimentados durante el viaje a través del país, y, luego, los condujo a una parte de la estación en que estaba detenido un furgón. Allí, los dejó a cargo de un empleado del ferrocarril, que les pasó lista utilizando la relación de Mancini y los hizo subir al furgón. Como algunos de los hombres empezaran a protestar, Mancini les aseguró que aquél no era un furgón corriente. Tenía retretes en uno de los extremos y se hallaba dividido en dos partes, para que las mujeres pudieran disponer de intimidad. Había colchones donde dormir. Cada día recibirían comida y agua fresca. Sería un viaje interesante e instructivo, y verían gran parte de aquel hermoso país que habían elegido como su nueva patria.

Hasta aquí lo que Frank Mancini dijo al grupo de obreros en la estación de la orilla occidental del río Hudson. Había muchas más cosas que hubiera podido decirles y que se calló: que los retretes estaban sucios y funcionaban mal, que el hedor invadiría en muy poco tiempo el furgón, que en Chicago se unirían al grupo otros dieciséis hombres, que la comida sería mala y escasa, que no tendrían agua potable suficiente y que el frío sería insoportable en el vagón que carecía de calefacción. También dejó de decirles que el viaje a través del continente duraría siete días.

Siete días en un furgón, como descubrió Anna Lavette, pueden ser una eternidad. Había una única y primitiva letrina construida en un extremo del vagón. No había calefacción, ni asientos, ni mantas, excepto las que los inmigrantes llevaban consigo, y la comida, que les era introducida en las paradas del tren, estaba constituida por una desalentadora e invariable dieta de salchichas frías y pan duro. La población del vagón estaba separada por el idioma y la procedencia. Los hombres se enfurecían con facilidad; la frustración se convertía en ira. Sin ningún otro lugar en que desahogar su furia y su desesperación, los hombres se volvían contra sus esposas, pegaban a las sumisas y mudas mujeres y se convertían en animales enjaulados frente a cualquiera que se atreviese a intervenir.

Durante tres días, Joseph y Anna permanecieron acurrucados en el vagón y contemplaron con creciente desesperanza la vida que se desarrollaba en el furgón. El cuarto día, comenzaron los dolores de Anna, y, a las cuatro de la madrugada, en el traqueteante, bamboleante y frío vagón, nació el hijo de Anna. Una mujer polaca y otra húngara hicieron de comadronas, y, súbita y milagrosamente, cesaron las riñas en

el vagón. La ira se tornó compasión, y el diminuto trocito de lloriqueante vida se convirtió en una especie de pacto y promesa para los inmigrantes. Le fueron entregados a Anna chaquetas y abrigos para calentarse, y la criatura pasó a ser triunfal posesión de todos cuantos se encontraban en el vagón. El marido de la mujer polaca que había actuado de comadrona sacó una botella, cuidadosamente atesorada, de aguardiente de ciruelas, y todos bebieron a la salud del recién nacido. Olvidaron su propia desgracia, y una heterogénea mezcla de lenguas y balbucientes traducciones se dedicó a la tarea de buscar un nombre para el niño.

Joseph eligió el nombre de Daniel. El niño había nacido en una guarida de leones, o en su vago equivalente. En cuanto a Anna, se sentía contenta de que hubiera terminado el embarazo y de que aquel encantador y saludable trocito de vida mamase de sus pechos. Por lo menos, tenía leche, y el niño viviría. Y tarde o temprano encontrarían un sacerdote que pudiese bautizarle.

Así fue como Daniel Lavette vino al mundo en un traqueteante furgón que atravesaba de una parte a otra los Estados Unidos de América. Pesaba más de tres kilogramos y medio, mamaba vigorosamente y se iba poniendo gordo y robusto. Años después, los médicos le dirían a Anna Lavette que la forma del parto y ciertas complicaciones que debieron de sobrevenir le ocasionaron una incapacidad para tener más hijos. Ahora, sólo sabía que el sufrimiento había pasado y que había nacido un niño hermoso y saludable.

Durante sus tres primeros meses de vida, Daniel Lavette se crió en campamentos ferroviarios, mientras su padre clavaba estacas y manejaba raíles de acero. Pero permanecía felizmente inconsciente de ello, y también del día en que su padre vio por primera vez las colinas de San Francisco y decidió que aquél sería el lugar donde viviría, y sus primeros recuerdos de sus padres comenzaban en el piso de Howard Street en que Joseph Lavette se había instalado después de encontrar trabajo en uno de los barcos pesqueros que salían del muelle. La aflicción de la enfermedad de Anna Lavette, originada por el confinamiento en un sucio vagón, era también anterior a sus recuerdos. Él era el único hijo. No habría más.

Joseph Lavette había ahorrado cuarenta y dos dólares trabajando en el ferrocarril. La experiencia le había convertido en un hombre cuidadoso y ahorrativo, que vivía con el obsesivo temor de volver a encontrarse sin un céntimo, y, a medida que pasaban los años, conforme aprendía a defenderse en el idioma inglés, su vida se fue centrando en un único objetivo: ser propietario de un barco de pesca, ser su propio patrón y no verse de nuevo desesperado, como una hoja agitada por los vientos del azar.

En 1897, cuando el pequeño Daniel tenía ocho años, versado ya en ese extraño, complejo y retorcido idioma llamado inglés —todavía un misterio para su madre— y asistía ya a la escuela y aprendía toda clase de increíbles cosas sobre aquel lugar,

aquel San Francisco, aquella California, su padre había logrado ahorrar seiscientos dólares. No había sido tarea fácil. Significaba escatimar, economizar, cubrir justamente las necesidades más elementales, y todavía era sólo la mitad de lo que necesitaba para comprar el barco... no cualquier barco, no uno de los equipados con vela latina que poseían la mayoría de los pescadores italianos independientes, sino uno de los nuevos barcos con motor; y, por lo que a Joseph se refería, habría de ser un barco con motor o nada. Pues ésta también era la actitud y la ideología del inmigrante. El barco no era para él; el barco sería para Daniel. Su jefe le había permitido ya dos veces llevar consigo al pequeño Daniel. Su recompensa era la excitación y la alegría del niño al navegar por la bahía y alardeaba de ello con Anna.

—¿Y por qué tiene que ser pescador? —le preguntó ella—. Es un chico listo. Tú sabes lo listo que es.

—Quieres decir que yo soy tonto.

—No, no. Pero estamos en Norteamérica, y hay otras cosas. Maria Cassala me ha dicho que su hijo será contable algún día. Un contable se sienta a una mesa y lleva ropa limpia.

—No puedo discutir contigo —replicó Joseph—. Hay cosas que no comprendes, demasiadas cosas.

Maria Cassala era una mujer amable y comunicativa, una siciliana que estaba casada con un albañil napolitano llamado Anthony Cassala. Llevaban viviendo en San Francisco desde 1885, o, mejor dicho, era su marido el que llevaba viviendo desde entonces. Maria se había casado con Anthony en 1892, el año en que ella llegó a Norteamérica desde Sicilia. Había conocido a Anna mientras hacía la compra y había tomado bajo su protección a la asustada y frágil joven. Para Anna, los Cassala constituían una fuente de inspiración y asombro. Vivían en su propia casa, una casa de madera en Folsom Street, que había construido Anthony Cassala, con sus propias manos casi toda ella.

Un día, Anna le confió a Maria el sueño de Joseph de poseer un barco propio.

—Nunca está satisfecho —dijo—. Nada para hoy..., sólo para mañana, y nunca lo conseguirá.

—¿Por qué?

—Porque necesita quinientos dólares. En diez años más no habremos ahorrado otros quinientos dólares.

—Entonces —respondió Maria—, dile que venga a ver a mi hombre, Tony. Tony le prestará el dinero.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Qué pregunta más tonta! Porque Joseph es un hombre bueno.

—¿Pero cómo podremos devolverlo?

—Joe tendrá una motora, y, en vez de trabajar para un jefe, él mismo será su jefe.

Ganaréis dinero y lo devolveréis. Por favor, Anna, dile que vaya a ver a Tony.

Anthony Cassala, delgado, moreno, de pelo negro, era un tipo de persona realmente muy poco frecuente, un hombre feliz, felizmente casado, contento con su suerte, religioso y consagrado a su hogar y a sus hijos. Él y Maria tenían dos hijos, Stephan, de once años, y Rosa, de nueve. Carente por completo de instrucción, había aprendido sólo a leer y escribir inglés, y su hijo, Stephan, había transferido a su padre las lecciones de la escuela, enseñándole los rudimentos de la aritmética.

A principios de 1903, un modesto contratista italiano, para el que Anthony trabajaba ocasionalmente, le rogó que le prestara mil dólares por un período de tres meses. Prometió devolverle al final del plazo el importe del préstamo, más una prima de doscientos dólares, mil doscientos dólares en total. Cassala no sabía nada de las reglas, ni las leyes, ni la historia del interés; no tenía la más ligera idea de que se le rembolsaría en términos del ochenta por ciento, veinte por ciento en tres meses, ochenta por ciento al año, ni era capaz en aquel tiempo de calcular porcentajes. Y tampoco había oído jamás la palabra usura. Cogió sus ahorros y se los dio a su amigo; y, al cabo de tres meses, el contratista rembolsó la deuda con la prima de doscientos dólares. Afortunadamente, el contratista era también un hombre honrado y decente, y varias veces, teniendo que hacer frente al pago de la nómina o de diversas facturas, recurrió a Cassala, pidiéndole dinero prestado y devolviéndoselo con una prima que, en cifras de porcentaje anual, oscilaba según las ocasiones entre el cincuenta y el ochenta por ciento.

En una comunidad de trabajadores italianos, en que los salarios eran bajos y el desempleo y los despidos frecuentes, se corrió la noticia de la generosidad de Anthony —pues así era como la consideraban—, y se encontró prestando pequeñas cantidades aquí y allá, y cada vez con más frecuencia. Debido a su forma de ser, casi siempre le devolvían lo prestado, y, al año del préstamo inicial, se vio convertido en una pequeña compañía de préstamos. No pedía más garantías que la reputación del hombre a quien prestaba; nunca apremiaba a sus deudores; y, cuando era necesario prorrogar el préstamo, lo prorrogaba.

Fue de su hijo, Stephan, que iba a la escuela y leía libros, de quien aprendió que era un usurero, y, después de haberse confesado en la iglesia y enfrentado a sus propias culpas y revisado su fortuna, decidió abandonar su actividad de prestamista. Pero las presiones de sus compatriotas eran demasiado grandes. Así pues, fijó su tasa de interés en el diez por ciento anual. Sus beneficios eran pequeños; continuaba trabajando de albañil, pero, poco a poco, se vio obligado a asumir el papel de banquero para personas que no tenían otro lugar al que acudir.

Según la forma de pensar de Joseph Lavette, pedir dinero prestado era humillarse. Había soportado la pobreza y la desesperación, pero nunca se había rebajado a pedir prestado, y, por eso, lo consideraba una rendición y una humillación. Resistió durante

semanas la insistencia de su mujer, pero finalmente sus deseos de poseer una embarcación propia vencieron a su orgullo, y fue a ver a Anthony Cassala.

—Nunca he pedido dinero —declaró—, pero, si me lo prestas, tienes mi palabra de honor...

Podría haber seguido hablando y hablando, pero Cassala le tranquilizó.

—Por favor, no disminuyas mi placer —insistió Cassala—. Te he estado esperando. El dinero es tuyo.

De hecho, el dinero fue devuelto al cabo de un solo año, y Joseph Lavette encontró un amigo al que estimaba en alto grado. Pero ahora tenía en el bolsillo la suma necesaria para la compra.

—Daniel no irá hoy a la escuela —dijo a su mujer—. Voy a comprar una lancha, y no lo haré sin que venga mi hijo.

—La escuela es más importante —replicó Anna.

—La lancha, ¿es para mí o para él?

—Tiene nueve años. Deja en paz al chico.

—¡Ah, mujeres! —exclamó, con disgusto—. El chico viene conmigo.

Aquel día permanecería toda su vida en el recuerdo de Dan Lavette. Una lancha tras otra, la maravilla y el misterio de los nuevos motores accionados con gasolina, la ciencia de las embarcaciones, la forma de la proa, la curva de la borda. Una lancha —le explicó su padre— es una cosa viva. Sólo cuando permanece en el muelle está quieta, aletargada; pero, cuando un hombre pesca, la lancha forma parte de su existencia. Su subsistencia y hasta su propia vida pueden depender de la lancha. Finalmente, Joseph Lavette tomó su decisión, y una lancha de pesca propulsada a motor fue suya.

A partir de aquel día, el pequeño Daniel Lavette vivió para los sábados y para los dos meses de verano en que la escuela estaba cerrada por vacaciones. Todos los sábados por la mañana, antes de amanecer, era despertado por su padre, que le sacudía suavemente y murmuraba: «Arriba, arriba, Danny. Vamos a pescar».

Y luego, vestirse en la fría oscuridad de la madrugada, sentarse medio dormido para tomar té caliente y comer gachas de avena, mientras Anna protestaba de la barbaridad que suponía despertar al niño a aquellas horas, para descender después la empinada colina de la mano de su padre; ¡qué excitante, qué maravillosa podía ser la vida! La mayor parte de las mañanas, la bahía yacía bajo un algodonoso velo de niebla, que el sol disipaba luego al elevarse; venía después la excitación de preparar la lancha. De ordinario, se reunía con ellos un muchacho, uno de los mozalbetes italianos que su padre contrataba, pero no cuando Daniel hubo cumplido los doce años. A partir de entonces, hacía el trabajo de un hombre en la lancha, y ésa era su mayor alegría. Adoraba al enorme, fuerte y bonachón hombre que era su padre y sufría durante sus años de escuela, odiando cada uno de ellos, soñando sólo en el

momento en que llegasen las vacaciones de verano y pudiera pasarse todo el día en la lancha con su padre.

Los días buenos y los malos; el ardiente sol o la helada lluvia, una cristalina bahía que semejaba un estanque o un hirviente y furioso infierno en el que se requería toda la destreza y pericia marinera de su padre para sobrevivir.

Así fueron pasando los años, y el chiquillo que amaba el mar se convirtió en un joven alto, fuerte, y muy seguro de sí mismo.

—Lo lleva en la sangre —decía orgullosamente Joseph a su mujer—. Ese chico es un perfecto marinero.

Anna, por su parte, había estado experimentando la americanización del inmigrante; tenía otras ideas y discutía con Joseph.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser pescador?

—¿Y qué tiene de malo la pesca? ¿No he mantenido un techo sobre nuestras cabezas y comida sobre la mesa? Yo soy pescador. Mi padre era pescador. ¿Por qué no va a ser pescador mi hijo?

—Porque esto es América. No es Italia. Esto es San Francisco. Los italianos no son campesinos aquí; son abogados, médicos y comerciantes.

—Nunca hemos tenido abogados en nuestra familia. Un abogado es como una sanguijuela. ¿Tiene que ser una sanguijuela mi hijo?

—Podría ser algo más que pescador. Todos los días, cuando salís, rezo a Dios porque le haga volver sano y salvo. ¿Es ésa forma de vivir?

—Es una buena forma de vivir. Yo no le obligo. Pregúntale a él. Tiene dieciséis años. Pregúntale a él.

Pero, pensando en el asunto, Joseph llegó a dudar. Una y otra vez, durante el largo verano de 1905, tomó mentalmente nota de que tenía que hablar de ello con su hijo. Quizá tuviese Anna razón. Pero, luego, se preguntaba qué significado tendría todo si su hijo abandonaba la lancha. Cuando finalizó el verano, Dan anunció que no volvería a la escuela. Le faltaba sólo un año para terminar el bachillerato, pero, como él insistió, fue inútil. No le interesaba la escuela. Era pescador, como lo había sido su padre. Joseph trató de discutir con él. Anna lloró y suplicó, pero Dan Lavette, aún no cumplidos los diecisiete años, era ya un hombre con ideas propias, tres centímetros más alto ya que su padre, fuerte, con una cabeza de pelo negro y rizado, rostro lleno y mentón firme. Autosuficiente, seguro de sí mismo, no estaba dispuesto a ser tratado como un niño, y dejó esto bien claro.

—Soy pescador —dijo—. Ésa es mi vida, y eso es lo que deseo.

Joseph cedió porque deseaba profundamente lo mismo que deseaba su hijo. «¿Qué tiene de malo la vida de pescador?», se preguntó a sí mismo. Comparada con los meses en que había manejado un martillo, trabajando en el ramal del «Ferrocarril Atchison», era una existencia casi celestial. Poseía ahora su propia lancha, que pronto

sería de su hijo. La bahía de San Francisco contenía una cantidad ilimitada de peces; su vivienda era limpia y cómoda; y, en cualquier caso, sus antepasados habían sido pescadores durante innumerables generaciones. Había aprendido a hablar el idioma y no era ya un inmigrante ciego y mudo, expuesto a ser engañado y empujado por el azar y la necesidad. Y estaba en una ciudad hermosa, una ciudad de altas colinas y amplias vistas, donde, día tras día, el aire quedaba purificado por los frescos vientos del Pacífico y donde vivían millares de italianos, la mayoría de ellos inmigrantes como él.

Y estaba su amigo, Anthony Cassala, y su mujer, Maria, que adoraba a Anna. ¿Qué más podía pedirle un hombre a la vida?

Corría el año 1906, casi diecisiete años después de que Joseph Lavette y su esposa, Anna, hubieran llegado a San Francisco.

El miércoles, 18 de abril del 906, la ciudad de San Francisco era la orgullosa reina de la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Poseía todos los atributos, virtudes y pecados que la Historia exige a una gran ciudad, una población de alrededor de 425 000 habitantes, grandes hoteles, espléndidas mansiones, sórdidas chabolas, iglesias, catedrales, sinagogas, colegios, hospitales, bibliotecas, una camarilla política que competía en rapacidad y mendacidad con Tammany Hall, de Nueva York, un cacique llamado Abe Ruef, unas cien familias adineradas que exhibían sus nuevas riquezas y su vulgaridad con la misma inconsciencia que mostraban hacia la piratería de Abe Ruef, y, en el otro extremo de la escala, un elemento criminal que era ya mundialmente famoso.

Este elemento criminal dominaba y habitaba un distrito de la ciudad conocido como «Barrio Alegre», o, más generalmente, como «Costa Beréber», una sección más o menos definida dentro de los límites de Grant Avenue, Clay Street, Broadway y el mar, y adecuadamente bautizada con el nombre de la costa, infestada de piratas, de África del Norte. Constituía una libre y peligrosa jungla de prostitutas, rateros, golfos, alcahuetes, asesinos y ladrones de todas clases; pero, como se atacaban generalmente entre ellos mismos, y a los marineros de los barcos que recalaban en el puerto y a los ciudadanos que eran lo bastante estúpidos o temerarios como para aventurarse en el barrio, la clase dirigente de la ciudad los toleraba a ellos y a su ciudad dentro de la ciudad.

Unos cinco años antes de esta mañana del 18 de abril, los cocheros, que constituían el nervio de la ciudad, se declararon en huelga. Fue una huelga larga y violenta, sin dar ni pedir cuartel, y de ella surgió una especie de partido político de los trabajadores, conocido con el nombre de «Union Labor Party», y en la elección de 1902, el candidato de este partido, Eugene E. Schmitz, dirigente del sindicato de músicos, fue elegido alcalde de San Francisco. Pero, al igual que muchos otros sueños de organización de los trabajadores, éste se desvaneció como el humo, o,

según expresaban otros, fue a parar a la basura. Schmitz sólo podía alardear de que él no era un bribón; pero era débil y se dejó corromper fácilmente por los bribones que seguían gobernando la ciudad, a los que dejó campar libremente.

Tal era, brevemente expuesta, la situación de la ciudad en la mañana del 18 de abril de 1906. Aquella mañana, Daniel Lavette se despertó minutos antes de las cuatro de la madrugada y miró el reloj que tenía junto a su cama. Sus padres continuaban dormidos. «Que duerman», se dijo. No era la primera vez que se despertaba tan pronto y bajaba al muelle y preparaba la lancha, a fin de que su padre, después de una o dos preciosas horas adicionales de sueño, se encontrara la embarcación lista para soltar amarras. Esto le daba a Dan la agradable sensación de sentirse valioso y eficaz.

En la cocina, se preparaba un desayuno a base de leche con galletas. Cuando su padre se reuniese más tarde con él, habría un pote de café caliente y vino y bocadillos para su comida de mediodía; ahora no quería correr el riesgo de producir ni siquiera el ruido del agua al hervir.

Mientras bajaba por la empinada cuesta en dirección al muelle, saboreó, como siempre, la sensación de hallarse completamente solo en la ciudad dormida, en la oscura noche que comenzaba a clarear, la maravillosa sensación de descubrimiento y renovación que siempre experimentaba al primer resplandor del alba.

En el muelle, saltó a la lancha con la desenvuelta agilidad de la juventud, guardó su impermeable y empezó a sacar las redes de sus compartimientos. Levantó la vista, casi en un acto de adoración, cuando los primeros rayos del sol naciente atravesaron la niebla, pensando que, si alguna vez encontraba una chica que le gustase, aquél sería el lugar y la hora para conquistarla. Luego, su mirada se posó en el edificio del transbordador, donde el gran reloj señalaba las cinco y trece minutos. Sacó su propio reloj para comprobar la hora, y, mientras lo miraba, comenzó el ruido, un sordo estruendo, reverberante y monstruoso, como si el mundo entero hubiera empezado a gritar de dolor.

En ese momento, en las entrañas de la tierra, una gran placa del continente americano, ejerciendo presión contra otra gran placa, encontró insostenible la tensión, y se deslizó. Bajo San Francisco, la tierra empezó a temblar y a vibrar a gran profundidad. Estalló un sordo rumor, semejante al rugido de un monstruoso e inhumano animal, y la estable y eterna tierra se agitó y estremeció como una masa de jalea, y el temblor se prolongó durante cuarenta y ocho espantosos segundos. Edificios de ladrillo se desplomaron, los muebles bailaban y se deslizaban de un lado a otro, los techos se resquebrajaban y caían, altas estructuras de acero oscilaban y se bamboleaban, manteniéndose firmes a pesar de todo, pero las casas antiguas de madera y piedra se derrumbaban sobre sí mismas.

Sin embargo, cuando la sacudida principal hubo terminado y los semivestidos o

semidesnudos ciudadanos salieron a la relativa seguridad de las calles, no tenían aún idea de la sobrecogedora tragedia que iba a desplomarse sobre su ciudad. Aunque parezca extraño, el terremoto propiamente dicho había causado escasos daños, pues el noventa por ciento de la ciudad estaba formado de casas de madera, que resisten mejor un terremoto; pero en los sectores más pobres de la ciudad y en el llamado Barrio Alegre, los viejos edificios se derrumbaron; habían volcado hornillos de petróleo; las cañerías de agua se habían roto, y comenzó el fuego.

Surgió tan rápidamente el fuego, que parecía formar parte integrante del terremoto. Dan fue arrojado contra la popa de la lancha, y allí permaneció tendido mientras la embarcación oscilaba y se bamboleaba violentamente. Una y otra vez trató de ponerse en pie, y una y otra vez le hizo caer la oscilante lancha. Cuando, por fin, consiguió mantener un momento el equilibrio, comenzó el movimiento de reacción, que le arrojó de nuevo sobre la lancha. Maltrecho y magullado, pugnó por incorporarse, gateó hasta el muelle..., y la ciudad estaba ardiendo. Sólo habían pasado unos minutos, y la ciudad estaba ardiendo.

Durante quizá tres o cuatro minutos, Dan permaneció allí, mirando la devastada ciudad sobre las maravillosas colinas, escuchando un nuevo sonido, el sonido del terror, el pánico y las rugientes llamas, pero luego recordó que había dejado dormidos a sus padres. Echó a correr.

Después, no recordaba haber subido a toda velocidad la empinada cuesta, no recordaba nada más que el edificio incendiado y la muchedumbre de personas semidesnudas que permanecían en la calle. Cuando intentó precipitarse al interior del edificio, unas manos le agarraron y le detuvieron. Lloró, gritó, suplicó, pero una mano le continuó sujetando, y la vieja casa de madera en que había dejado dormidos a sus padres llameó como una antorcha y se dobló sobre sí misma.

Fue un incendio como nunca lo había sufrido jamás ninguna ciudad de Norteamérica. Duró tres días y arrasó cuatro millas cuadradas de San Francisco. Desde la orilla del mar hasta la Van Ness Avenue, Dolores Street, la Calle 20, Howard, Bryant y la estación del Southern Pacific, y luego, de nuevo hasta la bahía, destruyendo la «Costa Beréber», y las casas de los pobres, y las casas de los ricos también, y el nuevo edificio del Ayuntamiento, que había costado siete millones de dólares, y escuelas y bibliotecas e iglesias, quinientas veintiún manzanas de casas, más de veintiocho mil edificios y casi cuatrocientos seres humanos muertos entre las cenizas. Y, durante varias semanas después, el humo continuaba elevándose de las ruinas.

Pero en toda tragedia, por grande, por extensa que sea, hay afortunados y desafortunados. Anthony Cassala fue uno de los primeros. Su pequeña casa de madera, situada en Folsom Street, más allá de la zona incendiada, apenas si sufrió a consecuencia del terremoto y fue respetada por las llamas. Él era un hombre honrado,

razonablemente inteligente, pero, al mismo tiempo, sencillo, y dio devotamente las gracias a Dios por su buena suerte. Creía con toda sinceridad que había sido salvado por alguna razón, y, puesto que la única de sus funciones que podía constituir una razón era prestar dinero, aceptó esa función. La catástrofe era demasiado enorme para que tratara de ahondar en sus causas y razones.

Tres días después del terremoto, cuando los primeros momentos de cordura comenzaron a volver a la arrasada ciudad, Anthony Cassala reflexionó sobre sí mismo y sus circunstancias. Tenía cerca de mil ochocientos dólares en su casa, lo que era más dinero de lo que la mayoría de los ciudadanos más ricos poseían en aquellos momentos. Los pobres no tenían más que los escasos dólares que llevaban en el bolsillo, si es que no habían arduo en el incendio. Los que habían visto quemarse sus casas no tenían nada en absoluto, sólo las batas, pantalones y pijamas los que fueron lo bastante afortunados como para ponérselos encima.

Pero los grandes bancos de San Francisco, los grandes depósitos de dinero, poder y riqueza, estaban casi todos emplazados en la zona incendiada. El «Crocker National Bank», «Wells Fargo», el «California Bank», todos ellos enterrados bajo montones de escombros y maderos quemados, bloqueadas por el calor sus cámaras acorazadas, retorcidas y fundidas sus cajas fuertes. Éstos y otros gigantes de las altas finanzas, conferenciaron entre sí y con funcionarios del Ayuntamiento, el Gobierno y el Ejército, para mantener con vida a la incendiada ciudad. En la casa de Anthony Cassala, donde su mujer, Maria, estaba dando ya refugio y comida a veintidós seres humanos, las cosas funcionaban a una escala menor y más íntima. Los obreros italianos que habían huido de sus hogares medio desnudos, sin llevarse nada consigo, dominados por el pánico mientras la tierra temblaba y se estremecía, carecían de lo más esencial e inmediato, ropa, comida y supervivencia durante las próximas horas, y muchos de ellos acudieron a Anthony Cassala.

Así, pues, aquel sábado por la mañana, tres días después del terremoto, se hallaba sentado a la mesa de la cocina, con su hijo Stephan al lado. Stephan tenía una pluma y un libro de cuentas abierto ante sí. Anthony tenía delante un montón de billetes y monedas de plata, los cada vez más escasos restos de los casi mil ochocientos dólares en metálico que había escondido en su casa al producirse el terremoto. Los estaba repartiendo a razón de cinco, diez y veinte dólares cada vez, mientras Stephan apuntaba en el libro el nombre de cada prestatario. Para las ocho y media de la mañana, se había terminado el dinero. Quedaba sólo una lista de nombres en el libro y la gigantesca confusión de una casa abarrotada de gentes sin hogar, hombres, mujeres y muchos, muchos, niños.

Quedaba también una idea que se le había ocurrido a Anthony Cassala durante todo aquello, la de que si aquellos obreros le hubiesen dejado a él su dinero ahora podrían disponer de alguna cantidad propia. Se dijo a sí mismo que, tan pronto como

las cosas se calmaran y la ciudad volviera a ser un sitio en el que vivir, tenía que averiguar algo sobre bancos. Sentía una desesperada necesidad de estar solo y pensar. Dijo a su hijo:

—Todo el mundo viene aquí, menos Lavette.

—Sí, papá.

—¿Has visto a Lavette?

—No, papá —respondió Stephan.

—Sí, papá; no, papá...

Se puso en pie, paseando la vista por la atestada cocina, mujeres amamantando niños, niños gritando, su mujer, Maria, revolviendo un puchero enorme sobre el fogón, tres hombres mirando en silencio por una ventana.

—Papá —dijo Stephan—. Han muerto los dos: Anna y Joseph.

—¡Qué!

—Quedaron atrapados en la casa y se abasaron. La vi ayer. La casa ardió por completo. No ha quedado nada.

—¡Me dices que la has visto! ¿Cómo lo sabes? —exclamó vehementemente—. ¿Cómo sabes que han muerto?

—El policía me lo dijo, papá.

—¡Válgame Dios! —exclamó en italiano, y se volvió hacia su mujer—. ¿Has oído eso, Maria, has oído lo que ha dicho Stephan?

Ella permanecía inmóvil junto al fogón, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Uno de los hombres que se encontraban al lado de la ventana, un albañil llamado Cambria, estalló en un torrente de palabras. Había permanecido mudo hasta entonces y ahora tenía la oportunidad de decir algo. Él vivía a tres casas de distancia de los Lavette. Él, su mujer y sus hijos salieron corriendo a la calle al producirse la primera sacudida. La casa de los Lavette había quedado súbitamente envuelta en llamas, como una explosión. Lavette, su mujer y su hijo, Daniel, vivían en un apartamento del tercer piso. Habían quedado atrapados allí, atrapados y aniquilados.

—¿Todos? ¿También el chico?

¿En qué otro lugar iba a estar el chico a las cinco de la mañana? Cambria empezó a explicar cómo había estado buscando un sacerdote, pero Cassala no pudo escuchar más y salió de la casa, adentrándose en la humosa niebla que aún cubría la ciudad. El cortafuegos, la línea a lo largo de la cual habían derribado docenas de casas para detener las llamas, estaba sólo a media milla de su domicilio, y entró allí en las puertas del infierno, toda una ciudad reducida a cenizas, maderos ennegrecidos y montones de escombros. Soldados con la bayoneta calada montaban guardia por todas partes, y Cassala pasaba con recelo ante ellos, pues se rumoreaba en la ciudad que los soldados habían causado más muertos que el terremoto. No estaba solo. Cientos de personas se movían lentamente por las calles, y familias enteras

permanecían formando pequeños grupos, mirando en silencio las ennegrecidas ruinas que habían sido sus hogares.

Su amigo, Joseph Lavette, había vivido en Howard Street, y hacia allí se dirigió Cassala, pero, mientras se abría paso por entre las ruinas, le resultaba imposible determinar cuál era la casa, y tampoco sabía qué buscaba exactamente, cuerpos calcinados, confirmación de muerte, esperanza de vida. ¡Y cómo le torturaban sus recuerdos! Joseph Lavette había sido como un hermano para él. Daniel, como su propio hijo. Cuando Lavette padre recibió de Cassala los quinientos dólares para el pago al contado de la lancha de pesca, su gratitud por un préstamo basado exclusivamente en la palabra y en la amistad le impulsó a convertir su lancha en barco de excursiones dominicales para las dos familias.

Ahora, mientras caminaba por Market Street en dirección al mar, Cassala recordaba todos aquellos maravillosos domingos que pasaban pescando en la bahía, atracando en alguna ensenada para tomar una merienda a base de pan y salchichas, jamón, pastas italianas y vino. ¿Era posible que todo aquello hubiera terminado definitivamente, como había terminado todo lo demás en aquella desolada y ennegrecida extensión? Continuaba andando, sin embargo, impulsado por la débil esperanza de que la lancha, al menos, hubiera sobrevivido y pudiese mirarla y tocar algo de los viejos tiempos y la vieja vida.

El muelle estaba lleno de vida, como llena de vida estaba la bahía. Durante los tres últimos días, los pescadores habían transportado a más de cien mil personas, unas huyendo del fuego, otras impulsadas por su propio terror, a través de la bahía hasta la seguridad de Oakland; y todavía estaban navegando de un lado a otro, llevando alimentos, medicinas, médicos y funcionarios del Gobierno a la destruida ciudad, trayendo de nuevo desde Oakland a los que habían huido, y durante varios meses, todas las embarcaciones disponibles serían dedicadas a la tarea de llevar alimentos y materiales de construcción a la ciudad.

Un fatigado pescador tiznado de hollín señaló muelle abajo.

—Ahí está la lancha de Lavette.

—¿Está vivo?

—Ha muerto —respondió el pescador—. El chico está vivo.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró Cassala—. ¡Alabado sea Dios!

Echó a correr a lo largo del muelle, y allí estaba la motora de Lavette, amarrada, sana y salva, y en el recinto de carga, derrengado y profundamente dormido, Daniel Lavette. Cassala subió a la lancha, tan conmovido al ver al joven Lavette, dormido e indemne, con barba de tres días y sin la menor herida, que hubiera podido abrazarle y besarle como si fuera su propio hijo. Era el sueño de la fatiga total, y el muchacho ni siquiera se había molestado en quitarse las pesadas botas ni la chaqueta. Cassala se dio cuenta de ello; por otra parte, no era aquél lugar para que durmiera un muchacho

exhausto y lleno de aflicción, en su lancha y solo. Y, según le pareció a Cassala, no había probado bocado en los tres días transcurridos desde el terremoto.

Cassala le sacudió.

—Danny, Danny, despierta.

—No te será fácil despertarle, Tony —dijo una voz.

Cassala se volvió y vio a Mark Levy, el comerciante cuya tienda se encontraba al extremo del muelle, y, mirando muelle abajo, más allá de donde estaba Levy, vio que su establecimiento había sobrevivido, chamuscado en una esquina y ligeramente inclinado, pero, por lo demás, entero e ileso. Levy tenía sólo veintiséis años y era un joven delgado, de larga nariz, bonachón y competente, que se había hecho cargo de la tienda hacía cinco años, al morir su padre. Para Cassala, que había ido allí muchas veces a comprar pequeños regalos para los Lavette, la tienda de Levy era un verdadero país de las maravillas en el que se vendía todo lo que un botero o un pescador pudieran necesitar, redes, cuerdas, linternas, brújulas, velas, remos, un heterogéneo y desordenado almacén general del mar.

Levy miró a Cassala con curiosidad, dejando en el aire la pregunta que estaba siendo formulada por todas partes en la ciudad.

—No hemos sufrido daño —explicó Cassala—. El fuego no llegó hasta nosotros, gracias a Dios. Pero el pobre Lavette y Anna han muerto, ¿no?

—Eso es lo que dijo el chico. Dijo que se despertó hacia las cuatro y media, quizás un poco antes, y bajó a preparar la lancha. Los dejó a los dos dormidos. Estaba en la lancha cuando se produjo el terremoto; luego volvió corriendo, pero la casa estaba envuelta en llamas. Pareció perder el juicio, y Jeff Peters, que estaba con él, dice que tuvo que sujetarle contra el suelo para impedirle entrar en la casa. Unas horas después, mi mujer, Sarah, lo encontró sentado en la lancha, simplemente sentado y llorando como un niño. ¿Sabes qué ha estado haciendo estos tres días? Transportando gente a Oakland. Se le metían en la lancha y le daban su dinero. Ésta es la primera vez que duerme en tres días.

—Vamos a despertarle, y me lo llevaré a mi casa —dijo Cassala—. No puede dormir aquí. No está bien. Tiene que comer. Tiene que estar con los suyos.

Era como despertar a un hombre drogado, pero consiguieron poner en pie a Dan Lavette, que se quedó tambaleándose, con los ojos entrecerrados, mirando a Mark Levy y Anthony Cassala desde sus ciento ochenta y cinco centímetros de estatura, sin reconocerlos.

Suavemente, Cassala dijo en italiano:

—Danny, soy yo, Tony, y estoy enterado de tu tragedia. Tu padre era como un hermano para mí, y tú serás como un hijo. Ven a casa conmigo.

—Mi lancha —dijo el muchacho, aferrándose a la única parte de su vida que subsistía—. No puedo dejar mi lancha.

—Yo me ocuparé de la lancha, Danny —ofreció Levy—. Vete con él ahora.

Dan Lavette permaneció silencioso durante todo el camino hasta la casa de Cassala, y Anthony no le instó a hablar ni a compartir su dolor. Sólo cuando se encontró sentado a la mesa de la cocina en casa de Cassala, con una docena de personas dándole la bienvenida a su regreso de entre los muertos, con los dos hijos de Cassala mirándole con ojos maravillados y con un gran plato de *spaghetti* delante, volvió a la vida y, vorazmente hambriento de pronto, empezó a atiborrarse de comida.

—Despacio, despacio, Danny —dijo Maria Cassala—. Hay comida de sobra. Come despacio.

El muchacho terminó el plato, y luego otro. Trasegó un vaso lleno de vino tinto... y sonrió lenta y vacilantemente.

—Gracias, Tony, Maria...

—Estarás bien, Danny.

—La ciudad ha desaparecido, papá y mamá han desaparecido. Estaré bien. Tengo la lancha.

—Claro.

—Estaré bien, Tony. Sólo me siento cansado.

—Claro. Vete a dormir ahora.

El muchacho metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y las sacó llenas de billetes. Volvió a sumergirlas una y otra vez en los grandes bolsillos, amontonando billetes, monedas de oro y dólares de plata sobre la mesa de la cocina. Se hizo un súbito silencio en la estancia, y los hombres y las mujeres y los niños se apiñaron en torno a la mesa, viendo cómo crecía el montón de dinero. Sacó de su chaqueta, de sus pantalones, de todos los bolsillos. Luego, cuando sus bolsillos quedaron vacíos, empujó el montón de dinero hacia Cassala, que se hallaba sentado al otro lado de la mesa, frente a él.

—No entiendo —murmuró Cassala.

—No lo he robado, Tony —declaró el muchacho—. Querían ir a Oakland. Era como si se hubieran vuelto locos. Vaciaban sus bolsillos y me lo daban y se empujaban unos a otros para subir a mi lancha. Y no sólo la mía, a todas las demás. Diez dólares, cincuenta dólares, cien dólares; estaban tan enloquecidos por el miedo que les daba igual. Durante tres días he estado yendo y volviendo de Oakland, y éste es el dinero que me dieron. Así que cógelo y guárdamelo.

Cassala se quedó un rato mirando al muchacho, y luego, asintió con la cabeza. Contó cuidadosamente el dinero.

—Aquí, Daniel Lavette —declaró con tono solemne en italiano—, hay un total de cuatro mil setenta y tres dólares y veinte centavos. Acepto la custodia de este dinero en nombre tuyo. Es como un depósito en un banco. Cuando lo necesites, será tuyo, ya desees sólo una parte o la totalidad. Mientras tanto, te pagaré el seis por ciento de

interés. ¿Te conviene?

—Creo que te entiendo —dijo Dan—, pero mi italiano no es muy bueno.

En chapurreado inglés, Cassala repitió su propuesta. Dan apenas si podía ya mantener abiertos los ojos. Sonrió, movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Desde luego, Tony, lo que tú digas.

—Maria —dijo Cassala a su mujer—, prepárale una cama donde pueda dormir. Que se bañe y descanse.

Se volvió hacia Stephan.

—Trae el libro de cuentas.

Así, más o menos, fue como nació el «Banco de Sonoma»; el proceso comercial fue menos romántico. Un año después, con el asesoramiento de un abogado, Anthony Cassala emitió y vendió cien mil acciones con un valor de diez dólares cada una. Una nueva, increíble y vibrante metrópoli estaba surgiendo de las cenizas de la vieja ciudad, y parte de ella era una pequeña, pero digna fachada, de Montgomery Street que mostraba el rótulo de «Banco de Sonoma».

Primera parte

El muelle del pescador

Quizá nunca hasta entonces en la Historia —ni tampoco después— surgió una nueva ciudad de entre las cenizas de la vieja tan rápida, esperanzada y vitalmente como San Francisco. Casi cinco millas cuadradas habían quedado reducidas a cenizas y vigas ennegrecidas en el corazón de la ciudad. Hombres, mujeres, niños, bomberos, soldados y policías lucharon contra las llamas durante setenta y dos horas, y, poco después de las siete de la mañana del sábado, 21 de abril de 1906, el fuego quedó dominado y detenido su avance. Familias enteras subían ya por Howard Street y Folsom Street y avanzaban gateando por California Street, Washington Street y todas las demás calles y avenidas de la zona devastada. Soldados del Ejército regular y miembros de la Guardia Nacional, que durante los tres últimos días se habían reservado los derechos de pillaje, intentaban cortarles el paso, pero ni siquiera la amenaza de fusiles y bayonetas podía disuadir a los propietarios de las casas de reclamar su parte de cenizas.

En el «Barrio Alegre», explotadores de bares, rufianes y prostitutas hurgaban entre las cenizas buscando monedas o cajas registradoras que hubieran podido sobrevivir al holocausto, pues no se había salvado un solo edificio. Las altas colinas, que sólo unos días antes centelleaban de luz, y reflejaban tan alegremente los destellos del sol naciente desde sus millares de casas de madera, aparecían ahora lúgubrementemente negras, pero no muertas; en realidad, habían adquirido una extraña y sombría majestad, y los todavía semidesnudos ciudadanos, tiznados de hollín y sin hogar, saludaron las ruinas como siempre habían saludado a su ciudad. ¿Había visto jamás el mundo algo semejante? ¿Ir a otra parte? ¿Vivir en otro lugar? ¡Al diablo si lo hacían!

El día siguiente, llovió, y el incendio se extinguió definitivamente. Una semana después, los escombros eran transportados por las empinadas cuestas y arrojados a la bahía. Brotaron tiendas de campaña en los ennegrecidos solares. Millares de ciudadanos corrientes se unieron al esfuerzo de limpiar los escombros, y aparecieron cabañas en los cimientos de casas quemadas, con improvisadas tejavanas para resguardarse de la intemperie. Hombres que no habían manejado jamás una sierra o un martillo se convirtieron en carpinteros. Durante casi nueve semanas, la destruida ciudad, conocida no sólo como la «Reina del Pacífico», sino también como la «reina del latrocinio», entró en un período de afable fraternidad, esfuerzo común, buen humor y buena voluntad; y durante este tiempo el crimen casi desapareció de las calles de San Francisco. Derramóse sobre la ciudad una lluvia de dinero en forma de

ayudas benéficas o de indemnizaciones de seguros, y acudieron a ella todos los carpinteros y albañiles que se encontraban sin trabajo en mil millas a la redonda. Buques cargados de alimentos llegaban desde Oakland, al otro lado de la bahía, y desde California del Sur y desde los Estados de Washington y Oregon, y en las cocinas públicas y en las colas de quienes acudían a ellas para comer reinaban el orden y el buen humor.

Y luego, al empezar a tomar forma la reconstruida ciudad, la gente tornó a los hábitos de la civilización. La destrucción total de Chinatown había proporcionado a la población oriental de la ciudad un breve respiro al peculiar odio racial que caracterizaba a esta ciudad. Durante unas semanas, los blancos se habían mostrado amables con los chinos. Eso tocó a su fin. Durante tres semanas, San Francisco había sido una ciudad sin tabernas ni prostitutas; también eso tocó a su fin, y en ninguna parte de la ciudad se manifestó mejor la extraordinaria aptitud americana para la organización y la construcción que en la zona antaño denominada «Costa Beréber». A los tres meses del gran incendio, como aves fénix surgidas de las cenizas, habían surgido casi un millar de bares y burdeles. Al mismo tiempo, se formulaban acusaciones contra Abe Ruef, el cacique de la ciudad, y contra el alcalde Schmitz, su amigo y colaborador, en el sentido de que, aprovechándose del terremoto y el incendio, habían concedido monopolios en materia de transporte y servicios públicos a cambio de elevados sobornos.

La vida había vuelto a la normalidad en San Francisco. Los diseñadores urbanos habían trazado espléndidos proyectos para la reconstrucción de la ciudad, asegurando que jamás tendría una ciudad como aquélla oportunidad tan excelente para reconstruirse a partir de las cenizas. La gente hizo caso omiso de los planes; ellos querían hogares, no utopías, y si se les advertía contra las consecuencias de arrojar a la bahía un millón de toneladas de escombros, bueno, ¿dónde las iban a tirar si no? La ciudad crecía rápidamente. Reconstruir se convirtió en una carrera, y toda la zona en torno a Powell y Market se ganó el nombre de «Nuevo Barrio Alegre», con una improvisada creación de bares, restaurantes y salas de fiestas. Entraron de nuevo en funcionamiento los funiculares, que volvieron a subir y bajar por las empinadas colinas. Un mes después del terremoto, abrió sus puertas el «Orpheum Theatre»; un mes más tarde, el «Davis Theatre», en McAllister, junto a Fillmore; y, luego, en razonablemente rápida sucesión, el «Park Theatre», el «Colonial», el «Novelty», el «American». Durante el año siguiente, estallaron siete huelgas, se abrieron seis nuevos bancos y el alcalde Eugene Schmitz fue condenado a pasar cinco años en la prisión de San Quintín por corrupción. La ciudad vivía de nuevo.

Y, al cabo de dos años más, se podía caminar desde la calle Este hasta la Calle 20, desde Van Ness hasta Bryant, sin ver el menor indicio ni indicación de que aquella zona hubiera sufrido alguna vez la mayor tragedia cívica jamás experimentada por

una ciudad americana.

El año 1910 comenzó con un mes que presencié la colocación de la primera piedra del «American Music Hall Theatre», en Ellis Street, entre Stockton y Powell, y en el mismo mes abrieron sus puertas cuatro teatros más, haciendo que el *Chronicle* alardeara de que ninguna otra ciudad, aparte de Nueva York, pudiera competir en número ni variedad con los teatros de San Francisco. El periódico no alardeaba de que, según la estadística más reciente, había más de dos mil bares de una u otra clase y la mitad de burdeles.

Bueno, eso constituía también un signo de vida y de vigor. Una vez más, la ciudad se alzaba, blanca y resplandeciente como una joya, sobre sus altas colinas, dominando la espléndida extensión azul de la bahía, tendida a sus pies.

Feng Wo, un chino de treinta y tantos años, llevaba dos horas esperando en el muelle. Era un hombre delgado, de estatura media, e iba pulcramente vestido con un viejo traje negro que había sido cuidadosamente cosido y remendado en una docena de sitios distintos. Llevaba una camisa blanca, muy limpia, y una corbata negra, y sus agrietados zapatos aparecían relucientes. Su sombrero de fieltro oscuro le quedaba un poco grande en la rapada cabeza, pero lo llevaba con dignidad y se mantenía muy erguido. Tenía un periódico doblado bajo el brazo, y se sentía lleno de una desesperación que era casi una enfermedad. No había comido desde hacía dos días.

Se había situado a primera hora de la mañana delante de un barracón de madera de dos pisos que sobresalía del muelle apoyado sobre unos postes. Pese a su construcción, el barracón parecía hallarse en buen estado, y su puerta, de madera de pino pulida y con herrajes de latón, le daba una extraña distinción. Feng Wo había estado observando el edificio hasta sentir la impresión de que conocía todas y cada una de las tablas y las vigas que lo componían.

Los pesqueros estaban regresando ya, y amarrando y descargando sus capturas. Feng Wo los miraba, pasando la vista del barracón a las lanchas y, luego, de nuevo al letrero que lucía sobre la puerta, donde, en brillantes letras de metal se leía: «Daniel Lavette, cangrejos y pescado fresco». Durante las dos horas que llevaba allí, en el ajetreado muelle, abarrotado de compradores, vendedores, comisionistas y asentadores, no había hablado con nadie ni hecho pregunta alguna. Se trataba sólo de sentido común y de razonable cautela. Estaba en 1910 y en San Francisco, y era chino. Vivía, respiraba, andaba y hablaba por tolerancia ajena, y no había un momento en que no estuviese alerta y precavido.

Sus ojos divisaron ahora tres lanchas que entraban en el muelle en perfecta formación triangular, con aparejo de balandra, navegando a la vela y con los motores parados. En la lancha que marchaba al frente, un hombre corpulento y macizo erguido en la proa, de negro y rizado cabello agitado por el viento, dio la señal de

arriar las velas y saltó al muelle con elegancia y agilidad extraordinarias. Era un hombre muy joven, no tendría más de veintiuno o veintidós años, decidió Feng Wo, pero con un total aire de autoridad y de saber exactamente lo que quería. No hacía ningún movimiento superfluo, y, cuando las lanchas atracaron, dio unas lacónicas órdenes, se detuvo a ver cómo comenzaba la descarga del pescado y, acto seguido, se dirigió a grandes zancadas por delante de Feng Wo en dirección al barracón. Llevaba su chaqueta impermeable colgada al hombro y caminaba con un leve e inconsciente contoneo. Tenía cabeza grande, rostro macizo, nariz pequeña y boca amplia y sensual..., un rostro de contradicciones, pensó Feng Wo, un rostro que le definía ahora de una manera y un instante después como algo completamente distinto.

En la puerta del barracón se detuvo y miró a Feng Wo. Sus ojos se encontraron. Observó detenidamente a Feng Wo, examinándole de pies a cabeza; luego, sacó las llaves del bolsillo, entró y cerró la puerta a su espalda.

Feng Wo suspiró profundamente y pensó: «Es inútil. Es completamente inútil». Pero había pasado allí más de dos horas y no tenía ningún otro sitio adonde ir. Se acercó a la puerta del barracón, se quitó el sombrero y llamó con los nudillos.

Silencio; luego, pasos; después se abrió la puerta y apareció el hombre, cuya estatura descollaba sobre la del chino Feng Wo.

—¿Qué hay?

—¿Es usted el señor Daniel Lavette?

—Sí.

—Con toda humildad, le ruego me permita anunciarle, señor, que mi nombre es Feng Wo. Tengo treinta y cuatro años, gozo de buena salud y soy contable.

—¡Qué diablos...!

—Por favor, señor, por favor. No me despida todavía sin siquiera oírme. Aquí, en el *News* —mostró el periódico—, he leído su anuncio.

—El anuncio dice a las cuatro de la tarde.

—Y yo soy chino.

—No hace falta que lo jure —convino Lavette.

—Y si yo apareciese aquí a las cuatro, como dice el anuncio, habría diez caucasianos esperando. ¿Quién contrataría entonces a un contable chino?

—Sólo un imbécil, y yo no lo soy.

Se volvió, empezando a cerrarle la puerta en las narices a Feng Wo.

—Por favor, señor Lavette, se lo suplico. No he comido ni hoy ni ayer —las palabras brotaban como un torrente—. Tengo esposa y una hija de trece años. Deme una oportunidad. Soy honrado. Trabajaré todas las horas que usted diga. Págueme lo que quiera. Por favor, por favor, se lo suplico.

La puerta se abrió de nuevo, y Dan Lavette permaneció en el vano, mirándole. Pasaron unos momentos. Feng Wo tenía nítida conciencia de todo lo que su mundo

contenía, el cálido sol, el viento salobre que llegaba desde la bahía, los pescadores pregonando sus capturas y voceando sus precios, y el corpulento joven que estaba ante él.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Feng Wo, señor Lavette.

—¿Dónde aprendió a llevar libros de contabilidad?

—Aprendí solo, señor.

—¿Sabe lo que es un libro mayor?

—Sí, señor.

—¿Sabe lo que es la partida doble? ¿Ha trabajado alguna vez con un libro de análisis de doce columnas?

—No soy un estúpido, señor. Puedo aprender cualquier cosa que usted quiera enseñarme.

—Debería ir a que me examinaran la cabeza —dijo Lavette—. Juro que sí. Está bien, pase.

Feng Wo le siguió al interior del barracón, temblando ahora, sin poder creer que aquello estaba sucediendo realmente. Al otro lado de la puerta, había una sola y amplia estancia, un escritorio de cierre enrollable, una mesa y varias sillas de cocina, un archivador de madera de tres cajones y una percha de la que colgaban dos grandes impermeables, a los que Lavette añadió su chaqueta de tela encerada. En las paredes, un calendario, un enorme pez disecado, un viejo arpón para la pesca de la ballena y un estante lleno de latas de conserva. Un pequeño hornillo de gas y una cafetera completaban el mobiliario. Una estrecha escalera conducía al segundo piso.

—Yo vivo ahí arriba —dijo Lavette, señalando la escalera—. Esto es la oficina —separó una silla de la mesa—. Siéntese. ¿Cómo diablos le llamo? —preguntó, mientras Feng se sentaba—. ¿Feng? ¿Feng Wo?

—Como usted quiera, señor.

—Está bien, Feng, entonces.

Abrió uno de los cajones del archivador y sacó de él un plato, cuchara, tenedor y un abrelatas.

—No sé qué come un chino. ¿Qué tal le parecen judías en lata?

—No he venido aquí a comer, señor. He venido a trabajar.

—Bobadas —replicó Lavette, mientras abría una lata de judías y la ponía a calentar en el hornillo de gas—. Está temblando como una hoja. ¿Ha trabajado alguna vez para un blanco?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Como peón de construcción, con pico y pala. Después, enfermé. Me dolía la espalda. Intenté coger de nuevo el pico y la pala..., ya no puedo.

—Le daría cerveza, pero no es bueno si está muerto de hambre. ¿Puede tomar café?

—Sí, señor.

Lavette vació la lata de guisantes en el plato y lo puso delante de Feng Wo. Le sirvió un pichel de café y se sentó frente a él mientras comía. Las judías eran como miel en la boca de Feng Wo, y luchó por dominarse, luchó por comer lenta y educadamente, recordando a cada bocado que su mujer y su hija tampoco habían tomado ningún alimento en dos días.

—De modo que quiere ser contable —dijo Lavette—. Bien, que les den morcilla a todos. ¿Por qué diablos no voy a contratar a un chino? ¡Que se jodan! Pero le voy a decir una cosa, míster Feng, no soy un tipo blando. Si no puede hacerlo, le echaré de aquí a patadas en su amarillo culo. Quizá parezca joven e inocente, pero no admito que nadie me tome el pelo. Tengo tres lanchas y once hombres en mi nómina, así que este trabajo no es ninguna ganga. Bien, quiero que se presente aquí mañana a las ocho de la mañana. No voy a salir a la mar, y, si es usted lo que dice que es, pasaremos el día tratando de sacar algo en limpio de mis libros.

Feng Wo había terminado de comer. Se puso en pie y cogió su sombrero y su periódico.

—Intentaría darle las gracias, señor Lavette, pero no sé qué decir. Le estoy muy agradecido.

Se volvió y echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere!

Se detuvo y levantó lentamente la vista hacia Lavette, que pensó: «Dios mío, el pobre bastardo está aterrado».

—¿No quiere saber lo que le voy a pagar? —preguntó.

—Lo que me pague será suficiente.

—Doce dólares a la semana para empezar. No es lo mejor, pero tampoco lo peor.

Se levantó, introdujo la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, del que separó dos de cinco dólares y dos de uno.

—Aquí tiene un anticipo de una semana de paga. Cómprele comida a su hija. Pero, si no viene aquí mañana, le arrancaré su amarillo pellejo, recuérdelo.

A sus treinta años, la esposa de Mark Levy, Sarah, tenía todavía el aire de una ingenua muchacha de dieciocho. Poseía rubios cabellos que llevaba recogidos sobre la nuca en apretado moño y grandes y claros ojos azules muy separados uno de otro. Desafiaba todos los estereotipos de la mujer judía; era delgada, de senos pequeños y piernas largas, y su aspecto era de estar perpetuamente sobresaltada. Había nacido en la ciudad de Kiev, en Rusia, y a los siete años había sido llevada al East Side de Nueva York, y conservaba todavía un leve acento extranjero, que según le parecía a

su marido, quedaba realzado por su forma gutural de hablar. Esto, juntamente con una cierta vaguedad en sus modales, daba a la gente la impresión de que era una persona perezosa y flemática, impresión que distaba mucho de la realidad; y su marido, que la adoraba, encontraba una especial satisfacción en el hecho de que su imaginación y su pasión se hallaran tan bien ocultas. Era prima segunda suya, o algo parecido —Mark nunca estaba completamente seguro del grado de parentesco de sus familiares—, y se habían unido merced a un acuerdo entre sus familias realizado conforme a la vieja costumbre europea, sin haberse visto nunca antes de quedar prometidos, después de lo cual Sarah fue expedida a través del país, tres mil millas en tren y diligencia, una muchacha de diecisiete años enviada exactamente igual que un paquete. Durante los dos meses anteriores a la boda había vivido en casa del padre de Mark —que constaba de cuatro habitaciones detrás de la tienda situada junto al embarcadero—, y durante ese tiempo Mark se enamoró romántica y completamente de ella. Sarah, por su parte, le aceptó con la misma indolente tolerancia con que aceptaba todo cuanto le sucedía.

Ahora, casada desde hacía casi trece años, muertos y enterrados ya los padres de Mark, era la satisfecha dueña de la tienda, las cuatro habitaciones de su parte trasera, un hijo, Jacob, que contaba once años, una hija, Martha, de cinco, y un marido que seguía y pedía su consejo sin darse plenamente cuenta de que eso era lo que ocurría. Incluso cuando ella sugirió una vez, como al azar, que utilizara remaches de cobre para reforzar los bolsillos de los pesados pantalones de algodón que vendía a los marineros y pescadores, y triplicó con ello sus ventas, no estaba seguro de que la idea no fuera originariamente suya.

Ahora, con la pequeña Martha, de cinco años, pegada a su falda, estaba dedicada con su marido a su anual e infructuoso intento de hacer inventario de existencias, nombrando él los géneros y tomando nota ella, cuando entró en la tienda Daniel Lavette. Interrumpieron lo que estaban haciendo y se le quedaron mirando.

—Quiero cuatro redes nuevas —pidió Lavette—, y las quiero de Massachusetts, no la porquería que hacen aquí. Así que, si no las tenéis, pedidlas.

Ellos le seguían mirando.

—¿Qué diablos...?

—Ese traje no te sienta bien, Danny —dijo Levy.

—Me queda justo —se desabrochó la chaqueta del traje de sarga azul que llevaba y metió el estómago—. Me queda justo. Hará cosa de un año que no me lo ponía. Quizás es que he engordado.

—Las mangas deberían tener cinco centímetros más. Los pantalones están cortos.

—Déjale —dijo Sarah—. Ha crecido.

—No. Tengo veintiún años, y a esta edad no se crece.

—¿Cuándo compraste el traje, Danny?

—Hace dos años.

—Bueno, pues has crecido. No creo haberte visto nunca con traje. ¿Qué se celebra?

—No parece adecuado, ¿verdad? —dijo Sarah.

—Totalmente.

—Desde luego. Sólo voy a almorzar con Thomas Seldon en el «Union Club», eso es todo. Maldita sea, ¡parezco un mono!

—Quítate la chaqueta —le pidió suavemente Sarah—. Le voy a alargar las mangas. No tardaré más que unos minutos, y le pasaré también la plancha para quitarle las arrugas.

—¿Seldon? ¿Quieres decir el Thomas Seldon?

—En efecto —se estaba mirando los puños de la chaqueta.

—¡Oh, quítatela, Danny! —insistió Sarah.

Se quitó la chaqueta y se la entregó. Levy, hojeando un catálogo, dijo:

—Esas redes de Massachusetts han subido un veinte por ciento. Las hacen en Fall River. Seldon... vaya, vaya.

—Escucha, Mark —exclamó Lavette, con tono enojado—, para mí Seldon es un hombre como otro cualquiera, sin más.

—Sólo que es el dueño del segundo banco en importancia de la ciudad.

Sarah, con la pequeña Martha agarrada todavía a su falda, se había metido en la trastienda con la chaqueta. Levy le hizo a Lavette señas de que le siguiera.

—Ven, te invito a una cerveza.

—No quiero que me huela el aliento a cerveza. Dentro de una hora estaré con los ricachones en el «Union Club».

Se sentaron a la mesa de la cocina. Sarah cortaba y cosía con rapidez y destreza. Dan Lavette, sonriendo como un niño ante la incredulidad de Levy, le contó cómo había sido. Había entrado en el «Seldon National Bank» y, después de identificarse, había pedido un préstamo de treinta mil dólares. No consiguió el préstamo, todavía por lo menos, pero fue presentado al propio Thomas Seldon e invitado a almorzar en el «Union Club» para tratar del asunto.

—Eso es *chutzpa* —dijo admirativamente Levy—, pura y auténtica *chutzpa*.

—¿Qué es *chutzpa*?

—En *yiddish*, desfachatez, audacia, arrogancia, cualquier cosa. ¿Para qué diablos quieres treinta mil dólares?

—El *Oregon Queen* está en venta.

—¿Y...?

—Piden ciento cincuenta mil. Puedo sacarlo por cien mil, veinte mil al contado y diez mil más para acondicionarlo.

—Danny, el *Oregon Queen* es un barco de hierro. Es un experimento fracasado.

—Y un cuerno. Está oxidado y nunca ha tenido una buena oportunidad, pero su casco es excelente y sus máquinas también. Hay mucho dinero en el comercio de la madera. Esta ciudad consume enormes cantidades de madera, y no se ve final a la cosa. Yo puedo transportar en un año madera suficiente como para poder pagar el barco, y a partir de ahí todo es beneficio.

—Danny, ya tienes tres de las lanchas completamente hipotecadas.

—Y soy pescador, y mi padre lo era también.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Apesta a pescado y apesta al embarcadero. Nosotros estamos aquí, y los ricachos están allá arriba, en Nob Hill.

—Eres un joven ambicioso —dijo Sarah—. Mark no lo es. Pruébate la chaqueta.

—¿Por qué no acudes a Tony Cassala? —le preguntó Mark.

—Porque Tony no puede decirme que no, y si yo le pidiese su sangre, me la daría. No quiero limosnas. No pido que nadie me dé nada por caridad. Es un riesgo, pero un riesgo que vale la pena —se puso la chaqueta—. ¿Qué tal queda?

—Está mejor. Quítatela, y te plancharé las mangas.

—Supón que el negocio se va al diablo. Seldon puede soportarlo. Tony, no.

—No subestimes a Tony —dijo Mark—. Mira, aflójate el cinturón y bájate un poco los pantalones. Así queda mejor. Y, por amor de Dios, si te vas a trasladar a Nob Hill, cómprate un traje decente.

Al marcharse, Dan se volvió en la puerta y dijo:

—Hoy ha ocurrido algo gracioso. He contratado un contable.

—Ya era hora.

—Es chino.

—¿Qué?

—Lo que has oído. He contratado a un chino. ¿Qué te parece?

—A mí me parece muy bien —respondió Levy.

Cuando Dan se hubo marchado, Sarah preguntó a su marido:

—¿Por qué se esfuerza tanto en parecer rudo y ordinario?

—Por dos razones —respondió Mark—. Primero, porque una parte de él lo es, porque cuando uno sale a pescar y no quiere verse derrotado por la competencia, tiene que ser un poco rudo y un poco ordinario y, en segundo lugar, porque no es más que un niño. Me agrada.

Aquella noche, durante la cena, en su casa, Thomas Seldon no estaba muy seguro de si le agradaba o no Daniel Lavette. Naturalmente, sus juicios de valor no se formulaban en términos de agrado o desagrado; en su mundo, un hombre era solvente o insolvente, seguro o inseguro, digno de confianza o no; el agrado no tenía nada que ver con ello. «Un tipo interesante —dijo a su mujer y a su hija—. Grande, demasiado

grande para la ropa que llevaba..., y joven. Veintiún años». Se hallaba sentado a un extremo de la gran mesa de caoba del comedor, con su mujer y su hija a derecha e izquierda, respectivamente. La mesa era capaz para dieciséis personas, y, aunque sólo estaban ellos tres a cenar, a Seldon le gustaba su tamaño y su solidez. Había mucha solidez, aunque poco gusto, en el comedor, las paredes revestidas de madera, la victoriana adulteración de los muebles reina Ana, las pesadas vigas que cruzaban el techo, que ni siquiera se había estremecido al producirse el terremoto, una curiosa y vulgar mezcla de estilo colonial español y victoriano, pero un lugar sólido y consistente, no obstante.

Seldon había construido la casa para su prometida, Mary, que era una Asquith, de Boston, antes de casarse. Thomas Seldon padre, muerto hacía doce años, había llegado a California a finales de la década de los cuarenta, no para buscar oro, sino para ocuparse del oro que otros encontraban, y el actual Thomas Seldon presidía el banco fundado por su padre. Ahora, a los cincuenta y cinco años, robusto, sólido, elegante, de acerados cabellos y mentón firme, encontraba placenteras todas sus perspectivas, a excepción del hecho de que su esposa, Mary, hubiera considerado adecuado darle una hija y ningún hijo. Mary tenía otras virtudes; era serena, fríamente bella, todavía a sus cincuenta y dos años, y ejercía pocas exigencias sobre su marido, que encontraba en el burdel de Madame Sigeury, en Beale Street, una vía de escape a sus desfallecientes energías sexuales más agradable que el lecho de su esposa. Y, si bien ella sólo le había dado una hija, esa hija era, no obstante, conocida y aceptada como la mujer más hermosa de San Francisco, siempre que se aceptara el hecho de que la elección en tales cuestiones quedara limitada a las aproximadamente doscientas familias que «importaban».

Pero, aun en círculos más amplios, Jean Seldon habría sido considerada excepcionalmente bella. Se rumoreaba en la ciudad que Charles Dana Gibson, que en sus dibujos y sus pinturas había establecido el ideal de belleza de la clase alta, había tomado unos apuntes de ella durante su estancia en San Francisco y había obtenido así su estereotipo de mujer Gibson, y, aunque la propia Jean sabía que eso era falso, e incluso se preguntaba si Gibson había llegado a estar realmente en San Francisco, no hizo nada por disipar la leyenda. Era una mujer alta, de un metro setenta y seis centímetros de estatura medida descalza, bien formada, de hombros rectos y anchos y manos fuertes de largos dedos. Su rostro tenía la misma calidad cincelada que el de su madre —que en las páginas de sociedad calificaban de «clásico»—, sus ojos eran intensamente azules y sus cabellos de color miel adquirían una tonalidad dorada bajo determinada luz. Había acudido obedientemente durante doce años a las clases de miss Marion, pero sentía muy poca curiosidad intelectual y, al igual que sus amigas, ningún deseo de recibir educación superior.

Tampoco mostraba grandes aficiones musicales. Después de diez años de

lecciones de piano, era capaz de interpretar una sonata de Beethoven, correcta, aunque inexpresivamente, leyendo la partitura; pero, en realidad, la música le aburría. Jugaba al tenis y montaba a caballo con cierta soltura, pero ninguna de las dos cosas le apasionaba. Llevaba espléndidamente sus vestidos y le encantaba ir de compras, y disfrutaba probándose los largos e incómodos vestidos de su época. Era fotografiada con frecuencia, y cuando se celebró en la ciudad el primer desfile de modelos con fines caritativos, el *Chronicle* observó que «el acontecimiento resultó memorable por los vestidos que lucían un ramillete de bellezas locales, en particular por la belleza clásica y el regio porte de miss Jean Seldon». Eso había sucedido hacía dos años, cuando Jean no había cumplido aún los diecinueve. Ahora era más atractiva y se sentía más descontenta, hecho que turbaba y desconcertaba a sus padres. Se tomaba tan poco interés por la mayor parte de las cosas que a su padre le resultaba un tanto insólito.

—Dices que su traje no le sienta bien —dijo a su padre— y que ni siquiera sabía qué tenedor usar. Es realmente maravilloso.

—¿Por qué?

—Parece uno de los héroes de Jack London.

—¿Quién es Jack London?

—¡Papá!

—Lo que no puedo comprender es por qué le invitaste a venir aquí —comentó Mary Seldon.

—¿Le has invitado? ¿Para cuándo?

—Para el viernes que viene. Mary —explicó a su mujer—, es un joven muy poco corriente. No puede tener más de veintiuno o veintidós años, tosco, aunque no realmente. Entró en el banco como si fuera suyo, preguntó por mí, me expuso sus razones y, fríamente, pidió un préstamo de treinta mil dólares. Y, créeme, en vez de echarle, me sentí atraído por él.

—¿Y le vas a conceder el préstamo?

—¡Santo cielo, no! Es un pescador de cangrejos.

—¿Qué!

—Lo que has oído, un pescador de cangrejos.

—Sigo sin comprender por qué le has invitado a cenar —dijo su esposa—. Tal como lo describes..., bueno, ¿a quién podríamos invitar con él?

—¿Por qué no le das el préstamo? —insistió Jean, intrigada con la imagen que evocaba su padre.

—Porque no tiene ninguna garantía. Posee tres lanchas de pesca fuertemente hipotecadas y opera con un saldo líquido de unos mil dólares, cuando los tiene. Además, es joven, demasiado joven para la absurda idea de comprarse un vapor de cabotaje.

—Entonces, como dice mamá, ¿por qué le has invitado a venir aquí?

—Por la misma razón por la que le invité a comer en el club con Al Summers y conmigo. Supongo que es por su juventud y su vitalidad. Según me han dicho, sus padres murieron en el terremoto. Creo que es medio francés y medio italiano, pero no se puede desechar a un chico así. Algún día será algo, y quiero que entonces vuelva a nuestro banco.

Por un primo suyo que trabajaba de cajero en el «Seldon Bank», Anthony Cassala se enteró de que Lavette había ido allí a pedir un préstamo. Dijo a su mujer, Maria, que le ponía malo, que le revolvía el estómago, según sus propias palabras.

—Decirme a mí, yo, que soy como un padre para él, no quiero tu ayuda... ¿Cómo puede hacerme eso?

—Pregúntaselo.

—Y no le darán el préstamo. Ese maldito bastardo irlandés le chuparía antes toda su sangre.

—Los Seldon no son irlandeses, Tony.

—Da igual. ¿Quién es su gente? ¿Los Seldon?

Al día siguiente, incapaz de contenerse, Cassala se fue en su calesa al Embarcadero. Las lanchas de Dan Lavette estaban descargando, y el propio Dan le estaba gritando, furioso, a un comisionista.

—¡Pescado podrido! ¡Como hay Dios que, si vuelve a pronunciar esa palabra, lo tiro patas arriba aquí mismo! ¿Quién infiernos se cree que es para venir aquí desde San Mateo a decirme que mi pescado está podrido? ¿Dónde está su hielo? ¡Estos malditos bastardos quieren ahorrarse hielo y luego nos dicen que vendemos pescado podrido! Mire mis peces... están medio vivos. Yo vendo mi pescado al llegar a puerto, no al día siguiente. ¡Bah, largo de aquí! No necesito su negocio.

Vio entonces a Cassala, giró sobre sus talones y se acercó a la calesa.

—Danny, Danny, pierdes en seguida los estribos —le reprendió Cassala—. Ésa no es forma de hacer negocios. Te ganas enemigos.

—¡Que le den morcilla! No quiero negocios con ése.

—Tampoco los quieres conmigo, ¿verdad, Danny?

—¿De qué estás hablando?

—Del préstamo que has ido a pedirle a Seldon.

—De modo que te has enterado. Por ese bocazas de Angelo que trabaja en el banco de Seldon.

—Exactamente. ¿Y por qué recurres a Seldon? ¿Quién te prestó el dinero para las lanchas?

—Tú, Tony, y estoy hasta el cuello de deudas contigo. Se me ha ocurrido esta loca idea de comprar un barco maderero. Supón que recurro a ti y que tú tienes que

decirme que no... y, aunque fueras lo bastante estúpido como para hacerme caso, yo no lo aceptaría. Créeme, Tony.

—Te creo, Danny. Pero acude a mí, ¿eh?

—Veremos.

Dan se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar en que sus hombres estaban descargando en grandes cestos los cangrejos pescados. Cogió uno de los cestos, volvió sobre sus pasos y lo metió en el portaequipajes de la calesa.

—¡Estás loco, Danny! —exclamó Cassala—. ¿Quién puede comerse un cesto de cangrejos?

—Tu mujer, tus hijos, tus parientes..., nunca he visto menos de diez personas sentadas a tu mesa.

—Entonces, ven a cenar con nosotros, Danny.

—Mañana. Pero nada de hablar de negocios. Olvídate de todo el asunto de Seldon.

Cassala se alejó, y Lavette caminó por el muelle en dirección a su barracón. El interior presentaba un aspecto immaculado. Feng Wo se había encargado de todo, no solamente como contable, sino también como criado y cocinero. Flotaba un intenso aroma a café recién hecho, y, al entrar Dan, Feng Wo se levantó de un salto y se quedó junto a la mesa ante la que se encontraba sentado.

—La comida estará lista dentro de diez minutos, señor Lavette.

—Escuche, Feng. No está obligado a prepararme la comida. Eso no figura en el trato.

—Por favor, me gusta hacerlo. Usted sólo come carne picada y judías en lata y va a echarse a perder el estómago. Pero si trae toneladas de pescado fresco y nunca come usted pescado, señor Lavette...

—Detesto el pescado.

—Le prepararé una tortilla china. Sólo tardaré unos minutos. ¿Sí?

—Como quiera.

La tortilla estaba deliciosa. Dan comió rápida y ávidamente, deshaciéndose del alimento en lugar de saborearlo; después, al salir, dijo a Feng Wo que regresaría al cabo de una hora. Cruzó el Embarcadero hasta Market Street y, una vez allí, entró en la primera sastrería que encontró.

—Necesito un traje —dijo al sastre—. Un buen traje... un traje con clase y distinción. ¿Sabe a lo que me refiero? Olvídese del aspecto que tengo ahora. Soy pescador, y ésta es mi ropa de faena. Quiero un traje para Nob Hill, discreto..., sin rayas ni cuadros chillones. Y quiero que me siente bien.

—Me llamo Pincus —dijo el sastre.

—Lavette. ¿Entiende mi idea, míster Pincus?

—Creo que sí, míster Lavette. Le enseñaré el paño, y usted puede elegir la tela y

el estilo.

—Espere un momento. Lo necesito para dentro de tres días.

—¿Tres días? Imposible.

—Nada es imposible.

—Tres días..., le va a costar mucho.

—¿Cuánto?

—Por lo menos, cien dólares. Depende de la tela que elija.

—Por el último traje que compré pagué seis dólares.

—Ropa confeccionada —Pincus se encogió de hombros.

—Está bien, tres días. Veamos.

A los diecisiete años, cuando murieron sus padres, Dan Lavette abandonó toda idea de estudiar. Durante los dos años siguientes llegó a conocer a los pescadores del muelle, no como un chico que tripulaba la lancha de su padre, sino como uno más de ellos. Él era el más joven de todos. Los pescadores le tomaron simpatía; le ayudaron; le emborracharon por primera vez y le llevaron a su primer burdel y le aceptaron como uno de ellos, y, cuando intentaron meterse con él e intimidarle, les hizo frente con una ferocidad que le ganó un puesto de hombre en un rudo y tosco mundo de hombres; sin embargo, nunca se convirtió en un pescador como tal. Se ganó su puesto, pero se mantuvo al margen. Los pescadores eran italianos, portugueses, mexicanos, yanquis, y algunos de ellos, poseían sus propias lanchas, y otros trabajaban a la parte, pero todos tenían en común el hecho de que eran pescadores y envejecían como pescadores, morenas y callosas sus manos y los atezados rostros tan correosos y surcados de arrugas como el cuero.

Tenía diecinueve años cuando decidió que la diferencia entre Nob Hill y el Embarcadero era la diferencia existente entre quienes poseían las lanchas y quienes las trabajaban. Decidió que la vida era un plan y un proyecto, del mismo modo que un día de pesca era un plan y un proyecto. Alquiló el barracón del muelle, lo acondicionó y se trasladó a él desde la casa de Cassala, acallando los angustiados temores de Maria Cassala de que la vida con los vagos y prostitutas de la costa acabarían destruyéndole. Él no tenía ninguna intención de ser destruido. Pocos meses después de haberse instalado allí, compró el barracón que había convertido en su hogar y su oficina, al precio de mil dólares contra hipoteca. Aprendió a llevar una serie de libros. Pidió dinero prestado al banco de Anthony Cassala, hipotecando su lancha para comprarse otra, y luego, hipotecando ésta para comprarse una tercera. Dejó de beber después de una docena de borracheras, no porque temiera llegar a verse dominado por el licor, ni por razones morales, sino porque, hallándose borracho en un burdel, le habían robado doscientos cuarenta y cinco dólares en metálico que llevaba en el bolsillo y decidió que no había proporción entre beneficios y pérdidas.

La «Costa Beréber», decidió, era una caza de incautos, una estúpida ilusión para niños con cuerpo de adultos; ningún camino conducía desde allí hasta Nob Hill, y a los diecinueve años había agotado ya su ración de prostitutas marchitas y avejentadas, lacrimosos borrachos, estafadores baratos y pescadores que se partían el espinazo trabajando seis días a la semana, y luego lo fundían todo en una sola noche en la «Costa». Él sabía lo que quería; quería Nob Hill.

Y esta noche se encontraba en el Hill, vestido con un elegante traje gris cortado a la medida de su macizo cuerpo, zapatos negros nuevos, calcetines también negros, camisa blanca y corbata azul oscuro. Veía, observaba y aprendía y, mientras cruzaba la verja y se dirigía a la puerta principal de la casa de Seldon, examinó y apreció el lugar: una mansión victoriana de madera de pino y piedra gris. Se sintió impresionado, aunque no dejaba de percibir la falta de gusto y la fealdad del edificio; y pensó que, si él hubiera invertido la misma cantidad de dinero en la construcción de un castillo en Nob Hill, lo habría hecho de modo diferente. Ignoraba cómo lo habría hecho exactamente, pero el hecho mismo de percibir un aire de vulgaridad le dio una sensación de seguridad en sí mismo.

El mayordomo que abrió la puerta levantó una ceja.

—¿Su abrigo, señor?

Iba sin sombrero ni abrigo, indiferente a las condiciones meteorológicas. Tomó nota de su error mientras pasaba rápidamente la vista por el amplio vestíbulo, la gran escalera que subía al segundo piso, las puertas dobles situadas a cada lado, la vista que se mostraba a través de las encristaladas puertas del fondo, que daban a un invernadero, las esculturas de oscuro bronce, el suelo y la balaustrada de mármol, el enorme y casi intimidante candelabro de cristal suspendido en lo alto, las dos grandes y horribles sillas góticas colocadas a ambos lados de la escalera; se sintió impresionado, aunque no abrumado, más bien como si estuviera en un almacén haciendo inventario. Ni aprobaba ni desaprobaba; simplemente, archivaba una impresión para el momento en que su juicio le permitiera valorarla.

El mayordomo, un hombre grueso y de edad madura vestido con librea, abrió una de las puertas dobles de la derecha. Como no le había preguntado su nombre —un tanto sorprendentemente, pues Dan había imaginado que sería anunciado con toda ceremonia—, dedujo que le esperaba y había recibido una descripción suya. Se detuvo un instante con azoramiento, mirando un salón de estar brillantemente iluminado en el que había un piano de cola, un arpa, dos enormes divanes, sillas tapizadas, una gran alfombra persa y cinco personas: Seldon, que se adelantó a saludarle, dos mujeres mayores, un hombre de unos cincuenta años y una joven que Dan, con sólo un vistazo a su rostro, consideró la muchacha más hermosa que vio jamás.

Seldon le estrechó la mano.

—Encantado, Lavette. Es un placer volver a verle. Bien venido a mi casa.

Luego, hizo las presentaciones:

—Ésta es mi esposa, mistress Seldon..., Daniel Lavette.

Una mujer alta y elegante; no amistosa, simplemente cortés, con un cierto aire indeciso mientras le tendía una mano flácida.

—Y mistress Whittier.

Ninguna mano esta vez, sólo una inclinación de cabeza de una mujer rechoncha y prietamente encorsetada, cuyo vestido de raso blanco estaba recubierto de centenares de pequeñas perlas.

—Y éste es míster Whittier. Míster Daniel Lavette.

Un hombrecillo menudo, con un bigote que parecía de cera; al igual que Seldon, llevaba smoking y corbata negra, hecho del que Dan estaba ahora penosamente consciente. Examinó a Dan con interés y curiosidad y le estrechó calurosamente la mano.

Dan, por su parte, era incapaz de apartar los ojos de Jean Seldon, que permanecía sentada en el extremo de uno de los amplios divanes, intensificado el azul pálido de sus ojos por el color azul del vestido que llevaba, mirándole con una apenas insinuada sonrisa en los labios.

—Mi hija, miss Jean Seldon. Y éste es Daniel Lavette.

Trató de pensar algo que decir, algo que hubiera leído, algo que hubiera oído —encantado, mucho gusto, es un placer, o, simplemente, qué tal—, pero las palabras no se le ocurrían y no dijo nada. Ella le tendió la mano, una mano grande, proporcionada, de largos dedos, que, sin embargo, parecía perderse en la suya. La retuvo un momento y, acto seguido, la soltó.

—He oído hablar mucho de usted, míster Lavette —dijo—. Ha causado gran impresión en mi padre, y ahora comprendo por qué.

Él lo tomó como un cumplido y murmuró unas palabras de agradecimiento. La sonrisa se convirtió en alegre risa. ¿Se estaba riendo de él? Apareció a su lado el mayordomo y le preguntó qué deseaba beber. Él habría rechazado una bebida, pero los otros hombres estaban bebiendo y, tras vacilar un instante, dijo que tomaría un whisky con soda. Jean Seldon le miraba fijamente. Él tenía conciencia de su observación.

—¿Por qué no se sienta y me habla de usted, míster Lavette? —preguntó.

Su forma de hablar, su desenvoltura, tan diferente de la fácil intimidad de las chicas de cabaret o de la envarada timidez de las muchachas que solían estar en casa de Cassala, era maravillosa, nueva e intrigante. Pero Seldon le había cogido ya del brazo.

—Dan, si no le importa le llamaré Dan, soy lo bastante viejo como para poder ser su padre; aquí, Whittier, es el presidente de la «California Shipping». Está demasiado

gordo y es demasiado rico. Necesita la competencia de la juventud.

Jean Seldon le sonrió y observó. La sonrisa le abandonó por el momento, pero estableció también su interés para la velada. La sonrisa decía: Quedas libre por el momento, pero sólo por el momento; y él asintió con un leve gesto de la cabeza, cruzándole por la mente como un relámpago la idea de que aquello era lo que había estado buscando y en lo que había soñado, aquello y nada más.

—He oído que tiene usted intención de comprar el *Oregon Queen*, joven.

—Sí, en efecto.

—No ha causado más que disgustos y mala suerte desde que Swenson lo mandó construir. Oh, no estoy en contra de los barcos madereros de hierro. He encargado la construcción de tres para mi propia bandera, pero se necesita tiempo, investigación y estudio. Swenson se precipitó con el suyo, y no le ha originado más que contratiempos y desastres. Por eso está atracado y por eso intenta venderlo.

—He visto el barco —contestó Dan.

Se dirigía a Whittier, pero estaba hablando para Jean. Ella sonreía y escuchaba.

—¿Qué sabe usted de barcos de hierro?

—No mucho. Sé que el *Queen* tiene setenta y dos metros de largo, y sé que sus dos hélices gemelas están hechas de cinc, y creo saber lo que hay que hacer con ellas. Tiene dieciocho mil toneladas brutas y puede transportar millón y medio de pies de madera. Le estalló una caldera y la sala de máquinas está destrozada, pero los motores se encuentran en buenas condiciones. Pondré nuevas calderas en el puente, a popa de las máquinas, dos calderas en vez de una, y no volverán a estallar.

—¿Calderas en el puente? —exclamó Whittier. Jean Seldon sonreía, y su padre escuchaba atentamente—. Tendrá más peso arriba que abajo, se hundirá en el primer viaje.

—No, señor. Mi aritmética es bastante elemental, pero he realizado los cálculos, y el peso no será excesivo en la parte alta. Además, cuando le quite la caldera, tendré espacio para cargar otros ciento cincuenta mil pies de madera.

—Voy a decirle una cosa, míster Lavette —exclamó Whittier—. No me tendrá a mí como pasajero.

Sin poder contener una sonrisa, Dan le dijo que no pensaba todavía en tomar pasajeros.

—Eso es para el futuro, señor. Creo que un barco de hierro puede transportar un cargamento de peso muerto, cemento, sal, azúcar, arena, de modo que no me vea supeditado a depender de la temporada de la madera ni de los magnates de la madera. Y no tengo por qué limitarme a la costa californiana. Puedo tomar carga hasta desde Oregon.

—Parece muy seguro de sí mismo para un hombre de su edad.

—Soy tan viejo como se puede ser a mi edad —repuso Dan—. No sé mucho,

pero conozco el mar.

Entró el mayordomo para anunciar que la cena estaba servida, y mistress Seldon interrumpió la conversación diciendo que lo menos que podían hacer era dejar las discusiones de negocios para después de cenar. Temiendo cometer un error, Dan esperó. Seldon tomó el brazo de su mujer, y Whittier el de la suya. Dan esperó. Jean se puso en pie.

—¿Quiere llevarme al comedor, míster Lavette?

Él asintió y la cogió del brazo. El fluido torrente de palabras que había brotado mientras hablaba con Whittier se secó. Simplemente, no sabía qué decir.

—Ha estado usted espléndido —murmuró ella.

—¿Oh?

—Nadie, pero es que nadie le habla nunca así a Grant Whittier. Todos mueven los pies, se inclinan y asienten a todo lo que dice.

—¿He hecho mal? —preguntó, con aire dubitativo.

—Ha hecho perfectamente.

No supo qué responder y entró en el comedor en silencio. Fue colocado a su izquierda, con Whittier delante, al otro lado de la mesa, y los Seldon a ambos extremos de la misma. Nunca se había sentado a una mesa como aquélla, tres tenedores a su izquierda, dos cuchillos y tres cucharas a su derecha y un tercer cuchillo encima del plato. Éste se hallaba ribeteado en oro, con un monograma, también de oro, en el centro. Vio a Whittier arrimar la silla de su esposa detrás de ella, y él hizo lo mismo con la de Jean. No tocó nada hasta que les vio coger sus servilletas y les imitó cuidadosamente, notando que la muchacha de su izquierda observaba cada movimiento que hacía. Una copa grande, tres copas más pequeñas. El mayordomo estaba sirviendo agua en las copas grandes. Sentía la boca seca y necesitaba desesperadamente beber algo, y se dio cuenta en aquel momento de que había llevado consigo su whisky. ¿Cómo se habían deshecho los demás de sus vasos? Lo dejó sobre la mesa y experimentó una sensación de alivio cuando el mayordomo se lo llevó. Los Seldon y los Whittier estaban charlando en una conversación intrascendente que él nunca había conocido, y su propio silencio empezó a oprimirle. Jean Seldon acudió en su auxilio, y él se preguntó si imaginaría que nunca había cenado con gente como aquélla en una habitación así ni en una casa semejante.

—¿Cómo es que sabe tanto sobre barcos? —le preguntó.

—No sé mucho.

—Ya lo creo que sí.

—Bueno, supongo que un poco sobre el *Oregon Queen*. Sé más de lanchas. He estado entre lanchas la mayor parte de mi vida.

—¿Y un barco no es una lancha?

Whittier oyó la pregunta.

—No en realidad, querida —replicó—. Una lancha no es un barco, aunque algunos dicen que un barco es una lancha —su pequeño chiste le regocijó, y rió entre dientes.

—Un barco es grande, una lancha es pequeña. Ésa viene a ser la diferencia —aclaró Dan.

Por lo menos, estaba hablando con ella, sentado junto a ella. Una doncella le puso delante un plato de carne de cangrejo con mahonesa y el mayordomo sirvió vino blanco en la copa exterior de las tres que se alineaban ante él. No le gustaba el cangrejo, y se preguntó si les ofendería si no lo comía. Jean estaba sólo picoteando el suyo; no podía saber que el apetito le había abandonado a causa de su presencia allí.

—Podría ser de una de sus propias lanchas, Lavette —dijo Whittier—. Me refiero al cangrejo.

Whittier se mostraba hostil y ocultaba su hostilidad con insípidas observaciones, Dan no respondió, pensando sólo que si aquel hombrecillo pomposo y necio, tan mal informado sobre la esencia de su propio negocio, era el tipo de los cien magnates que dominaban las colinas de San Francisco, entonces su propia ascensión no resultaría demasiado difícil. Todo era cuestión de dinero; si uno tenía dinero, actuaba, y podía hacerlo sin energía ni inteligencia; y si uno tenía dinero veía más de una vez a una muchacha como Jean Seldon, y no sólo por casualidad. Cogió el tenedor más alejado del plato después de que lo hubieran hecho los demás, y se forzó en comer el cangrejo.

—Quisiera creer que lo es —dijo Seldon, tratando de suavizar la observación de Whittier—. El joven Lavette posee tres lanchas cangrejeras —explicó a míster Whittier—, y eso es toda una hazaña para una persona de su edad.

—Cuando la mayoría de los muchachos están todavía en la Universidad —comentó Whittier.

—Mantenidos por sus papás —replicó dulcemente Jean, sonriendo a Whittier—. John está en su último año en Yale, ¿no?

—Así es.

Mary Seldon miró a su hija con desaprobación, pero Jean rehuyó su mirada. La doncella estaba recogiendo los platos de pescado, y el mayordomo servía una sopa poco espesa. Procurando no mirarla directamente, Dan observó a Jean.

—¿Y entrará luego en su negocio, míster Whittier?

—Por supuesto.

—Qué lástima que no pueda fundar una naviera propia, como se propone hacer míster Lavette. Pero tampoco sabría cómo hacerlo, ¿verdad? —añadió, con una sonrisa.

Dan escuchaba y, al mismo tiempo, observaba los movimientos de los demás. Sumergían la cuchara de dentro afuera, y no al contrario. La muchacha se volvió

hacia él y sonrió.

—No le veo la necesidad, Jean —dijo su padre—. ¿Por qué diablos iba a querer John fundar una naviera propia?

—¿Le gusta la sopa, míster Lavette?

Su pregunta excluyó a los demás.

—Pues..., sí.

—¿No le gusta el cangrejo?

Se encontró dirigiéndole una sonrisa. Había desaparecido su nerviosismo, y experimentó de pronto la sensación de su propia corpulencia, de su fuerza física, de su inteligencia y de todo su ser. Durante cuatro años, se había ganado por sí mismo el pan, no sólo había subsistido y salido adelante, sino que había reunido una pequeña flota, y la mantenía en marcha contra viento y marea, y tenía una plantilla de once tripulantes... y al diablo con ellos si empezaba a preocuparse por qué cuchara o qué cuchillo utilizar.

—Tampoco a mí me gustaría si estuviese en su lugar, míster Lavette —dijo Jean—. Detestaría el pescado y los cangrejos.

Se encontró hablando con ella y disfrutando con el desafío de aquella extraña y un tanto incomprensible cena. Después de la sopa, un plato de carne asada con patatas sustituyó al plato ribeteado en oro y con el monograma que había tenido delante. Luego, una ensalada con queso. Después, un helado. A continuación, una pequeña ración de lo que supuso era conejo estofado con muchas especias. Su único término de comparación eran las comidas que había hecho en casa de los Cassala y de los Levy, y consideraba que ambas familias comían cosas mejores y más juiciosamente. Pero aprendería el ritual; aprendería cualquier maldita cosa que existiese en el mundo de Jean Seldon.

Terminada la cena, el mayordomo repartió cigarros y sirvió coñac. Las mujeres se levantaron para salir de la estancia. Jean Seldon dijo a su padre:

—Papá, déjame llevarme a míster Lavette para enseñarle la terraza. Estoy segura de que no fuma puros. ¿Verdad, míster Lavette?

—En efecto.

—¿Lo ves? ¿Puedo?

Su madre se le quedó mirando fríamente mientras cogía del brazo a Dan y, sin esperar respuesta, le conducía fuera del comedor.

—Estoy mimada —le dijo, cuando se detuvieron en la terraza de la parte posterior de la casa, con el espléndido arco de la bahía y la ciudad a sus pies—. Debe comprenderlo. Soy la hija única y mimada de un hombre muy rico que me adora, y por eso es por lo que hago cosas horribles y me quedo tan tranquila.

—¿Cosas horribles?

—Sacarle así del comedor y librarle de las garras de ese estúpido Grant Whittier

—le miró—. A usted no le parece que eso sea horrible.

—No.

—Sí. No. Con Grant Whittier hablaba hasta por los codos, míster Lavette.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—A usted no sé qué decirle.

—¡Nunca he oído una tontería mayor! Vaya, he herido sus sentimientos.

—No —movió la cabeza, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. A usted no sé qué decirle. Nunca he conocido a nadie como usted.

—¿Cuántos años tiene, míster Lavette?

—Veintiuno.

—Y yo cumpliré veintiuno dentro de seis..., no, cinco meses. Así que somos de la misma edad, pero los chicos de veintiún años que he conocido eran unos niños, no por tamaño, entiéndame, pero unos críos. Usted es distinto. ¿Se da cuenta?

—No, nunca he pensado en ello.

—¿Siempre dice exactamente lo que piensa?

—No sé. Supongo que sí.

—Papá le describió como una especie de patán, vestido con ropas que no le sientan bien. Usted no es ningún patán.

—Este traje es nuevo.

—No me refería a eso. Es usted irritante.

—No era ésa mi intención, miss Seldon.

—Mi nombre es Jean, míster Lavette. Puede llamarme así. Yo le llamaré Dan. Hemos sido formalmente presentados, así que es de todo punto correcto.

—Quiero volver a verla —expresó lentamente.

—¿Oh?

—¿Será correcto? Ya le he dicho que nunca he conocido una chica como usted. Nunca he estado en una casa como ésta. Ya se habrá dado cuenta.

—En efecto.

Le miró pensativamente, alta, esbelta, elegante, fría e increíblemente bella. Cerró los ojos, mientras él esperaba. Luego, los abrió y le sonrió.

—Sí, Dan, puede volver a verme.

Al salir de la casa de los Seldon, recorrió sosegadamente una docena de pasos; luego, lanzó un aullido y echó a correr. Bajó por la colina como un toro al galope. Cuando llegó al muelle, saltó a una de sus lanchas y se sentó en la popa, mirando la niebla posada sobre la bahía. No tenía ganas de dormir. El mundo entero era nuevo y maravilloso e increíble.

Maria Cassala dio a luz un niño muerto. Dan fue al hospital y permaneció junto a

su cabecera, mientras ella le agarraba la mano y lloraba. A sus treinta y cuatro años, Maria había dejado ya atrás su juventud. Estaba gorda y tenía la cara hinchada y llena de ronchas. Aferraba su mano con una especie de frenética desesperación. Los médicos le habían dicho que nunca volvería a tener otro hijo. Era una mujer sencilla, analfabeta, y no hacía ningún esfuerzo por aprender inglés. A pesar del éxito de su marido y de su creciente prosperidad, no quería tener criadas en la casa. Ella misma se encargaba de hacer la limpieza y la cocina, pero los médicos dijeron ahora a su marido que debería permanecer por lo menos cinco semanas en cama.

—Pero tú eres mi otro hijo, Daniel —le dijo entre sollozos—. Siempre serás mi hijo, y, cuando Rosa sea mayor, os volveréis el uno hacia el otro.

—Procura reponerte. No te preocupes de otra cosa, Maria.

—Mi hijo era un chico —gimió ella—. Daniel, Daniel, me lo arrebataron antes de que pudiera tocarlo siquiera.

Afuera, en el pasillo del hospital, Anthony le abrazó. Dan se sintió sorprendido por la intensidad de la emoción y el dolor del hombre; después de todo, el niño no había llegado a vivir.

—Se vuelve uno hacia las personas que ama —dijo Cassala—. Dinero..., toda mi vida es dinero. Tú eres mi hijo, Danny. Pierdo un hijo, pero no te pierdo a ti, Danny.

Después de haber estado fuera casi toda la mañana, Levy regresó a la tienda y encontró a su mujer, Sarah, a punto de echarse a llorar. Semejante estado de ánimo resultaba muy poco propicio de ella.

—¿Cómo se puede encontrar nada aquí? ¿Cómo puede una encontrar nada en medio de tanto desorden? —a Martha se le contagió el humor de su madre, y empezó a gimotear—. ¿Dónde has estado? —preguntó Sarah, mientras cogía a la niña y la calmaba.

—Sólo he estado fuera unas horas. He ido a echar un vistazo al *Oregon Queen*.

—Jenson ha estado aquí, gritándome. Dice que la estopa que le vendiste no es buena.

—Está loco.

—Lo tiró todo detrás de la tienda. Le he devuelto todo su dinero.

Mark empezó a decir algo, y luego se tragó sus palabras.

—¡Oh, detesto todo esto! —exclamó Sarah—. Odio ser una tendera. Lo odio.

—Nunca habías dicho eso.

—Lo estoy diciendo ahora. ¿No es bastante? Voy a darle la comida a Martha y a prepararte el almuerzo.

—No tengo hambre —replicó Mark. Empezó a merodear por la tienda, ordenando aquí y allá los artículos colocados en los estantes—. No sabía que lo detestaras. Es la tienda de papá. ¡Qué diablos, nos proporciona un buen medio de vida! Tener una

tienda no es la peor cosa del mundo.

—Lo siento —se sentó con la niña en brazos y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras? Al diablo con Jenson. Ya le has devuelto su dinero, y asunto terminado.

—No lloro por eso. Ha muerto el hijo de Maria Cassala.

—¿Qué? ¿Quién...? ¿Steve o Rosa?

—No, la criatura. Ha nacido muerto. Danny Lavette ha estado aquí y me lo ha dicho.

—Sí, es una pena. Pero no tienes que llorar por eso. Son cosas que pasan.

—Sí, cosas que pasan.

—Tendrá otros hijos.

—No. El médico dice que no —se secó los ojos con la falda y apretó a Martha contra su pecho—. Estoy destrozada.

Se fue con Martha a la habitación trasera, y, unos minutos después, Mark la oyó cantarle algo a la niña. «Ojalá fuera yo así —pensó—. Pasar con tanta facilidad del dolor a la alegría».

—¿Por qué has ido a ver el *Oregon Queen*? —le preguntó ella, desde dentro.

—Para ver si Danny está loco.

—¿Y lo está?

—No.

—Tengo pescado frío para tu almuerzo. ¿Te lo comerás?

—Me lo comeré —respondió, con resignación.

La amplitud de los conocimientos de Feng Wo era sorprendente.

—¿Qué te pondrías —le preguntó Dan— para llevar de paseo a una chica? No una fulana, ¿eh? Ésta es una chica de clase.

Feng Wo reflexionó unos instantes.

—Yo creo, señor Lavette, que pantalón de dril blanco, camisa blanca y algún jersey de punto con botones por delante. Puede comprar eso en «Lords». Y quizá zapatos de lona.

—¿Y pantalones de franela no?

—Yo trabajé hace algún tiempo para esa clase de gente. Es cierto que llevan pantalones de franela en sus diversiones. Pero usted es un hombre de mar. El pantalón de dril sería más adecuado, en mi opinión.

Pero, una vez en «Lords», compró los pantalones de franela y una chaqueta marinera azul con botones dorados. Zapatos de lona blancos. Los zapatos le quedaban perfectamente, pero se sentía como un bufón con la chaqueta y, en el último momento, se puso un viejo jersey gris. Por lo menos, estaba limpio y no olía a pescado. En la cuadra de Peek, en Jefferson Street, alquiló la calesa más nueva y

pretenciosa que tenía Jesse Peek, juntamente con una nerviosa e inquieta jaca.

—Si tuviese un poco de sentido común, te daría un penco viejo —dijo Peek—, porque tú no entiendes un pimiento de caballos, Danny, y esta jaca es briosa, muy briosa. Conténla, pero no le hagas daño en la boca. Es un buen ejemplar.

Costaba seis dólares al día, pero lo valía, decidió Dan. Y no se dejó abatir por el frío recibimiento que le dispensó mistress Seldon cuando llegó para recoger a Jean. La muchacha bajó vestida con una blusa color verde claro, jersey blanco y una falda escocesa que le llegaba justamente hasta los tobillos. Llevaba el pelo recogido sobre la nuca con una cinta verde, y para Dan era total e inequívocamente la criatura más hermosa y deseable que jamás hubiera existido.

—Si nos disculpa un momento, míster Lavette... —dijo su madre, llevándosela a la sala de estar, mientras Dan esperaba en el vestíbulo—. Jean —dijo—, la verdad es que no te entiendo.

—¿Qué hay que entender, madre?

—Salir sola con una persona así, en una calesa abierta para que te vea todo el mundo..., no lo entiendo. Simplemente, no lo entiendo.

—¿Qué quieres decir con eso de «una persona así»?

—No tiene alcurnia, ni familia, un tosco y rudo...

—Basta, madre.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—¿Me estás prohibiendo que vaya?

—No. No quiero una escena. Irías de todos modos.

—Sí, en efecto.

Abrió la puerta de un empujón, cruzó con pasos rápidos el vestíbulo, cogió a Dan del brazo y le condujo al exterior.

Permanecieron unos minutos en silencio, mientras la calesa avanzaba, hasta que ella dijo:

—He tenido una escena con mi madre. No estoy enfadada con usted. Estoy alterada. Ya se habrá dado cuenta. Tengo un genio horrible.

—¿Ha sido por mi causa?

—Sí.

—Es normal —respondió él, sin inmutarse—. No soy de su clase. Yo, en su lugar, probablemente sentiría lo mismo.

—Es usted sorprendente. ¿No hay nada que le moleste?

—A veces, sí. Pero ahora, tal como me siento, nada podría molestarme. ¿Adónde la llevo?

—Primero a ver sus lanchas. Estoy muy intrigada con ellas.

—No son más que unas barcas de pesca viejas, sucias y malolientes. Hace veinte años, hubiera sido distinto.

—¿Por qué?

—Porque fue entonces cuando mi padre empezó a pescar aquí. Todos los pescadores italianos aparejaban sus lanchas con las mismas velas latinas que habían usado en la bahía de Nápoles y frente a las costas de Sicilia, y eran dignas de ver.

—¿Qué diablos es una vela latina? Como ve, no sé nada, absolutamente nada.

—Es una vela triangular. Cuelga hacia adelante de un mástil bajo y en ángulo inclinado. ¿Sabe ese artista que pinta esos cuadros púrpuras y azules de damas en columpios y con un montón de viejas columnas griegas a su alrededor...?

—Se refiere a Maxfield Parrish. Una descripción admirable.

—Ese mismo. Bueno, pues tiene esa clase de lancha en sus cuadros.

—Sí, ya recuerdo. Son maravillosas.

—Todas han desaparecido. Ya no hay más que cubos apestosos..., perdone, quemadores de petróleo. Bueno, ya hemos llegado al muelle.

Condujo la calesa por entre la confusión de las lanchas descargando su pesca, mientras la jaca cabriolaba nerviosamente al ver a la muchedumbre y percibir el olor a pescado. Pete Lomas, su primer marinero, le vio y se acercó a grandes zancadas, tan preocupado con su propia ira que, al parecer, ni se fijó siquiera en la chica que estaba con Dan y exclamó:

—¡Danny, ese jodido hijo de puta de Trankas nos ha vuelto a robar las redes, y como hay Dios que la próxima vez que lo vea le aplasto su maldita cara de zorra!

—¡Pete!

Vio a Jean, y aquel hombre corpulento y barbudo, vestido con un jersey mojado y botas de goma, empezó a excusarse. La muchacha se echó a reír. Dan trató de disculparse. Lomas estaba consternado. Cuando se alejaron, Dan intentó explicar. Detuvo la calesa delante de su barracón y le dijo:

—No le había visto. No sé qué decir.

—Dan, es fabuloso. ¿Habla usted igual cuando está con ellos?

—A veces..., supongo.

—Y éste es su local —dijo, mirando al edificio.

—Es sólo un barracón.

Se sentía súbitamente avergonzado, intimidado por ella. ¿Por qué había sido lo bastante estúpido e inconsciente como para llevarla allí? Comparó el destartado barracón con la suntuosa casa de Nob Hill, y sintió un vacío en el estómago.

—¿Vive aquí también?

Asintió con un gesto.

—Enséñemelo. Por favor, Dan.

—No vale nada. Es sólo un viejo barracón que utilizo como oficina. En la parte de arriba tengo una especie de alcoba, donde duermo.

—Enséñemelo, por favor.

Suspiró, echó el freno a la calesa y la ayudó a bajar. Entraron en el barracón. Feng Wo se puso en pie al verlos, y Dan dijo:

—Éste es mi contable, Feng Wo. Feng Wo, ésta es miss Jean Seldon.

Jean se puso rígida. Desapareció la sonrisa, y el hermoso rostro se convirtió en una máscara. De nuevo afuera, ella permaneció sumida en silencio, y, mientras se alejaban en el carruaje, Dan trató de comprender qué había hecho mal.

—Ya le dije que no era más que un barracón.

Ella continuó en silencio, con las mandíbulas apretadas.

—Está bien. Todo ha salido mal hoy, todo. Lo siento. Tiene usted derecho a estar enfadada.

—¿No sabe por qué estoy enfadada?

—Sí..., no, no lo sé.

—¿Cómo ha podido presentarme a un chino? —estalló.

—¿Qué?

—No tiene usted sentido de lo que está bien o mal, de lo que es conveniente o inconveniente.

—¿No?

—No.

Él se la quedó mirando, y, de pronto, la ira de la muchacha se esfumó, y sonrió. En aquel momento, Dan habría dado su vida por su sonrisa.

—Parece un niño que hubiera recibido una reprimenda y una zurra —dijo, e, inclinándose, le besó suave y levemente en la mejilla.

Ocho años antes, en 1902, Jack Harvey, un joven capitán de veintinueve años, compartiendo su camarote con su mujer y su hija, Clair, había pilotado el clíper *Ocean Breeze* en torno al cabo de Hornos y a lo largo de las costas de dos continentes hasta la bahía de San Francisco, donde los armadores lo retiraron del servicio, lo amarraron y lo dejaron pudrirse, desguazándolo finalmente para venderlo como madera. Sus días y los días de todos los demás espléndidos clípers yanquis habían terminado para siempre. Harvey se emborrachó y permaneció borracho durante nueve meses. Su mujer, que había trabajado como bailarina en una taberna frecuentada por marineros de Norfolk, Virginia, antes de casarse con él y que ni un solo día del viaje hasta San Francisco había dejado de odiarle a él, al barco y al mar, le abandonó, dejándole su hija de dos años. Después de eso, dejó de beber y encontró un medio de vida en los barcos madereros que recorrían la costa, flanqueada de pinares, entre la bahía y Mendocino City. Conservaba a su hija a su lado porque le fue imposible hallar otra solución al problema de criarla; y, como ésta no era situación que agradase a los armadores, se vio sujeto a periódicos despidos, durante los cuales se dedicaba a cualquier trabajo que podía encontrar. Clair asistía a la escuela sólo esporádicamente,

pero aprendió a leer y, como su padre sentía verdadera pasión por las novelas y ella le adoraba, a los diez años había leído ya todo cuanto caía al alcance de su mano, desde Ned Buntline hasta Dostoievski.

Cuando Lars Swenson desaparejó el *Oregon Queen* —su «apestosa vaca de hierro», como él lo llamaba—, ofreció a Harvey el puesto de vigilante, con derecho a vivir en el camarote del barco y con un salario de treinta dólares al mes. Como Harvey estaba entonces sin trabajo y vio la oportunidad de llevar a Clair a la escuela y mantenerla allí durante algún tiempo, aceptó el ofrecimiento.

Cuando Dan se fijó por primera vez en el *Oregon Queen*, considerándolo más una curiosidad que otra cosa, fue Harvey quien le atrajo hacia el barco, le invitó a tomar una copa en el camarote y disertó sobre las posibilidades de un barco de hierro. Harvey le tomó simpatía al alto y atractivo joven, y Clair, una chiquilla flaca, patilarga, pecosa y pelirroja de diez años, se sintió inmediatamente fascinada. Había pasado la mayor parte de su corta vida en el mar y sabía gatear como un mono por los mástiles y las jarcias. Dan se convirtió en su ideal, la personificación de una mezcla de héroes de ficción que poblaban su mundo, y él, por su parte, solía llevarle algún regalo especial, un clíper en miniatura, un vestido, un bote de mermelada, cada vez que visitaba el barco. A su debido tiempo, Harvey habló a Dan de los deseos de Swenson por deshacerse del barco y le participó su conjetura de que aceptaría una oferta de ciento cincuenta mil dólares. Clair, mientras tanto, contaba los días y las horas que mediaban entre la marcha de Dan y su promesa de otra visita.

Quedó, pues, desolada al verle llegar un día al muelle y ayudar a una hermosa joven a bajar de una elegante calesa. Clair Harvey nunca había pensado en la posibilidad de que las niñas flacas, patilargas y pelirrojas llegaran a convertirse en bellas mujeres. Por primera vez en su vida estableció una comparación sexual, ella frente a aquella criatura alta y perfecta cuya mano sostenía Dan; y, hecha la comparación, corrió a esconderse y no volvió a salir mientras Dan y Jean permanecieron en el barco.

Harvey, con la cara cubierta por su barba roja, sin afeitarse desde hacía una semana, descalzo y vestido con unos sucios pantalones de dril, murmuró sus disculpas y su placer y se excusó para ir a buscar a su hija, de quien Dan había hablado a Jean y a quien ésta esperaba ver. Al igual que su hija, Harvey desapareció. Jean caminó cuidadosamente por la cubierta, viendo sólo herrumbre, pintura descascarillada, grasa, aceite y distintas clases de suciedad, entre las que figuraban dos malolientes cubos de basura, pero escuchando, mientras tanto, a Dan exponer su sueño de una flota de barcos de hierro y esforzándose en vencer un impulso interior que le inducía a huir de aquel extraño y entusiasta niño-hombre-adolescente que no se parecía en nada a ningún otro chico que hubiera conocido jamás. Por otra parte, había fuerzas que dominaban a sus temores. Desde el día en que vio por primera vez a Dan Lavette,

no había podido quitárselo de su pensamiento. Hacía de él el centro de sus fantasías; le imaginaba tocándola, haciéndole el amor, con sus noventa y cinco kilos de hueso y músculo aplastando su blanca desnudez; y ante esta fantasía reaccionaba con una mezcla de terror y de deseo.

Ahora, él era un rey en su propio castillo.

—¿Qué le parece mi barco? —preguntó en tono campechano.

—No es suyo todavía, Dan.

—Si está pensando en su padre —respondió él, interpretando erróneamente su expresión de desagrado—, no se preocupe. Sé que no me concederá el préstamo.

—Entonces, ¿cómo puede comprar el barco?

—No lo sé. Pero lo compraré.

—Pero ¿por qué? —se extrañó—. Hay personas que viven sin barcos ni lanchas... Ya ve, he recordado la diferencia.

—Sin barcos... —movió la cabeza—. No. No. Yo sé cuál es mi vida. Siempre lo he sabido.

En la tienda de Mark Levy, mientras Mark atendía a otro cliente, Dan reunió un montón de pertrechos, bicheros, linternas, redes, cuerdas. Cuando el otro cliente se marchó, Mark se volvió hacia Dan y miró el creciente montón de pertrechos.

—Lo necesito todo —dijo Dan—. Maldita sea, Mark, no tengo dinero en efectivo para todo esto. Tendrás que concederme crédito..., por lo menos hasta final de mes.

—Tu crédito es bueno aquí. Pero ¿por qué? Antes nunca querías llevarte nada fiado.

—Estoy gastando dinero como un marinero borracho. Supongo que puedo permitírmelo, pero me estoy quedando sin fondos.

Mark se le quedó mirando pensativamente; luego, fue hasta la puerta, colgó un letrero de «Cerrado» y echó la llave.

—Vamos a tomar una cerveza y a charlar.

Dan le siguió a la cocina. Sarah estaba pelando patatas. Martha se hallaba sentada en el suelo, emborronando con expresión satisfecha un cuaderno de pintura.

—¿Dónde está Jake? —preguntó Dan.

—En la escuela. Es una chica muy guapa, Danny —dijo Sarah, mirándole fijamente.

—¿La has visto?

—Todo el mundo en el muelle la ha visto. ¿Quién es?

—Se llama Jean Seldon.

—¿Seldon? —exclamó Mark.

—Sí.

—Espera un poco.

—Es su hija.

—Tiene mucha clase, Danny. ¿Dónde la has conocido?

—En su casa.

—¿Y la has llevado a ver los suburbios? —sonrió Mark.

—Mark... Sarah... escuchad. No os riáis de mí. Estoy enamorado. No sé qué me ha pasado, pero desde que vi a esa chica, no existe nada más en el mundo. La deseo como no he deseado nada en toda mi vida.

—Danny, es una ricachona.

—Déjale en paz —indicó Sarah a su marido. Y, luego, dirigiéndose a Danny, añadió—: Escucha, muchacho, ¿vas en serio?

—Completamente. Voy a casarme con ella.

—Estás loco —replicó Mark.

—Quizá no esté tan loco. Pero ¿cómo es ella, Danny? La cima de esa colina está a mil millas de distancia.

—No sé cómo es ella. Ni me importa. Sólo sé que las cosas son así.

—¿Qué siente ella hacia ti?

—¡Dios sabe! Creo que le gusto. Hemos salido juntos un par de veces. He estado en su casa. Allí me quedo muy..., es un sitio que me da escalofríos. Pero, cuando salimos en la calesa, puedo hablar con ella. Es cuestión de tiempo.

—Muy bien, deja aparte por un momento tu vida amorosa —dijo Mark—. Sarah y yo tenemos una proposición que hacerte.

—¿Qué clase de proposición?

—Siéntate y escucha. El otro día fui al *Oregon Queen*...

—Lo sé. Harvey me lo dijo. No podrás venderle nada a Swenson. Está harto del barco y lo único que quiere es deshacerse de él.

—No fui a venderle nada a Swenson. Fui para ver el barco.

—¿Qué entiendes tú de barcos? —preguntó Dan.

—No mucho, pero quizá tanto como tú, Danny. Soy tendero y llevo en esto toda la vida. Bueno, escucha. Estoy de acuerdo contigo. Es un barco estupendo. Harvey me habló de tu idea de poner dos calderas en el puente, y creo que resultará. Hay que rasparlo, pintarlo y repararlo. Las cabrias están en perfectas condiciones. Necesita cable nuevo, pero el motor está bien, y lo mismo las dinamos. Está construido para funcionar con carbón, pero podemos cambiar el sistema y alimentarlo con petróleo...

—¿Qué quieres decir con eso de «podemos»?

—Espera y escucha. Si se le cambia a petróleo, hay una fortuna en ese barco.

—¿Cómo sabes que se puede hacer el cambio?

—No lo sé. Creo que sí. De todos modos, el futuro es de la combustión por petróleo. Sarah y yo hemos estado hablando de esto, y creo que se nos ha quedado la boca seca de tanto hablar. Nuestra proposición es la siguiente: la tienda y el edificio

valdrán unos sesenta o setenta mil dólares. No están sujetos a hipoteca. Tú y yo nos hacemos socios. Nos dirigimos a Tony Cassala y obtenemos un crédito sobre mi tienda y las existencias de hasta cincuenta mil dólares. Quizá no necesitemos tanto, pero nos sentiremos más seguros con un cierto respaldo, así que pedimos hasta un límite de cincuenta mil. Luego, compramos el *Queen*, lo acondicionamos y nos dedicamos al transporte marítimo. Tomamos los pertrechos del almacén, y eso cubrirá otros dos o tres mil dólares. ¿Qué dices?

Se recostó en su asiento y miró a Dan, que clavó la vista, primero en Mark y luego en su mujer.

—¿Haríais eso por mí? —preguntó Dan, en voz baja.

—Por nosotros —corrigió Sarah.

—No. Es un regalo. Estáis locos. Esta tienda es toda vuestra vida.

—Aborrezco esta tienda —declaró Sarah.

—Vosotros ponéis vuestra tienda y vuestra casa..., ¿qué pongo yo?

—Tú mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no puedo hacerlo —respondió Mark—. La sola idea de dirigir un barco me asusta. Creo que puedo vender el espacio destinado a carga, pero no puedo manejar un barco. No estoy hecho para ello.

—¿Qué te hace pensar que yo puedo?

—Sé que puedes. Te he visto gobernar tus lanchas de pesca.

—Es distinto.

—No tan distinto. Y hay una fortuna en ello, Danny. Tú lo sabes, y yo también lo sé.

—No. No. No puedo aceptártelo. Nunca he aceptado regalos de nadie. No puedo.

—Está bien —dijo Mark, después de una larga pausa—. Pon tus lanchas en el trato. Seremos socios.

—Las lanchas están hipotecadas. Tú lo sabes.

—Pero no por todo su valor. Piensa en ello, Danny. Tú tienes algo, nosotros tenemos algo, y lo ponemos todo junto.

Transcurrieron varios minutos. Dan permanecía en silencio, mirando a la mesa. Sarah terminó de pelar las patatas y las puso a hervir sobre el fogón.

—¿Quieres una cerveza, Danny, o prefieres café?

—Café.

—¿Solo?

Asintió con la cabeza y, casi lastimeramente, preguntó:

—¿Por qué hacéis esto por mí? No lo entiendo.

—Quizás es que te queremos —contestó Sarah, sonriendo y poniéndole delante el café—. ¿Quieres un trozo de tarta, Danny?

Negó con un gesto.

—¿Y bien? —le preguntó Mark.

—No sé. Las lanchas de pesca quizá valgan diez mil dólares más que la suma hipotecada. Eso te da el ochenta por ciento del negocio.

—Al cincuenta y cincuenta, o nada.

—Yo no sé cómo llevar a cabo una cosa así. Necesitaríamos abogados.

—Tony lo sabe, y él tiene abogados.

—Mi barracón vale cinco mil. Eso hay que ponerlo también en el fondo común.

—¿Trato hecho, entonces? —preguntó Mark.

—Trato hecho —respondió Dan.

Se estrecharon la mano.

—Saca una botella de vino —pidió Mark—. Tenemos que brindar por esto.

Sarah abrió una botella de vino y llenó tres vasos. Levantando el suyo, Mark dijo:

—Querida esposa, querido amigo Danny, éste es un momento histórico. ¡Brindo por Lavette y Levy, navieros!

—No —dijo Dan—, Levy y Lavette. Así suena mejor. ¡Dios mío, Mark, tengo veintiún años, y estoy asustado!

—También yo. Levy y Lavette, si lo prefieres así. ¡Apuremos los vasos!

A los treinta y seis años de edad, Anthony Cassala había perdido la juventud. Permanecía aún despierto por las noches, bañado de sudor, atrapado en la pesadilla de ser un andrajoso golfillo de los suburbios de Nápoles, hambriento y sin un céntimo. El hecho de haber vivido la transición que le había convertido en banquero no conseguía disipar la irrealidad de la situación. No había ido un solo día a la escuela; había aprendido por sí solo a leer y escribir, primero en italiano y luego en inglés. Había aprendido aritmética bajo la tutela de su hijo, Stephan, que tenía ahora quince años, y todavía seguía escudriñando ávidamente los libros de Stephan para comprender los misterios de fracciones y porcentajes. Se levantaba todos los días a las seis de la mañana y, antes de desayunar, leía el *Chronicle* de cabo a rabo, así como el *Wall Street Journal*, un ejemplar de hacía cuatro días, pero todavía digno de ser estudiado y atesorado, y todo esto antes de probar bocado. Luego, se afeitaba, cepillaba sus zapatos, se ponía los pantalones a rayas, cuidadosamente planchados, y una levita negra y, a pie y en funicular, se dirigía a su despacho del «Banco de Sonoma», en Montgomery Street.

Se detenía siempre delante del banco para leer las doradas letras del escaparate, del mismo modo que se detenía ante la puerta de su despacho, donde pequeñas letras negras bordeadas de oro componían el rótulo: *Anthony Cassala, presidente*. Pese a todo su ingenio e inteligencia, era esencialmente un hombre sencillo. Cuando alguien le adulaba por su duro trabajo y las recompensas que de él derivaban, movía

incómodamente la cabeza. Sabía lo que era el trabajo duro, recordando todos los años que había trabajado como obrero y albañil; esto era suerte y gracia divina. Era un hombre muy religioso y, al confesarse, siempre insistía en sus culpas. ¿Quién era él para merecer esto? ¿Qué había hecho para ser distinto de otro trabajador italiano?

Ahora llevaba ya una hora entera sentado ante su mesa e Interrogando a Dan Lavette y Mark Levy.

—No es por el dinero —decía una y otra vez—. El dinero no es nada. Si tuviese que vaciarme los bolsillos, encontraría el dinero para Danny, y un préstamo como el que pedís está bien garantizado. Pero sois unos chiquillos.

—Yo tengo treinta años —exclamó Mark—. Eso no es ser un chiquillo; no, señor.

—Danny es un chiquillo.

—Para ti, quizá —replicó Dan—. Tony, sabemos lo que estamos haciendo.

—Necesitáis organización, una oficina, libros, seguros. Ese chino que contrataste, ¿tiene la cabeza sobre los hombros?

—Feng Wo es más listo que yo. Sabe hacer de todo.

—Está bien. Volved mañana, a las diez, y estará aquí Sam Goldberg. Es mi abogado, de «Goldberg y Benchly»..., un hombre honrado. Él redactará el contrato de sociedad, y vosotros firmaréis los papeles.

Se estrecharon la mano con gran solemnidad. Cassala sacó una botella de coñac y unos vasos, los llenó y dijo:

—*Buona salute, buona vita, buona fortuna e Compassione.*

Bebieron, volvieron a estrecharse la mano, y salieron. En la calle, Mark preguntó a Dan qué significaba el brindis.

—Buena salud, buena vida, buena suerte... y creo que dijo que debemos tenernos mutua compasión. *Compassione* —respondió Dan.

—Es extraño.

—Bueno, Tony es así. Pero tenemos el dinero, Mark, y tendremos el barco. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿No estás nervioso?

—Un poco.

—Te diré cómo me siento yo —replicó Dan—. Me siento como si tuviésemos el mundo entero en nuestras manos. ¡Maldita sea, Mark, todo el jodido mundo... aquí! —extendió las manos, mirándoselas, y se echó a reír—. Levy y Lavette. ¿Qué tal suena?

—Bien. Suena muy bien.

—Marcus, mi viejo amigo —dijo Dan—, tú y yo..., tengo la impresión de que hemos nacido para ser socios. Tú eres cuerdo y sensato, a mí las cosas se me suben en seguida a la cabeza. Pero los dos tenemos inteligencia, y eso es lo que cuenta. Hace

un año, me habría ido de juerga para celebrarlo. Ahora estoy enamorado. Quizá. Creo que sí lo estoy.

Mark sonrió.

—Hay mucho camino que recorrer, Danny.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Vamos a emborracharnos.

—Sarah me arrancará la piel a tiras.

—¡Qué importa, volverá a crecer!

Fueron al «Maguire's Bar» y empezaron a atizarse tragos de whisky alternados con sorbitos de cerveza. Mark no era un buen bebedor, y, cuando salieron del bar, el brazo de Dan le sostenía en pie. Dan le guió hacia el muelle. Caía la tarde, las lanchas estaban atracadas y la pesca ya había sido vendida.

—Vamos a navegar —dijo Dan—. Nos despejará la cabeza y nos calmará el espíritu.

—No, Danny, tú no puedes manejar solo esas lanchas. Además, estás borracho.

—Tú sí que estás borracho, amigo. No te preocupes. El agua azul no tiene secretos para mí. Me he criado en esa bahía. ¡Qué mierda, podría manejar yo solo el *Oregon Queen* si fuese necesario! Puedo tripular cualquier maldita cosa que flote. Tú instálate ahí, y yo me ocuparé de las cosas.

Moviendo confiadamente la cabeza, Mark subió a la lancha. Dan soltó las amarras y las tiró sobre la lancha. Tendido en la cala, Mark se hallaba vagamente consciente del fuerte olor a pescado. Dan accionó el motor, y, cuando se puso en marcha, tomó el timón y guió la lancha fuera de la bahía.

El agua, tranquila, despedía dorados destellos bajo la luz del sol poniente y, por encima de ellos, las colinas de la ciudad resplandecían como tiaras enjovadas. A excepción de una vieja barcaza que se movía a lo lejos, la bahía era una lenta y suave marea, absolutamente desierta, que se deslizaba hacia el Golden Gate. Las laderas orientales de Marin County habían quedado ya sumergidas en la creciente sombra, y un millar de veloces gaviotas daban su chillón adiós al día.

Dan redujo la velocidad, sujetó el timón, y después se tendió junto a Mark. Estaban alejándose de la ciudad, que se extendía ante ellos.

—Allá arriba, hasta lo alto de Nob Hill, ahí es adonde vamos a ir, mi viejo amigo, porque es nuestra ciudad, y ellos lo van a saber. Ya lo creo que sí.

Desde que entrara el primer invitado, Jean Seldon no había apartado los ojos de la entrada al salón, esperándole. Su madre la observaba. ¿Sabía su madre? Eso vendría después, cuando su madre preguntase quién le había invitado. «Yo lo hice», diría ella. «¿Por qué?». «Porque quería verle aquí». «¿Y sabías que yo no quería verle por aquí?». «Pero yo, sí». O quizá no exactamente en estos términos. Su madre nunca gritaba ni perdía los estribos; sus armas eran el silencio, un helado furor, desdén; y

todas ellas eran armas que Jean comprendía y podía utilizar también. Su padre simplemente lo aceptaría. Jean tenía la impresión de que miraba a Dan Lavette con regocijado respeto, y, si se atrevía a reprenderle por aquello, ella le señalaría que, si él podía tener como huéspedes en su casa al alcalde McCarthy y al jefe de Policía Martin, ella podía, ciertamente, invitar a Dan Lavette.

Sin embargo, estaba nerviosa, lo bastante como para que su madre le dijese:

—Jean, ¿qué diablos te pasa? Los Brocker dicen que no les has hecho caso. ¿Te encuentras mal?

—Estoy muy bien, madre.

Mary Seldon no pudo continuar. Se esperaba la asistencia de cincuenta invitados en lo que era más o menos un homenaje al nuevo alcalde, Patrick Henry McCarthy, llevado al cargo por el partido laborista, y allí estaba ya para encontrarse con los reyes, los pachás y los nababs, sus enemigos jurados durante la campaña electoral y joviales receptores ahora de su fascinante acento irlandés, los Brocker, los Whittier, los Callan y todos los demás que gobernaban la ciudad y gran parte del Estado; y Mary Seldon estaba totalmente dedicada a la tarea de comportarse como una anfitriona. En cuanto a Jean, hacía oídos sordos a los tres o cuatro jóvenes que habían sido invitados como amigos suyos, en particular, Alan Brocker, que llevaba dos años cortejándola. Cuando se quejó de que no le había prestado ni siquiera dos minutos de atención, Jean, que no se mordía la lengua, le informó de que dos minutos eran suficientes para hacer que se le saltaran las lágrimas de aburrimiento.

Su nerviosismo se debía, en parte, al hecho de que no estaba en absoluto segura de que Dan Lavette fuera a presentarse allí. Le había dicho que sería una reunión de etiqueta, y que tendría que llevar smoking. Él no lo tenía. Nunca lo había llevado. Pero ahora, mientras miraba la puerta y escuchaba el parloteo de su amiga Marcy Callan, lo vio cruzar las amplias puertas dobles, vestido de smoking, cuya chaqueta parecía haber sido amoldada a su enorme cuerpo, y buscándola por encima de las cabezas de los demás.

—¿Quién es ése? —preguntó Marcy Callan—. ¡Oh, no! ¿No es tu pescador?

—Lo es. Y, si te acercas a él, te sacaré los ojos.

Se dirigió rápidamente hacia él, rehuendo la mirada de su madre, que también le había visto, y le cogió del brazo.

—¡Oh, Danny, has sido muy valiente al venir!

—Tienes toda la maldita razón del mundo —le cuchicheó él—. ¿Qué infiernos estoy haciendo aquí?

—Ser elegante, agradable, ingenioso y brillante... que es exactamente lo que se esperaría del hombre que se propone casarse con la única hija de Thomas Seldon —le cogió del brazo—. Ven, déjame que te presente a la realeza.

Mirándola, Dan le habría dejado que le presentase al mismísimo demonio.

Llevaba un vestido de seda color melocotón y tenía los cabellos color miel recogidos como una corona sobre la cabeza. Jean sentía la excitación de su triunfo; sus padres no podrían ahora por menos de mostrarse agradables y simpáticos, como correspondía a su calidad de anfitriones. Comenzaron los murmullos. El pescador de Jean, el jayán del «Barrio Alegre»... ha estado viéndose con él desde hace tiempo, pero ¿quién puede censurárselo? Sonriendo serenamente, le presentó a James Brocker.

—Éste es Daniel Lavette, mi amigo.

Luego, le dijo en voz baja a Dan:

—El otro banco. Papá y él tienen todo el dinero del mundo.

Whittier le estrechó fríamente la mano.

—¿Ha comprado ya su barco?

—Me dispongo a hacerlo.

Joe Callan, hombre de enorme corpachón, le examinó pensativamente.

—De modo que usted es el pescador de Seldon —dijo.

Marcy, su hija, le agarró del brazo.

—Yo no soy el pescador de nadie, míster Callan —repuso Dan—. Ni siquiera de usted.

Jean hizo caso omiso de Marcy y se alejó con Dan.

—Has insultado al hombre más rico de California. ¿Sabes quién es?

—¡Que se vaya al diablo!

—Te adoro. Y éste es nuestro nuevo alcalde. Alcalde McCarthy, éste es Dan Lavette.

Se estrecharon la mano. Los azules ojos de McCarthy centellearon.

—Ah, muchacho —dijo—, se lleva lo mejor de la fiesta.

—En efecto.

—Y, según tengo entendido, es usted un hombre sencillo, lo mismo que yo —se inclinó hacia Dan—. Estamos en una cueva de ladrones. Andate con ojo, muchacho.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Jean.

—Que estoy en una cueva de ladrones.

—Delicioso.

Se dirigió hacia su madre, que saludó fríamente a Dan con un movimiento de la cabeza.

—Míster Lavette.

—Gracias por haberme invitado —dijo Dan.

—Sí.

Madre e hija intercambiaron una mirada, y Jean se alejó con Dan.

—¿A qué venía todo eso?

—Nada. Aquí está papá. Muéstrate amable.

Estrechó la mano de Seldon.

—Me alegro de verte —declaró Seldon—. Luego encontraremos tiempo para charlar.

Continuaron las presentaciones: hombres de gruesas mejillas que olían a poder y a éxito, rechonchas y enjoyadas mujeres que olían a excelente perfume francés. Nombres que Dan había oído, nombres que aparecían en los periódicos; inclinó la cabeza, sonrió, estrechó las manos que se le tendían; luego, exhaló un suspiro de alivio cuando Jean le alejó de la gente y se lo llevó al solárium. Allí, ocultos por las palmeras y los helechos, Jean dijo:

—No te agradamos mucho, ¿verdad?

—Ellos no me agradan.

—«El abuelo trabajó en los yacimientos de oro. Papá está en Nob Hill, y, de no ser por el oro de “Sutter y Sutter”, yo estaría todavía comiendo bazofia». Aprendí eso a los cinco años. A mamá le ponía furiosa. Ella es de Boston. El hecho es que eres la admiración de todas las mujeres del salón. Me encanta tu smoking.

—He conseguido el préstamo, Jean. Mark Levy y yo vamos a comprar el *Oregon Queen*. Nos hemos pasado dos semanas discutiendo el precio con Swenson y ya hemos hecho el trato. Es sólo el principio. Te lo juro, es sólo el principio.

La tomó entre sus brazos.

—Nos van a ver, Danny.

—¡Al diablo con ellos!

Cuando Dan se marchó —sin haber terminado aún la fiesta—, Jean fue directamente a su habitación y pensó que la única forma de manejar el asunto sería acostarse, apagar la luz y darles tiempo a sus padres hasta la mañana para serenarse. Pero se sentía demasiado estimulada, demasiado viva, demasiado excitada como para echarse a dormir o permanecer tendida en la oscuridad fingiendo estar dormida, como tantas veces había hecho de niña. En realidad, una parte de sí misma deseaba el encuentro y lo aguardaba con expectación. Se puso una bata de terciopelo azul claro y encajes fruncidos de Alençon, cogió un ejemplar de *La feria de las vanidades*, se echó en su tumbona y esperó. Trató de leer, pero las palabras carecían de sentido y se dejó flotar en sus fantasías. Casi una hora después, llamaron a la puerta.

—Adelante. Estoy despierta —autorizó Jean.

Entró su madre, seguida por su padre. Éste trató inmediatamente de aplazar las cosas.

—Yo creo que esto debería esperar a mañana, Mary.

—Yo, no —replicó su esposa.

—No sé a qué viene tanto jaleo —contestó suavemente Jean—. Habéis dado una fiesta, y he invitado a un amigo. Ya lo he hecho otras veces.

—Te dije que no quería verle en esta casa —declaró su madre, con voz helada.

—Creía que ésta también era mi casa. ¿O es que estaba equivocada?

—¡Por amor de Dios, Mary! —intervino Seldon—. La primera vez que vino aquí fue como invitado mío. Si Jean se enamoró de él, la culpa es mía —y, volviéndose a Jean—: De todas formas, has demostrado muy poco juicio invitándole a venir.

—¿Por qué?

—Porque no me agrada la idea de que salgas con un hombre como Lavette. Hay suficientes chicos decentes de familias decentes.

—Tú lo has dicho —sonrió Jean—. Son chicos. Él es un hombre.

—Es un don nadie —replicó su madre—. Tu padre ha investigado sus antecedentes. Sus padres eran inmigrantes italianos. No tiene familia, ni educación ni posición. Vive en un barracón del muelle y, ciertamente, es la última persona del mundo con la que deberías pasar tu tiempo.

—Su padre era francés —silabeó sosegadamente Jean—, si es que eso supone alguna diferencia. Y está mejor educado y mejor instruido que la mitad de los que se encontraban abajo esta noche. Es bueno y generoso, y me quiere.

—¿Oh? ¿Y tú qué sientes hacia él? —preguntó Seldon.

—Le quiero, y pienso casarme con él.

—¡Estás completamente loca! —exclamó su madre—. ¡Todo este asunto es una locura! Hablas como una niña.

—No soy una niña, y no voy a ser tratada como una niña. Tengo casi veintiún años.

—Jean, querida —intervino Seldon suavemente—, tu madre está sorprendida y desconcertada. Es tarde, y no creo que esta clase de discusión nos lleve a ninguna parte. Sugiero que nos vayamos todos a dormir.

Sacó a su mujer de la habitación y, una vez en su propio dormitorio, le dijo:

—Eso es lo peor que podías haberle dicho.

—¿Y qué has dicho tú?

—No hay nada que pudiera decir esta noche, porque ella tiene razón. Ha estado tratando con críos. Ése es un hombre.

Mary se dejó caer en una silla y miró inexpresivamente a su marido.

—No lo permitiré.

—Va a ser mayor de edad dentro de poco, y, si eso es lo que quiere, lo permitiremos, nos guste o no. Tengo una sola hija, y no la desheredaré ni la echaré de casa.

—Podrías impedirlo.

—¿Cómo?

—Líbrate de él. Dale dinero.

Seldon movió la cabeza.

—No muevas así la cabeza.

—Mi querida Mary, tu hija sabe juzgar a los hombres mejor que tú. A éste no se le puede comprar. He tenido una conversación con él esta noche. Le dije que podía contar con el préstamo que esperaba, y, a cambio, que esperaba que pusiera fin a sus atenciones hacia mi hija.

—¿Y qué contestó?

—Al principio, se limitó a mirarme. No quisiera tener a ese chico como enemigo. Luego, sonrió y dijo que, considerando nuestras respectivas posiciones, no tenía intención de reaccionar con ira.

—¿Y qué quería decir con eso?

—Dijo que mi dinero le importaba un bledo, pero que mi hija le importaba mucho.

—Y su dinero. Puedes estar seguro.

—No lo creo. No lo creo, Mary —se quitó la chaqueta y empezó a desanudarse la corbata—. No sé qué podemos hacer en este asunto —añadió lentamente—. Tengo la impresión de que Dan Lavette obtendrá lo que quiere.

—¿Qué me estás diciendo... que mi hija se casará con un católico y que no hay nada que podamos hacer?

—¡Cálmate! No hemos llegado a eso aún.

—¿Y cuando lleguemos, Thomas?

—Cruzaremos ese puente entonces.

—No me escuchas. No has oído una palabra de lo que he dicho. El hombre es un don nadie, un pescador italiano y un católico. ¿Has pensado alguna vez en los católicos, Thomas? ¿Has pensado?

—Sí, he pensado en ellos.

—¿Sí? ¿De veras? ¿Sabes lo que son? Mi padre se agitaría en su tumba con sólo pensarlo. ¡No consentiré que mi hija sea arrojada a los perros!

—Estoy cansado, Mary. Demasiado cansado para seguir con esto. Vámonos a dormir.

—No sabe lo que quiere. Tiene muchos pájaros en la cabeza, y se ha encaprichado de ese ganapán. Creo que debería irse de aquí durante algún tiempo.

—No la juzgues mal a ella también —replicó cansadamente Seldon—. Hará aquello que quiera. Nuestra hija es ya toda una mujer.

El *Oregon Queen* estaba atracado en Hunter's Point, y fue Anthony Cassala quien decidió que la firma de los documentos finales tuviera lugar a bordo del barco. Swenson, un hombre de setenta y seis años, alto y de gesto hosco, que tenía fama de no haber sido visto nunca sonriendo, accedió de mala gana. Maria Cassala preparó dos enormes cestas llenas de vino tinto, pan recién hecho, salchichón, jamón,

pimientos rojos, queso y fruta. Los dos hijos de los Cassala, Stephan, un muchacho moreno y serio de quince años, y Rosa, que rondaba los catorce y estaba en la flor de la feminidad, con sus pechos maduros ya, rotundos y seductores, vestían sus mejores galas dominicales. Anthony alquiló un carruaje, y la familia se trasladó en él desde su casa de Folsom Street hasta el Embarcadero de Hunter's Point. Maria, asediada todavía por accesos de aflicción a causa de su hijo nacido muerto, había imaginado una situación en la que Dan acabaría casándose con su hija Rosa. Tenía la firme convicción de que los mejores matrimonios eran los previamente arreglados y, aunque su marido se irritaba cuando intentaba hablar de esto con él, pensaba que Dan comprendería y estaba decidida a suscitar ese día la cuestión.

Cuando llegaron al *Oregon Queen*, los demás se encontraban ya allí, a excepción de Sam Goldberg, que llegó unos minutos después y subió la escala, jadeando. Mark y Sarah Levy, también de buen humor, habían llevado consigo a sus hijos, y el chico, Jacob, de once años, zanquilargo y con el pelo tan rubio y los ojos tan azules como su madre, estaba ya gateando por las jarcias con Clair Harvey, sin hacer caso de las súplicas de su madre. Jack Harvey había limpiado y fregado la cubierta y sacado sillas del camarote. Extendió sobre la tapa de la escotilla el blanco mantel que Maria Cassala había llevado y la ayudó a vaciar las cestas, relamiéndose al ver los alimentos y llenándola de cumplidos. Mark Levy le estaba diciendo a Dan, vestido con su traje de cien dólares a la medida, que le habían timado y que le hubieran podido hacer un traje tan bueno como aquél por sólo cuarenta dólares. Hasta Feng Wo se hallaba presente, vestido con un traje negro nuevo —comprado hecho por seis dólares— y con una cartera llena de papeles bajo el brazo.

—Quédese a almorzar con nosotros, míster Swenson —invitó Mark al alto y cadavérico sueco.

—Tengo delicado el estómago —respondió Swenson, mirando los alimentos con aire dubitativo—. Éste es un barco soberbio —dijo, dirigiéndose a Dan—. Hace buena compra, joven. Yo estoy harto del barco, soy demasiado viejo para barcos. Pero usted hace buena compra.

—Seré tan bueno y cariñoso con él como si fuese mi propia madre —replicó Dan.

—No me gustan las bromas sobre el barco.

Anthony Cassala se reunió con ellos y dijo que los papeles estaban preparados. Goldberg asintió con la cabeza, mirando con recelo al herrumbroso barco. Swenson observaba pensativamente a Dan.

—¿Es usted un trabajador incansable? —preguntó.

—Mark y yo —respondió Dan— somos los trabajadores más incansables que haya visto jamás.

—Entonces, no me venga con bromas. Me gustan los chicos serios. Me gusta usted, quizá. Voy a decirle una cosa. Tengo dos goletas a vapor, barcos de madera, de

seiscientas toneladas cada una, y un contrato con la ciudad de Oakland para transportar basura. Recojo la basura y la hundo en el mar al precio de ochenta y cinco centavos la tonelada. Estoy ya harto de todo el piojoso asunto y creo que me iré a Los Angeles a vivir con mi hermana. Los barcos valen cincuenta mil dólares cada uno; le vendo los dos por el precio de uno, cincuenta mil, y le traspaso además el contrato. El primer año obtendrá un beneficio de veinte mil dólares.

—¿Basura?

—Cree que apesta, ¿eh? Apesta a dinero.

—Suenan bien, míster Swenson —repuso Mark—. Pero no tenemos tanto dinero.

—Metálico. ¿Quiere cincuenta mil en metálico? —preguntó Dan.

—¡Diablos, no! Me dan diez mil en efectivo y me van pagando diez mil al año.

Aún les quedará un buen beneficio.

Dan se volvió a Cassala, que movió la cabeza.

—Demasiado grande, Danny... demasiado.

—¡El precio no es demasiado, diablos! —refunfuñó Swenson.

—El negocio, sí.

—¿Qué tripulación hay? —preguntó Dan.

—Doce hombres en cada barco.

—¡Cristo —murmuró Levy—, fallamos una nómina y nos quedamos sin negocio!

—Pero, si lo logramos, tenemos el mejor negocio de esta costa.

—Con tiempo, Danny —declaró Cassala—. Con calma.

—No se vaya, míster Swenson. Déjeme hablar de esto con míster Cassala. Tome un poco de vino, queso y jamón.

Se llevó a Cassala a un lado.

—Tony, no podemos dejar pasar esta oportunidad. No podemos, Tony.

—Ni siquiera has visto los barcos, Danny.

—Conozco los barcos. Los he visto. Te digo, Tony, que este chiflado de sueco los está regalando.

—¿Tú qué opinas, Mark?

—Creo que podemos hacerlo. No sé..., basura..., nunca había pensado en nada parecido. Pero creo que podemos hacerlo.

Goldberg no mostró ningún entusiasmo; le desagradaban los barcos, no se sentía a gusto tratando de ellos. Insistió en que había gran diferencia entre una hipoteca sobre un barco y una hipoteca sobre una finca. Mark arguyó que, si el barco estaba asegurado, no había ninguna diferencia. Discutieron sobre el particular, y luego se dirigieron adonde Swenson estaba comiendo queso y bebiendo vino y empezaron a interrogarle.

Dan llamó a Feng Wo.

—¡Saca esa arpa china que tienes!

Feng Wo sacó su ábaco de la cartera y, a medida que Dan le daba cifras, tasas de interés y porcentajes —ochenta y cinco centavos por mil doscientos por trescientos sesenta y cinco— iba moviendo las pequeñas cuentas blancas y negras, anotando los resultados en una libreta.

Los demás le miraban intimidados. Los niños se apiñaron en torno a Feng Wo, y Maria sirvió vino y cortó pan, queso y carne y les suplicó que comiesen. Swenson estaba prendado de Maria.

—Me recuerda a mi Annie —declaró—. Me gusta una mujer fuerte.

Cassala y Goldberg se fueron al otro lado de la escotilla para deliberar y escudriñar las cifras, y Maria, ofreciendo a Dan una bandeja llena de queso, carne y pimientos rojos, le dijo, con su dulce italiano meridional:

—Mira a mi Rosa, Danny, tan amable, tan dulce, tan complaciente. Hará una esposa maravillosa para un hombre maravilloso.

—Sí, estoy seguro. Es una buena chica —dijo Dan, y Maria se quedó sin saber qué más añadir.

Dan había hablado sin levantar la vista de las cifras que estaba estudiando.

Preguntó a Feng Wo:

—¿Qué te parece, Feng? ¿Estamos locos?

—Yo creo que es una oportunidad extraordinaria.

—¿Podrías manejarlo?

—Sí.

—Está bien. Si Tony acepta y nos metemos en el negocio de la basura, además de la madera y el pescado, te subo el sueldo. Dieciocho dólares a la semana, a partir del lunes.

—Gracias, señor Lavette —dijo Feng Wo.

—Danny, Mark, venid aquí —les llamó Cassala.

El tono de su voz denotaba decisión. Mark y Dan echaron a andar y se reunieron con Goldberg y él. Las dos mujeres se quedaron mirando al grupo de hombres. Jack Harvey, tan fascinado por el ábaco como los niños, se sintió decepcionado cuando Feng Wo lo guardó de nuevo en su cartera y se dispuso a esperar que fuera decidido su destino. Sólo Swenson, aparentemente indiferente, continuó comiendo y admirando a Maria.

—Danny, Mark —habló Cassala—, hemos tomado una decisión. Compráis los barcos basureros. Goldberg extiende la hipoteca, cubriendo todo el negocio, y os concedemos una línea de crédito de cien mil dólares. No pagáis ningún interés... sólo sobre lo que retiréis, el seis por ciento.

—La línea de crédito permanece vigente —añadió Goldberg—. No se trata de un préstamo, sino de una situación de crédito que puede ser cancelada por cualquiera de las dos partes con un preaviso de noventa días. Está avalada por una hipoteca que

cubre toda vuestra operación, y necesitaremos declaraciones mensuales de vuestras existencias en efectivo. Incluimos el inmueble de Levy, el inmueble de Lavette, las lanchas de pesca, este barco y los dos barcos basureros, en otras palabras, todos los bienes de la sociedad. Pagáis intereses sólo sobre lo que toméis de vuestra línea de crédito. No hay ningún otro banco en la ciudad que hiciera esto por menos del ocho por ciento, pero míster Cassala es el jefe. Redactaré los documentos la semana que viene.

Hubo un prolongado silencio. Luego, Mark dijo a Dan:

—Bueno, Danny, tenemos un tigre agarrado por la cola, ¿no?

—Ya lo creo que sí —respondió Dan, sonriendo—. Ya lo creo que lo tenemos. Pero, amigo mío, vamos a soltarle la cola, trepar a su lomo y cabalgar en él hasta la Luna. Porque esta maravilla es nuestra... nuestra.

No pudo contenerse. Echó a correr por la cubierta, deteniéndose para acariciar las herrumbrosas cabrias. Saltó al techo de la timonera, desde donde podía contemplar su nuevo imperio de hierro, mientras los demás le miraban con asombro. Luego, bajó a la cala para ver otra vez las máquinas. Mark fue detrás de él y le encontró de pie en el camarote del capitán, con una amplia e infantil sonrisa en la cara.

—Es precioso —declaró Dan—. Es tan condenadamente precioso que podría echarme a llorar.

Una semana después, serenamente cortés bajo la fría mirada de Mary Seldon, Dan recogió a Jean y la llevó a cenar al recientemente remozado y reinaugurado «Palace Hotel». Vestido de smoking, ayudó a Jean, que llevaba un sencillo vestido de raso, a salir del coche y la escoltó al interior del Gran Salón, consciente, y feliz por ello, de que todas las miradas se posaban en ellos. No era su primera visita al «Palace»; había ido allí el día anterior para reconocer el lugar y admirar su opulenta grandeza victoriana, y así poder entrar con Jean sin parecer un patán. Al menos, pudo señalarle el cuadro de Maxfield Parrish y recordarle su conversación sobre las lanchas aparejadas con vela latina, aunque Jean le informó que Maude Adams había posado para aquel cuadro y él no tenía la más mínima idea de quién era Maude Adams. Estaba adquiriendo una gran habilidad en disimular sus zonas de ignorancia. Escuchó con placer el relato de Jean de cómo su madre había conversado con Oscar Wilde en el «Palace» anterior al terremoto, pero no sintió ninguna necesidad de preguntar quién era Oscar Wilde. En lugar de ello, archivó mentalmente el relato para contarle él también en el futuro, con la anotación de que debía preguntarle a Mark Levy acerca de Oscar Wilde.

Al menos, sabía algo de comida. Había aprendido en lugares como «Trigger Joe's», en el Embarcadero, donde se comían por un dólar platos que ningún cocinero del «Palace» podía igualar. Pidió ahora sopa de champiñones, trucha de río con salsa

de mermelada —que apenas probó—, setas al ajillo y lomo de venado con salsa de ciruelas silvestres. La comida proseguía interminablemente, plato tras plato, pero no tenían apetito y sólo picoteaban los manjares. Macedonia de frutas al ron, codornices en nidos de puré de castañas, nueces inglesas y apio con mahonesa, queso de Roquefort y lechuga, pastel de nueces, helado.

—¿No van a parar? —le preguntó él.

—Tú encargaste la cena, Danny.

Se preguntó si ella veía o no en su interior. No importaba. Pidió una segunda botella de vino y olvidó los alimentos, dejó que los platos llegaran y se los llevaran intactos. El rostro de Jean, habitualmente pálido, aparecía sonrosado ahora, y él se sentía contento al mirarla y con su vida entera ante sí. No había cumplido aún los veintidós años, estaba donde había soñado estar, sentado en el comedor del «Palace» frente a la mujer más hermosa y —sin ninguna duda, para él— más deseable de San Francisco, y eso no era más que el principio. Le habló de Swenson y de los barcos basureros y de la línea de crédito que habían obtenido del «Banco de Sonoma».

—¿Barcos basureros, Danny?

—Son barcos de seiscientas toneladas cada uno, goletas a vapor. Dios mío, Jean, no estoy ligado a la basura, y puedes tener la seguridad de que no voy a tocarla con mis manos. Conservo las tripulaciones y cumpla el contrato. Los barcos son míos. Tenemos, pues, el barco de hierro, dos barcos de madera y tres lanchas de pesca, en total, seis embarcaciones. Mark y yo calculamos que podremos pagar cincuenta mil dólares el primer año, y eso es sólo el principio.

—Danny, ¿qué es lo que quieres?

—Tú sabes lo que quiero. Quiero la mayor flota de barcos que zarpe de este puerto. Quiero estar allá arriba, en Nob Hill, con una casa tan grande como la de tu padre, y lo voy a conseguir yo solo, con mis dos manos. Y quiero tenerte a ti. Lo deseo como jamás he deseado ninguna cosa, y no hay otra mujer en el mundo para mí.

—Lo sé, Danny. Pero eres muy joven.

—¿Joven? ¿Qué es ser joven? ¿Qué edad se tiene cuando no se ha sido niño nunca? En Nob Hill pueden permitirse el lujo de ser jóvenes. Yo, no. A los nueve años, me embarqué en la lancha de mi padre. Le veía trabajar, y ahorrar, y veía a mi madre desollarse las manos para poder comprarse aquella primera lancha. ¿Sabes lo que es la pobreza...? Es una enfermedad, un hedor.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, fascinada, ella le escuchaba. Cuando más le deseaba era cuando se mostraba así, lleno de la pasión de sus necesidades, rebosante todo su cuerpo de una sensación de poder. Nunca había conocido otro hombre que le produjera semejante impresión de poder, de la intensidad de su voluntad. Él no ambicionaba dinero, y ella lo percibía confusamente; sólo

ambicionaba poder, y los barcos eran símbolos vivos de poder. Cuando estaba con él se sentía viva, embriagada por la fuerza que emanaba, y nunca se había sentido así con nadie.

Cuando salieron del hotel, ella le rogó que la llevara por la bahía en una de sus lanchas.

—Se ha echado la niebla. Además, las lanchas apestan a pescado. Ten paciencia. Le he echado el ojo a una balandra. Dentro de seis meses será nuestra.

—Quiero ir al muelle —insistió Jean.

—Está bien, si es eso lo que quieres...

Bajaron hasta el muelle, donde las lanchas reposaban como fantasmas bajo la niebla. Cogidos de la mano, sin hablar, caminaron por el muelle hasta el barracón de Dan. Él no lo había planeado así; nunca le había tocado los senos, nunca la había besado con los labios abiertos; la virginidad de que él le dotaba era tan sagrada como su belleza y su posición en la vida; definía la diferencia entre Jean Seldon y las busconas de la «Costa Beréber». Nunca la había desnudado mentalmente; sus fantasías eran distintas; y, aun ahora, no estaba seguro de desear lo que sucedería. Pero no podía detenerse. Había llegado al punto en que ella se convertía en carne y sangre. Sintió aumentar la presión de la mano de ella en su brazo mientras abría la puerta con la llave. Una palabra de Jean lo habría cambiado todo, pero no dijo nada. Encendió las luces. Ella le precedió por la escalera hasta el dormitorio, y se detuvieron allí y se miraron.

Pero él no podía hacer ningún movimiento, y, como si lo percibiese, ella empezó a soltarse el vestido, lo dejó caer en torno a sus piernas y sacó los pies del círculo que había formado en el suelo. El corsé era una redundancia; su cuerpo era esbelto, y la carne firme; lenta y deliberadamente, se llevó las manos a la espalda, soltó los cordones y dejó caer el corsé. Luego, se quitó la combinación por la cabeza y quedó desnuda delante de él, sonrosada y blanca, con los pequeños pechos perfectamente formados, los duros pezones como diminutos capullos de rosa, el triángulo de vello pubiano del mismo color de miel que sus cabellos, recogidos sobre la cabeza, que ahora soltó y dejó caer hasta la cintura.

Él se quitó la chaqueta y se abrió de un tirón la camisa. Estaba forcejeando con los pantalones, temblándole los dedos, hasta que los rasgó ferozmente hasta la bragueta. La violencia de su acción aterrorizó a Jean, que retrocedió y se tendió en la cama, cubriéndose los senos con las manos. Él se arrancó la ropa interior como había hecho con los pantalones y, con éstos colgándole todavía de las piernas, se lanzó sobre ella.

—¡Danny, querido! —gimió Jean—. No me hagas daño, no me hagas daño. ¿No comprendes? Tú eres el primero. Soy virgen.

Por un momento, Dan recobró la razón, apoyado en los brazos, mirándose su pene

erecto como si fuera un desconocido para él. Jean apartó las manos de sus senos y abrió las piernas.

—¡Hazlo —exclamó—, hazlo, hazlo, tómame, maldita sea!

Él la penetró. Jean lanzó un grito de dolor, y Danny estalló, como si su grito hubiese borrado todo lo que la separaba de las rameras del «Barrio Alegre».

Dan yacía tendido junto a ella, acunándola en sus brazos, tratando de enjugar sus lágrimas.

—Estoy sangrando mucho —dijo Jean—. Mira la cama.

—No te preocupes.

—¿Qué nos ha pasado, Danny?

—No sé. Hemos hecho el amor.

—¿Así es como lo llaman?

—Ha sido la primera vez.

Él tenía puestos todavía los zapatos.

—¡Oh, quítate los zapatos... por favor! —pidió ella.

—No me he dado cuenta.

—¿Qué sientes por mí?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. ¡Jesús, dame una toalla o algo para limpiarme la sangre!

Dan se levantó, tropezando con los rasgados pantalones. Se los quitó, entró en el baño, y humedeció una toalla en agua caliente. Cuando regresó junto a ella, empezó a enjugar desmañadamente la sangre.

—¡Oh, déjame a mí! —pidió Jean.

—Te quiero —dijo, mientras ella se limpiaba—. Tú lo sabes.

—Casi me has violado.

—No te he violado.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Nunca había pensado en ti así.

—¿Cómo?

Trató de buscar una explicación.

—Desnuda. Por eso, al verte..., no sé, algo me pasó.

—Sí, desde luego.

Dan se inclinó y la besó suavemente en el hombro.

—¿Duele?

—¿El qué?

—Lo que he hecho.

De pronto, ella se echó a reír, casi histéricamente.

—¿Qué es tan divertido?

—El ver cómo rompías a tiras los pantalones...

La risa cesó tan súbitamente como había comenzado. Jean le estaba mirando como si no le hubiera visto nunca.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó él.

—Puede que esté embarazada.

—Eso no pasa tan fácilmente.

—Pero puede ser.

—Nunca volveré a hacerte daño, te lo juro —prometió.

—Me casaré contigo, Danny —decidió ella—. No sé qué otra cosa podría hacer.

Segunda parte

Russian Hill

Fue en agosto de 1914, poco después del nacimiento de su segundo hijo, cuando Dan y Jean Lavette se trasladaron a su nueva casa en Russian Hill. Durante los tres primeros años de su vida matrimonial habían vivido en una casa alquilada de la calle Sacramento, a poca distancia de la mansión de los Seldon, que, juntamente con el gigantesco palacio de piedra arenisca valorado en millón y medio de dólares y propiedad de James C. Flood, había sobrevivido al terremoto y al posterior incendio. Si bien la nueva casa de los Lavette hubiera cabido en una de las alas de la mansión de los Flood, y si bien no podía compararse con la residencia de Thomas Seldon, su coste acabó elevándose, finalmente, a ciento diez mil dólares. Los primeros planos que el arquitecto había trazado para Dan preveían un coste de sólo setenta mil dólares, pero eso exigía una fachada de madera, y Jean declaró ásperamente que ella no viviría en una casa con fachada de madera. Se puso piedra caliza en su lugar; se añadió un solárium; y, a insistencia de Jean, las dos habitaciones destinadas a la servidumbre se convirtieron en tres. Con la biblioteca, la sala de estar, el comedor, cuatro dormitorios y un zaguán embaldosado en mármol, el precio aumentó en cuarenta mil dólares.

Jean se sentía impresionada por el hecho de que Dan nunca se quejaba del coste de nada. Cualesquiera que fuesen sus sentimientos respecto a ganar dinero, gastarlo le dejaba indiferente. Ella había recibido de su padre un principesco regalo de boda consistente en acciones en el «Banco Seldon» por valor de cien mil dólares y diez mil dólares más en metálico —principesco considerando el desagrado con que Thomas y Mary Seldon se habían resignado a su boda—, pero Dan no quería tocar aquel dinero. Era de ella, y sería solamente de ella.

Su adoración a la hermosa mujer con que se había casado no se había desvanecido, pero había experimentado un gran cambio en calidad. Los dos embarazos habían sido bastante penosos para Jean. En el primero dio a luz un niño, una robusta criatura de cuatro kilos, a quien pusieron por nombre Thomas Joseph Lavette, en honor de los dos abuelos. Dan hubiera preferido que el de Joseph fuera en primer lugar, ya que era el nombre de su padre, pero cedió a los deseos de Jean, como hizo también con su segundo hijo, una niña, a la que convinieron en llamar Barbara, ya que a Jean no le gustaba el nombre de la madre de Dan —Anna— y Dan se empeñó en ponerle el de la madre de Jean. Si Jean hubiera insistido, habría cedido, pero ella no insistió. Dos semanas después del nacimiento de la niña se trasladaron a la nueva casa de Russian Hill, y durante las ocho semanas siguientes Jean rechazó los

requerimientos sexuales de Dan con una u otra excusa. Se mostraba cortés, generalmente afectuosa, dedicada por completo a la nueva casa, su mobiliario y su decoración, retraída, razonablemente entregada a sus hijos —para quienes había tomado una niñera— y plenamente satisfecha, al parecer, de vivir sin ninguna actividad sexual. Al finalizar el período de ocho semanas acabó sometiéndose al fogoso intento de Dan de hacer el amor con ella. Le aceptó sin emoción y sin respuestas. Cuando hubo terminado, aceptó su casi servil explicación de la misma manera, sin emoción y sin respuesta.

Saltó de la cama, atravesó a grandes zancadas la casa, sumida en la oscuridad, bajó la escalera y entró en una biblioteca llena de libros que nunca había leído. En cuatro años no había mirado a otra mujer. «¡Maldita sea! —se increpó a sí mismo—. ¿Qué he hecho? Es como hacer el amor con un cadáver». Se sentó en la oscuridad, quedó adormecido, y le despertó la primera luz del alba. Eran poco más de las cinco. Estaban a mediados de julio, y amanecía temprano. Se sentía lleno de dolor, ira y frustración, y el dolor le desbordaba en una irresistible necesidad de infligirlo él también a su vez. El estar a mediados de julio significaba que se hallaba próxima a terminar la temporada de pesca de crustáceos, y permaneció allí reflexionando en el hecho de que durante las tres últimas semanas cinco de sus lanchas habían sido despojadas de su pesca y sus redes; se había desarrollado una nueva casta de jóvenes ladrones que operaban en la bahía. ¡Cristo, cómo detestaba todo el asunto, pescar y coger cangrejos y regatear al céntimo con los comisionistas! Levy y él poseían ya once lanchas pesqueras, y no tardarían en tener la flota en el fondo del mar.

Se puso bruscamente en pie, fue hasta el armario en que Jean había amontonado su equipo de pesca en un cesto de mimbre y se puso las botas y el impermeable por primera vez en dos años. ¿Dónde diablos había metido Jean su viejo «Colt» del 45? Lo encontró en un cajón de la mesa de la biblioteca; la escopeta la guardaba en otro armario de la misma habitación. Revisó el cilindro del revólver. Estaba cargado. Cargó la escopeta y se guardó el revólver en un bolsillo de la chaqueta y un puñado de cartuchos de escopeta en el otro. Eran las cinco y media de la mañana cuando salió de la casa en dirección al muelle.

Al llegar, Peter Lomas, su capitán de flota, se quedó mirando a la escopeta e hizo un comentario jocoso sobre la caza de patos.

—¡Y un cuerno caza de patos! —exclamó Dan—. Voy a darle una lección al hijo de perra que nos ha estado robando nuestros cangrejos.

—Conozco la lancha —dijo Lomas—. Pero, Dan, no puedes ir allá y matar a un hombre. No por una carga de cangrejos.

—Vamos.

—Dan, no me gusta.

—No me importa qué es lo que te gusta o no te gusta. Ya me has oído.

Lomas, un corpulento hombretón quince años mayor que Dan, le miró fijamente y luego asintió.

—Está bien. Lo haré. No sé qué es lo que te está devorando por dentro, pero te tiene dominado.

Las lanchas estaban desatracando, hundiéndose lentamente en la niebla que se espesaba como caldo sobre la bahía. Lomas saltó a su lancha, y Dan le siguió.

—Lo siento. Olvídalo —dijo Dan.

Lomas asintió en silencio. Continuaron sin hablar mientras la embarcación avanzaba entre la niebla.

Una hora después, la niebla había levantado.

—Mira bien —dijo Dan a Lomas—. Olvídate de los cangrejos. ¿Dices que conoces la lancha?

—Sí. Blanca, con una franja negra. Tiene uno de esos nuevos motores «Diesel» y la condenada puede correr más que ninguna. Es de un lugar de San Pablo que llaman Pinole.

Eran ya las nueve cuando encontraron a la lancha blanca... o ésta les encontró a ellos. Dan se puso en pie a proa, con la escopeta a su lado.

—No te apresures —dijo a Lomas—. Le voy a abrir el casco. Luego, aléjate.

—¿Y si los tripulantes no saben nadar?

—Que se jodan.

—Tienen pistolas.

—Al diablo sus pistolas. Diles a Billy y Ralph que mantengan baja la cabeza.

—Muy bien, tú eres el jefe —repuso Lomas.

Continuó al timón, dejando que la lancha avanzara en línea recta, como si hubieran terminado su pesca y regresaran al muelle. La lancha blanca abría una estela en un rumbo que la llevaría contra su proa.

—Cuando le abra el casco —gritó Dan—, vira en redondo. Llevan un chinchorro, así que no se ahogarán.

La lancha blanca paró el motor y describió una curva hasta situarse junto a ellos, a unos seis metros de distancia. Había a bordo de ella cuatro hombres, dos eran chicos de dieciséis o diecisiete años, y los otros dos, hombres mayores. Uno de éstos se irguió a proa, agitando una pistola automática y gritándoles que se detuvieran. Dan se agachó, cogió la escopeta y disparó sus dos cañones contra el casco de la lancha, a la altura de la línea de flotación. El hombre que empuñaba la pistola disparó alocadamente. Lomas accionó el timón y dio toda la potencia del motor. La pistola disparó dos veces más sin dar en el blanco, y, cuando Dan recobró el equilibrio y miró hacia atrás, la lancha se estaba hundiendo ya.

La mañana siguiente, durante el desayuno, Thomas Seldon dijo a su mujer:

—Mary, escucha esto..., de la primera página del *Chronicle* de hoy: «Un armador de San Francisco resucita el fantasma de las milicias de vigilantes. Tomándose la justicia por su mano después de una serie de incursiones piratas contra lanchas cangrejeras, el joven Daniel Lavette, propietario de una flota de once lanchas pesqueras, se embarcó en una de ellas armado con una escopeta y hundió a una supuesta lancha pirata en la bahía de San Pablo. A lo largo del pasado mes, los pescadores locales habían denunciado insistentemente a las autoridades el hecho de que les estaban robando sus capturas. Todo en vano. Ayer, el propietario de la mayor flota pesquera del litoral se hizo cargo personalmente del asunto y, armado con una escopeta de dos cañones, persiguió y hundió a la lancha *Dazzle*, propiedad de Henry Slocum, de Pinole. La perdigonada agujereó el casco de la lancha, que se hundió en pocos minutos. Según el sheriff del Condado de Contra Costa, Slocum niega haber cometido fechoría alguna y afirma que el ataque de Lavette no fue precedido de ninguna provocación. Por otra parte, se niega a presentar una acusación formal contra Lavette por considerar que un ciudadano corriente de Pinole no podría esperar más justicia en San Francisco, donde están en juego los intereses de los armadores, de la que, en palabras del propio míster Slocum, podría obtener “del emperador de China”. Míster Lavette y su socio, Marcus Levy, dirigen, además de los pesqueros, una flota que transporta basura desde Oakland y un maderero de cabotaje. Míster Lavette es yerno del eminente banquero Thomas Seldon».

Dejó el periódico y miró a su mujer.

—En primera plana —añadió.

—¿Por qué? En nombre de Dios, ¿por qué?

Seldon se encogió de hombros.

—Supongo que estaba harto y decidió hacer algo. Ojalá no lo hubiera hecho así.

—Todo ese asunto me pone mala. Escopetas. Barcos basureros.

—Ya hace tiempo que tiene los barcos basureros.

—Pero no en letras de molde. No en la primera página del *Chronicle*. No sé cómo voy a poder mirar a nadie a la cara después de esto.

—A la mayoría de la gente le importará un bledo. Es una acción bastante romántica.

—No estoy de acuerdo. No sé por qué consentimos esa boda —Seldon estaba leyendo de nuevo su periódico—. La verdad es que no te importa lo que yo sienta al respecto, ¿no? Si crees que Jean es feliz, estás equivocado.

Él dejó a un lado el periódico.

—¿Qué te ha dicho?

—Es lo que no dice. Ya no hablamos. Se muestra indiferente. Llevan allí varias semanas sin cortinas, y, cuando le pregunté por ellas, se limitó a mirarme.

—No tienes que preocuparte por eso. Me dijo que se las están tejiendo a mano en San José o no sé dónde.

—No puedo comprender una casa en Russian Hill. Jean no es una artista —se lamentó, en lo que a su marido le pareció un reproche, pero estaba pensando en los artistas y escritores que, en número cada vez mayor, se iban estableciendo en Russian Hill—. Y una familia ahora. Hay sitio de sobra en esta casa. No es que quiera que él esté aquí...

—Mary —le interrumpió su marido—, debes abandonar esas ideas. En primer lugar, Dan Lavette está ganando dinero a manos llenas. Y, en segundo, Jean hará lo que le dé la gana. Tú lo sabes —volvió a su periódico—. Bueno —dijo—, creo que va a haber guerra en Europa. La cosa es ya irremediable.

Dos semanas después, el segundo día de agosto, Dan irrumpió en las oficinas de Levy y Lavette, agitando un periódico y reclamando a gritos la presencia de su socio. El hecho de que Mark Levy se encontrara claramente a la vista no supuso ninguna diferencia; Dan desbordaba de excitación y le hacía bien gritar, y, cuando estaba así, Mark le veía como un muchacho, un muchacho explosivo que necesitaba comunicar su energía y su excitación. Esto nunca irritaba a Mark; y cuando irritaba a Sarah, él explicaba que Dan era como un hermano para él, sólo que más que un hermano..., cosa que ella nunca comprendió plenamente, ni entonces ni en los años siguientes.

Hacía unos siete meses que Mark y Dan habían vendido el barracón del muelle y la tienda del embarcadero y alquilado un gran almacén de ladrillo situado entre Battery Street y Sansome Street. Parte del local fue convertido en un amplio depósito de pertrechos marítimos; el ala del fondo fue dedicada por entero a la confección de los pantalones de algodón con remaches metálicos que había ideado Sarah Levy; y el resto, la mitad de la planta baja de un edificio de dos pisos, una extensión de veinticinco pies cuadrados, estaba ocupado por las oficinas de sus florecientes empresas. Finalmente, tras desalojar las habitaciones que tenían en la trasera de la tienda, los Levy habían comprado una vieja casa de estilo colonial español situada en una ladera de Sausalito. La casa era destartada y necesitaba ser restaurada, pero representaba el sueño dorado de Sarah Levy, quien convenció a su marido de que siete mil dólares por la casa, con sus suelos embaldosados, sus largas y frescas galerías porticadas y los siete acres de tierra que la rodeaban, constituían una ganga enorme, aunque tuviesen que gastar veinte mil dólares más en remozarla. La cifra final gastada acabó siendo muy superior, pero Mark no se arrepentía de haber comprado la casa. Ciertamente que ahora tendría que utilizar constantemente los transportes públicos, con su vida a merced del transbordador que cruzaba la bahía, pero la increíble belleza de Marin County le compensaba más que de sobra; si pensaba en otra cosa, era generalmente en la sociedad que había formado.

Era un hombre de hablar pausado, indolente, fascinado por la desbordante energía de Dan Lavette y, a menudo, asustado por ella. Era Dan quien le había inducido con su elocuencia a dedicarse a la producción en masa de los pantalones reforzados. Sarah no quiso participar en el asunto y, una vez que hubieron comprado la casa de Sausalito, se retiró allí, con la terminante declaración de que la casa y los niños eran suficientes. «No quiero participar en ningún negocio con Danny», dijo, a lo que Mark replicó: «Pero tú me convenciste para hacerlo. Estabas empeñada». «Y tenía razón. Pero no quiero tener nada que ver con esto. Odio el comercio. Lo odiaba cuando teníamos la tienda. Lo odio más ahora». «¡Entonces, odias aquello a lo que dedico mi vida!», exclamó él, airadamente, y ella protestó: «No, no, no..., te amo, y estás haciendo lo que debes hacer».

Todo lo cual era razonablemente irrazonable y, de todos modos, ella adoraba a Dan, que no podía hacer nada mal. No tenía que enfrentarse a su explosiva energía, a sus interminables proyectos, a su necesidad de arriesgarse y llevarles al borde del desastre, a su insensata aritmética de adolescente, según la cual, si seis barcos basureros ganaban tanto dinero, doce ganarían el doble, a su argumento de que luchando contra los piratas estaba salvando a los pescadores, cuyas pérdidas les impulsaban a vender sus embarcaciones... y, luego, su petulante y creciente aborrecimiento a la flota pesquera y a los detalles que requería su manejo.

—Danny madurará —argumentaba—. Dale una oportunidad. Hasta el momento ha tenido razón.

—Porque nos ha acompañado siempre la suerte y porque a la mitad de sus locos proyectos me planto y les hago frente con uñas y dientes. Pero no puedo seguir haciéndolo.

Aquí está otra vez, se dijo Mark, mientras Dan gritaba:

—¡Mark, ya está... la bomba! ¡Te lo dije, te lo dije!

Mark se hallaba inclinado sobre la mesa de Feng Wo, leyendo una fila de cifras, y Feng Wo sonreía afable y comprensivamente. Ahora, Feng Wo ostentaba el cargo de jefe administrativo; tenía un ayudante de contabilidad y dos mecanógrafas.

Dan cogió del brazo a Mark y le arrastró hasta la parte del dividido almacén que constituía su despacho, amueblado solamente con una mesa y tres sillas y con un gran mapa del océano Pacífico y sus tierras ribereñas sobre el tabique de separación. Una vez dentro, Mark se volvió hacia Dan, extendió las manos y dijo:

—No. Sea lo que fuere, no quiero oírlo. Nos hemos dado la gran paliza con la pesca, y la temporada ha terminado. Tienes cuarenta y cinco pescadores en nómina y menos de cinco mil dólares en el banco.

—¡Al diablo con los pesqueros! ¿Quieres escucharme? ¿Has visto los papeles?

—¿Qué papeles?

—Los periódicos, Mark, los periódicos —extendió sobre la mesa el que llevaba

en la mano—. Léelo. Alemania ha declarado la guerra a Rusia, y se dice que esto es sólo el principio. Dentro de una semana, entrarán también en ella Inglaterra y Francia. He telefoneado a Tony desde la casa. Ha recibido media docena de cables de Italia, y dice que en Europa no hay duda de lo que va a pasar. Italia luchará contra Austria y Alemania, y después intervendrán Francia e Inglaterra.

—Muy bien, de acuerdo. El mundo se ha vuelto loco. Gracias a Dios, estamos en América.

—No comprendes, ¿verdad?

—¿Comprender qué?

—Mira el mapa —señaló mientras hablaba—, Alemania tiene la mayor flota de submarinos del mundo, e Inglaterra está extendida por todo el maldito mapa, Hong Kong, Australia, Singapur, Malaya, India. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que nosotros somos el salvavidas, la costa Oeste, San Francisco..., la Estampida del Oro va a parecer un juego de niños. Nos estamos dirigiendo a una guerra que hará inmensamente ricos a todos los armadores de buques.

—Danny —declaró cansadamente Mark—, tenemos un solo barco, y es de cabotaje.

—Y hace cinco años no teníamos ninguno.

—Estamos abarcando demasiado, tenemos poco dinero en efectivo, los dos hemos estado gastando como marineros borrachos; de todos modos, que me ahorquen si puedo celebrar esa locura que se está extendiendo por Europa. Aunque fuera posible, que no lo es, no quiero labrar una fortuna con sangre.

—¿Por qué? ¿Sientes escrúpulos morales? ¿Cuántos millonarios surgieron de la Guerra Civil? Y era nuestra propia carne y nuestra propia sangre. Nosotros no hemos hecho esta guerra.

—Eso no es motivo para alegrarse.

—Vamos, muchacho, no te irrites conmigo. Siéntate y escucha. No me he equivocado tanto, ¿no? Hemos nadado en la abundancia, tienes que reconocerlo. Tuvimos problemas, tenemos problemas. Los resolveremos. Yo tengo diez trajes y una casa en Russian Hill, y Sarah tiene su finca. Así que no lo hemos hecho tan mal para ser un pescador italiano y un tendero judío.

Sonrió, empujando suavemente a Mark hacia una silla. Cuando Dan se comportaba así, Mark no podía resistirle.

—¿Me vas a escuchar? —preguntó Dan.

—¡Loco bastardo...! Está bien, te escucho.

—Bueno, no digo que vayamos a hacerlo. Pero piensa en ello. Vendemos todo, los pesqueros, los barcos basureros..., y, créeme, sólo el contrato ya vale setenta u ochenta mil dólares, el barco del cabotaje, el negocio de los pantalones..., todo.

—Estamos ganando mucho dinero con los pantalones.

—¡Al diablo con eso! «Levi» hace mejores pantalones. Nos comprarán el negocio, y eso es mejor que esperar a que nos hundan. Su patente fue registrada primero, y, tarde o temprano, nos llevarán a los tribunales.

—Está bien —suspiró Mark—. Lo vendemos todo. ¿Y luego?

—Con eso tenemos ya la base de un capital. Pedimos prestado un millón de dólares y compramos o construimos una flota de cargueros.

—Así de sencillo..., pedimos prestado un millón de dólares.

—¿Por qué no?

—Porque todo eso es una locura, Danny. ¿Quién nos va a prestar un millón de dólares? ¿Tony? No podríamos pedirselo. Él es un pequeño banquero. No puede invertir tanto dinero, no en un negocio así, y no podemos ponerle en semejante brete.

—Lo sé.

—Entonces, ¿de dónde saldría el dinero? Y esto no quiere decir que acepte el proyecto.

—Sólo estamos hablando.

—¡Un cuerno! Te conozco.

—Mira, Mark, no estoy tratando de engañarte. Eres el mejor amigo que tengo en el mundo. Pero ya estoy harto del negocio que tenemos entre manos. *Perdo tempo*.

—¿Qué es eso?

—Perder el tiempo. Los buques son algo real.

—¿Y de dónde sacas el millón de dólares?

—De Seldon.

—Estás bromeando. Ése viejo bastardo no te daría ni la hora.

—Quizá..., pero nunca le he pedido nada. Ni un centavo. Y no se lo voy a pedir personalmente a él. Ésta es una proposición bancaria. O lo ve así, o no. Pero necesito que tú me apoyes y dejes de mirarme como si me hubiera vuelto loco.

—Supongo que sólo podemos esperar una cosa —dijo Mark.

—¿Qué?

—Que Inglaterra y Alemania no entren en guerra.

Dan se levantó, fue hasta la pared y se quedó mirando el mapa.

—Mark —dijo—, ¿recuerdas el aspecto que tenía la ciudad después del terremoto y el incendio?

—¿Quién olvida una cosa así?

—Bueno, pues ése es el aspecto que tendrá el mundo entero dentro de un año.

Cuando Calvin Braderman, barbudo y ataviado con chaqueta de terciopelo y boina negra, regresó a San Francisco después de una estancia de cinco años en París, llevaba consigo una especie de monopolio local sobre el fauvismo y nombres tales como Matisse, Derain, Vlaminck, Marquet y Camoin, nombres que dejaba caer con

autoridad y familiaridad, dando a entender que, si no había llegado a compartir el mismo estudio con aquellos hombres, había comido en la misma mesa y bebido en la misma fuente de ultramodernismo. Llevaba también consigo varias docenas de cuadros suyos y dos Derain y un Vlaminck, obtenidos, como con aire despreocupado informó a los periodistas, a cambio de obras suyas.

Hasta un artista de menos talento que Braderman, que no pasaba de ser un dibujante y colorista corriente, habría sido bien recibido en la ciudad que ya se consideraba a sí misma el París del Oeste; y Braderman fue agasajado con entusiasmo. Jean le conoció en la inauguración de la «Scoffers' Gallery».

Mary Seldon solía decir, con una especie de pervertido orgullo, que Jean no era aficionada al arte. En los círculos de mistress Seldon, la afición a las artes tenía un cierto regusto a pornografía y otras indecencias; pero, en realidad, Jean, si bien poseía escaso talento artístico —se había limitado a cumplir en sus clases de dibujo—, se sentía totalmente fascinada por el mundo de los artistas. No era ninguna experta, pero le gustaban el color y el movimiento en un cuadro. Además, se encontraba decidida al proceso de levantar muros ante Dan. Al debilitarse su inicial apasionamiento hacia su marido, disminuyó su sentimiento de autoestimación. Pugnaba por crear en sí misma una serie de intereses que le devolvieran su sensación de seguridad e, instintivamente, elegía campos que sabía estaban fuera del alcance de su marido.

Se habían abierto en San Francisco media docena de galerías de arte, y «Scoffers'» era una de las más prestigiosas. Marcy Callan y su prometido, Johnny Whittier, habían convencido a Jean para que fuese con ellos a la inauguración. El ver al joven Whittier permanecer hosco y silencioso mientras Marcy bullía en torno a Calvin Braderman y sus cuadros le hizo pensar a Jean. Johnny Whittier se negó a adquirir un cuadro de Braderman, pero Jean eligió un lienzo de un grupo de ninfas danzantes y extendió en el acto un cheque por valor de quinientos dólares. Hans Scoffers, el propietario de la galería, se convirtió inmediatamente en un respetable e irresistible vendedor, y media hora después Jean había firmado un segundo cheque por valor de mil dólares y había pasado a ser dueña de un paisaje de Vlaminck, que, le aseguró Scoffers, era un extraordinario y afamado artista. En ese momento, Calvin Braderman dirigió todo su hechizo hacia Jean, informándola de que era la mujer más hermosa que había conocido jamás y que no descansaría hasta haberla pintado. Y la alegría y el ambiente festivo de la ocasión no se veía en absoluto empañado por el hecho de que dos días antes las tropas alemanas habían invadido Bélgica, después de la declaración de guerra contra Francia por parte de Alemania, y en respuesta a lo cual Inglaterra había declarado la guerra a Alemania.

Braderman, con quinientos dólares más en su bolsillo, insistió en llevar a Jean y a los cuadros a Russian Hill, y entraron en la casa exaltados y complacidos con el intercambio de cumplidos, dinero y producto. Dan estaba en el piso de arriba y, al oír

a Jean, se dio cuenta de que aquélla era la primera vez en mucho tiempo que la oía reír. Bajó la escalera desde el cuarto de su hija, Barbara, y encontró a su mujer con un desconocido barbudo admirando dos cuadros que habían sido apoyados sobre un par de sillas del comedor.

—Éste es Calvin Braderman —le informó Jean—. Y éste es mi marido, Dan.

Dan le estrechó la mano con aire dubitativo. Nunca había visto a un hombre con chaqueta de terciopelo.

—Es un placer conocerle —declaró calurosamente Braderman—. Tiene usted una hermosa casa, señor, y una bella esposa..., y ahora un Braderman y un Vlaminck. No ensalzaré el Braderman, pero el Vlaminck es una maravilla, ¿verdad?

—¿Qué diablos es un Vlaminck? —preguntó Dan.

Jean y Braderman soltaron la carcajada. Se estaban riendo de él, comprendió Dan. Por alguna estúpida razón, se estaban riendo de él porque había preguntado qué era un Vlaminck. Jean vio la expresión de su rostro y dijo rápidamente:

—No, no, Danny, no nos estamos riendo de ti. Es sólo la forma en que lo has dicho... y las tres copas de jerez que he bebido en la inauguración. Mira, ése —señaló— es el cuadro de Maurice Vlaminck. Pertenece a una escuela de pintura realmente audaz. Sus miembros han roto todas las reglas y se llaman a sí mismos fauvistas, y están de moda ahora en París...

—Bueno, ya no realmente, querida —le interrumpió Braderman—. Ahora predominan el expresionismo y el cubismo, y los necios dicen que el fauvismo ha terminado. Es como decir que el impresionismo ha terminado y que la luz del sol es cosa del pasado.

—Tiene usted mucha razón, míster Braderman. Me declaro fauvista..., me encanta. Y la próxima vez que alguien me pregunte si soy feminista, responderé: no, soy fauvista. Y ése —dijo a Dan— es una composición de ninfas danzantes..., es de míster Braderman. ¿Sabe? —añadió, dirigiéndose a Braderman en tono confidencial—, hemos heredado dos Frederick Remington. Papá le adora, y yo nunca me he atrevido a insinuar siquiera que no me gustan los cowboys, y necesitamos cuadros así. ¿Qué te parecen? —preguntó a Dan.

Dan clavó la vista en los cuadros, sin responder.

—Bueno, debo irme —dijo Braderman—. Un millón de gracias. Que los disfruten con salud. Encantado de haberle conocido, míster Lavette.

Jean le acompañó hasta la puerta. Al volver, Dan continuaba mirando los cuadros con gesto hosco.

—Oh, estás enfadado porque me he reído de ti.

—¡No, maldita sea! Me he sentido feliz al oírte reír mientras bajaba la escalera. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no te oía reír?

—Sí.

—¿Quién es ése?

—Un brillante joven pintor. Ha estado en París los últimos cinco años. Estudiando.

—¿Dónde le has conocido?

—No comprendo por qué me estás interrogando así. Le he conocido en la inauguración. Marcy Callan nos ha presentado.

—Y te llama «querida».

—Danny, eso es sólo una forma de hablar de los artistas. Desde luego, estoy excitada. He comprado dos cuadros que ya son míos. ¿No son bellos?

—¿Cuánto has pagado por ellos?

—¿Qué importa eso? Es mi propio dinero. Si has de saberlo, he pagado mil por el Vlamínck y quinientos por el otro.

—No me parecen maravillosos. Me parecen ridículos —repuso Dan—. Y, si eso es lo mejor que sabe hacer ese petimetre, debería abandonar y buscarse algún trabajo decente.

—¿Qué estupidez!

—Tú me has preguntado.

—Y es un petimetre. ¿Porque no es un golfo camorrista?

—¿Quieres decir que yo lo soy?

—Dan, no quiero que esto degenera en una disputa —dijo ella, fríamente—. No creo que debamos seguir hablando del asunto.

—¿Cristo Todopoderoso! —murmuró él—. Te quiero..., te quiero mucho. Te deseo tanto que me arden las entrañas. No quiero reñir contigo. Puedes comprarte cien cuadros..., ¿qué infiernos entiendo yo de cuadros? Me he sentido irritado porque os estabais riendo de mí y por el aire de superioridad con que me trataba ese fulano.

—Dan, no nos estábamos riendo de ti.

—Bueno, claro. No importa.

Avanzó hacia ella, abrazándola torpemente y apretándola contra su cuerpo. Jean se puso rígida al principio, luego se relajó; cuando él trató de besarla, con los labios abiertos, le dijo:

—No lo hagas, Dan. No lo fuerces, por favor. Ahora no.

—¿Cuándo? —gritó él, apartándola de un empujón—. ¿Cuándo?

—Cuando esté dispuesta.

Jean pensaba que Manya Vladavich era la mujer más fascinadora e interesante que había conocido jamás. Miss Vladavich, cuya edad oscilaba entre los treinta y los cuarenta años, era morena, de busto ampuloso y, como Marcy Callan la describió, completamente inmoral. En París, había posado para Matisse y Manguin —y, según su propio testimonio, sostenido relaciones con ambos—, y ahora posaba para Calvin

Braderman y vivía con él. Llevaba velos moteados, sedas chinas y boas de plumas; y Jean, almorzando con ella y con Marcy Callan en el «Fairmont», la encontraba un poco intimidante y absolutamente encantadora.

—Querida —le dijo Manya, con su acento lánguido—, una no compra arte como se compra un vestido o un plato. Entra en relación, pasa a formar parte de él. Usted es una mujer hermosa. Es arte vivo. Compra usted un lienzo, y éste se convierte en una parte de lo que hay dentro de usted. ¿Comprende?

Jean asintió con un gesto.

—Compró las Ninfas danzantes, ¿sabe? —dijo Marcy—. Es precioso.

—Ah, sí, sí —Manya se encogió de hombros—. Bonito. Cuando Braderman pinta sin pasión, es bonito. Cuando pinta con pasión, es grandioso. ¿Ha visto un cuadro titulado *Orgasmo*?

Jean miró a Marcy.

—Evidentemente, no —dijo Manya, clavando la vista en Jean—. ¿Sabe qué es el orgasmo?

—Creo que lo recuerdo —respondió Jean.

—Cree —dijo suavemente Manya, y Jean tuvo la impresión de haber cometido algún error que sólo percibía de una manera vaga—. Dígame la verdad, hermosa mujer, ¿sabe qué es un orgasmo?

Marcy soltó una risita.

—No sé realmente a qué se refiere —respondió Jean.

Manya paseó la vista de una a otra y suspiró.

—¡Ah, mujer americana..., tan joven, tan bella, tan inocente! Orgasmo, queridas, es lo que sucede cuando un hombre y una mujer hacen el amor.

—Quiere decir... cuando el hombre... —empezó trémulamente Marcy.

Jean experimentó una curiosa oleada de excitación. Nunca había hablado de aquellas cosas, nunca había utilizado las palabras. Se sentía estremecida, súbitamente viva. Jamás había conocido una mujer como aquélla, tan intensa y tan sincera al mismo tiempo.

—No, tontuela —replicó Manya—. No cuando el hombre, cuando el hombre como tú dices. ¿Qué pasa con el hombre? Una eyaculación, y todo ha terminado, como un mono. Orgasmo es lo que sucede con la mujer, no con una pequeña parte de ella, sino con todo el cuerpo y el alma.

Marcy se estaba ruborizando. Jean podía verle ascender el rubor a las mejillas y se dio cuenta luego de que también a ella le ardía la cara. Estaba asustada y azorada y combatió un súbito impulso de huir, de excusarse, de refugiarse en el tocador. Le parecía que todo el mundo le estaba mirando, los camareros, las personas sentadas a las otras mesas.

—¡Pobres niñas inocentes! —declaró Manya—. Basta. Les hago sentirse

incómodas. Hablemos de otras cosas. Hablemos de esta maravillosa ciudad suya. Es inspiradora, ¿no? A mí me inspira día y noche. Creo que nunca me alejaré de ella — se volvió hacia Jean—. Tiene usted una casa nueva. Braderman dice que es preciosa, en lo alto de Russian Hill. Yo nací en San Petersburgo, así que Russian Hill es algo que me llega muy adentro.

—Fue diseñada por Arthur Brown —explicó Jean, y sus palabras le sonaron vacías—. Tiene mucho talento. ¿Ha oído hablar de él? —se sintió estúpida.

—¿Quién no?

—Debería verla —dijo Marcy—. Si le gusta Russian Hill, tiene que verla.

—Sí, tiene que venir alguna vez.

—Éste es el mejor momento. Tengo toda la tarde libre.

Marcy las dejó para reunirse con su madre e ir a comprar un vestido de novia. Era una tarde fresca y espléndida, y Manya extendió los brazos, como si estuviese abrazando a la ciudad entera, llenándose de aire los pulmones.

—Ustedes, los americanos, no respiran. El aire es límpido y estimulante, pero ustedes no respiran.

Mirarla era como mirar a algún animal elástico y flexible. Jean, tratando de encontrar alguna razón por la que Manya no debiera acompañarla a su casa, se sentía confusa y turbada, no por temor, sino por su propia fascinación. Se sorprendió a sí misma deseando alargar la mano y tocar a la otra mujer, y de nuevo sintió ardor en las mejillas.

—Con color, está divina —dijo Manya—. Finge estar hecha de..., ¿qué es, como la nieve de San Petersburgo? Pero en carne y hueso, muestra la verdad.

En la casa, Manya asumió el mando de la situación, husmeando habitación tras habitación, exclamando, alabando, criticando. Quería ver a los niños. Jean explicó que a aquella hora estaban fuera, con la niñera. Luego, manifestó su deseo de ver las habitaciones del primer piso.

—Una habitación es como un vestido que se lleva. Veo la habitación con los barcos y los cuadros de barcos..., y conozco a su marido. Es su habitación, ¿no?

Subieron la escalera, entraron en el cuarto de los niños, en las habitaciones de invitados y, luego, en el dormitorio de Jean. Se extasió ante el floreado papel de las paredes y la colcha rosa.

—Tan femenina... ¡derrama usted pasión sobre las cosas! Pero en su interior no lo permite. ¿Me equivoco?

De pronto, se tendió sobre la cama, estirando los brazos por encima de su cabeza. Luego, se quitó el sombrero y el velo, sonriendo a Jean.

—Le asusto, ¿verdad, dama de nieve? ¿Por qué está asustada?

—No estoy asustada —respondió lentamente Jean, sintiéndose como en un sueño, sintiéndose borracha. Pero con una sola copa de jerez. «¿Qué es lo que me pasa?», se

preguntó.

—Siéntese a mi lado.

Se sentó en la cama, y Manya la cogió de la mano.

—Está temblando. ¿Por qué?

Manya le acarició la mano y, después, dejó caer su propia mano sobre el muslo de Jean y empezó a acariciarlo, muy lentamente, con gran suavidad, con dedos que parecían plumas, pero que le producían rápidos escalofríos por todo el cuerpo. Jean cerró los ojos y permaneció inmóvil, mientras los dedos de Manya continuaban su alada danza, desplazándose hacia arriba, y tocando ya su monte de Venus y demorándose allí.

No, se dijo Jean, esto no es real, esto no me está sucediendo a mí, esto es absurdo e imposible. Sin embargo, no se movió cuando la mano de Manya ascendió a lo largo de su cuerpo y se cerró en torno a un pecho, suavemente de nuevo, tanteando, explorando, despertando a la vida la dura punta de su pezón. Sintió cerrársele la nariz, jadeando por entre los abiertos labios, mientras su cuerpo empezaba a arder de una forma que nunca había experimentado.

Y, entonces, oyó abrirse y cerrar la puerta de la calle, el chillido del pequeño Thomas, de dos años, y se rompió el hechizo. Se puso en pie de un salto, temblándole todo el cuerpo, mientras Manya continuaba tendida, mirándola y riendo suavemente.

—¡Pobre dama de nieve! —exclamó.

—Debe irse. Ahora. Por favor.

Bajó la escalera balanceando su velo y su sombrero, canturreando por lo bajo y mirando de reojo a Jean.

—¡Qué niños tan hermosos! —exclamó—. ¡Oh, qué niños tan hermosos!

Miss Jones, la niñera inglesa —o aya, como a Jean le gustaba pensar de ella—, frunció el ceño con gesto de desaprobación y apremió a los niños hacia la escalera. Jean abrió la puerta.

—¿Cuándo volveremos a vernos, dama de nieve? —preguntó Manya.

—¡Nunca! —exclamó Jean—. ¡He olvidado lo que ha sucedido! ¡Lo he olvidado por completo! Confío que también usted lo olvide.

—Quizá. ¿Quién sabe? —respondió Manya.

Dan Lavette salía de su despacho ese mismo día, horas antes, cuando le abordó Feng Wo.

—Por favor, ¿puedo hablar con usted, señor Lavette?

—Pero que sea rápido. Voy a meterme en una cueva de leones, así que no digas nada que me altere.

—Sólo un momento. Mi mujer, que me está oyendo hablar de usted desde hace tanto tiempo, me ha pedido que les invite a usted y a la señora Lavette. Les rogamos

humildemente que vengan a cenar a nuestra casa el próximo viernes. Debo añadir, sin embargo, que comprenderé si existen circunstancias que le impidan aceptar.

—¿Es buena cocinera tu mujer?

—Yo diría que sí. Sí.

—Entonces, estaré allí, como un clavo. Puedes contar con ello.

—Pero la señora Lavette quizás haya aceptado otro compromiso.

—No creo.

Pero unos minutos después, mientras se dirigía al edificio del «Seldon Bank», Dan se dio cuenta de que una invitación para que Jean fuese a cenar a una casa china no era cuestión sencilla. Bueno, tiempo habría para preocuparse por eso; mientras tanto, era más importante tener claro en su mente lo que iba a decirles a Seldon y a su Consejo de Administración. Había tomado unas notas y repasado mentalmente los datos y las cifras por lo menos una docena de veces, y sus argumentos le parecían razonables y convincentes. Pocos minutos después, llegó a Montgomery Street, pasó ante la modesta fachada del «Banco de Sonoma» y entró en el impresionante edificio «Seldon», de ocho pisos. Un ascensor hidráulico le transportó suavemente hasta el octavo piso y la sala del Consejo. Llegaba con unos minutos de anticipación.

Cinco de los consejeros se hallaban frente a él en torno a la gran mesa de caoba, Thomas Seldon, Alvin Sommers y Martin Clancy, los tres vicepresidentes, Rustin Jones, presidente de «Sierra Insurance», y Grant Whittier, de «California Shipping». Todos hombres de más de cincuenta años, solventes y poderosos, con un valor de muchos millones de dólares entre ellos.

Mientras Seldon le presentaba a los que no conocía personalmente, Dan se dio cuenta de que todos le estaban observando, estudiándole como si constituyese una forma de vida particularmente interesante que no hubiesen visto nunca. Sus rostros eran fríos e impasibles; recordaba haber visto rostros semejantes en partidas de póquer, no en el muelle, donde los pescadores jugaban alegres y desenvueltamente al póquer entre ellos, sino en el «Barrio Alegre», donde los profesionales se hallaban sentados en torno a las mesas, en mangas de camisa y chaleco y con ojos tan fríos como el acero. Bueno, no había ido allí para ser obsequiado y agasajado y que le dijeran que era un joven muy brillante. Había ido allí a pedir un millón de dólares.

—Caballeros, ya saben cuál es la situación —comenzó a hablar, de pie en un extremo de la mesa—. Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, el Imperio austríaco, Italia, Rusia..., casi todos los países de Europa están en guerra. Es la guerra peor y más sangrienta que el mundo ha visto jamás, y esto es sólo el principio. Inglaterra es una isla con el Imperio más grande de la Historia, y la mayor parte de ese Imperio lo tenemos en nuestra puerta trasera, si se considera al océano Pacífico como nuestra puerta trasera. La flota alemana de submarinos está ya atacando a los buques británicos. Van a hundir todo maldito barco que vean, y las colonias británicas van a

vivir o morir con lo que nosotros les enviemos desde la costa Occidental. Sé que el canal de Panamá cambiará las cosas, pero principalmente rebajando las tarifas de la costa Oriental hasta aquí. Por lo que se refiere a la travesía del Pacífico, las tarifas van a subir, y el cielo es el límite. Mark Levy, mi socio, y yo llevamos cuatro años dirigiendo una flota de barcos, y sé la clase de dinero que hay en el transporte marítimo, lo mismo que, estoy seguro, sabe el señor Whittier. Estoy aquí para pedir un préstamo de un millón de dólares, destinado a la compra de cinco barcos de cinco mil a seis mil toneladas cada uno. Sé dónde están los barcos y sé que se pueden comprar. Son cargueros que se encuentran en perfectas condiciones. Creo, por eso, que el préstamo que propongo es razonable y seguro.

—Creo que conozco los barcos a que se refiere —dijo Whittier—. Sus cifras están equivocadas. Un millón no es suficiente.

—Lo sabemos —admitió Dan—. Nos proponemos liquidar todas nuestras posesiones, nuestros barcos, nuestras lanchas pesqueras y nuestra fábrica. Tenemos un valor sobrante de casi un millón.

—Conozco sus posesiones —dijo Sommers—. Están sujetas a fuertes hipotecas.

—Pero no cubren todo su valor —arguyó Dan—. Estoy hablando de una venta en buenas condiciones. Debería haber dicho por lo menos medio millón y, posiblemente, un millón.

—Eso es muy amplio —observó Clancy, sonriendo levemente.

—¿Qué edad tiene usted, Lavette? —preguntó Rustin Jones.

—Oh, no creo que eso venga a cuento —intervino Seldon.

—Veintiséis años —respondió Dan, poniéndose varios meses—. Si le interesan edades mayores, puedo salir a la calle y traerle una docena de hombres de más de cincuenta años.

—¡Cálmate, Dan! —le aconsejó Seldon—. Dime algo acerca de esos barcos.

—Son barcos de acero, con motores de turbina, hélices gemelas, ninguno tiene más de tres años, cuatro de ellos han sido construidos en Inglaterra, uno en Holanda, su estado es bueno.

—¿Usted ve la guerra solamente como algo de lo que se puede extraer provecho? —preguntó Whittier.

—Veo la guerra como lo que es: un juego estúpido y sangriento que ellos están practicando. Nosotros no lo hemos hecho. No es nuestra guerra. Pero ésa no es razón para no transportar carga y obtener un beneficio. Si yo no lo hago, habrá cien que lo hagan.

—Permítame que le lea algo, míster Lavette —dijo Rustin Jones, con un tono tranquilo que contrastaba con las acaloradas afirmaciones de Dan—. Está tomado del mensaje del presidente Wilson al Senado. Dice así: «El efecto de la guerra sobre los Estados Unidos dependerá de lo que los ciudadanos americanos digan y hagan. Todo

hombre que ame realmente a América se comportará y hablará con verdadero espíritu de neutralidad, es decir, con espíritu de imparcialidad, justicia y amistad hacia todos los implicados». Así habla el Presidente, míster Lavette, y, sin embargo, solicita un elevado préstamo destinado fundamentalmente a comerciar con las colonias británicas.

Dan movió la cabeza y trató de no perder los estribos.

—Somos un puerto del Pacífico. ¿Quiere que comercie con Alemania? Dígame cómo y estaré encantado de complacerle.

—Míster Lavette —dijo Clancy—. Míster Jones ha aludido a su edad. Nosotros tenemos hijos que son todavía estudiantes y no son mucho más jóvenes que usted. No hace mucho, los periódicos publicaron la noticia de un ataque con escopeta realizado personalmente por usted contra lo que aseguraba era una especie de barco pirata de pesca. Asumió usted toda la responsabilidad de hundir una embarcación. Afortunadamente, no se produjeron desgracias personales, pero podría haber sido un desastre. Y ahora nos pide que le confiemos un millón de dólares.

—Ya he dicho lo que tenía que decir —exclamó Dan, y, sacando del bolsillo un fajo de papeles, lo tiró sobre la mesa—. Ahí tienen los datos y las cifras, caballeros. En cuanto a la pesca, no les estoy pidiendo que me enseñen nada. He venido a solicitar un préstamo, y pueden concedérmelo o no, según les plazca.

Echó hacia atrás su silla y salió a grandes zancadas. Seldon le siguió.

—¡Dan!

Dan se detuvo en el antedespacho, mientras las secretarias y empleados les miraban con curiosidad. Seldon salió con él al pasillo.

—Te estás comportando irrazonablemente —dijo—. No puedes irte así.

—No pienso dejarme tratar como si fuera un camorrista del «Barrio Alegre».

—Nadie te está tratando así. Somos un Banco. Tenemos nuestra forma de actuar. Tienes que concederles algún tiempo.

—Ya lo he hecho.

Jean se estaba cambiando de ropa cuando Dan llegó a casa aquella tarde. Tenía tiempo de jugar con su hijo, Thomas, antes de cenar, y rodó con él por el suelo, lo levantó en alto y le gruñó, mientras miss Wendy Jones le miraba con gesto reprobatorio. Miss Jones era una rolliza y bien formada galesa de treinta y cinco años, que raramente sonreía y que nunca dejaba de considerar sus actuales circunstancias como de una primitiva tosquedad. Había mentido sobre sus antecedentes, ya que había trabajado en varias casas de Londres como doncella y no como niñera, pero acabó comprendiendo que tales distinciones carecían de importancia entre la élite de San Francisco. Su actual amo le fascinaba y le asustaba..., aquel joven enorme e impulsivo, que se contoneaba al andar y cuyos modales y forma de pensar dejaban

mucho que desear, y que desentonaba con la hermosa mujer que era su esposa. Por otra parte, Dan, que todavía no podía comprender el papel de los sirvientes, la trataba con desenfadado buen humor y, ocasionalmente, le daba una palmada en el trasero, aunque sólo fuera para disfrutar con la ofendida reacción que su gesto suscitaba. Sus períodos de abstinencia sexual iban aumentando, y jugueteaba con la idea de seducir a miss Jones. Pero había pocas oportunidades, y continuaba, romántica y adolescentemente, enamorado de Jean.

Ahora, como tantas veces, mientras jugaba con el niño rubio y de ojos azules que era su hijo, se preguntó qué diablos estaba haciendo él, Daniel Lavette, hijo de un pescador francés y de una campesina italiana, en aquella inverosímil mansión de Russian Hill. Nada le daba la impresión de que fuera suya, de que le perteneciese. Las maquetas de barcos y las marinas de la biblioteca —que Jean llamaba su habitación— eran regalos de los padres de ella, a excepción de un espléndido Winslow Homer que los Levy le habían dado como regalo de boda; los anaqueles estaban llenos de libros que nunca había leído y que no tenía intención de leer, y los muebles, allí como en el resto de la casa, habían sido elegidos por Jean y su madre. Ciertamente un «Packard» que guardaba en un garaje del embarcadero había sido elegido por él, pero era de un vivo color amarillo, y Jean lo consideraba vulgar y pensaba que, de tener un coche, debería ser una limusina de algún adecuado color oscuro. Y los amigos de Jean, la segunda generación de ricachos y la creciente mezcla de artistas, escritores y músicos que se estaban trasladando a Russian Hill, le eran tan ajenos como los muebles, alfombras y chucherías que habían afluído ininterrumpidamente a la casa, una vez terminada.

—No debe excitarle demasiado antes de que le acueste —dijo miss Jones—. De veras, míster Lavette.

—Usted no aprueba la excitación antes de acostarse.

—Rotundamente, no.

—¡Oh! —Dan sonrió—. Pruebe alguna vez. Tiene su aliciente.

Durante la cena, Jean parecía más retraída que de costumbre, y Dan decidió no decir nada sobre lo que había sucedido en el banco. Se había hecho a la idea de que le negarían el préstamo; y si, por una extraña casualidad, estuviesen dispuestos a concederle el dinero, ya no tenía la seguridad de que lo quisiera del «Seldon Bank». Consideraba que había sido un error recurrir a Seldon, y Mark se había mostrado de acuerdo y le había dicho, cuando le contó lo sucedido en la entrevista: «Cometes una injusticia con Tony al apartarte de él. Los Cassala son banqueros. Tony necesita gente como nosotros. Si la empresa de los barcos es un espejismo, debemos abandonarla. Pero, si es real, acudamos a Tony y hablemos con él. Se lo merece».

Dan y Jean permanecían en silencio. Cada vez era más frecuente que comieran en silencio, y, sin embargo, al mirarla, él sentía que no tenía ningún derecho a quejarse,

que el hecho de que le aceptase como marido era todo lo que podía pedir y que el privilegio de sentarse frente a ella y recrearse en la perfección de su belleza era suficiente por sí solo. El tiempo cambiaría las cosas. Ella le había aceptado plenamente una vez; volvería a hacerlo.

Finalmente, dijo:

—Hoy ha hecho un día macanudo, ¿eh? Supongo que habrás salido a dar una vuelta.

—Quisiera que refinases un poco tu lenguaje, Dan.

—Sí..., lo siento.

—He estado almorzando en el «Fairmont» —dijo—. Con Marcy Callan.

Y, acto seguido, añadió:

—Fuimos a «Borsin's» a elegir tela para las cortinas. Voy a decorar toda esta habitación en tonos claros. Estoy ya cansada de alfombras orientales y de este ridículo mobiliario de época. No es Chippendale, y no es reina Ana; en realidad, no sé qué es ni por qué lo compré. Yo creo que, si vamos a tener antigüedades, debemos tener auténticas antigüedades. Ciertamente, podemos pagarlas.

Dan asintió con un gesto. Estaba todavía tratando de situar a Marcy Callan.

—Se va a casar con el hijo de Whittier, ¿no? Un chico llamado John, o algo así.

—Tendremos que dar una fiesta en su honor. Es una de mis mejores amigas.

—Claro. Nada me gusta más que tener aquí a los Whittier.

—Lo aguantarás.

—Hablando de fiestas —dijo Dan—, Feng Wo..., es el jefe de mi oficina, ya recuerdas, le gustaría que fuésemos a cenar con su familia.

—¿No estarás hablando en serio?

—Me ha invitado hoy.

—¿Con unos «chinatos»? —exclamó ella, incrédulamente.

—Chinos. No los llames «chinatos», Jean.

—¿Por qué no? Tú lo haces. Te he oído cientos de veces utilizar esa palabra.

—Últimamente, no. Claro que la usaba antes. Todo el mundo lo hace. No me gusta. Es como llamarle «judiego» a Mark.

—No lo creo, y no creo que estés preparado para darme lecciones de lenguaje.

—Jean —dijo él suavemente—, no nos peleemos. La gente cree que soy una especie de genio financiero con lo que Mark y yo hemos edificado en cuatro años, pero nos hubiera sido imposible lograrlo sin Feng Wo. Él es quien nos mantiene a salvo de la quiebra y maneja los libros y echa el freno cuando yo quiero hacerlo saltar todo. Ésta es la primera vez que me invita a su casa. ¿Qué puedo decirle?

—¿Aceptaste la invitación o le dijiste que consultarías conmigo? Es muy sencillo decirle que tenemos los dos próximos meses ocupados en compromisos sociales. Y, además, es verdad.

—Acepté.

—Entonces, irás solo —decidió Jean—. Lo siento mucho, Dan, pero no tengo intención de cenar con un chino, como tú dices.

Cuando Jack Harvey supo que Dan y Mark se proponían vender su amado *Oregon Queen*, que él había capitaneado desde su primer viaje bajo su bandera, y que era su amor, su hogar, su pasión, se emborrachó por primera vez en más de tres años. Y no se limitó a emborracharse; no era de los que beben en compañía; continuó la juerga y desapareció durante tres días en las entrañas del «Barrio Alegre». Fue inútil que Mark y Dan le asegurasen que él asumiría el mando del primero de los nuevos barcos. Se negó a creerles, y vio esfumarse el único período glorioso de su vida.

Durante tres días, su hija Clair, a la sazón de quince años, le estuvo buscando. Se había convertido en una joven extrañamente hermosa, de largas piernas, ojos verdes, piel bronceada y nariz imperiosa, segura de sí misma, independiente, de un metro setenta de estatura a sus quince años y con una gran mata de pelo color zanahoria. Recorrió sola toda la «Costa Beréber», escudriñando en todos los tugurios que había oído mencionar a su padre, y luego, desesperada, acabó recurriendo a Dan y Mark. Éste fue con ella, y, en la madrugada del cuarto día, encontraron a Jack Harvey en un burdel de Grant Avenue. Mark se llevó a él y a su hija a su casa de Sausalito.

Mark acostó a Harvey, quien durmió ininterrumpidamente durante las doce horas siguientes, mientras Sarah, que siempre había considerado a Clair como esa «pobre niña sin madre que vive con ese estúpido padre suyo», daba a la pobre niña sin madre, huevos, pastelillos, gachas y nata. Jacob Levy, de casi dieciséis años, y su hermana Martha, de diez, permanecían sentados a la mesa de la cocina, contemplando fascinados cómo la flaca y pelirroja muchacha consumía todo lo que le ponían delante con un apetito que parecía insaciable y un estómago que, increíblemente, retenía todo lo que se le echaba.

—Come, querida —la animó Sarah, poniéndole delante un segundo plato de huevos revueltos—. ¡Pobrecilla, tener que pasar por una cosa así! ¿Quieres más pastelillos? Bien, bien. Ahora come, y luego dormirás.

Jacob no le quitaba los ojos de encima. La había visto por última vez hacía dos años, y estaba tratando de comprender el milagro que había convertido a una chiquilla delgada y pecosa en esta mujer alta y casi regia, de senos altos y firmes y flameante cabellera que le caía hasta la cintura. Martha le dio un codazo y murmuró:

—No te la quedas mirando así. No está bien.

Clair dijo a Sarah:

—No estoy cansada. Es curioso, sé que debería estarlo, pero no lo estoy —se volvió hacia Jacob—. ¿Nunca dices nada? No has dicho una sola palabra.

—No.

—Eso es una palabra. ¿Quieres decir que nunca dices nada?

—Es tímido —intervino Martha—. Le asustan las chicas.

—No es verdad —replicó Jacob.

—Ya has acabado tu desayuno —dijo Sarah a Martha—. Fuera. Venga.

Martha le sacó la lengua a su hermano y salió corriendo de la cocina. Entró Mark y dijo a Sarah que regresaba a San Francisco y que probablemente él y Dan irían esa tarde a San Mateo para ver a Anthony Cassala.

—Nos ha invitado a cenar —explicó—, y hablaremos del préstamo. Se me hará demasiado tarde para tomar el transbordador; así que me quedaré allí o en casa de Dan, si volvemos.

—Me gustaría ver la casa de Tony. ¿Cómo es?

—Está en Hillsborough, así que ya sabes lo que se puede esperar. Piedra y madera. Es curioso, Tony siempre vivió con mucha sencillez... ya sabes, Maria preparaba las comidas y siempre comían en la cocina. Esta nueva casa tiene dieciséis habitaciones. El banco la adquirió al no haber sido cancelada la hipoteca que pesaba sobre ella, y era tal ganga que supongo que Tony no pudo resistirse. Trajeron de Italia una chica para ayudar en las faenas caseras, pero Maria la trata como a una hija y sigue haciendo ella misma la mayor parte de los trabajos. Tal vez le indujera Stephan a adquirir la casa. El chico está trabajando en el banco este verano. Es listo y tiene ideas.

Salió de la cocina con ella y le dijo en voz baja:

—Retén aquí a Harvey y a su hija. Dile de mi parte que tiene que quedarse hasta que volvamos Dan y yo, y no le dejes echar mano al whisky y al vino.

—¿Y cómo me las arreglo para impedirselo?

—Ya se te ocurrirá algo. Siempre le has apreciado. Hazle comprender que no vamos a dejarle en tierra.

—¿Sabes una cosa, Mark? Estoy empezando a sentirme asustada. Esta casa tan grande me asusta, y, cuando pienso en cinco barcos transoceánicos... ¿cómo hemos llegado a meternos en esto?

—Muy sencillo. Tú odiabas vivir detrás de una tienda. No te preocupes. Volveré mañana.

Mientras tanto, Clair había terminado su segundo plato de huevos revueltos, y Jacob mantenía la vista fija en el mantel.

—Tienes una hermana descarada —dijo Clair.

—Sí, supongo que sí.

—Puedes mirarme si quieres. No me importa.

Sus ojos se encontraron, y ambos sonrieron.

—¿Te llaman Jake? —preguntó ella.

Él movió afirmativamente la cabeza.

—¿Te gusta?

—Me gusta más que Jacob. Jacob es un nombre tonto. Era el nombre de mi abuelo.

—A mí me gusta Jake. Es un nombre estupendo. En Mendocino City había un tipo que se llamaba Jake, y era el hombre más alto y más fuerte que he visto nunca.

—¿Más alto que Dan?

—Mucho más. Pasaba de los dos metros. Yo le agarraba el puño, y me levantaba con una sola mano. ¿Qué te parece?

—¿Sabes nadar?

—¡Claro que sé nadar!

—¿Sabes lo que es un laúd?

—¿Qué te figuras? —exclamó ella, con indignación—. Me he pasado prácticamente toda la vida entre barcos, y me preguntas si sé qué es un laúd.

—No lo decía por eso.

—Bueno, ¿por qué lo decías?

—Tengo uno.

—¿Qué?

—Un laúd.

—No. Estás bromeando.

—Te lo juro. Es mío. Lo compré con el dinero que gané trabajando en el almacén después de salir de la escuela. Cuarenta pavos... pero es precioso. Lo limpié, lo calafateé y lo pinté.

—¿Qué longitud tiene?

—Siete metros.

—¡Oh, estupendo! Siete metros. ¡Es fantástico!

—¿Quieres ir en él?

—¿Dónde está?

—Abajo, en el muelle.

—¡Oh, desde luego, desde luego!

Pero, una vez que salieron a la bahía, la explosiva energía de la muchacha sucumbió a los tres días pasados sin dormir. Incapaz de mantener abiertos los ojos, se hizo un ovillo en el fondo de la embarcación.

—Sólo descansar un poco —explicó—. Estoy muy cansada, Jake.

—Sí, comprendo. Has pasado unos días horribles.

Instantes después, estaba dormida, con sus largos cabellos rojos derramados sobre los hombros como un pañolón de fuego. Soplaba una levísima brisa, justamente suficiente para mover la embarcación sobre las plácidas aguas, Jacob se hallaba sentado a popa, con la mano en el timón, contemplando a la muchacha dormida, totalmente feliz y contento.

Aumentó la brisa, y Jake pilotó el laúd a través de Richardson Bay, pasando ante Angel Island. Tenía ahora una panorámica clara y completa de San Francisco y sus colinas, las prominentes masas de tierra con las casas trepando hacia el cielo, las casas amontonadas unas sobre otras, y todo ello enlazado con los últimos jirones de la niebla matutina, una celosía a través de la cual el sol de la mañana espolvoreaba de oro la ciudad. Aunque él había visto miles de veces la ciudad, no obstante, y misteriosamente, ésta era la primera vez que la veía de verdad..., ¿o estaba viendo algún mágico país de las maravillas creado por la presencia de aquella extraña muchacha pelirroja? Contempló la ciudad con silencioso temor, sintiendo una oleada de emoción alzarse en su interior y llenándosele los ojos de lágrimas. No sabía muy bien por qué le pasaba aquello, pero era la mejor sensación que jamás había experimentado. Eso sí lo sabía. Todo era mágico y perfecto y como debía ser. También eso lo sabía.

Con ayuda de Gina, la chica que habían traído de Italia, Rosa y Maria retiraron los restos de una cena a base de ensalada, sopa, macarrones y ternera y llenaron la mesa de fuentes de melocotones, ciruelas, uvas y peras y café italiano para los hombres. Luego, las mujeres se desvanecieron, excusándose con ininteligibles murmullos, dejando en torno a la mesa a Anthony Cassala, Stephan, Dan Lavette y Mark Levy. Anthony instó a los invitados a que tomaran fruta, les sirvió café y les ofreció puros. Mark fumaba en pipa. Dan aceptaba los puros cuando se los ofrecían y estaba empezando a tomarles gusto.

—Bueno, ¿qué os parece, Danny y Mark? —preguntó Cassala, agitando la mano en dirección a los amplios espacios del comedor—. ¿Os gusta mi casa?

—Es magnífica —alabó Mark.

Dan dio una chupada a su cigarro y sonrió a Cassala.

—Te ríes de mí, ¿eh Danny? Tienes razón. Por las mañanas, me afeito y me miro la cara y digo: ¿Quién eres tú? ¿Qué pintas aquí? No eres más que un albañil napolitano. Te voy a decir una cosa, Danny. ¿Sabes de dónde ha salido todo esto? De los cuatro mil dólares que me diste después del terremoto.

—No —replicó Dan—. Estás soñando.

—¿Sí? ¿Sabes con qué se construye un banco? Con confianza. Yo compré confianza con aquel dinero. Unos dólares aquí, unos dólares allá..., pero la gente comía y bebía y recordaba. Si no hubiese tenido ese dinero, mi vida sería diferente.

—Vamos, Tony, hiciste lo que hiciste.

—Quizá sí, quizá no. Sólo siento una cosa: Mi santa madre que está en el Cielo no tuvo un solo día en su vida sin hambre, el hambre de sus hijos, el hambre de mi padre, el hambre de primos, hermanos y hermanas. Siempre hambre. Y yo ahora he engordado. Tengo barriga. ¿Qué os parece?

—En un banquero eso está bien —dijo Mark.

—Papá —intervino Stephan—, son casi las diez. Déjales hablar a Danny y Mark.

—¿Es que se lo impido? Hablad —les invitó Cassala—. Una cosa sólo tengo que decirte, Danny. Tu madre era buena católica. Está con la Santísima Virgen ahora. ¿Cuándo fuiste a misa por última vez? ¿Cuándo te confesaste? No te enfades, Danny, por favor. Te hablo como a un hijo.

—No te preocupes, Tony. Sé lo que sientes. Estoy casado con una protestante. No puedo hacer algo que no siento.

—Papá —le rogó Stephan.

—Está bien. Hablad.

—Tony —dijo Mark—, tenemos que hablar como en círculos, porque la única forma de que entiendas lo que vamos a pedir es que lo veas como nosotros.

—Queréis dinero —dijo Cassala—. Decidme lo que necesitáis. Encontraremos alguna manera de conseguirlo.

—No, no —protestó Dan—. Tienes que comprender nuestros planes, Tony.

—Empezaré por el canal —dijo Mark—. El mes pasado cruzó el canal de Panamá el primer barco y atracó aquí. Ese hecho cambió el mundo, Tony, créeme. Significa, ni más ni menos, que hemos reducido en unas once mil millas el recorrido del transporte por mar desde la costa Este. Eso, por sí solo, es algo que cambia el futuro de California, pero considerémoslo en relación con la descabellada guerra que están librando en Europa. Supongamos que un barco zarpa de la bahía rumbo al Oeste. Lleva, por ejemplo, carga para el Japón, y reposta carbón en Hawai y Japón. Supongamos que coge nueva carga en Japón y navega hasta Australia y, luego, hasta África del Sur. Desde allí, hasta la costa Este. Con el canal, el beneficio obtenido desde la costa Este hasta aquí, habida cuenta de lo que están subiendo las tarifas, compensa el gasto de toda la travesía, y el resto es ganancia. En otro caso, el barco tendría que rodear el cabo de Hornos y dedicar parte de los beneficios a pagar combustible. Y no hay en África ni en Australia ninguna carga que necesiten aquí. Nosotros necesitamos mercancías de la costa Este, y los ingleses las necesitan desesperadamente en el Pacífico, y antes de que la guerra termine, San Francisco se convertirá, tal vez, en uno de los puertos más importantes del mundo.

—De modo que queréis comprar un barco —dijo Cassala, moviendo afirmativamente la cabeza—. Es razonable.

—Espera un momento, Tony —dijo Dan—. Acaso estás pensando en el *Oregon Queen*. No. Esto es distinto. Hemos vendido el *Oregon Queen*. En realidad, lo estamos vendiendo todo. El otro día vendimos los contratos de transporte de basura y los barcos que usábamos para ello, y la semana que viene vamos a vender el negocio de los pantalones y las lanchas de pesca. Y quizá vendamos también la tienda. Todo.

—¡Qué! —exclamó Cassala.

Dan miró a Stephan, que escuchaba atentamente en silencio.

—Es cierto —confirmó Mark—. Todo.

—¿Por qué? Tenéis un negocio estupendo y lo vendéis. ¿Por qué?

—Porque —respondió lentamente Dan— vamos a comprar una flota de barcos y necesitamos hasta el último dólar de que podamos disponer. Tres buques de seis mil toneladas, y dos de cinco mil. Barcos de acero. Barcos soberbios. Necesitamos por lo menos un millón y cuarto en efectivo, y por eso es por lo que estamos aquí, Tony. Queremos un préstamo de un millón de dólares.

Cassala se le quedó mirando; luego, suspiró profundamente, cerró los ojos y se recostó en su asiento. Stephan estaba asintiendo con la cabeza, sonriendo levemente. Mark y Dan esperaron. Maria entró en la habitación, trayendo una bandeja de pasteles. Con su sencillo vestido negro que le llegaba hasta los tobillos, a Dan le recordaba cada vez a su madre.

—No estáis comiendo la fruta —habló en italiano—. ¿Por qué? La fruta es buena. La fruta limpia el cuerpo. En América nadie come con alegría, sólo para llenar la barriga. Mirad esos melocotones. Están tan maduros que parecen pedir a gritos que los comáis. Comed fruta y comed pasteles. Ahora os traigo queso.

Cassala continuaba con los ojos cerrados y las manos entrelazadas. Mark miró interrogativamente a Dan.

—Come un poco de fruta —tradujo Dan—. Si no, Maria se va a enfadar.

—Si dice que no —cuchicheó Mark—, estamos listos.

—¿He dicho que no? —saltó Cassala—. ¿He dicho que no? ¿Por qué cuchicheas, entonces? Come fruta y déjame pensar. —Se volvió hacia su hijo—. ¿Estás escuchando, Stephan?

—Sí, papá.

Se volvió hacia Dan.

—¿Y qué hay de los submarinos?

—Los alemanes no han hundido todavía un solo barco americano. Quizá no lo hagan. Podemos asegurar los barcos..., no la carga, sino los barcos. Los beneficios son tan grandes que podemos permitirnos el lujo de perder un barco, Tony.

—Y los barcos son rápidos —añadió Mark—. Por lo que me dice Dan, pueden aventajar a cualquier submarino.

—Es una primera hipoteca sobre los barcos, Tony. Y de forma solidaria, de tal modo que si perdemos uno te resarcen sobre los otros. Cuando el seguro pague, tu crédito es el preferente, con independencia de la carga. Una prioridad absoluta.

—Y Dan y yo extenderemos pagarés por todo el valor de nuestros bienes.

—¿Por qué? —preguntó Cassala, enojado—. ¿Os he pedido jamás semejante cosa?

—Tampoco te hemos pedido nunca un millón de dólares.

Cassala se volvió hacia su hijo.

—Bien, Stephan, ¿qué opinas?

—Papá, en el siglo xv, en Génova, zarpaban cinco buques rumbo a Oriente. Si volvía uno de ellos con una carga de especias y los otros cuatro se perdían o se hundían, el que regresaba compensaba el valor de los otros y dejaba, además, un beneficio.

—No te estoy preguntando sobre Génova en el siglo xv.

—Lo que digo, papá, es que armar buques ha sido siempre un negocio muy provechoso. Si Danny y Mark dicen que pueden hacerlo, lo harán.

—¿Y si dicen que pueden volar hasta la Luna, volarán hasta la Luna?

Cogió una manzana y empezó a pelarla.

—Come fruta —indicó a Mark—. Come.

Entró Maria con una bandeja de queso.

—¿Ahora traes el queso? —dijo—. ¿Por qué no mañana?

—Tony —dijo Dan—, si esto es imposible...

—Imposible es lo que yo no puedo hacer —le interrumpió—. ¿Crees que puedo despedirte con las manos vacías? Pero somos un Banco pequeño. Nunca he concedido un préstamo de un millón de dólares. Bueno, será la primera vez. ¿Cuándo lo necesitáis?

—Se trata de conseguir los barcos antes de que se nos adelante alguien.

—¿Tres días?

—Estupendo, Tony.

—No sé cómo agradecértelo —dijo Mark.

—No me lo agradezcas. Habla. Stephan, coge un lápiz y un cuaderno. Quiero saberlo todo, quién es el dueño de los barcos, quién los construyó, qué clase de motores..., todo, porque no sé nada de barcos. No es sólo comprar un barco. Es pagar una tripulación. Es pagar un alquiler por el fondeadero. Es comprar combustible y comida. Es pagar estibadores. Eso es lo que tengo que saber, y cuánto dinero tenéis en metálico. De modo que hablad.

Era más de medianoche cuando terminaron, y Cassala les convenció para que se quedaran a pasar la noche en su casa. Maria llevó a Dan a la habitación que tenía destinada, le dio un beso y le dijo quejumbrosamente:

—Enciéndele una vela a tu mamá, Danny. Ve a misa. Mi alma descansará tranquila. Rezo por ti siempre... siempre.

Mientras bajaba la colina en dirección a Grant Street y entraba luego en Chinatown, Dan reflexionaba en el hecho de que nunca había pensado en los chinos como personas con un hogar y una familia; pero quizá no se diferenciaba en eso de la

mayoría de los habitantes de San Francisco. La verdad era que, antes de conocer a Feng Wo, nunca había visto a los chinos como individuos, como seres humanos, como personas dotadas de sentimientos, de dolores y alegrías y sufrimientos, participando en una lucha que era parte de la Humanidad. Un chino golpeado no sentía dolor, herido no sangraba, y muerto carecía de significado. En los anales del Departamento de Policía de San Francisco, un chino muerto era estadísticamente diferente de un caucasiano muerto, y, a los ojos de la población blanca, un chino muerto era algo totalmente desechable.

Ahora, mientras se dirigía, solo, a cenar con Feng Wo y su familia, caminaba despacio, sumido en sus pensamientos, tratando de comprender lo que Jean sentía y cuáles eran los orígenes de su ira, de su furor ante la idea de pasar una velada con unos chinos. Sin embargo, ¿cómo podía condenar a Jean si recordaba su primera entrevista con Feng Wo, el trato altivo que le había dispensado, su desprecio hacia todo lo chino? Lo llevaba en el interior de su sangre tanto como Jean. ¿Tenía siquiera una vaga idea de dónde o cómo vivían los chinos? En Chinatown, naturalmente, tenía una dirección de Grant Street, a la que ahora se dirigía. Los chinos vivían en Chinatown; como ratas, tenían túneles y madrigueras en las que desaparecían por la noche para emerger de nuevo al amanecer. Pero hogares que fuesen realmente hogares, familias, hijos..., ¿cuándo les había atribuido las distracciones de incluso los más pobres y desventurados caucasianos?

Encontró la dirección, un edificio de madera dividido en apartamentos, no muy diferente del edificio en que él había vivido de chico, no muy diferente de mil otros estrechos edificios de madera de tres y cuatro pisos que flanqueaban las calles de San Francisco. Subió dos tramos de escaleras en un portal débilmente iluminado hasta una puerta señalada 2-F, y llamó con los nudillos. Feng Wo debía de haber estado esperando junto a la puerta, porque la abrió en el acto y apareció en el umbral, sonriendo nerviosamente e inclinando la cabeza.

—Me alegro mucho de verle, señor Lavette. Es un honor para mi pobre hogar y mi indigna familia.

Dan había imaginado y desechado una docena de complicadas historias para explicar la ausencia de Jean. Ahora, dijo, simplemente:

—Eso es muy chino, Feng Wo, pero mi mujer tenía una jaqueca horrible, y estoy seguro de que tu familia es completamente digna. De todos modos, me alegra estar aquí.

—Pase, por favor —dijo Feng Wo.

Le precedió por un pasillo corto y estrecho y apartó una cortina de cuentas para dejar entrar a Dan.

La habitación en que penetró Dan era evidentemente el cuarto familiar, comedor y sala de estar combinados, una mesa negra y sillas en un extremo de la habitación,

una puerta que daba a la cocina y, frente a ella, un diminuto vestíbulo en el que se abrían las puertas de los dormitorios. Había un biombo chino, muy bello, pero construido con barato papel chino sujeto en un marco, y había también tres estrambóticos sillones. El suelo estaba pintado de un color rojo intenso y brillantado con muchas capas de cera, y de la pared colgaban varios grabados enmarcados, japoneses más que chinos, pero que armonizaban con el resto de la habitación. Por alguna razón, Dan no lo comprendía del todo, pero la habitación, un batiburrillo de tantas cosas, formaba un todo armónico y le daba una sensación de comodidad e intimidad. No le resultaba familiar, pero tampoco le resultaba extraña; y al otro lado de la estancia, frente a él, se hallaba una joven que daba al lugar un toque final de magia, de maravilla oriental que lo transformaba de una heterogénea mezcla de lo barato y vulgar en un lugar de misterio y excitación.

No era una muchacha hermosa, no tendría más de dieciocho o diecinueve años, muy esbelta, cubierta con un vestido negro que le caía en línea recta desde los hombros hasta los tobillos; su piel era marfileña, sus facciones pequeñas y regulares, su boca bien formada, y mostraba en su rostro una expresión de gran placer, una leve sonrisa, una mirada de ávida anticipación combinada con una inocencia infantil y admiradora. O quizá, preguntándose si alguna otra mujer le habría mirado así antes, simplemente una muchacha china, con las manos entrelazadas, inclinándose.

—Es un placer conocerle por fin, míster Lavette —dijo, con voz baja y musical.

—Mi hija, May Ling —presentó Feng Wo.

—De modo que tú eres May Ling. Bueno, he oído hablar mucho de ti —dijo Dan, un tanto azorado y faltando a la verdad, ya que Feng Wo rara vez había mencionado a su hija.

—Y yo de usted, míster Lavette. Siéntese y póngase cómodo por favor.

—Por favor —pidió Feng Wo.

Dan se dejó caer en una de las sillas. May Ling desapareció en la cocina.

—Debe usted excusar a mi esposa por el momento —explicó Feng Wo—. Sabe que usted es un huésped muy importante y, por ello, pensó que debía preparar una comida importante. Me temo que requiere toda su atención en estos momentos.

May Ling regresó con una bandeja en la que había una tetera y varias tazas. La colocó sobre una mesita que estaba flanqueada por los sillones y, luego, arrodillándose ante la mesa, sirvió té verde y entregó una taza a Dan y otra a su padre. Feng Wo tomó un sorbo y dijo en voz baja:

—Paz y armonía entre los que conocemos y amamos.

Dan bebió el caliente y amargo té. May Ling le volvió a llenar la taza.

—¿Le gusta la comida china, míster Lavette? —preguntó May Ling—. Mi madre es una cocinera excelente.

—No, no —intervino apresuradamente Feng Wo—. Una cocinera muy corriente.

—¿Comida china? —replicó Dan—. Aparte de las tortillas occidentales que solía prepararme tu padre, lo único que conozco es el *chop suey*. Es muy bueno. Desde luego, me gusta.

—Bien, veremos. —May Ling se levantó, entró en la cocina y regresó con una bandeja de pequeñas tortitas humeantes—. *Sau mai* —explicó.

—¡Oh! ¿Y qué significa eso?

—Significa tortitas al vapor, míster Lavette. Puede cogerlas con los dedos o utilizar palillos.

—Mi hija, como ve —dijo Feng Wo—, es un producto de la civilización americana. Habla cuando no se le dirige la palabra. Expresa opiniones que no se le piden y parlotea delante de los hombres de su familia.

—Sólo hay un hombre en mi familia —centelleó suavemente May Ling, yendo hacia su padre y besándole en la calva—. Parloteo delante de él. Tiene razón. No tengo modales.

La esposa de Feng Wo, que había permanecido en la cocina durante todo este tiempo, exclamó algo en chino.

—Debemos sentarnos ya a la mesa, señor Lavette —dijo Feng Wo—. ¿Sabe, señor Lavette? Hay una cosa bastante extraña en los chinos que vivimos aquí. Yo soy la tercera generación en América. Mi abuelo fue traído aquí en 1851 desde la provincia de Kuangtung, pero hasta los cinco años sólo hablé chino. No nos atrevíamos a hablar inglés. Pero mi esposa es una mujer del viejo país, de la provincia de Chekiang, que está bastante más al norte de Cantón... y de ahí la confusión —suspiró—. Habla un chino muy malo y no aprende nada de inglés.

—Siéntese aquí, míster Lavette —dijo May Ling, indicando un extremo de la mesa—. Tomaré asiento yo también, porque, después de tres generaciones en América, como ha dicho mi padre, hemos sucumbido a las costumbres de los bárbaros. Pero mi madre, no. Antes moriría. Me temo, pues, que tendrá que aceptar el hecho de que ella nos sirva. Es una dama encantadora y una maravillosa cocinera.

—Podemos esperar a que lleguen las alabanzas —dijo Feng Wo—. No necesitamos provocarlas —añadió, mirando severamente a su hija; pero ésta soltó una risita y miró a Dan con aire de complicidad.

—Espere y verá —murmuró.

Dan no se sintió decepcionado. Una mujer china, de baja estatura y ojos tristes, entró procedente de la cocina, y trayendo una fuente en la que reposaba un melón. Mientras la depositaba sobre la mesa, Feng Wo le habló en chino, señalando a Dan, y la mujer asintió y sonrió con satisfacción, y permaneció allí, delante de Dan, con los ojos bajos, pero con una expresión en su rostro que daba a entender que le habría abrazado y besado si hubiese sido correcto.

Luego, recordó el melón y prorrumpió en un torrente de palabras chinas dirigidas

a su marido.

—Hablan dialectos diferentes —explicó May Ling—, pero, de alguna manera, se entienden el uno al otro. La verdad es que creo que mi madre entiende más inglés de lo que confiesa.

So-Toy, la esposa de Feng Wo, estaba ahora sacando del melón cucharadas de fragante sopa, trozos de la pulpa del caliente melón, y jamón, y tallos de bambú, y setas negras. May Ling puso delante de Dan el primer cuenco de la humeante sopa.

—No espere —le dijo—. Pruébela inmediatamente, relámase y dígale a mi madre lo deliciosa que está.

Lo hizo así.

—¡Excelente...! ¡Lo mejor que he tomado en mi vida! ¿Cómo se llama?

—*Tun kua nor twai ton*, o sopa de melón de invierno. Ya ve, míster Lavette, no todo es *chop suey*, ¿verdad?

—Verdaderamente —dijo Feng Wo—, debo pedirle excusas por el comportamiento de mi hija. Ya basta, May Ling.

—No —replicó Dan—, déjala que me instruya. Por cierto —añadió, volviéndose hacia May Ling—, ¿a qué te dedicas cuando no estás dando conferencias sobre cocina china?

—Soy bibliotecaria —respondió y, al no encontrar reacción, preguntó—: ¿Le sorprende?

—¿Que seas bibliotecaria? Oh, no.

—Pero una mujer con una profesión... Mi padre no está muy seguro de que sea adecuado.

—Creo —dijo Feng Wo— que es la cantidad de tus opiniones lo que sorprende al señor Lavette.

—Tú ves todos los días a míster Lavette —respondió ella, serenamente—. Yo he estado esperando casi cinco años a conocerle. Toma tu sopa, padre, y usted también, míster Lavette, porque —le dijo— usted no comprende la cocina china. Mi madre está preparando cinco extraordinarios platos que estarán listos al mismo tiempo. Cómo se consigue eso es un secreto que protegemos con nuestra vida...

Se detuvo y empezó a reír de nuevo, y a Dan se le contagió la risa, y los dos prorrumpieron en carcajadas, mientras Feng Wo les miraba estupefacto, no encontrando absolutamente nada humorístico en sus palabras. Dan trató de dominarse, pero le era imposible, sumergido en un juvenil regocijo que nunca había experimentado; finalmente, May Ling se levantó de un salto y llevó la fuente de sopa a la cocina. Dan intentó disculparse ante Feng Wo.

—Te ruego que me perdones —dijo.

—¿Por reír? —exclamó, asombrado, Feng Wo.

—Bueno, era una risa tonta.

Feng Wo nunca había visto así a Dan Lavette, relajado, contento, risueño. Dan pidió permiso a su anfitrión para quitarse la chaqueta.

—Pero está usted en mi casa —dijo Feng Wo—. Considérese con plena libertad para hacer cualquier cosa que le haga sentirse cómodo.

Dan se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata.

May Ling y So-Toy volvieron con unos platos tapados que depositaron sobre la mesa. So-Toy sirvió el manjar, y May Ling dijo:

—Ahora debe usted olvidar que ha comido alguna vez *chop suey*, míster Lavette, que en inglés es «picadillo de mendigo». ¿Sabe? Mi madre es shanghainesa...

—No realmente —le interrumpió Feng Wo—. Es de una pequeña aldea situada al sur de la ciudad. Mi abuelo era de Cantón, y no sólo es diferente el lenguaje, sino también la cocina. Yo le enseñé la cocina cantonesa, pero sus mejores platos son shanghaineses.

May Ling suspiró.

—No he dicho nada. Sería irrespetuosa si lo hiciese.

—Ya eres increíblemente irrespetuosa —dijo Feng Wo—. Mis antepasados se estremecen de horror en sus tumbas.

Luego, habló en chino a su esposa, que continuaba amontonando comida en los platos, y la mujer asintió y sonrió.

En todos los años que llevaba trabajando para Dan, nunca había hablado tanto.

—Coma, por favor —dijo May Ling a Dan—. ¿Sabe? Mi padre es un hombre muy instruido y aprendió mandarín de su padre; si no, no podría hablar con mi madre, ya que en la aldea de ella hablaban shanghainés y no entendería una sola palabra de cantonés.

—¿Quiere decir que en China hablan más de un idioma?

—Oh, muchos más, míster Lavette, pero la gente instruida habla mandarín, y mi padre recibió una educación excelente y, cuando usted se haya ido, me soltará un sermón de por lo menos media hora sobre mi falta de modestia, tan impropia de una doncella. Pero yo estoy liberada..., cosa nada fácil para una mujer china.

—Desde luego que estás liberada —dijo Feng Wo—. Para mi pesar.

Ella se estaba riendo, y de nuevo encontró Dan su risa irresistible.

Luego, Feng Wo y May Ling empezaron a hablar en chino a So-Toy, que se tapó la boca para contener la risa.

—¿Hablas chino? —preguntó Dan a May Ling, sorprendido.

—¿Imagina que me he criado sin hablar jamás con mi madre? Antes de conocer una sola palabra de inglés, ya hablaba shanghainés y mandarín. Pero no sé hablar muy bien el cantonés.

—¿Qué estoy comiendo? —le preguntó Dan—. Es delicioso. Jamás había comido nada parecido. ¡Es excelente!

Feng Wo habló a su mujer, que hizo un gesto de asentimiento con expresión complacida y sirvió más comida en el plato de Dan.

—Eso es carne estofada con raíz de helecho, vino y azúcar —dijo May Ling—. Lo llamamos *hon sau yo zo*, y el pescado es salmón, con tomate, pimiento verde, piña, jengibre, cebollas verdes y gambas. *Tan soan yo*. El picadillo de cerdo está salteado con judías chinas..., es un plato campesino que comen en todas partes, ¿no? —preguntó a su padre.

—Eso creo. Es un sencillo plato campesino, pero muy bueno. Se llama *tzal do tzu zo*.

Dan intentó pronunciarlo, y So-Toy rió y volvió a taparse la boca.

—¿Y esto? —preguntó Dan.

—Cuajada de guisantes —explicó Feng Wo—. ¿Nunca lo había probado?

—Nunca. Pero me gusta. Creía que era una especie de flan.

—Algo así —dijo May Ling—. Está hecho con semillas de soja, que antes importaban de China. Pero ahora algunos granjeros chinos de la península han empezado a cultivarlas, y salen mucho más baratas. Es muy picante, un auténtico plato de Shanghai, hecho con salsa de tomate, pimienta roja y ajo.

—*Ma paw do foo* —dijo So-Toy, con orgullo.

—A mí me gusta la comida mexicana —dijo Dan—. Esto me la recuerda.

So-Toy llenó de berza un plato, y May Ling explicó:

—Eso es el orgullo y la alegría de mi madre. *Kaiyan bai tzi*, berza salteada con crema dulce y gambas picadas. De modo que, si sigue comiendo y comiendo, ella habrá tenido un día completo.

—¡May Ling! —exclamó desaprobadoramente su padre.

Luego, se lo tradujo a su esposa, que volvió a taparse la boca para ocultar su risa.

Dan vació su plato, y So-Toy se lo llenó de nuevo. Comía sin vergüenza grandes cantidades de alimentos, regándolo todo con una taza tras otra de té verde.

—*Tsa foo* —aventuró, mientras May Ling se reía de su intento de pronunciarlo.

—Es mejor que se limite a decir té verde.

Cuando So-Toy salió de la cocina trayendo una enorme tarta de lo que May Ling describió como excelente budín de arroz, o *ba bau fa*, levantó las manos con desaliento y rogó:

—Más no; no, por favor. No voy a poder levantarme siquiera.

—Pero todo el mundo dijo que era usted muy valiente, míster Lavette, luchando contra los piratas y hundiéndolos con una escopeta, y no irá a rendirse ahora. ¿Sabe? Esto es, en realidad, la culminación de todo. Debo de parecerle ya un libro de cocina.

—En efecto —convino su padre.

—Bueno —dijo May Ling—. Madre y yo vamos a levantar la mesa y a fregar los platos, y eso le dará a su estómago la oportunidad de vaciarse. ¿No le agrada?

Mírelo..., arroz dulce, pasta roja de guisantes, uvas, confitura de jengibre, corteza de naranja, semillas de loto, cerezas, piña, pasta de almendras. Oh, cuando era usted pequeño, míster Lavette, ¿comió alguna vez la tarta de plátano de la heladería de Bundy, en Sacramento Street? Yo, no. Soñaba siempre con ella, pero éramos demasiado pobres entonces, y esto es una especie de versión oriental...

Feng Wo se puso en pie.

—Tengo que hablar con tu madre. —Miró a su hija como si no la hubiese visto nunca.

—Eres un hombre encantador —dijo May Ling, y, luego, dirigiéndose a Dan—: Soy la chica más incorrecta y peor educada de toda la ciudad. Manipulo a mi padre y rehuyo los deberes domésticos que son el destino reservado a la mujer. Yo soy feminista. ¿Le gustan las feministas, míster Lavette?

Dan asintió, sonriendo.

—Si tú lo eres, sí. Soy bastante ignorante, May Ling. No volví a la escuela después del terremoto.

Sus padres estaban ahora en la cocina, con la puerta cerrada, y May Ling se inclinó hacia Dan y declaró suavemente:

—No siempre me comporto así, míster Lavette. Déjeme que le explique. Nunca hemos tenido un caucasiano en casa hasta hoy. Mi padre, el pobre, estaba aterrado. Adora hasta el suelo que usted pisa, y yo también, créame, y estoy hablando completamente en serio. Usted es el gran héroe de mi vida, y he estado oyendo cosas de usted durante los cuatro últimos años, así que creo que le conozco muy bien. Mis padres planearon y discutieron esta velada durante semanas, y he estado charlando por los codos para que se sintieran a gusto. Los dos creen que soy un auténtico producto americano, una verdadera bárbara, y no es cierto en absoluto. No se puede crecer como muchacha china en San Francisco y engañarse una a sí misma imaginando ser americana. Pero quizá me encuentre más a gusto con caucasianos desde que trabajo en una biblioteca. Lo que intento decirle es que todos le admiramos y le queremos, y nuestro deseo es que se sienta relajado y feliz aquí.

—No recuerdo una velada mejor —contestó Dan.

Una semana después, durante el desayuno, Mary Seldon dijo a su marido:

—Parece que tu yerno ha tomado la costumbre de salir en la primera página del *Chronicle*.

—También es yerno tuyo.

—Venta de una compañía de navegación —leyó—. La firma «Levy y Lavette», navieros locales, ha comprado los cinco buques de carga de «Transoceanic Freight». Se dice que el precio de venta asciende a tres millones de dólares. Hace unos meses circularon rumores de la quiebra inminente de «Transoceanic»... ¿Sigo leyendo? —

preguntó.

—No. Ya lo sé todo.

—¿De dónde ha salido el dinero?

—De Cassala, supongo —respondió Seldon—. Naturalmente, lo pagado en metálico debe de haber sido mucho menos. ¿Sabes? Primero acudió a nosotros para obtener el dinero.

—¿Sí? ¿Y se lo negasteis?

—En absoluto. Queríamos disponer de tiempo para considerar el asunto, pero él salió del despacho hecho un basilisco. Yo creo que era la vista de Grant Whittier lo que no podía tolerar.

—¿Qué tiene contra Grant?

—Ah, tendrías que comprender a Dan para responder a eso..., y tú no le comprendes.

—¿Tú sí?

—Creo que un poco. Me agrada, pero es muy impetuoso y no puede soportar que se le lleve la contraria. Tarde o temprano, temo que se estrellará. Tiene la costumbre de morder más de lo que puede masticar.

En 1906, antes de que el terremoto y el incendio asolaran San Francisco, los habitantes de la ciudad aficionados a la literatura podían presumir de poseer la mejor biblioteca pública existente al oeste de las Montañas Rocosas. Si bien los magnates del ferrocarril y de los yacimientos auríferos leían poco, nadie podría acusarles de falta de veneración hacia los libros. En 1878, Andrew S. Hallidie, que inventó el funicular, y Henry George, el economista, se reunieron con otros nueve destacados ciudadanos y fundaron una biblioteca pública con su sala de lectura. Habiendo comenzado su existencia en un local alquilado, para 1906 la biblioteca se había desarrollado hasta ocupar toda un ala del edificio del Ayuntamiento, con 140000 volúmenes y casi 32000 titulares de tarjetas de lector. Y todo ello, los sueños y los esfuerzos de los amantes de los libros, fue pasto de las llamas en cuestión de horas. Sin arredrarse, pocas semanas después del terremoto, se constituyó un comité pro-biblioteca. La ciudad suministró cuarenta mil dólares, y fue construido un edificio de madera en Hayes Street, entre Van Ness y Franklin. Casi inmediatamente, fueron donados 25 000 libros, y, en la década siguiente, el edificio provisional de madera se llenó a rebosar.

Todo esto se lo contó May Ling a Dan, poniendo de relieve que ser bibliotecaria en San Francisco era algo más que ser bibliotecaria simplemente.

Al principio, él no había tenido intención de verla otra vez. Catorce horas al día no eran suficiente para hacer lo que tenía que hacer: poner en funcionamiento cinco buques transoceánicos. Mark se encargaba de gran parte del trabajo, contratar carga,

negociar con las comisiones comerciales francesa y británica, salvar los legalismos de lo que se podía y lo que no se podía hacer como neutral en un mundo en guerra; pero eso todavía le dejaba a Dan los problemas del funcionamiento, la tripulación, los pertrechos, el cargamento, el aprovisionamiento de combustible y mil otros detalles que no había previsto ni tenido en cuenta. Daba las gracias a Dios por tener a su lado a Feng Wo, que era capaz de hacer casi cualquier cosa, y se levantaba a las seis de la mañana y se dejaba caer en la cama a las diez o las once de la noche... y se sentía cada vez más extraño para su mujer y sus hijos.

Sin embargo, sus pensamientos se volvían cada vez con más frecuencia, no hacia Jean, cuyo retraimiento se había convertido en un hecho de su vida, sino hacia la muchacha china y hacia la velada de risa y alegría que había experimentado con ella. Y, un día, a las tres de la tarde, lo dejó todo y salió del almacén que albergaba sus oficinas y su depósito, montó en su coche y se dirigió a Van Ness y Hayes. Cuando llegó, permaneció en el coche y reflexionó unos instantes, diciéndose que lo que se proponía era absurdo e inútil. Luego, entró en la biblioteca.

Una mujer rechoncha y servicial que se encontraba en el mostrador de control le miró con interés y le informó que podía hallar a May Ling en la parte trasera, todo seguido y luego a la derecha. Retrocedió tal como le indicaran, caminando por entre estanterías de libros, y luego torció a la derecha, y la encontró sentada a una pequeña mesa escondida entre libros, garrapateando en un cuaderno de notas y con un libro enorme abierto delante de ella. Esperó hasta que la joven levantó la vista, preguntándose: «¿Se sentirá molesta, irritada, provocada?».

Nada de eso. Levantó la vista y sonrió.

—Míster Lavette. ¡Qué agradable sorpresa!

—No tengo ninguna razón para estar aquí —declaró con brusquedad—. Sólo quería verte otra vez.

—Eso ya es una razón, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—Esto —dijo ella, señalando con un gesto los límites de su pequeña cueva— es el Departamento Oriental. Se trata de un nombre impresionante, y, si está preguntándose cómo es que la ciudad de San Francisco se volvió tan liberal como para contratar a una china, bueno, la respuesta es sencilla. Simplemente, no podían encontrar un caucasiano que supiese leer y escribir chino. Me encantaría pedirle que se sentara, míster Lavette. Hace semanas que me prometieron otra silla, pero aún no ha llegado.

—No te preocupes. No voy a quedarme.

—Por favor. No me deje echarle. Si yo fuese una auténtica dama china, le cedería mi asiento. Pero, como sabe, no lo soy.

—Claro. Oye, May Ling, ¿cuándo terminas tu trabajo?

—A las cinco, cuando cerramos. ¿Por qué?

—Bien..., bueno, no sé cómo decirlo...

—Dígalo, simplemente —respondió ella, con tono suave—. ¿Quiere verme cuando acabe el trabajo?

—Exacto. Tengo el coche afuera. Falta poco más de una hora. Esperaré en mi coche, y luego podríamos ir a dar una vuelta y cenar juntos. Sólo si quieres.

—Lo sé.

—Me refiero a que quiero hablar contigo. Sólo quiero hablar contigo.

—Muy bien, de acuerdo.

—¿No tienes que ir a casa?

—Puedo telefonar a mi madre. Pero no necesita usted estarse esperando una hora. Puede volver a las cinco.

—Estaré afuera. Es un coche amarillo. Lo verás en seguida.

Se marchó presuroso, para que ella no tuviera tiempo de pensárselo o cambiar de idea. Se sentó en el coche, ensayando en su mente lo que le diría y mirando el reloj, mientras los minutos se arrastraban lentamente, sintiéndose cada vez más necio, tratando de comprender lo que estaba haciendo, qué era lo que le impulsaba; porque no había ninguna motivación sexual; aquella muchacha delgada y de busto liso no le había inspirado el más mínimo pensamiento de tipo sexual; y no estaba enamorado de ella. Estaba enamorado de Jean; nunca tenía a Jean, y la deseaba; nada cambiaría eso; no dejaba de decirse a sí mismo que nada cambiaría eso. Y luego, de pronto, allí estaba ella, de pie junto al coche, con su vestido negro y un chal rosa sobre los hombros, inclinado el ovalado rostro, inquisitivos los oscuros ojos. Bajó del coche y le abrió la puerta.

—Estoy realmente excitada, míster Lavette —dijo—. Nunca he subido a un coche.

—No ofrece ningún peligro. No debes tener miedo.

—No lo tengo. Es difícil tener miedo con usted. Es usted una persona muy tranquilizadora.

Le observó con interés mientras hacía girar la manivela y ponía en marcha el motor.

—Iremos por Presidio, si te parece, y allí hay un sitio donde podemos aparcar y disfrutar de una espléndida vista del océano.

—Me encantaría.

Empezó a conducir a través de la ciudad en dirección al océano, buscando en su mente palabras, explicaciones, temas de conversación, mientras May Ling permanecía en silencio a su lado, hasta que, al fin, dijo desesperadamente:

—Estoy tratando de pensar qué debo decirte, y no puedo.

—No tiene que pensar el qué decirme. ¿No podemos charlar, simplemente?

—De acuerdo —murmuró él.

—Bien, entonces pronunciaré una breve conferencia sobre el nacimiento y la historia de la Biblioteca Pública de San Francisco. —Cuando hubo terminado, dijo—: Ya ve, míster Lavette. No somos meros bibliotecarios. Heredamos una tradición.

—¿Quieres hacer el favor de llamarme Dan? —exigió él con brusquedad.

—¿Está enfadado conmigo? —preguntó ella, sorprendida.

—No, no. No estoy enfadado contigo, sino conmigo mismo. May Ling, ¿puedo hablar contigo, puedo hablar realmente contigo? Quiero decir que nunca he hablado con nadie... de lo que siento en mi interior. Nunca he tenido que hacerlo, o, quizás, es que nunca he podido, no lo sé.

—Puedes hablar conmigo, Dan. Puedes decirme todo lo que quieras. Cualquier cosa. Porque nunca podré pagarte lo que te debo.

—Eso es una tontería.

—No lo es.

—¡Maldita sea, May Ling, no quiero que me estés agradecida!

—¿Qué es lo que quieres entonces, Dan?

—No lo sé —respondió, con aire desdichado—. Estoy casado. Creo que amo a mi mujer. Ella no está aquí.

—No entiendo.

Dan condujo en silencio durante un rato, hasta que luego murmuró:

—Nunca me he lamentado de nada en mi vida.

—No te estás lamentando, Dan.

—No he mirado a otra mujer desde que me casé.

—Dan, ¿quieres escucharme?

Él la miró.

—¿Quieres escucharme? Yo creo que eres el mejor hombre que he conocido jamás. Tengo mis propias razones para creerlo. He accedido ahora a pasar esta velada contigo. No quiero que te excuses ni quiero tampoco que te creas en la obligación de explicarme nada. Quiero que intentes sentir lo que sentías cuando viniste a cenar a nuestra casa. Así que no más explicaciones, porque soy muy feliz. Estoy pasando la tarde con un hombre al que aprecio y venero. Bueno, ¿has leído alguna vez *Disertación sobre el cerdo asado*, de Charles Lamb?

—Yo nunca leo nada, May Ling. Soy un completo ignorante.

—¿Sí? Bueno, yo me lo sé de memoria y te lo repetiré mientras conduces, aunque un poco abreviado, y comprenderás por qué los chinos son tan excelentes cocineros.

Llegaron a las alturas de Sutro cuando comenzaba a ponerse el sol y permanecieron allí, contemplando cómo el disco rojo se hundía en un mar dorado, mientras las colinas se recortaban negras y solitarias a lo lejos.

—Me ha gustado esa historia —manifestó él.

—Gracias, Dan.

Cuando aumentó la oscuridad, la joven dijo:

—La serenidad de un hombre sabio no es simple quietud, no está hecha por él, pero es tan recia como lo es él mismo.

—Eso... eso es muy hermoso —alabó Dan—. No estoy seguro de comprenderlo.

—Tampoco yo. No es mío. Fue escrito por un filósofo chino llamado Chuang Tzu. Está traducido por mí, o sea que no estoy muy segura de que esté bien.

—¿Tienes hambre?

—De filosofía china —suspiró—. No, no mucha.

—¿Te gusta la cocina italiana? Podemos ir a «Lazzio's».

—Donde te verán tus amigos.

—No estamos haciendo nada malo.

—Y, cuando tu mujer te pregunte qué hacías cenando con una extraña muchacha china, ¿le dirás que estabas encargando el lavado de tu ropa?

Era la primera vez que ella decía algo que le desconcertaba, y replicó con indignación:

—Yo nunca diría nada parecido. De todos modos, eres muy bella.

—No debo bromear. Dan, ya que hemos venido aquí, cenemos en la «Cliff House».

—No tiene clase. La tenía el antiguo restaurante, pero el de ahora no.

—No importa. No nos verá nadie. No quiero crearte complicaciones.

Eso fue el principio. La vio tres veces más durante las dos semanas siguientes, reuniéndose siempre con ella a la salida de la biblioteca. Ignoraba qué les decía ella a sus padres, y tampoco se lo preguntó, y el comportamiento de Feng Wo hacia él no cambió en absoluto. Esperaba un cambio, lo buscaba, pero no se produjo ninguno. Sus relaciones continuaban siendo idénticas. Cuando la besaba, lo hacía en la mejilla, levemente, y no había ningún otro contacto físico. Sólo sabía que cuando estaba con ella desaparecían la agitación y la furiosa insatisfacción que sentía en su interior. Se daba cuenta de que poseía una perceptividad y una inteligencia muy superiores a las suyas, pero ella nunca adoptaba aires protectores. Hablaba de libros y de Filosofía e Historia, y él escuchaba siempre con un sentimiento de admiración que se estaba convirtiendo en una especie de adoración, frecuentemente sin comprender, pero pendiente de sus palabras. Ella empezó a darle libros para leer, *La llamada de la selva*, de Jack London, y *Huckleberry Finn*, de Mark Twain. No se le ocurrió que ella elegía libros sencillos, de lectura fácil, y los leía hasta altas horas de la noche, no porque disfrutara leyendo, sino porque sentía una desesperada necesidad de hablar de algo que no se refiriese siempre a los barcos o al proceso de ganar dinero. Sin embargo, acabó encontrando que disfrutaba con los relatos.

Jean no formuló ninguna observación con respecto a sus ausencias en

determinadas noches. Al parecer, aceptaba el hecho de que trabajaba muchas horas, y a él le daba la impresión de que se sentía aliviada por su ausencia. Jean iba introduciéndose progresivamente en el círculo de artistas y escritores de Russian Hill. Dio una gran fiesta —la primera realmente gran fiesta en la nueva casa— en honor de Willis Polk y Bernard Maybeck, los dos brillantes arquitectos que estaban trabajando en la Exposición Internacional Panamá-Pacífico, cuya inauguración se hallaba prevista para el año siguiente. Era una invitación que nadie podía rechazar, y James Rolph Jr., el alcalde, profundamente introducido desde hacía tiempo en cuestiones navieras y de navegación, fue, al parecer, el único que advirtió la ausencia de Dan y que preguntó por él, diciendo a Jean: «Estoy realmente decepcionado. Tenía ganas de sostener una charla con ese joven magnate». Pero había suficientes figuras aquella noche, y nadie más preguntó por Dan. Jean sentía un cierto alivio ante el hecho de que Dan se encontrara en otra parte; nunca podía estar segura de qué diría ni a quién heriría en sus sentimientos; y sus nuevos amigos estaban acostumbrados a sus ausencias.

Resultó ser una noche muy especial para los dos Lavette. Una tarde, una semana antes de la fiesta, Dan dijo a May Ling, bruscamente, como hacía siempre que abordaba cualquier tema:

—Ya sabes que me gustas. Te has convertido en una parte muy importante de mi vida.

—Pero todavía amas a Jean.

—No quiero hacer el amor con Jean, si es a eso a lo que te refieres. Ocurrió estando contigo. Quiero hacer el amor contigo.

Se hallaban sentados en un pequeño restaurante italiano de Jones Street, cerca del muelle. «Gino's» era propiedad de Gino Laurenti, que había sido amigo del padre de Dan. Era un local minúsculo, frecuentado por los pescadores italianos, un lugar en el que podían permanecer cómodamente inadvertidos y al que habían ido muchas veces.

May Ling le miró con gesto pensativo, sin responder, y él preguntó:

—¿Me comprendes?

—Eres un hombre extraño, Danny. Nunca me has besado en los labios.

—Eso no significa que no desee hacerlo.

—No entiendo.

—¿Qué sientes hacia mí?

—¿No lo sabes? —preguntó ella, asombrada.

—No.

—Eres el hombre más extraño del mundo. Sabes que si me subieras a ese automóvil amarillo tuyo y me informaras que íbamos a cruzar en él el océano hasta Hawai, iría. De verdad que iría.

—Eso es absurdo.

—¿Qué quieres que te diga, Dan? Te amo. Te he amado desde el momento en que entraste en nuestro apartamento y te quedaste allí, un poco asustado, creo, en aquel fantasmal lugar de Chinatown, y tan desconcertado, como un niño grande...

—¿Por qué? ¿Porque ayudé a tu padre? ¿Porque le contraté?

—¡Oh, eres un estúpido a veces! —exclamó ella, en la primera demostración de ira que él le veía—. ¡No! No porque ayudases a mi padre. Porque eres tú.

Dan no respondió y clavó la vista en el plato.

—¿Danny?

Levantó los ojos hacia ella, todavía callado.

—¿No crees que cualquiera podría amarte?

—No tengo éxito con las mujeres —murmuró.

—Gracias a Dios.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy bromeando. Sé que prometí no hacerlo, así que debes perdonarme. Terminemos la cena.

—Yo no tengo hambre.

—Yo tampoco. Vayamos a algún otro sitio.

—¿Adónde?

—A donde tú digas.

Subieron al coche, y Dan condujo hasta una pequeña posada de Broadmoor. En la recepción, dio los nombres de mister y mistress Richard Jones, y, como no llevaban equipaje, el empleado de noche exigió por adelantado el pago de la habitación.

Dan se sentía vulgar y estúpido y así se lo dijo a May Ling, pero ésta se limitó a mover la cabeza y sonreír, y le dijo que aquello no suponía ninguna diferencia. Dan cerró con llave la puerta de la habitación, y se sentaron en el borde de la cama, mirándose uno a otro.

—¿Sabes una cosa, Danny? —dijo ella—. Nunca he estado con un hombre, de modo que esto va a ser mucho más difícil para ti que para mí. Pero también va a ser hermoso. Lo sé porque te conozco. Todavía no me has besado de verdad. ¿No crees que deberías hacerlo?

Él la tomó entre sus brazos y la besó; luego, se tendieron en la cama y volvió a besarla, una y otra vez, y ella entreabrió los labios, recibéndole. Dan permaneció tendido mirándola, tocándole la cara, los brazos, los menudos senos.

—Desnudémonos, Danny —susurró ella.

Tardó sólo unos instantes en quitarse el vestido y la ropa interior, y, mientras él forcejeaba con sus ropas, ella retiró la colcha y abrió la cama. Luego, se soltó el pelo, que le cayó hasta la cintura en un gran torrente negro. Dan no podía apartar los ojos de ella. Su figura era esbelta y firme, su vientre casi liso, sus senos pequeños y rotundos y en ellos los pezones semejaban capullos de rosa en nidos de frío marfil.

Así desnuda, sin los informes vestidos que siempre llevaba, le parecía a Dan la criatura más hermosa que jamás había visto, no como una mujer más, como lo era la suya, sino algo procedente de otro mundo y de otro tiempo y otro lugar..., una persona casi irreal.

Se acercó y se detuvo ante él, diminuta ante su gran masa muscular, y él la rodeó con sus brazos, apretándola contra sí. Luego, la levantó en vilo y la llevó hasta la cama.

—¡Dios, Dios! —exclamó—. ¿Cuánto pesas?

—Cuarenta y siete kilos. Es bastante, ¿no?

—Yo peso noventa.

—Eres un verdadero hombre.

Se tendió junto a ella y la rodeó con sus brazos, y ella se apretó contra él, sonriendo de gozo.

—¿No te importa que esté casado?

—No, pero no quiero que hables de ello. Sólo quiero que me hagas el amor.

Eran las dos de la mañana cuando cerraron la puerta tras ellos y bajaron la escalera. Dan echó la llave sobre el mostrador y dijo al empleado:

—Hemos decidido no quedarnos, amigo.

May Ling se acurrucó contra él mientras regresaban en el coche a la ciudad. Guardaron silencio un rato, relajados, satisfechos, comunicados; después, May Ling le preguntó:

—¿Sigues creyendo que no tienes éxito con las mujeres?

—Quizá.

—Has tenido un éxito terrible conmigo, y no soy más que una virgencita flacucha. Quiero decir que era virgen. Ahora, no. Tú me has desflorado, Dan Lavette.

—Eres la muchacha más endiablada del mundo.

—¿Por qué?

—Por las cosas que dices. Además, no eres flacucha. Eres como eres, y está bien.

—Gracias.

—¿No tenías miedo? —preguntó Dan.

—¿Debía haberlo tenido?

—Eso es lo que dicen.

—Lo he tenido un momento.

—¿Cuándo?

—Al entrar en el hotel. Temía que el empleado dijese que no admitían chinos. — Le acarició la mejilla—. Si lo hubiese dicho, ¿qué habrías hecho, Dan?

—Habría matado al muy cerdo.

—Sigues siendo un camorrista, ¿verdad?

Reflexionó unos instantes antes de responder.

—No, estoy aprendiendo. Leo libros. No digo que no sea mucho ya, y estoy aprendiendo a hacer el amor.

Con toda sencillez, Sarah Levy adoptó a Clair Harvey. Sucedió sin haberlo planeado ni concertado previamente. Dan y Mark tenían plena confianza en Jack Harvey, que había estado con ellos desde que compraron el *Oregon Queen*; tenía sus papeles de capitán; era buen marinero y absolutamente leal; y cuando finalmente el *Oceanic*, el primero de la nueva flota de barcos que Lavette y Levy habían adquirido, se hizo a la mar bajo el pabellón de la sociedad, Harvey se hallaba a su mando. Había solamente un problema, qué hacer con Clair, y Sarah lo resolvió preguntando a la muchacha si le gustaría quedarse con ellos en Sausalito. El buque había emprendido una travesía que con el tiempo le haría dar la vuelta al mundo, y pasarían meses antes de que su padre regresara. Su extraña existencia de infancia a bordo de los barcos de cabotaje había tocado a su fin; no podía vivir sola; y, aparte de su padre, no tenía ningún pariente en el mundo. No obstante, era sorprendentemente independiente y capaz, y sólo tenía quince años. Harvey expuso el problema a Sarah, quien replicó con indignación que nunca había puesto en cuestión el asunto. Sin embargo, era necesario el consentimiento de Clair, y Jack Harvey había esbozado vagamente la alternativa de mandarla interna a un colegio.

Clair había permanecido durante tres semanas en casa de los Levy después de la escapada de su padre, y luego, había vuelto con él a su apartamento de San Francisco cuando empezó el curso escolar. Un sábado, Sarah tomó el transbordador hasta la ciudad, y ella y Clair, muy distinguidas y señoriales, almorzaron en el «Fairmont». Sarah se veía a sí misma en aquella muchacha pelirroja, patilarga y pecosa..., la misma fiera independencia, la misma clase de calma y seguridad, al tiempo que experimentaba una gran piedad por alguien tan totalmente solo en el mundo. Poco a poco, fue arrancando la historia de la vida de Clair, las destartaladas casas de huéspedes entre los viajes a bordo de las goletas madereras, los intermitentes períodos de escuela, las largas esperas durante la noche a que regresara su padre. Finalmente, hizo su propuesta:

—Mark y yo hemos decidido pedirte que vengas a vivir con nosotros. ¿Sabes, querida? La vida de tu padre va a ser muy diferente ahora. Estará fuera varios meses seguidos.

—Lo sé —respondió ella—. Pero puedo cuidar de mí misma, Sarah. Créeme, siempre lo he hecho.

—Estoy segura de que puedes. Pero tu padre está muy preocupado.

—¿Jack preocupado? —Se echó a reír—. Nunca se ha preocupado por mí antes. Encontró una escuela femenina a la que quiere que vaya. De preocupación, nada.

—¿No te gusta nuestra casa de Sausalito?

—¿Gustarme? Es como el cielo. Y Jake es estupendo. Me encanta Jake. Pero no puedo instalarme allí por las buenas. No puedo. Simplemente, no puedo.

Una hora después, Clair accedió. Sarah alargó el brazo por encima de la mesa para cogerle la mano, y Clair exclamó:

—¡Dios mío, estás llorando! No llores, por favor. No supondré ninguna molestia. Seré una ayuda para ti.

Marcy Callan convenció a Jean para que formase parte del comité femenino de la Exposición. Su admisión en ese selecto grupo no constituía ningún problema, ya que, como dijo Marcy, no había que pensar en el comité sin que en éste se hallara integrado una Seldon. Aunque no era miembro del comité —por razones evidentes—, Manya Vladavich se hallaba con frecuencia presente en sus reuniones. Sus opiniones nunca eran titubeantes, y, si bien algunas de las mujeres se sentían molestas por su ostentosa extravagancia, por aquella época aún subsistía en San Francisco un suficiente culto a todo lo que oliese a París como para que la tolerasen. Ello daba también a Manya la oportunidad de estar junto a Jean, y, aunque ésta experimentaba todavía una curiosa excitación al solo contacto de la mano de Manya, no volvió a invitar a ésta a su casa de Russian Hill, ni sucumbió tampoco a las súplicas de Manya de que pasaran juntas una velada.

A pesar de todo, se encontró a sí misma incluyendo a Manya en los almuerzos «de trabajo» que ella y Marcy y otros miembros del comité celebraban regularmente. Manya hablaba francamente y sin rodeos; tenía opiniones y se sentía segura de ellas; las otras también tenían opiniones, pero no convicción.

En uno de estos almuerzos, en el «Palace Hotel», Manya disertó sobre el tema de la Torre de las Joyas, que describió como una «obscenidad». La Torre de las Joyas, todavía en construcción por entonces, iba a ser el símbolo central de la exposición de 1915. La exposición misma tenía como tema «La Ciudad de las Cúpulas», proyectando una ciudad soñada que representaría a todas las naciones, o a muchas, al menos. La Torre de las Joyas constituía un intento de enraizar la exposición en la cultura de México y, de modo un tanto vago, estaba diseñada como una torre azteca que tendría ciento treinta y dos metros de altura una vez terminada.

Jean se sentía inclinada a coincidir con la definición dada por Manya de la Torre. Los dibujos del arquitecto, ampliamente difundidos por los periódicos, le recordaban la imaginativa representación de un artista de los Jardines Colgantes de Babilonia que había visto hacía años en *El Libro del Conocimiento*, aunque no le parecía probable que Babilonia y el antiguo México tuviesen mucho en común. La enorme Torre arrancaba desde el suelo como una especie de Arco de Triunfo, con un ala del «Louvre» profusamente decorada e instalada a ambos lados del arco, y luego, en la cúspide de éste una serie de columnatas, con todo el aspecto de una gigantesca tarta

nupcial adornada con esculturas neoclásicas y feroces animales alados.

—¡Es horrible, y debemos destruirla! —anunció Manya.

Marcy Callan, admiradora ya de Manya, asintió vehementemente con la cabeza. Las otras dos mujeres miraron a Jean.

—Está medio construida —declaró Jean—. ¿Cómo propones destruirla?

—Con un manifiesto. Con la publicidad —declaró Manya.

—Eso es absurdo —replicó Jean.

Era la primera vez que rechazaba directamente una opinión de Manya.

—Tal vez a ti te parezca bella, querida Jean —dijo cáusticamente Manya.

—No creo que sea bella, pero no está mal.

—De modo que ahora eres experta en arquitectura. Has visto mucha por el mundo, ¿verdad?

—¡No seas idiota, Manya! —saltó Jean—. Nos es absolutamente imposible impedir la construcción de la Torre de las Joyas. Pero, aunque pudiéramos, yo me opondría. ¿Sabes todo lo que hemos pasado para esta exposición? Después de volcar millones en su preparación, tenía que empezar en Europa esa desdichada guerra. Bueno, gracias a Dios, los países europeos están ahora deseosos de enviarnos sus tesoros. Al menos, no saltarán por los aires.

Dorothy MacLane, que era presidenta del «Garden Club» y, por tanto, su representante en el Comité Femenino, dijo que, después de todo, eran los jardines y no la Torre lo que definía a la exposición, treinta mil cipreses, abetos y acacias, cuarenta y siete mil rododendros, cinerarias y azaleas... «y crisantemos..., bueno, innumerables. Y, cuando una piensa que habrá ciento treinta y cinco mil joyas colgando de la Torre...».

—¡Bravo! —interrumpió Manya—. ¿Contaréis también las margaritas?

—Quizá.

—Eres una estúpida.

—¡Y tú, una zorra, Manya! —le apostrofó Jean, ante lo cual Manya se levantó y salió a grandes zancadas del comedor.

Hubo un largo momento de silencio. Luego, Marcy Callan suspiró y dijo:

—Tiene razón sobre la Torre.

—Y yo tengo razón en lo de que es una zorra —replicó Jean.

A partir de entonces, Manya permaneció ausente de las reuniones del comité, y Jean se sintió aliviada. Experimentaba también la alentadora sensación de haber contribuido de alguna manera al éxito de la Exposición Internacional Panamá-Pacífico. Debido, en parte, a la intervención de Dorothy MacLane, fue nombrada miembro de la comisión ejecutiva, y durante todo el año siguiente la exposición se convirtió en el eje de su vida. Aunque esto le alejó todavía más de Dan, creó también en ella la sensación de formar una parte esencial de la vida artística de la ciudad.

Experimentaba un sentimiento de posesión hacia la Torre de las Joyas —abrazando mentalmente su magnificencia—, y, cuando la exposición fue clausurada, después de diez meses y diecinueve millones de visitantes, se sintió invadida de una especie de vacío que lindaba con la desesperación.

Unas semanas después, con apenas una incoherente declaración de que se estaba asfixiando y que moriría a menos que pudiese respirar libremente, dejó a Dan con la casa y los sirvientes y los niños y se fue a ver a su tía Asquith, en Boston. Tardó cinco semanas en regresar; pero su estado de ánimo había cambiado para entonces, y, cuando Dan salió a recibirle al tren, le abrazó y le alabó por su paciencia y su tolerancia.

El 23 de marzo de 1917, el carguero *Oceanic* fue torpedeado a catorce millas al sudeste de Southampton, Inglaterra. Transportaba un cargamento de víveres y municiones. El torpedo desencadenó una reacción en cadena de explosiones, y a los pocos minutos del ataque el barco se iba a pique con toda su tripulación. No hubo supervivientes. Por otra parte, la pérdida del barco no produjo ni el más mínimo estremecimiento financiero en la estructura social de «Levy & Lavette», situación del comercio internacional que requiere explicación. Durante más de tres años, las tarifas de transporte habían ido adquiriendo precios astronómicos. Para marzo de 1917, la tarifa global del algodón había aumentado en un tres mil por ciento. La del transporte de trigo desde un puerto oriental se había multiplicado por treinta y cinco, o, lo que es lo mismo, se había elevado en un tres mil quinientos por ciento, y desde San Francisco el aumento era mayor aún. Dan y Mark habían comprado por trescientos cincuenta mil dólares el *Oceanic*, de seis mil toneladas. Dos barcos más, de un desplazamiento ligeramente inferior a las cinco mil toneladas, fueron adquiridos, en 1916, al precio de setecientos mil dólares cada uno, y tres más en 1917, a razón de ochocientos cincuenta mil dólares buque. Las tarifas de transporte de municiones eran superiores al coste real de las municiones, y el dinero corría con la misma demencial insensatez que el río de sangre que se derramaba sobre el frente occidental. Ningún beligerante se detenía a discutir el importe de los fletes, del mismo modo que ningún beligerante se paraba a contar o a preocuparse por el número de muertos. Y en la ensangrentada línea de trincheras que se extendía desde el mar del Norte hasta los Alpes, matanza y estancamiento se entremezclaban en una enloquecida destrucción en masa que, a los ojos de algunos, prometía continuar indefinidamente.

Dan y Mark recibieron la noticia del hundimiento del *Oceanic* en la tarde del 24 de marzo, en sus oficinas, por medio de un cable enviado por su agente en Londres. Un destructor británico había presenciado el ataque del submarino y había lanzado cargas de profundidad, y el cable indicaba que, muy posiblemente, el submarino había sido hundido. Al mismo tiempo, el destructor, que permaneció durante varias

horas en las proximidades, no había podido encontrar supervivientes.

Mark estaba leyendo el cable cuando Dan volvió de almorzar. Se encontraba sentado en un despacho de paredes forradas con chapas de madera de roble, parte de la serie de habitaciones construidas el año anterior en su remozado almacén. El suelo estaba cubierto con una alfombra oriental de tres mil dólares, había una amplia ventana que daba sobre la bahía y una gran variedad de muebles de época. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas del *Oregon Queen*, del *Oceanic* y otros barcos. El escritorio de Mark era una gran mesa antigua de refectorio, y él se hallaba sentado tras ella, encorvado, con el rostro contorsionado por el sufrimiento y aire de tener muchos más que sus treinta y siete años, un hombre menudo y fatigado. Le tendió el cable a Dan, en silencio.

Dan lo leyó y permaneció inmóvil, moviendo la cabeza.

—Jack ha muerto —dijo—. Parece imposible.

—Toda la tripulación... Jack y toda la tripulación.

—Supongo que tenía que llegar, pero ¿por qué diablos tenía que ser él?

—Danny, ¿adónde nos está llevando esto? Es sólo el principio.

—Adonde habíamos decidido ir, supongo.

—¿Para qué? Tenemos más dinero del que nadie necesita.

—Entraremos en guerra cualquier día. Tú lo sabes.

—Entonces, todo dólar estará empapado de sangre americana. ¿Es eso?

—¿Hemos hecho nosotros esto? —le preguntó Dan—. Mark, ¿hemos hecho nosotros esta apestosa guerra? Podemos venderle nuestros barcos a Whittier mañana mismo. ¿Y qué? Eso no nos hace virtuosos. ¿Puedes enseñarme un dólar en cualquier lugar de este país que no huela a sangre? No hemos matado nosotros a Jack Harvey. Le han matado los hunos, y por Dios que si el transporte marítimo va a ganar esta guerra, yo les haré pagar a esos bastardos.

—Bastardos, hunos..., vamos, Danny. Muy bien, estamos metidos en esto hasta el cuello, y no sé qué está bien y qué está mal. Y ahora tengo que ir a Sausalito para decirle a la chica que su padre ha muerto. ¿Cómo infiernos se hace eso?

Unos seis meses después de haber hecho el amor por primera vez con May Ling en la posada de Broadmoor, Dan adquirió una pequeña casa victoriana en Willow Street, a poca distancia a pie de la biblioteca pública. Pagó cuarenta y dos mil dólares por ella, gastando luego otros tres mil en renovaciones, para devolverla a su estado primitivo, conservando las ventanas de vidrios emplomados, pero sin decorarla. Ahora, después de haberse marchado Mark a Sausalito, Dan se dirigió a Willow Street, dejando volar sus pensamientos al primer día en que llevó allí a May Ling. Le había dicho que tenía una sorpresa para ella. Había dejado aparcado el coche y, tras recogerla en la biblioteca, habían ido andando hasta la casa. Habían hablado con

frecuencia sobre casas victorianas, y él sabía que le encantaban su estilo y su carácter. Abrió la puerta y la hizo pasar al interior del vacío edificio, tan limpio y reluciente, atajando sus preguntas, llevándola de habitación en habitación y por las escaleras, bañadas en el rojodorado fulgor que emanaba de los cristales emplomados de las ventanas, hasta el dormitorio principal, en el que se abría un mirador sobre un patio repleto de verdor.

Finalmente, la dejó hablar.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—¡Oh, Danny, es una casa maravillosa! ¿De quién es?

—Tuya.

—¡Oh, no me gastes bromas! Eso es prerrogativa mía.

—No te estoy gastando ninguna broma. Es tuya. La he comprado para ti. Es un regalo. Una casa de tu propiedad. Porque no podemos seguir sin que tengas una casa propia y, si crees que alguna vez voy a apartarme de ti, estás loca.

Transcurrió otra semana antes de que Dan le persuadiera para que aceptara la casa y le dejase pagar los gastos de decoración y mobiliario. Nunca supo cómo se las arregló con sus padres, del mismo modo que tampoco sabía si Feng Wo estaba al corriente del asunto. Ésta era una parte de su vida que May Ling no discutía con él. «Es una cosa que debo hacer —decía siempre que él suscitaba el tema—, y debo hacerlo a mi manera y sin destruir lo que existe entre tú y mi padre. Así que confía en mí».

Y, ahora, acudía a ella con todas sus culpas y confusiones. Entró en la casa abriendo con su propia llave —ya que ella no había vuelto aún del trabajo— y luego se dejó caer en una silla del salón, que era el único lugar donde se sentía seguro y contento. Allí sentado, sus pensamientos tornaron a Jack Harvey, y le imaginó en el puente del *Oceanic* cuando el torpedo dio en el blanco. Debió de haberle alcanzado en la bodega en que estaban almacenados los obuses de tres pulgadas, pues el *Oceanic* había descargado y cargado de nuevo en Newark, emprendiendo el regreso a través del Atlántico, y el barco debió de haberse convertido en un auténtico infierno al saltar en pedazos. El sonido de la puerta al abrirse le arrancó de su ensoñación, y allí estaba May Ling, con los brazos llenos de bolsas de comestibles.

Le sonrió alegremente, mientras él le cogía las bolsas y la precedía a la cocina.

—No te esperaba, Danny. ¡Qué sorpresa tan agradable! Te quedarás a cenar, ¿verdad?

—No, no puedo. Ojalá pudiera, pero me es imposible. Tengo que ir a Sausalito esta noche.

—Pero ¿por qué?

—Hemos perdido el *Oceanic*. Se ha hundido frente a Southampton con toda la tripulación. Jack Harvey ha muerto..., todos los hombres han muerto.

—¡Oh, no! ¡Qué terrible!

—Yo lo esperaba. ¡Cristo, hemos tenido suerte! Hammond ha perdido tres barcos. Whittier, dos. Éste es el primero, y tenía que ser el *Oceanic*. ¿Por qué así? Otros barcos se hunden y los tripulantes se salvan. ¿Por qué tenía que ser el nuestro una carnicería? Según Mark, somos unos asesinos.

—¡Oh, no! No ha dicho eso, estoy segura.

—Bueno, así es como me hizo sentirme. ¡Dios Todopoderoso, May Ling, sé lo que está pasando! Soy un apestoso millonario salido de esta guerra. Tomamos un cargamento de leche en polvo para que los niños de Inglaterra y Francia no mueran, y el precio de la leche es de cinco centavos la libra, y el flete cuesta veinte centavos la libra, y lo demencial es que Mark y yo quedamos cogidos en la trampa, nosotros no fijamos las tarifas, y el Gobierno paga el flete y lo imputa como préstamo a los Aliados, y éstos pagan el seguro, y yo me hago rico, y todo piojoso bastardo que está haciendo lo mismo, cogiendo los obuses, o el petróleo o lo que sea y transportándolo se está volviendo más rico que Dios, algún Dios lunático que dirige esa carnicería de Europa..., y yo también, yo también, y al salir del despacho me he visto de pronto parándome para echar un vistazo a nuestra gráfica de beneficios... ¡Maldita sea, el *Oceanic* se hunde y Jack está muerto! ¡Y yo miro la gráfica de beneficios!

—Danny —dijo ella suavemente, cogiéndole de la mano—, ven conmigo, Danny. Le llevó al salón.

—Siéntate aquí. Te prepararé algo de beber y hablaremos.

Se sentó en el único y cómodo sillón de cuero entre las victorianas piezas de crin negra con que ella había amueblado el salón. Estaba bebiendo un whisky con soda, y May Ling se encontraba ante él.

—Danny —dijo—, vamos a hablar de esto. Nunca lo hemos hecho.

—Creía que hablábamos de todo.

—De esto, no, Danny. ¿Sabes? Unos se enriquecen con la guerra, otros se empobrecen y otros mueren. Eso no es nuevo. Es tan viejo como la guerra, y tú te has hecho más rico a causa de ella. Habrías sido rico de todos modos, porque creo que lo deseabas mucho, y no estoy formulando ningún juicio moral. Yo he tomado todas las cosas que me has dado, así que no tengo derecho a formular juicios morales. Pero tú te encuentras atrapado ahora en un juicio moral, ¿verdad?

—No lo sé —respondió él, con turbación—. Quizás estoy sólo gimoteando.

—Quizá. Vamos a intentar ser veraces uno con otro. ¿Eres realmente millonario? Nunca te lo había preguntado.

—Supongo que, si liquidásemos el negocio, sí. Si vendiera las existencias y todos los bienes que tengo, tal vez me supusiera un par de millones. Pero no es posible hacerlo.

—¿Por qué?

—Bueno, está Mark...

—Tú eres más fuerte que Mark. Siempre lo has sido. Y, por lo que dices acerca de sus sentimientos, secundaría tus iniciativas.

—¿Y qué haría yo, May Ling?

—Danny, aún no has cumplido los treinta años. Yo tengo veintiuno. Ambos tenemos toda la vida por delante.

—No comprendes, querida. Yo no tengo ninguna vida aparte de los barcos.

—Nosotros, tú y yo..., nosotros somos una vida aparte de los barcos.

—No, me refiero a otra cosa. A los cinco años, salí con mi padre en su lancha de pesca. Tienes que comprender, May Ling... escucha. Esto va a ser una sorpresa. He comprado un cúter, una cosa preciosa, treinta y dos pies..., para ti y para mí. Lo están trasladando a San Mateo.

—Danny, ¿dónde estás? —exclamó ella ásperamente—. El hecho de que hayas comprado una embarcación no tiene nada que ver con esto. Estoy hablando de ti y de mí y de la muerte de Jack Harvey y de la guerra de Europa, y del hecho de que cualquier día de éstos nos veremos metidos también en esa guerra.

—¡Oh, Cristo —dijo él—, es todo tan complicado...!

—No, no lo es.

—Yo estoy casado. Siempre lo olvidamos.

—Nunca lo olvido.

—Y quieres que me desentienda de todo.

—No. Sólo de lo que te lastima.

—¿Y qué hay de Jean?

—Dímelo tú, Danny. ¿Qué hay de Jean? ¿Cuándo hiciste el amor con Jean por última vez, si es que alguna vez lo hiciste?

Él permaneció en silencio, mirándola sombríamente.

—Dios me perdone por lo que voy a decir, Danny, pero es la verdad. ¿Sabes por qué no te divorcias de Jean? No es porque tendrías que darle todo, o la mitad de todo, o el precio que fuera, no, sino por la misma razón por la que no puedes contemplar una vida conmigo, en lugar de con esos barcos tuyos..., porque llevas en la sangre la enfermedad de San Francisco y no puedes imaginarte casado con una china.

—¡No, maldita sea, no! —gritó él—. ¡Eso no es cierto! ¡Te quiero! ¿Es que no comprendes cuánto te quiero?

—Sé que me quieres, Danny. Y yo también te quiero, mucho, mucho, y no sé por qué digo todo esto, a menos que sea porque estoy embarazada.

—¡Qué!

Ella movió afirmativamente la cabeza, esforzándose por sonreír y dando luego rienda suelta a las lágrimas. Dan se arrodilló ante ella, con la cabeza sobre su regazo, abrazándola; y ella entonces empezó a reírse convulsivamente por entre sus lágrimas

al ver su corpachón en aquella ridícula postura. Le acarició el negro y rizado cabello, diciéndole que todo iría bien.

—Lo conseguiremos, Danny; de alguna manera, lo conseguiremos.

Cuando Mark llegó aquella tarde a su casa de Sausalito y le salió al encuentro su hijo Jacob, le contó lo relativo al hundimiento del *Oceanic* y, antes de ver a nadie más, le preguntó dónde estaba Clair y cómo pensaba que debían comunicarle la noticia.

—Está en su habitación. Pero déjame que se lo diga yo, papá.

—Pensaba que debía hacerlo tu madre.

—No, no, debo hacerlo yo. ¿Sabes lo de Clair y yo?

—¿Qué hay que saber?

—Nos queremos. Algún día nos casaremos.

—¿Así, simplemente? —preguntó Mark.

—No sé qué quieres decir con «así, simplemente».

—¿Cuándo sucedió?

—No sucedió. Ha existido todo el tiempo, desde el primer día que la trajiste aquí.

—Está bien. Ve a decírselo. Más adelante hablaremos del otro asunto.

—No hay nada de que hablar —replicó Jacob.

Mark entró en la cocina, donde Sarah y Martha —que tenía ya casi trece años— se hallaban sentadas a la mesa, disponiéndose a cenar. La cocina era una amplia estancia, con suelo de rojas baldosas mexicanas y paredes de azulejos azules, todo ello traído por mar desde Guadalajara. Era su habitación favorita de la casa, llena de luz y color. Sarah levantó los ojos, vio la cara de su marido y le preguntó qué había ocurrido.

—Hemos recibido un cable —dijo—. El *Oceanic* ha sido torpedeado y hundido. No hay supervivientes.

—¿Quieres decir que Jack ha muerto?

—Jack..., toda la tripulación.

Martha, que escuchaba con los ojos desmesuradamente abiertos, rompió a llorar de pronto. Sarah se acercó a ella y la abrazó.

—¿Lo sabe Clair?

—Jake quería decírselo.

—Sí —apretó contra sí a Martha con más fuerza—. ¿Ninguna esperanza?

—El hecho fue presenciado por un destructor británico que registró luego toda la zona. Ven afuera un momento.

Salieron por la puerta de la cocina a la larga galería porticada que corría en torno a la casa. Por el otro extremo, Jacob y Clair salieron de la casa y se alejaron por el jardín. Él le rodeaba la cintura con el brazo. Ella era una chica alta, casi tan alta como

él.

—¡Pobre niña! —se lamentó.

—¿Sabías que él y Clair creen estar enamorados uno de otro?

—No es que lo crean, lo están —replicó Sarah, mientras le corrían las lágrimas por las mejillas.

Mark le dio su pañuelo.

—¿Quieres decir que lo sabías?

—Claro que lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no abres los ojos? Eres tan malo como Dan con esos cochinos barcos. —Pugnó por contener las lágrimas—. Si estuvieses aquí algunas veces...

—Estoy aquí.

—¡Oh, sí, sí! —Tragó saliva e hizo una profunda inspiración—. ¿Recuerdas cuando trajiste a Jack aquí, cuando estaba tan borracho?

—¿Sí?

—Estuvo aquí tres semanas. Solíamos sentarnos en la cocina a hablar... hablábamos durante horas. Creo que era el hombre más solitario y triste que he conocido jamás. Le dije que buscara una buena mujer y se casara con ella, y él me respondió que, para un marinero, casarse no era más que una estupidez y ganas de crearse complicaciones y que, de todos modos, la única mujer que podía imaginarse deseando era yo...

—¿Dijo eso?

—¿Por qué no? No soy una vieja arpía. —Ahora estaba sollozando.

—Eres hermosa.

—¿Cómo lo sabes? Nunca me miras. —Volvió a enjugarse los ojos—. Y un día intentó hacerme el amor. Se me destroza el corazón al pensar en ello. Era como un niño.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mark.

—¡No ocurrió nada, idiota! Pero ojalá hubiera ocurrido algo..., ¡sí, ojalá!

Y, tras decir esto, se precipitó al interior de la casa, dejándole confuso y desconcertado.

Clair y Jacob se sentaron en el suelo bajo un viejo y retorcido eucalipto, un lugar desde el que se divisaba una amplia vista de la destellante bahía. Él la cogió de la mano, y durante casi media hora permanecieron allí sentados en silencio. Finalmente, Clair dijo:

—Lloraré más tarde. Tengo que estar sola para llorar.

—Comprendo.

—De todos modos, Jake, siempre supe que sucedería así. Cada vez que zarpaba en una de aquellas pequeñas goletas. Solían perder una de cada seis. Se estrellaban contra las rocas. Yo no era más que una niña, y no podía comprender por qué tenían los hombres que arriesgar su vida por una piojosa carga de madera, y siempre estaba segura de que él había muerto y que me encontraba sola en el mundo, y tenía miedo, mucho miedo. Pero luego debí de comprender que tenía que abandonar mi miedo y que lograría sobrevivir, aunque él no regresara. Sólo que no puedo hacerme a la idea de que esté muerto. Es sólo que no va a volver..., desde el otro extremo del mundo. Está muy lejos.

—Ya no tienes que tener miedo nunca más.

—Era como un niño grande, Jake. No era como tu padre. No quiero decir que Mark no sea estupendo. Lo es. Pero Jack era siempre como un niño. Solía llevarme a ferias y parques de atracciones, y comía conmigo las bolas de algodón dulce y se atiborraba de palomitas de maíz y de salchichas, y montaba conmigo en todos los tióvivos, y juro que se divertía más que yo, y el Cuatro de Julio, si no estaba en la mar, buscaba algún lugar en que hubiera fuegos artificiales y me llevaba allí, y a mí los fuegos artificiales me aburrían mortalmente, pero a él le encantaban; aunque yo era una cría, me decía a mí misma: Bueno, a él le gusta. No quiero decir que fuese tonto. Leía libros, se leyó todos los libros de Jack London, y se leyó por lo menos cinco veces *El lobo de mar*, y a mí me dio para leer *Moby Dick*, aunque no tenía más que diez años y no entendía ni una palabra, pero me lo hizo leer entero... ¡Oh, Dios mío!, será mejor que me lleves a casa ahora, Jake, porque quiero sentarme a oscuras en mi habitación y llorar. Quiero que todo el asunto se disuelva en mis lágrimas y salga de dentro de mí.

Hacia las siete de la tarde, Dan llegó a su casa de Russian Hill. La casa estaba abarrotada de gente. Recordó vagamente que Jean había dicho algo sobre una recepción en honor de Calvin Braderman, que acababa de terminar un mural en una nueva oficina de Correos, hotel o algún sitio parecido. Dan se abrió paso por entre la multitud; conocía a algunas de las personas, pero otras le eran por completo desconocidas. No se veía a Jean por ninguna parte. De pronto, se encontró ante una mujer morena, voluptuosa y elegante, que le dijo, con acusado acento ruso, que él debía de ser Daniel Lavette.

—Yo soy Manya —dijo—. Soy amiga de Jean, modelo de Braderman, adoradora del arte y ardía en deseos de conocer, por fin, al romántico Daniel Lavette.

—Sí. ¿Cómo está?

—¿Eso es todo? Es usted una leyenda en San Francisco, pero indiferente a las mujeres. Una pena.

Dan estaba tratando de dominarse. May Ling le había dicho una docena de veces:

«Por lo menos, intenta comprender a Jean, y quién es, y a las personas que le agradan y por qué le agradan..., no para lograr que ella te ame, sino para, al menos, vivir sin odio». May Ling podía permitirse el lujo de ser fría y objetiva, pero, le prometiera lo que le prometiese, cuando él entraba en la situación, sus rastrillos se alzaban y quedaba agarrotado en nudos de frustración e ira. En aquel momento, apareció Jean.

—¿Te has encontrado con mi marido?

—Nos hemos encontrado. —Manya se encogió de hombros.

Alta, adorable, envuelta en seda azul que hacía juego con sus azules ojos, Jean dominaba la escena. Todos los ojos la seguían. Aun en aquella situación, que culminaba todo lo que había sucedido durante el día, Dan sintió contraérsele el estómago en una especie de desesperado deseo a la vista de su mujer. La apartó de la mujer morena y dijo:

—Tengo que hablar contigo a solas.

—Dan, no puedo dejar a mis invitados.

—Sólo un momento. Es importante.

Ella suspiró y le siguió a la biblioteca.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Jean, no quiero estropear la fiesta, pero ha sido un mal día. Nos han comunicado que el *Oceanic* ha sido torpedeado frente a las costas británicas.

Ella tardó unos instantes en asimilar los hechos, en situarlos adecuadamente fuera de donde había estado hasta entonces, y luego dijo:

—Es una lástima, Dan. Lo siento. Pero estaba asegurado, ¿no?

—No ha habido supervivientes. Jack Harvey se hundió con el barco. Debo ir a Sausalito esta noche. Su hija vive allí con los Levy.

—Sí, supongo que sí. Pero Mark está allí, ¿no?

Dan se la quedó mirando, estupefacto.

—No me mires así, Dan. ¿Tenía que echarme a llorar? Ni siquiera conozco a ese Jack Harvey tuyo. Creo que lo vi una vez..., era el capitán, ¿no?

—Sí, era el capitán.

—Bueno, hay una guerra, ya sabes.

—Sí. Bueno, debo ir a Sausalito.

—Desde luego. Y, si no fuese Sausalito, estarías botando un nuevo barco, o pasando toda la noche tratando de encontrar una tripulación, o en la lancha del práctico, o en una reunión de emergencia, así que no te andes con ceremonias. Vete, sin más.

Y, tras decir esto, salió de la biblioteca, dejando a Dan allí.

Una semana después, el presidente Woodrow Wilson se dirigió al Congreso, reunido en sesión especial, en los siguientes términos:

—Con profundo sentido del solemne e incluso trágico carácter del paso que estoy dando y de las graves responsabilidades que ello implica, pero en decidido cumplimiento de lo que considero mi deber constitucional, recomiendo que el Congreso declare que el reciente comportamiento del Gobierno Imperial alemán equivale a la guerra contra el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos...

A los pocos días, el 6 de abril de 1917, el presidente firmaba la declaración de guerra aprobada por el Congreso. Antes del mes, el Congreso aprobó la ley de Servicio Selectivo, y comenzó el alistamiento.

Fue a comienzos del verano, en las primeras horas de un sábado por la mañana, cuando Jacob Levy recibió su orden de movilización. La familia estaba desayunando en la cocina, y Martha salió corriendo al oír a la furgoneta de Correos. Jacob abrió la carta y la leyó en voz alta. Sus padres, Clair y Martha se le quedaron mirando en silencio. Sarah se mordía los labios, como si pugnara por dominarse.

Luego, Clair declaró, en tono bajo y firme.

—Jake, no quiero que vayas.

—Tengo que ir.

—No tienes que hacer nada —replicó ella, ásperamente—. Puedes esconderte. Puedes marcharte. Puedes enrolarte como marinero en uno de los barcos de Mark y quedarte navegando desde aquí hasta Hawai. No quiero que vayas.

Los demás no dijeron nada. Sarah, Mark y Martha permanecían en silencio, escuchando.

—No, querida —replicó Jacob, con voz igualmente serena y firme—. Tengo que ir.

—Esta guerra apesta. Apesta. Es un piojoso y podrido baño de sangre, y no hay buenos y malos, sólo un hediondo montón de piojos que se alimentan de muchachos en la matanza.

—Lo sé. Lo sé perfectamente. El pan que como fue fertilizado con la matanza.

—¡No digas eso! —exclamó Mark.

—Es cierto.

—No es cierto —replicó Mark—. ¿No te das cuenta de que Clair tiene razón? Puedes enrolarte en un barco, y eso te concede una exención. Será otra forma de servir.

—Servir, ¿a qué? ¿A «Levy y Lavette»? ¡Al diablo con eso!

Se puso en pie de un salto y salió furiosamente de la casa.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Sarah, atragantándose—. ¿Para esto es para lo que huimos de Rusia? Primero, su padre, y ahora Jake.

—Ve a hablar con él —dijo Mark a Clair—. A ti te escuchará. Eres la única persona a quien escuchará.

—Va a ingresar en la Universidad —murmuró Sarah—. Es sólo un chico. ¿Por

qué hacen esto?

—Habla con él —dijo Mark.

—Está bien —accedió Clair—. Hablaré con él. Pero le conozco.

Le encontró tendido bajo el eucalipto, y se tendió junto a él, con la cabeza apoyada en su brazo. Jake, le soltó el pelo, esparciéndole sobre la cara las rojas guedejas.

—Ya sabes que necesito mucho tiempo para peinarme —se quejó ella.

—Sí, lo sé. Tienes que sufrir.

—Igual que tú, apestoso mártir. Te figuras que vas a expiar los actos de «Levy y Lavette». Bien, gracias a Dios, puedo hablar libremente aquí. Eso es una estupidez. Dan y Mark no han hecho esta guerra, y no son diferentes de cualquier otro. En este país hay quizá diez millones de personas que todas las semanas llevan a sus casas dinero adornado con sangre, y tal vez fuera peor si los barcos no navegasen. ¿Quién eres tú para decirlo?

—Yo soy lo que soy.

—Oh, Jesús, ¿por qué tenía que enamorarme de un judío chiflado? Eres tan retorcido y tortuoso que no distingues tu culo de tu codo.

—Buena frase.

—Tus culpabilidades son condenadamente preciosas. Sarah dirige la casa con culpabilidad y tú diriges tu vida con culpabilidad..., ¿y yo qué?

—¿Tú, qué?

—Jake, te quiero tanto que juro por Dios que, si algo te ocurre, me abro las venas. Así que, si quieres culpabilidad, enróscate eso alrededor del cuello, y si tienes que ponerte ese piojoso uniforme de soldado para vivir por ti mismo, entonces, por los clavos de Cristo, hazte médico o empleado o algo parecido, porque, si algo te ocurre, no te lo perdonaré nunca, nunca, y sólo te recordaré como el peor y más cruel hijo de puta que jamás haya vivido.

—Tienes un vocabulario sorprendente para una dulce señorita.

—No soy una dulce señorita, Jake. He sido depositada en más tabernas de las que puedes imaginar y han cuidado de mí niñeras que eran busconas cuando aún estaba echando los dientes. Así que no creas que no digo en serio lo que digo.

—Entonces, cállate durante un rato y déjame abrazarte.

Stephan Cassala recibió su orden de movilización a primeros de agosto, después de que su padre hubiese salido de casa con dirección a la ciudad. Cuando Anthony regresó al atardecer y supo la noticia, Maria se había ido.

—Bueno, ¿dónde está?

—En la iglesia —respondió Stephan.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Y no has ido a buscarla? ¿Qué estabas haciendo? No has ido a trabajar.

—Estaba pensando —contestó Stephan—. Tenía mucho que pensar y mucho que hacer. ¿No puedes comprenderlo? Tengo que presentarme mañana.

—¿Dónde está mamá?

—Te he dicho que en la iglesia. Rosa fue allí. He telefoneado a Clair, a Sausalito. Jake está en Fort Dix, en New Jersey.

—¡Las dos se pasan todo el día fuera, y tú te quedas aquí! —gritó Anthony.

Luego, se le demudó el rostro y estrechó a Stephan entre sus brazos.

—No llores, papá —suplicó Stephan—. No tiene importancia.

Se dirigieron a la iglesia. Maria y Rosa estaban ante la barandilla del altar, convertida Maria en una enlutada, sufriente y trágica figura. Anthony se acercó a ella y la hizo levantarse, murmurando en italiano:

—La Santísima Madre cuidará de él, querida. Ven a casa. Prepararemos una buena cena para todos, como en los viejos tiempos.

Ella había estado arrodillada tanto tiempo que apenas si podía andar. Stephan y Anthony la rodearon con sus brazos y, seguidos por Rosa, la acompañaron fuera de la iglesia.

Tercera parte

Hijos e hijas

Un día de agosto de 1918, sin hacer caso de las protestas de Wendy Jones, la niñera, Dan despertó a su hijo de seis años, Tommy, mientras Jean estaba todavía dormida. Para las siete, se encontraban ya en el nuevo «Pierce Arrow» de Dan, rodando en dirección sur hacia San Mateo, y para las diez estaban en el cúter de Dan, navegando de bolina por la bahía, y Dan explicaba al excitado chiquillo las virtudes en que el diseño del cúter aventajaba a la balandra, el gran peso de plomo en la quilla y cómo en los viejos tiempos los utilizaban los aduaneros para dar alcance a los contrabandistas. Tommy escuchaba complacido, entendiendo muy poco de lo que decía su padre, pero encantado con el hecho de tener para él solo aquel enorme y excitante padre suyo y palpitante de emoción ante el soplo del viento y las salpicaduras de espuma.

A las dos, estaban de nuevo en la dársena, y Dan se dirigió a casa de los Cassala, donde Maria les sirvió *spaghetti* y salchichas, dos platos deliciosos que nunca habían sido permitidos en la mesa de los Lavette. Maria y Rosa agasajaron al niño, y los perros de Cassala, un par de cariñosos perros pastores, jugaron con él y le hicieron rodar por el césped. Mientras tanto, Dan telefoneó a su casa para decir que todo iba bien, y, como Jean estaba fuera, sólo tuvo que habérselas con miss Jones. A las ocho de la noche, regresó a su casa llevando un niño soñoliento, sucio y completamente satisfecho.

Había esperado una tempestad de ira por parte de Jean y se sintió aliviado cuando su única queja se refirió al hecho de que tuviera un yate fondeado a tanta distancia.

—Es más de Tony que mío, y no es más que una embarcación pequeña —dijo él—. Podemos tener uno aquí, si quieres.

Jane había llegado a aborrecer cada vez más las embarcaciones.

—No, gracias —respondió—. No me apetece en absoluto adquirir un bronceado Bahía de San Francisco. Pero deberías despertarme cuando te asalte el deseo de secuestrar a tu propio hijo, y decírmelo.

A pesar de todo, ella se encontraba de raro buen humor y le dijo que había guardado comida y que, si se lavaba y cambiaba de ropa, podían cenar juntos. Al pasar ante el cuarto de los niños, Dan se detuvo a mirar a su hijo, preguntándose, como tan a menudo solía hacer, si aquel chiquillo menudo, de ojos azules y pelo rubio podía ser suyo. Los dos niños estaban dormidos, los dos de ojos azules y piel clara, como desmintiendo la herencia de un padre moreno y de pelo negro.

—No debe molestarles —le susurró miss Jones, y él le dio amistosamente una

palmada en las nalgas.

—Por favor, míster Lavette —se quejó ella, prisionera de sus susurros.

—Eres una mujer estupenda —replicó él, también en un susurro.

Siempre se sentía maravillado, sorprendido, halagado, cuando Jean se mostraba afable. No sucedía con frecuencia. Se había convertido en una de las figuras más destacadas de la «New Art Society», organización que proclamaba su propósito de hacer de San Francisco el principal centro artístico de los Estados Unidos, idea que había surgido de la Exposición Internacional Panamá-Pacífico de 1915 y que había tomado forma en torno al esfuerzo por salvar el Palacio de Bellas Artes y preservarlo para el futuro. Ella se había labrado un puesto entre la nueva élite del arte y la literatura, y, como Dan nunca le negaba su dinero y ella contaba con abundantes fondos propios, era buscada incesantemente como mecenas y patrocinadora de un proyecto tras otro, ya se tratase de una escultura para el nuevo edificio del Ayuntamiento o de una recepción en honor de Hamlin Garland, que podría o no sentirse atraído por San Francisco. Éstas y otras actividades le proporcionaban una vida saturada que, aparentemente, la satisfacía. Hacía varios años que había tomado la costumbre de dormir en su propio cuarto, separada de él; y Dan aceptaba esto, no como un rechazo de cualquier aproximación sexual por su parte, sino como un acto normal entre los ricos, con cuyas costumbres no estaba aún identificado. Había llegado a aceptar una doble vida por su parte, y, sin embargo, era incapaz de enfrentarse a la idea de que Jean pudiera tener un amante. En algún lugar de su mente, apenas reconocida, apenas afrontada, pero presente, anidaba la idea de que podría reavivarse la pasión de Jean hacia él.

No sabía cómo reaccionaría en tales circunstancias; si bien no tenía en absoluto conciencia de la mujer llamada Jean Lavette, sí la tenía, y muy intensa, de la imagen, fría, alta, bella y totalmente admirada en los círculos que la conocían; y, en las ocasiones en que estaba con ella, nunca dejaba de maravillarse ante el hecho, que le resultaba incomprensible, de que aquella criatura fuese la esposa de un pescador mediterráneo, de un chicuelo del muelle.

Extrañamente, estos sentimientos coexistían con sus relaciones con May Ling. Jean era la ilusión, May Ling era la realidad y la validez, y, en cierta medida, él lo comprendía plenamente. May Ling le alimentaba, le educaba, le adoraba y le daba una percepción de su propio ser. Si algo le sucedía a Jean..., bueno, la vida seguiría. Si algo le sucedía a May Ling..., era ésa una idea que no podía afrontar. Sin embargo, una simple muestra de interés y amabilidad por parte de Jean —quizá fuera mejor llamarlo una suspensión de la frialdad y la hostilidad— ahuyentaba de su mente la imagen de May Ling. Sólo Jean podía aceptarle verdaderamente como un magnate, sentada frente a él al otro lado de la mesa del comedor, llevando las joyas que él le había regalado, pendiendo de sus regios hombros una toca de color azul claro, tan

sonrosada y blanca su piel y con los ojos de esa helada tonalidad azul que las razas de piel morena y ojos negros de la Tierra habían considerado durante tanto tiempo como símbolo de belleza y autoridad. Cuando se sentaba así con ella, aceptado por ella, le importaba un bledo que le hubiera cerrado sus muslos; ella seguía siendo su mujer, y, en lo más profundo de su ser, aquello era el núcleo del deseo.

Estaba todavía embargado por la alegría que le había proporcionado el día pasado con el niño.

—Quiero enseñarle a navegar —explicó a Jean—. A veces pienso que es lo único que puedo darle. Todo lo demás lo recibe de ti.

—¡Oh, nada de eso, Dan! Pero pasas muy poco tiempo con él.

—Lo sé.

—Yo procuro encontrar tiempo para estar con los niños —dijo ella—, y siempre saco unas horas al día. Es necesario. Y ahora estamos montando un homenaje a Keith, y no puedes imaginar lo absorbente que es.

—¿Keith?

—William Keith, hermosos y fantásticos paisajes, ya sabes, muy al estilo de Georges Inness. ¡Por amor de Dios, Dan, tenemos uno de sus cuadros en la sala de estar!

—Robles vivos —recordó.

Nunca había establecido relación entre el cuadro y la realidad, y sólo lo había mirado el tiempo justo para saber cómo se llamaba.

—Pero ¿qué nueva gran montaña estás escalando? —preguntó ella—. He perdido todo contacto con el campo de las altas finanzas. Lo único que sé es que parece que nos estamos haciendo cada vez más ricos, hasta resultar casi obsceno.

—Todavía somos muy pobres en comparación con los Seldon —le aseguró.

—Aún no puedes aceptar a los Seldon. Papá te aprecia mucho.

—No, no es eso. Se trata de lo que queremos hacer y de cómo hacerlo.

—Hacer, ¿qué?

—Ya sabes, se lo vamos a vender todo a Supongo que sí.

—No, no lo sabía. Creía que le detestabas.

—Ya te hablé de ello.

—No creí que hablaras en serio.

—Verás, no estoy enamorado de Grant Whittier —dijo Dan—, pero él quiere nuestros barcos y está dispuesto a darnos tres millones de dólares por nuestra flota.

—¿Pero por qué venderlos?

—Resulta un poco complicado. El hijo de Mark, Jake, se encuentra allá, y ha estado en Château-Thierry y Belleau Wood, y ha sido horrible, y Mark no puede soportar la idea de sacar más dinero de esta guerra, y Steve Cassala recibió una carga de metralla en el vientre y tuvo que ser repatriado..., seis meses en el hospital... y,

bueno, Whittier nos hizo esta oferta.

—¡Oh, realmente espléndido! —exclamó Jean—. Todos pensamos así, y nos inclinamos ante los hunos y les explicamos que no podemos soportar la idea de continuar obteniendo beneficios, y, por tanto, pueden seguir adelante y ocupar Francia e Inglaterra, y venir aquí también...

—Vamos, Jean, no estamos impidiendo el transporte marítimo, sino sólo transfiriendo su titularidad. Ya hemos ganado bastante dinero con esta guerra.

—Eso es típicamente judío. Primero, se labra una fortuna con la guerra, y luego, cuando su hijo está en ella, empieza a gimotear...

—¡Cómo puedes decir eso, maldita sea! —exclamó Dan—. No hay ningún Seldon ni ningún Lavette en Francia. Yo tengo treinta años..., podría estar allí. Pero no estoy.

—Tienes dos hijos, y tu papel es vital para los intereses de la guerra.

—¡Chorradas! Yo soy un millonario y no tripulo los barcos; ¡los poseo!

—Si vas a empezar a soltar tacos y a utilizar un lenguaje barriobajero, no hablemos más.

—Jean, Jean —dijo él—. ¿Por qué tenemos que acabar riñendo siempre que hablamos? Lo siento, créeme, lo siento. Y lo que he dicho no es todo, ni mucho menos. Hay una fundamental diferencia de opinión entre Whittier y yo.

Ella se le quedó mirando fríamente.

—¿Puedo explicártelo? —Se inclinó sobre la mesa y le tocó la mano—. Por favor.

—Está bien. Supongo que no debí haber dicho eso sobre Mark. Pero es un tipo tan flaco y lloriqueante...

Es tu mujer, se dijo Dan a sí mismo. No conoce nada mejor. Es lo que es.

—Sé que es muy inteligente —añadió Jean—. Ya lo sé. Lo son realmente.

—Bueno, mira —dijo Dan—. Whittier piensa que la guerra continuará durante años. Yo, no. Yo creo que puede terminar en cuestión de semanas. Y, si yo tengo razón y él no, entonces los barcos de carga no valdrán ni el agua que desplazan. Habrá una saturación de ellos en el mercado.

—¿Cómo puedes decir eso, Dan? Los alemanes los están hundiendo continuamente.

—No. ¿Te das cuenta de que este país ha construido más de tres mil barcos durante el último año? Actualmente, hay en el mundo más tonelaje de carga que en ningún otro momento de la Historia.

—Pero el hambre y los sufrimientos en Europa... aunque termine la guerra.

—Nosotros no transportamos alimentos. Eso son minucias. Transportamos armas, municiones, petróleo, carbón. Estamos alimentando a un monstruo que va a caer muerto, y por eso es por lo que me alegro de salirnos del asunto.

—¿Qué vais a hacer, entonces? —preguntó ella nerviosamente, como si de pronto

estuviera dispuesta por primera vez a afrontar su presencia.

—Hay bastantes cosas que hacer —sonrió—. Hemos comprado los «Almacenes Spellman».

—¿«Spellman»? ¿Para qué?

—Es razonable. Mark me indujo a ello, pero es razonable. Creo que quiere algo para Jake, para cuando vuelva. Vamos a reconstruirlos y convertirlos en los mejores y más grandes almacenes comerciales al oeste del Mississippi.

—Pero ¿tú en una tienda? ¿Tú sin un barco? No lo creo.

—Tienes razón, no lo creas. La tienda es sólo una parte del asunto. Voy a construir el buque de pasajeros más condenadamente grande que haya zarpado jamás de esta bahía. Vamos a abrir las islas Hawai y todo el maldito Oriente. Tendrá treinta mil toneladas de desplazamiento, tan grande como el *Mauritania*, un palacio flotante, Jean..., el barco del futuro. ¿Qué te parece?

—No sé qué decir.

—Sólo hay una pega.

—¡Oh!

—Todavía no sé de dónde va a salir el dinero.

—Pero tú tienes mucho dinero.

—No tanto. Esto puede ascender a más de diez millones de dólares —movió la cabeza—. Bueno, para jugar con juguetes caros hay que pagarlos.

Ella le estaba mirando pensativamente.

—¿Por qué no acudes a papá?

—Ya lo hice una vez.

—Las cosas han cambiado. El «Seldon Bank» es el segundo en importancia de California. Tú lo sabes.

—Supongo que sí —repuso él.

El agujero medía unos cinco metros de longitud y no más de metro y medio de profundidad en su parte más honda, y en él se apiñaban nueve hombres. Caía una lluvia fina pero persistente, y el fondo del agujero era un charco de barro y vómito humano con nueve hombres cubiertos de barro que se encontraban prácticamente amontonados unos sobre otros. En el borde del agujero estaba el teniente Matterson, o lo que quedaba del teniente Matterson, que había sido partido casi en dos por las balas de una ametralladora pesada de calibre treinta. Durante la última media hora, su cuerpo se había estado moviendo espasmódicamente a medida que el artillero alemán lanzaba ráfagas contra el borde del agujero.

En el hoyo se encontraban siete soldados, el cabo Jake Levy y el sargento Joe Maguire. Era de noche. Los nueve hombres oyeron a alguien gritar afuera, pero hasta que no se produjo una pausa en el cañoneo no pudieron distinguir las palabras. La

voz llegaba desde otro agujero en alguna parte.

—¡Matterson! —gritaba la voz—. ¿Dónde infiernos estás?

—¿Quién es? —gritó a su vez Maguire.

—¡El capitán Peterson! ¿Eres Matterson?

—Matterson ha muerto.

—¿Quién está al mando? ¿Cuántos sois?

—¡Sargento Maguire! ¡Yo, el cabo Levy y siete hombres!

—¡Bueno, tenéis ahí toda una maldita casa de reposo! ¡Libraos de esa jodida ametralladora!

Maguire miró a Levy; éste miró a Maguire.

—¡Que le den por el culo! —replicó Jake.

—¡Jodido bastardo! —explotó Maguire.

La ametralladora alemana abrió fuego de nuevo, y el cuerpo de Matterson saltó y se retorció bajo el impacto de las balas.

—¡Maguire, maldita sea, te arrancaré los galones y los intestinos!

—¡Vete a hacer puñetas! —masculló Maguire.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jake.

Maguire paseó la vista por los rostros cubiertos de barro. Levy tenía diecinueve años; Maguire, veinte; los otros siete oscilaban entre los dieciocho y los veinte. Arreció la lluvia.

—¿Alguien quiere intentarlo? —preguntó Maguire.

Otra ráfaga de balas hizo caer sobre ellos el cuerpo de Matterson. Tenía la cara destrozada, y sus sesos salpicaban a los hombres apiñados en el agujero.

—¡Oh, Dios mío, me he cagado en los pantalones! —gimió uno de los hombres.

Maguire y otros dos hombres empujaron el cuerpo de Matterson fuera del agujero. Levy gritó:

—¡Estamos inmovilizados, capitán!

—¿Quién eres?

—El cabo Levy.

—Bien, tú y Maguire, ¡coged esa ametralladora!

—Estamos inmovilizados.

—¡Mierda! Escúchame bien, bastardo judío, ¡coge esa ametralladora!

—Un hombre encantador, el capitán —dijo alguien.

—Todo corazón —replicó Maguire, y gritó—: ¡Cúbranos!

¿Dónde diablos están los cañones de campaña?

—¡Capturad esa ametralladora!

—Podemos salir por cada lado —dijo Levy—. Ve tú con cuatro hombres, y yo llevaré tres. Esa ametralladora está a menos de cincuenta metros. Tiramos granadas, y luego echamos a correr.

—¿Por qué? —preguntó Maguire, con abatimiento.

—¡Dios sabe!

—¡Como hay Dios que os voy a someter a todos a consejo de guerra, malditos cabrones! —gritó la voz del capitán.

—Empecemos a tirar granadas —indicó Jake; se agachó, le quitó la anilla a la granada y la lanzó—. ¡Adelante!

Salieron del agujero gateando por el barro. La ametralladora alemana abrió fuego. Jake cayó, se puso en pie, corrió sobre el fango, tambaleándose, tiró otra granada y, luego, al iluminar el lugar una bomba luminosa, vio a cinco alemanes agazapados en torno a su ametralladora. Alguien les arrojó una granada, y Jake disparó contra el surtidor de llamas y barro. Luego, él y otro hombre saltaron al interior del pozo y hundieron salvajemente sus bayonetas en el único alemán que aún quedaba vivo. Permanecieron tendidos en un amasijo de carne humana destrozada, muerta, y Jake empezó a gritar.

—¡Los tenemos, sargento! ¡No dispaes! ¡No dispaes!

Pero nunca volvió a ver vivo a Maguire, ni a ninguno de los demás hombres que habían estado con él en el agujero, salvo a Fredericks, que había saltado con él al nido de la ametralladora.

Desde que comenzaron a establecerse en América, muchos judíos de la Europa Oriental habían tenido por costumbre bautizar a sus hijos por duplicado. En otras palabras, en el certificado de nacimiento rabínico figuraba un nombre hebreo o bíblico, mientras que en el certificado de nacimiento civil figuraba una versión anglosajona o un nombre que pudiera ser considerado americano. En su certificado rabínico, Mark Levy era Moses Levy, como su abuelo paterno. Al bautizar a su hijo Jacob, abandonó la costumbre, aunque, a instancias de Sarah, su hija, Miriam, se convirtió en Martha. Por alguna razón, Sarah aborrecía el nombre de Miriam.

El rabino Samuel Blum, que recordaba al padre de Mark como uno de los fundadores de su pequeña sinagoga ortodoxa, llamaba a Mark «Moishe», que es la pronunciación hebrea del nombre Moses, y ahora le dijo:

—Ha pasado mucho tiempo, Moishe. Has cambiado. Y has prosperado. Háblame de Sarah y los chicos.

—Están bien. Jacob continúa vivo e ileso, gracias a Dios.

—¿Está en el Ejército?

—Sí. Ahora se encuentra con permiso en París. Le concedieron una medalla y un nombramiento de teniente provisional, y, si Dios quiere, esta maldita guerra terminará pronto.

—¡Dios lo quiera!

Se hallaban sentados en el estudio del rabino, una pequeña habitación abarrotada

de libros; permanecieron ahora en silencio durante un rato, esperando el rabino, un hombre menudo, barbudo y fatigado de setenta y un años, a que Mark hablase de nuevo, mirándole pensativamente con sus azules ojos, enmarcados por una red de arrugas. Era rabino de la congregación desde la fundación de ésta en 1880.

Finalmente, Mark sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió al rabino.

—¿Qué es esto?

—Culpabilidad, supongo.

El rabino abrió el sobre y se quedó mirando el cheque de dos mil dólares que había en su interior.

—Un donativo principesco. ¿Eres tan rico?

—Sí.

—¿Qué edad tienes, Moishe?

—Casi cuarenta años.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que viniste a la sinagoga? No te estoy reprochando nada —se apresuró a añadir—. Es simple curiosidad.

—Unos diez años, creo. Ahora vivimos en Sausalito.

—¿Y esto es por la vida de tu hijo? —preguntó el rabino, levantando el cheque y sonriendo para quitar acritud a sus palabras.

—No, por mi propia culpabilidad, como he dicho.

—Bueno... la mayor parte de los donativos son por eso. Podemos utilizarlo, y lo agradezco mucho.

—Estoy confuso —manifestó Mark.

—Es normal. —El rabino se encogió de hombros—. ¿Cuándo no ha producido confusión la vida?

—No sé quién soy —declaró Mark, con un esfuerzo—. Me he enriquecido con esta sucia guerra. Permanezco despierto por las noches, pensando con terror en mi hijo. Perdí a mi mujer en algún punto..., oh, todavía me ama, y yo a ella también, pero en algún momento nos perdimos el uno al otro, y tengo miedo a la muerte.

—Todos lo tenemos.

—Y mi hijo está enamorado de una cristiana.

—¡Ah!

—Por lo demás, todo va bien.

El rabino sonrió.

—Desde luego. Háblame de la chica.

—Es una muchacha bella y agradable.

—¿Y tu hijo está decidido a casarse con ella?

—Mi hijo está en Francia.

—Sí, pero la chica... ¿Qué siente hacia tu hijo?

—Le quiere.

—¿No le importa que sea judío?

—No.

—Bueno, Moishe. Yo soy rabino. No me gusta ver que nuestra gente contrae matrimonio fuera de la religión.

—¿Qué debo hacer?

—¿Qué dice Sarah que debes hacer?

—Dice que no debo meter la nariz en los asuntos de ellos.

—Ah. Dime, ¿hay una sinagoga ortodoxa en Sausalito?

—No sé. No creo.

—Si puedes encontrar diez familias judías, puedes fundar una, y luego acudes a mí y yo te buscaré un rabino. Esto no disipará tus confusiones, pero será muy bueno para tus sentimientos de culpabilidad.

—Todavía no me ha dicho qué debo hacer con respecto a mi hijo.

—Amale. Ayúdale. ¿Qué otra cosa se puede hacer con un hijo?

—¿Y la chica?

—Escucha a Sarah. Podría decirte que confiaras en Dios, pero, por desgracia, no es suficiente. Él nos ha dado demasiado libre albedrío. Tenemos que poner un poco de nuestra parte. Tienes casi cuarenta años. Es un buen momento para hacerse judío.

—Nací judío, rabino.

—Sí, en efecto. Y, en nombre de la sinagoga, gracias de nuevo por este donativo principesco.

El doctor se mostró muy tajante en lo relativo al régimen alimenticio de Stephan Cassala. Éste fue dado de alta del hospital militar después de la visita de Dan con su hijo a la casa de los Cassala en San Mateo. Su padre le llevó por la península en la limusina de la familia, un poco intimidado por aquel demacrado y pálido espectro de un hombre, tan serio y deprimido. Maria lloró y le abrazó y le colmó de atenciones. Todo lo cual incomodó al médico de la familia que fue a verle ese mismo día.

—Sé que queréis alimentarle y verle engordar —dijo el médico—. Pero su estómago ha sufrido mucho. Crema de trigo, leche caliente, huevos cocidos, algunas verduras blandas y bien cocidas, pero nada de queso, ni especias, ni salchichas, ni carne, ni pimiento verde... —Estaba tratando de recordar qué otras cosas formaban parte del régimen alimenticio italiano.

—Pero se morirá comiendo eso —gimió Maria.

—No. Se pondrá bien comiendo eso. Hacedme caso.

De todos modos, Maria tenía que suplicarle que comiese, y todo lo que tomaba le hacía daño. Durante los primeros días que estuvo en casa, apenas si dijo nada. Stephan siempre había sido afable y comedido en el hablar; la afabilidad subsistía, pero estaba replegado sobre sí mismo. Cuando hacía buen tiempo solía sentarse en el

césped, con la mirada perdida en lo lejos; y una vez Rosa le había visto —sin que él le viera— con los ojos llenos de lágrimas que le rodaban por las demacradas mejillas. Se lo contó a su madre, aunque luego se arrepintió de haberlo hecho, pues Maria rompió también a llorar, sin que fuera posible consolarla. Pasaba cada vez más horas en la iglesia, ante la barandilla del altar, y, cuando un día Stephan le sonrió y le dijo: «Me voy a poner bien, mamá, así que deja de preocuparte», ella quedó convencida de que sus oraciones habían vencido a la horrible comida americana que estaba destruyendo a su hijo.

Dan fue a ver a Stephan, esta vez con May Ling y su hijo de diez meses, llamado Joseph, como el padre de Dan. Sus relaciones con May Ling se estaban tornando cada vez más complejas. Ninguno de los dos había querido enfrentarse al hecho del aborto; ambos deseaban desesperadamente el hijo. May Ling, porque era hijo de Dan; y Dan, por su necesidad de consolidar una relación que, de alguna extraña manera, se había convertido en la base de su existencia. Pero mantener un hijo en el secreto que rodeaba a su vida en común era imposible. May Ling debía tener algún sitio adonde ir..., y, por ello, Dan había acudido hacía más de un año a Cassala y le había abierto su corazón.

Tras contar su historia, Dan estaba preparado para todo —ira, disgusto, desprecio—, cualquier cosa menos el prolongado y pensativo silencio que siguió. Finalmente, Cassala dijo:

—Danny, yo tengo dos hijos, tú y Stevie. ¿Amas a esa mujer china?

Dan afirmó con la cabeza.

—¿Lo sabe Feng Wo?

—Creo que sí. Seguramente. Nunca hemos hablado de ello.

—Y cuando Jean se entere, ¿qué?

—No sé. ¿Por qué tiene que enterarse?

—Danny, Danny, hablas como un niño. Te casas con una mujer protestante que no siente ningún amor hacia ti. Dios me perdone por decir esto, siendo católico, pero debo hacerlo. No es bueno que dos personas vivan sin amor. Podemos obtener una anulación. Tengo suficiente influencia.

—No puedo. No es por ser católico. No puedo pretender que sea un buen católico.

—¿Por qué? ¿Por lo que debes darle? Dáselo.

—Tony, no sé por qué.

Cassala no insistió. Danny necesitaba un hogar para una mujer embarazada; eso era suficiente. En la biblioteca, May Ling ya había dicho que estaba casada y esperando un hijo. Durante los dos últimos meses de su embarazo estuvo en San Mateo con los Cassala. Curiosamente, tanto Maria como Rosa la aceptaron con cariño y cordialidad, en parte quizás a causa de su soledad en medio de una comunidad que les era tan ajena, y en parte también porque nadie podría estar mucho

tiempo con May Ling y resistir a su encanto y su carácter abierto.

Ahora, mientras conducía el coche por la península y el niño dormía a su lado en los brazos de May Ling, Dan pidió a ésta que no mencionara a Cassala sus planes para construir el barco de pasajeros.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque voy a pedirle a Seldon el dinero.

Hubo un largo silencio. Dan apartó la vista de la carretera para mirar al niño dormido. Tenía el pelo negro y rizado de su padre y la marfileña piel de su madre..., su propio hijo, un hijo al que se le había permitido poner el nombre de su padre.

—¿Por qué? —preguntó ella al fin.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué recurras a Seldon? ¿Por qué no a Tony?

—Porque es demasiado para Tony. Si fracaso, que se arruine Seldon, no Tony.

—Si es un juego tan peligroso, ¿por qué te va a apoyar el «Seldon Bank»? ¿O es que te está comprando Seldon?

—Eso no es cierto.

—Supongo. Tú sabes que las mujeres chinas somos sumisas, Danny. Supongo que lo llevamos en la sangre. También estoy un poco temerosa. Nunca lo había estado.

—¿De qué?

—De perderte. No soy tu mujer, y a veces tengo la impresión de que nunca lo seré.

—Tú eres mi mujer, y ése es mi hijo.

—¿Y Jean?

—Déjame hacerlo a mi manera, nena, por favor. La abandonaré. Tienes que darme tiempo.

—Tiempo o cualquier cosa —replicó ella tristemente—. Sabes que te doy todo lo que me pidas, Danny.

En San Mateo, Maria y Rosa rodearon de afecto a May Ling y el niño. No pasó mucho tiempo sin que se le soltaran las lágrimas a Maria, y casi nada más coger en brazos al pequeño Joseph empezó a sollozar. May Ling sonrió levemente mientras Dan huía. No podía soportar la vista de las lágrimas. Como era día laborable, Cassala estaba en el Banco. Dan salió al césped, donde se encontraba Stephan tendido en una tumbona. Saludó con la mano a Dan y se puso en pie, mientras Dan acercaba una silla.

—No te levantes. Tranquilo, Steve.

Stephan lo abrazó.

—¡Dios mío, cuánto me alegro de verte, Danny!

Era todo huesos y pellejo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Dan.

—Mejor, mejor. Me pondré bien.

—Naturalmente que sí.

—Anoche dormí de un tirón. La primera vez en varios meses sin píldoras. Todavía siento algún dolor, pero el médico dice que son gases.

—Tony está muy preocupado por ti.

—Papá está preocupado, mamá está preocupada, Rosa está preocupada..., me están volviendo loco, Dan. Me mira y se echa a llorar. Me habla de casarme. Ha encontrado una buena chica italiana para mí. Yo quiero tener un apartamento en la ciudad, y, cada vez que lo menciono, mamá empieza a llorar.

Sus ojos miraron más allá de Dan, hacia la casa. May Ling estaba cruzando el césped.

—Escucha, deja que te explique... —empezó Dan.

—No hace falta, Danny, lo sé.

Se puso en pie. May Ling se acercó a él y tomó entre las suyas la mano que le tendía.

—Encantada de conocerte, Steve. Tu madre me hizo sentirme hija suya, así que me siento hermana tuya. Si oíste oraciones chinas, eran mías. Yo he sido la causante del desconcierto que invadía al sacerdote católico al ver dos veces a la semana a una china embarazada ante el altar, junto a tu madre. Y ahora os dejo a los dos. Hasta luego.

Cuando se hubo marchado, Stephan dijo:

—Es preciosa... y adorable. ¡Qué mujer tan encantadora!

—Lo sé.

—Mira, no es asunto mío. La cosa es..., bueno, aquí estáis los dos, y yo estoy aquí, y estamos vivos. Nunca comprendí la excelencia de, simplemente, estar vivo. Me siento aquí y noto el sol y el viento, y no dejo de decirme a mí mismo que estoy vivo.

—¿Fue muy malo?

—¿Sabes, Danny? No hablo de ello, porque no sirve de nada. He tenido tiempo de sobra para leer durante estos meses. He leído *Guerra y paz*. Tolstoi dice que todo lo que se ha dicho sobre la guerra es mentira. Tiene razón. Yo tuve cinco días de guerra antes de que me abrieran el vientre. No maté a nadie. No hice nada más que arrastrarme por el barro y ver morir gente. Y tener miedo. ¡Oh, mierda... al diablo con ello! ¿Qué hay de Jake Levy? ¿Está bien?

—Que yo sepa, sí. Le han dado una comisión de campaña. Creo que lo llaman así. Es teniente.

—¿Sigue allí?

—Sí.

—¡Pobre bastardo! —comentó Steve.

Los Brocker habían comprado unos cuarenta acres de tierra en lo que algún día sería el centro comercial de San Francisco. El precio de compra fue de cinco dólares el acre. Con el tiempo, el hijo del primer Brocker, un buscador de oro, vendió un solo acre por dos mil dólares, y eso fue antes de que el precio empezara realmente a subir. Alan Brocker era la tercera generación californiana de la familia, y al regresar a San Francisco desde la Universidad de Harvard se había encontrado a Jean Seldon casada con un pescador llamado Daniel Lavette.

Durante los siete años transcurridos desde aquel acontecimiento, de que Alan Brocker salió con el corazón destrozado, había estado casado el tiempo suficiente para engendrar un hijo, librarse del alistamiento y obtener el divorcio, había heredado once millones de dólares —unos cientos de miles arriba o abajo— a la muerte de su padre, había estado en Europa y, al aproximarse la guerra, había regresado a San Francisco. Adquirió una pequeña, pero lujosa casa en Jones Street, tenía una balandra en la bahía, jugaba al tenis y mantenía dos caballos de montar. Si no era el hombre vivo más solicitado del grupo de Jean, ciertamente era uno de ellos, quizá demasiado mancillado por el divorcio y por su reputación para algunas de las mejores familias, pero calurosamente bien recibido, no obstante, cuando se necesitaba un hombre solo para una fiesta. En esa calidad, él y Jean habían formado pareja numerosas veces, en las ocasiones en que Dan no podía o no quería estar presente. Dos veces había llevado a Jean a casa, y la segunda había aventurado un beso en los labios que se convirtió en apasionado abrazo.

Durante los meses que siguieron, se veían subrepticamente por lo menos una o dos veces a la semana. Él guardaba sus caballos en una cuadra de Marin County, y a veces se reunían allí para cabalgar juntos. Cuando almorzaban solos lo hacían en algún apartado restaurante, en el que nadie les reconocería. Durante semanas, Jean rechazó sus solicitudes, pero eran viejos amigos que se conocían desde la infancia, y, cuando él sugirió finalmente que fueran a pasar la tarde a su casa, Jean aceptó con pleno conocimiento de lo que pasaría. Había considerado una y otra vez la posibilidad de sostener relaciones íntimas con él. Era un hombre de buen aspecto, siempre tostado por el sol, de brillantes ojos azules enmarcados por la oscura piel, y fina y noble nariz; era de estatura media y cuidaba mucho la elegancia de su atuendo. La cuestión que se agitaba en la mente de Jean era si deseaba tener relaciones sexuales con algún hombre; y, cuando al fin, le permitió que le llevara a la cama, se sintió mucho más sorprendida que él por la pasión que desató en ella.

Tendido desnudo junto a ella, tocando y acariciando su hermoso cuerpo con habilidad casi profesional, Brocker le dijo:

—Estabas hambrienta, cariño. ¿Qué es ese gigantón pescador tuyo, un capón?

—Digamos que un semental desinteresado.

—¿Desinteresado? ¡Leche!

—Me encanta cuando dices obscenidades.

—Siempre les gusta a las mujeres como tú.

—Eso sí que es obsceno. Resulta ofensivo.

—No pareces horrorizada.

—Tú eres el segundo hombre de mi vida, Alan. Nunca he estado con ningún otro.

—¿De veras?

—Créeme o no..., no me importa.

—¿Te gusto?

—¿Como qué?

—Eres una puta, ¿sabes? Eres una completa puta.

—Tus cumplidos no tienen fin.

—Rectificaré. La puta más encantadora de California.

—Eso lo limita.

—¿Quieres serlo del mundo? Déjame decirte una cosa, Jean: Nunca he conocido otra mujer como tú. ¿Te das cuenta de cuánto tiempo me he pasado mirándote y deseándote?

—¿Y ahora que me tienes?

—No te tengo. Te tiene el pescador.

—Él no lo cree así —respondió Jean—. Alan, deja de halagarme. Tus manos no se están quietas y tu mente se halla a mil millas de distancia.

—Mil millas, no. Sólo estaba preguntándome cómo podríamos estar juntos unos días.

—No te precipites. Supón que me divorcio de él. ¿Te casarías conmigo?

—No —respondió él, sin rodeos.

—No lo has pensado mucho. ¿Por qué?

—No me volvería a casar nunca, ni contigo, ni con ninguna mujer. Tengo todo el dinero que necesito, y te tengo a ti.

—¡No estés tan seguro!

—Ah, ya sacas las uñas... Apuesto a que eres tremenda cuando pierdes la calma.

—Quizá.

—¿Te gustaría que te dijese que te quiero?

—No. Porque no estoy nada segura de que me importes lo más mínimo.

—Pero te importo, aunque el pescador tenga todavía un pie en la puerta.

—Estás empezando ya a aburrirme, Alan.

Pero la excitación de la aventura contrarrestaba el hecho de que era, en efecto, un hombre aburrido. Dan hablaba de todo, de la guerra, de sus barcos, de sus sueños..., al menos cuando ella permitía que hubiese una conversación. Alan sólo hablaba de

las personas que conocía y de las cosas que comía... y de caballos. A Jean no le interesaban ni las comidas ni los caballos. Pero hacía el amor con ella, y eso no le aburría.

Unas semanas después de haberse acostado juntos, Jean le dijo un día, mientras almorzaban:

—Quiero una cosa, y no sé cómo conseguirlo. Quizá tú pudieras ayudarme.

—Quizá. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero saber con quién se ha estado acostando mi marido.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—¿Cómo sabes que se ha estado acostando con alguien? Tú me has dicho que es tu gustoso esclavo cuando quieres un esclavo. Quizá se satisface con la belleza y sus glándulas permanecen inactivas.

—No seas repugnante.

—En la cama, te gusta.

—No estamos en la cama. Dan puede ser cualquier cosa, pero es muy hombre. Bueno, ¿puedes ayudarme, o no?

—Quieres abrir una lata de gusanos. Mi querida Pandora, déjale que se acueste. En estos momentos, nosotros tenemos algo muy bueno en marcha, y si tu pescador se está acostando con alguna pelandusca..., bueno, es simple justicia. *Quid pro quo*, como dicen los abogados.

—Te he dicho que no seas obsceno. Y no me llames Pandora. No puedo soportar tus desdichadas metáforas.

—¡Al diablo con mis metáforas! Y si tus sospechas se confirman, ¿qué harás? ¿Divorciarte?

—No. Los Seldon no se divorcian.

—Bueno, hay una declaración de principio.

—Quieres ayudarme, ¿sí o no?

—Está bien. Tu marido tiene un asuntillo secreto, y quieres averiguarlo. Lo único que puedo sugerir es que contrates un detective.

—¿Hacen esa clase de cosas?

—Se ganan la vida con eso, querida.

—Yo no puedo mezclarme en ello —declaró en tono vacilante—. No puedo ir a una agencia de detectives. Lo comprendes, ¿verdad, Alan?

—Supongo que sí.

—¿Irás tú en mi lugar?

—Está bien. Iré a «Pinkerton». Son muy buenos en esta clase de cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi mujer los contrató. No eres la primera en pensar en esto, querida.

Al morir su padre, Clair Harvey había cobrado un seguro de diez mil dólares cuya existencia ignoraba, ya que había sido idea de Dan y Mark; en cuanto a ahorros, Jack Harvey no los tenía. Gastaba lo que ganaba, alegremente, a veces con esplendidez, con suma frecuencia con prodigalidad. Cuando Clair fue a vivir a casa de los Levy, buscó trabajo en Sausalito. Hasta que encontró un puesto de jornada reducida en la «Ferretería Grundy», procuró realizar en la casa tareas domésticas suficientes para pagarse su manutención, resistiendo a todos los argumentos de Sarah de que simplemente tenerla allí era ya pago sobrado. Cuando cobró el seguro, abandonó su trabajo en «Grundy», que le desagradaba profundamente, y, después de muchas discusiones, convenció a Sarah para que aceptara diez dólares semanales como pago de su pensión. Sarah y ella eran mujeres de recia personalidad, y ambas rozaron momentos de histeria antes de que el asunto quedara resuelto. La solución de Sarah fue ir metiendo el dinero en un tarro, del que algún día se lo devolvería como regalo.

Sin embargo, Clair distaba mucho de permanecer ociosa. No sólo continuaba ayudando en las tareas domésticas, sino que trabajaba también todos los días en la preparación de una historia —entre cinco y diez páginas— de las últimas veinticuatro horas, tanto dentro como fuera del establecimiento de los Levy... historia que era doblada, introducida en un sobre y cursada a Francia a la mañana siguiente. Cuando aquello hubo terminado, tenía en su poder sesenta y una cartas de Jake que leer y releer una y otra vez. Mientras se hallaba así ocupada se encontraba rodeada por la adoración de Martha Levy, que, a sus trece años y merced a la acción de numerosas glándulas de secreción interna, iba dejando de ser una gordezuela chiquilla para convertirse en una atractiva y curvilínea señorita.

En aquellos tiempos existía un proceso llamado «elocución» que, juntamente con las clases de música y de danza, constituía la actividad extraacadémica de toda señorita bien educada. Consistía en una técnica de recitación dramática, con mucha expresión, de selecciones que abarcaban desde Shakespeare hasta William Cullen Bryant y Eugene Field e incluían joyas tales como «*Oh capitán, mi capitán*» y «*Última arenga de Espartaco a sus hombres*». Martha disfrutaba con ello, y la necesaria correspondencia de Clair al interés de Martha en sus cartas era escuchar admirativamente su recitación del día. Con todo ello, ambas habían llegado a sentirse muy unidas. Clair permitía a Martha leer algunas de las cartas de Jake, y Martha escuchaba también, extasiada, las noticias que Clair daba a Jake, como, por ejemplo: «Dan dice que los que dirigen la “Overseas Shipping Company” están locos porque acaban de construir y botar un barco hecho de cemento. El gato de Martha se ha muerto».

—Pon su nombre —dijo Martha.

—«El gato se llamaba *Frederick*. ¿Sabías que ya están pasando tranvías por el

túnel de Dos Picos? Por cierto, que este fin de semana Martha y yo vamos a calafatear y pintar tu laúd. Amarillo con una franja horizontal. Billy Adams lo puso en la eslinga y nos lo sacó del agua. He estado leyendo *Antología de Spoon River*. Es precioso, y ayer te mandé un ejemplar, pero quién sabe si lo recibirás alguna vez. Dan ha estado con Steve Cassala en San Mateo y dice que él, o sea Steve, está muy bien y se le han curado las heridas, aunque todavía tiene trastornos de estómago. Sunny Jim (me refiero al alcalde Rolph, ya sabes) vino ayer a Marin County para entrevistarse con Mark y Dan. No sé por qué no pueden verse en la ciudad, pero Mark dice que a Sunny Jim le gusta Marin County y montar en el trasbordador siempre que tiene oportunidad. Creo que lo que más le gustan son los remolcadores porque eso es lo único de que hablaron —según Sarah— cuando estaban en la cocina, comiendo. Les puso pescado, y Dan, que no le gusta nada el pescado, se lo comió de todos modos».

—¿Crees que le gusta todo eso, la forma en que lo mezclas todo? —preguntó Martha—. Es muy bonito, Clair, pero no sé.

—Parece que sí que le gusta. Antes solía decirle lo mucho que le quería, pero eso le hacía sentirse desgraciado. Es natural.

—¿Por qué?

—Porque no podemos hacer nada sobre ello, y eso le hace sentirse desgraciado. Todavía se lo digo, pero no tanto.

—Supongo que sabes lo que haces. ¿Puedo ensayar ahora?

—¿Cuál?

—*La cualidad de la misericordia*.

—Muy bien. —Se tendió en la cama—. Ponle entusiasmo.

—Es mejor que mires.

—Estoy mirando. Fíjate, estoy medio incorporada.

—¿Hay alguien abajo? Quiero decirlo en voz muy alta. Dameon dice que tiene que oírse desde la galería.

—¿Quién diablos es Dameon?

—Dameon Fenwick. Nuestro profesor de declamación. Es estupendo.

Clair no podía contener la risa.

Dolida, Martha dijo:

—No le veo la gracia.

—Pero, querida, nadie tiene un nombre así. ¿Dameon Fenwick? Es inverosímil.

—Espera a que lo conozcas. Te vas a desmayar. Dice que yo tengo talento.

—Y yo también lo digo. ¿La galería?

—Allí es donde está la gente importante, los que no tienen dinero, pero aman el teatro. Deben poder oírlo todo.

Clair se levantó y cerró la puerta que daba a su dormitorio.

—Bien, adelante. *La cualidad de la misericordia*, de William Shakespeare.

—Ése no es el título de la obra. Es el gran parlamento de Porcia en *El mercader de Venecia*.

Al entrar un día en la cocina, Clair encontró a Sarah deshecha en lágrimas y con una carta en la mano. Clair no había recogido el correo, y, como la carta que Sarah tenía en la mano procedía evidentemente de Ultramar, Clair experimentó una eléctrica sacudida de terror.

—¿Qué ha pasado? —exclamó—. ¿Qué le ha pasado a Jake?

—Está bien. Ya no interviene en combate. Le han nombrado instructor y ha sido trasladado a una base de adiestramiento próxima a Nantes. ¿Te imaginas? Está fuera de peligro. ¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!

Las dos mujeres se abrazaron.

—Me has dado un susto horrible —dijo Clair—. Se me ha paralizado el corazón. ¿Por qué lloras cuando eres feliz? Eso es algo terrible.

—Lo sé, lo sé. Siéntate, querida. Prepararé café. Dime, ¿dónde está Nantes?

—Voy a traer el atlas.

Fue a buscar el libro, mientras Sarah ponía a hervir el café, y se inclinaron sobre el mapa de Francia.

—Aquí —exclamó Clair—. ¡Oh, estupendo, estupendo! Está muy lejos del frente. Tienen que dejarle allí, tienen que hacerlo. Déjame leerla.

La carta constituía un todo inconexo, llena de pasajes que el censor había tachado.

—No le gusta ser oficial. Bueno, a mí sí. Se siente culpable. ¡Oh, Jake, qué tonto eres!

—¿Quién es ese Maguire? —preguntó Sarah.

—¿Sabes? Yo creo que buscan a los hombres más estúpidos del Ejército y los hacen censores... o generales. Maguire era su sargento. Resultó muerto. Jake no ha dado nunca detalles, pero habla mucho de Maguire en sus cartas.

—Ojalá le mantengan allí.

—Sarah, Dan ha estado almorzando con el general Oglethorpe en el Presidio, y el general asegura que en Washington todo el mundo dice que la guerra terminará antes de un mes. Incluso dejó caer la insinuación de que los alemanes han hecho sondeos de paz.

—¡Dios lo quiera! —Sirvió el café—. Y, cuando Jake vuelva, ¿os casaréis?

—Si él me sigue queriendo...

—¡Qué tontería!

Hizo una pausa, y Clair la miró con aire interrogador.

—Bueno, no sé cómo decir esto. Mark se está volviendo judío otra vez, desde que Jake fue a Francia.

—¿No lo ha sido siempre?

—Sí y no. ¿Sabes? Yo nací en Rusia, en Kiev. Llegué aquí cuando tenía siete años, a Nueva York. Mi boda con Mark fue concertada por su padre antes de que yo le viera siquiera..., bueno, así es como se hacían antes las cosas. Y resultaba perfectamente. Supongo que podría haber sido mejor, pero también podría haber sido mucho peor, créeme. De todos modos, yo me eduqué en la fe ortodoxa, lo cual significa toda clase de reglas y rituales con los que no te voy a aburrir ahora...

—Ya sé —dijo Clair—. Alimentos *kosher* y todo eso.

—Sí. Al principio de nuestro matrimonio, solía discutir con Mark y me sentía dolida y asustada por la forma en que él prescindía de todo lo religioso. Había muchas cosas que Mark no sabía y, sobre todo, no le importaban. Su padre llegó a América en 1886, procedente de algún lugar de Polonia, y se puso a trabajar con un buhonero ambulante. ¿Querrás creer que, con sólo una carreta y una mula, él y su mujer cruzaron todo el país, desde Nueva York hasta San Francisco? Tardaron dos años, comprando y vendiendo pucheros y sartenes y ropas y todo lo que puedas imaginar, hasta que finalmente acabaron aquí. El padre de Mark aún conservaba algún sentimiento de ser judío, y fue uno de los que fundaron una sinagoga en San Francisco, pero Mark lo abandonó todo, y ahora ha decidido que es judío otra vez. Lo cual está muy bien, entiéndeme...

—Pero no le agrada la idea de que su hijo se case con una cristiana, ¿verdad?

—Mark te quiere, tú lo sabes. —Miró a Clair con curiosidad—. Nunca te lo he preguntado, querida. ¿Cuál es tu religión?

—¡Dios sabe!

—Pero tienes que saberlo.

—La verdad es que no lo sé, Sarah. Oh, estoy segura de ser alguna especie de protestante. Jack nunca hablaba de mi madre, y, por lo que a él se refiere, detestaba a los predicadores, tanto que espumeaba de furia cuando se encontraba con uno. Nunca ponía los pies en una iglesia. El pobre me dijo una vez que, cuando muriese, debía ser incinerado y sus cenizas esparcidas por la costa, porque allí es donde estaban todos sus camaradas.

—¿No te ha preocupado nunca no ser nada?

—No, porque soy yo misma.

—¿Crees en Dios?

—Nunca he pensado mucho en ello, Sarah. Oh, cuando Jake y yo paseábamos por la bahía en el laúd, con el viento soplando y el sol en lo alto del cielo, entonces pensaba que todo estaba bien y era como debía ser, pero, con esta piojosa guerra... ¿Tú crees en Dios, Sarah?

Ella asintió con la cabeza.

—No es que no me enfade con Él. Sólo que no soy lo bastante inteligente para comprender cómo hace las cosas. Clair —dijo—, si te pidiese que te hicieras judía,

¿lo harías?

Clair reflexionó unos instantes, con el ceño fruncido. Luego movió la cabeza.

—No.

—Pero ¿por qué no... si no eres ninguna otra cosa?

—Porque tengo que ser lo que soy, se trate de lo que se trate. Jake y yo hablábamos de eso, de lo que somos. Nunca tuvo para mí ninguna importancia el hecho de que Jake fuese judío. Detesto decir esto, Sarah, pero no creo que Mark y tú comprendáis en absoluto a Jake. Mark imagina que Jake entrará a trabajar en esos grandes almacenes que él y Dan están construyendo, pero tú sabes que no lo hará. A mí no me importaría hacer lo que tú y Mark queréis, pero creo que a Jake sí le importaría mucho.

—¿Cómo? ¿Cómo podría importarle a Jake?

—No puedo explicarlo. Yo no estaba simplemente acompañando a Jake cuando se fue a Europa. Somos como una sola persona. Yo tengo que ser lo que soy. Él tiene que ser lo que es. Ésa es la única forma en que puedo explicarlo.

En octubre de aquel año, con un apetito excitado, pero no saciado por la interminable carnicería que estaba teniendo lugar en Europa, la muerte comenzó a trabajar con algo llamado gripe, a falta de nombre mejor. En el Ejército morían más hombres de gripe que en combate, y en las ciudades los propietarios de funerarias, hasta entonces separados del aluvión de muerte por todo un océano, empezaron a recoger su parte de la sangrienta cosecha. Los hospitales se llenaron a rebosar, y día tras día fatigados caballos remolcaban carrozas fúnebres por las empinadas colinas de la ciudad. Sin que nadie supiera por qué —aunque los médicos lo explicaban como acción de una cosa llamada anticuerpos—, unos eran elegidos y otros se libraban. En la casa de Russian Hill predominó la buena salud, pero un día Dan recibió en su despacho una frenética llamada de May Ling.

—Ven en seguida, por favor.

Cuando llegó a la casita de Willow Street, el médico acababa de marcharse, encogiéndose fatigadamente de hombros y diciendo a May Ling, según informó ésta a Dan, que debía mantenerse fresco al niño por medio de compresas húmedas y tratar de hacerle beber la mayor cantidad posible de líquido. Durante el resto del día y toda la noche la fiebre del niño fue subiendo hasta alcanzar los cuarenta grados, mientras May Ling y Dan permanecían junto al lecho y rezaban y esperaban. Dan contemplaba llorar a May Ling. Era la primera vez que eso ocurría. Permanecían allí sentados, en silencio, observando desvalidamente la agonía de un pedazo de carne humana de once meses llamada Joseph, algo salido de sus propias entrañas y de su amor que se moría ante sus ojos. Se tocaban las manos. Cuando lo abrazaban era porque en el oscuro terror de la noche habían quedado reducidos a la nada, impotentes partículas

de un gigantesco y absurdo universo. Y luego, al filtrarse por las ventanas el primer grisáceo resplandor del alba, la fiebre hizo crisis.

Dan bajó la escalera, se preparó una bebida fuerte, la probó y la tiró. Una hora después, llegó la enfermera que Dan había buscado, y May Ling pudo dejar al niño y reunirse con él.

—¿Quieres desayunar algo? —preguntó a Dan.

Él negó con la cabeza.

—Creo que los dos deberíamos tomar algo —dijo ella—. No servirá de nada que nos pongamos enfermos. Joey estará bien ya. La enfermera dice que es así como suele ocurrir. Dice que los niños lo soportan mejor que las personas mayores. Te has pasado toda la noche fuera de casa, Dan. ¿No deberías telefonarles?

—Al diablo con ello.

—Tienes una familia e hijos.

—¿Sí? Creo que sólo te tengo a ti y a ese niño. Sois todo mi mundo. ¡El resto puede irse a hacer puñetas!

—Ya estás perfectamente —sonrió—. Pero no utilices ese lenguaje delante de la enfermera. Es una señorita muy remilgada.

May Ling entró en la cocina, y poco después Dan percibió el excitante olor a tocino friéndose. Comió vorazmente, tres huevos, seis lonchas de tocino, bollos con mantequilla y dos tazas de café.

—¿Sabes una cosa? —dijo May Ling—. Estás engordando.

—Primero me pides que coma...

—Si no te lo digo yo, ¿quién lo hará?

—He engordado un poco. Peso noventa y cinco kilogramos. Ya me ocuparé de ello.

—¿Sabes, Danny —preguntó ella—, sabes en qué he estado pensando casi toda la noche?

—En lo mismo que yo.

—No. Bueno, sí, creía que se iba a morir, y eso era como un hierro candente que se me hundía en el corazón. Pero más que eso he estado pensando en lo mucho que te quiero. Danny, ésta es una cosa que me prometí a mí misma no decir nunca, pero lo voy a decir. No me abandones, Danny... no me abandones nunca.

—Bueno, no empieces a llorar otra vez.

—No. Estoy muy cansada.

Se estaba quedando dormida sobre la mesa. Haciendo caso omiso de sus protestas, Dan la cogió en brazos, la llevó al dormitorio y la depositó sobre la cama. Se hallaba dormida ya mientras le quitaba los zapatos. Luego, Dan entró en la habitación de Joseph.

—¿Cómo está?

—Se repondrá —respondió la enfermera.

—Mi mujer está durmiendo. Déjela dormir todo el tiempo que pueda.

—¿Esa señora china es su mujer?

—Sí, señorita, lo es. —Dan sacó un fajo de billetes y separó cincuenta dólares—.

Tenga. Ese niño significa mucho para nosotros. Cuídelo bien.

La mentira había acudido con facilidad a sus labios..., pero ¿era una mentira? En su interior veía a May Ling como su mujer. Entonces, se preguntaba a sí mismo una y otra vez, ¿qué estoy haciendo con Jean?

Abandonó Willow Street y volvió a su casa. Eran las diez de la mañana y no había dormido; estaba sin afeitarse y tenía la ropa arrugada. Un solo día sin afeitarse dejaba en su rostro una máscara negroazulada, y, al entrar en la casa de Russian Hill, Jean le miró con una mezcla de ira y repugnancia.

—Maldito bastardo, ¿dónde has estado? —explotó.

—En Oakland. Hemos tenido un contratiempo en el muelle. Se rompió una de las redes de carga y resultaron heridos dos hombres.

—¿Y no se te ocurrió llamar?

Mentiras, mentiras, mentiras... rugía en su mente. ¿Qué estoy haciendo, santo Dios?

—He permanecido toda la noche con la muerte —dijo lentamente, con el rostro crispado de sufrimiento—. Tratando de ahuyentarla.

Estas palabras eran impropias de él, no encajaban con la idea que de él tenía Jean; era como si estuviera repitiendo una frase ajena. Su ira se disipó.

—Mamá está muy enferma —dijo—. Siento haberme enfadado tanto. Deberías haber llamado.

—Tienes razón. ¿Qué es, la gripe?

—Sí. Voy a ir allí ahora.

—Yo creo que necesito dormir —dijo él, muy lentamente—. Estoy cansado. Sólo unas horas.

—Te llamaré luego —dijo Jean, y se marchó.

Tendido en su cama, Dan se deslizó en una pesadilla. Primero, trató de recordar lo que acababa de decirle a Jean. Sus mentiras se estaban volviendo tan irreflexivas y fáciles que, una vez pronunciadas, escapaban a su memoria. Hacía una semana que había concluido el trato con Whittier. ¿Sabía Jean que los barcos ya no eran suyos? ¿Qué le había dicho? Que se había roto una red de carga. Bueno, la responsabilidad sería todavía suya; el contrato estipulaba que Whittier tomaría posesión solamente después de que los barcos dejaran sus cargamentos en Nueva York, Newark o San Francisco; pero ¿había algún barco destinado a Oakland? Creía que sí, pero su mente se resistía a funcionar correctamente. El *Anacreon* tenía prevista su llegada desde Hong Kong. ¡Al diablo! Que lo averigüe ella. Quedó adormilado tratando de recordar

qué significaba el nombre *Anacreon*, si es que significaba algo. Luego, en su sueño, se encontraba en el muelle, bajo una abultada red de carga, y ésta se rompió. Un timbre de alarma resonaba en sus oídos, pero era demasiado tarde, y, lentamente, como si estuvieran contenidas en el interior de una gelatina transparente, las grandes cajas descendían hacia él.

Le despertó el teléfono. Era Hemmings, el mayordomo de los Seldon, quien preguntó si estaba hablando con míster Daniel Lavette.

—Sí, sí.

—Mistress Lavette me ha pedido que le telefonee, señor. Es para comunicarle una penosa noticia. Mistress Thomas Seldon acaba de fallecer. Mistress Lavette permanecerá aquí hasta que llegue usted.

Dan se desnudó, tomó una ducha y se afeitó, irritado por su propia falta de piedad, pena o remordimiento. Pero, por otra parte, apenas si había llegado a conocer a su suegra. Durante sus siete años de matrimonio, ella había permanecido atrincherada tras su rígida barrera de orgullo familiar y de clase, sin olvidar, ni por un momento, que si bien vivía en California, su familia, los Asquith, era de Boston y se hallaba emparentada con los Adams y los Lodge. Podía contar con los dedos de una mano las veces en que se había visto obligado a besar su fría mejilla, y, aunque nunca se había mostrado desagradable con él, no podía recordar que se hubiera mostrado alguna vez amable.

Thomas Seldon abrió a Dan la puerta de su casa y dijo, con voz entrecortada:

—Me alegro de verte, hijo. Tendrás que ocuparte de las cosas. Yo no estoy en condiciones de pensar, y la pobre Jean está destrozada. Es como si se hubiera derrumbado el mundo entero..., era demasiado joven, demasiado joven.

Dos días después se celebraron los funerales por Mary Seldon en la cripta de los Fundadores, de la aún inacabada catedral de la Gracia, que podía verse desde la residencia de los Seldon. A pesar de que la cripta era insuficiente para contener a todas las personas que deberían asistir a la ceremonia, Thomas Seldon especificó a Dan su deseo de que fuera allí y no en ningún otro lugar. Una pequeña finca que su mujer poseía en Nob Hill había sido legada a la catedral. En esta decisión, Seldon estaba siguiendo los deseos de su esposa; y durante los dos días siguientes a su muerte, habló largamente con Dan de éste y otros asuntos. Dan advirtió con cierta sorpresa que Seldon se estaba aferrando desesperadamente a él, que uno de los tres o cuatro hombres más ricos y poderosos de San Francisco se hallaba, a todos los efectos, completamente solo en el mundo, sin nadie más a quien creyera poder volverse. Dan se ocupó de todas las disposiciones. El obispo Nichols pronunció la oración fúnebre, ensalzando a Mary Seldon como mujer cuya bondad y belleza serían largo tiempo recordadas y cuya generosidad había contribuido de modo tan altruista a la construcción de la gran catedral episcopaliana que algún día se alzaría sobre

aquella cripta.

Pocos días después, Dan, Jean y Thomas Seldon se reunieron en la biblioteca de la mansión Seldon para la lectura del testamento de Mary Seldon. Había unos cuantos legados a varias obras de caridad. El grueso de sus bienes, diez mil acciones del «Seldon Bank», algunas otras acciones y bonos, así como cincuenta mil dólares en metálico, pasaban a su hija, Jean.

Mientras adiestraba a unos reclutas, enseñándoles a arrastrarse sobre el vientre, con la cabeza baja y empujando ante ellos el fusil, el teniente Jacob Levy fue informado de que era requerida su presencia en el cuartel general del puesto. Allí, el coronel Albert Broderick le dijo:

—Lo siento, Jake, pero la luna de miel ha terminado. Se ha levantado la veda de los tenientes. Quedas a las órdenes de Jones. Irás al frente mañana por la mañana. Ojalá tuviéramos algún otro que mandar.

—Quizá tenga suerte —dijo Jake.

—Así lo espero.

Pero no tenía ninguna fe en su suerte; la había agotado. Había hecho amigos, buenos amigos, la clase de amigos que te abrazan y miran a la muerte por tus ojos, y todos estaban muertos. Hasta Steve Cassala había caído despanzurrado, y pensó en Steve mientras su vehículo de mando traqueteaba y se bamboleaba por una fangosa carretera que atravesaba el bosque de Argonne. Había estado llovisnando; luego, el sol disipó la niebla, iluminando los torturados y ennegrecidos muñones que en otro tiempo fueran árboles en el enloquecido paisaje.

Cuando llegó a su unidad, no hubo bienvenida. Los tenientes eran hombres condenados, y los hombres que sólo estaban medio condenados le miraron con rostros barbudos, inexpresivos, fatigados, muertos ya sus ojos. Su capitán le saludó con un gesto, cogió sus papeles, le dijo que mantuviera baja la cabeza y le condujo a su refugio.

—Duerma un poco —le aconsejó el capitán—. Ha habido demasiada calma. Mañana se desatará el infierno.

Pero todo estaba tranquilo aquella noche. Jake no durmió. Permanecía allí tendido pensando. Dejaba que las imágenes cruzaran su mente, imágenes de cosas que estaba convencido que no volvería a ver, el sol sobre las aguas de la bahía Richardson, el laúd deslizándose ante Punta San Pedro en aquel largo viaje que había hecho con Clair hasta Petaluma Creek, la quietud reinante mientras permanecían durante horas a la deriva, sosegados y contentos, la vieja casa española de Sausalito, su madre y su padre. Se los representaba a todos y permanecía despierto en su pozo de melancolía. Le venció el sopor. La voz del capitán le llegó a través de la ampolla de luz que señalaba la entrada al refugio, sin aspereza, extrañamente dulce:

—Levy, afortunado hijo de puta.

Se incorporó, se puso las botas y miró al capitán.

—Escuche.

Reinaba el silencio. Se oían voces fuera, pero, por lo demás, la calma era absoluta.

—Creo que ha terminado —dijo, titubeante, el capitán.

Jake salió de la trinchera. Los hombres estaban apoyados en lo alto del parapeto, mirando por encima de la tierra reventada y surcada de alambradas que les separaba del enemigo. No disparaba ningún arma ni estallaba ningún obús. El silencio era sobrenatural, increíble, sin que lo quebraran gritos ni llantos ni ruido alguno que no fuesen las voces apenas musitadas de los hombres, hablándose unos a otros casi en susurros.

Aquella tarde llegó la noticia de que el káiser Guillermo había abdicado y de que el príncipe Maximiliano de Baden, canciller de Alemania, había renunciado.

La guerra había terminado.

En San Francisco, Mark estaba junto a la ventana de su despacho en los grandes almacenes, contemplando el desenfrenado júbilo que bullía abajo, una inmensa multitud danzando y contorsionándose, gentes desconocidas entre sí abrazándose efusivamente, y cientos de ellas llevando máscaras antigases para protegerse de la silenciosa muerte de gripe que había salido de las trincheras y se había extendido por todo el mundo. Cuando Dan entró en el despacho, Mark no se movió.

—Esto exige un trago —dijo Dan.

—¡Lárgate, Danny!

—¿Qué?

—¡Lárgate y déjame solo!

—¡Cristo, Mark, ha terminado! ¡Terminado!

Mark se volvió hacia él, parpadeando para contener las lágrimas.

—¿Qué es lo que ha terminado? ¿Está Jake vivo o muerto? Dime qué ha terminado. He estado una hora al teléfono con Sarah. Dile a ella que ha terminado.

—Jake está perfectamente.

—¿Cómo infiernos lo sabes? —exclamó Mark.

Dan se acercó y le pasó el brazo por el hombro.

—Vamos, muchacho. ¿Cuántas veces me has dicho que el chico es un superviviente? No le pasa nada. Mira, vamos a hacer una cosa, tomamos unas copas y luego buscamos a Jim Rolph y hablamos con él por teléfono. Hay formas de averiguar cómo le va a Jake. Y Sunny Jim está en deuda con nosotros. Mark, las malas noticias llegan muy rápidamente. Por ahora, no tenemos más que buenas noticias, así que vamos a un bar a tomar unas copas.

Stephan Cassala había sido un muchacho tranquilo y estudioso, muy comedido y nada agresivo. Estas cualidades se acentuaron en el hombre. Volvió a trabajar en el Banco. Tenía solamente veintitrés años, pero su flaco rostro parecía corresponder a un hombre mucho mayor. Era alto, esbelto, atractivo. Su padre le adoraba y todos los días daba las gracias a Dios por su recuperación; y, progresivamente, fue acostumbrándose a volverse a él en las dificultades. Aunque el «Banco de Sonoma» era todavía una institución pequeña, no por ello dejaba de ser importante, y se hallaba en proceso de crecimiento. Cuando Anthony Cassala quiso comprar un inmueble en California Street —puesto que apenas si cabía ya en el pequeño espacio de Montgomery Street—, fue Stephan quien persuadió a su padre para que se quedaran donde estaban y para que levantase sobre sus cabezas una superestructura de nueve pisos mientras continuaban sus negocios. Montgomery Street era el lugar en que debían permanecer, costara lo que costase.

Stephan podía ser decisivo en este tipo de asuntos. En otros aspectos parecía no tener voluntad propia. Dolores Vincente era una compatriota de Maria y tenía una hija de diecisiete años llamada Joanna. Los Vincente vivían en la ciudad, donde Ralph Vincente poseía una tienda de comestibles. Joanna Vincente era una muchacha sosegada y bastante bonita, de ojos grandes y oscuros y una mata de finos cabellos negros. Durante años, Maria Cassala y Dolores Vincente habían estado planeando una boda entre sus respectivos hijos, y Joanna se convirtió ahora en huésped de la casa de los Cassala en San Mateo. Su dulzura y su timidez atraían a Stephan; no estaba enamorado de ella, pero, en realidad, nunca había estado enamorado de ninguna mujer; no había ninguna fuerza en su interior que le impulsara a casarse con ella, pero tampoco había en él ninguna fuerza que le apartara de hacerlo.

Ciertamente, Joanna era una chica tranquila, modesta y que no presentaba absolutamente ninguna exigencia. Rosa y Maria la adoraban, y cayó en la vida de la gran casa de San Mateo sin producir apenas una leve ondulación en su superficie. Durante los fines de semana, la casa se llenaba de invitados, y todos se deshacían en alabanzas a Joanna. Maria veía en ella la nuera perfecta, y también Anthony indicó a Stephan que ya era hora de que se casase y se asentara.

En realidad, todo sucedió por sí solo, y Stephan dejó que sucediera. La ceremonia nupcial tuvo lugar en la iglesia católica de San Mateo, en Notre Dame Avenue, donde las lágrimas de Maria habían humedecido tantas veces la barandilla del altar, y después se celebró una fiesta en casa de los Cassala. Cassala había levantado allí tres grandes pabellones, uno con una pista de baile y los otros dos abarrotados de mesas, sillas y verdaderas montañas de alimentos. Fueron invitadas más de doscientas personas. Jean Lavette se excusó de asistir con la comprensible explicación de que estaba demasiado reciente la muerte de su madre, y en un acontecimiento público

como aquél difícilmente podía hallarse presente May Ling. Pero fueron Dan y Mark y Sarah Levy, llevando consigo a Clair Harvey y Martha Levy. Recién cumplidos los catorce años, Martha estaba floreciendo en plena feminidad. Era una muchacha burbujeante, efervescente, tan llena de vida, energía y excitación, que quienes la veían se encontraban luego buscándola una y otra vez mientras la fiesta proseguía.

Stephan bailó con ella, y luego se dio cuenta de que la estaba buscando, tratando de encontrarla entre la multitud. Cuando la divisó, sintió una punzada de angustia, una especie de desesperada excitación.

En un momento dado, ella le dijo:

—¡Oh, Stephan, tu mujer es encantadora! ¡Parece una Madonna!

Y, en reacción a sus palabras, él experimentó una sensación de pérdida, de terrible y dolorosa pérdida.

Alan Brocker había sido una de las personas presentes en el funeral de Mary Seldon, pero no había hablado con Jean en aquella ocasión. Aguardó varias semanas, esperando recibir noticias de ella, y, al no ser así, le telefoneó y concertó una cita para almorzar. Jean no se mostró cordial ni fría, sino, simplemente, natural, y sugirió que almorzaran en el «Fairmont». «La mejor forma de ocultar una relación, Alan — explicó—, es no intentar ocultarla».

Cuando estuvieron sentados a la mesa, Alan la miró pensativamente y observó que había cambiado desde la muerte de su madre.

—¿Sí? ¿En qué?

—Aún no lo sé. ¿Lo has pasado mal?

—Quería a mi madre. No resulta fácil.

—¿Y ahora?

—Completamente capaz de enfrentarme al mundo.

—¿Me permites decirte que estás más bella que nunca?

—Gracias. ¿Para qué es el champaña? —Había llegado una botella en su cubo de hielo.

—Aprovecho todas las oportunidades. Vamos a tener Ley Seca, querida. Esto será un sueño fantástico.

El camarero llenó las copas, y Alan levantó la suya.

—¡Por los vivos! No quiero parecer insensible, querida, pero tengo una tía y tres amigos que han muerto de gripe. Sé bienvenida.

—No estés tan condenadamente seguro de ti mismo. Aunque sólo sea por una vez, da algunas muestras de humildad.

—Lo hago, mi querida Jean. Desempeño encargos encomendados. Pareces olvidarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Pinkerton. El informe sobre tu marido errante. —Sacó del bolsillo un fajo de papeles doblado—. Vale seiscientos dólares. No te importe. Es un regalo, pero no un regalo insignificante.

—Lo había olvidado por completo. Lo pagaré, no te preocupes.

—Te he dicho que es un regalo.

Ella desdobló el fajo de papeles y lo miró.

—¿Lo has leído?

—Podría mentir y decirte que triunfó el honor y que no lo he leído.

—No te lo reprocho —dijo ella.

Quería guardarlo en su bolso, sin leerlo, pero no pudo resistir. Sus ojos se posaron hacia la mitad de la página: «Desde el 16 hasta el 28 de septiembre, el sujeto realizó siete visitas a la casa de Willow Street. El 16 de septiembre llegó a la una de la tarde. Se le vio abrazar a la mujer oriental que le abrió la puerta. Dicho día salió del lugar a las 2,45 de la tarde. El 18 de septiembre llegó a la mencionada casa de Willow Street a las 7,20 de la tarde. De conformidad con lo estipulado, se mantuvo la vigilancia hasta la medianoche, hora a la que el sujeto no había salido. La vigilancia se reanudó el día siguiente ante la residencia de Russian Hill, de la cual se le vio salir a las 8,12 de la mañana...». Dejó de leer y miró a Alan Brocker.

—Puedes seguir leyendo si quieres. No me importa.

—Eres muy generoso.

—Podía haber encargado una vigilancia de veinticuatro horas. Eso habría duplicado el precio, y no creo que hubieras averiguado nada más.

—Gracias.

Sin poder dominarse, Jean estaba hojeando las páginas.

—No sé si compadecerte o no —dijo él—. Depende de cómo lo mires.

—No necesito compasión —exclamó ella, con brusquedad.

—¡Oh, por el amor de Dios, Jean, cálmate! ¿Qué esperabas? No has estado acostándote con él, y, evidentemente, no es un eunuco.

—¿No puedes callarte?

—Como quieras. ¿Encargo comida para los dos?

—No tengo hambre.

—La encargaré de todos modos.

Llamó al camarero e hizo el pedido para los dos.

—Chuletas y ensalada —dijo a Jean—. Muy sencilla.

Ella dobló el informe y se lo guardó en el bolso.

—Y el niño... —dijo lentamente—, ¿crees que es suyo?

—Posiblemente. Hay formas de averiguarlo si necesitas saberlo. ¿Sabes quién puede ser esa mujer china?

—Puedo adivinarlo.

—Estás furiosa, ¿verdad?

—No estoy complacida precisamente.

—Por otra parte, tienes en tu poder lo que podríamos llamar un arma inestimable.

—Me doy cuenta.

—¿Te propones enfrentarte a él con ella?

—Eso no es cosa tuya.

—Sin embargo, como amigo de la familia, siento curiosidad.

Ella le observó astutamente.

—Mi querido Alan —dijo—. Voy a satisfacer tu curiosidad. En un momento dado, que sólo yo decidiré, discutiré estos asuntos con mi marido. Ese momento permanece en el futuro. ¿Comprendes? El futuro. Entre tanto, no debes imaginar ni por un instante que también tú tienes un arma. Si sale de ti una sola palabra de esto, una sola palabra, fíjate bien, le diré a Dan que todo partió de ti. ¿Y sabes lo que él podría hacer?

—Los latinos son muy temperamentales.

—Sí, podría matarte. Y de forma nada agradable.

—Hubiera pensado que podías confiar en mí.

—Me gustas —dijo ella, sonriendo—. Me gusta tu aspecto y tu forma de hacer el amor. Así que seguiremos siendo amigos y no hablaremos de confianza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El camarero sirvió los platos.

—Come —dijo Alan—. Siempre se siente uno mejor después de comer.

Jean empezó a comer con excelente apetito. Brocker la contempló en silencio durante un rato y luego dijo:

—Una cosa sólo, querida. ¿Por qué no te divorcias de él?

—¿Conoces alguna divorciada que no inspire compasión, Alan? Yo, no. Y nadie me va a compadecer a mí. ¿Y quieres que te diga otra cosa? Algún día, Dan Lavette será el hombre más rico y poderoso de este Estado. Será el dueño de California. Pero yo seré la dueña de Dan Lavette. Piensa en ello.

La inauguración de los nuevos «Almacenes L & L», los mayores, más espléndidos y más elegantes grandes almacenes al oeste de Chicago, constituyó, en palabras de Mark Levy, «un acontecimiento histórico para esta reina de todas las ciudades americanas».

Cierto que el proyectado principal beneficiario de los esfuerzos de Mark continuaba con las fuerzas expedicionarias aliadas en la Alemania ocupada, pero, como se encontraba vivo y en perfecta salud, su ausencia no menguaba en absoluto la alegría de la ocasión. Las dos enormes y malignas fuerzas mortales, la Guerra Mundial y la epidemia de gripe, pertenecían ya al pasado, y, si bien una cosa

impredicable llamada Prohibición se cernía sobre el país, se estaba iniciando en aquellos momentos una nueva era de luz y esperanza. Una época en que las renacidas naciones de la Tierra se abrazaban en una poderosa Liga destinada a terminar definitivamente con la guerra e instaurar la comunidad humana. Existían, desde luego, ciertos factores inquietantes, como la aparición de un hombre llamado Lenin al frente de una revolución bolchevique en Rusia, pero eso no era más que un fenómeno temporal. El huno había sido devuelto a su cubil, y la guerra que había de poner fin a todas las guerras había terminado.

Como orador principal de la ceremonia desarrollada ante «L & L», el alcalde Sunny Jim Rolph abundó en los puntos anteriores y se unió luego al canto de *Sonrisas*, que no sólo era su propio tema musical preferido sino también, en cierto modo, uno de los temas musicales de las Fuerzas Expedicionarias Americanas. «Hay sonrisas que te hacen feliz, hay sonrisas que te ponen contento», retumbaba sobre las demás su excelente voz de barítono.

Mark Levy, con las sienes canosas y casi calvo ya a sus cuarenta años, había preparado detallada y cuidadosamente su pequeño discurso.

—Un establecimiento como éste —dijo— no es tan sólo un bazar en el que se venden cosas al público; es un sello de calidad, un símbolo de la civilización que hemos construido aquí, en las orillas del poderoso océano Pacífico. Nuestros padres y nuestros abuelos llegaron aquí con sólo sus manos desnudas y las ropas que llevaban puestas. Todos nosotros somos inmigrantes. Hemos trabajado y ahorrado y construido. Y en los mostradores de estos grandes almacenes se encontrarán los productos de esta grande e industriosa nación. Ningún establecimiento como éste existió jamás en el gran Estado de California, y todos los habitantes de la comarca de la bahía deben enorgullecerse de su actual existencia.

Dan se mostraba cuidadoso y paciente en su aproximación a su suegro. No tenía prisa. Para el final de la guerra, el precio por tonelada de la construcción de buques de pasajeros había subido unos quinientos dólares, elevando a más de quince millones de dólares el coste de un buque como el que él proyectaba. Pero nadie estaba construyendo buques de pasajeros. Todos los astilleros de la nación se hallaban creando frenéticamente barcos de carga... y entonces terminó la guerra. Mientras tanto, Dan esperaba. No pensaba ya en un solo barco, sino en dos, el principio de una poderosa flota. Contrató a Alton Jones, el mejor ingeniero naval de la costa, para que comenzase a trabajar en los planos.

Con la venta de los dos barcos de carga tenía tiempo de sobra, pero no sentía el menor deseo de intervenir ni inmiscuirse en el funcionamiento del nuevo establecimiento comercial. Eso se lo dejó por entero a Mark y Feng Wo. Invirtió en varias parcelas de tierra de Daly City y adquirió varios inmuebles cerca de Lincoln

Park.

Examinaba atentamente cada nueva serie de dibujos de los barcos y estudiaba los planos de trasatlánticos tales como el viejo *Oceanic*, de la «White Star», el *Mauritania*, de la «Cunard», y el *Crownprince Cecilie*, de la «North German Lloyd».

Gran parte de esto lo hacía en casa de May Ling, y aquellos días fueron los más felices que había conocido jamás. A veces, llegaba allí por la mañana, extendía sus planos por el suelo y luego los escudriñaba, mientras su hijo, Joseph, hacía todo lo posible por arrugarlos y romperlos; después, los dos rodaban por el suelo, Dan gruñendo y bufando como un enorme oso, y Joseph escabulléndose con fingido terror.

—¿Alguna vez juegas así con Tom y Barbara? —le preguntó un día May Ling.

—No..., no puedo decir que lo haga.

—¿Por qué?

—No me atrevería. Wendy Jones me llamaría al orden.

—Pero son tus hijos, Dan.

—Son hijos de Jean.

—Danny, ¿qué clase de vida llevas? Eres padre de dos niños y ni siquiera te atreves a jugar con ellos. Vives con una mujer con la que no has tenido la menor relación sexual en varios años, sin amor y sin camaradería. No quiero regañarte, Danny, y tú sabes que no he hablado de esto durante meses... pero estás tan lleno de temores y de sentimientos de culpabilidad que ni siquiera compartes mi cama por la noche. ¿Y qué clase de mujer es ella, que no le importa?

—Dame un poco de tiempo, nena.

—¿Para qué, Danny?

—Voy a dejarla. Ya te lo dije, May Ling.

Compró una muñeca enorme que abría y cerraba los ojos y tenía un sedoso pelo amarillo de imitación y entró con ella en la habitación de los niños para conquistar a la pequeña niña de ojos grises que siempre le saludaba con aire azorado. Barbara estaba ya en la cama, y se le iluminó la cara al ver la muñeca, pero Wendy Jones se interpuso.

—Bueno, ahora no, míster Lavette. A la hora de dormir, no.

—¿Por qué? He traído una muñeca para ella.

—Y la excitación la mantendrá despierta durante horas.

—¿Por qué?

Sin darse cuenta, su voz se tornó áspera y fría. «Esta zorra —pensó—. ¡Cristo, cómo la odio!».

—Porque es una niña.

Apartó a miss Jones de un empujón, y la sonrisa, se desvaneció en el rostro de la

niña. Le tendió la muñeca. Había salido mal, siempre salía mal.

—¿No te gusta? —preguntó a Barbara.

Miss Jones permanecía allí, con el rostro tenso de ira, y Barbara empezó a llorar. Dan le puso al lado la muñeca, titubeó, se volvió a mirar a miss Jones y, acto seguido, salió a grandes zancadas de la habitación. Abajo, en su despacho, se dejó caer en un sillón y permaneció allí, preguntándose por qué... por qué había barreras entre aquellos dos niños y él. Había pensado en la muñeca y en la forma en que se la daría; lo había preparado todo mentalmente, y luego aquella zorra de la Jones lo había destruido. Pero ¿lo había hecho?

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró—. ¿Qué estoy haciendo aquí? Estoy en la casa de Seldon. Siempre he estado en casa de Seldon.

Aproximadamente en el mismo momento en que el Congreso de los Estados Unidos pasaba por encima del veto del presidente Wilson a la Ley Volstead y establecía la Prohibición como ley del país, el teniente Jacob Levy desembarcaba en Hoboken. Dos días después era licenciado del Ejército de los Estados Unidos, y el primer día de noviembre de 1919 se encontraba en la cubierta de un trasbordador, cruzando desde Nueva Jersey a Nueva York. La gente que le veía difícilmente hubiera creído que le faltaban aún varias semanas para cumplir veintiún años. Tenía el rostro demacrado, los azules ojos —tan parecidos a los de su madre— hundidos, el cuerpo flaco y enjuto. El trasbordador estaba abarrotado de soldados, pero él permanecía solo, silencioso y grave, sumido en sus pensamientos y recuerdos. Sin embargo, se sentía interesado por el gran río, los barcos, la mole poderosa de la ciudad, el sonido, la vista y la energía de aquel lugar que era el borde más próximo de su país natal, el olor a salada espuma, el aullido de las sirenas y los grandes rascacielos que se elevaban hacia el firmamento.

Pocas horas después, subía a un tren en la Gran Central Station y comenzaba su viaje hacia el Oeste. Había escrito unas letras a Clair cuando le llegó a Europa la orden de repatriación, pero no había vuelto a hacerlo desde entonces. Se habían cruzado demasiadas cartas; ya no tenía nada más que decir por escrito. En Chicago había una parada de cuatro horas, pero se sentía demasiado apagado y deprimido para visitar la ciudad, y se pasó todo el tiempo en la estación, con su equipaje, leyendo periódicos y revistas. Pero al oeste de Chicago empezó a experimentar la tierra y una sensación de regreso al hogar, especialmente cuando las llanuras dejaron paso a las colinas cubiertas de mezquites. La emoción ascendió desde lo más profundo de su ser, y su apatía se convirtió en ansia devoradora. Contaba las millas y las horas. Se encontró a sí mismo sonriendo y hablando cortésmente con personas que deseaban mostrar su respeto y admiración hacia su uniforme, en lugar de ignorarlas y apartarse. Se desvaneció su sensación de alejamiento y enojo hacia aquellos hombres y mujeres

que hablaban de la guerra tan locuazmente y que no tenían la más mínima idea de lo que era la guerra; y empezó a aceptar el hecho de que el parloteo insustancial constituía el comportamiento habitual del género humano. Escuchaba las necesidades sin irritarse, y empezó a crear en su mente conversaciones con Clair.

Extrañamente, le resultaba difícil representársela. Podía definirla, sus largas piernas, su piel pecosa, sus cabellos rojos, pero la mujer se le escapaba. Su deseo de ella crecía como una enfermedad, y en la última fase de su viaje el movimiento se redujo al frustrador avance de un caracol. Le parecía a Jake que llevaba viajando una eternidad, a través de Alemania hasta Francia, a través de Francia hasta Cherburgo, desde allí hasta Southampton, y luego, once interminables días a través del océano hasta Hoboken, y más tarde un infinito espacio de tiempo a través del país, y ahora en un trasbordador que estaba tardando una eternidad en trasladarse desde San Francisco hasta Sausalito. No tenía ojos para la espléndida belleza de aquella mañana, la niebla deslizándose bajo el Golden Gate, un haz de luz solar derramándose sobre la bahía, las azules aguas agitadas en pequeñas olas coronadas de espuma, y, frente a él, Marin County, que él y Clair habían señalado tantas veces como el lugar más hermoso de la tierra de Dios, con sus oscuras colinas emergiendo sobre la niebla... todo esto carecía de significado porque en su interior bullía un sollozante y desesperado anhelo de llegar al hogar.

Un rechinante taxi le llevó desde el desembarcadero hasta la casa colonial española, en lo alto de la colina, y de nuevo las pocas millas parecieron tardar una eternidad. Pagó el taxi, y éste se alejó. Permaneció allí, con la maleta en el suelo, a su lado. ¿Dónde estaban?

Entonces, la oyó gritar, y Clair salió de la casa, corrió hacia él y le estrechó entre sus brazos. Todo era como él había soñado y orado que fuese.

Thomas Seldon invitó a su hija a cenar en su casa. Dejó bien sentado que Dan debía acompañarla. Cualesquiera que fuesen los rumores que sobre sus relaciones hubieran llegado hasta él, no era cosa de que hablara con ninguno de ellos; insistió, sin embargo, en que quería que se hallaran presentes los dos y que tenía que hablar de asuntos importantes con Dan. Después de la muerte de su mujer, su hermana, Virginia Carter, viuda de cincuenta y tantos años, se había instalado en la casa de Nob Hill, asumiendo las obligaciones de ama de casa y anfitriona, y, cuando se sentaron a cenar, estaban solos los cuatro, Dan y Jean y Seldon y su hermana.

Mistress Carter se mostró sumamente horrorizada ante el aspecto de Jean y declaró sin rodeos que, en su opinión, el atuendo de Jean rebasaba los límites de la decencia. Jean sonrió complacida y lo aceptó como un cumplido. Llevaba una chaqueta de cuello alto color borgoña y estilo Directorio, una blusa de seda transparente, corbata negra y una falda festoneada de trencilla que le llegaba

justamente debajo de las rodillas. Con escaarpines de terciopelo y medias negras, el efecto era tal que su padre movió la cabeza y murmuró que estaba condenadamente hermosa.

—¿Cómo puedes permitirlo, Daniel? —le preguntó mistress Carter.

—Mi querida Virginia —dijo Jean—, Dan ni permite ni prohíbe. Y, si una pierna de mujer escandaliza, bueno, pues San Francisco tendrá que escandalizarse. Esto es una creación de Pierre Lazai, y en París todas las mujeres llevan faldas así de cortas.

—Me parece horrible —declaró mistress Carter.

Dan no expresó ninguna opinión. Una parte de él era totalmente esclavo de su belleza, y estaba de acuerdo con Seldon en que nunca había estado más hermosa que aquella noche. Él nunca rehuía el enorme distintivo del permiso; cualquier cosa que ella pensara de él, cualquiera que fuese la aversión que sentía hacia su cuerpo, sus modales y su persona entera, ella permitía su posición como marido suyo, y ese permiso era en parte propiedad. Un hombre era juzgado por lo que poseía; su propiedad era más de lo que él era. Él nunca pondría los pies en una de las grandes residencias de San Francisco con May Ling a su lado; nunca la llevaría al «Fairmont», ni a la ópera ni al teatro. Éstos eran lugares de propiedad, de posesión y de permiso.

Cuando Hemmings, el mayordomo, de casi setenta años ya, hubo retirado los platos de postre y servido el coñac, Seldon sugirió que las damas les dejaran solos a él y a Dan.

Sonriendo mientras se levantaba, Jean dijo:

—Pronto, papá, esta antigua costumbre tuya seguirá el mismo camino que las faldas hasta los tobillos que tanto adora tía Virginia. Pondremos el tocadiscos. Confío que no os molestará la música.

Las mujeres salieron, y los dos hombres se sentaron y encendieron sus cigarros.

—Tengo veinte cajas de ese coñac en mi bodega, Dan —dijo Seldon—, así que bebe sin cuidado. ¿Qué opinas de esa estupidez de Prohibición?

—Que es una estupidez. La suprimirán antes de que pase un año.

—¿Quién sabe? Bueno, nada ha cambiado. Salvo que ahora me telefonean y me suplican para comprar buen whisky de centeno por cajas. ¿Crees que intentarán alguna vez hacer cumplir esa maldita ley?

—¿Cómo? Se necesitaría un ejército. Yo no soy un gran bebedor, pero los amigos de Jean se están abrevando como camellos. Donde antes comprábamos una caja, ahora compramos cuatro.

—Los amigos de Jean..., bueno, no quiero hablar de eso esta noche. Quiero hablar de esos barcos tuyos.

—¡Oh! ¿Se lo ha contado Jean?

—Naturalmente. Y Alton Jones es socio de nuestro club. Lleva más de un año

trabajando en tus planos.

—Sí, en conjunto sí.

—¿Cuánto te cobra? ¿O no debo preguntarlo?

—Un ojo de la cara. Más de lo que pagué por el *Oregon Queen*, y sólo se trata de planos.

—Bueno, nunca volverás a ver un dólar de 1914. Esta maldita inflación no se detendrá jamás. A propósito, ¿sabes que casi arruinas a Grant Whittier?

—¡Oh, bueno! Yo no le obligué. Él estaba tan ansioso de comprar nuestros barcos, que no podía impedírselo.

—Pues ahora carecen por completo de valor. Es imposible desprenderse de cargueros de ese tonelaje. ¿Quién iba a pensar que el transporte marítimo caería de esa manera?

—Yo lo pensaba.

—Sí, tú sí. Bueno, no voy a llorar por Whittier. Hablemos de esos trasatlánticos de lujo tuyos. Háblame de ellos.

—No es una cosa pequeña —declaró Dan.

—No, no espero nada pequeño de ti.

—Estamos trazando planes para dos buques, de unas treinta mil toneladas de desplazamiento cada uno. He diseñado unos itinerarios que abarcan medio mundo. De Nueva York a Europa, de Nueva York a California, pasando por el canal de Panamá, y de San Francisco a las islas Hawai. El mundo entero está cambiando ahora que ha terminado la guerra. No ha habido ningún crucero a Europa desde 1914, y creo que este nuevo canal de Panamá hará más accesible a California. Venderemos cruceros en los que el propio barco será un hotel flotante, con piscinas, las mejores comidas y toda clase de comodidades. Hay todo un ejército de nuevos ricos salidos de esta guerra, y les daremos una forma de gastarse el dinero. Por lo que se refiere a las Hawai, mi idea es construir un hotel en Waikiki Beach y hospedar en él a los que utilicen nuestros cruceros. Necesitaremos espacio de atraque en Nueva York también, y supongo que tendremos que abrir oficinas en la costa Este. Lo que he dicho es sólo un esbozo muy superficial de todo el asunto, pero creo que le dará una idea de nuestros proyectos.

Seldon movió la cabeza y sonrió.

—Eres un hombre interesante, Dan. Nos encontramos en una depresión absoluta del transporte marítimo. No habría un solo carguero americano a flote si no fuese por las subvenciones oficiales, y sólo Dios sabe cuál será el futuro de la marina mercante americana. Y tú sales con un proyecto como ése.

—Sé dónde puedo comprar por cinco mil dólares un carguero «Hog Island» de una capacidad de cinco mil toneladas brutas. Hace dos años habría costado casi un millón. Eso significa que hay demasiados barcos de carga. Pero no hay ningún buque

de pasajeros... es decir, los hay, pero la situación es completamente distinta. Los costes de la construcción de barcos subieron un quinientos por ciento durante la guerra; ahora están bajando. Éste es el momento de construir.

—Muy bien, supongamos que entro contigo en el asunto. ¿Cuánto necesitarás?

—¿En crédito? Quince millones de dólares. Pero gran parte de eso será transferible en primeras hipotecas. No obstante, ésa es la clase de respaldo que necesito. Tengo un programa financiero de 37 páginas que ha redactado Feng Wo, mi gerente.

—Quince millones. No es poco. ¿Incluye el hotel hawaiano?

—Sí. Voy a ir allí el mes próximo. El «Bishop Bank» de las islas está interesado en el hotel y, probablemente, podría obtener allí apoyos considerables. Usted es la primera persona a quien he hablado de esto.

—¿Y Cassala? Siempre has trabajado con él.

—Es demasiado para Tony. Usted lo sabe.

—Sí, supongo que sí. ¿Y el «Crocker Bank»?

—Han hecho sondeos. No he hablado con ellos todavía.

—Aún estás irritado por aquella entrevista con mi Consejo de Administración, ¿verdad? —preguntó Seldon.

—No, ya lo he superado.

—Mándame el programa y déjame pensar en el asunto —dijo Seldon—. Bien, ahora vayamos a reunimos con las señoras.

El hecho de que ganase ahora un principesco sueldo de quince mil dólares anuales y de que supervisase el trabajo de catorce hombres y mujeres en las oficinas de «Industrias L & L», instaladas en toda la primera planta de los «Grandes Almacenes L & L», y de que a él se debiera el aglutinante matemático-financiero que mantenía en pie el creciente imperio de Levy y Lavette no había modificado el estilo de vida de Feng Wo. Seguía ocupando el mismo pisito de Chinatown. Seguía yendo a pie a trabajar todos los días, con una cartera que llevaba de nuevo a casa por las tardes, y seguía vistiendo trajes de estambre negro y camisas blancas y un sombrero negro de fieltro. So-Toy, su mujer, había progresado hasta el punto de poder hacerse entender en inglés, pero la verdad era que tenía muy poco interés en dominar el idioma. Las conversaciones para ella importantes eran las que sostenía con su marido y su hija, y, por lo que se refería a sus compras, podía satisfacer todas sus necesidades en los establecimientos en que los comerciantes chinos poseían algunos conocimientos de shanghainés.

Nunca consideró que su vida fuese excesivamente limitada ni frustrada. Estaba casada con un hombre que, a sus ojos, era más sabio e inteligente de lo que ella podía alcanzar. Su actual riqueza era superior a lo que jamás hubiera imaginado, superior,

de hecho, a lo que jamás hubiera imaginado cualquier persona de la diminuta aldea en que ella había nacido. Al ir de compras, todavía procuraba realizar economías al adquirir alimentos, pero eso era mera cuestión de costumbre. Sabía que podían pagar cualquier alimento que ella quisiera, cualquier exquisitez, cualquier golosina. Sus necesidades en materia de vestidos eran muy sencillas, y sus únicas extravagancias eran los regalos que le hacía a May Ling. Todavía experimentaba un cierto sentimiento de culpabilidad y remordimiento por no haberle podido dar a su marido más que un solo hijo y, encima, que éste hubiera sido niña; y recordaba con frecuencia su propia turbación cuando Feng Wo decidió poner a la niña el nombre de May Ling, que significa «hermosa» en dialecto mandarín. Pero, en conjunto, su felicidad tan sólo se veía empañada por la curiosa y extraña situación de su única hija.

Cuando le hablaba de ello a su marido, éste reaccionaba con irritación o con silencio; luego pasaban semanas antes de que ella suscitara de nuevo la cuestión. Y, cuando lo hacía, la conversación no llegaba a ninguna conclusión satisfactoria. Por eso, fue con cierta aprensión como ella le informó una mañana de que era el segundo cumpleaños de su nieto y que May Ling y el pequeño Joseph irían a cenar con ellos esa noche y que, si le era posible, no regresara tarde del trabajo.

—Volveré antes de las siete —aceptó él.

—Se me ha ocurrido una cosa —aventuró ella, tímidamente.

—¿Sí?

—El señor Lavette no ha estado en nuestra casa desde aquella noche, hace ya tanto tiempo. ¿No sería agradable invitarle a esta pequeña celebración?

—No.

—¿Pero por qué?

—Sabes que me molesta hablar de esto. Prefiero no hacerlo.

De cualquier forma, Feng Wo se sentía torpe con el dialecto shanghainés. Le resultaba difícil expresar sutilezas de comportamiento, explicar cosas que podría explicar perfectamente en inglés.

—Es el padre del niño —insistió afligidamente—. Es un hombre bueno. Tú me lo sueles decir.

—No está casado con nuestra hija. Nosotros somos chinos. May Ling es china. He tratado de explicártelo ya muchas veces.

—Sí, comprendo.

—No, no comprendes —replicó él, con cierta aspereza—. Trato de explicarlo, pero no comprendes. Tú sabes lo que es una concubina. Permíteme ser brusco. Mi hija es una concubina.

—No, no, no. No hay concubinas en América.

—Por desgracia, las hay. No estoy acusando al señor Lavette. Nuestra deuda con

él es demasiado grande.

—Pero él la quiere. Le ha dado una casa. Le ha dado todo.

—Todo, excepto su apellido. No quiero hablar de esto porque me resulta doloroso. Ya estoy bastante destrozado. Debes aceptar mi palabra. No podemos invitarle a nuestra casa. Existen reglas sobre estas cosas. Hay una situación que debo fingir que no existe. Nunca he hablado de ello... ni con él, ni con el señor Levy ni con ningún ser humano. Y dejémoslo ya. Tengo que irme a trabajar.

Salió con paso rápido de la casa. Pero al regresar por la tarde sus brazos estaban cargados de juguetes para el niño, al que amaba más de lo que podía expresar y que se había convertido en el centro y eje de toda su existencia.

Sarah advirtió a Mark acerca de Jake.

—Ve despacio —dijo a su marido—. Este hombre que ha vuelto no es el muchacho que se fue. Algo le ha sucedido, algo terrible.

—¿Qué? —exclamó Mark—. ¿Qué le ha sucedido a él que no les haya sucedido a los demás chicos? No resultó herido. Ha estado en una guerra. Bueno, millones de jóvenes han estado en esta guerra.

—No entiendes nada —dijo Sarah, moviendo la cabeza—. Entiendes de dinero y no entiendes de nada más. No entiendes a tu hijo, ni a tu hija, ni a tu mujer, y tampoco quieres entender.

—¡Oh, magnífico, magnífico! —explotó Mark—. Me parto el lomo tratando de lograr una vida decente, y esto es lo que obtengo a cambio. Sueño en crear algo para mi hijo, algo que será una fuente de satisfacción y recompensa para él, y esto es lo que obtengo: una esposa que me dice que soy un hijo de puta.

—No te he dicho tal cosa —suspiró, y añadió—: Lo único que te pido es que le dejes en paz durante algún tiempo, que le dejes encontrarse a sí mismo. Eso es todo lo que pido.

El despacho de Mark se había convertido en su refugio. En la estancia de veinte pies cuadrados y paredes chapeadas en nogal del último piso de los grandes almacenes, se sentía renovado y redimido. Se sentaba tras una brillante mesa de caoba, frente a un gran sofá tapizado en cuero. Había dos grandes sillones de cuero, que hacían juego con el sofá, y una alfombra oriental en el suelo. De una pared colgaban dos grandes cuadros de los proyectados barcos de pasajeros, a los que aún no habían puesto nombre. En otra pared se veía una sentimental pintura del *Oregon Queen*. Los tres cuadros tenían una réplica exacta en el despacho de Dan. Junto a su mesa se hallaba el modelo más reciente de dictáfono, admirado, pero casi nunca usado. Dictar a una máquina le hacía sentirse incómodo, y prefería con mucho dictarle personalmente a miss Anderson.

Miss Polly Anderson era su secretaria desde hacía más de un año. Era una mujer

corpulenta, un poco obesa y campechana de poco más de treinta años. En algún momento de su vida había habido un mister Anderson, pero se habían separado, y ahora estaba sola. Esto era todo lo que Mark sabía de su vida, que vivía sola y que cantaba en el coro de la iglesia luterana; por su parte, ella conocía todos los detalles de la vida de Mark. Era una mujer que desbordaba simpatía; reía con él y se anticipaba a sus deseos; soportaba sus momentos de mal humor; conocía a los miembros de su familia sin haberlos visto nunca. Comprendía el deseo de Martha de ser actriz, el retraimiento de Jake, la extraña posición de Clair en la familia y, naturalmente, el desagrado de Sarah por el comportamiento de Mark. No es que criticara jamás a Sarah ni a ninguno de los otros, pero comprendía.

El día siguiente a la conversación de Mark y Sarah acerca de Jake, miss Anderson entró en el despacho a las cinco y media de la tarde para preguntarle si quería algo más antes de que se marchara. Él la miró inexpresivamente y movió la cabeza.

—Está usted triste —dijo ella—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—¿Puedes hacerle recordar a mi hijo que soy su padre? Lleva más de dos semanas en casa y no me ha dicho ni diez palabras.

—Mister Levy, usted sabe que le ha dicho más de diez palabras. Dele tiempo.

—Eso es lo que me dice Sarah.

—Y tiene razón.

—Ella siempre tiene razón, y yo siempre estoy equivocado. Polly, ¿quieres creerlo...? Llevo veintidós años casado y nunca he mirado a otra mujer.

—Me ha mirado a mí, espero.

La miró ahora.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —preguntó de pronto.

—¡Oh!

—Nada de oh. ¿Sí o no? ¿O tienes otro compromiso?

—¿No le estarán esperando en casa?

—Polly, a mí ya no me esperan. No experimentan la más mínima emoción cuando aparezco.

—Mister L., tengo carne en el frigorífico, y soy buena cocinera, y tengo un par de litros de cerveza auténtica que he estado reservando, así que puedo invitarle a mi casa.

—¿Estás segura de que no puedo llevarte a un buen restaurante?

—Venga a mi casa. Es cómoda. Y allí podemos hablar mejor.

—Dame la dirección y me reuniré contigo allí —dijo Mark.

No podía decidirse a salir con ella, y, una vez que ella se hubo marchado, experimentó una sensación de culpabilidad, y también de peligro. Pero, juntamente con la culpabilidad, había excitación y expectación, y la vulgaridad de que él se alimentaba la definía como una mujer simpática y bondadosa. No habría más que

cena y conversación.

Su apartamento se encontraba en un limpio edificio de madera de Powel Street. Se componía de una diminuta cocina y de una salita de estar bastante amplia que servía también de dormitorio. La cama tenía una colcha de cretona y estaba llena de almohadones forrados también de cretona. Le hizo a Mark sentarse con un vaso de cerveza, y ella se dispuso a preparar la cena.

—Yo no bebo mucho —dijo él—, pero me encanta la cerveza. Eso es lo que me ha decidido a venir aquí, si quieres saberlo.

—¿No ha sido por mí? —preguntó ella desde la cocina.

—Desde luego, Polly. La verdad es que conozco un sitio donde todavía se puede encontrar buena cerveza, pero la comida es horrible. ¿Sabes? Hace años, cuando míster Lavette y yo nos asociamos, solíamos ir allí y bebemos tres o cuatro litros entre los dos. Bueno, entonces éramos más jóvenes.

—Todavía es usted joven, míster L. Todo el mundo habla de lo jóvenes que son usted y míster Lavette.

—No tan joven, cuarenta y un años.

—Oh, eso es ser joven, de veras.

La cena era excelente, y Mark comió abundantemente. Se sintió sólo un poco sorprendido cuando ella sugirió que la cama era el único sitio cómodo en que sentarse; y, luego, se sintió doblemente estúpido mientras trataba de acallar su conciencia permitiendo que ella tomara la iniciativa. Tenía la impresión de que era torpe y soso haciendo el amor, consciente de su prominente estómago mientras se desnudaba... como si hasta entonces no hubiera advertido que estaba echando barriga. Trató de fingir cierto grado de sofisticación haciendo notar que se daba perfecta cuenta de que sus calzoncillos largos eran la prenda más ridícula jamás inventada. Pero ella se mostraba cálida y amable y logró que se sintiera cómodo; y Mark comprendió luego que ella estaba agradecida a su presencia y al improvisado acto sexual que le había proporcionado.

Ella dijo después:

—Míster L., a veces creo que soy la mujer más solitaria de la Tierra.

Mark tomó el último transbordador a Sausalito, y de pie en él, contemplando las alegres aguas de la bahía, experimentó un acceso de piedad y remordimiento, no por lo que había hecho, sino porque, por un momento al menos, había percibido la monumental tristeza de la existencia humana.

Jake compró un «Ford T» de segunda mano, y él y Clair se dedicaron a explorar las sucias carreteras de Marin County y el valle de Sonoma. Su sitio preferido estaba en los Muir Woods. Para Clair, el bosque de gigantescos pinos era como un santuario, y se dio cuenta de que, de alguna manera, aquel lugar aliviaba la angustia condensada

en el interior de Jake. Éste le contó la historia de los treinta años de lucha de William Kent por salvar de los leñadores los espléndidos árboles.

—Es la única iglesia de Dios por la que daría diez centavos —dijo Jake—, y durante todo el tiempo Dan Lavette y mi padre han estado medrando sobre los cadáveres de los pinos.

—No han sido los únicos —replicó suavemente Clair—. La mitad de San Francisco fue construida con madera de pino. Tú lo sabes.

Su amargura contra Mark y Dan era algo que ella simplemente no podía comprender; y se preguntaba si no sería sólo la vía de escape al nudo de desconocida ira que tampoco él podía comprender. Clair nunca le presionaba para que hablase, para que dejara salir el gusano que le estaba royendo, pero un día, tendida en el laúd, inmóvil sobre las aguas momentáneamente en calma de la bahía, le preguntó acerca de Maguire, a quien tantas veces había mencionado en sus cartas.

—Es curioso lo de Maguire —dijo él—. Hace meses que no pensaba en él, y la semana pasada soñé con él. Un fanático y estúpido hijo de puta: se crió en Chicago y llegó a sargento primero en el Ejército. Era sargento instructor de mi unidad y estaba continuamente tras de mí, bastardo judío esto, bastardo judío lo otro, lo único que le enorgullecía en su vida era su odio a los judíos. Y llegó un momento en que ya no pude aguantarlo más, y me lo llevé a un rincón apartado, para entonces estábamos ya en Francia, y le di una paliza de muerte. Una hazaña, yo era más alto y más fuerte y más joven. Él podría haber buscado mi perdición, pero nunca dijo una sola palabra del asunto y desde entonces adoraba hasta el suelo que yo pisaba. Como si fuese su hermano mayor. Nunca había leído un libro. Y todo lo que sabía de mujeres era a través de ramerías. Alardeaba de haber contraído enfermedades venéreas cinco veces. Solía hablarme de cómo se había criado en Chicago, una espantosa pobreza del cuerpo y el alma que yo no podía ni siquiera imaginar. Había sido despojado, brutalizado y corrompido tanto como puede soportarlo un ser humano y continuar viviendo no obstante. A los trece años tuvo acceso sexual con su hermana. Ella tenía once. Su padre era un borracho que le apaleaba sistemáticamente, y a los catorce años huyó de casa y se puso a trabajar con un alcahuete. Ése era Joe Maguire, y créeme, llegó a unirnos una amistad más estrecha que la que he tenido jamás con ningún hombre. Era un soldado magnífico, pero, sobre todo, por debajo de la inmundicia y la corrupción, había algo bello y maravilloso. Me salvó la vida una vez. Oh, al diablo, ¿qué importa?

—¿Qué fue de él, Jake?

—Murió.

—Lo sé. Dime cómo murió.

—¿Por qué? —preguntó él, casi beligerantemente—. ¿Qué importa?

—Porque hasta que me lo cuentes —pronunció ella lentamente—, hasta que me

dejes entrar en esa parte de ti mismo, habrá un muro entre nosotros, y yo no quiero que entre nosotros se alce ningún muro. ¿Has pensado alguna vez en cómo me crié yo, Jake, y en lo que significó para mí entrar en esa gran hacienda de la colina con Mark y Sarah? Sabes que fuiste tú quien lo hizo posible. Creo que me enamoré de ti el primer día que estuve allí.

—¿Sí? Bueno, pues creo que yo me enamoré de ti el día que te vi por primera vez en el *Oregon Queen*.

—¿En serio? ¿Te acuerdas de aquello?

—¿Cómo lo iba a olvidar?

—Háblame de Maguire.

Jake apartó la vista. Se alzó un leve soplo de viento, y la flácida vela empezó a aletear. Jake se inclinó por la borda, dejando que su mano trazara una estela en el agua.

—Estábamos en el cráter de una bomba —dijo—. Nueve hombres. Inmovilizados por fuego de ametralladora. Nuestro teniente había muerto, y las balas se hundían en su cuerpo, en el borde del pozo. El tirador alemán sabía que estábamos allí y no nos dejaba salir. No había nada que pudiéramos hacer, pero luego algún bastardo y estúpido oficial de otro pozo empezó a gritarnos que elimináramos al tirador. Yo tomé la mitad de los hombres, Maguire tomó los demás, y salimos corriendo. La verdad es que no sé por qué. Salimos en dos direcciones, dos pelotones, entre los que el tirador tenía que elegir. Eligió a Maguire, y lo barrió, juntamente con sus hombres, todos. Nunca volví a ver a ninguno de ellos.

—¿Y tú, Jake? ¿Qué te pasó a ti?

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Está bien —murmuró él—. Conseguimos llegar, yo y un chico delgado de Palo Alto que se llamaba Fredericks. Los otros cayeron muertos. Sólo quedaba vivo un alemán, ojos azules... grandes ojos azules. Estaba sin casco y nos miraba aterrorizado cuando Fredericks y yo saltamos a su agujero y le clavamos nuestras bayonetas. La mía... penetró... en...

Se incorporó y la miró.

—En la cara, Clair —dijo roncamente—. Le hundí la bayoneta en el centro de la cara.

Ella le miró fijamente a los ojos y no apartó la vista.

—Bien, Jake. Me alegro de que me lo hayas dicho.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Sabes lo que es neurosis de guerra?

—He leído cosas acerca de ella.

—Es un eufemismo de locura. En la guerra no se le llama a nada por su nombre. Yo he tenido suerte. No fui herido y no perdí la razón. Fredericks no puede decir lo mismo. Se encuentra en un manicomio y está acabado. Telefoneé a su madre y traté de explicárselo. Querías que hablara de estas cosas, y he hablado. ¿Sigues queriendo que hable de ellas?

—Sí —respondió Clair.

Jake hizo una profunda inspiración y le cogió la mano.

—Eres toda una mujer, Clair Harvey.

—Y tú eres todo un hombre, Jake Levy. Vamos a pilotar la lancha. Se ha levantado viento.

—¿Por qué no nos casamos? —preguntó Jake.

—Ya era hora de que me lo pidieses.

—¿Qué clase de boda quieres?

—La misma que quieras tú.

—Sabes que mis padres nunca nos perdonarán —dijo él.

—Sí que lo harán.

Tres días después, prepararon unos bocadillos y atravesaron en coche el valle de Sonoma hasta la pequeña ciudad de Napa, donde se casaron ante el juez de paz. Luego, continuaron viaje en dirección norte, por el valle Napa. Era un hermoso día, fresco y despejado. Cruzaban el cielo numerosas nubecillas, y sus sombras se deslizaban velozmente sobre las doradas colinas. Se desviaron de la carretera y enfilaron un camino de tierra aplastada, por el que el pequeño «Ford» avanzó dando tumbos. Almorzaron a la sombra de un bosquecillo de encinas, extendiendo una manta sobre el suelo, tumbados uno al lado del otro y contemplando el paso de las nubes por el azul del firmamento.

—Qué mundo tan bello y apestoso —dijo Clair—. ¿Por qué no me dejas embarazada? Quiero tener por lo menos ocho hijos, así que deberíamos empezar en seguida.

—¿Aquí? —Señaló hacia la carretera, donde un par de puertas de hierro colgaban de dos columnas de piedra.

—No hay nadie mirando. Y tampoco me importaría. Somos terriblemente buenos. Podríamos hacer una demostración.

—¡Dios Todopoderoso, me he casado con una experta!

—Tienes toda la razón, y ya era hora de que lo supieras.

Echaron a andar por la carretera en dirección a las puertas de hierro. En la parte superior, un letrero decía: «Bodegas Higate». Una carretera flanqueada a ambos lados por troncos de viñas rodeadas de maleza que proyectaban una maraña de verdes zarcillos, conducía colina arriba hacia dos viejos edificios de piedra. Sujeto a la puerta, un pequeño cartel proclamaba esperanzada y un tanto patéticamente: «Se

alquilan habitaciones».

Se miraron.

—Esto es lo más cerca del paraíso que he estado nunca —dijo Clair.

El valle descendía bajo ellos hacia las doradas colinas que se alzaban al Este. Más allá de las casas de piedra, se elevaban las montañas en dirección oeste, cubiertas de encinas y mezquites.

—Lo intentaremos —accedió Jake.

Abrieron la puerta y caminaron por la carretera hacia la casa. Un hombre de unos sesenta años, bajo y fornido, estaba accionando la manivela de un viejo camión que se negaba a arrancar. Soltó la manivela al verles acercarse.

—Este maldito cacharro da más disgustos de lo que vale —dijo.

—Usted suba y accione el encendido y la válvula. Yo manejaré la manivela —ofreció Jake.

El motor se puso en marcha. El hombre saltó del camión y le estrechó la mano, entusiasmado.

—Acabamos de casarnos —dijo Clair—. ¿Alquila usted habitaciones?

—¿Qué otra cosa se puede hacer con esa maldita piojosa y bárbara Ley Volstead? Posee uno unas pequeñas bodegas, y tiene suerte de continuar vivo. Ahora me han arruinado, me han destruido, me han clavado una estaca en el corazón... esos cerdos asquerosos de abstemios. Vosotros no seréis abstemios, ¿no? Porque, si lo sois, no os dejaré manchar el suelo que pisáis. Os echaré de aquí a patadas.

—No somos abstemios —respondió Clair, riendo—. ¡Santo cielo, no!

—Esto no es para reír.

—Yo soy Jake Levy. Ésta es mi mujer, Clair. Tenemos el coche allá abajo, en la carretera, y hemos visto su letrero.

Una mujer rechoncha y de mejillas coloradas salió del edificio, secándose las manos en su delantal.

—Yo soy Mike Gallagher —dijo el hombre—. Ésa es mi mujer, Mary. Tenemos una habitación limpia por dos dólares la noche, buena cama; tres dólares, con desayuno, y cuatro dólares con comida.

—¡Oh, eres un viejo avaro! —exclamó su mujer—. Un dólar desayunar. Es vergonzoso.

—Déjame a mí los asuntos de negocios.

—De acuerdo, nos quedamos —dijo Jake.

Mientras bajaban la colina en dirección a su coche, Clair dijo:

—¡Oh, qué hermosa luna de miel! ¿Quién habría soñado jamás que sería así?

Al entrar en la casa de Willow Street, Dan anunció a May Ling:

—Bueno, jovencita, me voy a Honolulu.

—¡Oh, no, Danny! ¿Cuándo?

—Dentro de cuatro días.

—¿Y cuánto tiempo estarás allí?

—Incluyendo el viaje, estaré fuera cinco semanas.

—¿Cinco semanas? ¡Oh, Danny, es demasiado tiempo!

—No es tanto.

—¿Y va a ir ella contigo?

—¿Quién es ella?

—La dama de hielo —escupió May Ling.

—¡Oh, me gustas cuando estás furiosa!

—No estoy furiosa. Sólo disgustada. No tienes la suficiente sensibilidad para apreciar la diferencia. Ojalá estuvieras ahora en China.

—¿En China? ¿Por qué?

—Porque entonces todo el mundo te miraría con horror y diría: ¿Quién es esa enorme y descomunal criatura de nariz grande que anda como un hombre?

—No sabía que sentías de esa forma con respecto a mí —replicó Dan, sonriendo.

—Pues ya lo sabes. ¿Te va a acompañar ella?

—No. Detesta los barcos, detesta las lanchas.

—También te detesta a ti, pero no tienes el suficiente sentido común para darte cuenta. ¿Vas a ir solo?

—No.

—Bueno, no te rías de mí. ¿Quién irá contigo? ¿Mark?

—No.

—¿Quién?

—Tú —respondió él.

—¡Oh, Danny, no te burles de mí!

—No me estoy burlando. Vas a venir conmigo.

Ella seguía moviendo la cabeza.

—Haz el favor de escucharme. Están reservados los pasajes. Tú me acompañarás en calidad de secretaria. Frank Anderson es amigo mío, y viajaremos en uno de sus barcos, el *Santa Barbara*. Es un carguero de doce mil toneladas, que cubre la línea desde aquí hasta Yokohama, con escala en Honolulu. Tiene dos camarotes para pasajeros, y su tripulación está compuesta de japoneses y canacos. Por lo que a Anderson se refiere, no hay ninguna pega. Viajo con mi secretaria, lo cual es perfectamente plausible. Tengo negocios importantes en Hawai. El viernes por la mañana, a las diez, irás al muelle 38 del Embarcadero y subirás al buque.

May Ling se le quedó mirando. Luego, se sentó, sin dejar de mirarle. Su hijo, Joseph, de casi tres años ya, entró entonces en la habitación y se abrazó a la pierna de Tom. Éste lo levantó en el aire, y el niño lanzó un grito de regocijo. May Ling tenía la

boca abierta. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que empezaron a correrle por las mejillas.

—¿Por qué diablos lloras? —exclamó Dan, dejando al niño en el suelo.

—No llores, mamá —dijo el pequeño.

Ella le estrechó entre sus brazos.

—¿Y él?

—Se quedará con tu madre. A ella le encantará.

—¡Oh, Danny, es una locura!

—¿Por qué?

—No puedo. Sabes que no puedo. ¿Dónde nos hospedaríamos allí? En esas islas...

—Esas islas son un lugar muy civilizado. Durante tres días seremos huéspedes de la familia Noel en su plantación. Son los cultivadores de piña y caña de azúcar más importantes de las islas, y espero que Christopher Noel ponga la mitad del dinero para el hotel que Mark y yo vamos a construir en Waikiki Beach. Para el resto del tiempo, encontraremos un hotel, o nos instalaremos en la playa, o alquilaremos alguna embarcación y navegaremos entre las islas. Dios mío, ¿qué más da? Se trata de que tú y yo vamos a estar juntos noche y día durante cinco semanas, y eso es lo único que me importa.

Hizo una pausa.

—¿Y bien? ¿Por qué sigues llorando?

—No lo sé, Danny. Me siento más feliz y más triste de lo que me he sentido jamás en toda mi vida.

En la gran cocina embaldosada de la casa que para Clair era siempre la hacienda, se hallaban sentados los cinco en torno a la mesa de madera de pino, Sarah, Mark, Martha, Jake y Clair. Mark era millonario, pero Sarah se negaba a admitir que una criada viviera en la casa. Un jardinero, sí, y una mujer para ayudar en la limpieza, pero ella misma se encargaba de la cocina; y ahora habían tomado la sopa, el pollo y las verduras preparadas por ella, y Jake les dijo que Clair y él estaban casados. Lo dijo sin rodeos, de sopetón, porque no conocía otra forma de decirlo. Se hizo un silencio largo y penoso, hasta que Sarah exclamó:

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

—Porque teníamos que hacerlo a nuestra manera —respondió Jake.

—¿Cuándo? —preguntó Mark.

—Ayer. Nos casó el juez de paz de Napa.

—¡Maldita sea! —gritó Mark—. ¡Ha sido una estupidez!

Sarah le miró, con sus azules ojos fríos como el hielo.

—¡Cállate, Mark! Nada de lo que digas ahora será acertado.

—¿Por qué?

—Si pudiera decirte por qué, no serías lo que eres.

—¿Y qué es lo que soy? ¿Algún animal para ser tratado de esta manera?

—Por favor —dijo Clair—. Os quiero a los dos. Tratad de comprender que teníamos que hacer lo que hemos hecho en la forma en que lo hemos hecho.

Mark hizo una profunda inspiración y realizó un esfuerzo por dominarse.

—Está bien. Has sido como una hija para nosotros, Clair. ¿No crees que yo sabía que Jake y tú os casaríais algún día?

—Sí, creo que sí.

—¿Te hemos tratado mal alguna vez?

—¡Basta! —exclamó Sarah—. Déjalo ya. Están casados. Deberías dar gracias a Dios. No hay nadie en el mundo a quien yo prefiriese tener por hija.

Casi a punto de saltársele las lágrimas, se levantó y se dirigió al fogón.

—Voy a servir os postre y café. Tengo una tarta de manzana. Y hablaremos de esto como personas civilizadas.

—Bueno, yo me alegro —dijo Martha—. Me alegro. Creo que os estáis portando como tontos. Yo me alegro.

Se levantó, fue hasta Clair y la rodeó con sus brazos.

—Eres la persona mejor del mundo, y Jake es un hombre afortunado.

Con voz entrecortada, pugnando por contener las lágrimas mientras cortaba la tarta, Sarah dijo:

—Lo que no sé es para qué sirve esta casa tan grande si no es para una boda. Siempre pensé que sería así.

—Todavía puede serlo —dijo Mark—. Me he excitado un poco..., con razón. Bueno, ya está hecho. Pero ¿quién dice que no podéis casaros de nuevo..., esta vez con el rabino Blum?

—El rabino no puede casarlos —replicó Sarah—. Por amor del cielo, Mark, no empieces otra vez. Clair no es judía, y el rabino no puede casarlos. Es la ley. Así es, y así tiene que ser.

—No tiene que ser así —insistió obstinadamente Mark.

—Querido Mark —dijo Clair—, yo no puedo hacerme judía.

—¿Por qué?

—¡Porque ella es lo que es! —exclamó Jake—. ¿No puedes comprender lo que eso significa?

—¡No me hables así! Soy tu padre.

—Por favor, Jake —intervino Clair—, déjame explicarlo.

—No, deja que lo explique él —dijo acaloradamente Mark—. Ya es hora de que dé algunas explicaciones. Lleva ya dos meses aquí, y no puedo hablar con él. Construí para él ese establecimiento, los malditos grandes almacenes más importantes

del Estado, y se niega a mirarlo siquiera.

—No es para él —dijo Clair—. Mark, no somos desagradecidos, pero...

—Yo sí soy desagradecido —le interrumpió Jake—. Ya es hora de que lo diga. Has edificado sobre sangre tu maldito imperio «L y L», y apesta.

—¡No! —exclamó Sarah—. Eso no es justo.

—¡Y un infierno apesta! —gritó Mark—. Sin las provisiones que transportamos, os habríais muerto todos allí. ¿Qué me estás diciendo? ¿Que estamos podridos porque fuimos patriotas? ¿Que somos despreciables porque queríamos que este país sobreviviese, porque queríamos que sobreviviesen Francia e Inglaterra? ¡Nosotros no hundíamos los barcos! Eso lo hacían los mismos bastardos que intentaban matarte a ti allí. Los mismos hunos. ¡Y luego me hablas así! ¿Con qué derecho?

Jake se puso en pie de un salto y salió a grandes zancadas de la estancia. Sarah se echó a llorar. Martha quedó inmóvil, con la boca abierta. Mark continuó sentado, temblándole las manos. Clair se acercó a él y le abrazó.

—Mark..., los dos te queremos. Jake está trastornado. Ha estado trastornado desde que volvió, terriblemente trastornado. Tienes que comprenderlo.

—¿Qué le he hecho yo? —preguntó Mark, con voz que era casi un gemido—. ¿Qué le he hecho nunca? ¿Me he portado mal con él alguna vez? ¿Qué he hecho jamás que no fuera para él? Es mi hijo.

—Todo pasará —dijo Clair—. Dale tiempo. Los dos te queremos, Mark.

—Ve afuera con él —le aconsejó Sarah.

Martha prorrumpió en llanto, se levantó y salió. Clair la siguió. Cuando estuvieron solos, Sarah dijo a su marido:

—¿Sabes la distancia a que estoy de mi patria, marido mío? ¿De un lugar llamado Kiev, en Rusia? Quizás a ocho o nueve mil millas, aquí, en esta tierra extraña al otro extremo de la Tierra. Soy una solitaria mujer judía que se va haciendo vieja. ¿Lo has pensado alguna vez? Quieres que ella sea judía. Quieres que Jake sea judío. Pero tú dejaste de ser judío hace veinticinco años. Ve al rabino Blum y dile que te convierta a ti, antes de que intentes convertir a mi hija. Yo no sé quién hace las guerras y quién hace el dinero, pero sé que lo mejor que nos ha sucedido jamás es esa maravillosa muchacha con la que se ha casado.

Jean Lavette había sentido a menudo —aunque difícilmente lo habría expresado en palabras— que uno de los objetivos deseables de la riqueza era la indiferencia hacia el dinero. La diferencia entre tal disposición y la extravagancia era sutil, pero, no obstante, real; y sus propios orígenes estaban demasiado próximos a las minas de oro y eran demasiado compatibles con la Banca como para conseguir verdadera indiferencia. Dan era generoso, pero no indiferente. Alan Brocker era indiferente, de un modo que le recordaba los héroes de la sociedad neoyorquina de los relatos de

Richard Harding Davis que tan ávidamente leía en sus años de colegiala. No era que Bocker fuese más rico que los Seldon —aunque en términos de dinero líquido era mucho más rico que los Lavette—, sino más bien que su riqueza estaba allí sin esfuerzo por su parte, conseguida por otros y en continuo aumento, incrementada por la guerra a la que apenas si había colaborado simplemente de boquilla. Ahora, había pagado treinta y siete mil dólares por un automóvil «Leyland». Era un vehículo sin par, el único de su clase en toda la costa Oeste, el primer coche de turismo británico con un motor de ocho cilindros.

El día siguiente de la salida de Dan para Hawai, Alan se presentó en la casa de Russian Hill conduciendo su nueva maravilla mecánica, que podía subir al galope cualquier colina de la ciudad, agitando ante Jean una invitación de Douglas Fairbanks y Mary Pickford para visitarlos en su casa, «Pickfair», de Los Angeles y presenciar la filmación de la película que estaban rodando. Alan conocía a todo el mundo y había estado en todas partes, y, como señaló a Jean, Los Angeles no era Venecia ni el sur de Francia, sino que estaba a sólo dos días de viaje en coche hacia el Sur.

—Nos quedaremos en Carmel —dijo—. Conozco allí una posada deliciosa. Será una gran aventura.

—Yo soy demasiado vieja para aventuras —protestó Jean.

—¡Qué tontería! Te voy a decir otra cosa. Deja que un director te mire una sola vez, y se hincará de rodillas suplicándote te conviertas en una nueva estrella: Jean Lavette.

—Esa clase de adulación es estúpida. —Luego, añadió—: ¿Qué les dirás a tus amigos, los Fairbanks, que soy tu amante?

—Si quieres...

—No lo quiero —replicó ella, con firmeza.

Era la primera vez que utilizaba la palabra amante, incluso mentalmente, y le había dejado un desagradable sabor de boca. Sin embargo, accedió a ir con él, tomando con Wendy Jones las disposiciones necesarias para el cuidado de los niños.

Él viaje empezó mal. A ella le desagradaba recibir el sol y el viento sobre un cutis del que se sentía orgullosa, y discutieron sobre si cerrar o no la capota. Finalmente, ganó ella, descubriendo que Alan era tan inepto con sus manos que ella tuvo que bajar del coche y ayudarle. La carretera era accidentada y se encontraba en pésimas condiciones, y ella rogó por que no se les pinchara un neumático, pero sus oraciones fueron en vano, y en un desierto tramo de carretera al sur de Davenport, se les reventó un neumático. No se divisaba desde allí nada más que la rocosa playa y la amplia y deslumbrante extensión del Pacífico.

Maldiciendo por lo bajo, Alan se apeó, se quitó la chaqueta deportiva de color azul claro que llevaba, fue hasta la trasera del coche y abrió el diminuto portamaletas.

—Oye —llamó—, no hay gato aquí.

—Es imposible.

—Bueno, ven a verlo tú misma.

—No tengo que ver nada. Si no está en el portamaletas, estará en otra parte.

—¿Dónde?

—¿Cómo voy a saberlo? —gritó ella—. Es la primera vez que veo uno de estos ridículos automóviles. Pero, si fuiste lo bastante estúpido como para pagar treinta y siete mil dólares por un coche que no tiene gato, te tienes bien merecido todo lo que ocurra.

—Muy alentador —replicó él, renunciando al portamaletas y acercándose a donde ella continuaba sentada—. Eres un verdadero encanto.

—¿Quieres que salga yo a buscar el gato?

—No hay ningún gato.

Jean se inclinó hacia fuera y señaló una caja de cuero sujeta con correas al estribo del coche.

—¿Qué hay ahí dentro?

—¿Quién sabe?

—¿Y por qué no dejas de portarte como un completo estúpido y lo miras?

—¡Gracias! —exclamó él.

Abrió la caja de cuero, y allí estaban el gato y una llave inglesa. Se incorporó y miró las herramientas.

—No sé cambiar un neumático —declaró finalmente.

—¿Qué?

—No es tan sencillo como te figuras. Hay que quitar el viejo de la llanta, colocar el nuevo e hincharlo. Yo no sé hacerlo. No tengo ni idea de mecánica.

—Desde luego.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? Llevo pantalones blancos.

—Verás, tres millas más atrás hemos pasado delante de un garaje. Sugiero que vayas andando hasta allí.

—¿Tres millas? ¿Con este sol?

Jean nunca supo qué habría resultado de la discusión, pues, en aquel momento, un coche que se dirigía al Norte se detuvo tras ellos y se apeó de él un joven de poco más de veinte años, pulcramente vestido.

—¿Alguna complicación? —preguntó—. Menuda preciosidad —añadió, admirando el «Leyland», pero mirando a Jean.

—Hemos pinchado.

—Con mucho gusto les ayudaría, pero no quisiera intentarlo con ese coche. Nunca había visto uno igual.

—¿Podría llevarme hasta el garaje? Está a unas tres millas al Norte.

—Encantado —repuso el joven.

—No pienso quedarme aquí sola —dijo Jean.

—Es media hora.

—No.

El resultado fue que Alan se quedó con el coche y Jean partió con el joven, que se llamaba Fritz, que conducía un «Ford», que dirigía un negocio de camisería y que se hallaba camino de San Francisco. En el garaje, el dueño pidió diez dólares por adelantado antes de cerrar el local y salir a la carretera. Jean pagó los diez dólares; luego, preguntó al joven:

—¿Le importaría llevarme a San Francisco?

—Con mucho gusto. —Tenía muy buena disposición, pero era poco imaginativo.

Estaban por lo menos a cinco millas al norte del garaje antes de que míster Alchek pusiera tanteadoramente su mano sobre la rodilla de Jean.

—Míster Alchek —replicó ésta serenamente—, soy tan alta como usted y muy fuerte. La próxima vez que me ponga la mano en la rodilla se la parto.

En San Gregorio, el joven detuvo el coche y le dijo que se bajara.

—¿Por qué?

—Porque el coche es mío, so zorra.

El dueño del garaje de San Gregorio le cobró veinte dólares por llevarla a casa, y tres días después le fue entregada su maleta por una agencia. Curiosamente, la experiencia le excitó en vez de deprimirla, y el resultado fue un vehemente deseo de marcharse de San Francisco por su propia cuenta. Escribió a Dan a Hawai, diciéndole lo que había decidido hacer. Luego, se dirigió a la «Agencia Cook» y tomó todas las disposiciones necesarias. La hermana menor de su madre se había casado con un inglés, un comerciante en té llamado Vincent Cumberland que vivía en Londres. Hubo un intercambio de telegramas, y diez días después del incidente del «Leyland», Jean, Wendy Jones, Barbara, de siete años a la sazón, y Tom, de nueve, subieron a un tren que les trasladaría a Nueva York para, desde allí, embarcar rumbo a Inglaterra. Ya era hora, decidió, de que venciera su aversión a los viajes por mar.

En su segundo viaje a Higate, en el valle de Napa, tanto Clair como Jake tuvieron la sensación de regresar a un lugar que conocían muy bien, un lugar que les era familiar, que les conocía a ellos como ellos le conocían a él. Jake dejó funcionando el motor de su viejo automóvil mientras abría las oxidadas y rechinantes puertas de hierro, y luego avanzaron en el coche por el camino de tierra aplastada hasta la casa. Era mediodía, el aire se estremecía en leves oleadas de calor, las mariposas flotaban como gruesas y perezosas gotas doradas, un desvergonzado lagarto tomaba el sol en la arena, y dos gallinas blancas escarbaban en el suelo. Al descender del coche, vieron a Mike Gallagher aparecer por el otro lado de la casa, tirando de una vaca lechera.

—Me he convertido en un maldito granjero —dijo—. Hola, chicos, ¿venís a pasar la noche?

—Si nos admite... —repuso Jake.

—Íbamos a comer ahora. ¿Por qué no nos acompañáis? Entrad. Voy a sacar a *Bessie* a pastar, y dentro de unos minutos estaré con vosotros.

La comida consistió en salchichas caseras, huevos fritos, patatas cocidas y leche fresca tan espesa como crema, acompañado todo ello de pan y mantequilla preparados por la propia Mary Gallagher. Jake y Clair comieron hasta que una sensación de vergonzosa glotonería les hizo detenerse; luego, Gallagher les sirvió unos vasos de ambarino vino dulce de su propia cosecha.

—Un poco de vino de postre —explicó—, y una pequeña oportunidad de burlar la maldita Prohibición.

El vino era delicioso.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó Jake.

—Nosotros —replicó Mary Gallagher.

—Y ahora tenemos encima a los malditos agentes del Gobierno. Estoy sin un centavo, muchachos, y no voy a resolver nada alquilando una habitación a un par de chavales una vez al mes.

—¿Ha pensado alguna vez en vender la finca? —preguntó Jake con aire inocente.

—¡Oh! ¿Y quién diablos iba a comprar esto?

—Estamos deseando venderla —se apresuró a decir Mary Gallagher—. Mi hermana vive en Santa Bárbara y continuamente está insistiendo en que vayamos a vivir allí. Tiene una mercería y podríamos participar en su negocio. Ya somos demasiado viejos para cuidar de esto.

—¿Qué tienen aquí? —preguntó Jake—. Quiero decir, ¿cuánta tierra?

Gallagher le miró astutamente.

—Ah..., ¿es simple curiosidad, o estáis interesados?

—Estamos interesados —declaró Clair, sonriendo—. Por eso es por lo que hemos vuelto.

—Bien, los edificios son de piedra. Ya los visteis la otra vez. Oh, reconozco que están destartalados y que las tuberías no son lo que deberían ser. El tejado necesita algunas reparaciones. Pero los edificios son sólidos. Contando la cocina, hay nueve habitaciones en éste..., no es que nosotros las usemos, pero vosotros sois jóvenes y saludables y, Dios mediante, plantaréis unas cuantas semillas. Ya habéis visto el otro edificio. No es moderno, pero es bueno. Las cubas de fermentación y los toneles de envejecimiento son todos de buen roble alemán, valdrán su peso en oro si este país se recupera alguna vez de esta locura. Ahora no podría deshacerme de ellos. Las prensas son buenas. Tengo unas mil botellas... —Extendió las manos, con gesto de desaliento—. Nunca he hecho vinos exquisitos, sólo buen vino blanco de mesa. Soy un hombre

sin pretensiones, Jake, ésa es la verdad. Bueno, eso es todo lo que hay. No vale nada hoy día, pero ahí está. El pozo es bueno y nunca se seca. Podéis sacar cuatro mil litros de agua, y no se secará. En cuanto a la tierra, tengo novecientos acres, sesenta acres en viñas, que están siendo asfixiados por la maleza. Es triste verlo perecer todo, creedme.

—¿No puede venderlas como uvas de mesa? —preguntó Clair.

—¡Ja! ¿Habéis visto el precio de las uvas de mesa? Tienen saturado el mercado. Os voy a ser sincero. No estoy en condiciones de trabajar y no tengo la fuerza necesaria para recogerlas, embalarlas y llevarlas al mercado, aun cuando fuese posible. ¡Oh, no, muchachos, nos han hecho polvo! Me han hundido un cuchillo en el corazón los muy bastardos, como si el mismo Señor no levantara Su vaso de vino. ¿Y qué bebieron en la Última Cena? ¿Agua? ¡Y un cuerno!

—¡Oh, no te pongas así, Mike! —le reprendió su mujer—. Te va a dar un ataque.

—¡Ojalá! Un momento, chicos —dijo—. Vuestro apellido es Levy. ¿Sois judíos? Jake asintió.

—¡Ah! Bueno, son los malditos baptistas y los malditos metodistas los que nos han hecho esta guarrada. Nunca sentí rencor en mi corazón contra los protestantes, pero es vergonzoso lo que han hecho, vergonzoso.

—Nos gustaría echar un vistazo a la tierra —solicitó Jake—, y ver otra vez los edificios. Luego, podemos hablar del asunto.

—Desde luego, siempre que comprendáis que no estoy intentando engañaros. Os he dicho la verdad.

Mientras Gallagher les guiaba por la finca, la excitación de Jake y Clair crecía por momentos. Ladera arriba, había un espeso bosquecillo de encinas y mezquites. En un lugar, un seco lecho rocoso corría por una barranca.

—El agua baja con una fuerza de todos los demonios cuando llegan las lluvias.

—¿No ha pensado nunca en aprovecharlo para riego? —preguntó Jake.

—Claro que he pensado en ello. Fuerza y dinero, muchacho, fuerza y dinero. Con riego adecuado, se podrían dedicar a viñas quinientos de estos acres. Ésta es la mejor comarca vinícola del mundo, y el mundo lo descubrirá algún día... si conseguimos libraros de esa piojosa ley Volstead.

Escudriñaron la vieja bodega.

—¡Oh, me encanta el olor! —exclamó Clair.

—Sigo obteniendo un poco para nuestro uso, pero vosotros debéis tener cuidado. Mirad estas paredes. Un pie de grosor. Ya puede hacer fuera un calor de infierno, que aquí se está fresco y agradable. Me destroza el corazón mirarlo.

Volvieron a la cocina, donde Gallagher sirvió vasos de vino blanco seco.

—¡Dios mío, es excelente! —exclamó Jake—. Es tan bueno como cualquiera que haya bebido yo en Francia.

—Mejor, muchacho, mejor. La verdad es que le compré las viñas a un tratante francés hace casi treinta años, pero en Francia no hay un tiempo como el de aquí, ni tampoco una tierra parecida.

—¿Es Chablis? —preguntó Clair.

—No se le puede dar nombre, porque cambia completamente al producirse aquí. Es vino de California, y no hay otro vino igual, y cuando es bueno es soberbio. No se paladea la fruta y no se paladea el fermento; lo que se saborea es una mezcla angélica. ¡Oh, al diablo! ¡De qué estoy hablando, con lo que han hecho esos bastardos!

—Nos gustaría comprar —declaró Clair.

—Así que, si pone un precio —añadió Jake—, hablaremos de ello.

—Está bien. Hay novecientos acres. Aun en este podrido mundo de la Prohibición, la tierra vale a veinte dólares el acre, y eso suma dieciocho mil dólares. Con los dos edificios, el granero y lo demás, tengo que recibir cincuenta mil dólares.

Clair y Jake se miraron en silencio.

—¿Cuánto importa la hipoteca? —preguntó finalmente Jake.

—Nueve mil dólares.

—¿Por qué no la aumentó si necesitaba dinero tan desesperadamente?

—Porque no querían darme ni un centavo más, y ésa es la verdad, como todo lo demás que os he dicho.

—Voy a serle igual de sincero —replicó Jake—. Queremos este lugar. Durante días, no hemos hablado de otra cosa. Mi mujer tiene unos nueve mil dólares. Es lo que cobró del seguro a la muerte de su padre. Yo tengo casi cuatro mil, mi paga del Ejército y algunos ahorros. Si podemos obtener una hipoteca por el resto...

—Olvídalo, muchacho. No conseguirás ninguna hipoteca aquí en San Francisco. Los bastardos nos han echado la maldición.

—¿No aceptaría una hipoteca usted mismo? —preguntó Clair.

—Me resultáis simpáticos, muchachos, pero no puedo hacer el primo. No podéis venir a un sitio como éste sin un centavo. Si queréis criar ganado, tenéis que comprar las primeras cabezas. Yo tengo una vaca y unas cuantas gallinas, eso es todo. Si vais a cultivar viñas para vender uvas en el mercado, tenéis que embalarlas. Eso requiere dinero.

—Si le doy un cheque por quinientos dólares —dijo Jake—, ¿nos reservará la finca durante treinta días?

—Has sido soldado, ¿eh? —dijo Gallagher—. Allí te habrá servido de algo, pero aquí te convierte en un inocente. ¿Quién diablos va a querer este elefante blanco? Vosotros sois los primeros huéspedes que hemos tenido, y los primeros compradores. Guárdate el dinero, y, si conseguís lo necesario para pagar el precio, volved. Aquí estaremos.

Las personas que vivían en la casa de Christopher Noel en la isla de *Oahu*, en las Hawai, le llamaban *bungalow*, pero sus veintidós habitaciones se extendían sobre dos hectáreas de terreno, y era la casa más suntuosa en que May Ling había entrado jamás. Los postes de bambú, los suelos de madera, las cortinas de cañas le daban la sensación de haber alcanzado por fin una parte del Oriente. Ella y Dan fueron alojados en una *suite* de dos dormitorios unidos por un cuarto de estar y un porche privado que dominaba la playa. Desde allí podía ver, por entre las palmeras, el incansable movimiento de las olas y el incesante tronar de las rompientes. Había en el porche un banco-columpio, y sentada en él, rodeada por el enorme brazo de Dan, experimentaba un grado de felicidad y satisfacción que resultaba casi aterrador. La primera noche que estuvieron allí, una violenta tormenta barrió el Pacífico. En silencio, fascinados por el espectáculo, la vieron aproximarse, y después, se acurrucaron en el banco mientras se abrían los cielos y caía un torrente de lluvia. Al cabo de unos minutos, todo terminó, y el sol asomó tras una irregular tracería de nubes.

—Danny —le dijo—, creo que mientras viva recordaré esto como el momento más perfecto.

Pero había habido muchos momentos perfectos. En el barco habían estado juntos mañana, mediodía y noche durante cinco días. Su aislamiento había sido absoluto, pues la única persona en todo el barco que, aparte de ellos, hablaba algo más que unas pocas palabras en inglés era el capitán, Caleb Winton, un rudo marino natural de Nueva Inglaterra a quien sólo veían a la hora de comer. Dan enseñó a May Ling a jugar a la sota de diamantes, el juego preferido entre los pescadores del muelle. Jugaban a diez centavos el punto, y Dan se esforzaba cuidadosamente en perder — con total transparencia—, de tal modo que al final las ganancias de May Ling se elevaban a más de cien dólares. En otras ocasiones, reclinados en las tumbonas de cubierta, ella le leía libros, cosa de lo cual Dan nunca se cansaba. Cuando trabajaba en la biblioteca pública, May Ling había organizado lecturas de cuentos para niños los sábados por la tarde, y se daba cuenta ahora de que Dan le escuchaba con la misma arrobada y total intensidad que habían mostrado los niños. Ella leía bien, sumergiéndose en el relato, y a él le encantaba mirarla, ver fulgurar de emoción y pasión sus oscuros ojos.

Sabiendo que no habría libros a bordo, se había llevado unos cuantos, elegidos muy cuidadosamente. Había escogido *Mi Antonia*, de Willa Cather, relato de la experiencia de una muchacha inmigrante en la frontera; *Winesburg Ohio*, de Sherwood Anderson —libro que suscitó largas horas de discusión con Dan—, y *Calle Mayor*, de Sinclair Lewis, que había sido durante meses el libro más vendido en todo el país y, ciertamente, el más comentado del año. A Dan le entusiasmó y quiso saber

por qué otros escritores no escribían la verdad de la misma manera. «No es toda la verdad —replicó ella— y escribe bastante descuidadamente». «¿Qué más da? Lo importante es lo que dice». La discusión se prolongaba, pero al final él siempre se sometía a su punto de vista. «No deberías darme siempre la razón —le dijo ella severamente—. Tienes una inteligencia clara. Defiende tus opiniones». Pero, al mismo tiempo, May Ling comprendía que ella era, para él, todo aquello de lo que su vida carecía; ella le completaba; desvanecía su sensación de vacío, de ignorancia, de caminar ciegamente a través de un mundo al que nunca miraba realmente ni comprendía, mientras perseguía los dos elementales objetivos de dinero y poder.

May Ling había seleccionado y llevado consigo también dos libros de poemas, *Poemas escogidos de John Masefield* y *Poemas escogidos de Algernon Charles Swinburne*. Ninguno de los dos le gustaba a ella, pero tenía la impresión de que a Dan le entusiasmarían. Acertó en lo referente a Masefield. Dan se sintió fascinado con *Albañil* y con los *Poemas y baladas del agua salada*, y cuando oyó por primera vez «Fiebre del mar» estalló excitadamente. «¡Eso es, eso es! ¿Cómo puede decirlo él, si yo no habría sido capaz de expresarlo ni en cien años?». Pero Swinburne le irritó y le encolerizó. «¡Ese pobre bastardo! —exclamó—. Necesita pasarse toda una semana en un galápagos con un par de chicas que conocí en el “Barrio Alegre”, y quizás eso le enderezase». A lo que May Ling respondió que, desde luego, era la crítica de Swinburne más original que había oído jamás.

Durante aquellos cinco días, May Ling aceptó el sueño y la ilusión. Dan era suyo; nunca sería de otra manera; y ahora, en Hawai, estaba siendo tratada con cortesía, atención y respeto... y casi parecía en absoluto turbado por el hecho de que ella fuese china. Esto nunca había sucedido antes.

El día siguiente a su llegada a la finca de Noel, Dan sostuvo una larga entrevista con Christopher Noel, su primo y socio comercial Ralph Noel y el más importante explotador inmobiliario de las islas, Jerry Kamilee, que era en parte hawaiano, en parte americano y en parte portugués. Predominaba la parte hawaiana de Kamilee; era un hombre corpulento, más alto y fornido incluso que Dan y de piel morena, constituyendo un extraño contraste con los más esbeltos y un tanto delicados Noel. Dan sabía ya que no sucedía en las islas nada grande o importante sin el consentimiento o la participación de los Noel. Descubrió ahora que Kamilee era igualmente importante para su proyecto, y era Kamilee quien constantemente hacía volver la conversación sobre los barcos. ¿Podía construir los barcos y podía resistir el atractivo de la travesía del Atlántico? Allí era donde estaba el dinero. Los californianos iban a Europa. ¿Cómo se proponía llevarlos a Hawai? Si invertían varios millones de dólares en un hotel y lo rodeaban de campos de golf, ¿cómo llenarían las habitaciones? Las islas eran sólo eso, islas. ¿Quién de su círculo de amigos había estado jamás allí? Incluso la propia esposa de Dan —según había

explicado— se había negado a hacer el viaje.

Dan discutió, habló y persuadió, mostró sus planos y proyectos, expuso las maravillas de los palacios flotantes que se proponía crear... y, al final, tuvo la impresión de que, al menos, había llegado hasta ellos, aunque le faltaba aún convencerlos. Por último, Christopher Noel puso fin a la discusión.

—Basta por hoy, Dan. Esta noche vamos a celebrar un *luau* en tu honor. Conocerás a la gente importante de las islas, comerás buenos manjares y beberás licores excelentes. Vuestra estúpida ley Volstead no se ha implantado aquí aún, y estamos dispuestos a que no llegue a implantarse nunca. Así que descansa, báñate disfruta y, por amor del cielo, no pierdas el apetito. A propósito —añadió—, puedes traerte a tu secretaria si quieres.

—Me agradecería —respondió Dan, con tono despreocupado—. Es una chica eficiente y muy trabajadora.

—Estupendo. Por cierto, que ése es un aspecto tuyo que me gusta, una secretaria china en San Francisco.

—Gracias —respondió Dan.

Tuvo el suficiente buen sentido como para no preguntar qué era un *luau*. Cuando se marchó, Kamilee sonrió y dijo:

—Secretaria..., y un jamón.

—Sea lo que fuere, es una preciosidad.

May Ling estaba en la veranda. Había encontrado a Stevenson, Jack London y Mark Twain en la biblioteca de Noel y estaba recogiendo lo que podía encontrar en Hawai.

—Estamos invitados a un *nuau*, *buao* o algo así, que van a celebrar en nuestro honor.

—En tu honor, cariño.

—¿Qué diablos es?

—*Luau*. Es una fiesta. Tiene su origen en los antiguos hawaianos, que adoraban a sus dioses y celebraban con comida las cosas importantes. Muy juicioso, en mi opinión. En los viejos tiempos sólo se permitía que participaran hombres. Los hombres preparaban la comida, y no se permitía que ninguna mujer la tocara. Tabú. Las mujeres celebraban la fiesta por separado. Pero un día, en mil ochocientos y pico, el rey irrumpió en la fiesta de las mujeres; estoy segura de que la comida era mejor allí, y eso puso fin a la separación.

—¿Cómo diablos sabes todo eso?

—Es un viejo truco chino, saber cosas. Y, Danny, mientras tú estabas reunido con los ricachones, yo he entrado en la cocina a tomar una taza de té. Tienen allí cuatro cocineros, ¿te imaginas?, cuatro cocineros y cinco pinches, nueve personas sólo en la cocina, y uno de ellos es un viejo caballero chino de Shanghai, y cuando descubrió

que yo hablaba shanghainés casi se echó a llorar, porque parece que todos los chinos que hay aquí, o casi todos, son cantoneses, y el pobre tiene que hablar en pidgin...

—Toma aliento. —La levantó en sus brazos y la besó.

—No. Suéltame y escucha, que esto es interesante. Todo ese asunto del *luau* gira en torno al cerdo asado. ¿Recuerdas cuando te leí *Disertación sobre el cerdo asado*, de Lamb? No dejo de pensar en ello. Estaban aderezando cinco enormes cerdos en la cocina, por no mencionar otras cincuenta misteriosas cosas que estaban preparando y una gran perola de gachas que llaman *poi*, que tiene un sabor terrible, pero que les gusta mucho a los hawaianos y también a los *haoles*...

—¿Qué son *haoles*?

—Tú y yo. No, sólo tú. Los blancos que viven aquí. De todos modos, nunca crearás cómo guisan los cerdos. Por eso es por lo que pensé en Charles Lamb. Cavan un gran agujero en el suelo. Se llama *imu*. Luego, lo llenan de piedras y encienden fuego en él. El fuego lleva ardiendo ya varias horas, y las piedras se ponen al rojo vivo. Luego, restriegan con sal a los cerdos, todo por encima, y les introducen las piedras calientes y los ponen en cestos de alambre y colocan sobre ellos más piedras calientes y luego lo cubren todo con hojas y barro, ¿te imaginas?, y ese buen cocinero chino nos ha invitado a verlo. Van a empezar dentro de quince minutos, así que podemos ir a ver, ¿eh, Danny?

—Claro que podemos.

—¿Por qué te estás riendo de mí?

—Porque te quiero.

El vestido de May Ling era regalo de su padre, una negra funda de seda china, bordada con hilo de oro en una sinuosa y descendente línea de dragones reales. Se había recogido el pelo sobre la cabeza, sujetándolo con dos peinetas de oro que Dan le había dado, y semejaba una corona de basalto. El vestido estaba abierto desde la rodilla hasta el tobillo. Llevaba medias negras y babuchas de raso bordadas con el mismo motivo de dragones. Salió de su dormitorio, se detuvo ante Dan y le preguntó si le parecía bien.

—¡Cristo! —murmuró él—. ¿Por qué no te vistes así alguna vez para mí?

—¿Por qué no me llevas a más *luaus*? Por otra parte, quizás eso resulte inadecuado para una secretaria, y tal vez deba volverme, soltarme el pelo y ponerme un sencillo vestido de algodón.

—¡Y un cuerno! Ven aquí.

—Con suavidad. No me estropees el peinado.

Se estaban sirviendo cócteles en la amplia veranda que se extendía por todo un costado de la casa de Noel, el más alejado del mar. La veranda tenía nueve metros de profundidad, estaba cubierta por un techo de bálago sostenido sobre postes de bambú

y se hallaba brillantemente iluminada con farolillos japoneses. Si la Prohibición trataba de instalarse en Hawai, no había la menor prueba de ello. El champaña corría como el agua, y a ambos lados de la veranda se habían dispuesto sendos bares que servían licores y ponches de frutas. Por lo menos cien hombres y mujeres con trajes de noche se hallaban ya reunidos cuando Dan y May Ling hicieron su entrada desde el *bungalow*.

Dan observó apreciativamente cómo cesaban las conversaciones y hombres y mujeres por igual se volvían a mirar a May Ling. Formaban realmente una pareja notable. Dan, con su smoking blanco, destacando su estatura por encima de la mayoría de los presentes, levemente plateado en las sienes su rizado pelo negro, y, a su lado, la esbelta y exquisita mujer china, de rostro que parecía esculpido en marfil y con los dorados dragones de su vestido centelleando a la luz de los farolillos como si estuviesen vivos. Si Christopher Noel y su primo le habían dispensado solamente una mirada superficial al encontrarse por primera vez, ahora lo compensaron con creces, y Dan se encontró en el centro de un círculo de admirativos hombres que sólo tenían ojos para May Ling y de mujeres que apretaban los labios, súbitamente conscientes de su volumen. Hubo interminables presentaciones que ninguno de los dos podía recordar; luego, May Ling quedó acaparada por Ralph Noel y Jerry Kamilee, cada uno a un lado de ella.

Circulaban varios camareros con bandejas de entremeses que Kamilee llamaba *pupu*. Instó a May Ling a que probase el *cho cho* y el *dim sum*, diciendo:

—Nunca ha probado usted cosas como éstas.

—Claro que sí —sonrió—. Esas pastitas que usted llama *dim sum* son chinas, ¿sabe?

—Sí, desde luego. Pero olvidaba que usted es china.

—Una mujer hermosa no tiene nacionalidad —le requebró Ralph Noel.

—Ya ve —dijo Kamilee—, eso es algo que hemos enseñado a los *haoles*, a librarse de su racismo. Bueno, hemos intentado enseñárselo por lo menos. Les cuesta aprender. Pero, miss..., ¿cómo debo decir?

—Sería un poco complicado. Trataré de explicárselo. En China se pone primero el apellido, pero en América muchas familias lo invierten, al estilo americano. Mi apellido es Wo, que significa nido. Pero mi nombre propio es May Ling. ¡Oh, es muy complicado! Llámeme May Ling.

—Pero Dan le presentó como May Ling —dijo Noel—. Yo pensaba que era miss Ling.

—Sólo May Ling. Nada de miss.

—Bien, May Ling —dijo Kamilee—, estaba explicándole que esto no es el continente. No existe ningún lugar en la Tierra en que un chino pueda vivir con tanto derecho e igualdad como aquí.

—Sí que hay un lugar.

—¿Cuál?

—China —repuso suavemente May Ling.

—*Touché* —rió Noel—. Bueno, basta de charla. Tomemos un poco de esto.

—¡Oh, *won ton!*

—No tenemos secretos para usted.

—Ya lo creo —aseguró May Ling—. Éste es el lugar más hermoso y extraño en que jamás he estado. El único. Yo nací en San Francisco. Ésta es la primera vez que salgo de allí.

—¡Qué vergüenza! ¿Y quién la retiene prisionera? ¿Ese horrible bruto para el que trabaja?

—Ese horrible bruto es un hombre bueno, amable y generoso.

—¿Sí? ¿Y sabe que se ha pasado casi todo el día tratando de sacarnos un millón de dólares y la mejor parcela de la costa de *Oahu*?

—Entonces, deben dárselo —replicó ella, con afectada seriedad.

Soltaron la carcajada, y aumentó el grupo de personas a su alrededor. Cuando llegó el momento de comenzar el *luau*, Dan tuvo que abrirse paso a través de una multitud para poder llegar a su lado.

Sentado junto a ella a una de las mesas dispuestas sobre el césped, en el aire saturado de olor a tostado y ante una gran bandeja de cerdo asado con guarnición de boniatos y rollitos de carne envueltos en verdes hojas de *ti*^[1], Dan se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Sabes qué me ha preguntado Ralph Noel?

—No.

—Si podría llevarte a cenar a Honolulu mañana.

—¿Y qué le has dicho?

—Que te lo pregunte a ti. Es cosa tuya.

—¿Y si voy?

—Te rompo todos los huesos de tu precioso cuerpo.

—¿Lo harías? —respondió ella, tratando de no pensar en todas las noches que él había pasado con su mujer, lejos de ella—. Bueno, ningún horrible bruto me romperá los huesos.

—¿Horrible bruto?

—Así es como te consideran algunas personas —replicó ella, sonriendo dulcemente.

Al tercer día, los abogados de Noel redactaron una carta de conocimiento que garantizaría a Dan un millón de dólares de inversión inicial, más ciento veinte hectáreas de la mejor tierra de Waikiki Beach, el principio de un proceso que convertiría la hermosa Waikiki Beach en un extenso distrito de vacaciones. Pero eso

pertenecía aún a un futuro lejano, y los cables de Dan a Mark Levy y Thomas Seldon solamente hablaban de su triunfo inmediato.

Dan alquiló una pequeña balandra y se dedicó a navegar con May Ling, entre las islas. Durante ocho días, vivieron en la embarcación, encendieron hogueras en playas arenosas y solitarias, guisaron los peces que pescaban, vagaron por el paraíso, contemplaron puestas de sol de indescriptible belleza y nadaron desnudos en las cálidas aguas tropicales. El mundo desapareció, y ni por un momento lo lamentaron. Tendido boca abajo sobre la caliente arena, mirando a May Ling, tan esbelto y flexible su cuerpo como la primera vez que contemplara su desnudez, Dan se reconocía a sí mismo como el hombre más afortunado de la Tierra. Jean se desvaneció de su mente, y el recuerdo de lo fácilmente que se ablandaba ante la vista de su inmaculada belleza se convirtió en simple testimonio de su propia puerilidad. Aquello se había terminado y, durante el regreso, navegando bajo un suave viento ante la isla de *Oahu*, dijo a May Ling:

—Se ha terminado.

—Lo sé, Danny —respondió ella, con tristeza.

—No me refiero a esto. Me refiero a mi matrimonio. Cuando volvamos, le pediré a Jean el divorcio.

—Danny, no quiero hablar de eso.

—Lo he decidido. Si no puedo estar contigo así, mi vida entera carece de sentido.

—Danny... ya sabes lo que dicen en las islas, que no hay ningún continente, que todo es un sueño y una ilusión. Pero éste es nuestro sueño, Danny, y la semana que viene volveremos al continente, que sí existe. No quiero hablar de esto aquí. Quiero hablar de ello cuando estemos de nuevo en Willow Street con Joey, cuando esté fregando la cocina.

En Honolulu, le esperaba una carta de Jean, y May Ling le miró ansiosamente mientras la leía.

—Se ha ido a Inglaterra —le dijo con gesto de incredulidad—. ¿Te imaginas? Simplemente, ha cogido a los dos niños y se ha ido a Inglaterra.

—Creía que detestaba los barcos.

—Sólo los barcos en que estoy yo, supongo.

«Y, por favor, Dios mío, que se quede allí», suplicó May Ling para sus adentros.

Lord James Brixton tenía veintitrés años, era excapitán de Lanceros de la Reina y director recientemente nombrado de la compañía de té de Vincent Cumberland —en la que había invertido una considerable suma de dinero—, medía un metro ochenta, tenía ojos azules, pelo rubio echado hacia un lado y mejillas sonrosadas y era elegante, excelente jinete y totalmente ingenuo. Conoció a Jean durante la cena en casa de su tío, la llevó a las carreras al día siguiente, al teatro a la otra noche y,

después, mientras cenaban en «Simpson's», le informó que estaba total y absolutamente enamorado de ella.

—No digas tonterías, muchacho —replicó Jean—. Soy lo bastante vieja como para ser tu madre.

—Un poco difícil, aunque seas de ese bárbaro Estado llamado Kentucky, donde tengo entendido que dan a luz a los once años. Yo tengo veintitrés y dentro de poco cumpliré veinticuatro. Tú tienes treinta y uno.

—¿Y cómo lo sabes?

—He hecho investigaciones.

—Lo cual es muy poco cortés.

—No tengo ninguna intención de ser cortés —le informó lord Brixton—. En el amor y en la guerra, todo es lícito, y tú eres la mujer más hermosa y brillante que he conocido jamás. Así que, en palabras de un famoso aunque un tanto estúpido general de la última guerra, ataco y ataco y ataco.

—Soy una mujer casada y con dos hijos.

—Y un marido lo bastante indiferente como para permitirte recorrer seis mil millas sin él.

—Él no me lo permite. Yo hago lo que quiero.

Al día siguiente estuvieron en un partido de críquet, y una semana después Jean fue invitada a pasar el fin de semana en su casa de campo. A su tía Janice no le parecía del todo correcto el asunto, pero Cumberland aseguró a su mujer que Jean estaría adecuadamente protegida, por no mencionar el hecho de que era una mujer adulta que sabía muy bien por dónde andaba. El propio Cumberland se sentía encantado con cualquier cosa que afianzase los lazos de Brixton con la Compañía.

Dos semanas después, una semana antes de su previsto regreso a América, Jean tuvo una falta en la regla. En un país extraño y sin saber qué hacer, se confió a Wendy Jones, quien le buscó un médico sin ninguna relación con Brixton ni con su familia. El médico le informó que, muy probablemente, estaba embarazada. Una posterior visita confirmó el diagnóstico. Su reacción fue decirle al aturdido lord Brixton que no quería volver a verle más, explosión de ira que le hizo acudir suplicante a casa de la tía de Jean, sólo para ser rechazado por una mujer tan fría como el hielo. Pero la ira de Jean iba dirigida principalmente contra sí misma, contra su propia estupidez. Tendría que quedarse en Inglaterra, encontrar un médico que le practicara el aborto, pasar por todo el desdichado y sórdido asunto. ¿Y por qué? Por un estúpido muchacho británico que tenía la audacia de proponerle que abandonara a su marido y se fuera a vivir a aquel despreciable y frío país en que llovía eternamente.

Y sólo tenía a Wendy Jones en quien confiar, asegurándola que todo saldría bien. En cuanto a Wendy Jones..., bueno, para una muchacha que siempre había vivido con el espectro de la pobreza y el desempleo, se trataba de algo muy bien recibido.

Ella y su señora tenían ahora algo en común, un secreto compartido que constituía una excelente garantía para no perder su empleo.

Cuando Jake y Clair Levy entraron en su despacho, el rostro de Stephan Cassala se deshizo en sonrisas. Dio un beso a Clair y tuvo que contenerse para no abrazar a Jake.

—Tenéis un aspecto magnífico los dos —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Por qué no nos vemos nunca?

—San Mateo y Sausalito. Estamos en extremos opuestos del mundo.

—Tonterías. Eso no es excusa para ninguno de nosotros, y yo tengo tanta culpa como vosotros.

—Soy yo quien se siente culpable —dijo Jake—. Mientras lo pasé todo sin un arañazo, a ti te destrozaron.

—No, no. Mírame. —Se dio unas palmadas en el estómago—. Tan bueno como si fuera nuevo. Hasta puedo comer los *spaghetti* de mamá. Tenéis que venir a San Mateo. ¿Sabes cuánto suele preguntar ella por vosotros?

—Iremos, desde luego que iremos. Steve, ¿podemos hablarte en confianza?

—Por supuesto.

—Bien. Hemos venido a pedir un préstamo.

A continuación, él y Clair le expusieron todo el asunto de Higate. Stephan escuchó y, cuando hubieron terminado, dijo:

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué no acudes a tu padre?

—No puedo.

—Lo que pasa es que no quieres —dijo Stephan—. Comprendo. He oído rumores. Tony y Mark suelen almorzar juntos cada quince días o cosa así, y me llega la onda. La cuestión es que queréis una hipoteca sobre una propiedad industrial cuya industria ha sido destruida, por lo que en ese sentido carece de valor.

—Nosotros no lo vemos así —replicó Clair—. Queremos comprar un hogar. Y no está destruido. Hay dos buenos edificios de piedra, un granero de madera y varias hectáreas de tierra excelente. Jake y yo llevamos días hablando de ello. Creemos que podemos cultivar viñas para la venta de uva en el mercado. También pensamos que podemos embotellar zumo de uva y venderlo.

—Como todas las bodegas —dijo Stephan.

—Está bien. No será fácil. Pero la tierra está allí, y tenemos agua. Tú sabes lo que vale el agua. Podemos criar ganado. Podemos hacer cantidad de cosas.

—Miradlo de esta manera. Si os hago una hipoteca de treinta mil dólares, los intereses ascenderían a casi tres mil al año. Aparte de los impuestos y del hecho de

que tenéis que vivir. ¿Cómo vais a poder salir adelante?

—Danos una oportunidad —arguyó Jake—. Nos mataremos a trabajar. Creemos que podemos hacerlo.

—Dices que tenéis unos trece mil dólares. No podéis gastarlo todo. Necesitáis algún capital para empezar. El ganado cuesta dinero, y, por lo que me dices, el lugar está casi en ruinas. Os voy a decir lo que quiero que hagáis. Volved al valle de Napa y ofrecedle treinta y cinco mil dólares a Gallagher.

—Pero no podemos —exclamó Clair—. Necesita desesperadamente el dinero. Son viejos.

—Sois como niños perdidos en el bosque..., los dos, si me permitís que os lo diga. No tiene absolutamente ninguna posibilidad de vender esos terrenos, y, por lo que me decís, o vende o se muere de hambre. Treinta y cinco mil dólares es un precio justo. Esos edificios valdrán cinco mil, como mucho, de modo que le pagáis treinta mil por la tierra, y ése es un buen precio. No le estáis estafando.

—Pero no venderá a ese precio.

—Lo hará, créeme. Luego os concederé un crédito hipotecario de veinte mil por parte del Banco, que el inspector puede aprobar. Tomaré también una segunda hipoteca de diez mil dólares, una hipoteca personal, para lo que hablaré con papá. Eso os dejará, una vez deducidos gastos de escrituras y otros, más de siete mil dólares para empezar. Y los necesitaréis, hasta el último centavo.

—¿Harías eso por nosotros?

—Oh, ¿de qué sirve? —suspiró Stephan—. Echaréis a perder todo el asunto. Os diré lo que voy a hacer. Me tomaré mañana el día libre, llamaré a Sam Goldberg, mi abogado, para que venga con nosotros, nos presentaremos allí y cerraremos el trato. Pero tenéis que prometerme una cosa: Ninguno de vosotros dos abrirá siquiera la boca hasta que la venta quede concluida. Le ofreceré a Gallagher treinta mil dólares, y firmaremos a treinta y cinco mil. Pero sólo si vosotros os mantenéis callados y escucháis.

El día siguiente, después de tres horas de escuchar a Steve y Sam Goldberg regatear con Mike Gallagher, Jake y Clair Levy se convirtieron en propietarios de «Bodegas Higate» al precio exacto de treinta y cinco mil dólares.

Dan se fue en coche hasta Oakland para recibir a Jean, los niños y Wendy Jones. Su estancia en Inglaterra había durado catorce semanas, tiempo durante el cual la vida de Dan había llegado a centrarse enteramente en torno a May Ling y la casa de Willow Street. Le era indiferente lo que pensarán los criados de Russian Hill acerca de sus idas y venidas. Informó de la situación a Mark —para quien el asunto no era noticia—, y una noche Mark y Sarah asistieron como invitados a Willow Street, participando en un suntuoso banquete chino preparado por May Ling, y, antes de que

finalizase la velada, la severa desaprobación de Sarah se disolvió en la calidez del encanto de May Ling. Dan se mostró totalmente sincero en lo que se proponía hacer; Mark, por el contrario, albergaba numerosos pensamientos no expresados acerca del crédito de quince millones de dólares que el «Banco Seldon» les había concedido.

Jean, un poco más pálida que de costumbre, pero la misma de siempre por lo demás, saludó a Dan con unas palabras sobre la tortura del interminable viaje en tren, le besó sumisamente en la mejilla y no presentó ninguna excusa. Dan tampoco las pidió. Los niños se comportaban con timidez y azoramiento, como si fuese un extraño para ellos, pero Jean le aseguró que tendrían que ser ángeles para no estar desquiciados después de aquel horrible viaje.

Durante el paso del transbordador y el regreso a casa por carretera, Jean parloteó sobre Inglaterra, sus tíos y las diversas personas, con título y sin él, que había conocido. Wendy Jones mantenía un afectado silencio, y cuando Jean le preguntó acerca de Hawai, Dan respondió que había sido interesante. Hasta que estuvieron solos, después de cenar, no le dijo a Jean que tenía que hablar con ella de algo muy importante.

—¿No puede esperar, Dan? Estoy completamente agotada.

—No llevará mucho tiempo. Creo que lo mejor es que hablemos de ello ahora.

—Está bien. Si insistes... —accedió.

—Quiero divorciarme, Jean.

—¡Oh! ¿De veras?

—No pareces muy sorprendida.

—¿Debería estarlo? ¿Y qué vas a hacer luego? ¿Casarte con tu amante china? Vamos, Dan, eso no se hace.

—No quiero hablar de eso. Te lo he dicho con toda claridad. Nuestro matrimonio es una farsa. Nos irá mejor a los dos.

—¿Sí? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Dejémonos de tonterías, Jean. Hace años que no hemos dormido en la misma cama. Tú tienes tu vida. Yo tengo la mía.

—Así es. La has forjado por ti mismo. ¿Pero dónde estarías si no te hubieses casado conmigo? El matrimonio es algo más que el sexo. Estarías todavía en el Muelle del Pescador.

—No quiero discutir. Estoy pidiendo el divorcio.

—Estoy segura de que sabes que hay en California una cosa llamada ley de propiedad común.

—Puedes quedarte con todo lo que te corresponda, esta casa, los niños y todo lo demás que establezca la ley.

—La respuesta es: no.

—Pero ¿por qué?

—Porque los Seldon no se divorcian. Porque estoy completamente satisfecha con las cosas tal como están ahora. Quizá porque todavía siento hacia ti el suficiente afecto como para no querer verte caer en manos de esa putilla oriental.

Dan hizo un esfuerzo por dominarse y logró decir con voz serena:

—Quiero el divorcio, y no aceptaré un no por respuesta.

—Pues claro que lo harás, mi querido Danny. Mi padre acaba de concederte un crédito de quince millones de dólares. Es mucho dinero, Danny. Ya has contratado la construcción de los barcos, y mi padre me ha informado de que van a comenzar los trabajos en tu empresa hawaiana. ¿Vas a dejar que se hunda todo eso? Esto se está volviendo muy fatigoso. No me importa lo que hagas con tu amante, siempre que seas razonablemente discreto, pero no habrá divorcio. Y ahora voy a acostarme.

Cuarta parte

La vendimia

El 26 de agosto de 1927 la casa de los Lavette, en Russian Hill, recibió la visita de dos fotógrafos y un redactor del *Chronicle*. Esto se debía al hecho de que Jean Lavette había sido la promotora de la primera amplia exposición de cuadros impresionistas franceses que se celebraba en San Francisco; y, en efecto, el núcleo de la exposición estaba constituido por ocho cuadros de su propia colección, dos Cézannes, tres Sisley, un Pissarro y dos deliciosos desnudos de Renoir, todos los cuales debían ser fotografiados en su casa antes de su traslado al «Memorial Museum». Aunque era dudoso que los Renoir pudieran ser reproducidos en el periódico, el fotógrafo los incluyó. Fotografió también varios aspectos de la casa, cuyo salón de estar había sido redecorado con motivos chinos y Chippendale, realizados con estampas japonesas, la pasión más reciente de mistress Lavette. Y, naturalmente, los Lavette y sus dos apuestos hijos, Thomas, de quince años, y Barbara, de trece. Thomas se parecía a su madre, alto, delgado, ojos azules y piel clara; Barbara era más morena, de ojos grises bajo un mechón de pelo castaño, extraordinariamente guapos los dos niños.

Una vez tomadas las fotografías, míster Lavette se excusó alegando una cita de negocios que no podía aplazar. Jeff Woodward, que estaba encargado de realizar la entrevista para el *Chronicle*, estrechó la mano del hombre alto y corpulento cuyo rostro no revelaba ni agrado ni desagrado, y luego volvió toda su atención a Jean Lavette, no siendo en absoluto el primero en caer víctima de su encanto y su belleza. Jean llevaba con gracia y desenvoltura sus treinta y siete años, segura del hecho de seguir siendo considerada como una de las mujeres más hermosas de su círculo. Se negaba a plegarse a la moda del pelo corto y rapado que había invadido el país y llevaba sus tupidos cabellos de color miel recogidos en un moño sobre la nuca. Se había vestido para la entrevista una blusa estampada en amarillo y azul, con mangas largas y capucha, y una falda hasta la rodilla sujeta con un ancho cinturón. Woodward se fijó en su atuendo y tomó nota mentalmente de que debía consultar con el encargado de la sección de modas, recordando que Jean Lavette había sido designada, en cierta ocasión, como una de las mujeres mejor vestidas de San Francisco, distinción nada despreciable.

—¿Sería exacto decir, mistress Lavette —le preguntó Woodward— que su interés por el arte se ha extendido a lo largo de toda su vida?

—Si se refiere a que a los seis años pintaba dibujos con lápices de colores, la respuesta es afirmativa. Pero, hablando en serio, no me hice coleccionista hasta

después de mi matrimonio y, comparada con coleccionistas como míster Crocker y el mismo míster De Young, del *Chronicle*, no paso de ser una simple aficionada. Debo reconocer, sin embargo, que el arte es la pasión de mi vida. Pero no basta eso para ser coleccionista.

—¿Querría aclarar eso?

—El coleccionista debe ser un mecenas. Oh, no hay mucho truco en comprar un Renoir por treinta y dos mil dólares. Basta con tener ese dinero. Pero encontrar un artista joven y con talento y estar dispuesto a pagar mil dólares por un lienzo que nadie quiere... y dar con ello vida y aliento a un talento que algún día puede ser reconocido tan grande como el de Renoir, eso, míster Woodward, es mi idea de un verdadero coleccionista.

—¿Y su marido? ¿Comparte míster Lavette su entusiasmo?

—En otro sentido —respondió Jean, impresionando a Woodward con su franqueza y su sinceridad—. Sus gustos son más elementales que los míos, pero, no obstante, excelentes. Ya conoce usted su prolongada relación con el mar. Le atraen en especial los cuadros de la vida en el océano. Tiene en su estudio dos Winslow Homer y un Turner. Podemos ir luego a verlos, si quiere.

—Pero fundamentalmente la coleccionista es usted.

—¡Oh, sí! Aunque mi marido quisiera coleccionar, no sé de dónde iba a sacar tiempo.

—Y actualmente, según tengo entendido, Gregory Pastore le está pintando a usted un retrato. ¿Puedo preguntar por qué eligió a Pastore?

—Desde luego. Guarda relación con lo que le he dicho antes. Pastore sólo tiene veintisiete años, pero posee unas cualidades excelentes y es casi por completo desconocido. No es uno de los modernos. Permítame insistirle en que mis gustos son eclécticos. Como recordará... oh, quizá no, era usted muy joven entonces, bueno, cuando los artistas modernos expusieron en Nueva York, yo enronquecí defendiendo a Duchamp y Walt Kuhn y los otros. Pero tratándose de mi propio retrato... bueno, si Thomas Eakins viviese hoy, me pondría de rodillas ante él y le suplicaría que me pintase. —Sonrió ingenuamente—. Soy una mujer muy presumida, debe comprenderlo.

—No le faltan motivos —respondió galantemente Woodward.

—Pero, por desgracia, el pobre Eakins está muerto. Pastore pintó a mis dos hijos..., muy al estilo de Eakins, y por eso le elegí. Además, mi marido exige que un retrato se parezca al modelo. Bueno, tengo que posar a las once, así que me temo...

—Sí, por supuesto. Ya le he robado demasiado tiempo. Sólo una última pregunta. ¿Comparten sus hijos su entusiasmo?

—Thomas pinta. Sí. Y tiene talento. Pero Barbara... me temo que se parece mucho a mí.

Woodward le dio las gracias. Eran ya casi las once, y Jean sabía que llegaría tarde. Pastore se ponía furioso si llegaba tarde, y, cuando entró en su estudio, un viejo desván en las calles Hyde y Bay, estaba ya paseando de un lado a otro, con irritación. Era un hombre bajo y musculoso, de larga barba, pelo rizado y ojos negros. En cierto modo, aunque era más bien bajo de estatura, le recordaba a Dan Lavette de joven. Tenía la misma energía, el mismo fuego.

—Las once y media —farfulló—. Ustedes, las mujeres ricas, no saben lo que significa el tiempo. El tiempo es lo único que yo tengo.

—No me riña, por favor. No es justo. ¿Sabe por qué me he retrasado? Porque he estado poniéndole a usted por las nubes hablando con Jeff Woodward, que va a escribir un artículo en el *Chronicle*.

—¿Sobre quién va a escribir? ¿Sobre usted o sobre mí?

—Confío en que sobre los dos.

—Bien, gracias. —Señaló el biombo—. Ande, cámbiese de ropa.

Ella tenía en el estudio una fina túnica de seda azul cielo, su vestido para el cuadro. Desde detrás del biombo, preguntó:

—¿No barre nunca esto, Gregory? Está muy sucio.

—Soy un artista, no una criada. Dígame una cosa, Jean, ¿ha oído hablar alguna vez de Francisco de Goya?

Ella salió de detrás del biombo, descalza, con el pelo suelto y la túnica azul cayéndole casi hasta los tobillos.

—¿Qué pregunta más estúpida! ¡Claro que he oído hablar de Francisco de Goya!

—Cristo, está usted preciosa. Pues es mi héroe.

—¿Quién?

—Goya. ¿Sabe? Le estaba haciendo un retrato al duque de Wellington. El duque dijo algo que ofendió a Goya, y éste cogió un molde de yeso y se lo tiró al duque. Desgraciadamente, no le dio.

—Es usted un ser sanguinario.

—No. Por desgracia, vivo en un mundo en que el artista es despreciado. ¿Cuánto cree que le pagaron a Cézanne por esos cuadros que usted tiene? Nada. No podía desprenderse de ellos. Su marido gana en una hora más que yo en un año.

—¿Empezamos?

—Una palabra, y la ofendo. Ya que hablamos de Goya, pintó a una hermosa mujer, *La Maja*. Dos cuadros..., uno, vestida; el otro, desnuda.

—Conozco los cuadros.

—Pues yo quiero pintarle a usted desnuda. Casi he terminado ya con el retrato. Una pose desnuda. Hago el boceto y luego lo termino yo solo.

—Se ha vuelto loco, mi querido Gregory.

—No. Escúcheme —exclamó enfáticamente—. No estoy insinuándome. Soy un

profesional. Usted es la mujer más bella que he conocido jamás. He pintado miles de desnudos. No supone nada para mí, nada.

Ella le observó fría y pensativamente. La idea era cosquilleante, peligrosa.

—Mi querido Gregory —repuso—, yo no poso desnuda. No soy una modelo.

—Bobadas. Ya posó desnuda para Calvin Braderman.

—¿Y cómo lo sabe?

—Me lo dijo él. Aunque no es que se pueda reconocer nada en un chafarrinón de Braderman.

—Si lo hice fue hace mucho, mucho tiempo. Ahora tengo treinta y siete años.

—Y sigue siendo la mujer más hermosa que he visto jamás.

—¿Qué haría con el cuadro?

—Es suyo, si lo quiere. O le cambiaré la cara. O lo destruiré. Es suyo. Sólo quiero pintarlo.

Ella seguía inmóvil, mirándolo pensativamente. Luego, levantó la mano, soltó la cinta que tenía atada sobre la nuca, se estremeció levemente y quedó desnuda mientras la túnica de seda caía en torno a sus pies. Su cuerpo era todavía juvenil, sus pechos firmes y turgentes, sus largas piernas tan impecables como las de una muchacha.

—Bien, empiece a trabajar —dijo, mientras él la miraba fijamente—. Hace frío aquí... —La entrevista de Jean había tenido lugar dos días después del regreso de Dan a San Francisco. Había estado en Nueva York durante las tres últimas semanas, a excepción de un viaje a Albany, donde había pasado dos horas con el gobernador Alfred E. Smith, y otro rápido viaje a Miami, Florida. Smith estaba sopesando en su mente y las mentes de los demás la posibilidad de ser designado candidato demócrata a la presidencia en las elecciones de 1928 y había hecho llegar a la costa la noticia de que acogería con agrado una conversación con Lavette.

Dan nunca había pensado en sí mismo como un seglar católico. Su religión había muerto con la muerte de sus padres, y no se había confesado desde entonces. Sin embargo, había nacido católico, y Smith estaba muy interesado en las observaciones que pudiera hacerle con relación a la costa Oeste.

Por primera vez en mucho tiempo, las preguntas de Smith obligaron a Dan a reflexionar sobre sí mismo, no sólo como persona, sino como hombre en relación con una religión y una sociedad.

¿Era católico? ¿Era italiano, americano, ateo, librepensador..., o era un tronco a la deriva, un barco sin timón? ¿O era cierto que no podía resolverse a divorciarse de Jean porque, en el fondo, seguía siendo católico? Un católico perdido, un católico consumido, un católico fracasado... pero, no obstante...

Smith —mejillas sonrosadas, nariz bulbosa, ojos pequeños y astutos— le estaba mirando, y le dieron ganas de preguntar: «¿Qué clase de católico es usted,

gobernador?». Una pregunta ridícula. ¿Sabía alguien qué clase de católico era?

—¿Qué dicen de ello por allá? —quiso saber Smith—. Yo no conozco la costa Oeste. Es otro país, otra forma de pensar.

—Lo es y no lo es —respondió Dan—. Desde luego, todo el maldito asunto es diferente. No pensamos como piensan ustedes aquí. Somos demasiado nuevos. Mi suegro, que dirige el segundo Banco más importante de San Francisco, es hijo de un buscador de oro convertido en banquero, y mi padre era un pescador inmigrante de Marsella. Mi madre era italiana. Eso podría significar algo en Nob Hill, pero no significa gran cosa en ninguna otra parte. A nadie le importa un bledo si yo soy católico o no.

—¿Y cuando se trata de votar?

—Algo parecido a Nueva York. Tenemos una serie diferente de prejuicios, orientales y mexicanos. La clase de tendencia antisemita y anticatólica que ustedes tienen aquí, allá no existe, no de la misma manera.

—¿Ha pensado alguna vez en política, Dan? —Le había llamado por su nombre de pila desde el principio. Suspica en los primeros momentos, Dan sucumbió con facilidad al encanto y el halago del gobernador—. Usted es rico y poderoso, y es joven todavía. No me refiero a política de barrio. Pero hay personas que preferirían tener una Embajada que un millón de pavos.

Dan sonrió. Tenía una sonrisa abierta y juvenil que agradaba a Smith.

—¿Embajador? Diablos, gobernador, nunca terminé la escuela superior.

—La inteligencia no se adquiere en la escuela, Dan. Se lleva allí. Bueno, dejémoslo estar por algún tiempo. Vamos a necesitar apoyo, y, si puede encontrar dinero respetable que no sea republicano, tome nota de ello.

Aparte de su viaje a Albany y de varias entrevistas de rutina en las oficinas de la «Naviera L. & L.» en Nueva York, el objetivo principal que perseguía Dan en el Este era investigar acerca de una compañía llamada «Pan American Airways» que acababa de entrar en funcionamiento. Ya desde el vuelo sin escalas realizado por Lindbergh a París, Dan se había sentido intrigado por la idea de los viajes aéreos. Los primeros vuelos de la «Pan American» fueron establecidos entre Key West y La Habana. Dan fue a Miami y viajó en el avión en ambas direcciones, y en el coche-cama del tren que le conducía de nuevo a Nueva York se pasó despierto casi toda la noche, reviviendo su experiencia en el gran trimotor. Estaba tan invadido de ella que cuando se reunió con Mark en San Francisco apenas si podía hablar de otra cosa.

—Es el camino del futuro —dijo—, y está abierto, Mark, completamente abierto. ¿Sabes cuántas millas de transporte aéreo hay en estos momentos en Norteamérica? Catorce mil. Y no pasarán de mil las que tienen un material decente. Estamos como hace cien años, cuando empezó a desarrollarse el ferrocarril. Catorce mil millas no bastarían ni siquiera para California.

—No te desboques, Dan. ¿Qué te hace pensar que la gente viajará en aviones?

—¿Lo harías tú?

—No sé. Es una cosa que asusta un poco.

—Pues yo lo he hecho..., desde Key West hasta La Habana. Y fue maravilloso. Mark, ese lugar está conociendo un desarrollo vertiginoso. Creemos que tenemos algo en Waikiki... bueno, pues Miami Beach le da mil vueltas. Están construyendo y construyendo como si se hubieran vuelto locos. Me enseñaron parcelas de arena vendidas a cincuenta dólares el acre hace seis años, y hoy se pagan a mil dólares. Va a ser grande, grande. Va a hacer que Atlantic City parezca un poblado. Tanto sol como el que tenemos aquí, y más calor, y sólo una noche de viaje en tren desde Nueva York y Filadelfia. Estuve mirando unos terrenos que podríamos comprar por una bagatela...

Mark explotó.

—¡No!

—Calma, amigo. ¿Por qué no? ¿Por qué no pensar en ello?

—Dan, ¿te das cuenta de lo mayores que somos ya? Yo tengo casi cincuenta años, y estoy mortalmente cansado. Los dos tenemos todo el dinero que necesitamos.

—No es el dinero. Es el ganarlo.

—Está bien, está bien. Ya hablaremos de ello. Mientras tanto, llamé aquí May Ling. ¿Le dijiste que te ibas?

—No, no pensaba estar fuera tanto tiempo.

—¿Le has escrito? ¿Le has telefoneado?

—Maldita sea, Mark, ¿qué es esto? ¿Un interrogatorio? La veré mañana.

—No es cosa mía, pero...

—Tienes toda la razón. No es cosa tuya.

Mark se le quedó mirando, y Dan dijo:

—No, lo siento. No debí haber dicho eso. Estoy cansado, no he ido a casa aún... ni siquiera me he cambiado de ropa.

—No tiene importancia —respondió suavemente Mark—. Llevamos juntos demasiado tiempo como para que una cosa así se interponga entre nosotros. Sólo que...

—¿Qué?

—Feng Wo se ha despedido mientras estabas fuera. Creo que no podía soportar mirarte a la cara.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que se ha despedido?

—Exactamente eso. Sin explicaciones. Se ha ido.

A sus diez años, el hijo de May Ling era un testimonio de las virtudes de la mezcla de razas. Muy alto para su edad, prometía heredar la estatura de Dan, pero sin

su corpulencia. Tenía piernas largas, cuerpo esbelto y flexible, facciones que eran un refinamiento de las de su padre y pelo negro ligeramente ondulado. Sus oscuros ojos se hallaban bastante separados uno de otro, y su piel, donde no estaba quemada por el sol, presentaba el intenso color marfileño de la de su madre. Era un muchacho sosegado, introspectivo y reflexivo que reaccionaba con creciente desazón a las turbulentas expansiones de Dan. Ahora, le abrió la puerta a Dan sin saludarle.

Dan traía los brazos llenos de paquetes. Los dejó caer en el sofá de la sala de estar antes de volverse y levantar a Joseph en el aire.

—¡Has crecido, diablos! Pero todavía puedo hacerlo, ¿eh? ¿Cuánto pesas?

Joseph movió la cabeza y se encogió de hombros.

Dan empezó a desenvolver los paquetes, sin fijarse en las dos cajas de embalaje que había en la habitación, enteramente dedicado a lo que estaba haciendo.

—Unos pequeños regalos —explicó—. Sé que tienes un guante de *catcher*. Éste es de *baseman*..., te da la posibilidad de elegir. Estos tres libros, bueno, tienen las mejores láminas que pueden dar en «Scribner's», en Nueva York, *Robin Hood*, *La compañía blanca* y *Moby Dick*. Conociendo a tu madre, apuesto a que los has leído todos.

—Sólo *Robin Hood* —repuso Joseph. Estaba mirando los libros—. Son preciosos.

—¿Contento de que haya vuelto?

Joseph asintió brevemente con la cabeza.

—¿Dónde está mamá?

—Arriba.

—¡May Ling! —rugió Dan—. ¡Ha llegado el marinero, ha vuelto del mar!

Entonces, se fijó en las cajas.

—¿Qué diablos?

Joseph le estaba mirando con aire consternado. May Ling bajó la escalera. Dan se disponía a saltar tres escalones y levantarla en sus brazos, pero algo en su rostro le detuvo. Volvió a mirar las cajas. May Ling se detuvo frente a él, con las manos entrelazadas y el pelo recogido en un moño. Llevaba un sencillo y casi severo vestido de estilo chino.

—Tu padre se ha despedido, se ha ido.

—No había querido decir eso.

—Lo sé. —Se volvió hacia Joseph—. Sube un momento a tu habitación.

El muchacho comenzó a subir lentamente la escalera.

—¿Por qué no está en la escuela?

—Porque estamos en verano, Dan. No hay escuela.

Se acercó a él, le puso las manos en las mejillas y le bajó la cabeza para darle un beso. Dan vio las lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué estás llorando? ¿Qué diablos pasa aquí? ¿Qué ha ocurrido?

Ella le llevó hacia una silla.

—Siéntate, Danny. Vamos a hablar.

—¿Hablar? Vengo aquí después de estar un mes ausente, y me dices que me sienta a hablar.

—Precisamente, Danny, después de un mes.

—He estado fuera, querida. Tú lo sabes.

—¿Sí? ¿O te olvidaste de decírmelo?

—Mark te lo dijo.

—Danny, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Aceptarte como si fueses un niño? Joey es más responsable que tú. Estuviste aquí hace un mes, y entonces hacía tres semanas que no te veía.

—Estaba en Hawai.

—Siempre estás en alguna parte. Pero no aquí.

—Bueno, ahora estoy aquí. ¿Y qué tal si me dices qué está pasando? Feng Wo se separa de mí..., ¿y qué diablos hacen ahí esas cajas?

—He vendido la casa, Danny.

—¿Qué?

—He vendido la casa.

—No te creo.

—Pues debes creerme —respondió ella, lentamente—. He llegado al límite de mis fuerzas, Danny. Tengo un hijo de diez años..., sin apellido. ¿Quién es su padre?, le preguntan. Míster Wo. ¿Dónde está míster Wo? Diez años, y tiene que mentir continuamente. ¿Le dirás tú, por qué su apellido no es Lavette, por qué tiene un padre que anda de acá para allá, un padre sobre el que lee cosas en los periódicos? Sí, lee, Dan, y me hace preguntas, y un día se fue a Russian Hill y se estuvo todo el día delante de esa mansión tuya..., ¿y quién es la bella señora que vive allí y sale de la casa y sube a un «Rolls Royce» con chófer? ¿Y quiénes son el chico y la chica que viven allí? Bien, dime, ¿quién es el chiquillo chino que está en la calle mirando? Dímelo.

—Basta —le interrumpió él—. Basta.

—No. No, Dan. Vas a escucharme, porque todo esto ha estado encerrado dentro de mí durante años y ahora debo decirlo. Tu hijo es un chico maravilloso. Tú no lo sabes, pero es un muchacho extraordinario. No es sólo inteligente, es juicioso, más juicioso de lo que cualquier niño de diez años tiene derecho a ser. Y más privado, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Me vas a dejar decir algo, explicar?

—Llevas años explicando. Bien, yo he llegado al final. He vendido la casa. Mi padre se ha despedido porque había llegado a resultar demasiado para él, lo mismo que para mí. ¿Ha mencionado alguna vez nuestras relaciones durante todos estos

años?

—No.

—Porque te adoraba. Porque tú eras el maravilloso Dan Lavette que no podía hacer nada malo. Pero también eso llega a su fin.

—¿De qué infiernos estás hablando?

—Nos vamos de San Francisco. Mientras tú estabas fuera, me acerqué a Los Angeles. Había un puesto de trabajo en la biblioteca de la Universidad de California para quien supiera idiomas orientales. Me dieron el empleo. No pagan mucho, pero es suficiente. Hemos alquilado una casita en Hollywood, cerca del campus. Mis padres vivirán conmigo...

—Dios mío, May Ling, ¿por qué? ¿Por qué?

—Dan, ¿no comprendes por qué? Acepté el empleo como mistress Lavette. Mi hijo irá allí a la escuela como Joseph Lavette, cuyo padre ha muerto. Podrá dejar de mentir... no, pero cesarán la mayor parte de las mentiras. Podrá caminar con la cabeza alta.

—¡Endiablada mujer! —murmuró—. Te quiero.

Ella pugnó por contener las lágrimas.

—Tanto como puedes querer a alguien, Dan.

—Tú eres toda mi vida.

—No. Ni siquiera el diez por ciento de ella, Dan.

—No te dejaré hacerlo.

Se puso en pie de un salto y empezó a pasearse de un lado a otro.

—¡Al diablo con esta casa! Tienes razón. Hace años que quería sacarte de aquí. Hay una finca en Marin County, no lejos de la casa de Mark. Es lo bastante grande para Joe y tus padres, si quieres que vivan contigo. No veo por qué, pero si eso es lo que quieres, estupendo. Dos acres de tierra..., es lo que el niño necesita, vivir en el campo.

—Dan, no has oído ni una sola palabra de lo que he dicho. Se ha terminado.

Él dejó de pasear y se detuvo frente a ella. Con voz muy baja, preguntó:

—¿Qué ha terminado?

—Lo nuestro.

—No.

Ella contorsionó el rostro en una mueca de angustia y cerró los ojos.

—No te opongas, Danny. No lo hagas más difícil. Te quiero mucho.

Dan se acercó a ella y se arrodilló ante la silla en que estaba sentada, cogiéndole las manos y llevándoselas a los labios.

—Sé lo que ha sido esto para ti. Te juro que lo sé. Estoy mezclado en muchas cosas. No es por el dinero. Me importa un bledo el dinero, tú lo sabes. Pero durante toda mi vida he estado escalando Nob Hill y empujando a esos bastardos que viven

allí. Me voy a la cama y sueño que sigo siendo el chiquillo de la lancha pesquera con toda la maldita ciudad en llamas. Mi padre quería comprar a mi madre un anillo de oro. Estuvo ahorrando centavo a centavo durante meses, y luego algún estúpido bastardo agujereó la lancha y durante meses no hubo nada, apenas la suficiente comida para vivir. No sé, no sé nada, excepto que tú eres la única cosa en mi vida que realmente ha importado, y sé cómo ha sido, pero ya no volverá a ser así.

—¿Cómo será, Danny?

—Diferente.

—¿Te casarás conmigo?

Dan se la quedó mirando, con la boca abierta.

—¿Te casarás conmigo, Danny?

Se levantó y fue hasta el sofá en que había dejado caer los regalos. Cogió una cajita, rasgó el papel que la envolvía, la abrió y mostró una sarta de perlas.

—Son para ti —dijo—. Las compré en «Tiffany's». Es la mejor joyería de Nueva York. Está en la Quinta Avenida.

—Sé dónde está «Tiffany's», Danny —replicó ella fríamente—. ¡Oh, maldito seas tú y tus asquerosas perlas!

La frase le hirió. Era la primera vez en todos los años que se conocían que la oía expresarse así.

—Te he preguntado si te casarías conmigo —dijo—. No pienso seguir así. Daría mi vida por ti, Dan, y tú lo sabes. Pero no es porque sea débil. Es porque te quiero. Pero esta clase de amor es como una enfermedad, y no me pasaré la vida y la vida de mi hijo estando enferma.

—Es hijo mío también.

—¿Sí? ¿Qué le has dado tú?

—Os he dado a los dos todo lo que necesitabais.

—¿Qué? ¿Esto? —Le cogió las perlas de la mano—. ¿Esto? —Cogió el guante de béisbol y, luego tiró las dos cosas al otro extremo de la habitación—. Dale tu apellido —murmuró—. Y ahora escúchame, Dan Lavette. Hoy es martes. Nos marchamos el viernes. Eso te deja tres días. En cualquier momento durante esos tres días ven a decirme que has iniciado los trámites para divorciarte, o que has tomado la decisión de hacerlo o que has tratado del asunto con tus abogados, y yo iré contigo a cualquier lugar de la Tierra, o me quedaré aquí, en la ciudad, o viviré en una choza del desierto si es preciso, o haré lo que tú decidas que debemos hacer. En otro caso, se ha terminado, y no volveré a verte más.

—¡Por los clavos de Cristo, May Ling, tú eres mi mujer y ese niño que está arriba es mi hijo!

—Eso es todo, Dan. Es todo lo que puedo decir.

Durante el largo viaje de ocho horas en tren entre San Francisco y Los Angeles, May Ling vivió con sus propios pensamientos. Su padre, su madre y su hijo respetaron su silencio; ellos tenían sus propias preocupaciones. San Francisco había sido su mundo; en el transcurso de los años la habían visto convertirse de una ciudad llena de miedo, odio y recelo hacia los chinos en un lugar en el que, lenta pero firmemente, los orientales estaban siendo aceptados como una parte válida y constructiva de la población. Y ahora estaban entrando en lo desconocido, dirigiéndose a un lugar que no conocían y que no podían imaginar. Dan Lavette había sido la roca y la salvación de Feng Wo. Al límite de sus recursos, con su mujer y su hija desprovistas literalmente de alimentos y consumiéndose de hambre, Dan Lavette le había rescatado, dado comida y sustento, elevándole a una posición igualada por muy pocos chinos de la ciudad. Él no pensaba en lo que había dado a cambio a «Levy y Lavette», la sensatez con que había manejado sus finanzas, las batallas que había librado cuando estaban al borde de la destrucción, la integridad que había mantenido durante los audaces proyectos y arrebatos de imaginación que formaban parte del imperio de Dan Lavette. Eso era, simplemente, lo que se esperaba de él. Dieciocho años atrás, había comenzado a trabajar para Dan Lavette por un salario de doce dólares a la semana. Cuando dijo a Mark que había decidido despedirse, su sueldo era de veinte mil dólares al año, el más elevado, probablemente, ganado por ningún oriental en la ciudad de San Francisco.

Ahora, con cincuenta años de edad, se hallaba sentado en el vagón del tren, junto a su mujer y frente a su hija y su nieto, con rostro sereno e impassible, pero destrozado el corazón y el alma llena de angustia. Había hecho lo que debía hacer; lo sabía. Físicamente, sobreviviría; había vivido con sencillez y ahorrado dinero, y en Los Angeles encontraría alguna clase de trabajo; pero estaba dejando tras de sí un edificio en cuya construcción había participado tanto como cualquier otro y un hombre al que amaba y veneraba más que a ningún otro hombre que hubiera conocido jamás. Pese a todo lo ocurrido, nunca diría ni permitiría que se dijese ante él una sola palabra contra Dan. Ni a su mujer, ni a su hija, ni a nadie.

May Ling conocía algo de lo que pasaba por la mente de su padre. Ella había tomado su propia decisión de marcharse de San Francisco; era su padre quien había decidido ir con ella, y eso significaba que, al menos, dispondría de sus padres para que se ocuparan de su hijo mientras ella estaba trabajando.

Los tres días siguientes al regreso de Dan fueron los tres días más terribles que ella había pasado jamás. Sabía con absoluta certeza que su ultimátum era vano, que el casarse con ella nunca había formado parte de la vida de Dan ni la formaba ahora; lo sabía muy bien; pero también sabía que había habido entre ellos momentos tan mágicos y maravillosos como los que jamás existieran entre un hombre y una mujer, y por esa razón, siempre que sonaba el teléfono durante esos tres días, siempre que

sonaba el timbre de la puerta, se le paralizaba el corazón y experimentaba un turbulento acceso de esperanza y fe. El segundo día, un mensajero le llevó una carta de él:

Mi querida, adorada May Ling: Te escribo para pedirte que cambies de idea. No puedo decir nada más de lo que ya he dicho. Aunque no cambies de idea ni te quedes en San Francisco, esto no supone el final para nosotros. Estate segura. Este dinero es para ayudarte. Acéptalo, por favor. Te quiero.

Dan

Adjunto a la carta había un cheque por diez mil dólares. Ella se lo devolvió con una breve nota:

Danny:

No quiero cerrar ninguna puerta. Escribiré desde Los Angeles. Pero piensa en lo que dije. Tengo dinero suficiente de la venta de la casa. Gracias.

May Ling

Todo había terminado ya, como ella había sabido que ocurriría, y recurrió a todas sus reservas de fortaleza interior para borrar lo que había sido. Sabía que debía contrarrestar su dolor por medio de la acción. Ella era el eje de aquellas cuatro personas que viajaban en el tren, de aquella silenciosa familia china que los demás viajeros miraban con tanta curiosidad. Su padre ya no era joven. Había ahorrado una sustanciosa suma de dinero, pero no le duraría eternamente. Y tampoco sabía qué clase de prejuicios existían en Los Angeles. Tendrían que vivir frugal y austeramente. Ella tenía que criar a su hijo y era lo suficientemente china como para decirse a sí misma que debía hacerles honor a todos. Al solicitar empleo en la biblioteca, había asegurado saber japonés, pero sus conocimientos no pasaban de ser superficiales. Podía leer el japonés bastante bien, pero tendría que alcanzar un cierto grado de dominio del lenguaje hablado antes de que descubrieran su engaño.

¿Y en cuanto a Dan? Cerró los ojos, y allí estaba con él, tendidos ambos en la cubierta de la embarcación, él con una mano en el timón y acariciándole con la otra, el viento en las velas y el gusto a espuma salada en los labios.

—Mamá, no llores más —dijo Joseph, tocándola—. Todo irá bien.

—Lo sé —trató de sonreír—. Claro que irá bien.

Señaló por la ventanilla hacia la rocosa y espectacular costa de California.

—Mira qué paisaje tan bonito.

La cosa era no pensar en Dan, no pensar en absoluto en él.

Por décima vez desde el principio del viaje en que se había embarcado, el rabino Samuel Blum se arrepintió de haber permitido que Bernie Cohen fuese su conductor. El rabino Blum tenía ochenta años; Bernie Cohen, diecinueve; y, si bien la distancia entre San Francisco y el valle Napa era de poco más de treinta millas, al rabino Blum le parecía que el viaje se prolongaba indefinidamente. Parte de ello se debía a la profesión de Bernie Cohen; era un sedicente «pionero», lo que significaba que, en unión de otros nueve jóvenes, se estaba preparando para ir a Palestina e integrarse en la pequeña comunidad que un puñado de judíos habían fundado allí. En el curso de esta preparación, él y sus compañeros estaban aprendiendo a usar las máquinas necesarias, y, como tenían poco dinero, recomponían cosas con lo que podían encontrar o arramblar. Cuando el rabino Blum se aventuró a preguntar en qué clase de coche estaban viajando, Bernie Cohen respondió que la mayor parte de él había sido en otro tiempo un «Chevrolet». El resto había sido tomado de diversos lugares.

Bernie Cohen era un muchacho alegre y musculoso, que le había oído decir al rabino Blum que tenía que ir a un sitio del valle Napa.

—Yo le llevaré —ofreció Bernie Cohen—. Eso me dará la oportunidad de observar los sistemas de riego.

—Siempre que me lleves a un lugar llamado Higate. Antes había allí unas bodegas.

—Me interesan más aún las bodegas.

Se encontraban a mitad de camino, cuando el joven Cohen, intrigado por el bordoneante sonido que emitía el anciano, le preguntó qué estaba diciendo.

—No estoy diciendo. Estoy rezando. Quizá te sorprenda, dado que he cumplido ochenta años, pero tengo también un extraordinario deseo de vivir.

—Oh, no nos pasará nada, rabino. Éste es un buen coche cuando corre. De todos modos, ¿qué puede ocurrir con un rabino en el coche?

—Eso es lo que me pregunto yo.

El rabino se sintió agradablemente sorprendido cuando llegaron ilesos a Higate, y descendió vivamente de lo que siempre consideraría como una máquina infernal. Era su primera visita a la finca de Levy, y también al valle Napa, y quedó impresionado por la belleza del paisaje, las verdes colinas, los viejos edificios de piedra, el ganado pastando en los prados altos..., e impresionado también por la hermosa mujer pelirroja que salió de la casa para saludarle. Recordaba a Clair de la última vez que la había visto en la casa de Levy en Sausalito, pero eso había sido hacía años.

La vida obraba maravillas. Esta alta y esbelta señora, con un niño en brazos y dos chiquillos colgándole del delantal, con el rostro colorado y pecoso por el sol, constituía una deliciosa sorpresa, y el anciano resplandeció de satisfacción al mirarla.

Cuanto más envejecía, más le parecía que cada nueva generación justificaba su vida y su fe.

—¡Es maravilloso! —exclamó—. Vuelvo la espalda, y tienes tres hijos.

—Se ha vuelto muy despacio, rabino. Han pasado años. ¡Oh, me alegra mucho verle! Pero ¿qué le trae por aquí?

—Éste —respondió, señalando a Bernie Cohen—, en su máquina infernal que él llama coche. Es un buen muchacho. Se llama Bernie Cohen.

—¿Puedo echar un vistazo, mistress Levy? —preguntó Bernie.

—Todo lo que quieras. Quizá te encuentres con mi marido. Te presentas y le dices que está aquí el rabino Blum. Por cierto —añadió, volviéndose hacia el anciano—, no se quede al sol, rabino. Se está fresco en la casa.

—Primero debo ser presentado a lo que Dios te ha dado. ¿Este?

—El mayor. Tiene cinco años. Se llama Adam.

Adam se aferró a la pierna de su madre y sepultó en el delantal sus rojos cabellos y su pecoso rostro.

—Éste es Joshua, tres años.

Joshua miró al anciano con descarada curiosidad y preguntó:

—¿Qué tiene en los ojos?

—Gafas. No soy tan joven como tú.

—Y ésta es Sally —dijo Clair—. Es reciente. Bueno, no tanto. Un año. Puede andar si lo intenta. ¿Pero qué le trae por aquí, rabino? Naturalmente, es un placer.

—Una pequeña proposición de negocios para tu marido.

Clair le precedió al interior hasta la cocina, donde dejó a Sally en un corralito. La cocina era fresca y cómoda, y el rabino Blum se sentó agradecidamente a la mesa. Clair le sirvió un vaso de limonada.

—Es buena. De nuestros propios limones. Le refrescará, rabino.

—Si no es demasiada molestia, preferiría té caliente.

—¿Con este tiempo?

—Desde luego. Tienes una casa preciosa, ¿sabes?

—Ha costado un gran esfuerzo, rabino. Todo lo hacemos nosotros mismos. Jake construyó esos armarios y la mesa también. Hemos descubierto que podemos hacer cualquier cosa... o casi. Tenemos cuatro acres con uvas de mesa, y las vendemos. Tenemos cuarenta novillos y seis vacas lecheras, y hemos vendido una cosecha de ciruelas. Y un jardín. El año pasado roturamos por primera vez, y este año esperamos ganar algún dinero. Lo necesitamos. En estos momentos no tenemos ni un centavo.

—¿Y el padre de Jacob?

—Oh, mantenemos buenas relaciones; ellos vienen aquí, y nosotros vamos allá con los niños, pero Jake no aceptaría ni un centavo de él.

—Eso es una vergüenza. Le estáis privando a Mark de una gran satisfacción. Es

un buen hombre. ¿Por qué tenéis que herirle?

—Jake es Jake. Y creo que me gusta tal como es. Aquí tiene su té, rabino. ¿Quiere azúcar?

—Tres terrones.

El rabino estaba revolviendo pensativamente su té, cuando entró Jake y le saludó con gran afecto.

—He dejado afuera a su experto agrícola lamentándose de que no hago pleno uso de mis instalaciones de riego. ¿Quién es ese muchacho?

—Va a ir a Palestina para construir una patria judía. Ahora está practicando.

—Bien, de todos modos es maravilloso verle de nuevo, rabino. Han pasado muchos años. Pero ¿qué le trae por aquí?

—Podría venir como pastor en busca de una oveja perdida.

—No creo que los judíos busquen con mucho afán ovejas perdidas —replicó Clair.

—Posiblemente. Vengo a hablar de negocios, Jake.

—¿Negocios?

—Iré directamente al grano. El grano es el vino sacramental.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Sospecho que Clair es una cristiana tan indiferente como judío indiferente eres tú. Así que os instruiré. El vino desempeña un papel muy importante en ambas religiones. Los judíos utilizamos vino cada *shabbat*..., ¿sabéis lo que es? El *abbat*..., para una oración llamada *kiddush*. En la Pascua judía, el vino forma parte del *seder*. En otras ocasiones, el vino es necesario desde un punto de vista religioso. Así que debemos tener vino.

—Pero ¿y la Prohibición? —preguntó Clair.

—¡Ah! —Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un arrugado trozo de papel—. Como veis, he venido preparado. Un rabino es una mezcla de cosas, también abogado y juez. Pregúntale a tu padre. Pero no tengo tiempo de entrar en detalles ahora.

Empezó a tantearse los bolsillos.

—Mis otras gafas.

—Yo lo leeré —dijo Clair.

—Excelente. Es un fragmento de la Ley Volstead, sección sexta. Lee.

Cogiendo el trozo de papel, Clair leyó:

—Ninguna de las disposiciones contenidas en este título será aplicable a la fabricación, venta, transporte, tenencia o distribución de vino con fines sacramentales o destinado a ritos religiosos... El presidente de cualquier conferencia o diócesis u otra jurisdicción eclesiástica puede designar a cualquier rabino, pastor o sacerdote como supervisor de la fabricación de vino destinado a los fines y ritos mencionados en esta sección...

Clair levantó la vista, desconcertada, y Jake dijo:

—Un momento, rabino, ¿no habrá venido a pedirnos que hagamos vino?

—¿Por qué no? Escuchadme ahora los dos un momento. Tenemos una asociación de doce sinagogas. Cada año compramos unos tres mil litros de vino sacramental. Lo fabrican en el Este, y nos han estado cobrando dos dólares el litro. Ahora han subido el precio a tres dólares. No obtenemos ningún beneficio del vino, lo entregamos para la Pascua a precio de coste, pero aun así supone una carga para la gente pobre. Por eso, como soy un rabino retirado, me han encargado que vea lo que puede hacerse, y como vosotros tenéis los únicos viñedos judíos de la región, recurro a vosotros. Haréis el vino, y os pagaremos a dos dólares el litro. —Y, como reflexión posterior, añadió—: Y, ocasionalmente, lo supervisaré.

Jake movió la cabeza.

—Lo siento, rabino, pero ha venido en balde. Ya no hay bodegas, ni judías ni no judías. Se han cerrado todas. El único que fabrica algo de vino por aquí es un vasco llamado Fortas, que vive carretera abajo y que fabrica cuatrocientos litros de vino de contrabando, una especie de zinfandel. Nosotros le compramos de vez en cuando un poco, pero, créame, sus días están contados también. Los federales andan recorriendo estos valles como sabuesos. En cuanto a que nosotros hagamos vino, simplemente no sabemos cómo. Nunca lo hemos hecho, y no sabríamos por dónde empezar.

—Eso os supondría unos seis mil dólares anuales —respondió sosegadamente el rabino—. Clair me ha contado vuestros esfuerzos. Os admiro. Sois jóvenes y fuertes, y podéis trabajar doce horas al día. Pero ¿y mañana? ¿Y vuestros hijos?

—Es imposible —replicó Jake—. La fabricación de vino es un arte, una profesión.

—Entonces, mi madre era una artista, Dios la tenga en su seno, porque fabricaba su propio vino. Y vino bueno además. ¿Cómo aprendisteis a cultivar ciruelas y a criar ganado?

—Es distinto.

—¡Ah! ¿Conoces la Biblia? Hace tres mil años, criábamos ganado y cultivábamos ciruelas y hacíamos vino. Nos llamaban el pueblo de la vid. Y ahora un muchacho con tus conocimientos me dice que no sabe. Jacob, estoy hablando solamente en nombre de doce pequeñas sinagogas ortodoxas. ¿Y los judíos reformistas? La capacidad de los ricos es siempre mayor que la capacidad de los pobres...

—No es posible.

—¡Basta, Jake! —exclamó Clair—. Quiero que escuches lo que está diciendo el rabino y que dejes de decirle que es imposible. Nos hemos roto los lomos trabajando en este lugar cuando todo el mundo decía que era imposible. Los únicos días de descanso que he tenido durante los siete últimos años fueron cuando mis embarazos estaban demasiado adelantados como para poder moverme, y todavía soñamos con

tener una lavadora y una radio. Si el coche funciona treinta días más será un milagro. Si Fortas puede hacer vino, nosotros podemos hacer vino. Tenemos todo el material, allí, en la casa grande, esperando. Pero hay una cosa, rabino. Yo no soy judía.

—Lo sospechaba —sonrió el rabino Blum.

—Bien, ¿importa eso?

—No, mientras sigáis mis instrucciones. Lo que os digo ahora es sólo para que lo penséis. Os escribiré una larga carta detallándolo todo. Ahora bien, exigimos que las barricas y las prensas sean limpiadas de cierta manera. Si han permanecido inactivas durante siete años, puede considerárselas utilizables. El vino debe hacerse para la Pascua. Si se usa antes de la Pascua, se convierte en *humotz*, o no utilizable para la Pascua. Pero, una vez que se usa inicialmente para la Pascua, puede ser utilizado durante el resto del año, en que se convierte en *humotz* y el *humotz* está permitido.

—Es demasiado tarde para plantar vides —objetó Jake.

—Jake, podemos comprar las uvas. Bien sabe Dios que hay uvas suficientes en venta en este valle. ¿Qué clase de vino es, rabino?

—Tradicionalmente, Clair, se utiliza un vino dulce, y cualquiera que sea el vino que hagáis, debe ser fuerte y dulce. Antiguamente, el vino venía de Málaga, en España, que hace mucho, mucho tiempo fue una ciudad judía. El Málaga auténtico es una especie de moscatel, muy dulce y sabroso y de mucho cuerpo. El que hemos estado comprando se hacía en Nueva York con uvas «Concord». Se llama Málaga, pero se parece al Málaga como yo a ti.

—¿Y confía usted en que tengamos preparados para la Pascua tres mil litros de vino que pueda utilizar? —le preguntó Jake.

—No podrá ser mucho peor que lo que comprábamos en Nueva York —replicó el rabino.

En ese momento, entró en la cocina Bernie Cohen, y el rabino le dijo:

—En el coche hay una botella de vino, Bernie. Tráela.

Se volvió hacia Jake.

—Os la dejaré aquí. Es una muestra de lo que en Nueva York llaman Málaga. No hay prisa. Tenéis siete meses, y es tiempo suficiente. Mientras tanto, redactarán unos contratos y os los mandarán. ¿Tenéis dinero suficiente para empezar?

—Encontraremos el dinero —declaró Clair, con firmeza.

Garitos, tabernas, tugurios, clubs privados..., el hecho de que en San Francisco se vendiera licor por lo menos en cien establecimientos no le hacía más fácil a Dan Lavette emborracharse. Su enorme cuerpo resistía al alcohol, y no le ayudaba nada el lanzarse a ello con fría, serena y abatida decisión. El día en que May Ling abandonó la ciudad, salió de su despacho a las cuatro y media, entró en un local de Battery Street llamado «Madam X» y se atizó tres copas de lo que eufemísticamente

denominaban whisky de centeno. El gusto le repugnó, y fue a otro establecimiento llamado «Harry's». «Harry's» tenía arañas de cristal estilo «Tiffany» y una barra de roble pulido de treinta pies de longitud. Había cuatro camareros, y para las seis de la tarde los clientes se apretujaban codo con codo.

«Harry's» garantizaba que el whisky de centeno que servía era «Golden Wedding» embotellado en depósito. Dan pidió un doble y lo acompañó de un sorbo de cerveza. La cerveza estaba picada. El camarero le sirvió otro doble de whisky, y Dan lo bebió y, luego, se quedó mirando la cerveza.

—La cerveza —dijo al camarero— es orina rancia. El whisky es puro matarratas, y tú amigo, eres un jodido estafador.

Los dos hombres que estaban a ambos lados de Dan le miraron y se apartaron un poco. El camarero extendió las manos, con las palmas hacia abajo.

—¡Cálmese, señor! No nos anunciamos. Esto es un club privado. Si no le gusta lo que servimos, vaya a otro sitio.

Otro camarero hizo una seña con la mano, y dos hombres corpulentos avanzaron hacia Dan.

—Yo voy adonde me da la gana —dijo lentamente Dan.

—Está usted borracho, señor. Será mejor que se vaya.

—Lo haré cuando se me antoje.

Los dos hombres corpulentos llegaron hasta él. Cada uno de ellos le cogió de un brazo. Dan se separó un paso de la barra y lanzó a los hombres uno contra otro. Su gesto fue súbito e inesperado, y las cabezas chocaron con sonoro chasquido. El camarero saltó por encima del mostrador y se lanzó sobre Dan, que se tambaleó, pero luego arrojó al camarero por encima de su cabeza y hasta el otro lado de la sala. Los dos hombres corpulentos avanzaron ahora hacia él, sacudiendo la cabeza y gruñendo. Dan cogió la jarra de cerveza y se la estrelló a uno de ellos en la cabeza. Las rodillas se le doblaron y se desplomó. El otro hombre estaba atacando violentamente, lanzándole puñetazos al estómago. Dan le pegó en la cara, y el hombre cayó, sangrando abundantemente por la nariz. Dos camareros más saltaron ahora el mostrador, agarrándose cada uno de ellos a un brazo de Dan, mientras el primero, empuñando una llave inglesa, golpeaba a Dan en la cara y el estómago. El golpe en la cara le abrió una mejilla y le aturdió, y los dos camareros le arrastraron por la sala. El tercer camarero abrió la puerta de la calle, y sacaron fuera a Dan. Cuando el tercer camarero se dirigía de nuevo hacia él enarbolando la llave inglesa, Dan le dio una patada en los testículos. El hombre se desplomó, gimiendo y agarrándose la ingle, y Dan se sacudió también a los otros dos. Se congregó en el lugar un nutrido grupo de gente, y, mientras Dan permanecía allí acorralado, corriéndole la sangre por la cara, con las ropas desgarradas, un hombre tendido a sus pies y los otros dos moviéndose cautelosamente a su alrededor, apareció la Policía.

Mark Levy estaba todavía en su despacho a las siete y media de aquella tarde cuando Polly Anderson llamó por el intercomunicador y le informó que el inspector Crowther, de la Policía de San Francisco, estaba al teléfono y quería hablar con él. Desde la marcha de Feng Wo, Mark se quedaba trabajando hasta bastante tarde. Ya había contratado y despedido un sustituto, y Mark había llegado a comprender que no era posible encontrar un sustituto eficaz. Feng Wo había seguido desde el principio todas las intrincaciones de sus negocios, y no había nadie que pudiera ponerse en su lugar y hacer lo que él había hecho. Dan nunca se paraba en detalles; todo lo hacía a lo grande. Si hacía falta dinero, le decía a Mark que necesitaban tanto, y lo dejaba así; si había que gastar dinero, lo gastaba. Mark era quien debía planear, disimular, escamotear.

Ahora, irritado, preguntó qué diablos quería el inspector Crowther.

—Solamente se lo dirá a usted.

—Pásamelo, pásamelo.

Crowther se mostró respetuosamente turbado.

—Es sobre míster Lavette, míster Levy...

—¿Dan Lavette?

—En efecto, señor.

—Bueno, ¿qué ocurre con él? ¿Está herido?

—Pues, sí, está herido, nada grave. Lo malo es que ha herido a algunas personas. Ha tenido una reyerta en un bar clandestino y ha mandado a dos hombres al hospital. Le cogimos allí, y eso agrava las cosas, pero no queríamos formular acusación ni ficharle hasta hacernos una idea mejor de la situación, y creo que sería mejor que viniese usted aquí.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró Mark—. ¿Qué ha sucedido?

—Verá, señor, a lo que parece, se emborrachó y se volvió violento.

—¿Hay algún periodista ahí?

—Aún no. Comprendo. Lo estamos manteniendo en secreto.

—Bien, escuche, inspector —dijo Mark—. Voy a tratar de localizar al alcalde Rolph, y, si lo consigo, iremos los dos a la Comisaría. Yo iré de todos modos... ahora mismo. Pero, por amor de Dios, procure que esto no trascienda, y no lo fiche. Se lo pido como un favor personal, y sé que el alcalde estará conmigo en esto. Hágalo por mí, y no lo olvidaré.

—Haré lo que pueda, míster Levy.

Al salir del despacho, se detuvo para dar instrucciones a Polly Anderson, que suplicó:

—Ya son casi las ocho, míster L., y tengo una cita para cenar, cosa que sucede una vez al mes...

—Escucha, han detenido a míster Lavette...

—Santo Dios, ¿por qué?

—Te lo explicaré en otro momento. Quiero que localices al alcalde Rolph y le digas que se reúna conmigo en la Comisaría, y no admitas negativas, y te juro que te pagaré la mejor cena que «Fairmont» pueda servir. ¿Lo harás?

—Sí —suspiró—. Espero que todo salga bien. No irá a la cárcel, ¿verdad?

—Espero que no.

Al menos, no habían metido a Dan en una celda. Crowther llevó a Mark a una sala de interrogatorios, donde se encontraba Dan derrumbado sobre una mesa, con un esparadrapo en la herida de la mejilla y la camisa y el traje rasgados y empapados de sangre.

—Le juro que no sé qué hacer con esto, míster Levy —dijo Crowther—. Es una suerte que haya ocurrido en un bar clandestino, porque así quizá no presente nadie una acusación. Es decir, si no muere nadie.

—¿Qué quiere decir con eso de que si no muere nadie?

—Esos dos tipos que están en el hospital. Uno es un matón con el cráneo fracturado por una jarra de cerveza y el otro es un camarero que ha recibido una patada en los testículos. ¡Cristo, uno de los hombres más importantes de la ciudad metido en una reyerta así! Nunca me había enfrentado con nada parecido.

—¿Cuántos eran?

—Cinco, que sepamos.

—Entonces, es defensa propia.

—En un tribunal, míster Levy, en un tribunal. Y, como digo, si no muere nadie.

Ahora, en la sala de interrogatorios, Dan miró inexpresivamente a su socio.

—¿Cómo diablos te has metido en esto?

—No me sermonees —gimió Dan—. Estoy hecho un trapo. Mírame. He vomitado hasta la primera papilla, y me duele el vientre como si me hubiese cocinado una mula. Tengo casi cuarenta años, Mark, y estoy blando y fofo y no tengo nada que hacer en una pelea. ¡Santo cielo, no me había peleado desde que era chaval!

—Bien, cuéntame qué ha pasado.

—¿Para qué? Tengo basura en la sangre... siempre la he tenido. No soy más que un piojoso. May Ling se ha ido. Se ha ido.

—¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Traté de emborracharme y me metí en una bronca. Estaba de mal humor y he actuado con mala leche. Eso es todo.

Se abrió la puerta y entró Crowther con el alcalde. Mark se alegró tanto de ver a Sunny Jim Rolph que por poco lo abraza. Rolph vestía su atuendo de ceremonia, corbata blanca y frac, y, como siempre, sus zapatos relucían. Dijo tristemente:

—Sólo por ti, Danny Lavette, pobre estúpido. Mírate. Un hombre que debería

constituir un ejemplo para la juventud de la nación.

—Me lo merezco —replicó Dan.

—Cinco tíos, y Danny Lavette manda a dos de ellos al hospital, donde quizá nunca vuelvan a ver la luz del día. ¡Estúpido bastardo!

—Gracias.

—La cuestión es —dijo Crowther—, ¿qué hago yo?

—La cuestión es que no hay autor —decidió Rolph—. Un caballero es atacado en un bar clandestino y apaleado hasta dejarlo medio muerto. Saben que, si abren la boca, los encerraremos. No presentarán denuncia, y lo que hay que hacer con este capitán de las finanzas es largarlo de aquí.

—¿Y si mueren?

—La gente se muere. Pero no presentarán acusación.

—Una docena de polis saben que está aquí.

—¿Saben su nombre?

—Algunos, sí..., y el sargento Murphy.

—Entonces, dígales a esos y a Murphy que están equivocados.

—¿Y qué le digo al jefe O'Brien?

—Yo hablaré con él. Crowther, dentro de treinta y cinco minutos tengo que dar una charla en el «Club Rotario». No discuta conmigo. Hágalo.

Mark trató de decir a Rolph que no olvidaría aquello.

—¿Olvidarlo? —exclamó Rolph—. ¿Quién diablos podría olvidar jamás esto? Seguro que lo anoto en mi libro de memorias.

Mientras se dirigían a casa de Mark en Sausalito, Dan le preguntó cuánto creía que les costaría aquello.

Habían decidido ya que Dan no podía ir a su casa, y Mark había telefoneado para que un médico les estuviera esperando en Sausalito.

—Con el tiempo, mucho. Rolph es un caballero. No presionará. Pero seguro que somos los patrocinadores principales de su próxima campaña electoral.

—Lo siento, Mark. ¡Dios santo, lo siento de veras! Si esto trasciende a la Prensa...

—No trascenderá. Rolph le ha metido el miedo en el cuerpo a Crowther. ¡Qué diablos, llevamos juntos casi veinte años! Tienes derecho a una buena juega, por lo menos.

—¿Y si he matado a esos dos payasos? ¡Pobres bastardos! No tenía nada contra ellos. Había bebido unas cuantas copas y empecé a portarme de forma alborotadora y ofensiva y decidieron echarme. Es su trabajo.

—Esperemos que vivan.

—¿Dónde están?

—En el hospital general de San Francisco. Llamaremos al llegar a casa.

El doctor Frank Saltzman estaba esperando en la cocina de casa de los Levy. Retiró el esparadrapo y limpió la herida que Dan tenía en la cara.

—Una preciosidad —dijo—. ¿Con qué se la han hecho?

—Con una llave inglesa.

—Lleva usted una vida interesante, míster Lavette.

—Más interesante de lo que usted podría imaginar —dijo Sarah.

—Tendré que darle un par de puntos.

—Como le plazca —replicó sombríamente Dan.

—Le darán distinción.

—Quítate la camisa —ordenó Sarah—. La lavaré.

—Hazme un favor, Sarah. Llama a Jean. Dile que he tenido un accidente de tráfico. En el coche de Mark.

—Ella no sabe mentir —dijo Mark—. Lo haré yo.

—¿Y llenarla de preocupación? —preguntó Sarah.

—No se preocupará mucho —replicó Dan—. Dile que estoy vivo y bien.

Saltzman exploró los hematomas que Dan presentaba en el estómago.

—¿No ha escupido sangre?

—No. He vomitado un par de veces.

—¿Sangre?

—No. Pero duele como un demonio lo que está haciendo.

—Dolerá más mañana. Se pondrá bien. Espere cuatro días, y su médico podrá quitarle los puntos.

El doctor se marchó. Mark llevó a Dan al piso de arriba, donde se quitó la ropa y se lavó con una esponja. Luego, envuelto en una de las batas de Mark, que le quedaba por encima de las rodillas, se sentó en la cocina y tomó el café que Sarah le había preparado, bajo la fascinada mirada de Martha. A sus veintitrés años, Martha tenía en Dan su único héroe de la vida real. La muchacha vivía más en los dramas que ella creaba que en la silenciosa casa de Sausalito, y poblaba sus dramas con un idealizado Dan Lavette. Se había matriculado en una escuela dramática de interpretación cinematográfica en Hollywood, y contaba con impaciencia los días que faltaban para el uno de octubre, fecha en que comenzaba el curso.

Dan, con dos puntos en la mejilla, un verdadero Cirano resistiendo el salvaje ataque de cinco brutales asesinos, era un romántico sueño convertido en realidad.

—La cicatriz te hará más atractivo, Dan —le aseguró—. No es que no lo seas, pero te dará algo... quiero decir.

—Sé lo que quieres decir —intervino Sarah—. Y yo quiero hablar en privado con Dan. Así que haz el favor de dejarnos solos, Martha.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Ya no soy una niña.

—Ninguno de nosotros lo somos —replicó Mark—. Vamos, Martha, lárgate.

Ella salió a grandes zancadas de la estancia, y Dan exclamó:

—Sé lo que vas a decir, Sarah. Hazme un favor. Déjalo.

—No, no sabes lo que voy a decir, y, aunque lo supieras, lo diría de todas formas.

Mark me ha contado que May Ling se ha ido a Los Angeles llevándose consigo a tu hijo. Bien, no soy ni diez años mayor que tú, Danny, pero soy lo más parecido a una madre que has tenido desde que la tuya murió, y si me lo permites, hablaré con toda franqueza. Creo que has hecho una cosa estúpida y terrible.

—¡Sarah, por amor de Dios! —exclamó Mark.

—Déjale que lo diga —intervino Dan—. Tiene razón.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?

—No podía detenerla. Se trataba de ella o de Jean.

—¡Oh! ¿Y por qué no dejas a Jean?

—No puedo.

—¿Por qué? —insistió Sarah.

—¡Cristo, no puedo explicarlo!

—Porque ella es china.

—¡No, Sarah, no! No es porque sea china. ¿No comprendes? Todo lo que Mark y yo tenemos, todo lo que hemos construido, una vida entera de hacer algo que va a ser lo más grande de este Estado, quizá de todo el país... y que acabamos de empezar, está comenzando ahora a ponerse en marcha. Si dejas a Jean, lo destruirá todo. Me lo dijo. No es sólo cuestión de propiedad común... estamos empeñados en casi quince millones de dólares con el Banco de su padre.

—Se trata sólo de un negocio, Danny. No es nada. Es un tigre que os tiene a los dos cogidos por el cuello. ¿Por qué no podéis verlo Mark y tú?

—No es sólo un negocio. Es mi vida. Sin ello no soy nada.

—¡Dios te ayude! —murmuró Sarah.

—Mark, llama al hospital —gritó Dan, casi violentamente—. Averigua qué ha sucedido.

Salió de la estancia para hacer la llamada, y Dan permaneció allí sentado, mirando a Sarah. Ella se tapó la cara con las manos y empezó a llorar blandamente.

—No llores —suplicó Dan—. No lo merezco.

—No estoy llorando por ti, Danny. Estoy llorando por mí misma.

Mark regresó a la cocina, con rostro sonriente.

—Los dos están fuera de peligro —anunció—. Se pondrán bien. La suerte está de nuestro lado, Danny.

A la mañana siguiente, vestido con un viejo par de pantalones del Ejército de Jake

—los únicos pantalones en toda la casa que le sentaban bien— y con su camisa lavada y remendada, Dan bajó la escalera para ser informado de que Jean estaba al teléfono.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Jean.

—Muy bien. Tengo un corte en la mejilla y varios cardenales, pero, por lo demás, estoy perfectamente. Lo que sí ofrezco es un aspecto ridículo. Llevo puestos los pantalones del Ejército de Jake. Me han lavado el traje, y, si todavía me queda bien, estaré en casa esta tarde.

—¿Está herido Mark?

—No, no, se encuentra perfectamente.

—¿Quieres que vaya a recogerte? Tendré que cancelar un compromiso para almorzar.

—Olvídalo. Cogeré el transbordador y un taxi. —Colgó y se volvió hacia Sarah, que estaba mirándole y escuchando.

—Tendría que romper un compromiso para almorzar si viene a buscarme —declaró Dan.

Sarah movió la cabeza y se alejó.

—El desayuno estará dentro de diez minutos —anunció secamente.

Durante el desayuno, mientras ayudaba a su madre a servir, Martha dijo a Dan:

—Me gustaría que hicieras valer tu influencia. Tiene gracia. Somos ricos a más no poder, pero mi madre no quiere ni oír hablar de tener una criada. Ya es bastante malo estando yo aquí, pero dentro de un mes me iré a Hollywood. Entonces, se quedará ella sola en este caserón.

—Y cuando llegue ese momento pensaré en ello —replicó suavemente Sarah.

—¿Hollywood? ¿Para qué?

—¿Para qué va la gente a Hollywood? Quiero ser actriz.

—¿No puedes ser actriz aquí?

—Dan, voy a aprender... adonde está el cine. Y las películas están en un solo lugar: en Hollywood.

—Es un agujero pestilente —masculló Dan.

—Bueno, sería menos pestilente si papá y tú compraseis allí un estudio en vez de todas las demás cosas estúpidas que hacéis con vuestro dinero.

—Ése será el día —dijo Dan.

El primer hijo de Stephan Cassala, un niño, nació a finales de agosto de 1927. Llevaba nueve años casado con Joanna y aquellos nueve vacíos años habían constituido una fuente de dolor y angustia y, durante algún tiempo, un misterio para los padres de ambos. Para Joanna constituyeron un sufrimiento concreto, ya que durante los tres primeros años era la única en saber que, por lo que a ella se refería, su

marido era impotente. Este conocimiento le llegó con tal angustia y sentimiento de culpabilidad por parte de Stephan, que a Joanna se le destrozó el corazón y se apresuró a asegurarle que le amaba y que aquello no ejercería la menor influencia entre ellos. La segunda decepción en la vida matrimonial de Joanna se produjo a consecuencia de la resistencia de Stephan a abandonar la casa de su padre en San Mateo. Rosa, la hermana de Stephan, se había casado con un contable del Banco de su padre, Frank Massetti —que no tardó en ser ascendido a ayudante de cajero—, y habían tomado un apartamento en San Francisco y engendrado tres hijos. La gran casa de San Mateo, con sus siete dormitorios, daba a Stephan todo el espacio y la comodidad que necesitaba. No sentía el menor deseo de tener una casa propia, y Joanna fue encontrando cada vez más difícil comunicarse con él.

Nunca se había recuperado plenamente de la depresión causada por su experiencia en el Ejército y, como era una época en que muy pocos en California del Norte conocían el nombre y la filosofía de Sigmund Freud, y menos aún la práctica de la psiquiatría, jamás se le ocurrió a Stephan ni a las personas que le rodeaban que su persistente melancolía fuera una enfermedad ni que pudiera curarse con un tratamiento.

Mientras tanto, Maria Cassala y la madre de Joanna, Dolores Vincente, discutían el asunto lastimera e interminablemente, lo consultaban con sus sacerdotes y rezaban con fervor. Ejercían también presiones sobre Joanna, que había adelgazado y se había convertido en un espectro de mujer a consecuencia de su desvalimiento y su dolor. Por fin, después de tres años, Joanna les explicó en qué consistía el problema. Les dijo también que Stephan le había ofrecido honorablemente una anulación por la Iglesia, si así lo deseaba. Pero eso era más de lo que ninguno de los padres podía considerar y, en una difícil discusión entre los dos matrimonios, decidieron no hacer nada y dejar que el tiempo arreglase la situación.

El tiempo no arregló nada. Joanna, una mujer silenciosa, obediente y triste, continuó viviendo en la casa. Stephan tomó un pequeño apartamento en San Francisco, donde pasaba alguna que otra noche al principio y permaneciendo luego allí cada vez con más frecuencia. Sus ventanas daban sobre la bahía. A menudo trabajaba hasta las siete o las ocho de la noche en la oficina del Banco, comía a solas en el «Restaurante Gino's», de Jones Street y luego se iba a su apartamento para sentarse a mirar por la ventana, a veces acariciando la idea del suicidio, otras veces fantaseando una relación con Martha Levy... una curiosa relación onírica que carecía de sexo y de pasión. Una vez, con la excusa de una enfermedad, permaneció durante tres días en el apartamento, sin afeitarse ni comer.

De ordinario, pasaba los viernes, sábados y domingos por la noche en San Mateo, pero había concebido un indeterminado y secreto odio a la Iglesia y se negaba a asistir a misa y a confesarse, pese al evidente dolor que ello causaba a su madre.

Dormía mal —en una habitación separada después de los primeros años— y con frecuencia despertaba durante la noche y descendía a la planta baja a leer.

Una de esas noches, fue a la cocina para tomar un poco de leche caliente —todavía tenía problemas con el estómago— y advirtió que la habitación de la criada tenía la puerta abierta y la luz encendida. Gina tenía veintisiete años ahora, era un poco gruesa, pero tenía senos amplios y firmes, una persona que siempre había estado allí, a la que había mirado mil veces sin verla jamás. Curioso, se acercó a la puerta de la habitación y miró al interior. Ella yacía tendida en la cama, con la radio puesta tan bajo que resultaba casi inaudible y el camisón descuidadamente levantado, dejando al descubierto sus piernas y el borde del oscuro triángulo de vello de su pubis. Las miradas de ambos se cruzaron mientras él permanecía allí; ella le sonrió, pero no hizo el menor gesto para taparse. Stephan continuó donde estaba, y fueron pasando los minutos, pero ninguno de los dos dijo una palabra. Por último, ella dijo:

—Pasa, Steve, y cierra la puerta.

Entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí, y se quedó allí, mirando a la muchacha. Llevaba puesto su pijama, sin bata, y mientras permanecía allí, mirando a Gina, sintió elevarse el deseo en su interior, como una llamarada. Ella extendió la mano; él la tomó. Gina le atrajo hacia sí y le besó. Luego, le tocó el pene, y él eyaculó con una fuerza y una pasión que conmovieron todo su cuerpo.

—Muy bien, muy bien, Steve —murmuró ella—. Ya ves, todo está bien. Eres un hombre, un hombre maravilloso. Nunca volverás a tener dificultades —hablaba en dulce y cristalino italiano.

Stephan hizo el amor con ella hasta poco antes del amanecer, resonando una y otra vez en su mente las palabras italianas *sono un uomo*.

Al separarse de ella, Gina le dijo:

—No debo quedarme embarazada, Steve, así que compra unos preservativos, y yo los guardaré. Y mañana por la noche... o cuando quieras. Te quiero mucho y no pido nada. Lo juro.

Durante los seis meses siguientes, pasó en San Mateo la mayor parte de las noches, y sus relaciones con Gina continuaron una vez, dos veces, en ocasiones hasta tres veces por semana. Nadie sabía ni sospechaba nada. Al cabo de seis meses, Joanna estaba embarazada, y, de común acuerdo, Gina y Stephan acordaron terminar sus relaciones. No volvieron a acostarse juntos, pero, de cierta manera curiosa, se amaban uno a otro.

Y en medio de una gran alegría en la casa de los Cassala, nació el hijo de Joanna, un niño de tres kilos y medio al que pusieron de nombre Ralph.

Fortas era un vasco enorme, de vientre prominente y cabellos hirsutos, que siempre estaba enzarzado en pequeñas disputas con sus vecinos, cuyos perros,

aseguraba, le mataban los corderos. Tenía un pequeño rebaño de ovejas, y el grado de su ira dependía de lo lejos que llegaran los perros de los alrededores y de lo peligrosa que, en su opinión, fuese su raza. Como Jake y Clair tenían un par de perrillos ratoneros que nunca se alejaban mucho de la casa, sus relaciones con Fortas eran bastante buenas. Ahora, al dirigirse a él en busca de consejo, les recibió cordialmente, les hizo pasar a la cocina y les sirvió vino, mientras su mujer cortaba un pedazo de pastel.

Jake expuso brevemente la propuesta del rabino Blum.

—Por eso hemos acudido a usted —dijo—. No tenemos ni maldita idea de cómo se hace el vino.

—¡Vino judío! —explotó Fortas—. Por cien mil diablos, ¿sois judíos vosotros?

Clair sonrió y asintió con la cabeza.

—¡Anda la órdiga! Eh, Sada —gritó a su mujer—, estos chicos son los mismos bastardos que mataron a nuestro Señor. El primer maldito judío que veo en mi vida.

—¡Oh, cállate, Fortas! —respondió su mujer—. Tiene el cerebro de un mono y la voz de un toro —dijo a Clair.

—¡Oh, al diablo! —masculló Fortas—. Eso fue hace mucho tiempo. ¿A quién le importa? ¿De modo que queréis saber cómo se hace el vino? Es lo más fácil del mundo. Aplastáis uvas, y ya tenéis vino.

—¡Oh, claro! —intervino Sada—. Es muy fácil para ti, porque soy yo quien hace el vino. Qué sabrá él.

Jake sacó la botella de vino que les había dejado el rabino Blum y explicó:

—Ésta es la clase de vino que tenemos que hacer.

—La cuestión es —dijo Clair— que nos gustaría poder comprar ese zinfandel que hacen ustedes, que es absolutamente delicioso, pero no sería aceptable.

Fortas asintió con un gesto.

—Conozco la bazofia que beben en la iglesia.

Su mujer sirvió un vaso del vino del rabino Blum, lo probó, hizo una mueca y le pasó el vaso a su marido. Fortas bebió y escupió el vino.

—¡Qué porquería!

—¡Oh, cierra el pico! —le reprendió Sada—. Escuchad —añadió, volviéndose a Clair y Jake—: éste es un vino dulce, muy dulce. No muy bueno, me temo, pero muy dulce. Ni siquiera es como un buen moscatel o un tokay... no sé. Si queréis saber cómo hacemos nosotros el vino, estupendo, os enseñaré... ¿Tenéis todavía el material de Gallagher, las prensas, las cubas y las barricas?

—Sí.

—Bien. La semana que viene quizá, ya que el tiempo es bueno, empezaremos a coger las primeras uvas. Las exprimís. Retenéis el zumo... que es lo que llamamos «mosto». Hacemos un vino tinto, para lo que dejamos que las pieles fermenten con el

mosto. Se observa, se prueba, se cuela, se aclara..., y ya está el vino.

—Pero su vino es seco, no dulce.

—¡Ah, sí! Ése es otro arte. Hay que detener la fermentación.

—Se le echa un poco de coñac —añadió Fortas—. Eso la interrumpe.

—Coñac, coñac... ¿dónde se puede encontrar coñac hoy día?

La discusión continuó, siendo su resultado que Fortas y Sada hacían vino guiándose del gusto y del instinto; pero Jake y Clair no sacaron en limpio más que aturdimiento y confusión. Al día siguiente, metieron a los niños en el coche y se fueron a Sausalito, donde encomendaron los niños a una agradecida Sarah, sacaron el tomo 28 de la *Enciclopedia Británica*, regalo recibido por Jake cuando cumplió los trece años, buscaron el vocablo «vino» y pasaron a la subsección «Málaga».

—Málaga —leyó Clair en voz alta, mientras Jake escuchaba con intensa concentración—, es un vino dulce, preparado generalmente para la exportación, de una mezcla hecha de vino dulce y vino seco, juntamente con diversas cantidades de vino maestro, vino tierno, arrope y vino de color. El vino dulce y el vino seco se hacen, por regla general, a partir de la uva Pedro Jiménez (blanca). El vino maestro se compone de mosto que solamente ha sido fermentado en muy leve grado y que ha sido «matado» por la adición de un diecisiete por ciento, aproximadamente, de alcohol. El vino tierno se hace macerando uvas (seis partes) con agua (dos partes), prensando y añadiendo luego alcohol (una parte) al mosto. El arrope se obtiene...

—¡Basta, basta! —suplicó Jake—. No sé de qué infiernos están hablando.

—Ni yo tampoco —repuso dulcemente Clair—. No creerías que íbamos a resolver esto con la enciclopedia. Yo no creo, ni por un momento, que este vino de Málaga que hacen en alguna parte de España tenga mucha relación con lo que el rabino quiere. Tiene que haber alguien en algún lugar que pueda darnos instrucciones sencillas y científicas para la obtención de vino dulce..., y, créeme, Jake, vale la pena. Creo que hacer vino es una de las cosas más románticas del mundo. Tenemos novecientos acres de algunas de las mejores tierras de viñas del valle Napa y nos hemos matado trabajando para poseerlas. Esto está convirtiendo al país entero en un abismo de crimen y violencia, y, tarde o temprano, la gente estará lo bastante harta como para rechazar esta estúpida ley. Entretanto, si aprendemos a fabricar este vino sacramental, les llevaremos una cabeza de ventaja a todos los demás cosecheros.

—Bien, ¿qué hacemos?

—Vamos a empezar dejando a los niños con tu madre y yéndonos a Berkeley, a ver si encontramos en la Universidad alguien que pueda darnos respuestas científicas. Y, si no lo encontramos en Berkeley, iremos a Stanford... pero en alguna parte habrá alguien que pueda decir, hacer esto y esto y esto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Lo intentaremos.

El profesor Simon Maseo se sintió extasiado con Clair. Era un hombrecillo redondo y de edad madura que, evidentemente, adoraba a las mujeres y que quedó por completo prendado de su estatura, su cuerpo fuerte y espléndido, su atractivo rostro agradablemente cubierto de pecas y su abundante y rebelde mata de cabellos rojos. No podía apartar los ojos de ella e insistió en que almorzaran los dos con él en el comedor de la Facultad. Era uno de esos hombres que encuentran un placer sencillo y total en estar en compañía de una mujer hermosa; y Clair poseía la sincera y espontánea cualidad de hacer que un hombre sintiera que sólo él le importaba. Causó esa sensación al profesor Maseo, y él se entregó plenamente a cambio.

—Claro que debéis hacer el vino —les dijo—. ¿Va a perecer el arte porque un puñado de maníacos hayan decretado que el consuelo predilecto del hombre es criminal? Yo he enseñado el arte de hacer vino, entre otras cosas. En 1919 tenía más de doscientos alumnos. En 1920... bueno, se suspendió el curso.

—Entonces, si no hay curso —empezó Clair—, ¿cómo...?

—¿Cómo? Mi querida señora, permítame asegurarle que el hombre no hace el vino. Lo hace la Naturaleza; el hombre dirige el proceso. ¿Y cómo ha llegado a ello el hombre? Hace cinco mil años, probaba el vino en uvas demasiado maduras, las aplastaba en la boca y bebía vino. ¿Qué es el vino? Coged un montón de uvas, ponedlas en un recipiente grande, machacadlas y colocad la olla o lo que sea en un lugar caliente. Revolved la mezcla todos los días, y así empieza ese maravilloso proceso que se llama fermentación. Luego, se huele. ¡Ah, qué aroma tan delicioso! Y adquiere vida y empieza a moverse, a agitarse y a gorgotear con su propia voz mientras lo revuelves. Luego, parece descansar. Entonces es el momento de extraer el mosto, que es, simplemente, la palabra utilizada para designar al líquido vino. Éste contiene todavía fermento. Lo pasamos a un recipiente limpio. Luego extraemos el líquido de lo que queda en el recipiente original y se lo añadimos al mosto. Cubrimos esta vez el recipiente, pero no lo precintamos porque el vino está vivo todavía, y lo colocamos de nuevo en un lugar ligeramente cálido. Y lo observamos... cuidadosamente. Y, luego, muy pronto, entra en reposo. En este momento, el creciente contenido de alcohol ha detenido la acción del fermento. Entonces, echamos el vino en botellas o cántaros o lo que sea, y lo cerramos bien. Se coloca en un lugar fresco, una parte buena del sótano y se deja reposar. Luego, abrimos el cántaro, y trasegamos el claro líquido, dejando el sedimento..., ¡y ya tenemos vino!

—Así de sencillo —exclamó Clair.

—Precisamente... o tan complicado como pueda uno imaginar. Porque, mi querida señora, cuando se bebe el vino..., bien, puede uno encontrar un vino soberbio o un vino desastroso, un vino amargo, un vino agrio, un vino dulce, un vino maravilloso..., ¿quién sabe? Hay mil variables, y es el dominio de esas variables lo que constituye el arte de los bodegueros. El fermento está allí, en la brillante lozanía

de la piel, pero ahora debemos preguntar, ¿qué clase de uvas, cómo maduran, y de qué región, y qué se hace con los tallos? Los tallos contienen aproximadamente un tres por ciento de tanino, y es el tanino lo que da astringencia al vino, esa delicada aspereza de gusto, ¿y cuánto de ello queremos? ¿Y las pepitas? También contienen tanino. ¿Y los pellejos? Es el pellejo lo que hace la diferencia entre un vino tinto y un vino blanco, y esa sustancia colorante contenida en las pieles no es un simple pigmento, sino una sustancia muy compleja, semejante al tanino, pero distinta..., y distinta en todas las diferentes variedades de uva, fíjense bien, y esto es sólo el principio del arte de conocer y controlar las variables.

Jake suspiró.

—Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Derrotado tan pronto? Mi querido muchacho, estoy seguro de que tu encantadora esposa no se siente desanimada.

—Pero nuestro problema —dijo Clair— es producir un vino dulce, como el vino que le hemos traído para probar. Y, seguramente, eso tiene que ser muy difícil.

—En realidad, no, no tan difícil como producir un excelente vino seco, y os lo explicaré, y, si podéis disponer de una hora para estar en mi laboratorio, os detallaré los pasos que hay que dar y podéis tomar notas. También os prestaré algunos libros sobre el tema, y luego, si sois tan amables de invitarme a probar vuestro vino en vuestra casa del valle Napa, iré encantado.

—¿Vendría?

—Ya lo creo. Consideremos ahora el vino que os ha dado vuestro amigo el rabino Blum. No es un vino muy bueno. A juzgar por el gusto, yo diría que está hecho con uvas del Estado de Nueva York, o quizá de la variedad «Concord» de Maryland, y endulzado con azúcar. Bueno, debo explicar que en el proceso de fermentación comenzamos con una proporción de azúcar muy elevada en la pulpa de la uva. Según la uva y el grado de madurez, podéis tener hasta doscientos setenta y cinco gramos de azúcar por cada ochocientos gramos de agua. Este azúcar, conocido como azúcar de uva, se compone de dextrosa y levulosa, y durante la fermentación el azúcar se convierte en alcohol etílico y anhídrido carbónico. Pero, cuando el alcohol contenido en el zumo de la uva ha alcanzado un nivel del catorce o quince por ciento, el fermento detiene su conversión del azúcar. En este momento, la mayor parte de los vinos son todavía un poco dulces. Ahora bien, vuestro problema no es eliminar el dulzor, sino aumentarlo, y hay varias formas de conseguirlo. En primer lugar, la uva. ¿Qué clase de uvas cultiváis?

—Zinfandel, principalmente. Tenemos algunas «Thompson»...

—Ah, bien, el color de la zinfandel es excelente, pero necesitamos una uva más dulce. El mes que viene habrá en el valle de San Joaquín varias moscatel y marsala. No es necesario que intentéis producir un variado, que significa, simplemente, un

vino producido a partir de una sola variedad de uva. Lo que necesitáis es imitar esa cosa que me habéis dado... y mejorarla. No creo que el rabino se oponga. Pero vuestras uvas deben estar muy maduras, de hecho un poquito demasiado maduras... casi en lo que en Francia se llama el estado de *pourriture noble*, o sólo un poco podridas. La *pourriture noble* resulta algo arriesgada, pero las uvas de mesa siempre se cogen pronto. Necesitamos algo intermedio, y os puedo dar el nombre de un par de plantadores del valle que sabrán de qué estáis hablando. La cuestión es seleccionar vuestras uvas y contratar previamente con ellos para que las dejen colgar en las vides. En cuanto a las vides, ya hablaremos de eso. Y otro factor que debemos considerar también es la adición de coñac, que detiene el proceso de fermentación mientras el mosto está dulce todavía, elevando simplemente el contenido de alcohol hasta el necesario catorce por ciento. Y está luego el empleo de azúcar..., oh, no, no es asunto sencillo fabricar vino, pero sí muy interesante. Ya hablaremos.

Cuando al fin se despidieron del profesor Maseo, cargados de libros, apuntes, confusión y una masa de turbadora información sobre el proceso de fabricación de vino, Jake dijo a su mujer:

—Estoy asustado, nena. Tres mil litros de vino. ¿Te das cuenta de lo mucho que es? Ya nos veo arruinados, cargados de cubas de uvas podridas y toneles de vino agrio. ¡Que el Cielo nos ayude!

—El rabino Blum se encargará de eso —dijo Clair.

Pierre Kardeneaux había abierto una pequeña, pero extraordinariamente elegante tienda de modas en California Street, en la que un vestido de noche costaba más de mil dólares. En su segunda visita al establecimiento, Jean se encontró con Alan Bocker, con quien no había hablado desde hacía años. Se hallaba sentado en una de las sillas tapizadas en terciopelo de Kardeneaux, con la barbilla apoyada en el puño de oro de su bastón, observando las evoluciones de una esbelta muchacha rubia envuelta en una capa blanca de terciopelo con cuello de visón blanco. Luego, la rubia le besó levemente en la mejilla, y Jean la oyó decir:

—Oh, Alan querido, por favor..., ¿puedo quedármela? Me encanta.

Sonriendo, Jean dijo:

—Desde luego. No puedes negarle a tu hija una cosa así.

—Oh, pero yo no soy... —empezó la muchacha.

—Por supuesto —convino Jean, y se alejó.

Bocker telefoneó al día siguiente, y Jean dijo alegremente:

—Mi querido Alan, es un placer tener noticias tuyas después de todo este tiempo.

—Eres la zorra más increíble, querida.

—¿Entonces no era hija tuya aquella preciosa niña?

—¿Podemos almorzar juntos?

—Encantada.

—Mañana, entonces. Iré a recogerte.

«¿Por qué he aceptado?», se preguntó Jean, y no pudo encontrar otra respuesta fuera de que estaba aburrida y de que Alan Brocker era divertido. Poseía una cualidad que no se daba frecuentemente en los hombres, la facultad de chismorrear y de aderezar con ácido sus chismorreos. Jean sentía también una agradable sensación de superioridad. Cuando conoció a Brocker, él era el maestro, sofisticado, experto y con dominio de la situación. Pero nada en él parecía haber cambiado mucho, mientras que Jean había cambiado enormemente. Le veía ahora como un eterno e ineficaz adolescente, y disfrutaba con la sensación de tener ella la batuta.

—Por lo menos, será divertido —decidió.

Al día siguiente, durante el almuerzo, Jean le dijo:

—¿Cuántos años tienes ya, querido Alan?

—¿Cuántos tienes tú, querida?

—Treinta y siete. No hago ningún secreto de ello.

—Yo sólo tengo cuarenta y tres, cariño. Los dos estamos en la flor de la edad.

—¿No dirías, entonces, que la niña que escoltabas ayer te queda un poco lejos?
¿Cuántos años tiene? ¿Dieciocho?

—Veinte.

—Y ya se ha ganado una capa de noche. ¡Cuánto talento!

—¿Estás moralizando, mi querida Jean?

—¡Dios me libre! Eso no me va, ¿no crees?

—En efecto.

—De todos modos, gracias por acusarme de moralizar y no de tener celos.

—¿Celos? Me expulsaste de tu vida, querida.

—Nunca estuviste en mi vida, querido Alan.

—Bueno, dejemos de soltarnos puntaditas. ¿Qué es de tus preciosos niños?

—¿Niños? Sí, supongo que sí. Barbara tiene trece años. Jazz, películas y caballos. Parece haber algo valioso por debajo, pero cuándo y dónde, no lo sé. En cuanto a Tom, bueno, es encantador. Casi dieciséis años, uno ochenta, y es la niña de mis ojos, si quieres saberlo. Le adoro. Tiene presencia, inteligencia y carácter, y no los de su padre.

—Diría que has encontrado un sustituto.

—¿De quién? —preguntó ella, fríamente.

—Del pescador.

—Le odias, ¿verdad?

—¿Tú no, Jean?

Se le quedó mirando, estremeciéndose interiormente ante la idea de estar casada con el hombre sentado frente a ella al otro lado de la mesa. ¡Qué criatura tan necia,

vana y despreciable era! ¡Y qué extraño que en todos los años que le conocía nunca le hubiera juzgado! Pero le divertía, y podía hablar y pasar el tiempo con él sin aburrirse... y, naturalmente, no estaba casada con él, que era el factor decisivo.

—¿Por qué iba a odiarle? —replicó.

—Te mantiene prisionera.

—¿O soy yo quien le mantiene prisionero a él? Piensa en ello, Alan.

—Bueno, no puedo imaginarlo. Tú sigues siendo la mujer más hermosa y atractiva de San Francisco. Y, a propósito, él hace sus escapadas de vez en cuando.

—¡Oh!

—¿Estás enterada del incidente del «Harry's»?

—¿Te refieres a ese tugurio en que despachan licores? ¿Qué incidente?

—Según he oído, tu marido arrasó el local hace unas semanas. Se puso ofensivo y trataron de echarle. Entre cinco o seis. Mandó a dos de ellos al hospital, y él resultó golpeado y detenido. Tuvo que ir el propio Sunny Jim en persona para sacarle.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hará unas dos semanas, por lo que he oído.

—Hace dos semanas —dijo ella lentamente, pensando en la cicatriz de su mejilla y en el supuesto accidente de tráfico—. Seis hombres... Alan, ¿qué harías tú si te atacasen seis hombres?

—Yo no me pondría en plan ofensivo en un tugurio de ésos.

—No, estoy segura. Pero ¿si seis hombres... o dos hombres te atacasen?

—Gritaría pidiendo auxilio.

—Sí, eso harías —aseguró ella.

Dan se sentó ante el fuego de la chimenea y miró las llamas. Se encontraba en la habitación que unas veces era llamada biblioteca y otras estudio, con una pared cubierta de libros que no había leído, con media docena de costosos óleos en las paredes, cuadros que él no había elegido y que le dejaban completamente indiferente, y se hallaba sumido en una especie de introspección... proceso un tanto insólito en un hombre que no tenía mucho de introspectivo. Sus pensamientos eran confusos y sin objeto definido, y, de haber conocido la noción, podría haberse estado preguntando quién era y dónde estaba. Pero vivía en una época anterior a la difusión pública de esa cuestión, y nunca se le ocurrió que no sabía quién era.

Sin embargo, oprimido por el angustioso deseo, encontró sus recuerdos en las llamas. Los momentos pasados con May Ling emergían más nítidamente; existían; se delineaban con claridad sobre la confusión; la casita de Willow Street, que mostraba en todos los rincones la huella de su personalidad, un día en que habían caminado cogidos de la mano por la Ocean Beach, un atardecer en la colina del Telégrafo, junto a Coit Tower, con todo el increíble panorama de San Francisco extendido ante ellos,

el *luau* en Hawai y los días que habían pasado navegando entre las islas. Los recuerdos le herían dolorosamente, sin embargo eran reales, y todo lo demás era ilusión.

Se dio cuenta de que había alguien en la estancia y, levantando los ojos, vio a Jean. Era muy tarde, más de la once.

Él había cenado fuera y regresado a lo que parecía ser una casa desierta. Ahora, Jean se presentaba vestida con una *negligée* de color verde claro bajo una bata de encaje blanco. Dan había aprendido lo que costaban las cosas; la factura de la *negligée* y la bata ascendería por lo menos a quinientos dólares.

—Hola, Dan —dijo ella, dejándose caer en el sofá en que estaba sentado—. Pareces muy solitario.

—Forma parte de estar solo, ¿no?

—Supongo que sí. —Alargó la mano y le tocó la cicatriz de la mejilla—. Ha curado muy bien. Yo creo que te favorece la cicatriz.

—Podría vivir sin ella —respondió Dan.

—Me he enterado de lo de la pelea en el «Harry's». ¿Por qué no me lo dijiste?

—No sé. Una bronca entre borrachos no es cosa muy agradable. Supongo que estamos acostumbrados a mentirnos uno a otro.

—Yo no he tenido que mentir. Nunca me preguntas nada de lo que hago.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Estamos casados, Dan. Llevamos mucho tiempo casados.

Él asintió con la cabeza.

—A veces me pregunto cuántos estarán casados como nosotros.

—Muy pocos.

—Resulta más difícil cuando se es pobre. El dinero engrasa las ruedas, ¿verdad?

—No lo sé. Nunca he sido pobre.

—¿Estás disgustada conmigo? —preguntó—. ¿O estás ya más allá de eso?

—No. Pienso que fue maravilloso... seis hombres contra uno.

—Cinco sólo. No, no fue maravilloso. Fue estúpido y perverso por mi parte.

—Lo extraño es que bebes muy poco.

Como no le respondiera, añadió:

—¿Sabes? Encontré una botella en el cuarto de Tom. Llena de ese brebaje que venden.

—¿Qué hiciste con ella?

—Tirlarla.

—¿No le dijiste nada?

—Podrías hacerlo tú.

—Apenas si le conozco —repuso amargamente Dan.

—Es un buen chico, Danny.

Era la primera vez en varios años que le llamaba Danny. La miró con curiosidad, comprendiendo que no la había visto hasta aquel momento, sólo una mujer en *negligée* verde y bata de encaje blanco, pero no ella misma. Ahora, viéndola a la débil luz de la lámpara, con el fuego proyectándole su juego de luces y sombras sobre la cara, la recordó..., como si el tiempo no hubiera pasado por ella. Pero el anhelo, el hambre de ella, el dolor que sentía en lo profundo de sus entrañas siempre que la miraba... eso había desaparecido. Estaba casado con una mujer desconocida a la que nunca había conocido, ni acariciado, ni besado. Estaba vacío, gastado y consumido, y su único deseo era que se fuese y le dejara mirar al fuego.

—Danny —dijo ella suavemente—, ven a la cama conmigo.

Se la quedó mirando, sin poder disimular su asombro.

—Lo sé —sonrió Jean—. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Así, sin más..., ven a la cama conmigo, Danny?

—¿Cómo si no?

—¡Cristo, no lo sé! Pregúntame quién soy. ¿O es que te sueles acostar con desconocidos?

—¡No puedes decirme eso!

—Está bien, lo siento. No debería haberlo dicho.

—Pero lo has dicho.

—¡Oh, al diablo! Vamos a acabar peleándonos, ¿no?

—¿No es eso lo que quieres?

—No sé lo que quiero. No te sirvo para nada, Jean. Ni en la cama ni fuera de la cama.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez pensar que eres un bastardo?

—Se me ha ocurrido. Sí.

Una semana después, Thomas Seldon Lavette, de quince años y medio, se disponía a emprender la marcha para iniciar su segundo curso en la escuela masculina «Groton» de Massachusetts. Sus padres iban a llevarle en coche hasta Oakland, donde tomaría el tren para el Este. Su baúl había sido facturado previamente, y se hallaba sentado en su cuarto, vestido con pantalones de franela gris y chaqueta azul cruzada, tensando la red de su raqueta de tenis, cuando entró su padre. Tom era un muchacho alto y delgado, de un metro ochenta de estatura, ojos azules y pelo rubio. Tenía un rostro fino y atractivo y piel tersa que se había librado del acné que atacaba a tantos chicos de su edad. Dan siempre se sentía incómodo en su presencia, presa de una sensación de distanciamiento e inferioridad. Le resultaba difícil comunicarse, y la verdad era que apenas si había visto al muchacho durante los cinco últimos años, y nada en absoluto durante los doce últimos meses, en los que había estado o en la escuela, o jugando al tenis en el club —el «San Francisco Golf Club», por el que rara

vez aparecía Dan— o montando a caballo con su hermana y sus amigos.

Dan se detuvo en la habitación, azorado, deseando no haber dejado aquello para aquel momento y tratando de acertar cómo decir lo que consideraba que debía decir.

—¿Es hora de irse, papá? —le preguntó Tom.

—Casi. Quiero hablar contigo de una cosa.

—Dispara.

—La botella de licor que tu madre encontró en tu cuarto.

—La tiró. Había costado doce dólares.

—¿No crees que eres un poco joven para beber ese matarratas? —le preguntó Dan.

—No era matarratas. Era whisky bueno.

—Aún no tienes dieciséis años.

—No bebo tanto. Todos los chicos llevan una botella. Así que también yo tenía una. ¿Y qué?

—¿No ves nada malo en ello?

—No.

—Yo sí. Creo que apesta.

—Eso tú.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo que tus ideas de moralidad son muy peculiares.

—Sigo deseando saber qué quieres decir.

—No hablaré más de ello —replicó el muchacho, y continuó tensando las cuerdas de su raqueta.

—¡Maldita sea —exclamó Dan—, cuando te hago una pregunta espero una contestación! No me digas que no vas a hablar más de ello. Da la casualidad de que soy tu padre.

—Sí, da la casualidad.

—¿Y qué infiernos quieres decir ahora con eso?

—¡Debería estarle agradecido a esa maldita botella! —gritó el muchacho, con voz aguda que lindaba en la histeria—. Sin ella, podría haber pasado un año sin que me dirigieses la palabra. ¿Cuándo me hablaste por última vez sobre algo? ¿Por qué no me dices nunca que hago algo bien? ¿Por qué no me dices que tiene alguna importancia que yo esté vivo o muerto? ¡Porque no la tiene! ¡Para ti, no!

Sorprendido por el estallido, Dan miró a su hijo, suplicando interiormente el amor del muchacho, pensando: «Dios mío, eres mi hijo, mi misma carne y sangre. Dame una oportunidad. Háblame con amor. Déjame hablarte. Dime cómo. Yo no sé. Dios Todopoderoso, no sé cómo». Todos los músculos de su cuerpo se tensaban hacia el muchacho en el deseo de abrazarle, de tomarlo entre sus brazos, pero no podía hacerlo, como tampoco podía encontrar palabras que decirle. Permaneció allí quizás

un minuto, mientras el muchacho sostenía la raqueta entre sus manos temblorosas; luego, Dan se volvió y salió de la habitación.

Durante el viaje a la estación, guardó silencio, y también su hijo.

Los «Marin County Players», un grupo de actores aficionados bajo la dirección de Dameon Fenwick, dieron tres representaciones de *Romeo y Julieta* en el salón de actos de la Escuela Superior. Martha hacía el papel de Julieta, y Stephan Cassala, que se había enterado por Mark de la representación, se las arregló para asistir dos de las tres noches. En la primera sesión, permaneció entre el público, vio la obra y luego se marchó discretamente. La segunda vez, subió entre bastidores y logró cruzar unas palabras con Martha. Le dijo taxativamente, y con aire de entendido, que era la mejor Julieta que había visto jamás. Era la pura verdad; nunca había visto la obra, así que con la misma veracidad habría podido decir que era la peor. Martha, todavía maquillada, exaltada por la representación y halagada por el hecho de que aquel atractivo amigo de su padre, un hombre mayor —Stephan tenía treinta y dos años— hubiera considerado oportuno hacer el viaje hasta Sausalito sólo para ver su actuación, le echó los brazos al cuello y le besó.

—¡Eres un hombre encantador! —exclamó—. ¿De veras crees que he estado bien?

—Espléndida. Absolutamente espléndida.

—Oh, me hacía falta oír eso. No sabes lo que has hecho por mí. Dentro de diez días salgo para Hollywood, y tengo miedo, Steve.

—¿Hollywood? Pero ¿por qué?

—Porque allí es donde debe estar una actriz. El único sitio. Aquí no hay nada. Me moriría si tuviera que quedarme en este lugar.

—Pero tú eres una actriz, no una de esas idiotas que salen en las películas.

—Steve, ¿no sabes lo que está pasando? Las películas mudas se han terminado. Todo el mundo lo dice. Dentro de uno o dos años, todas las películas serán habladas. Y yo sé hablar.

Durante los tres o cuatro días siguientes, Stephan se devanó los sesos en busca de una razón válida para ir a Sausalito. Se sentía lleno de culpabilidad y confusión, complicado todo ello con la llegada de su hijo y la felicidad de su mujer, Joanna. Ésta se mostraba sumisa y absolutamente dichosa. Ya no sugería que abandonaran la casa de San Mateo; en lugar de ello, le aterraba la idea de separarse de Rosa y Maria, y, ahora que tenía un hijo, sentía que su existencia estaba justificada. Nunca hacía ninguna pregunta ni observación sobre las noches que Stephan pasaba en San Francisco. Su marido se mostraba dulce, cortés y amable con ella. Joanna no pedía más, y le condenaba con ello a las torturas de la culpabilidad.

Sin embargo, de un modo extraño —o quizá no tan extrañamente—, este

torturado sentimiento de culpabilidad daba sabor y excitación por primera vez a su vida. Estaba enamorado. Nunca hasta entonces había estado enamorado, nunca había idolatrado a una mujer, nunca se había considerado como un hombre que pudiera completar la vida de una mujer; y tampoco había elevado jamás a una mujer hasta erigirla en objeto de belleza y deseo total. En verdad, Martha no era muy hermosa. Tenía facciones agradables, los centelleantes ojos azules de su madre y los castaños cabellos que llevaba muy cortos, según la moda del momento. Poseía un busto atractivo y bonitas piernas, pero era su aire de excitación, su burbujeante entusiasmo por la vida lo que fascinaba a Stephan. No hacía planes; la sola idea de abandonar a su mujer, como parte de una familia católica profundamente religiosa, era tan complicada y absurda que no podía ni siquiera contemplarla, y la cuestión se agravaba más aún a consecuencia de las prolongadas y antiguas relaciones entre los Cassala y los Levy y por el hecho de que él era católico y Martha judía. Por el momento, le bastaba con estar enamorado, con que el mundo entero fuese diferente y con que cada mañana se despertase, no ante la insípida y anodina perspectiva de otro día más, sino ante un día de tener a Martha Levy en su mente y en su corazón.

Para el tercer día siguiente a la representación de *Romeo y Julieta*, Stephan había elaborado un razonable conjunto de excusas y mentiras. Preparó una entrevista con un banquero de San Rafael que se celebraría el sábado, y, como el viaje le llevaría por Sausalito, preguntó a Mark si podía quedarse a comer y tratar con él de un asunto de negocios. Eligió el sábado porque Mark estaría en casa ese día, pero le faltó valor para preguntar si estaría también Martha. En ese punto tendría que arriesgarse.

Resultó bien. Anthony Cassala había aceptado las circunstancias que introducían a «L. & L.» en el «Banco Seldon», tanto con sus préstamos como con sus negocios, pero Danny y Mark continuaban manteniendo una cuenta de casi cien mil dólares con Cassala. Ahora, sentado a la mesa con Mark y Sarah y —le había acompañado la suerte— también con Martha, Stephan opinó que el dinero debía ser utilizado para algún fin, posiblemente invertido en bonos del Gobierno. No estaba produciendo ningún interés, y tanto él como su padre experimentaban una sensación de culpabilidad. Mark desechó sus argumentos.

—Un día demasiado bonito para hablar de eso —dijo—. De todas formas, Dan se ha metido en ese asunto de las líneas aéreas, así que quizá tengamos que echar mano del dinero, después de todo.

Sarah bloqueaba su mente cuando se hablaba de dinero. Rehusaba pensar en él, tratar de él o enfrentarse a él. Tenía ya cuarenta y siete años, y sus rubios cabellos comenzaban a encanecer. Conservaba aún su figura esbelta y juvenil, pero su rostro había envejecido. Mientras los hombres hablaban, observó a Stephan, advirtiéndole que no podía apartar los ojos de Martha, que estaba impaciente con toda aquella conversación sobre dinero y bancos. Para Sarah, Hollywood era un hediondo albañal

de pecado y corrupción, y su inquietud aumentaba a medida que se aproximaba el día de la marcha de Martha. Ésta se encontraba ahora hablando a Stephan sobre la Escuela Superior de Actores de Nueva York en que se había matriculado como alumna. La escuela acababa de organizarse bajo la dirección de un hombre llamado Martin Spizer.

Cuando Martha anunció a sus padres su intención de matricularse allí, Sarah instó a Mark para que practicara investigaciones y averiguara algo sobre el particular. Varias llamadas telefónicas a Los Angeles, le informaron de que, con el advenimiento del cine hablado, había surgido en Hollywood una docena de escuelas nuevas y que, al parecer, ninguna era mejor ni peor que las demás. Martha la eligió porque míster Fenwick, su profesor local de interpretación, le había dado un folleto publicitario de ella; y todo el asunto era tan ajeno a cuanto Mark conocía que, finalmente, se conformó con dejar que se atuviera a su propia elección.

—Lo malo de las estrellas cinematográficas —explicó Martha— es que no saben hablar. Oh, era estupendo cuando todo su cometido era hacer piruetas y poner gestos, pero ahora que la gente puede oírlas..., bueno, es la oportunidad para los actores, actores de verdad.

—Suponiendo —dijo Mark— que las películas habladas lleguen a ser algo más que una novedad.

—Padre, ¿cómo puedes cerrar los ojos a esto? Las películas habladas quedarán. ¿Has visto *El cantante de jazz*? Y esa ridícula Dolores Costello en *Barrio Chino*, ceceando...

—Querida —dijo Sarah, con tono preocupado—, todas las chicas guapas de América sueñan en Hollywood. Y muchas de ellas van allí. Muchas.

—Pero ¿saben actuar? —Se volvió hacia Stephan—. Diles todo lo que piensas de mi actuación, Steve. A ti te harán caso.

—¿La has visto actuar alguna vez? —preguntó Sarah, con curiosidad.

—Sí. Fue a verme en *Romeo y Julieta*.

—Vi el anuncio en el periódico —respondió azoradamente Stephan—. Estuvo magnífica, en mi opinión.

—Y Steve ha visto media docena de representaciones de *Romeo y Julieta* y cree que yo fui la mejor Julieta de todas.

—Bueno, quizá no media docena —dijo Stephan—. Pero estuvo soberbia. Creo que sabe actuar.

Tenía que quedarse a solas con ella, aunque no fuera más que unos minutos. Antes de marcharse, dijo a Mark que quería despedirse de Martha, ya que quizá no la volviese a ver antes de su marcha a Los Angeles.

—La encontrarás en la vieja glorieta del jardín, detrás de la casa. Suele leer allí en voz alta. No soporta que se acerque alguien mientras está declamando, pero quizás

haga una excepción contigo.

Mientras se dirigía hacia la glorieta, Stephan oyó a Martha. Fueran cualesquiera las críticas que pudieran hacerse a su forma de actuar, su voz era ciertamente sonora y potente. Estaba haciendo la Santa Juana, de la obra de Shaw, que había llegado a San Francisco dos años antes.

—Si me ordenas declarar que todo lo que he hecho y dicho, y todas las visiones y revelaciones que he tenido no procedían de Dios, eso es imposible: no lo declararé por nada del mundo.

Le vio, y su rostro burbujeó de risa.

—Oh, Steve, me has oído, y mi secreto ha salido a la luz. Pero seré Santa Juana, aunque tenga que esperar diez años para hacer el papel. Lo seré. Es necesario. Tienen que hacer una gran película sobre ella, aunque tenga que ir yo a suplicárselo personalmente a míster Shaw. Me pondré de rodillas y diré: Míreme, míster Shaw, ¿no soy Santa Juana? ¡No! No haría una cosa tan estúpida, naturalmente. ¿Te vas, Steve?

—Sí, temo que debo irme ya.

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Vendrás a mi primera película?

—Antes de eso, espero. Martha...

La muchacha dejó de reír.

—¿Pasa algo malo, Steve?

—No, no. Sólo..., bueno, tengo un pequeño regalo de despedida para ti. Lo aceptarás como regalo mío, ¿verdad?

—Me encantan los regalos.

Stephan introdujo la mano en el bolsillo y sacó un estuchito forrado en terciopelo y lo abrió, mostrando una cadena de oro de la que colgaba un pendiente. Martha se lo quedó mirando mientras él le ponía la cadena en torno al cuello.

—Estás loco, Steve. Esto debe de haberte costado mil dólares.

—¿Qué importa lo que cuesta un regalo?

—Tú sabes lo que importa. ¿Cómo les explico esto a Mark y Sarah? ¿Qué les digo? ¿Y por qué me lo das? No te comprendo.

—Te quiero —declaró él, simplemente.

—No. ¡Oh, Dios mío, no! Estás completamente loco, Steve. Eres un hombre casado. Tu mujer acaba de tener un hijo.

—Lo sé, lo sé —replicó él angustiadamente, cogiéndole la mano—. Tienes razón. Nunca he llegado a esto. A una mujer no se le dice sin más ni más que se la quiere.

—Desde luego. ¿Qué he hecho yo para que esto suceda?

—Nada. Simplemente, ha sucedido.

Ella se quitó la cadena y se la devolvió.

—Tengo que ser sincera, Steve. Te conozco desde que éramos niños. Siempre me

has gustado, pero no estoy enamorada de ti, y tampoco tengo intención de enamorarme de nadie.

—Lo sé. Por eso es por lo que nunca dije ni hice nada. Creo que todo empezó en mi boda. Es horrible, ¿verdad?, decir que en lo único que podía pensar durante mi boda era en alguna otra muchacha. Pero yo no amaba a mi mujer. Nunca la amé, y lo curioso es que no sé por qué me casé con ella. Simplemente, parecía ser algo que todos los demás deseaban, y no tuve bastantes arrestos para no someterme. He pasado años enteros sin acostarme con ella... ¡Oh, Cristo! ¿Por qué digo todo esto? Me siento un estúpido, un idiota y un piojoso.

—¡Pobre Steve! —Se inclinó hacia él y le besó—. Steve, creo que eres el hombre más bueno y más dulce que he conocido jamás.

—¿Te quedarás con esto? —preguntó, ofreciéndole la cadenita—. Por favor. No se lo enseñes a tu familia. Pero consérvalo, por favor. No pido nada más. Te vas a marchar. Dios sabe cuándo te volveré a ver. Puedo aceptar lo que dices sobre tus sentimientos hacia mí. No tengo más remedio. Pero ¿qué daño puede hacer que te lleves esto? Así, al menos, sabré que algo que elegí para ti está contigo.

—Eso es muy hermoso, Steve.

Le miró. Los oscuros y tristes ojos de Stephan le miraban suplicantes; luego, ella asintió con la cabeza, sonrió y dijo:

—Está bien, míster Cassala. Lo guardaré, y debe usted pensar en mí como en una buscadora de oro, y eso destruirá todas sus tontas ideas sobre lo estupenda que soy, y dejará de estar enamorado, y entonces seremos buenos amigos para siempre. ¿De acuerdo?

—Seremos buenos amigos... Puedes estar segura de ello.

Thomas Seldon había envejecido rápidamente en los años transcurridos desde la muerte de su mujer. Había encanecido, y, a los setenta y tres años, mostraba señales de extenuación. Cuando entraba en su club con Dan, caminando lenta y cuidadosamente, fue saludado al pasar por John Whittier, y le miró inexpresivamente.

—¿Quién era ése? —preguntó a Dan.

—El hijo de Grant Whittier, John.

—Claro. Le vi la semana pasada. ¿Qué habrá pensado?

—No tiene importancia —dijo Dan—. Probablemente, no ha pensado nada.

—Esto se pone peor cada vez. Olvido nombres, caras..., sólo los viejos tiempos se me aparecen claros y nítidos. Sigo pensando en la ciudad tal como era cuando yo era niño. Barcos de vela, que llenaban el puerto como enjambres de moscas, aceras de madera, calles fangosas..., Dios mío, si hasta me acuerdo de los vigilantes, y ya ha pasado tiempo de eso. Una vez, vi una ejecución pública por ahorcamiento ahí mismo, en el muelle de Market Street. ¿Sabes? Yo monté en el primer tranvía que

pasó por California Street... bueno, quizá no fuera exactamente el primero, pero sí fue el primer día. La Octava Maravilla del Mundo. Pero todo es como un sueño. Miras a la ciudad ahora, y todo parece un sueño.

Sentado en el comedor de altos techos, con sus paredes forradas de madera de roble, sus manteles blancos y su reluciente plata, entre aquellas personas que cuando Dan era joven recibían el nombre de nababs y pachás y ahora eran simplemente hombres distinguidos y poderosos, Dan sintió que sus propios principios parecían también un sueño.

Seldon estaba divagando de nuevo, recordando cómo subían los caballos las colinas.

—El conductor bajaba de la carretera y arrimaba el hombro, y luego los chicos acudían corriendo. Yo mismo lo hice..., oh, sí. Arrimábamos todos el hombro a la carreta, y el conductor gritaba: «¡Arre! ¡Arre!». Hoy en día parece increíble. ¿Dónde está Mark? ¿No tenía que haber venido aquí?

—Llegará en cualquier momento —le aseguró Dan.

—Buen hombre Mark, buen hombre. ¡Santo cielo, cuando pienso en ello...! Hace veinte años, ninguno de vosotros dos tenía un centavo..., y ahora... Pero ese asunto de los aviones, no sé, Dan. Nunca he subido a un avión, y no tengo intención de hacerlo. Si el Señor quisiera que volásemos...

—Tom, lo mismo podría decirse que nos habría dado ruedas si quisiera que fuésemos en tren.

—Está bien. Escucharé. Suéltalo todo, y escucharé.

Mark se reunió con ellos en ese momento, y el camarero se acercó para tomar nota de lo que iban a tomar.

—Si queréis un trago —dijo Seldon—, puedo arreglarlo. El comité lo desaprueba, pero guardan unas cuantas botellas de buen whisky. Lo sirven en tazas de café, una forma degradante de tratar a un whisky de categoría, pero, si queréis...

Aceptaron la propuesta.

—¿Qué tal está tu bella esposa? —preguntó Seldon a Mark.

—Muy bien, míster Seldon.

—¿Sabes, Mark? Una vez, estuve saliendo con una chica judía. ¡Oh, era una belleza! Su padre dirigía una partida de faro a tres cartas en el «Barrio Alegre». Y lo hacía bien. Pero cuando mi padre se enteró, se puso hecho una fiera...

Dan procuró llevar la conversación a la cuestión que le interesaba, turbado por lo fácilmente que se extraviaba la mente de Seldon.

—Lo fundamental es el aeropuerto —dijo a Seldon—, y ahora que se ha inaugurado el aeropuerto municipal en Mills Field, el futuro está claro. Mark ha estado allí, y hemos adquirido la concesión. Hemos alquilado espacio para dos hangares, oficinas y sala de espera. Tal como yo lo veo, el primer paso es establecer

un servicio regular de pasajeros desde aquí hasta Los Angeles; ya estamos haciendo gestiones en el aeropuerto de Los Angeles. He mandado realizar un sondeo estadístico, y, según las cifras que me dan, el crecimiento en Los Angeles será enorme. Hemos reunido todos los datos en un estudio completo. Mark se ha traído varias copias, y te las dejaremos. Ahora estoy a tu disposición para contestar cualquier pregunta.

—La primera pregunta es quién va a utilizar ese servicio vuestro. Yo no lo haría.

—No estés tan seguro —sonrió Dan—. De todas formas, contarás con un pase gratuito de la Compañía.

—Estoy completamente seguro. Tendría que hacerme reconocer la cabeza para subir a uno de esos artefactos de lona y varillas.

—Desde luego —admitió Dan—. Pero nosotros no vamos a explotar ningún artefacto de lona y varillas. Yo he hecho tres viajes a Detroit y he conversado durante horas con Henry Ford, su hijo, Edsel, y Jim McDonnell. Principalmente con McDonnell, su diseñador e ingeniero. Han diseñado y producido una cosa llamada trimotor «Ford» que revolucionará toda la industria. Y no es ningún artefacto de lona y varillas. Es de metal... un avión hecho todo él de metal.

—¿Metal? ¿Hierro? Dan, ¿quieres decirme que se puede hacer un avión de hierro y conseguir que despegue del suelo?

—No, de hierro no. El trimotor «Ford» está construido con duraluminio de alta resistencia. Se trata de un metal fuerte y ligero, y lo forran de aluminio para impedir la corrosión. Es un avión increíble, Tom. Tiene quince metros de largo, con una distancia de veintidós metros entre las puntas de las alas. La carlinga tiene cinco metros de larga. Piensa en eso, cinco metros, y puedes ponerte de pie y andar. Hay asientos para doce pasajeros, y es el avión más seguro del mundo. Puede despegar en no mucho más de cien metros, lo que significa que podemos entrar casi en cualquier aeropuerto, San Diego, Reno, Tacoma, cuando estemos listos. Es algo que pertenece al futuro. Nunca ha habido nada parecido en el mundo. Y volará a ciento sesenta kilómetros por hora... tres motores... y puede aterrizar con dos de ellos.

—Dan, un tren viaja a ciento veinte kilómetros por hora.

—No de aquí a Los Angeles. Se tarda nueve horas, y nosotros podemos reducir el tiempo a la mitad. Sales de San Francisco a las siete de la mañana. Llegas a Los Angeles a la hora de comer. Sales de Los Angeles a las cuatro, y estás de vuelta para la cena. Ningún tren puede hacer nada parecido. Nosotros vamos en línea recta.

—¿Y cuánto costará eso? —preguntó Seldon, moviendo dubitativamente la cabeza.

—Millón y medio para empezar a andar..., más según vayamos expansionándonos. Ya hemos dado el primer paso y encargado cinco aviones a Ford. Tom, nos apoyaste en los barcos y otras cosas, y salió bien. Créeme, esto es el

principio de algo más grande de cuanto jamás hemos soñado.

—¿Cuánto nos debéis ahora, Dan? —preguntó inexpresivamente.

—¿Mark?

—Trece millones doscientos veinte mil dólares. Hemos estado reduciendo el principal al ritmo de diez mil al mes..., y nunca nos hemos retrasado un solo día en el pago de los intereses. Creo que está bastante bien —respondió Mark.

—¿Cómo van los grandes almacenes?

—Para el final del año fiscal habremos obtenido un beneficio neto de ochocientos mil dólares. No es nada de qué avergonzarse.

—No me estoy quejando de cómo manejáis las cosas, pero ¿cuántas vais a manejar? Tres transatlánticos, los almacenes de aquí, el hotel de Hawai, y he oído que habéis estado comprando tierras.

—Algún día, esas tierras enjugarán hasta el último centavo de deuda que tengamos. Ya ves cómo se está extendiendo esta ciudad. Las tierras que estamos comprando en la península y en Marin County valdrán una fortuna algún día. Cuando construyan un puente sobre la Golden Gate...

—Hijo —dijo Seldon—, llevo veinte años oyendo hablar de ese puente. Nunca lo harán. ¿Dices que has puesto todo eso por escrito? Déjame estudiarlo y pensar en ello.

Después de separarse de Seldon, Mark dijo a Dan:

—Creo que estamos cometiendo un error. Metiendo todo en un solo cesto, quiero decir. ¿Por qué no recurrimos a Tony Cassala en esto? Él puede disponer de millón y medio.

—Porque, amigo mío, el millón y medio es sólo el principio. Es sólo un gancho. La operación que has expuesto en nuestro proyecto no puede resultar tal como está, y me alegro. Tenemos que remontar la costa hasta Portland y Seattle. Esto es sólo el principio. Vamos a crear las líneas aéreas más poderosas al oeste de las Rocosas, y no es más que el principio. McDonnell dice que dentro de dos años tendrán algo que pueda salvar las Rocosas, y dentro de cinco la velocidad de los aviones será dos veces y media superior a la de hoy. Cuatrocientos kilómetros por hora, y estamos empezando.

—Escucha, Dan —dijo Mark—, aunque tus sueños sean reales, estamos cometiendo un error al depender exclusivamente de préstamos bancarios.

—¿Qué otra forma sugieres?

—He estado hablando con Sam Goldberg, y dice que éste es el momento de acudir al público, de emitir acciones e incluirlas en la cotización de la Bolsa de Nueva York. Dice que si lanzamos medio millón de acciones a veinticinco dólares cada una...

—Diablos, Mark, lo que tenemos vale mucho más que doce millones y medio,

bastante más, y tú lo sabes.

—Déjame acabar. Estoy hablando de la mitad de la emisión. Nos reservamos el cincuenta por ciento. Conservamos el control y obtenemos un capital de doce millones y medio de dólares. Goldberg dice que en ese mercado el valor de las acciones puede duplicarse e incluso triplicarse en cuestión de semanas... de meses como mucho.

—¡No, señor! ¡Maldita sea, Mark, hemos construido esto nosotros solos! Es nuestro. Ya hemos hablado de ello antes. No pienso entregarlo al público.

Mark extendió las manos, con gesto de impotencia.

—Por mucho que hablemos de ello, parece que no lo entiendes. No estamos dando nada. Obtenemos doce millones con la emisión, y el cincuenta por ciento de las acciones que nos quedamos valen otros doce millones... eso en el momento de la emisión. Supón que se triplica, y con nuestras ganancias tiene que triplicarse en ese mercado. Están vendiendo basura a cincuenta dólares la acción. Nosotros damos valor auténtico. Pero, si se triplica, nos encontraremos en posesión de treinta y seis millones de dólares.

—Que no podemos tocar, so pena de perder el control.

—Eso no es cierto, Dan. Sam Goldberg lleva años trabajando en el ramo de sociedades. ¡Diablos, nosotros le conocemos desde hace veinte años! Según él y su socio, podemos conservar el control con el veinte por ciento de las acciones. Pero no es que proponga eso. Lo único que digo es que, si conseguimos esos doce millones, debemos hacerlo. Podemos pagar como dividendos lo que ahora estamos pagando en concepto de intereses, o la mitad, o nada si nos vemos apurados.

—Mark, no me gusta.

—¿Te das cuenta de que le estamos pagando a Seldon más de un millón de dólares al año por el uso de su dinero? ¿Qué sentido tiene eso? Y supón que reclama sus préstamos.

—Bueno, si lo hace, recurriremos a otro banco. Podríamos dirigirnos a Crocker, o a Wells Fargo. Incluso Tony podría contribuir con cinco millones si nos viéramos entre la espada y la pared. Eso no me preocupa. El viejo me agrada. Siempre me ha agradado. Si quieres sacar cien mil dólares y jugar en la Bolsa... muy bien. Pero tu propia emisión...

—¿Lo pensarás un poco, al menos? ¿Querrás entrevistarte con Goldberg y escuchar lo que tiene que decir?

—Le escucharé. ¿Por qué no?

—Bien. ¿Y qué hay del viejo? ¿Pondrá el millón y medio?

—Lo pondrá. Nunca olvides una cosa llamada bienes gananciales... la maldición o la bendición de California, según como lo mires. La mitad de todo lo que construyo pertenece a Jean. Y el viejo está completamente chalado con sus nietos.

Cogió a Mark del brazo y le hizo girar en redondo.

—Marcus, muchacho, ¿sabes qué es lo que va a predominar en este país algún día? Las líneas aéreas. Los ferrocarriles tuvieron su momento. Ahora viene el avión. Y, amigo, ¿sabes quién va a dominar las líneas aéreas? Marcus Levy y Daniel Lavette. Estamos sólo empezando a trepar hacia la cumbre de ese montón de basura que llaman grandes negocios, y cuando llegemos allí nos quedaremos. ¿Minas de oro? Tonterías. Ahí es donde está la verdadera mina de oro..., ahí.

Y describió un círculo con el brazo, abarcando la ciudad y la bahía y las montañas que se alzaban a lo lejos.

De todas las cosas que May Ling tenía que soportar, la más dolorosa era ver el espíritu quebrantado de su padre, presenciar cómo envejecía y se iba encorvando ante sus ojos. Día tras día, semana tras semana, salía de casa todas las mañanas para buscar trabajo.

Nunca había aprendido a conducir un coche. Primero, a pie, agotó las posibilidades de Hollywood; luego, igualmente a pie, agotó las posibilidades que hubiera podido haber en Beverly Hills; finalmente, recorrió en tranvía el centro de la ciudad. Tenía experiencia e instrucción. Poseía sobre administración de empresas más conocimientos que la mayoría de los hombres de negocios de Los Angeles, y sabía más contabilidad que la mayoría de los contables titulados. Conocía mejor que Mark Levy las complejidades del funcionamiento de unos grandes almacenes, y mejor que Dan Lavette las complejidades financieras de las compañías de navegación; pero en 1928 solamente había en la ciudad de Los Angeles tres clases de trabajos accesibles a los orientales: podían ser jardineros, limpiar letrinas, o trabajar en la cocina de un restaurante. Ésta fue, al menos, la conclusión a que llegó Feng Wo en su búsqueda, y todas las noches regresaba a casa más derrotado, más desesperanzado.

Hasta que un día anunció a su familia que había encontrado un empleo. Pero no había alegría ni el menor acento de triunfo en su anuncio, y May Ling le miró suspicazmente.

—¿Qué clase de empleo? —preguntó.

—Es un empleo. ¿Qué importa, mientras trabaje?

—Porque no nos estamos muriendo de hambre. Tenemos dinero suficiente. Tenemos ahorros. Así que dime, padre, ¿qué clase de empleo es?

—La dignidad está en el trabajador, no en el trabajo. El trabajo es lavar platos en un restaurante chino.

—¡No! —exclamó May Ling, con un grito de angustia—. ¡No, no lo harás!

—Mi querida hija —replicó suavemente Feng Wo, mientras su mujer, So-Toy, y su nieto, Joseph, le miraban en silencio y con los ojos muy abiertos—, cuando yo era joven, antes de conocer a Daniel Lavette, y tú eras una niña, trabajé en lo que tú

considerarías execrable. Limpié retretes. Abrillanté zapatos. Recogía excrementos de caballo y los vendía a una empresa de fertilizantes a tres centavos el barril. Saqué basura del fondo de un canal obstruido. Nadie en Los Angeles aceptará los servicios de un contable chino a ningún precio... no, ni aunque me ofreciese a trabajar de balde. Lavar platos es un trabajo decente y honorable, y, al menos, podré caminar con la cabeza alta.

En aquella época, el campus de la Universidad de California se encontraba todavía en el extremo oriental de Hollywood, en Vermont Street, al norte de Melrose. Se había comenzado ya a trabajar en la construcción de un nuevo campus, que estaría emplazado en Westwood Village, pero pasarían por lo menos dos años antes de que las instalaciones quedasen terminadas. May Ling había encontrado para su familia una casa de un solo piso y cinco habitaciones situada a unas tres manzanas del campus. Se trataba de una casita de estuco, de las que en Hollywood llaman *bungalow*. Su emplazamiento le permitía ir y volver andando del trabajo; al día siguiente de haber anunciado su padre su nueva ocupación, mientras se dirigía a trabajar por la mañana, tomó una decisión. Resultaba muy propio de May Ling. Ella no era una víctima. Durante todos los años pasados con Dan Lavette había actuado por su propia voluntad y deseo y por amor a un hombre.

Cuando la situación empezó a repercutir en su hijo, ella había cambiado de actitud. Sentía un profundo e inmovible amor hacia cuatro personas: Dan Lavette, su hijo, su padre y su madre; y era lo suficientemente china como para considerar a la familia el eje de la existencia.

Su primer paso ahora fue visitar a míster Vance, el bibliotecario jefe. Era un hombrecillo menudo y miope, que se sentía razonablemente intimidado ante la capacidad de May Ling para desenvolverse entre la creciente colección de literatura oriental; y, cuando ella se sentó en su despacho y le informó que no había en toda la biblioteca una sola traducción inglesa de la obra de Lao Tsé ni de la de Chuang Tsé, convino con ella en que la situación era deplorable.

—¿Son importantes? —preguntó.

—Como filósofos —le aseguró May Ling—, son tan importantes para el pensamiento chino como lo son Platón y Aristóteles para el pensamiento occidental.

—¿De veras? Entonces, debemos adquirir los libros.

—No podemos. Simplemente, no existen traducciones inglesas.

—¿No? ¿Ni siquiera en Gran Bretaña?

—Supongo que no. Desde luego, en América no.

—Entonces no veo qué podemos hacer.

—El problema estriba —insistió May Ling— en que es simplemente imposible que un estudiante se aproxime históricamente a China sin esos libros. Si nunca

hubiera existido un Lao Tsé o un Chuang Tsé..., bueno, no habría una China tal como la conocemos. Sentaron las bases del pensamiento taoísta, y el pensamiento taoísta es la roca en que se asienta toda la estructura de la filosofía china.

—¿Pero si los libros no existen en inglés?

—No son muy largos. Cinco mil palabras contienen la esencia de Lao Tsé. Quizá veinte mil palabras más la obra más importante de Chuang Tsé. Ciertamente, podemos permitirnos encargar la traducción de esta obra, y, luego, si imprimimos cien ejemplares en multicopista, tendríamos un verdadero tesoro..., algo que no existe en ninguna otra Universidad de América. Piense en la categoría que ello otorgaría a la biblioteca.

Míster Vance quedó impresionado.

—Una idea fascinante, mistress Lavette, pero, como usted sabe, la Universidad no tiene imprenta aquí. La imprenta está en Berkeley. Naturalmente, podríamos presentarla más tarde para su publicación como un producto de Los Angeles. Tienden a considerar con cierto desprecio nuestras realizaciones académicas. ¿Podría usted hacerlo?

—¡Santo Dios, no! —respondió May Ling—. Sé leer mandarín, pero una traducción adecuada, realmente literaria... no, ni en mil años. Pero conozco a alguien que podría hacerlo.

—¿Sí? ¿Quién?

—Mi padre.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí. En San Francisco, cuando vivíamos allí, gozaba de una gran reputación, como estudioso y como traductor.

No mencionó el hecho de que su reputación se limitaba a su familia.

—¿Y a qué se dedica ahora, si puedo preguntarlo?

—Está retirado —respondió May Ling, sonriendo—. Estudia, escribe. Creo que se está ocupando ahora de cuestiones culinarias chinas. Como sabe, no existe ningún libro de cocina chino.

—Ah, bien, me temo que los libros de cocina quedan un poco fuera de nuestro campo. Sin embargo, esa idea suya me fascina. ¿Cuánto costaría?

—El problema radica en persuadir a mi padre para que deje a un lado todo lo demás.

—¿Podría usted hacerlo?

—Creo que sí. El coste no tiene importancia. Creo que sería suficiente con unos honorarios de cincuenta dólares al mes.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un año, probablemente.

—Es una cifra ciertamente modesta —convino míster Vance—. Seiscientos

dólares, y quizá cincuenta dólares más por la reproducción en multicopista, ya que la hacemos nosotros mismos. Nuestro fondo de adquisiciones podría sufragarlo, desde luego. Le diré lo que voy a hacer, mistress Lavette. Telefonaré a la imprenta de la Universidad de Berkeley, y, si les interesa, ellos adelantarán el dinero a cuenta de nuestros derechos. Quizá eso no le proporcione a su padre ningún ingreso adicional, pero tal vez le agrade ver su nombre en un libro.

—No podría pedir más —aceptó May Ling.

Una semana después, míster Vance anunció triunfalmente que Berkeley no sólo estaría encantada de publicar el libro con el pie de imprenta de la Universidad de California, sino que estaba dispuesta a satisfacer un adelanto de quinientos dólares sobre los derechos.

—Una verdadera pica en Flandes —rió míster Vance—. Y obtenemos crédito. Ya era hora de que tuviésemos una imprenta propia, pero supongo que eso tendrá que esperar al nuevo campus. ¿Cuándo puedo hablar con su padre?

—Mañana —prometió May Ling.

Pero May Ling albergaba todavía algunas dudas, y aquella noche abordó cautelosamente el asunto durante la cena.

—Estoy de acuerdo contigo en lo referente a la dignidad del trabajo —dijo a su padre.

Éste comía despacio y en silencio; se le notaba el cansancio y tenía las manos hinchadas y despellejadas.

—No quiero hablar de ello —repuso Feng Wo.

—No, supongo que no.

—Evidentemente, quieres decir algo. Dilo.

—Mi jefe en la biblioteca, míster Michael Vance, querría verte mañana. He concertado una cita para que almuerces con él.

—¿Has hecho qué?

May Ling sonrió dulcemente.

—Por favor, no te enfades conmigo, honorable padre. He concertado una cita para que almuerces con él.

—Deja de utilizar el chino de Hollywood. El almuerzo es cuando la gente come, y cuando la gente come hay que lavar los platos. Tú lo sabes. Y también llevo ropa de trabajo.

May Ling suspiró.

—Te lo contaré todo, y quizá te enfades mucho por lo que he hecho. Pero, por favor, escúchame.

—Adelante —invitó Feng Wo.

La familia entera escuchó con extasiada atención. Cuando May Ling hubo terminado su relato de cómo había urdido su plan y había triunfado, Feng Wo

preguntó fríamente:

—¿Y es cierto que no hay ninguna obra de Lao Tsé y Chuang Tsé en inglés? ¿O has mentido sobre eso?

—¡No he mentido! —exclamó fogosamente May Ling—. Que yo sepa, es cierto. Y, desde luego, si en Berkeley van a publicar el libro es que han hecho sus propias investigaciones.

Feng Wo le dirigió un gesto de excusa y explicó a Joseph:

—Lao Tsé significa «el viejo filósofo», o, quizás, «el viejo hombre de sabiduría», según como lo traduzcas. Debemos dedicar más tiempo al idioma. No somos ignorantes en nuestra familia. Pero, al mismo tiempo —dijo, volviéndose hacia May Ling—, no somos eruditos. ¿Cómo te has atrevido a suponer que alguien como yo podría traducir a Lao Tsé o Chuang Tsé?

—Porque puedes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco de toda la vida.

—Bueno, es imposible, inimaginable, y vas a decírselo así a míster Vance.

So-Toy había estado escuchando atentamente, siguiendo el inglés con gran concentración. Ahora, rompió el largo silencio que siguió a la declaración de Feng Wo, hablando airadamente en shanghainés:

—Sólo soy una mujer, y, como mujer, he guardado silencio sobre cosas que no exigen silencio. Demasiado tiempo. He presenciado esa estupidez de mi marido lavando platos en un restaurante de mala muerte, y no he dicho nada. Parece como si la única sabiduría existente en esta familia hubiera sido concedida a las mujeres. Tu hija ha hecho algo maravilloso, y no va a volver a míster Vance para decirle que rehúsas. No lo harás. Escribirás ese libro, y dejarás de ser testarudo y estúpido.

Luego, dándose cuenta de lo que había dicho, palideció y bajó los ojos hacia sus entrelazadas manos.

Siguió un largo silencio, y Joseph, que no había entendido una sola palabra de lo que había dicho, paseó la vista de uno a otro, asombrado. Aquello no había ocurrido nunca. Jamás había habido una discusión en la familia.

Finalmente, Feng Wo dijo:

—Querrán un prólogo para el libro. Yo no soy lo bastante ilustre como para comentar a Lao Tsé.

—No se ha hablado para nada de un prólogo. El contrato con la editorial de la Universidad es sólo por la traducción.

Entonces, casi humildemente, Feng Wo dijo a su hija:

—¿Me ayudarás?

—Si puedo. Mi mandarín no es muy bueno.

Volvió a hacerse el silencio; luego, Feng Wo manifestó:

—Tendré que ir al restaurante por la mañana para decirles que me marchó. Luego, iré a almorzar con míster Vance.

Jake y Clair habían hecho todo lo humanamente posible y, trabajando catorce y quince horas diarias, mucho que era inhumanamente posible. Habían fregado, limpiado y pintado la vieja bodega de piedra hasta dejarla resplandeciente. Habían agotado su pequeña cuenta bancaria en la adquisición de uvas y de coñac. Habían limpiado las barricas y las cubas y hecho desaparecer la herrumbre de las viejas prensas. El rabino Blum se arriesgó a otro viaje desde San Francisco y dio su aprobación a todo lo que habían realizado. Bernie Cohen, decidiendo que quizás algún día tuviese que fabricar vino en Palestina, prestó gratuitamente sus servicios durante una semana y resultó de gran ayuda en la pesada tarea de mover y limpiar los toneles. El profesor Maseo fue dos veces, la primera cuando se disponían a pisar las uvas, y la segunda, cuando el mosto estaba madurando hasta el punto en que habría que añadirle coñac.

Después de pisar las uvas por primera vez, la bodega se llenó de dulce y grato olor al nuevo vino, y Jake y Clair permanecían junto a las cubas, como gallinas cuidando de sus polluelos, sin poder creer aún que de aquel sencillo proceso fuera a salir el vino sacramental del rabino Blum. Día tras día, observaban cómo palpitaba y borboteaba la vida en el líquido; y, luego, llegó el profesor Maseo para decirles cuándo exactamente tenían que detener la fermentación.

Por el valle se había extendido el rumor de que los Levy estaban haciendo vino, y, un día, dos coches ascendieron por la polvorienta carretera que conducía a las bodegas, rechinando y dando tumbos, y de los coches salieron ocho policías empuñando sus armas. Jake y Clair oyeron los gritos desde dentro de la casa y, al salir corriendo, encontraron a sus tres hijos mirando con curiosidad al pequeño ejército de agentes del Gobierno y a Bernie Cohen, que, con más valor que inteligencia, les hacía frente con una vieja, herrumbrosa e inutilizable escopeta de dos cañones que había hallado en el granero. Los policías gritaban: «¡Suelta esa escopeta! ¡Esto es un registro!». Y Bernie replicaba: «¡Fuera de aquí antes de que os vuele la cabeza!».

Clair corrió a rescatar a sus hijos, mientras Jake demostraba la legalidad de su operación, exhibiendo los permisos y la licencia del Gobierno. Los policías se marcharon de mala gana, y más tarde el profesor Maseo supervisó el vertido del coñac. Bernie Cohen se volvió a San Francisco y regresó al día siguiente con el rabino Blum para la prueba final. El profesor Maseo aprovechó la oportunidad para quedarse a pasar la noche y recrearse con las agradecidas sonrisas de Clair, y Jake y Clair se pasaron toda la velada escuchando al profesor disertar sobre la ciencia del vino. Aprendieron que el tallo de un racimo de uvas se llamaba raquis; el tallo

individual, pedúnculo; el punto en que se insertaba el tallo, ombligo. Aprendieron acerca de la complejidad de los taninos, la virtud de los pigmentos biglucósidos contenidos en la piel, las variables de la fortificación. Para entonces, ambos habían leído ya lo suficiente para participar en una conversación técnica.

—Algún día —dijo el profesor, mientras se disponía a irse a su dormitorio—, la marca «Higate» será conocida en toda América... en todo el mundo, quizás. Y cuando llegue ese momento —dirigió una sonrisa a Clair—, me permitiréis realizar una vieja ambición.

—¿Cuál, profesor?

—Supervisar vuestra sección de catado cuando lleguen los compradores.

Pero ese día pertenecía aún al futuro. A la mañana siguiente, llegó el rabino Blum, fue conducido ceremoniosamente a la cocina y le sirvieron un vaso del nuevo vino.

Lo probó pensativamente, se acarició la barba y decidió:

—No es lo bastante dulce.

El profesor le miró con asombro.

—Me permito discrepar.

—¿Es usted rabino? —preguntó suavemente Blum.

—No.

—¿Es usted judío?

—No.

—¿Cómo puede discrepar, entonces?

—Porque soy profesor de vitivinicultura y entendido en vinos.

—Pues no es suficientemente dulce.

—¿Qué hacemos? —preguntó Clair en tono angustiado.

—Está bien. Haremos una cosa execrable e imperdonable. Añadiremos almíbar —anunció el profesor Maseo.

—¡Dios le perdonará! —sentenció el rabino Blum.

Jake movió la cabeza.

—Estamos arruinados, profesor. Tenemos tres dólares..., nada más. No se pueden endulzar tres mil litros de vino con tres dólares.

—Un pequeño adelanto —añadió rápidamente Blum—. No se trata de un préstamo. Sólo un anticipo a cuenta.

Sacó una anticuada cartera del bolsillo de la chaqueta y contó treinta dólares en billetes muy usados.

—¿Es suficiente?

—A menos que quiera caramelo... —replicó el profesor.

Bernie Cohen fue enviado a comprar azúcar; mientras tanto, Clair preparó una pinta de almíbar con el azúcar que había en la casa. El profesor realizó la mezcla, y el rabino probó el vino.

—¡Ah! —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Bastante dulce?

—Hijos míos —declaró el rabino Blum—, ya sois vinateros.

—Vitivinicultores, no vinateros —corrigió el profesor.

—Como sea. Podéis empezar la entrega en cuanto esté listo el vino. Si hay más de tres mil litros, lo aceptaremos... dos dólares el litro.

Y Clair exclamó:

—¡Dios mío, Jake..., lo hemos conseguido!

El gobernador Alfred E. Smith telefoneó desde Albany, y la noticia de la llamada recorrió las oficinas de «Levy & Lavette». Polly Anderson perdió la compostura e irrumpió en el despacho de Mark con la noticia.

—El gobernador Smith desde Albany. Personal para míster Lavette. Están hablando ahora.

—No me impresiona en absoluto —dijo Mark.

Todavía le dolía el cheque que había extendido para la campaña de Sunny Jim.

El gobernador Smith estaba diciendo por el teléfono:

—Danny, muchacho, estamos en el punto de partida, y estamos separando los críos de los hombres.

Halagado, Dan preguntó:

—¿Qué tal va la candidatura?

—De primera, Danny. No hay declaración de guerra aún, pero estamos preparando las armas. Quiero saber que, cuando llegue a la estación, tendré suficiente para sacar billete.

—Estoy con usted, gobernador.

—Estupendo. Me preguntaron: ¿A quién tenemos allá en la costa? Dan Lavette, les dije, y es de los nuestros. ¿Puedo contar contigo, Danny?

—Todo el camino hasta la Casa Blanca.

—No hace falta dinero aún, sólo promesas. Pero, cuando pasen la bandeja, ¿qué puedo encontrar ahí?

—Bueno... —hizo una pausa al entrar Mark en su despacho—. Digamos, por ejemplo, diez mil para poner en marcha la pelota.

—Estás en la lista, Danny. ¿Te veré en Houston?

—Si puedo, sí, gobernador.

—Tendrás una invitación esculpida.

Colgó el teléfono y miró a Mark.

—Era...

—Al Smith. Y acabas de darle diez mil dólares.

—Es sólo una promesa, Mark.

—¿Qué diablos te pasa, Dan? Te está tomando por un pardillo. Si por algún milagro consigue ser designado candidato, Al Smith tiene tantas posibilidades de ser elegido como yo. Es católico.

—Y ya es hora de que tengamos un presidente católico.

—Claro. También es hora de que tengamos un presidente judío, pero estamos en los Estados Unidos, y no vamos a tener ni una cosa ni otra. Es dinero tirado.

—Sólo son diez grandes.

—¡Sólo diez grandes! Dios Todopoderoso, Dan, ¿es que no te das cuenta de nuestra situación? Estamos llevando a cabo una operación por valor de veinte millones de dólares, y no tenemos efectivo. ¿Sabes a cuánto ascienden nuestros gastos de personal? Sí, de acuerdo, los grandes almacenes nos están dando dinero a puñados, pero todo se va en cubrir gastos. La línea aérea no empezará a producir beneficios hasta dentro de seis meses, y cuando una tormenta se lleve uno de los barcos habremos llegado al límite. Tus amigos de Hawai empiezan a pedir tu cabeza si no mostramos beneficios allí, y, entretanto, estamos empeñados en quince millones de dólares con Seldon.

—Tranquilo, Mark. Me agrada Al Smith. ¿Sabes lo que significa ir a Washington y enfrentarse a ese maldito bastardo de Coolidge?

—Estás soñando. Además, has prometido diez grandes que no tenemos.

—¡Oh, Cristo, Mark, claro que los tenemos! Mira, te diré lo que voy a hacer. Hace meses que me estás hablando de acciones. Está bien. Dile a Goldberg que de acuerdo y que nos lance al mercado. Cogemos esos malditos doce millones de que hablas, y, por lo menos, dejarás de proclamar que estamos arruinados.

—Danny, ¿lo dices en serio?

—Desde luego.

—Gracias a Dios. Doce millones contantes y sonantes..., y los necesitamos.

—Y cuando Al Smith sea elegido presidente, me besarás el culo en plena Market Street y a las doce del mediodía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Mark, sonriendo.

Marty Spizer era una de las mil cosas que sucedieron cuando el cine mudo empezó a hablar. Se descubrió entonces, en el mundillo teatral de Nueva York, que había un arte que sólo se representaba adecuadamente en Hollywood: el arte de la declamación. La tierra se tambaleó bajo los pies de cientos de actores del cine mudo que habían vivido del movimiento corporal y de los gestos faciales, y comenzó un considerable éxodo de gente del teatro desde el Este hacia la costa Oeste. Estrictamente hablando, Marty Spizer era hombre de teatro sólo por proximidad. En sus treinta y tres años, había dirigido dos estruendosos fracasos, picado entradas, trabajado para un columnista de la sección de chismografía de un periódico,

participado en algunas actividades publicitarias y hecho cuanto le había sido posible siempre que se encontraba arruinado... lo cual no era infrecuente. En el curso de todo esto, había adquirido suficientes retazos de conocimientos para considerar que la nueva prosperidad de la costa Oeste le pertenecía al menos en parte. Después de dos meses en Hollywood sin nada mejor que un pequeño empleo de instructor, se asoció con otro expatriado de Manhattan, llamado Timothy Kelly, alquiló un viejo estudio de danza en Vine Street y abrió la Escuela de Actores de Nueva York. Spizer, moreno, de estatura media y que gozaba de un razonable éxito con muchas mujeres, era locuaz y mañoso y podía disertar con aire de entendido acerca de Stanislavsky, las interpretaciones internas y las respuestas emocionales profundas; Kelly, bailarín y actor de *vaudeville* fracasado, actuaba como experto en mimo y danza. Comenzaron el primer semestre con veintidós alumnos, uno de los cuales era Martha Levy.

Marty Spizer estaba iniciando una profesión, trabajando en una pequeña jungla, tanteando a su alrededor, encaramándose, como él decía. Era astuto, malévolo, rebosante de variadas y arraigadas hostilidades, y se mostraba cauteloso en aquel nuevo ambiente de colinas cubiertas de mezquites y casas cubiertas de estuco. La idea de la escuela era un recurso provisional, una apuesta, quizás un medio de lograr algún empleo de producción o de dirección, y los veintidós jovencitos que habían llegado a Hollywood procedentes de todo el país no eran difíciles de impresionar. Spizer y Kelly les hacían representar escenas de obras que se estaban representando en aquellos momentos en Broadway, y Spizer desempeñaba el papel de director como lo había visto hacer en el Este. Dado su carácter un tanto sádico, decidió imitar a un famoso director teatral que trabajaba con calculada malignidad. Ese director elegía a uno de los actores o actrices y lo convertía en blanco de su ira y su hostilidad, utilizando al pobre diablo como ejemplo negativo. Fueran cuales fuesen los resultados en el contexto original, Spizer utilizaba la técnica sin mayores reflexiones y porque armonizaba con su naturaleza; y, cuando la escuela empezó a funcionar, eligió a Martha Levy como objeto de su hostilidad.

Ignoraba por qué había elegido a Martha Levy, y tampoco se lo preguntaba a sí mismo; no era nada propenso a la introspección; posiblemente, le recordaba a una chica con la que había vivido durante algún tiempo y que finalmente le había abandonado, expulsándole de su casa y de su vida. Y si bien era cierto que el talento artístico de Martha dejaba mucho que desear, otro tanto podía decirse de las cuatro quintas partes de los matriculados en la Escuela de Actores de Nueva York.

Spizer no era un creador original. Sus estallidos de crítica iban expresados exactamente con las mismas palabras que utilizaba el director de Nueva York. Le gritaba a Martha:

—¡Borríca! ¡Tú, Levy... borrica, mírame!

Martha se volvía hacia él, dolida, aterrorizada.

—¿Por qué te llamo borrica? ¿Por qué no potrilla? ¿Porqué no gacela?
Martha, muda, azorada, temblorosa.

—Porque una borrica rebuzna. Rebuzna. ¡La voz es voz, no rebuzno!

O le espetaba de pronto:

—¡Payasadas! No estás actuando, ¡estás haciendo el payaso!

Después de dos semanas en este plan, Martha quedó reducida a un estado en que iniciaba cada día llena de temor y lo terminaba al borde de las lágrimas. La persecución le redujo a un punto en que ella misma ponía los motivos, incapaz de recordar sus papeles, incapaz de hacer nada a derechas. Regresaba a su apartamento y lloraba, decidida cada día a marcharse de la escuela, a abandonar un lugar que se había convertido en una cámara de tortura... y diciéndose luego que no claudicaría, todavía no, que si aquél era el camino que debía recorrer para llegar a ser una actriz lo resistiría hasta el final.

Y entonces, después de las dos primeras semanas, Kelly dijo a Spizer:

—Marty, quizá te estás ensañando demasiado con esa chica, Levy.

—Apesta.

—Le has tomado manía, muchacho —dijo Kelly—. Mírala bien. No es mal parecida la chavala, y está cargada.

—¿Cargada? ¿Qué quieres decir?

—¿Vas a decirme que no lo sabes? Éste no es mi Marty Spizer.

—Bueno, venga, déjate de acertijos.

—Su viejo es Marcus Levy. San Francisco.

—¿Y quién diablos es Marcus Levy?

—Evidentemente, Marty, para ti no hay nada al oeste del Hudson.

—Excepto este agujero.

—Marcus Levy es una de las «L» de una cosa llamada «Levy & Lavette», que posee los almacenes más importantes de California, por no mencionar una compañía de navegación y quizá la mitad de la tierra de California y alguna que otra cosilla.

—Estás bromeando.

—¡Y un cuerno! Habla con ella alguna vez, en lugar de escupirle.

—¡Estúpido! —estalló Spizer—. ¡Maldito estúpido! Me has estado dejando meterme con ella todo este tiempo, sin decirme que estaba cagando en un montón de oro. ¿Dónde tienes el cerebro?

—¡Te diré dónde lo tienes tú, maldito bastardo: en el culo!

Ese mismo día, Marty Spizer invitó a Martha a almorzar con él. Ella se le quedó mirando, muda de asombro.

—Di que sí, cariño —le instó suavemente—. La iniciación ha terminado. Vas a ser una actriz.

La llevó a «Musso & Frank's», en el Hollywood Boulevard, desempeñando

expansivamente el papel de guía turístico y ciudadano entendido. Sentado a la mesa frente a ella, procurando apelar a todo el encanto de que era capaz, le dijo:

—Supongo que te preguntabas por qué te he hecho pasar estas dos semanas tan horribles.

Martha sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y movió la cabeza.

—No lo entiendo en absoluto. Quizá no valga gran cosa, pero no soy peor que la mayoría de los otros.

—Martha —dijo él, gravemente—, eres muchísimo mejor que cualquiera de ellos. Tienes cualidades, talento natural, genio. Por eso precisamente es por lo que me he cebado en ti. Tenía que traumatizarte. Tenía que darte lo que Stanislavsky llama sentido del propio interior. Tenía que golpearte para hacerte saber que estás viva, y puedo decir que lo sabes.

—Entonces, ¿no cree que soy un caso perdido?

—¿Caso perdido? ¿Bromeas?

Martha estaba mordiéndose los labios, tratando de contener las lágrimas.

—Me sentía tan desdichada... tan horriblemente desdichada...

—Exactamente. Estabas sintiendo, estabas viva. Muy bien, eso se ha terminado. Ha concluido la fase número uno. Ahora, vamos a hacer de ti una actriz.

Gregory Pastore era uno de esos pintores virtuosistas que parecen tener enormes reservas de habilidad en sus manos, pero muy poca en la cabeza o en el corazón. Terminó casi al mismo tiempo los dos retratos de Jean. El vestido, que la presentaba con una túnica azul de estilo griego, descalza y con los espléndidos cabellos sueltos, evocaba reminiscencias de Eakins, a quien tanto admiraba ella —como Pastore sabía muy bien—, pero poseía una blanda perfección que Eakins habría encontrado desagradable y falsa. Para entonces, el gusto de Jean se había desarrollado hasta un punto en que advertía la incipiente vulgaridad de los efectismos aplicados a la figura humana; sin embargo, se hallaba lo bastante orientada hacia sí misma como para reaccionar a la belleza de la mujer pintada en el amplio lienzo. Lo que le faltaba de verdad lo compensaba en absoluta perfección, y eso, ciertamente, no le desagradaba.

El desnudo de Jean era un cuadro mejor, osado y lozano, lleno de vida y carne, en lugar de perfección. Pastore se había recreado en sus senos y sus caderas, inclinando su cabeza hacia adelante, de modo que sus facciones resultaban irreconocibles tras la cascada de sus cabellos color miel, y colocado provocativamente una mano sobre el vello pubiano.

—Es un cuadro muy bueno —declaró ella, cuando, finalmente, le enseñó el producto terminado—. ¿Qué precio quiere por él?

—Usted, o tres mil dólares —respondió, sonriendo con satisfacción—. Y es un precio principesco, regio, para cualquier mujer.

—¿De qué está hablando?

—Sea mi amante durante un mes, y es suyo gratis. En otro caso, tres mil pavos.

—En otras palabras, si el precio es justo —replicó Jean, sin inmutarse por la oferta—, ¿cualquier mujer es una puta?

—Siempre lo he creído.

—Quizá. Sólo que no me atraes en ese aspecto, Gregory. Y no te bañas.

—Eres una zorra, ¿sabes?

—¡Oh! De todas formas, lo necesito. Llévame mañana a casa los dos cuadros. Tendré preparado el cheque.

—Tres mil.

—Ya lo he oído la primera vez.

Cuando llegaron los cuadros al día siguiente, Jean colgó el retrato de cuerpo entero, vestido, en un extremo de la sala de estar, entre un paisaje de John Marin y una escena industrial de Charles Sheeler. Un gran desnudo de Renoir que había ocupado el mismo espacio fue trasladado al estudio de Dan para ocupar su oscuro lugar con los Winslow Homer y los Frederick Remington, obras de artistas que Jean toleraba a regañadientes. Unos años antes, Jean había ampliado la sala de estar, eliminado todas las molduras, creado paredes lisas de pálido color marfil e instalado focos en el techo. Las antigüedades de la reina Ana siguieron el camino de las molduras y fueron sustituidas por piezas de estilo chino. Había pasado por un período de grabados japoneses, pero ahora estaba cansada de ellos y los relegó a otras habitaciones. Su colección incluía ahora más de treinta cuadros, dieciocho de los cuales consideraba ella tan buenos como cualquier colección de arte moderno que hubiera en San Francisco.

El desnudo fue colgado en su dormitorio, para permanecer en compañía de un segundo desnudo de Renoir, un Picasso de la época azul y dos escenas de ballet de Degas. Durante las dos semanas siguientes de haber sido colocado allí, Dan no tuvo ocasión de poner los pies en el dormitorio. Cuando finalmente lo hizo y vio el cuadro se lo quedó mirando unos minutos antes de preguntar si era un cuadro de ella.

—¡Qué tontería! ¿Se me parece?

—Sí.

—Me asombra que te acuerdes.

—Me acuerdo.

—Y, si lo soy, ¿te molesta?

—No, no importa —respondió él.

Pero importaba. Erosionaba su propia estimación, su cada vez menos intenso sentido de sí mismo como criatura masculina y sus confusas y complejas reflexiones sobre moralidad. La ciénaga se ahondó un día cuando, al pasar ante la puerta abierta del dormitorio de Jean, vio a Barbara allí, mirando el cuadro. Su primera reacción fue

escapar sin ser visto. Su hija tenía catorce años, casi mujer ya, alta, esbelta y cada vez más extraña a él.

Se detuvo en el pasillo, dio media vuelta y se forzó a entrar en la habitación. Barbara le miró y, luego, volvió de nuevo los ojos hacia el cuadro. Él estaba turbado; ella, al parecer, no.

—Es mamá, ¿verdad? —preguntó Barbara.

—No.

Se volvió hacia él.

—¿Crees que no? ¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—Pues se le parece. Imaginaba que no te gustaría.

—No es tu madre, y no creo que tengas nada que hacer en su habitación.

—La puerta estaba abierta —replicó Barbara, y salió, pasando delante de él con pasos rápidos.

Dan se la quedó mirando, preguntándose por qué le saldría siempre mal todo con su hija.

La nueva línea de crédito en el «Banco Seldon» sobrepasaba los dos millones de dólares antes de que la compañía aérea —«West Coast Air», como decidieron llamarla— estuviera lista para comenzar a funcionar. Seguían acumulándose nuevos problemas: limusinas en ambas terminales, servicio en el interior del avión, primas astronómicas de seguros y, por encima de todo, el rumor de que se estaba poniendo a punto otro avión de doce pasajeros que arrinconaría el trimotor «Ford». Dan gastó cien mil dólares en dos de los mejores diseñadores aeronáuticos y les hizo ponerse a trabajar para idear un avión más rápido y más silencioso que el «Ford». Con esto y las complejidades de terminales, pilotos, mecánicos, transporte, concesiones y cien imprevistos problemas que surgían porque nadie al oeste de las Rocosas había dirigido jamás una línea de transporte aéreo de pasajeros, ésta no pudo entrar en funcionamiento hasta mediados de 1928.

Para entonces, la enorme calma de Dan había saltado hecha pedazos. Noche tras noche, se acostaba a las dos o las tres de la madrugada, sólo para encontrarse con que no podía dormir; daba vueltas y más vueltas en el lecho hasta el amanecer, y una hora después estaba en su coche, camino del nuevo aeródromo.

En medio de todo esto, el *Sacramento*, el más grande y nuevo de sus buques de pasajeros, fue embestido por un carguero en la bahía de Nueva York, y Dan tuvo que pasar más de tres angustiosos días en el tren, rumbo a Nueva York, y luego tres días más hasta desenmarañar la situación y conseguir que el barco fuera llevado a dique para ser reparado.

Cuando al fin llegó el gran día y el trimotor «Ford» destellaba bajo el brillante sol

de California, Dan se sentía más desdichado que complacido o exultante, y, agotado, participó en la ceremonia con una especie de embotada indiferencia. En conjunto, las cosas resultaron bien, con casi un millar de personas presentes para contemplar cómo el gran pájaro plateado se elevaba en el aire e inauguraba una nueva era. Sus hijos estaban en la escuela, pero Jean se encontraba allí, tan hermosa como siempre y siendo centro de la atención, no sólo de los fotógrafos, sino también del alcalde Rolph, el gobernador Clement Young, su padre y sus amigos. El alcalde y el gobernador pronunciaron unas palabras, y luego Mark, que había declinado ser uno de los doce viajeros del primer vuelo —lo mismo que Jean—, leyó un breve discurso que Dan había estado demasiado ocupado para escribir. Una turbada Sarah besó a Dan, le abrazó y dijo:

—Ojalá no subieras a ese cacharro, Danny.

La banda Dumphy empezó a tocar, la gente agitó las manos, gritó y aplaudió, y Dan subió al avión, juntamente con Sam Goldberg, que había rogado le asignaran uno de los asientos; Jerry Belton, encargado de promoción y autor del discurso de Mark; Toby Bench, el comentarista radiofónico y ocho periodistas y fotógrafos. Dan se dirigió a la cabina del piloto, donde dijo a Bill Henley, as de guerra y piloto jefe de la línea:

—Ya está, Bill. Y, por amor de Dios, dales algo de que hablar. Suave y limpio.

—De acuerdo, jefe.

Henley sonrió y accionó el contacto. Los tres motores rugieron ensordecedoramente, y, en su asiento, junto a Sam Goldberg, Dan lanzó un suspiro de alivio y paseó la vista por los once pasajeros, pálidos y con los labios apretados.

Los pasajeros compartían una sensación tan absoluta de terror que Dan soltó la carcajada, y Goldberg le gritó:

—¿Dónde está la gracia? ¡Déjeme salir de esta ratonera!

Jean contempló cómo el gran pájaro de plata avanzaba rugiendo por la pista y despegaba, suave y grácilmente, y se le hizo un nudo en la garganta y por un momento lamentó haber declinado la invitación de Dan para que le acompañara. Pero sólo por un momento. Como Dan había dicho, no importaba.

Martha, con su súbitamente devoto Marty Spizer a su lado, se encontraba entre la multitud que recibió al trimotor «Ford» mientras descendía, leve como una pluma, en el aeropuerto de Los Angeles. Se repitió allí, en menor escala, la escena del aeropuerto de San Francisco, entre encendidos aplausos al, según el alcalde, «comienzo de una nueva era... una época en que podemos considerar ciudades hermanas a San Francisco y Los Angeles».

—Aquél es Danny, el hombre alto de pelo negro y rizado —dijo excitadamente Martha a Spizer, mientras se abría paso entre la multitud—. Papá tenía que haber

venido con él, pero no le veo.

—Es un tiarrón —comentó Spizer.

—Es un encanto, y es muy buen amigo mío. Ven.

Mientras trataban de abrirse paso por entre los periodistas y celebridades que rodeaban a Dan, Spizer dijo:

—¿Qué hay entre vosotros? Estabas impaciente por venir aquí.

—Es Danny. Lo he adorado desde que era niña.

Cuando Dan la vio, se abrió paso hasta ella y la levantó en brazos.

—Te he echado de menos, chiquilla.

—¿Dónde está papá?

—Se rajó.

—¿Y Jean?

—Lo mismo. El bueno de Goldberg ha sido el único con arrestos suficientes para venir. Sam —dijo a Goldberg, que estaba a su lado, dando gracias a Dios por pisar de nuevo tierra firme—, ¿te acuerdas de Martha, la hija de Mark?

Martha presentó a Marty Spizer como «el director y productor», y Dan les dijo que no se fueran. Despacharía el resto de las formalidades y luego cenarían todos juntos.

—Lo que tú digas —aceptó Goldberg—, pero yo regreso en tren.

—Quédate —dijo Dan—. Es asunto de negocios.

Cenaron los cuatro en el «Biltmore». Para entonces, se había desvanecido ya la exuberancia de Dan. Durante todo el día, por debajo de la excitación y la gloria del primer vuelo, había tenido presente que iba a encontrarse en la ciudad en que vivía May Ling. Hacía siete meses que no la veía y durante ese tiempo había ido cuatro veces a Los Angeles, y las cuatro había luchado consigo mismo y decidido no verla, sintiéndose después disgustado, solitario y frustrado. Y ahora experimentaba de nuevo lo mismo, idéntica angustia, idéntica soledad, la misma insoportable desesperanza. Goldberg se marchó para coger el tren, y Spizer habló de sí mismo y del negocio del cine y de las películas habladas y de las oportunidades de inversión. Dan escuchaba sin oír. Cuando la cena hubo finalizado, inventó una entrevista de negocios, y Martha, tras darle un beso, murmuró:

—Estás de mal humor, Danny. No deberías estarlo. Es tu día de victoria.

Spizer había ido al lavabo.

—¿Qué hay de ése? —preguntó Dan.

—Dirige la escuela. Es brillante. ¿No te agrada?

—Ándate con cuidado, chiquilla.

—Soy una mujer adulta, Danny.

En su habitación del «Biltmore», Dan se tendió en la cama y clavó la vista en el techo. Tenía cuarenta años, y, si alguien había soñado jamás el sueño americano, era

él. Estaba en 1928, sólo cuarenta años después de que sus padres hubieran desembarcado en Ellis Island, en el puerto de Nueva York, un pescador francoitaliano con una esposa italiana, sin un centavo, sin saber una palabra de inglés, aturcidos, sin amigos en el mundo del East Side neoyorquino. La historia de lo que les había sucedido le había sido narrada una y otra vez, los días de hambre en Nueva York, el ingreso de su padre en una cuadrilla de trabajadores para las obras del ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fe, el viaje por las montañas hasta San Francisco, la primera vista de San Francisco, la ciudad dorada reclinada en la bahía, la lucha por vivir, por sobrevivir, por existir, y el día, al fin, en que él y su padre comenzaron a trabajar en su propia lancha... y todo ello consumido en la llameante erupción del terremoto.

Aquel recuerdo era vívido y real. No tenía más que cerrar los ojos para sentir en los labios el sabor a espuma salada y oír a su padre canturrear en su dialecto marsellés: *Rejette les petits, coco!* Los cangrejos demasiado pequeños volvían al agua. Podía oír retumbar la voz de bajo de su padre. Nunca cantaba al salir, sólo cuando ya habían pescado y regresaban impulsados por el viento. Nunca cantaba cuando utilizaban el motor. Despreciaba el motor. *Le cochon qui fume*, lo llamaba. Pero cuando el viento hinchaba sus velas y la lancha navegaba con la borda casi a flor de agua por el peso de la pesca, la voz de su padre retumbaba sobre las olas, desafinada, pero lo bastante potente como para ser oída desde el otro lado de la bahía. Trató de evocar aquel día en San Mateo, en que había salido en el cúter con su propio hijo, Thomas, pero el recuerdo era vago y nebuloso, como todos los recuerdos de su vida, a excepción de los momentos pasados con May Ling. Todo lo demás era un sueño, y aparentemente desprovisto de significado, pero, mientras yacía allí tendido, en la cama del hotel, se resistía y luchaba contra ello. Él había salido de la nada y se había convertido a sí mismo en un rey, un verdadero emperador. Gobernaba una flota de grandes buques de pasajeros, una compañía aérea, un majestuoso establecimiento de grandes almacenes, un espléndido hotel, fincas, tierras, y daba de comer a centenares de hombres y mujeres que trabajaban para él. Ciertamente Mark era su socio y amigo, pero Mark era como una sombra. Era por sus propias acciones y decisiones por lo que controlaba bienes por valor de veinte millones de dólares... ¿y cómo podía ser eso un sueño desprovisto de significado? Era bien recibido en Washington y Nueva York; la gente se deshacía en reverencias ante él, y se hallaba rodeado de hombres serviles dispuestos a asentir a todo cuanto dijese, y vivía en una mansión de Russian Hill, y su mujer era universalmente reconocida como una de las mujeres más bellas de San Francisco.

Sin embargo, se encontraba tan aislado como cualquiera sobre la faz de la Tierra, tumbado solo y completamente vestido en una oscura habitación del «Hotel Biltmore» de Los Angeles, tan privado de pasión que no tenía ni la voluntad ni el

deseo de llamar a un botones y darle veinte dólares para que le trajese a la habitación una fulana que le calentase la cama. No quería ninguna mujer, más que una.

Se quedó dormido, y cuando despertó comenzaba a filtrarse en la habitación la primera grisácea claridad del alba. Se duchó y se cambió de ropa. Ante su ventana, el firmamento se hallaba lleno de una turbulencia de rápidas nubes. Al parecer, había estado lloviendo toda la noche, y comenzaba uno de esos raros y apreciados días de Los Angeles en que el aire es límpido y fresco y el cielo de una tonalidad gris plateada. Después de vestirse, llamó a Bill Henley, que dormía en otra habitación del «Biltmore», le despertó y dijo:

—Llévate el avión con cuidado, Billy. No voy a ir contigo. Dile a míster Levy que regresaré mañana.

No había comido casi nada durante la cena la noche anterior, y estaba hambriento. Se tomó para desayunar un par de huevos fritos, un filete con patatas y dos tazas de café. En el mostrador de recepción preguntó a qué distancia estaba el campus de la U.C.L.A., en Melrose y Vermont.

—Demasiado lejos para ir andando, míster Lavette... como todo en Los Angeles. Le llamaré un taxi.

Se sentía exultante, alegre, maravilloso, mirando por las ventanillas la desparramada y extraña ciudad de estuco. San Francisco era una ciudad de colinas, con grandes vistas desde sus cumbres. Este lugar era exactamente lo contrario, una concavidad rodeada de colinas y montañas por tres de sus lados, y, sin embargo, por alguna razón desconocida, le complacía y le excitaba. El día era tan despejado y el aire tan transparente que se veían con toda claridad hacia el este las grandes jorobas de las montañas San Gabriel, mientras que delante, al final de la Vermont Avenue, a kilómetros de distancia, pero tan evidente como una verja al extremo de la calle, se alzaba el verde muro de las Hollywood Hills. Veía y observaba las cosas con los ojos de un niño extasiado, los grandes y tintineantes tranvías verdes, las barracas de Vermont Avenue, y más allá, donde la tierra ascendía para cerrar la concavidad, acarameladas mansiones pintadas de rosa y blanco, contrastando tan extrañamente la profusión de rosales, helechos y palmeras con los destartalados *bungalows* de un solo piso, y los coches, tantos automóviles de todas clases, y más allá de las casas las torres de madera que bombeaban el petróleo que impulsaba a los coches. Era crudo, nuevo, diferente, y le intrigaba, sobre todo, quizá, porque era el lugar donde vivían May Ling y su hijo.

Luego, se sintió lleno de aprensión y empezó a ensayar mentalmente conversaciones. Estaba casi temblando cuando el taxi le dejó junto al campus.

No formuló ningún juicio sobre los horribles edificios color crema, sobre el pequeño campus rodeado por los *bungalows* de madera y estuco que llegaban hasta su mismo borde; todo ello se hallaba ennoblecido porque May Ling era, en cierto

modo, parte suya. Caminó lentamente a lo largo del edificio más grande, preguntando a varios de los chicos y chicas que se encontraban allí dónde estaba la biblioteca. Le orientaron, y caminó como en una especie de sueño, transportado a través de los años hasta su primera visita a la biblioteca de San Francisco, donde May Ling gobernaba el pequeño cubículo de lenguas orientales. Luego, entró en el edificio, y allí estaba, idéntica, la misma de siempre, sentada ante el mostrador y estampillando varios libros para un estudiante. Dan permaneció allí en silencio, hasta que ella levantó la vista, se le quedó mirando; luego, sonrió.

—Danny —dijo. Ningún reproche. Se volvió hacia la bibliotecaria que estaba a su lado y dijo, con cierto temblor en la voz—: Un viejo amigo. Vuelvo en seguida.

Salió de detrás del mostrador y le condujo afuera.

—¿Puedo besarte aquí? —preguntó él.

—Danny, Danny, cógeme entre tus brazos y bésame. Sí. Sí.

La estrechó entre sus brazos, el olor, el tacto, la caricia de sus labios... todo idéntico, como si no hubiera pasado el tiempo para ellos.

—¿Podemos ir a algún sitio para hablar?

—Sí, desde luego. Son casi las diez. Tomaré algo a las once y media, y luego dispondremos de toda una hora. ¿Puedes esperar, Danny?

—Estoy aquí. ¿Adónde iba a ir?

—Estupendo.

—Estaré en aquel banco de allí —dijo él, señalando—. Me verás al salir.

—De acuerdo.

—Una cosa... ¿qué tal está Joey?

—Grande, fuerte, precioso.

—¿Y tus padres?

—Muy bien. Bueno, espérame, Danny.

Se sentó en el banco, estirando sus largas piernas, viendo pasar a los estudiantes, embriagándose en su propia euforia, complaciéndose en la sensación de un hombre de cuarenta años enamorado con todo el fervor y la excitación de un adolescente. ¿Le esperaba? El solo hecho de estar allí sentado ante un edificio que contenía su presencia daba a su vida más plenitud de la que había tenido en muchos meses. Se sentía completamente satisfecho. Si le hubiera dicho que le esperase cinco horas, seis horas, se habría sentido igualmente satisfecho.

May Ling apareció a las once y media, y Dan la abrazó y la besó de nuevo. Ella dijo:

—¿Sabes? Estamos haciendo esto en público, y si alguien me ve o me hace alguna pregunta, diré, simplemente, que eres mi marido. Ya es hora de que alguien de aquí vea al padre de mi hijo.

—Quiero oír eso.

—¿El qué?

—Éste es míster Lavette, mi marido.

—Pareces un niño, Danny. Te comportas como un chiquillo.

—¿Estás enfadada?

—No, no, no. Me siento muy feliz. Ahora, escucha, había traído un bocadillo, pero lo he dejado dentro, porque estoy segura de que tú querrás una comida en regla, porque me acuerdo de lo que comes.

—¡Lo que como!

—Y podemos ir al comedor de la Facultad. Es sólo una especie de cafetería, pero está bastante bien. Encontraremos un rincón tranquilo.

Sentados uno frente al otro, ignorando sus bandejas de comida, no hacían más que mirarse.

—Tú no cambias —dijo Dan—. No envejeces, sólo te vuelves más bella.

—Tengo treinta y cuatro años. En China, eso es ser muy vieja.

—No lo dudo.

—Y tú, Danny..., estás empezando a encanecer, y eso es distinguido. Pero creo que estás engordando también.

—Cuatro o cinco kilos. Eso no es nada. Puedo soportarlo. Lo malo es que nada cuesta ya dinero. Tenemos cuentas de gastos en todos los buenos restaurantes de San Francisco y Nueva York. Así que come uno lo que le apetece y firma el cheque, y eso es a lo que no puedo acostumbrarme. Es curioso, tenemos este maldito imperio, y todo me parece como un juego.

—¿Tratando de saltar a la cumbre de Nob Hill?

—Pero es el pie, no la cumbre, y hay que volver a empezar el juego.

—Y la compañía de aviación forma parte del juego. Leí lo que decía el periódico. Venía tu foto. Joe la vio.

—¿Qué dijo?

—Nada. Nunca me preocupa lo que dice, sólo lo que no dice.

—¡Dios santo, cuánto le echo de menos! ¿Puedo verle, nena...? ¡Por favor!

—¿Qué le dirás si le ves, Dan? Llegarás con las manos llenas de regalos, pero ¿qué le dirás?

—Podría decirle que le quiero.

—Me parece que no te creería, Dan.

—¿Me crees tú cuando te digo que te quiero... más que a nada en la Tierra?

—Creo que me quieres. No más que a nada en la Tierra. Creo que prefieres el juego que estás jugando. Y eso es lo extraño. No eres como los otros, los Seldon, los Mellon, los Crocker, los Hearst... todos esos reyes sin corona de este país.

—¿Cómo sabes que no? No los conoces. Sólo me conoces a mí.

—Hay formas de saber las cosas. Y, a veces, creo que te conozco mejor de lo que

te conoces tú mismo.

—Te he mandado dinero cuatro veces. ¿Por qué me has devuelto siempre los cheques?

—¿Cómo te hiciste la cicatriz de la mejilla?

—Me emborraché y me pegaron en una taberna.

—¡Oh, no...!

—¿Por qué devolvías el dinero?

—Porque no necesito dinero, Danny. Es la verdad. Me dieron nueve mil dólares por la casa de Willow Street... que fue un regalo tuyo. Y durante los años que hemos estado juntos he ahorrado casi cuatro mil dólares. Siempre me dabas demasiado dinero. Y mi padre tiene sus ahorros. No necesito dinero, Danny, te necesito a ti. Te necesito, porque sólo estoy medio viva sin ti. Nunca he estado con otro hombre, y no quiero estar con otro hombre. Solamente existes tú, y así ha sido desde la primera vez que nos vimos. Y si esto te duele, yo soy lo bastante egoísta como para querer que te duela, y no voy a aliviar tu sentimiento de culpabilidad aceptando más dinero de ti. De todos modos, el dinero carece de importancia para ti. Siempre ha sido así. No das nada de ti mismo cuando me das dinero.

—¡No seas tan condenadamente lógica! —estalló él.

—¿Qué debo hacer entonces, querido? No puedo enfadarme contigo. Te adoro.

—Mira —empezó él—, mi línea aérea está funcionando ya...

—¡Basta, Danny! ¿No crees que sé lo que vas a decir? ¿No crees que sé en qué pensabas con esa línea aérea tuya? Vas a decirme que ahora sólo tardarás cuatro horas en venir a Los Angeles y que podemos vernos...

—Sí, sí. Dos veces a la semana, tres veces a la semana. Y, dentro de uno o dos años más, estarán listos los nuevos aviones, y sólo se tardará dos horas y media...

—¡Danny!

Él se detuvo y la miró.

—¿Qué he dicho?

—¡Oh, Danny, Danny, ésta es una tierra en la que los hombres no llegan nunca a la madurez! ¿No me comprendes? No eres un niño preparando una forma de hacer novillos sin que te descubran. Te quiero. Digo en todas partes que soy mistress Lavette. Mi hijo está inscrito en la escuela como Joseph Lavette. Y yo no estoy practicando ningún juego. Tú vives con una mujer a la que odias y que te odia. Si queda una brizna de cordura en esta tierra, tú eres mi marido. Eres el padre de mi hijo. Eso es todo. Ven a mí cuando quieras, pero ven para quedarte. No me importa si te divorcias de Jean, o no, y tampoco me importa si puedes casarte o no conmigo, ni si eres el hombre más rico del mundo o no tienes un centavo. Pero, cuando vengas, tienes que decirme: May Ling, no volveré a abandonarte. Porque yo soy lo bastante fuerte para todo lo demás, pero no para que me abandones, Danny, no para que me

abandones.

Quinta parte

El viento

Sam Goldberg era un sentimental. Después de todos aquellos años, aún conservaba una fotografía del *Oregon Queen* colgada de la pared de su despacho. Su padre había llegado a California en 1852, a los quince años, en busca de oro. Nunca encontró oro y puso una frutería en Sacramento, y de alguna manera ahorró dinero suficiente para mandar a su hijo a la Facultad de Derecho. Goldberg tenía lealtades profundas. Era ferozmente leal a San Francisco, de la que se sentía orgulloso y a la que nunca se cansaba de definir como la única gran ciudad de los Estados Unidos en que judíos, italianos e irlandeses desempeñaron funciones directivas desde el mismo principio. La defendía también con ardor como la única ciudad verdaderamente civilizada sobre la faz de la Tierra, y especificaba a California como el único lugar del mundo adecuado para la vida de seres humanos.

La misma lealtad y amor profesaba a Dan Lavette y Mark Levy, sus clientes más antiguos y constantes, y ahora sus clientes más importantes. Su socio, Adam Benchly, era cuatro años mayor que Sam, que tenía ahora sesenta y dos. Benchly, cuyo padre había llegado a San Francisco en 1850, se había presentado para alcalde una vez, pero fue derrotado y había ejercido como fiscal de distrito unos veinte años antes. A diferencia de Goldberg, era fríamente cínico y desabridamente suspicaz. Hacían una combinación excelente. Habían ultimado el lanzamiento de acciones de «Levy & Lavette», y ahora, una agradable tarde de abril de 1928, se encontraban los dos, Goldberg y Benchly, sentados en el despacho del primero con Dan y Mark.

—La cuestión es —empezó Benchly— que los dos habéis estado dirigiendo todo como si se tratara de una tienda de comestibles. Ni consejo de administración, ni vicepresidentes, sólo Dan llevándolo todo como un buey desbocado, con Mark tratando de sujetarle. Bueno, maldita sea, esto no es ninguna tienda de comestibles. Estáis metidos los dos en una operación grande y dilatada.

—Tenemos gerentes —replicó Dan, a la defensiva—. Tenemos a Anderson en Nueva York, y Burroughs en los almacenes, y tenemos a Sidney Cohen en Hawai.

—No sabéis lo que tenéis —resopló Benchly—. Cuando teníais a aquel chino al frente de las cosas, podías sacar algo en limpio. Ahora... santo Dios, Sam y yo llevamos ya dos meses intentando sacar algo en limpio de vuestros libros. Bueno, los hemos puesto un poco en orden. ¿Os dais cuenta de que tenéis en marcha negocios con un capital de quizá veinte millones de dólares y que no ganáis ni un centavo?

—¿Y qué hay de nuestras hojas de balance? ¿Qué hay de nuestros estados de cuenta? —preguntó Mark—. El año pasado tuvimos unos beneficios netos de medio

millón de dólares.

—¿Dónde están?

—Invertidos. ¿Sabes lo que nos está costando esta línea aérea? Y hemos comprado ese edificio de la Undécima Avenida, en Nueva York. Teníamos un piso de oficinas que nos costaba más que los impuestos, y tenemos alquilados siete pisos.

—Lo que está diciendo Adam —intervino Goldberg— es que tenéis mucha suerte. Cuando decidisteis comprar el *Oregon Queen*, Adam y yo fundamos una sociedad y emitimos cien acciones, cincuenta a tu nombre y cincuenta al de Dan. Esas acciones están todavía en la caja fuerte de nuestro despacho. Desde entonces, habéis estado volando, y la suerte os ha acompañado. Pero la amarga verdad es que no sois dueños del negocio. El «Banco Seldon» participa con dieciséis millones.

—Los tenemos nosotros —sonrió Dan.

—No, señor —replicó Benchly—. La propiedad la tienen ellos. Es algo que debéis comprender.

—Bueno, espera un momento —dijo Mark—. Estamos emitiendo un millón de acciones, lo cual representa veinte millones de dólares. Eso nos libra de apuros, ¿no?

—Sí y no. Como he dicho, no estáis dirigiendo una tienda de comestibles. Sam y yo hemos redactado unos nuevos estatutos para la sociedad. Estáis en el gran momento y debéis actuar a lo grande. Tenéis que crear un consejo de administración. Os incumbe una responsabilidad hacia vuestros accionistas y debéis ejercitarla como hombres adultos, no como un par de chiquillos.

—Eso no es justo, Adam —protestó Mark.

—Es bastante justo.

—No es que no os respetemos —dijo Sam Goldberg—. Nuestro trabajo consiste en protegeros. En estos momentos, si Seldon reclama sus préstamos, probablemente podríais hacerle frente. Tony Cassala os protegería, y entre él y Gianini, y quizá también con Crocker y Wells Fargo, saldríais del paso. Eso es porque estamos navegando sobre leche y miel en estos tiempos. Pero ¿y si cambia la situación? Sí, tenemos a Cohen, Brady y Wilkinson para cubrir la suscripción, y tienen mucha confianza. La semana que viene, tendréis diez millones de dólares, menos la comisión del suscriptor, y seréis una sociedad abierta al público. Pero, si insistís en conservar el cincuenta por ciento de las acciones, seguiréis empeñados con el Banco.

—Podemos hacer frente fácilmente a seis millones —dijo Mark.

—Seis millones, no. Mark, tu idea de pagar diez millones del préstamo es imposible. Nos hallamos en una situación inflacionaria, con unos precios que se disparan de forma incontenible. Es seguro que se va a producir una huelga en los muelles. Vosotros vais a tener problemas con vuestras tripulaciones. No podéis seguir operando sin dinero, y no podéis seguir acudiendo a Seldon. Y ahora resulta que Dan le ha encargado seis nuevos aviones a la casa «Douglas». ¿De dónde sale el dinero?

—Cuando llegue el momento...

—No, señor —le atajó Benchly—. O nos escucháis a Sam y a mí, o abandonamos el asunto.

—Vamos, vamos —intervino Goldberg—. Nada de ultimátum. Muchachos, por favor, tenemos que actuar de otra manera. Le estáis pagando a «Seldon» un millón y cuarto al año. Queremos que suscribáis tres millones en papel del Estado para cubrir eso, y la deuda se mantiene. No entraréis en más contactos con «Seldon» ni con ningún otro Banco hasta que podáis mostrar un beneficio real. En otro caso, estáis jugando a la ruleta.

—Por mí, perfecto —aceptó Dan—. Dios Todopoderoso, podemos usar ese dinero.

Mark empezó a protestar, y Dan dijo:

—Mark, no podemos quedarnos quietos. El país entero está embalado. Es una nueva era, una nueva época, toda una nueva condenada civilización.

—Entonces, ¿no retiramos nada del préstamo? —preguntó Mark.

—Sam y yo pensamos que tres millones bastarían. Dejad igual el resto.

—Me he comprado un teletipo para las cotizaciones de Bolsa —manifestó Dan—. ¿Os imagináis? Jamás he comprado una sola acción en toda mi vida, y ahora tengo un flamante teletipo completamente mío.

Jean había salido de nuevo para Inglaterra, esta vez para asistir a una subasta en «Sotheby's». Había concebido una súbita pasión por las acuarelas, y «Sotheby's» ponía a la venta una amplia selección, desde David Cox hasta John Marin. Thomas estaba estudiando en el Este, y Barbara se hallaba totalmente dedicada a los caballos. El año anterior Dan había regalado a su hija la participación, durante cinco años, como socio del «Menlo Circle Club», un selecto club de equitación situado en Menlo Park, en las afueras de Atherton y a unos cuarenta kilómetros de la península, y ella no había dejado desde entonces de pedirle a Jean que diera su consentimiento a la compra de una casa de campo en Menlo Park. Pero Jean no sólo era reacia a la idea de un segundo hogar, sino que expresaba también la opinión de que Menlo Park se había convertido en un nido de nuevos ricos. Había habido una época en que Jean montaba a caballo, aunque no con mucha frecuencia; últimamente había cobrado aversión a los caballos... y a las gentes que los frecuentaban, como ella decía. Demasiado joven todavía para conducir, Barbara se había integrado en una pandilla de chicos y chicas entre dieciséis y veinte años —ella era la más joven del grupo— que acudían a Menlo Park en todas las oportunidades que se presentaban.

La escuela había quedado reducida a una tarea que la mantenía apartada de las cuadras. Era mala estudiante, no por falta de inteligencia, sino por resentimiento hacia cualquier cosa que le impidiese montar. Era una muchacha alta y esbelta, un

metro setenta ya, muy parecida a su madre y casi una extraña para Dan. Éste no sólo ignoraba la personalidad de la muchacha, sino que, en ausencia de Jean, no tenía ni idea de las reglas a las que debía sujetarse. Ambos compartían la casa con Wendy Jones y los criados. Miss Jones dirigía la casa, ordenaba las comidas y hacía frente a los gastos domésticos con el dinero que Dan le daba. Con la emisión de acciones que convirtió a Levy y Lavette en una sociedad de capital repartido entre los accionistas, los viajes de Dan a Hawai, Nueva York y Detroit se tornaron más frecuentes, y, cuando estaba en San Francisco, comía muchas veces en la ciudad y regresaba luego a sus oficinas. Veía a su hija sólo esporádicamente y tranquilizaba su conciencia con regalos. Se tomó un día libre para asistir a una subasta en Sonoma County, donde adquirió una espléndida yegua zaina que inmediatamente expidió a Menlo Park. Barbara la encontró al día siguiente en las cuadras del club, pero, curiosamente, no se lo mencionó a Dan, ni le dio las gracias, hasta que, una semana después, se encontraron los dos en casa.

Por fin, fue él quien tuvo que preguntarle si le gustaba el caballo.

—¡Oh, sí! Es una preciosidad.

—¿Le has puesto nombre?

—Se llama *Sandy* —dijo Barbara—. ¿No lo sabías? Tú la compraste.

—Es curioso, no pregunté ningún nombre. Si lo hice, lo olvidé. Lo siento.

—No tiene importancia.

La imaginaba mentalmente echándole los brazos al cuello, besándole y dándole las gracias con efusión; pero la realidad era una persona alta, esbelta, adecuadamente cortés. ¿Cuándo se habían besado o abrazado por última vez? No podía recordarlo.

—¿Qué tal si nos vamos a cenar los dos por ahí? —propuso de pronto a su hija.

—Wendy tiene preparada cena aquí.

—Al diablo con Wendy. Puede cenar sola.

—Tengo una fiesta después.

—Está bien, te llevaré luego a tu fiesta.

Ella accedió sin entusiasmo; cuando estuvieron en el coche, Dan le preguntó si le gustaba la cocina italiana... consciente de lo extraña que resultaba la pregunta, pero no más extraña que el hecho de que ella no hablara una sola palabra de italiano y, probablemente, nunca se había considerado italiana.

—Como quieras.

—Hay un sitio en Jones Street donde yo suelo comer. No es muy elegante, pero la pasta es tan buena como cualquier otra que puedas encontrar en la ciudad, y mejor que la mayoría...

—¿Pasta?

—*Spaghetti, linguini, tortellini.* —Pensó si habría hecho la pregunta deliberadamente.

¿Era posible que ignorase lo que significaba la palabra?

Gino le dio una calurosa bienvenida, estrechándole con fuerza la mano.

—Danny, dos meses sin verte. Demasiado tiempo.

—He estado fuera, acá y allá. Ésta es mi hija, Barbara.

—¡Muy bella! —exclamó Gino—. Muy alta y muy bella. Sea bienvenida. Venga, ésta es la mesa favorita de su padre.

Ella mostraba un aire engréido y frío, mirando con desagrado a su alrededor, al pequeño restaurante con sus escaqueados manteles de algodón. Dan se había dado cuenta ya de que había sido un error llevarla allí. ¿Por qué había imaginado jamás que a ella le gustaría?

Gino les condujo hasta la mesa y, con ademán tan ceremonioso como le fue posible, retiró la silla para que se sentara Barbara. Sin advertir la reacción de ella, estaba resplandeciente de satisfacción.

—¿Qué te parece, Danny? —dijo—. ¿Ganará Al Smith?

—He recaudado ciento sesenta mil dólares en San Francisco que aseguran que sí.

—¿Qué tal es?

—Un chico de la calle. A mí me cae bien. Voy a decirte una cosa, Gino, cuando venga a San Francisco, lo traeré aquí. Te lo prometo.

Cuando Gino se alejó, Barbara dijo:

—¿Por qué dejas que te tutee y te llame Danny?

—Porque es un viejo amigo.

—¿Sabe mamá que apoyas a Al Smith?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque ella le desprecia. Y también el abuelo.

—Bueno, están en su derecho, ¿no? No creo que debamos hablar de política. Hay muchas otras cosas de que hablar, y no creo que sepas mucho acerca de estas elecciones.

—No sé mucho acerca de nada, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Bien, ¿por qué me has traído aquí? ¿Crees que no sé nada acerca de este sitio? Pues sí. Aquí es donde vienes con tu amante china.

—¡Qué! ¿Qué diablos estás diciendo?

—Exactamente lo que he dicho.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró.

—Mamá me lo dijo.

Dan cerró los ojos y pugnó por dominarse. Luego, silabeó muy lentamente:

—No tengo intención de discutir eso contigo. Cenaremos aquí, porque Gino es un viejo amigo y se sentiría profundamente dolido si nos fuésemos. Hay ciertas cosas que no comprendes.

—Estoy segura de que las hay —replicó ella, con voz tensa.

—No hay vírgenes —dijo Timothy Kelly a Spizer—. Lo sé. He estado allí. Todo eso es un cuento tártaro inventado por algún maldito clérigo protestante. Te lo digo yo, Marty. Me habré tirado a unas trescientas en mis buenos tiempos, y te aseguro que no existe tal cosa.

—¿Has estado allí? Yo sí, muchacho. Fue tan sangriento como la batalla de Verdún. Esta chavala tiene veintitrés años y es virgen. ¡Cristo, no quiero volver a pasar por eso otra vez! Tuve que hacerle beber toda una pinta de cerveza... Tú y tus brillantes ideas. Luego, cuando todo terminó, va y me tira todo encima, sangre y vómito y lágrimas, todo mezclado. Eso es más de lo que exige la llamada del deber. Hubiera debido pegarle un tiro en la cabeza. No, señor. Marty, no...

—Eres todo corazón —dijo Kelly.

—Tienes toda la razón del mundo. Y luego va y me dice, toda llorosa: «No sé si puedo casarme contigo, Marty, no sé si estoy enamorada de ti».

—No es mala idea, Marty.

—¡Trágate la lengua, maldito hijo de puta! Da la casualidad de que estoy casado, que es la única protección que un tipo tiene en este mundo. Y, si no fueras un cerdo tan miserable, estarías tú en primera línea, en lugar de yo. No me gusta esa tía.

—No echés a perder esto, Marty. Es la única posibilidad que tenemos de librarnos de esa piojosa escuela de actores.

—Hay formas más fáciles de ganarse un pavo.

—¿La abandonaste?

—Estás hablando con un caballero. La lavé. Nos duchamos. Tiene un apartamento soberbio, que le paga su «viejo». Apelé a todo el encanto y la fascinación marca Spizer. La convencí de que será una estrella. Mira, déjame hacerlo a mi manera... dame unos cuantos días más.

Al día siguiente a esta conversación, a las seis de la tarde, Martha abrió la puerta de su apartamento y vio a Stephan Cassala, de pie ante el umbral. Era la última persona que hubiera esperado ver, y, como Marty Spizer le había dicho que no sabía con seguridad si pararía por allí, había pensado que era él quien tocaba el timbre. En su lugar, era Stephan, diciendo:

—¿Puedo pasar, Martha?

—¡Steve! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces en Los Angeles?

—Negocios.

—No te creo. Pasa.

—Es una mentira. Quería verte.

—¡Qué loco! —dijo Martha, cerrando la puerta tras él. Stephan estaba mirando a su alrededor—. ¿Te gusta? Lo alquilé amueblado, pero a mí me parece bonito. ¿Y a

ti?

—Sí, está bien..., si te gusta Hollywood.

—Bueno, ¿a quién le gusta? Pero aquí es donde está el cine. Me sentía muy sola y me alegro de que hayas venido. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—¿Cuándo has estado en casa por última vez?

—Siéntate. Hace tres semanas. ¿Quieres tomar un trago? Whisky auténtico, importado de Escocia. Marty lo consigue del mejor contrabandista de la ciudad.

—¿Quién es Marty? —preguntó ásperamente.

—¡Steve! No soy una monja, Steve. Tengo amigos. Marty es nuestro profesor. Es director... y muy bueno. He aprendido mucho de él. Está al frente de la escuela, juntamente con otro director, Timothy Kelly. Y está haciendo una película para la «Great Western». Es un pequeño estudio en el valle. El valle de San Fernando, quiero decir. No está lejos de aquí. Te voy a preparar una copa.

Se dirigió a un pequeño mueble bar y empezó a mezclar las bebidas.

Stephan miró a su alrededor. El vistoso papel de las paredes, los recargados y baratos muebles, el montón de revistas de cine en un rincón... no sabía qué había esperado ni comprendía por qué todo aquello le deprimía tanto. Martha estaba distinta. Bueno, hacía meses que no la veía, y era lógico que cambiase. Le resultaba evidente que ella se alegraba de verle, pero no demasiado, ¿y para qué iba a decirle lo mucho que había suspirado por ella? ¿No era de esperar que estuviera totalmente inmersa en su nueva carrera?

—No estés tan huraño, Steve —dijo ella, entregándole su vaso—. Creo realmente que voy a conseguirlo. La semana pasada Marty me presentó a Jack Donaldson. Es el jefe de los estudios de «Great Western». Va a hacerme una prueba.

—¡Estupendo! —convino Stephan.

—¡Oh, Steve, no sabes lo estupendo que es! Esta ciudad es el lugar más despiadado del mundo. ¿Cómo suelen decir...? ¿Muchos son los llamados y pocos los escogidos? Pues así es aquí, y muy pocos.

—Me alegro por ti. Me alegro de veras, Martha.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí, Steve?

—Sólo esta tarde. Volveré en coche-cama.

—¿No tomas uno de los aviones de Dan?

—Él último sale a las cuatro, y no puedo quedarme a pasar la noche. Tengo una cita a las diez en la ciudad. Pensaba que podríamos cenar juntos.

Sonó el timbre. Martha abrió la puerta, y entró Marty Spizer. Ella rechazó su beso y su abrazo, y entonces Spizer vio a Stephan.

—Ya te he hablado de Steve Cassala —habló rápidamente Martha—. Steve, éste es Marty Spizer.

Stephan vio un hombre moreno, de aspecto atractivo y gesto hosco, de unos

treinta y tantos años, que le miraba fríamente. Luego, el rostro de Spizer cambió, y sonrió.

—Claro. El «Banco de Sonoma». Bueno, la verdad es que siempre me estimula conocer a un banquero. Es lo propio de este negocio. Si no hay financiación, no hay película.

—Marty es el director de quien te estaba hablando —explicó Martha a Stephan—. Él es un viejo amigo —añadió volviéndose hacia Spizer—. Nos conocemos desde niños.

—¿Novios de la infancia? —dijo generosamente Spizer.

—No, sólo buenos amigos.

—Estaba comprometida con Marty para cenar —dijo Martha—. Si hubieras llamado...

—Ni una palabra más —dijo Spizer—. Os invito a los dos a cenar. ¿Cuántos amigos verdaderos tenemos en este mundo? Y no sabes —continuó, dirigiéndose a Stephan— la suerte que tienes. Me refiero a tener alguna clase de relación con esta chica. Va a ser otra Joan Crawford, puedes estar seguro. Tiene talento y tiene voz. Se acabaron las películas mudas, Steve. Eso pasó. Ha llegado el momento del actor, y esta chica sabe actuar.

Comieron en «Lucy's», con una gran masa de gente de la «Paramount» como telón de fondo.

—Buena comida y buenos amigos, ¿verdad, Steve? —dijo Spizer—. Te voy a explicar la situación. Verás. «Great Western» no es la «Metro», ni tampoco la «Paramount». Es un pequeño estudio, y su especialidad hasta ahora han sido las películas del Oeste. Pero el sonido lo cambia todo. No se pueden hacer películas del Oeste en un escenario con sonido. Así que tienen que romper con el pasado y pasar a algo distinto, y ahí es donde entramos Martha y yo. No sé lo que hay entre tú y esta extraordinaria chica, y no es cosa mía tampoco. Quizá tengas una antorcha para ella, quizá no. Pero los dos queremos que triunfe. Los dos estamos apostando por ella, y ella se encuentra camino de la cumbre. Así que se la presenté a Jack Donaldson, que dirige la «Great Western», y el hombre quedó impresionado, créeme. Hemos concertado una prueba.

—Que podría resultar un fracaso —intervino Martha, adivinando las intenciones de Spizer—. Quizá decidan que soy una pavisosa.

—¡Jamás! Ojalá tuviera un millón de pavos para apostarlos a esa prueba. Sería el dinero ganado con más facilidad en toda mi vida. No, señor —dijo, volviéndose hacia Steve—, no tengo la más mínima duda sobre el resultado de esa prueba. Tenemos la estrella y tenemos el argumento. Permíteme contarte un poco de este argumento.

—No creo que a Steve le interese —se apresuró a decir Martha—. Él no está metido en el cine, Marty.

Marty Spizer le dirigió una fría mirada y Stephan dijo:

—Claro que sí. Me interesa todo lo que se refiera a Martha.

—Muy bien. Es un argumento sencillo, pero eficaz. Se trata de una chica, una bailarina que también canta. Llega a Nueva York desde una pequeña ciudad para hacer carrera. Como tantas y tantas chicas. Tiene talento, pero Nueva York es una ciudad dura. Se gasta las suelas de los zapatos sin conseguir nada. Luego conoce a un tipo. Un tipo listo que sabe por dónde se anda. Está relacionado con contrabandistas, traficantes de licores, ya sabéis, el hampa. Bueno, pues ella logra un empleo para cantar y bailar en su club, un tugurio donde despachan bebidas, pero instalado en plan elegante. Él está todo lo loco que se puede estar por una gachí. Ella sabe lo que es. Naturalmente, quiere que abandone los negocios sucios, pero el hombre no tiene salida. Entonces, la banda rival le echa el guante a la chica, la rapta. Nuestro héroe la sigue y se lanza sobre ellos, y se arma una ensalada de tiros. Resulta herido, pero la rescata y manda al otro barrio a media docena de tipos de la banda rival. Ella le cuida hasta que se cura, y él abandona el hampa. Tiene todo, amor, emoción, tiroteos, acción. Todo, y es sonora. Cuando se la presenté a Donaldson, saltó hasta el techo de alegría..., y cuando le dije que Martha hará el papel de la chica aceptó. Aceptó. Claro que quiere hacerle primero una prueba, pero eso es parte de la industria.

—Suenan muy excitante —admitió Steve.

—Lo es, lo es, créeme. Y tengo interesado también a Chester Morris, lo que supone mucho.

—No me habías dicho nada de Chester Morris —dijo Martha.

—Ha sido hoy mismo. Así que ves lo que tenemos entre manos, Steve. Tenemos la estrella y tenemos un estudio, y tenemos el argumento y tenemos el director. Una cosilla más, y ya estamos lanzados.

—¡Marty! —exclamó Martha, con un cierto tono de súplica en su voz.

—Escucha, muchacha. Steve es un hombre de negocios, un banquero. No le estoy engañando. Le expongo cuál es la situación, y, si le interesa, le interesa. Si no... no. Mira, Steve, cuando hacían una película muda, les bastaba con un guión de cuatro perras y se ponían delante de las cámaras y filmaban. No importaba mucho cuáles fueran los subtítulos, porque siempre podían cambiarlos. Hoy día es diferente. Hacer una película es como producir una obra de teatro, sólo que más difícil, pero tiene que haber un guión y tiene que ser bueno. Para eso se necesita un escritor. Eso es lo único que no tenemos, un escritor que pueda coger mi argumento y convertirlo en un guión. Pero, en cuanto tengamos un escritor, lo tenemos todo ya, guión, director, estrella. La verdad es que podemos decirle a «Great Western» que se quede donde está y llevar nuestra propuesta a la «Metro» o la «Paramount».

—Steve —dijo Martha, haciendo caso omiso de la mirada de Spizer—, necesitamos mucho dinero para conseguir un buen guión..., y eso no es lo tuyo.

Estoy tratando de hacer acopio de valor para recurrir a mi padre, y lo haré.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Stephan—. No hay nada malo en hablar de ello.

—Veinte mil —repuso Spizer rápidamente—. Es una inversión. Nosotros lo llamamos dinero de choque, dinero de siembra. Cuando el estudio se hace cargo, el dinero es rembolsado, y si firmamos contrato con «Great Western», Tim y yo podemos percibir el cincuenta por ciento de los beneficios. Una tercera parte sería para ti. Y la película podría dar un millón de dólares... que no está nada mal para una inversión de veinte mil.

—Parece interesante —admitió Stephan—. ¿Bastaría una película para hacer de Martha una estrella? ¿Para consolidar su carrera, quiero decir?

—Puedes apostar lo que quieras a que sí.

—Steve —dijo Martha—, no tenía ni idea de que íbamos a hablar de esto. No es justo imponerte esta carga.

—Quizá no lo sea tanto —declaró Spizer.

—Bueno, hay muchas preguntas que hacer —manifestó Stephan—. Quiero pensar en ello.

—Tú tienes preguntas. Yo tengo respuestas —replicó Spizer.

En junio de 1928, Dan fue a Houston, invitado personalmente por Al Smith. Por propia voluntad, no intervenía como delegado en la convención, que debía comenzar el 26 de junio, y pasó menos de un día en la ciudad; pero durante ese tiempo sostuvo una entrevista de una hora a solas con Smith, en el curso de la cual el gobernador le dijo:

—Danny, muchacho, nos estamos metiendo en una gran jugada, y quizá no haya llegado aún el momento para un presidente católico. Yo creo que sí, y creo que tú y yo tenemos algo que este país necesita. Somos de una casta distinta que esos fríos bastardos protestantes que dominan este país... no todos, hay muchos, como el joven Roosevelt, capaces de ventear los aires de cambio, y no podemos quedarnos sentados y dejar que las cosas sucedan. No, señor. Así que, ¿por qué diablos no te metes en política?

—Porque todo lo que tengo son conocimientos callejeros —respondió Dan—. Ni siquiera llegué a terminar la escuela superior.

Smith asintió con la cabeza y sonrió.

—Eso es todo lo que tienes, muchacho. Pero, si gano, te quiero en Washington. ¿Qué me dices?

—¿Para hacer qué?

—Ya lo concretaremos más adelante. ¿Sí o no?

—Lo pensaré.

—Bien. No te estoy haciendo la pelota, Danny, ni tampoco estoy intentando

sacarte los cuartos, pero ¿adónde vamos? Los Mellon y los Rockefeller no pueden ni verme. Tengo que recurrir a hombres como tú.

—Entiendo.

—Me mantendré en contacto contigo.

En el viaje de regreso a San Francisco, Dan pensó mucho en el asunto. Se sentía halagado y excitado. Había una gran distancia desde el muelle de pescadores hasta la Casa Blanca. «Desde luego, me está utilizando —se dijo—, pero ¡qué diablos!, todo el mundo utiliza a alguien». Extrañamente, la política le dejaba frío. Estaba obsesionado, como lo había estado durante meses, con la idea de las líneas aéreas... líneas aéreas que cruzasen el país de costa a costa. Sería dentro de cinco años, de seis, de diez; no importaba. Era el medio de transporte del futuro y nada lo detendría; y él tenía ya la ventaja de su línea costera. Pero las líneas aéreas significaban concesiones, y no era él el único que lo veía venir. La lucha por las concesiones sería muy dura, y no venía nada mal tener abierta aquella puerta a la Casa Blanca. Todo lo que pagase ahora sería dinero bien gastado, y él tenía el dinero. Por primera vez, tenían todo el dinero que necesitaban, y se confesó a sí mismo que Mark había tenido razón al insistir en la emisión de acciones. Le había dado a Al Smith un cheque por valor de 25 000 dólares y se disponía ahora a enfrentarse a la ira de Mark.

Extrañamente, Mark se mostró de acuerdo con él. El teletipo instalado en el despacho de Dan había obrado su magia. Al entrar en su despacho, a su regreso de Houston, Dan encontró a Mark acariciando la cinta mientras salía de la máquina.

—Bien, Danny, ¿dónde crees que estamos hoy?

—Arriba. Lo sé.

—En efecto. Las acciones de «Levy y Lavette» cerraron ayer a treinta y nueve y medio. Acaban de pasar los cuarenta.

—Seguro que estamos haciendo ricos a un montón de accionistas.

—Nosotros somos ricos. ¿Te das cuenta de que el paquete de acciones que conservamos vale veinte millones de dólares? Nuestra mitad. Es una locura, pero es la realidad.

—Le he dado a Al Smith veinticinco de los grandes. ¿Te vas a enfadar?

—Te juro, Danny, que si hay algo que nunca has comprendido es el dinero. Está bien: dime por qué.

—Porque, si gana, no tendremos ninguna dificultad en obtener concesiones para la explotación de líneas aéreas.

—No ganará.

—Jugamos a que sí. No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—Mientras ese cacharro siga señalando dinero, no. Podemos permitirnoslo.

Miró pensativamente el teletipo.

—¿Sabes una cosa, Danny? —dijo—. Tú has sido siempre el jugador, y yo te

echaba el freno, pero este mercado me fascina. No tiene límites..., y con razón. Éste país está reventando todas las costuras. Herbert Hoover no me parece ningún genio, pero cuando habla de un pollo en cada puchero y dos coches en cada garaje está poniendo un caso práctico. Nosotros no hemos comprado acciones nunca, y creo que deberíamos probar. Podemos entrar en ese mercado con un noventa por ciento de margen, diez dólares sobre ciento. ¿Qué te parece?

—Yo no entiendo mucho de eso. Elige unas cuantas, y jugaré contigo.

Thomas Seldon murió en agosto de aquel año. Tenía setenta y cuatro años, y hacía tres que padecía una afección cardíaca. La mañana en que murió se había quejado de agudos dolores en el pecho. Hemmings, el mayordomo, que tenía casi ochenta años y tampoco se encontraba muy bien, se dirigió a la planta baja para llamar al médico. Cuando volvió al dormitorio, Seldon estaba muerto.

Jean se hallaba en Europa cuando ocurrió esto. Siguiendo sus instrucciones, Wendy Jones había llevado a Barbara, al terminar el curso, a Nueva York, donde se reunió con ellos el joven Thomas; luego, los tres zarparon para Inglaterra a bordo del *President Jackson*, el barco de «L & L» que hacía la travesía del Atlántico. Desde Inglaterra, los cuatro, Jean, los dos chicos y Wendy Jones, atravesaron el canal de la Mancha y se instalaron luego en una villa de Niza para pasar el mes de agosto. Fue allí donde le llegó a Jean la noticia de la muerte de su padre.

Dan se encontraba todavía en la casa de Russian Hill cuando Hemmings le comunicó por teléfono la noticia, y se dirigió en el acto a casa de los Seldon. Se sentía profundamente consternado. Nada parecido le había afectado tanto desde la muerte de sus padres. A lo largo de los años, había ido aumentando su intimidad con Seldon, tras convertirse la primitiva desconfianza en una primero renuente y luego franca admiración por parte del anciano. En cuanto a Dan, había llegado, sin darse cuenta, a contar con Seldon como una especie de figura paterna, sentimiento afianzado por su enorme crédito bancario en la institución Seldon. De hecho, Seldon había constituido una especie de mitología en su vida, y la gran mansión de Nob Hill había sido el primer punto focal de todos sus sueños y aspiraciones. Ahora era de las últimas mansiones grandes y ornamentales que aún permanecían en pie y continuaba ejerciendo sobre él una atracción que no comprendía plenamente.

Eran las nueve y cuarto cuando Dan llegó a casa de Seldon. El doctor Lamont, médico de la familia, se encontraba allí, e informó a Dan que había administrado un sedante a mistress Carter, la hermana de Seldon, que había vivido con él y actuado como ama de casa desde la muerte de su esposa. Había sufrido un ataque de histeria, pero ahora se hallaba descansando. Hemmings dijo a Dan que habría intentado ponerse en contacto con mistress Lavette, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Dan llamó a su secretaria y le dijo que telegraficara inmediatamente a Jean, en el sur de

Francia. Luego, se le ocurrió hacer una llamada telefónica. Pasó media hora antes de que le pusiesen la conferencia, y habló con Wendy Jones, quien le informó, según pudo deducir a través de las pésimas condiciones de audición, que mistress Lavette había salido para pasar tres días en el yate de mister Horn... quienquiera que fuese mister Horn.

—¿No hay forma de comunicar con ella? —preguntó Dan.

—En tres días, no. Entonces volverá.

—Bueno, inténtelo. Dígale que mister Seldon ha muerto plácidamente. Yo me ocuparé de todo. Vea si puede ponerse en contacto con ella por radio. Si hay un puerto ahí, tiene que haber un jefe de puerto. Explíqueme la situación.

Se acordó de preguntar por sus hijos y fue informado de que se encontraban bien. No pidió hablar con ellos.

Para entonces, habían llegado ya periodistas del *Examiner* y el *Chronicle*, y Dan les expuso los hechos que conocía. La noticia se había difundido rápidamente, y ya se había congregado en la calle una pequeña multitud de curiosos. Minutos después, entró en la casa Martin Clancy, vicepresidente del Banco, acompañado de Rustin Jones.

Fueron a presentar sus respetos a mistress Carter, y luego volvieron para preguntar a Dan qué disposiciones iba a tomar.

—Lo malo es que no puedo ponerme en contacto con Jean. Está a bordo de un yate en algún lugar del Mediterráneo y no volverá a Niza hasta dentro de tres días.

—¡Terrible, terrible! —murmuró Clancy—. ¡Pobrecilla! Es una pérdida terrible. Echaremos de menos a Tom.

—Todos los de los viejos tiempos se están yendo —dijo Jones—. Una pérdida terrible... para todos nosotros.

Mientras hablaban, llegó el padre Templeton, viejo amigo de los Seldon y adscrito a la catedral episcopaliana que se hallaba aún en construcción a poca distancia de la mansión. Él también habló con mistress Carter y, acto seguido, preguntó a Dan dónde estaba el cadáver.

—Arriba, en el dormitorio. El doctor Lamont ha estado aquí, pero se ha marchado.

El padre Templeton movió la cabeza.

—Es una lástima que yo no haya podido estar presente, pero Hemmings me dice que no ha habido tiempo. Mandaré rezar unas oraciones en la iglesia. ¿Dónde está Jean?

—En estos momentos, a bordo de un yate por el Mediterráneo. Los niños están en la casa de Niza. Me temo que no podremos comunicar con ella hasta dentro de tres días.

—¡Qué lástima! ¡Pobrecilla! ¿Y cuánto tardaría luego en llegar aquí?

—Si coge un barco el mismo día... Veamos, siete días en el barco y tres y medio en el tren. Un buque rápido tarda un día menos, pero tendrá que empalmar en Cherburgo, o quizás en Southampton. El único barco que tenemos en el Atlántico Norte se dirige a Nueva York en estos momentos. La verdad, padre, es que no sé qué hacer.

—¿Y los otros parientes?

—Pues su hermana, la familia de mistress Seldon..., creo que hay algunos familiares, no muy cercanos, en Boston. Haré que se ocupen de eso en mis oficinas.

—Tom era sólo la segunda generación aquí. No ha tenido mucho tiempo para crear una familia, ¿verdad? Bien, ¿qué cree que debemos hacer, míster Lavette?

—¡Maldito si lo sé! Yo no soy episcopaliano, padre. ¿Qué sugiere usted?

—¿Está seguro de que Jean y los niños no pueden llegar aquí en menos de dos semanas?

—Eso si logran combinar los transbordos. Si no, podrían ser quince o dieciséis días.

—Bueno, no hay nada en el canon que nos prohíba esperar, pero yo desapruébo esas cosas. El cuerpo está muerto. El alma vive, y nosotros no fomentamos ningún culto al cuerpo. En mi opinión, dos semanas es demasiado tiempo. Yo sugeriría que tomase usted las disposiciones necesarias para celebrar el funeral dentro de cuatro días. Eso le permitirá hablar con Jean y explicarle mis sentimientos. Luego, cuando ella y los niños regresen, podemos celebrar un servicio conmemorativo.

Sin embargo, cuando finalmente Jean llamó desde Niza, Dan no estaba en casa ni en el despacho; y, sin esperar, Jean, sus hijos y miss Jones partieron para Cherburgo. Allí debían esperar un día la salida del barco, y, cuando logró comunicar con Hemmings desde Cherburgo, se enteró de que el funeral se estaba ya celebrando. Se puso furiosa e insistió en que su padre no fuese enterrado hasta que ella llegara, pero nada podía hacer Hemmings al respecto. Sin embargo, constituyó una ceremonia impresionante, al acudir cientos de personalidades de San Francisco para presenciar el sepelio de uno de los últimos nababs de la ciudad. Dan se encontraba con Anthony Cassala y Mark Levy, pachás por derecho propio, millonarios entre los millonarios, pensando, como raramente hacía, en el horrible carácter definitivo de la muerte, cuando un hombre se va desnudo y solo, corrompiéndose ya su carne. ¿En qué se diferenciaba Thomas Seldon de los padres de Dan? Su vida era también un fugitivo sueño, remansados fragmentos de recuerdos sedimentados en las mentes de otros; y, pronto, también eso habría desaparecido, y su gran mansión seguiría el camino de las otras grandes mansiones de Nob Hill, sustituida por un hotel o una casa de apartamentos. Y ahora, en el servicio fúnebre que se celebraba en la catedral, su mente divagaba sin oír el panegírico de Templeton, sin sentirse realmente afectado, una vez pasada la primera impresión, buscando su propia salvación en los recuerdos

de May Ling. ¿Hacía tan sólo seis meses que la había visto y tenido entre sus brazos? ¿Por qué no había intentado telefonearle, hablar con ella? ¿Lo había decidido? ¿Podría vivir el resto de su vida sin ella, sin tener noticias de ella, ni verla ni volver a ver más a su hijo? Experimentaba ahora un dolor sordo y terrible, una reducción a cenizas de todo su ser, una tristeza tan profunda que, si hubiera sido capaz, habría roto a llorar; pero la tristeza era sólo para él. Interiormente, lloraba su propia muerte, sin saber que estaba muriendo.

Jean había superado ya su dolor cuando regresó, once días después, y sólo quedaba una fría y triste ira. Había dejado a Thomas en el Este, con unos amigos, y en cuanto estuvo a solas con Dan le dijo:

—¡Bastardo! Has enterrado a mi padre sin mí. ¡Qué venganza tan sucia y mezquina!

—Eso es una estupidez —replicó Dan—. Ni por un momento he pensado en semejante cosa. Celebramos el funeral porque el padre Templeton consideraba que era lo mejor. ¿Por qué no se lo preguntas?

No volvieron a hablar nunca más del funeral. Al día siguiente al regreso de Jean, Dan se marchó a Chicago para entrevistarse con Al Smith. Llevaba consigo más de cien mil dólares para los fondos de la campaña. Había tenido intención de continuar viaje a Detroit, pero una llamada telefónica de Sam Goldberg le hizo volver.

—Me ha llamado Foster Thorndyke —dijo Goldberg—. Iban a leer mañana el testamento, pero le he convencido para que lo aplacen hasta tu regreso. ¿Podrás estar aquí el sábado?

—Estaré ahí —prometió Dan.

Thorndyke, un hombrecillo rechoncho, calvo, de voz seca y quevedos de oro sujetos en su delgada nariz, se hallaba sentado ante Dan, Jean y Virginia Carter en la sombría sala de estar de la casa de los Seldon. Tanto Jean como mistress Carter iban de luto, Jean con un ajustado traje de lana negra, medias negras y mocasines también negros. Rara vez vestía de negro, y, sin embargo, le sentaba bien. Aun ahora, Dan se encontró reaccionando ante su belleza. Había adelgazado y tenía las mejillas ligeramente hundidas, pero la fuerte estructura ósea de su rostro preservaba su buen aspecto. Llevaba el pelo recogido bajo un sombrerito negro, que no se quitó. Desde su regreso de Europa apenas había hablado con Dan, aparte del primer estallido. Mistress Carter se frotaba continuamente los ojos; como tenía poco dinero propio, tenía miedo de lo que pudiera depararle la lectura del testamento.

Aclarándose la garganta, Thorndyke señaló que, como abogado de Seldon y habiendo redactado él mismo el testamento conforme a las instrucciones de Seldon, conocía su contenido.

—Es un testamento sumamente justo y razonable —dijo—. Míster Seldon no

sentía animosidad hacia nadie. Debe comprenderse que amaba sin reservas a su hija Jean, pero debía tener en cuenta que ella era ya una mujer muy rica casada con un hombre rico. Poseía un intenso sentido familiar, y también eso debe ser comprendido. Bien, y ahora romperé los sellos y leeré el testamento.

Abrió el documento y leyó:

—Yo, Thomas Seldon, en pleno uso de mis facultades mentales, por el presente otorgo testamento y declaro mi última voluntad...

Mistress Carter empezó a sollozar.

—A Fannie Jenson, mi cocinera, que tan fielmente y durante tanto tiempo me ha servido, dejo cinco mil dólares. A Sadie Thomson, mi doncella, dos mil dólares. A Albert Hemmings, le dejo diez mil dólares. Esta casa con sus terrenos, en la que he vivido todos estos años, la lego a la catedral de la Gracia, para ayudar a la construcción del nuevo edificio, para conservarla o para enajenarla, según se considere oportuno; a excepción de todos los muebles y cuadros que contiene, que dejo a mi hija, Jean. A mi querida hija Jean dejo también las joyas y posesiones de su difunta madre que permanecen en mi poder. A mi hermana, Virginia Carter, dejo mi limusina «Rolls-Royce» para que disfrute de ella, y también diez mil acciones de la «American Telephone and Telegraph», que serán conservadas en fideicomiso por Foster Thorndyke y cuyos dividendos le serán pagados mensualmente, y un legado de diez mil dólares en metálico. El resto de mis bienes, trescientos ochenta y dos mil acciones del «Banco Seldon», que representa la mayoría del capital social, lo dejo a mis amados nietos, Thomas Lavette y Barbara Lavette, y serán conservadas en fideicomiso por su madre, Jean Lavette, hasta 1940, en que serán repartidas entre ellos a partes iguales. Hasta ese día, mi hija, Jean Seldon Lavette, actuará como administradora de los ingresos procedentes de dichas acciones, con plenos poderes para disponer de tales beneficios como considere oportuno y sin restricción alguna a sus facultades de disposición. Hago esto, no porque profese diferencias entre hija y nieta, sino para preservar la institución que he creado y para proteger a mi familia.

Seguía una pequeña serie de legados para obras de caridad. Mistress Carter sollozaba ahora abiertamente. Jean no miraba a Dan. Tenía la vista fija en Thorndyke, con expresión serena e inescrutable.

El día siguiente, domingo, se celebró en la cripta de la catedral de la Gracia un servicio conmemorativo en recuerdo de Thomas Seldon, durante el cual el padre Templeton anunció su importante y generoso donativo, y al día siguiente se reunió en el «Banco Seldon» el Consejo de Administración. Martin Clancy invitó a Jean a asistir a la reunión. Ella se presentó con un sencillo, pero llamativo vestido de lino negro que había comprado en Nueva York a su regreso de Europa; y los diversos miembros del Consejo, todos los cuales la conocían desde hacía años, se preguntaron por qué no habían advertido antes qué mujer tan notable y dominante era.

Alvin Sommers, el segundo vicepresidente del «Banco Seldon», de sesenta y cinco años, rechoncho y pomposo, hizo presente el sentimiento del Consejo. Puso de relieve las muchas virtudes de Thomas Seldon, la solicitud con que había atendido el desarrollo del Banco, que de una pequeña institución fronteriza había pasado a ser uno de los doce Bancos más importantes de América, su sentido de responsabilidad cívica, su amor a su familia.

—Nadie mejor que usted sabe, querida señora —dijo, dirigiéndose a Jean—, el aprecio y la veneración que sentíamos hacia su padre. Por eso es por lo que le hemos invitado hoy aquí, para que en esta sala del Consejo —muy bien podría haber dicho «templo»— en la que tantas horas pasó su padre, nosotros, sus más íntimos colaboradores, pudiéramos expresar nuestros sentimientos, toda la profundidad de nuestra condolencia.

—Cierto, cierto —corroboró Grant Whittier.

—Es una atención por su parte —repuso Jean—. Soy una tonta. Creía que quizás estuviese relacionado con el testamento de mi padre.

—¿El testamento de su padre? —preguntó Clancy.

—Estoy segura de que habrá hablado usted con míster Thorndyke. El testamento fue leído a la familia el sábado, anteayer, así que quizá no han tenido oportunidad de comentarlo con míster Thorndyke.

—Claro que lo hemos comentado, Jean —dijo Whittier—. Y nos sentimos complacidos, inmensamente complacidos por el hecho de que tu padre, en su sabiduría, dispusiera el mantenimiento del Banco en la familia.

—Entonces, naturalmente, habrán considerado mi relación con este Consejo.

—Por supuesto —declaró Clancy.

—¿Y cuál será esa relación? —preguntó Jean en tono suave.

—Muy íntima, realmente íntima —dijo Clancy.

—Permítame ser más concreto —intervino Sommers—. No sólo recibirá usted informes trimestrales sobre la situación del Banco, sino que nos encargaremos de que le sean remitidas las actas de todas las reuniones del Consejo. Naturalmente, esto no quiere decir que deba usted leerse todos los informes y las memorias. Tenemos un Banco bien administrado, mistress Lavette, y no creo que necesite usted perder ni un minuto de sueño por su situación y su progreso.

—Es decir —intervino Clancy— que conocemos su interés por las artes y los asuntos cívicos. Aplaudimos ese interés, mistress Lavette, y no tenemos intención de agobiarle con las complejidades de esta institución.

—Ninguno de ustedes parece haber comprendido el quid de la cuestión —declaró Jean.

—¿El quid?

—Y el quid es que durante los doce próximos años yo soy la fideicomisaria de la

mayoría de las acciones de este Banco. He tratado muy detenidamente el asunto con míster Thorndyke, caballeros, y no hablo por hablar. Mi voto es el de esas acciones, caballeros. En otras palabras, durante los próximos doce años, el «Banco Seldon» es mío.

—Sí, en cierto modo —admitió Sommers—. Nos damos perfecta cuenta de ello.

—Nada de en cierto modo —replicó Jean, sosegada pero en tono firme—. En sentido legal. Sin atenuaciones. Durante los próximos doce años, yo ostento el control del «Banco Seldon».

—Nadie lo niega —dijo Whittier—. Mi querida Jean, no imaginarás ni por un momento que no respetamos tu posición, ¿verdad?

—Bien, entonces parece haber una contradicción.

—¿Cómo es eso?

—Tal como yo lo entiendo, y les ruego me corrijan si estoy equivocada, el Consejo de Administración constituye la máxima autoridad de este Banco y en él radica la responsabilidad de tomar decisiones.

—Exacto.

—Y los miembros del Consejo son elegidos por los accionistas, lo que en este caso no pasa de ser un eufemismo. Mi padre nombró este Consejo de Administración.

—¿Quiere decir que no está satisfecha con nosotros? —preguntó Clancy, con tono preocupado.

—No, realmente —respondió Jean—. No tengo ninguna razón para no estar satisfecha.

—Yo creo —manifestó Sommers lentamente— que mistress Lavette está planteando una cuestión de principio. Creo que le gustaría aprobar formalmente nuestra posición. No veo ninguna razón que lo impida.

—No —replicó Jean—. No, caballeros. Al venir hoy aquí, esperaba que ustedes dieran por supuesto que ocuparía mi puesto en este Consejo.

Hubo un largo silencio. Luego, Clancy dijo:

—Pero, mistress Lavette, nunca hemos tenido una mujer en nuestro Consejo. De hecho, a menos que esté equivocado, nunca ha habido una mujer en el Consejo de Administración de ningún Banco importante de este país.

—Estoy segura de que no se equivoca.

—Parece —dijo Clancy, con tono titubeante— que no resultaría apropiado.

—¡Oh, no sea estúpido, míster Clancy! —exclamó Jean, perdiendo la paciencia—. Me importa un bledo lo que haya sido o sea apropiado o inapropiado. Estamos en 1928. Las mujeres existen. Votan. Son, en muchos aspectos, miembros aceptados de la especie humana. Y ahora no sólo me propongo formar parte del Consejo de Administración, me propongo presidirlo. No estoy denigrando su sabiduría ni su gestión, caballeros. Siento un gran respeto por la forma en que han sido conducidos

los asuntos de este Banco. Pero el hecho incontestable es que durante los próximos doce años yo represento la mayoría de las acciones de este Banco y me propongo manejar mis asuntos con conocimiento y dedicación. Y no necesitan preocuparse por el tiempo o la energía que serán necesarios. Poseo ambas cosas. Bien, ésta es mi postura, explicada tan claramente como me es posible. Si alguno de ustedes, caballeros, tiene alguna objeción seria que formular al papel que he elegido, me gustaría oírla ahora. —Había perdido la paciencia sólo por un momento; luego, su voz adquirió un tono de absoluta calma y naturalidad, y, cuando terminó de hablar, paseó la vista por los rostros de sus interlocutores.

Se produjo de nuevo un largo silencio. Todos esperaban a Clancy, quien declaró finalmente:

—Está usted en su pleno derecho, mistress Lavette. Creo hablar en nombre de todos los miembros del Consejo si digo que le presentaremos cuantos consejos y ayudas necesite. Y, simplemente, para dejar constancia formal en acta, propongo que la presidencia de este Consejo sea ofrecida a mistress Jean Seldon Lavette.

—Apoyo la moción —balbuceó Grant Whittier.

Dos semanas después de haberla visto en Los Angeles, Stephan Cassala telefoneó a Martha y le dijo que estaría en la ciudad el día siguiente. ¿Podrían verse y cenar juntos? Ella trató de disuadirle al principio, pero ante su insistencia, aceptó. Era un hombre que se sentía herido con facilidad, y siempre le daba la impresión de que si le rechazaba le heriría más allá de su tolerancia al dolor. Se preguntó por qué parecía siempre tan indefenso ante ella. Desde luego, de indefenso no tenía nada. Por lo que había oído en casa, sabía que él era la fuerza impulsora del «Banco de Sonoma», que era él quien lo había convertido, de pequeño Banco dedicado principalmente a pescadores y obreros italianos, en una importante institución; pero siempre experimentaba la impresión de que se acercaba a ella con la seguridad de que podía destruirle y suplicándole que no lo hiciera. Se preguntó cómo no se daba cuenta de que todos los hombres hacia los que se sentía atraída eran casi exactamente el polo opuesto a él.

Era un hombre serio. La depresión acechaba en Martha bajo una alegría que ella llevaba como quien lleva un vestido.

La Escuela de Actores de Nueva York había cerrado, y Martha se había sumido en una interminable serie de días de aburrimiento e inactividad. Sus padres le rogaban que fuese a Sausalito a pasar el verano, pero ella consideraba que abandonar el escenario que había elegido constituiría una admisión de derrota. Como tenía dinero suficiente para sobrevivir sin un empleo, buscaba, en lugar de ello, un papel como actriz, amortiguando siempre sus fracasos con las promesas de Martin Spizer. Al llegar a su apartamento, Stephan advirtió el cambio operado en ella. A su rostro

comenzaban a asomar indicios de su desesperación.

Stephan fue inmediatamente al grano.

—Antes de comer —le dijo—, antes de hablar, antes de hacer nada, tú y yo tenemos que tratar un asunto de negocios.

—¿Qué negocios, Steve?

Sacó un sobre del bolsillo, desdobló varios documentos y le dio un cheque de veinte mil dólares. Estaba extendido a favor de «Martin Spizer Productions». Ella se lo quedó mirando; luego, movió la cabeza y estalló en protestas.

—No, no, esto es una locura, Steve. Es una completa locura, y no lo aceptaré. Sabes que ni siquiera le he pedido a mi padre este dinero. Marty me insiste para que se lo pida, y no puedo. Y ahora tú das esto. Estás loco.

—¡Cálmate! —repuso él—. Cálmate y escucha. Esto no es un regalo. Y no es que no te regalaría el dinero si pudiese. Soy banquero, y esto es un préstamo bancario normal. Aquí tengo todos los papeles.

Ella empezó a protestar de nuevo, y de nuevo le interrumpió él.

—¿Por qué no intentas pensar en algo que no seas tú misma? Se me ha pedido un préstamo, y he decidido concederlo.

—Porque esto no es nada distinto a mí.

—Mi querida Martha, escúchame. Esto es perfectamente legal. Otorgamos préstamos todos los días. Si el préstamo resulta mal, lo cancelamos, como hacemos siempre que eso ocurre.

—¿Está enterado de esto tu padre, Steve?

—Mi padre no discute mis decisiones. Hay gente de muchas clases, Martha. Tú eres una persona que nunca será feliz hasta que triunfes en este asunto. Te quiero mucho. No pido gran cosa a cambio, pero sí pido que me dejes seguir adelante con este préstamo. Y ahora quiero que llames a ese Spizer y le invites a reunirse luego con nosotros. Puede firmar los documentos, y la película se pondrá en marcha.

—No te comprendo, Steve, te juro que no te comprendo.

—Digamos que yo mismo no me comprendo mucho. Parezco encontrarme en un lugar extraño que no tiene ningún sentido para mí y rodeado de desconocidos. Tú eres una de las pocas personas que no me resultan extrañas.

—No estoy enamorada de ti, Steve. Lo sabes.

—Sí, lo sé. Así que no hablemos de estar enamorados o no enamorados. Hay muchas otras cosas de que hablar. Me voy a quedar a pasar la noche en el «Ambassador», así que ¿por qué no cenamos allí, y luego llamas a Spizer, él firma los documentos y se pone en marcha la cosa?

—¡Steve, eres un ángel, un verdadero ángel!

Martha localizó a Spizer en la habitación de su hotel, donde se encontraba con Timothy Kelly, terminando los dos una botella de moscatel que habían comprado con

lo que prácticamente eran sus últimos noventa centavos. Spizer escuchó lo que Martha tenía que decirle y prometió entusiásticamente reunirse con ellos en el «Ambassador» a las diez de la noche. Se volvió hacia un interrogante Kelly, sonriendo de oreja a oreja.

—Timmy, muchacho, el pájaro ha caído. La brillantez, el encanto, la paciencia y la persistencia del hijo de mistress Spizer han dado finalmente su fruto. A las diez de esta noche, estaremos en posesión de la increíble, inimaginable e inverosímil suma de veinte mil dólares.

Sarah Levy seguía atendiendo la gran casa de estilo colonial español de Sausalito sin ninguna criada ni ayuda de ninguna clase para las tareas domésticas. De vez en cuando, Mark perdía los estribos y le increpaba por ello.

—Al cambio actual —le dijo una vez, encolerizado—, mis acciones en la compañía valen más de once millones de dólares. Y no he cometido ningún delito para hacerme millonario. El año pasado di cuarenta mil dólares para obras de caridad y he construido casi yo solo la sinagoga de esta ciudad. No tengo nada de qué avergonzarme, y lo menos que podría tener es una criada para que ayude a mi mujer.

—¿Y qué haría yo entonces? —preguntó suavemente Sarah.

—Disfrutar de la vida.

—¿Gastar los once millones, quieres decir? Mira, Mark, tú has consagrado tu vida a ganarlos. No has pensado mucho en gastarlos.

—Deja de decir tonterías. Fuimos a Europa el año pasado. No te privo de nada.

—Entonces, no me prives del derecho a limpiar la casa. Ése es mi trabajo —respondió ella, amargamente.

Dan pasaba cada vez más tiempo en la casa de Sausalito, y Sarah se mostraba radiante cuando él estaba allí. Le preparaba comidas especiales, se afanaba con él, le mimaba y le sermoneaba. Era sólo nueve años mayor que Dan, y, al igual que para su hija, Martha, Dan había sido siempre el ingrediente novelesco y romántico de su vida. Le trataba como una madre, pero también, en algún recóndito lugar de su mente, sin admitirlo ni fomentarlo, como una rendida amante. A sus cuarenta y nueve años, Mark había envejecido ya. Estaba calvo, había ganado peso y desarrollado una ostensible barriga. Dan, con cuarenta años, se mostraba erguido y juvenil. El tiempo había unido estrechamente a los tres, y las circunstancias habían reforzado esa unión. Cuando Dan llegaba a Sausalito, Sarah parecía quitarse años de encima. Todavía conservaba su esbelta y juvenil figura, y, cuando reía, Dan veía la misma grácil muchacha de ojos azules con la que Mark se había casado hacía tanto tiempo.

Lo único que Sarah nunca pudo comprender fue la relación existente entre Dan y Jean. Al llegar el otoño, Barbara había sido enviada a estudiar a Boston, y Wendy Jones, con una gratificación y el dinero que había ahorrado, regresó a Inglaterra. Sin

embargo, Dan y Jean continuaban llevando vidas separadas en dormitorios separados de la casa de Russian Hill. Vivían con horarios distintos, y ya no se esperaba que Dan estuviera presente cuando Jean asistía a una fiesta. Cuando uno u otro de ellos pasaba fuera toda la noche, no había preguntas ni recriminaciones; y, una noche en que Dan se hallaba con Mark y Sarah en la gran cocina de azulejos españoles de Sausalito, Sarah le preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué, Danny? ¿Cómo puedes vivir así?

—Porque no sucede todo de golpe. Se va formando lentamente, a lo largo de los años. La verdad es, supongo, que me importa realmente un bledo. Ella lleva su vida, y yo, la mía.

—La verdad es que tú no tienes ninguna vida —replicó Sarah.

—Sarah, no empecemos con eso otra vez. Es la vida de Dan.

—¡Diablos, Mark! —replicó Dan—. Sarah puede preguntarme lo que quiera. Son las respuestas lo que no tiene sentido. Hay cosas que no puedo explicar, ni siquiera a mí mismo, así que ¿para qué hablar de ellas? Jean y yo llevamos lo que ella llama una vida civilizada. Yo soy civilizado, ella es civilizada, mis hijos son civilizados. Ella no me molesta. Nuestra mutua aversión se ha vuelto muy tolerable. De todos modos, ella se ha lanzado de lleno a la tarea de ser banquero. Y lo curioso es que está realmente dirigiendo ese Banco.

—Lo cual también me preocupa —opuso Sarah—. Me parece que ahora es cuando realmente te posee. Tú y Mark debéis dieciséis millones de dólares al Banco...

—No exactamente —dijo Mark—. La Compañía tiene el préstamo bancario, y si el «Banco Seldon» lo reclama podríamos sacarlo de una docena de sitios. No hay que preocuparse por eso. Estamos en buena forma, y lo estaremos aún mejor si las visiones de Dan sobre Al Smith se convierten en realidad.

Pero no fue así. La noche de las elecciones, el 6 de noviembre de 1928, sentados en la sala de estar de los Levy, Mark, Sarah y Dan escuchaban la radio y oían cómo iban acumulándose los votos en favor de Herbert Hoover, que obtenía una victoria masiva. El repudio de América a Al Smith, católico de Nueva York, fue abrumador y absoluto. Hubo más de veintiún millones de votos para Herbert Hoover frente a quince millones para Al Smith. Hoover obtuvo 444 votos electorales frente a los 87 de Al Smith..., cuarenta de cuarenta y ocho Estados votaron por Herbert Hoover.

Para medianoche, los resultados no admitían ya duda, y Dan hizo su propio epitafio político:

—«Unas veces ganas, otras veces pierdes». No es muy original, pero encaja.

—¿Cuánto nos ha costado? —preguntó Mark.

Mirando hacia donde Sarah dormitaba enroscada en un sillón, Dan dijo en voz baja:

—Cien de los grandes, quizá.

—Estúpido.

—Sí, supongo que sí. Pero me gusta ese tío. Tiene arrestos. Una vez le dije que yo adquiriré mi educación en las lanchas de pesca, y él va y me dice que adquirió la suya envasando pescado en el mercado Fulton de Nueva York. Ser judío o católico en el Este no es como aquí, Mark. Escucha, ¿sabes lo que quiero hacer mañana?

—¿Dormir?

—¡Diablos, no! Alquilaré una lancha en los muelles y saldremos a pescar.

—¿Pescar? ¿Estás loco?

La mañana siguiente, a las siete, Dan aporreó la puerta del dormitorio de Mark y Sarah.

—¡A pescar! —gritó—. ¡Largo de ahí, Levy!

Dan encontró una lancha de su agrado. Soplaba un vivo vientecillo en la bahía. Navegaron durante horas, no pescaron nada y regresaron quemados por el sol y relajados por primera vez en muchos meses.

—Los niños vendrán a casa para Navidad —dijo Jean a Dan—. No somos precisamente una familia perfecta, pero, fallecido mi padre, he pensado que quizá pudiéramos tener unas civilizadas Navidades familiares.

—¿Y cómo nos las arreglaremos para eso? —preguntó Dan—. Apuesto a que todos los que nos conocen se hacen esa pregunta. ¿Cómo se las arreglan los Lavette? ¿Fingimos afecto? ¿Me dedico a comprar regalos para dos chicos que no me pueden ni ver?

—Eso no es cierto, Dan.

—Deberías habérmelo dicho antes. Tengo que salir para Nueva York. Estamos en fase de reestructuración, tenemos problemas laborales, la producción no llega a satisfacer los compromisos y ha sucedido casi todo lo demás que puede suceder.

—Muy oportuno.

—Supongo que sí. —Hizo una profunda inspiración y dijo—: Jean, ¿cuánto tiempo puede continuar esto?

—Todo el tiempo que yo desee. No estás sujeto a ninguna restricción y no tienes motivos de queja. Eres libre, yo también soy libre, y, como los dos somos razonablemente discretos en nuestros asuntos, no veo razón para que ninguno de nosotros se queje de nada.

Dan dejó así las cosas, sin molestarse en decir que él no tenía ningún asunto que requiriese discreción. Cuando deseaba una mujer hacía lo mismo que muchos de sus colegas. Telefoneaba a un hombre llamado Ernie, y, por cincuenta dólares, una atractiva joven llegaba a una determinada habitación del hotel, se desnudaba y le daba todo el sexo que necesitaba. Lo hacía con poca frecuencia y sólo para

demostrarse a sí mismo que continuaba vivo. Era algo que carecía de alegría y de toda secuela de placer.

En realidad, había dispuesto las cosas para huir de la Navidad. Anthony Cassala le rogaba que se reuniese con su familia en San Mateo, y Mark le rogaba que fuese con Sarah y él a pasar las Navidades en Higate, en compañía de Jake y Clair, y de Martha, que iría allí desde Los Angeles. Sería la primera vez en muchos meses que estaría reunida toda la familia Levy... y sería la primera visita de Dan a las bodegas. Había escuchado durante años la descripción que hacía Mark de la lucha de Jake y Clair por hacer rentable la finca, su contrato con el rabino Blum, su posterior conquista de las sinagogas reformista y conservadora, y, más recientemente, y merced a la intervención de Anthony Cassala, de su introducción en las compras de vino sacramental de la Iglesia católica. Pero, perversamente, tenía que estar a solas con su soledad. Sólo había un lugar en que deseara estar, y May Ling había cerrado la puerta con una firmeza que nunca hubiera creído posible.

Dan tomó el tren para Chicago y, desde allí, viajó en avión a Nueva York. El ensordecedor rugido de los pesados trimotores «Ford» le proporcionaba una profunda sensación de satisfacción y relajamiento, como si aquel ambiente fuese enteramente suyo. Tomó a solas su cena de Navidad en el «Hotel Plaza», contemplando el Central Park cubierto de nieve y experimentando una especie de pueril y perverso placer en su situación, afianzada por el hecho de que se encontraba a miles de kilómetros de los que sentían algo hacia él, ya fuese amor u odio.

En Higate, Martha creía estar soñando, y la finca extendida en las alturas del valle Napa constituía para ella un paisaje de otro mundo. ¿Había olvidado tan pronto que la gente vivía así? Jake y Clair habían contratado a un matrimonio mexicano, Juan y María González, para que les ayudaran en el trabajo. Tenían pedidos miles de litros de vino sacramental y, para la primavera, se proponían dedicar cincuenta acres al cultivo de vides propias. Tenían en la sala de estar un enorme abeto con montones de regalos bajo sus ramas, y se hallaban sentados todos a una larga mesa de madera, construida por el propio Jake, de la amplia cocina, trinchando un pavo que él y Clair habían criado y sacrificado. Estaban también sus hijos, Adam, de siete años, Joshua, de cinco, y Sally, de tres, tostados por el sol, pecosos, rebosantes de salud. Los chicos eran pelirrojos los dos; Sally parecía una versión en miniatura de Sarah, con grandes ojos azules y lacios cabellos de color maíz. Mark los miraba con admiración; ¿sucedió así en sólo tres cuartos de siglo? Para Sarah, que había pasado su infancia en la antigua Rusia, el salto era mayor aún. Se sentía incómoda entre todos los adornos de una Navidad cristiana, aunque ella y Mark habían tenido buen cuidado de llenar el coche de regalos. «¿Tenían alguna religión? —se preguntó—. ¿Y cómo era su vida en aquel hermoso y solitario lugar?». Todo lo que había sobre la rechinante mesa había

sido cultivado o hecho por ellos. Hasta sus cuerpos eran diferentes: Jake, con pantalones vaqueros y camisa de dril, musculoso y tostado por el sol; Clair, tan alta, esbelta y fuerte, recogidos sobre la nuca los rojos cabellos, indiferente a la moda del momento, sin maquillaje, totalmente ajena a la variedad de la vida en San Francisco o de cualquier otro lugar, riendo tan llena de felicidad, al parecer, como podría estarlo cualquiera. ¿Eran aquéllos sus hijos y sus nietos?

Martha permanecía silenciosa, retraída, consciente de sus uñas cuidadosamente pintadas, de su maquillaje, de su esmerado peinado. Para los demás, ella formaba parte de aquel maravillosamente irreal y fascinante mundo de Hollywood que existía en algún lejano lugar al Sur. Le formulaban continuas preguntas que no hacían sino aumentar su nerviosismo y contribuir a que se sintiera más violenta. La Escuela de Actores de Nueva York había cerrado permanentemente sus puertas. Spizer y Kelly estaban produciendo una película en el «Great Western Studio». Ella debía protagonizarla. Bastante turbada, les contó el argumento de la película. Estaban escribiendo el guión. Pero ¿qué hacía ella? ¿Cómo pasaba el tiempo? Estaba tomando clases de declamación con un hombre llamado Victor Stransky. Había mucho que hacer en Hollywood. Tenía amigos. No era en absoluto como imaginaban; era un lugar serio donde la gente solía trabajar de firme, donde la gente estaba dedicada a su profesión.

Deseaba desesperadamente tomar una copa, pero no servían nada de licor. Lanzó un suspiro de alivio cuando Jake sacó en la cena una jarra de vino blanco, y la conversación recayó en el vino y en cómo se hacía.

—Esto —dijo Jake con énfasis— no es vino sacramental. Esto es vino —y subrayó la palabra—. Es una especie de «Chablis», pero muy seco y excelente en nuestra opinión. Hemos hecho unos doscientos litros, y, como lo hemos hecho para nosotros... y para vosotros, naturalmente, es como si fuera de contrabando. Pero, si no lo vendemos, no nos pasa nada.

—En realidad —intervino Clair—, hemos tenido el asesoramiento de un experto. Hay un hombrecillo encantador, el profesor Simon Maseo, que enseña Química en Berkeley y nos ayudó mucho cuando hicimos nuestro primer vino. Supongo que nos enseñó casi todo lo que sabemos, y hemos hecho este vino blanco para pagárselo de alguna manera. Quiero decir que ésa es una razón. Se quedó sorprendido cuando lo probó. A Jake y a mí nos pareció que habíamos pasado una especie de horrible examen. Le regalamos al profesor una parte, y el hecho de aceptarla fue el mejor elogio que hubiera podido hacer.

Fueron llenados los vasos, y brindaron. Mark y Sarah alabaron el vino. Martha apuró su vaso, y Jake se lo volvió a llenar.

—No es que no nos sintamos agradecidos al rabino Blum —dijo Clair—. Y la verdad es que los católicos exigen el mismo horrible vino dulce que él. Pero algún

día, si llegamos a vernos libres de esta estúpida Prohibición, éste será el vino que haremos y venderemos. Un vino blanco seco y el maravilloso zinfandel tinto. ¡Pobre Fortas! Los federales le sorprendieron, y ahora está en la cárcel, cumpliendo una condena de seis meses.

Jake tuvo que explicar entonces quién era Fortas y por qué estaba en la cárcel. Martha llenó de nuevo su vaso. Continuó la comida. Mark se lanzó a una conferencia sobre el transporte aéreo. Había encontrado por fin el valor necesario para hacer el viaje de ida y vuelta a Los Angeles en el trimotor «Ford», y ofreció una vívida descripción de cómo era. Sarah elogió las dotes culinarias de Clair, pero es que, a los ojos de Sarah, Clair no podía hacer nada mal. Martha bebía vino discretamente, y, al parecer, sólo Clair se dio cuenta de que había llenado su vaso media docena de veces.

Después de comer, comenzando ya a caer el crepúsculo, Clair y Martha, provistas ambas de gruesos jerséis para protegerse del frío del atardecer, echaron a andar por la ladera de la colina que se alzaba tras la gran casa de piedra. Clair se detuvo junto a un corpulento eucalipto.

—Cuando la tensión se vuelve demasiado fuerte, se necesita un sitio en el que estar sola. Éste es el mío. Vamos a sentarnos aquí un rato, y haremos como si fuésemos todavía unas niñas allá, en Sausalito.

—Sólo que ya no soy una niña —declaró abatidamente Martha—. Y tampoco soy adulta. ¡Dios, no sé lo que soy!

—¿Ha sido duro?

—Duro, no..., sin sentido. Los días tienen cincuenta horas. Papá me da todo el dinero que necesito. Quizá sería mejor que no lo hiciese, y así tendría que batirme el cobre tratando de mantenerme viva, como todas las demás chicas de allá, y luego, cuando todo lo demás falla, se acuestan con algún tipo que les da cinco dólares, o les paga la cena, y ellas se dicen que no son fulanas, sólo chicas que intentan sobrevivir. No he interpretado ni un maldito papel, Clair. He hecho una prueba cinematográfica...

—Bueno, eso es algo, ¿no? Por lo que he leído, quiero decir.

—Quizá. ¿Quién sabe? Quizás hagan la película. Pero me siento solitaria y deprimida, y me compro una botella de ginebra de contrabando, me meto en mi habitación a beber, y creo que eso ayuda. No me parece que me esté volviendo alcohólica, pero luego me siento aterrorizada de lo que soy, como hoy. Ayer no bebí nada, y hoy, cuando Jake ha sacado el vino, se me ha puesto la carne de gallina.

—¿No renunciarías a todo eso? —preguntó dulcemente Clair.

—No. No puedo.

—¿Ni siquiera por unas semanas? Quédate aquí. Jake y yo te dejaríamos que hicieses tu vida. Te queremos.

—Lo sé, pero no puedo. Tengo que pasarlo. Tampoco yo puedo explicarlo, Clair.

He hablado de ello con las otras chicas. Ningún actor puede explicar lo que significa. Es como una droga. Empiezas, y luego el mundo entero gira a tu alrededor, triunfos o no, y si no triunfas, lo mismo podrías estar muerta.

—¡No! —exclamó Clair—. No digas nunca eso.

Jean se había instalado en el despacho de su padre en el edificio Seldon, en Montgomery Street, y había hecho retirar los oscuros muebles de roble y los recargados sillones de cuero, sustituyéndolos por piezas de abedul claro y tapicería de zaraza. La lúgubre alfombra oriental del suelo fue a parar a un establecimiento de subastas, y en su lugar Jean colocó una Aubusson azul claro, oro y marfil, con cortinas que hacían juego. Clancy, que había reunido el valor necesario para impugnar con bastante firmeza su decisión de asumir la dirección del Banco, señalando que la noticia de que una mujer presidía el Banco podría muy bien conjurar un desastre, se sintió profundamente turbado por estos cambios decorativos, pero los soportó en silencio. El *Chronicle*, dentro de una estricta objetividad y sin expresar aprobación ni desaprobación, publicó un artículo sobre la primera mujer presidente de un Banco en los Estados Unidos. Sin embargo, la cifra de negocios del Banco no se vio afectada; al contrario, manteniéndose al compás de los tiempos, aumentó.

Una tarde, hallándose en su despacho, Jean fue informada por su secretaria de que una tal mistress Alan Brocker estaba fuera y quería verla.

—¿Ha dicho mistress?

—Sí.

—¿Una mujer?

—Desde luego.

—Bien..., que pase —dijo Jean—. Que pase en seguida.

Salió la secretaria y regresó luego, para abrir la puerta y dejar paso a una mujer alta, atractiva y de ojos oscuros que entró impetuosamente en el despacho, exclamando:

—Querida, no me habrás olvidado, ¿verdad? Soy Manya.

Jean se levantó, clavando la vista en Manya Vladavich, a quien no había visto desde hacía por lo menos diez años. Salió a su encuentro desde detrás de la mesa, y Manya le abrazó, envolviéndola en una nube de seda, afecto y perfume.

—Estás más hermosa que nunca —declaró Manya, cuando Jean hubo logrado desprenderse—. Eres una bruja. O has vendido tu alma al diablo.

—Muy probablemente, lo último. Tú no puedes quejarte, Manya. Tienes un aspecto espléndido. ¿Qué es eso de mistress Alan Brocker?

—Es lo que soy, querida. Me he casado con más dinero del que hay en el Banco de Inglaterra. Hemos adquirido una casa fantástica junto a la bahía, y mañana daremos una fiesta...

—¡Un momento, Manya! ¿Estás diciéndome que tú y Alan Brocker os habéis casado?

—Pues claro.

—Bueno, que me ahorquen —se asombró Jean, moviendo la cabeza y sonriendo—. Tú y Brocker. ¿Cómo lo hiciste?

—Querida, necesitaría varios días para contarte toda la historia. Le conozco en París. Está muy solo y se siente muy desgraciado. ¿Qué edad crees que tiene, Jean?

—¿No lo sabes?

—Él dice que cuarenta y cuatro años. Parece mayor.

—Te ha dicho la verdad... o casi.

—Pasamos cinco días en París. Él se siente muy desgraciado. Hago que venga conmigo a Viena. ¿Sabes lo que es el psicoanálisis?

—Más o menos. ¿Esa cosa del doctor Freud?

—Exactamente. Vamos a ver al doctor Freud. Se está con el doctor Freud durante siete semanas, día tras día. Todos los días, me porto como una madre con él. Bueno, no exactamente. Al cabo de siete semanas, vamos a Venecia. Tres semanas. Luego nos vamos a Londres y nos casamos. Después, venimos aquí. Todo muy sencillo.

—No puedo creerlo. ¿Qué diablos le hizo ese doctor Freud?

—Ah, tendremos que hablar de eso. ¿Cómo era la madre de Alan, querida?

—Muy poquita cosa, que yo recuerde.

—¿Sí? ¿Qué importa? Y tú eres presidente de Banco. Increíble. ¿Sigues casada? Con el pescador, claro.

Cuando Manya se marchó, Jean se sentó a su mesa, cerró unos momentos los ojos y luego rompió a reír. Alan Brocker y Manya Vladavich. El mundo era disparatado, absurdo. ¿Qué había dicho Shakespeare? ¿«Una obra escrita por un loco»? No... no podía recordarlo. Trató de imaginar cómo sería estar casada con Alan Brocker y se preguntó por qué la sola idea le horrorizaba tanto, a ella, que estaba casada con un salvaje camorrista que hacía años que no se acostaba con ella. Y ahora, allí estaba, practicando aquel nuevo juego de ser el presidente del «Banco Seldon».

Apoyó la cabeza sobre los brazos y lloró.

Al regresar a su apartamento de Los Angeles, en la segunda semana de enero de 1929, Martha llamó por teléfono a Marty Spizer. La compañía telefónica le informó que su aparato había sido desconectado permanentemente. No se alarmó mucho al principio, pensando que Spizer se había mudado de casa. Como ella no había estado en Hollywood, quizás hubiera intentado ponerse en contacto con ella sin conseguirlo, y no le había hablado de Higate. Quizás hubiera tratado de localizarla en Sausalito, sin conseguirlo tampoco. Estaba segura de que se pondría en contacto con ella, y pasó los días siguientes en su apartamento, bebiendo ginebra con soda y esperando que

sonara el teléfono.

Finalmente, fue a su casa, un destartalado edificio de estuco de dos pisos situado en La Brea. La casera, una mujer rechoncha y desaliñada, le dijo sin rodeos que «el piojoso y fanfarrón hijo de la gran zorra» se había largado el primer día del año, dejándole a deber cinco semanas de renta.

—¿No dejó su nueva dirección? —preguntó Martha, con tono vacilante.

—Muñeca, si ese cerdo me hubiera dejado su dirección, ahora mismo lo llevaba a los tribunales. No, encanto, se ha evaporado.

Martha no estaba del todo serena, ni del todo segura de haber entendido a la casera. Logró volver a casa en su coche, y fue entonces cuando le alcanzó el impacto de lo que había descubierto. Trató de racionalizar su situación. Sabía que desde el cierre de la escuela los fondos de Spizer habían sido mínimos. Le había prestado dinero en varias ocasiones, veinte dólares una vez y cincuenta otra. Los veinte mil dólares, le había asegurado él, serían destinados en su totalidad para pagar al autor del guión. No dejaba de darse explicaciones a sí misma. Él llamaría; se presentaría en su casa; y, realmente, no estaría bien que llegase siendo portador de buenas noticias y la encontrase borracha.

Vació en el retrete hasta la última gota de ginebra que había en la casa y durante los dos días siguientes no la probó siquiera. La mañana que siguió a esto descubrió al despertarse que tenía un hambre voraz. Se vistió cuidadosamente, se maquilló, fue andando hasta el Hollywood Boulevard y tomó un descomunal desayuno en el restaurante de Musso y Frank. Luego, regresó a casa, cogió el coche, fue al centro y se pasó el resto del día vagabundeando y haciendo compras. Volvió con una bolsa llena de prendas diversas, dos jerséis, una blusa, varios pañuelos, y unos cuantos pares de medias... ninguna de las cuales necesitaba especialmente. Pasó el resto de la tarde sentada en su sala de estar, escuchando música en la radio. Se sentía extrañamente bien, como una persona sumida en un sueño, en una permanente fantasía, una persona suspendida en el tiempo.

A la mañana siguiente, despertó muy temprano, cosa extraña, sin el menor deseo de licor. Volvió a vestirse con elegancia, preparó café y calmó el hambre con unas pastas. Luego, subió al coche y, por el Laurel Canyon Pass, se dirigió al Ventura Boulevard, desde donde torció hacia el Este. Una milla más allá, enfiló hacia la entrada de los estudios «Great Western». Su paso se vio cortado por una barrera junto a la que el uniformado vigilante de los estudios asomó de su cubículo y le preguntó a quién iba a ver.

—A míster Donaldson. Me llamo Martha Levy.

El vigilante consultó una lista.

—No tengo su nombre aquí, señorita —dijo—. ¿Está citada?

—No. Pero debo verle.

—Puede que sí, señorita, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Le sugiero que llame por teléfono y concierte una cita.

Se estaba formando tras ella una fila de coches, y el vigilante levantó la barrera y le dijo que pasara, diera la vuelta y se marchase. En lugar de seguir sus instrucciones, Martha avanzó unos diez metros, pero luego se apartó a un lado y detuvo el coche.

—¡Le he dicho bien claro que dé la vuelta y se marche! —gritó el vigilante.

Ella movió la cabeza y permaneció allí.

El hombre del cubículo gritó a otro guardián uniformado, que se acercó y habló con él. Señaló hacia donde Martha se hallaba sentada en el coche. El segundo hombre se dirigió a ella y dijo:

—Vamos, señorita. ¿Por qué quiere hacer una escena? Ya sabe cómo funcionan los estudios. Nadie entra si no tiene una cita.

—Voy a ver a míster Donaldson —insistió ella tercamente.

—Hoy, no. Ande, sea buena chica, dé media vuelta y márchese.

—No me iré hasta que vea a míster Donaldson.

—Mire, esto es propiedad privada, y usted la está allanando. Podemos detenerla, y eso le creará muchas complicaciones. Así que ¿por qué no se porta bien?

Se había congregado una pequeña multitud, extras vestidos con los trajes que utilizaban para actuar, indios, cowboys. Un hombre alto y corpulento, enfundado en un traje blanco, se abrió paso y preguntó:

—¿Qué es todo esto, Brady?

—Tenemos una intrusa. Estoy tratando de ser cortés.

Martha llamó al hombre de blanco.

—Míster Donaldson, tengo que hablar con usted, por favor.

Él la miró con curiosidad.

—¿La conozco?

—Soy Martha Levy. Marty Spizer me presentó a usted. Por favor, sólo necesito cinco minutos. Por favor.

Donaldson se la quedó mirando.

—Está bien, Brady. Yo me ocuparé de esto. Venga conmigo, miss Levy —invitó a Martha.

La muchacha bajó del coche y le siguió en silencio hasta uno de los *bungalows* más grandes.

—Siéntese, miss Levy —le dijo—. Mire, podía haber mandado que la echasen de aquí. ¿Sabe por qué estoy hablando con usted?

Ella movió la cabeza.

—Ande, siéntese —dijo Donaldson, indicándole con la cabeza la silla que estaba junto a su mesa—. Le recuerdo. Estoy hablando con usted porque se apellida Levy. Es usted la primera chica judía con la que me tropiezo en esta casa que no ha

cambiado su apellido por Adore, Bradford, Simmons o algo parecido. Eso le da varios puntos a su favor. No muchos, pero los suficientes para que le dedique cinco minutos de mi tiempo. Bien, ¿qué es lo que quiere?

—Sólo saber cómo va mi película —respondió ella, con aire abatido.

—¿Qué película?

—La que está produciendo Marty Spizer.

—¿Ese piojoso inútil? Lo siento. Pero si Marty Spizer fuese un prestidigitador, no le dejaría sacar un conejo de un sombrero en este estudio.

—Tiene un contrato con usted...

—No.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, haciendo que se le corriera el esmerado maquillaje.

—Pero tiene un contrato con usted —insistió—. Está preparando un guión. Él va a dirigirlo.

—¿Spizer? —se la quedó mirando con aire pensativo.

—Me hicieron aquí una prueba cinematográfica —dijo ella, angustiosamente.

—Cualquiera que pague doscientos dólares puede someterse aquí a una prueba cinematográfica, miss Levy. Es un servicio. Somos un estudio pequeño, y eso sirve para aumentar nuestros ingresos. ¿Cuánto le cobró Spizer?

Ella movió la cabeza, sin responder.

—¿De dónde es usted, miss Levy?

—De Sausalito —murmuró ella.

—¿Por qué no se vuelve a Sausalito, miss Levy? —dijo Donaldson, sin aspereza—. Es el mejor consejo que puedo darle. Es el mejor consejo que podría dar a miles de chicas de esta ciudad. Aléjese de parásitos como Marty Spizer y vuélvase a casa.

Martha se frotó los ojos.

—Disculpe. Disculpe que haya hecho una escena ahí afuera. Disculpe que le haya molestado.

Salió del despacho de Donaldson y se dirigió hacia su coche. Cuando subió a él, había dejado de llorar.

—Dé la vuelta ahí mismo, señorita —le indicó de nuevo el vigilante.

Condujo a lo largo del Ventura Boulevard y, luego, torció a la izquierda por el Laurel Canyon Boulevard, subiendo hasta Mulholand Drive, una carretera de tierra apisonada que discurría por el espinazo de las montañas de Santa Mónica. Enfiló hacia el Oeste, y luego detuvo el coche en un espacio despejado, desde donde dominaba la neblinosa extensión del valle San Fernando, que se abría a sus pies.

Era una mañana fresca y apacible; el valle, con sus bosquecillos de naranjos, aguacates y limoneros, yacía entre la niebla matutina como un inmenso huerto, y hacia el Este se divisaban los poderosos riscos de las San Gabriel. Permaneció allí

durante una media hora, contemplando el paisaje y, de vez en cuando, escrutando su propio Yo, formando en su mente una imagen de vacío absoluto en su interior, un nebuloso y flotante vacío, una sensación de no existir, la misma sensación que había experimentado de pequeña, cuando despertaba de noche en la oscuridad y se sentía llena de terror ante la idea de que había desaparecido en las devoradoras tinieblas.

Puso el coche en marcha y empezó a conducir. Aumentó la velocidad. Su Yo había huido, y, a menos que lo alcanzase, viviría el resto de sus días como una sombra vacía. Fue acelerando más y más, mientras el coche daba violentos bandazos por la estrecha y serpenteante carretera.

Polly Anderson, la secretaria de Mark, entró en el despacho de Dan sin llamar, terriblemente alterada, y le dijo:

—Hay una llamada para míster Levy de la policía de Los Angeles, y está en algún lugar de los almacenes, y creo que se trata de algo horrible sobre Martha...

Dan la miró y luego cogió el teléfono y pidió que le pasasen la llamada. Escuchó al aparato, mientras Polly Anderson le observaba. Palideció intensamente, la mano con que sostenía el teléfono empezó a temblar y murmuró:

—¡Oh, Dios mío, no!

Escuchó de nuevo.

—Soy su socio, su amigo. Sí, me ocuparé de ello.

Colgó el teléfono y miró a miss Anderson.

—Martha ha muerto —dijo—. Un accidente de circulación.

Polly Anderson empezó a sollozar ruidosamente. Dan se levantó y la hizo sentarse.

—Tranquila, Polly. Voy a buscar a Mark y se lo diré. Usted quédese aquí hasta que se sienta mejor.

Salió del despacho y bajó en el ascensor hasta los almacenes, donde recorrió luego piso tras piso buscando a Mark. «¿Cómo lo hago? —se preguntó—. ¿Cómo le dice uno a su mejor amigo que su hija ha muerto? ¿Cómo se le dice que todo lo que queda dentro de él está muerto, eliminado, acabado?».

Encontró a Mark contemplando pensativamente una exposición de material deportivo, y Mark le dijo:

—¿Sabes una cosa, Danny? Debería hacer un poco de deporte. Mira todo esto. Nunca he hecho nada de ejercicio en toda mi vida, y fíjate qué barriga me está saliendo. Antes era tan flaco como un espárrago. Creo que voy a hacerme socio de uno de esos clubs de golf. ¿Qué te parece? ¿Por qué no lo intentamos los dos?

—Sube a mi despacho —le pidió suavemente Dan—. Quiero hablar contigo.

Mark vio entonces la expresión de Dan.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Ven a mi despacho.

Polly Anderson se había marchado, y el despacho estaba vacío. No había ninguna forma fácil de hacerlo. Dan le contó lo que había sucedido.

—Ha llamado la Policía de Los Angeles. Ha habido un accidente.

—¿Martha?

—Sí. Martha ha muerto.

Mark se le quedó mirando.

—¿Qué estás diciendo, Danny?

—Martha ha muerto. Ha sufrido un accidente de automóvil en Los Angeles.

—No lo creo. Es absurdo. Ayer mismo hablé con ella por teléfono. Hablé con ella por teléfono.

Dan le hizo sentarse en una silla, y Mark empezó a llorar.

—Quizá no sea Martha —musitó entre sollozos—. Quizá sea otra persona. Danny, ¿qué hago? ¿Qué hago? ¿Cómo se lo digo a Sarah?

Una gran masa de niebla grisblanquecina, horadada aquí y allá por dardos de sol, doradas e inverosímiles lanzas que daban paso a una fría llovizna, se condensaba bajo el Golden Gate la mañana que enterraron a Martha Levy. El rabino Blum, doblegado por el peso de sus años en un universo irresponsable que destruye a los jóvenes, leyó el servicio fúnebre sobre la tumba; luego, Sarah se arrojó sobre la tierra fresca y permaneció allí, sollozando. Dan la levantó, sorprendido de lo delgada y casi ingravida que era en sus brazos. Sarah se abrazó a él. Mark, en pie, miraba fijamente la tumba, sin verla, hasta que Jake se acercó, le pasó un brazo por los hombros y dijo quedamente:

—Vamos, papá. Ha terminado. Vámonos ahora a casa.

Como telón de fondo, sólo los convulsivos sollozos de Maria Cassala y el mudo dolor de Clair Levy sobre los lastimeros gemidos de las sirenas en la bahía.

Sexta parte

El torbellino

A las siete y media de la mañana, hora de California —diez y media, hora de Nueva York—, del 24 de octubre de 1929, Dan recibió una llamada telefónica de su gerente en Nueva York, Frank Anderson, que le dijo:

—Siento sacarte de la cama, Dan, pero esto no podía esperar.

—No te preocupes. Estoy levantado.

—Está ocurriendo algo endiabladamente extraño en la Bolsa. Me ha llamado Joe Feld, mi corredor. No sabía si Mark y tú iríais hoy a la oficina. Creo que debes echar un vistazo al teletipo.

—Iré allá —dijo Dan.

Eran las ocho y media, hora del Pacífico, las once y media en Nueva York, cuando Dan entró en su despacho. Las oficinas abrían a las nueve. Era el primero en llegar, y, al entrar en el despacho, estaba sonando el teléfono.

Era Stephan Cassala.

Lo primero que dijo fue:

—Dan, ¿has mirado la cinta?

—No he encendido aún el cacharro. Acabo de llegar. ¿Qué diablos pasa?

—Ha habido un derrumbamiento en la Bolsa de Nueva York. Las cotizaciones se están desplomando.

—Bueno, ya ha ocurrido otras veces.

—No como ahora. Veinte y treinta enteros en cada valor. Te llamo porque no quiero que Mark y tú caigáis en el pánico.

—Nada de eso —replicó Dan, con cierta irritación—. Tenemos una cobertura de varios miles de acciones, nuestro propio dinero..., al diablo. Lo que baja sube.

—Exacto. He hablado con Crocker y Giannini. Se va a formar un consorcio de Bancos de la ciudad dentro de una o dos horas, y vamos a comprar en grandes cantidades. Lo mismo está sucediendo en Chicago y en Nueva York. Papá ha hablado con Clement, del «National City Bank» de Nueva York, y allí Mitchell y Wigen y Lamont están formando un consorcio por su cuenta. Así que no os pongáis nerviosos.

Dan colgó el teléfono y conectó el teletipo. Pero apenas si había podido echar un vistazo a la cinta y ya estaba sonando otra vez el teléfono.

Era Klendheim, su corredor:

—Necesito veintiún mil de ti, Dan, y once mil de Mark. Para cubrir vuestros depósitos.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Estás loco.

—¿Sabes lo que está pasando en Wall Street?

—Danos una hora.

—Pero no más. ¡Por los clavos de Cristo, Dan, tengo treinta clientes en el mismo brete! Necesitamos el dinero.

—Mira, mis oficinas no han abierto aún. No hay nadie aquí. En cuanto llegue mi secretaria la mando ahí con un cheque.

Mientras hablaba, entró Mark en el despacho.

—¿Te has enterado, Danny? ¿Quién es?

—Klendheim —respondió, colgando el teléfono—. Quiere dinero de cobertura.

—¿Cuánto?

—Unos veinte mil de mí y once mil de ti.

Mark cerró los ojos y calculó mentalmente.

—¡Dios mío, no parece posible! Viene a ser la tercera parte de nuestra inversión.

—Cubrirás, ¿no?

—No sé si debemos hacerlo.

Se dirigió hacia el teletipo y miró la cinta que iba saliendo de la máquina.

—No sé si debemos, Danny. Si esto es lo que creo, quizá debemos aceptar la pérdida. Son menos de cien mil entre los dos...

—¿Menos? Maldita sea, es perder demasiado.

—Y sigue bajando, podríamos duplicarlo. Danny, ¿a cuánto cerró ayer «L & L»?

—A cincuenta y seis y cuarto.

—Según la cinta, ahora está a treinta y cuatro.

Dan se acercó y miró las cifras.

—¿Dónde nos deja eso? —preguntó.

—Da lo mismo. El cincuenta y uno por ciento de las acciones de la Compañía que poseemos no están avaladas. Las poseemos plenamente. Aunque bajasen a veinte centavos cada una, no nos importaría nada. Ahora no —sonrió forzosamente—. Quizá le diera más de un quebradero de cabeza a Jean. El «Banco Seldon» tiene comprometidos dieciséis millones de dólares con la garantía de esas acciones.

—Yo creía que la hipoteca era sobre los inmuebles.

—Y las acciones, Danny. Todo va junto.

—¿Y qué hay de nuestro paquete de acciones?

—¿Qué opinas tú? —preguntó Mark.

—Lo que tú digas.

—Está bien. Yo creo que deberíamos aceptar la pérdida y vender.

Dan estaba leyendo la cinta.

—Aquí está otra vez «L & L»..., treinta dólares justos.

—Voy a decirle a Polly que se ponga en contacto con Klendheim y le ordene vender.

Estaba sonando de nuevo el teléfono. Dan lo cogió, mientras Mark salía del despacho. Era Sarah Levy.

—Danny —dijo—, he estado oyendo la radio, y me siento preocupada por Mark. No quiero que se excite demasiado por esto. No me importa ningún dinero que podamos perder.

—Tranquila, Sarah —respondió—. No son más que unos cuantos dólares de nuestro dinero, y parece que a Mark no podría importarle menos. No afecta a la Compañía.

Mark llevaba ya varios meses sugiriendo a Sarah que vendiesen la gran casa de Sausalito y se trasladasen a una de las nuevas casas de apartamentos de San Francisco. Ella se resistía. Si tenía que vivir con sus recuerdos, éstos estaban allí, en la vieja casa.

Iba a la habitación de Martha y permanecía allí durante horas, evocando la imagen de su hija. Acariciaba los vestidos de Martha, de los que se había negado a deshacerse. A veces, ponía los discos de jazz de Martha en el rechinante gramófono que había en su cuarto. Ella nunca había escuchado jazz, ni lo había entendido o sentido especial afición hacia esa clase de música, y, sin embargo, encontraba una especie de consuelo escuchando los discos. Halló un viejo Diario de Martha que ella había llevado entre los trece y los catorce años. Hacia el final del Diario, encontró el siguiente párrafo:

«Hoy ha estado aquí Danny, y me ha cogido en brazos y me ha besado. Estoy completamente enamorada de él. Sólo es dieciséis años mayor que yo. Sueño mucho con él. En el mejor de los sueños, abandonaba a esa apestosa esposa suya y preguntaba a papá si podía casarse conmigo. Papá se ponía furioso, pero mamá decía que le parecía bien. Decía que eso le daría oportunidad de organizar una gran boda en los jardines. La parte mala del sueño fue cuando él no apareció para la boda y, en su lugar, se presentó su mujer».

Sarah se encontró riendo y llorando al leer aquello. Faltándole sólo unos meses para cumplir los cincuenta años, había envejecido casi de la noche a la mañana. Sus rubios cabellos se habían tornado blancos. Tenía pocos recursos. Leía el inglés con dificultad, y no le gustaban las novelas. Las cosas con las que tanto disfrutaba antes, hacer punto, coser, cocinar, ya no le interesaban. Continuaba manteniendo inmaculadamente limpia la grande y vieja casa colonial española, pero ya no encontraba orgullo ni alegría en ello. Nunca le había interesado demasiado el jardín,

dejándolo por entero al cuidado del jardinero, pero desde la muerte de Martha pasaba allí cada vez más horas. Había unos sesenta rosales dispuestos en ornamental círculo, y habían estado un tanto descuidados. Empezó a regarlos, a podarlos y cultivarlos.

Fue allí donde, una tarde, la encontró el rabino Blum, arrodillada y removiendo la tierra con una paleta. Las flores le admiraron.

—Un buen jardinero trabaja con amor. Tú eres una buena jardinera, Sarah.

Ella protestó por el viaje que había hecho.

—Lo hago despacio —respondió él—. En realidad, no tengo nada que hacer. He llegado a la edad en que estar vivo es mi única vocación y aliciente. Me da una cierta afinidad con las plantas y las flores.

Se sentaron en la cocina a tomar té.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Sarah—. Lo peor que tengo que soportar es que la gente no me habla de Martha. Todos rehúyen el tema. Hasta Mark lo hace, y eso es de lo que más quiero hablar yo. ¿Está mal?

—No, no está mal. La gente tiene miedo a la muerte. Hay personas que no pueden hablar de la muerte ni pensar en ella. Pero con Mark resulta quizá demasiado doloroso. Cuando se llega a mi edad, Sarah, la separación disminuye. Es como una vieja amiga.

—No, nada de amiga.

—¿Por qué no? Hay un principio y hay un fin. No es una filosofía muy profunda, pero así es como están hechas las cosas. Y, entre tanto, las rosas crecen, florecen y mueren, y cuando muere un capullo, no es justo, y nos enfurecemos y desesperamos. Pero la idea de justicia es algo que creamos nosotros, no Dios.

—¿Y qué crea él, un manicomio?

—Ya se me ha ocurrido eso. Por otra parte, hasta una taza de té tiene su propio buen gusto.

El 26 de octubre, Frank Anderson llamó a Dan y le informó que habían sido canceladas las dos terceras partes de las reservas para el próximo viaje del *President Jackson*. Al día siguiente, Dan salió para Nueva York. El viaje en tren hasta Chicago le pareció interminable, lento, aburrido e irritante; estaba encerrado en su compartimiento mientras el mundo reventaba afuera.

Los dos días en el tren se convirtieron en una eternidad pasada en algún ridículo limbo que no tenía nada que ver con la realidad. Leyó de cabo a rabo los periódicos, primero los de San Francisco, luego los que compró en Salt Lake City, sintiendo aumentar su ira porque los supuestos medios de información no le decían nada que deseara conocer. En el coche restaurante, se convirtió en objeto de la clase de insulsa e inofensiva conversación que los desconocidos sentados a una mesa ofrecen a otros desconocidos; pero él no tenía ganas de charlar y se encontró dando secas respuestas

y con un humor misantrópico. En el coche salón, una mujer de treinta y tantos años y aire fatigado se sentó a su lado y se presentó. Huyó a su compartimento, acongojado y deprimido. Después de esto, el avión desde Chicago constituyó por lo menos una distracción, y en Nueva York, reunido con los hombres que dirigían la sección del Atlántico Norte de la compañía de navegación, trató de aplacar el súbito pánico y la desorientación de los por lo demás juiciosos y serenos hombres de negocios.

No fue un buen día, y durmió mal y a saltos.

Había puesto fin a la reunión con la decisión de cancelar la travesía, comparando una pérdida con otra y aceptando la menor de las dos, y tendido en la cama aquella noche, en su habitación del «Plaza», trató de comprender qué estaba ocurriendo. Durante años, había practicado el excitante y fascinador juego de crear un imperio. Nunca le habían preocupado los tecnicismos financieros del proceso. Feng Wo y Mark se habían encargado de ese aspecto. Su papel había sido idear, proyectar, inventar, abrirse paso a fuerza de energía, soñar e imaginar e impresionar a la gente con su excitación y su vitalidad, y siempre había dinero y más dinero, una vez que hubo aprendido que era más fácil hacerse con un millón de dólares que con un billete de un dólar si uno estaba arruinado. Y ahora, de alguna manera, todo se había detenido. Un barco que durante años había estado saturado se hallaba ahora vacío..., y con tanta rapidez, con tan increíble rapidez. El imperio se estaba desmoronando como si estuviera hecho de pasta.

Desayunó solo en el comedor del «Plaza», un hombre alto, corpulento y atractivo, de edad madura y atuendo impecable. Las mujeres volvían la cabeza para mirarle. Su aspecto era un valor que había llevado consigo a lo largo de los años, que le había sido concedido y al que nunca había prestado mucha atención. Cuando se tenía el aspecto de Dan Lavette, las puertas del mundo se abrían con facilidad.

Tomó un sorbo de café y leyó el artículo de primera plana del *New York Times*, dándose cuenta de que lo que había sucedido el jueves anterior era sólo un prelude. Ya se empezaba a llamar a ese día «Jueves Negro». ¿Qué decir entonces de hoy, martes 30 de octubre?

«Las cotizaciones —leyó— se derrumbaron virtualmente ayer, cayendo en barrena en el día de contratación más desastroso de la historia de la Bolsa. Miles de millones de dólares en títulos se evaporaron al hundirse las cotizaciones bajo la presión de la liquidación de valores que tenían que ser vendidos a cualquier precio... Es inútil tratar de estimar en dólares las pérdidas sufridas ayer por la Bolsa, debido al número enorme de títulos contratados en ella y de operaciones ordenadas desde el exterior, en las que no es posible ningún cálculo. Se estima, sin embargo, que en la Bolsa de Nueva York ochocientos ochenta valores perdieron ayer entre ocho mil y nueve mil millones de dólares... El apoyo bancario, que habría resultado eficaz en circunstancias normales, fue violentamente barrido al inundar el mercado cantidades

enormes de acciones...».

Terminó su desayuno, firmó la cuenta, salió del hotel y echó a andar por la Calle 59, tratando de analizar mentalmente el extraordinario hecho de que no le importaba un bledo. ¿Dónde dejaba de tener sentido su implicación personal? No lo sabía. Por una parte, se decía: «Éstos son los tuyos, los ricos, los acomodados, los poderosos, los que hacen y deshacen; y en el centro de la ciudad, a sólo unas millas de aquí, está sucediendo algo que los está destruyendo». Y por otra parte, pensaba: «He tenido mi oportunidad. ¿Qué significa todo esto?». No tenía respuesta. Siempre había habido preguntas sin respuesta.

Cruzó la calle y entró en el Central Park. Varias mujeres empujaban cochecitos de niño, y pasaban los viejos carruajes tirados por caballos. Se acercó al carrusel y permaneció allí un rato, recordando todas las veces que él y May Ling habían planeado un viaje a Nueva York; luego, se preguntó por qué sólo en aquel momento acudía a su mente el pensamiento de sus dos hijos legítimos. «¿Qué clase de bastardo eres?», se preguntó a sí mismo. La pregunta no le resultaba en absoluto extraña. Thomas y Barbara estaban a sólo unas horas de distancia. ¿Por qué no quería verlos? «Dios Todopoderoso —pensó—, en lo que ha venido a parar un hombre que no puede resolverse a enfrentarse a sus propios hijos». Sin embargo, podía representarse con toda claridad la situación. Barbara le miraría fría y distante, disimulando mal su aversión, respondiendo a sus preguntas, quizá besándole obedientemente en la mejilla, quizá no. Thomas lo expresaría con palabras: «De modo que por fin te has decidido a verme».

«Ah, al diablo con ello», se dijo. Miró su reloj. Frank Anderson le había rogado que se quedara unos días más. Querían que los tranquilizase. Querían oír que todo iba bien, que Dan Lavette se encargaría de que continuaran cobrando todos los fines de mes y que no se iba a acabar el mundo. Pero él no podía hacer allí nada importante. Tan sólo había dos cosas que podrían llevarle un poco de paz: estar en un barco y estar en un avión. Regresó al hotel, hizo su equipaje y se despidió.

Dan entró en una pequeña *suite* del «Fairmont». Su conversación con Jean fue breve y concreta.

—Supongo que te he causado dolor y aflicción a veces, pero nunca te he causado intencionadamente turbación y malestar —le dijo.

—Es una virtud poco común, Dan.

—De todos modos, no puedo seguir viviendo en esta casa. No sé cómo explicártelo mejor.

—Está bien. Siempre has tenido libertad de acción. ¿Quieres el divorcio?

—En estos momentos una controversia sobre el reparto de gananciales lo haría saltar todo por los aires. Prefiero esperar.

—¿Pero quieres el divorcio?

—¿Tú no?

—No me importa. Pero eso es algo que tú no entenderías, y no tengo intención de explicarlo.

Pocos meses después, la situación en Hawai llegó a hacerse insostenible. El hotel llevaba todo un mes casi vacío, y los Noel, que soportaban una cuantiosa hipoteca sobre el inmueble, se habían ido poniendo cada vez más nerviosos. La situación resultaba increíble. Desde noviembre, el hotel había bajado de una ocupación del noventa por ciento a sólo el diez por ciento. Cuando Mark le planteó la cuestión a Dan llevaban ya un retraso de cinco días en el pago de los intereses de la hipoteca.

—¿Cuánto les debemos? —quiso saber Dan.

—No mucho... veinticinco mil por este plazo.

—Lo tenemos. Págalo.

—Y luego, ¿qué? Tal como va el hotel, estamos perdiendo cuarenta mil dólares al mes. Se nos han ido al diablo nuestros programas de travesías. Los barcos están amarrados, y seguimos teniendo que pagar a las tripulaciones. Tenemos un cargo por impuestos sobre la tierra de cuarenta y dos mil dólares, y el plazo venció hace tres días, y tenemos un pedido de doce aviones. Tenemos comprometidos dos millones en los aviones, y la línea aérea está volando a Los Angeles a menos del veinticinco por ciento de su capacidad. Ni siquiera estamos cubriendo los costes de gasolina, Dan. Sin los almacenes y el dinero que nos dan, estaríamos arruinados.

—Todo el maldito imperio —dijo Dan—. ¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que pregunta todo el mundo. Hay que tener dinero para montar en barco o en avión..., y nuestros clientes están mortalmente asustados. Todo se está viniendo abajo.

—Yo creo que deberíamos empezar a vender terrenos —dijo Dan—. Tenemos por lo menos mil acres de la mejor tierra de la península. Pagamos por ellos más de un millón, y el precio se duplicó al año siguiente de haberlos comprado. ¿Qué? ¿Vendemos?

—¿A quién? —preguntó Mark, con acritud—. ¿Comprarías tú hoy un acre de tierra?

—Todavía hay dinero. No ha desaparecido.

—Todavía hay ese maldito hotel de Hawai. Creo que debemos ir allí y hablar con los Noel.

Fue un viaje muy diferente sin May Ling. Reservó pasaje en el barco de Whittier, el *Oahu*, y le pareció que el viaje duraba una eternidad. Día tras día, paseaba por cubierta como un animal enjaulado. Lamentaba haber permitido que Mark le indujera a ir, y cuando finalmente llegó a Honolulu los Noel se mostraron absolutamente inflexibles.

—Dan —le dijo Christopher Noel—, me estás pidiendo lo imposible.

Habían estado apartados del mundo, pero el mundo se había introducido allí. Se hallaban sentados en el verde y aterciopelado césped que se extendía ante el *bungalow* de Dan, mientras el fresco viento alisio soplaba suavemente y el mar retumbaba sobre la arena, fuera del espacio y el tiempo, pero no por ello sin relación con una cosa llamada Bolsa de Nueva York.

—Hemos recibido una paliza tremenda en Nueva York, y ahora nos pides que mantengamos la hipoteca sin interés. Tenemos medio millón de dólares enterrados en ese hotel y los doscientos acres de Waikiki Beach. No podemos tirarlos.

—Dale al mundo una oportunidad de respirar. Esto es pánico —insistió Dan—, y el pánico se consume por sí solo. Tú sabes lo que tenemos. Tenemos el país más rico y fuerte de toda la Tierra.

—Somos una isla, Dan. Si no sobrevivimos, nos hundimos en el mar. ¿A quién le importa un bledo Hawai? A nosotros. A nadie más.

—Escucha —dijo Dan—, el hotel es sólo una parte del problema. Tenemos los barcos, y sin barcos no existiría el hotel. Creímos en esto y lo creamos juntos. Te trajimos la gente. No nos eches el freno ahora.

—Dan, has cancelado tus viajes marítimos. ¿Por qué no te enfrentas a ello?

—Por unas semanas, sí. Estoy de acuerdo. Hemos construido una línea aérea... una de las pioneras de la industria. Quizás eso no signifique nada para ti ahora, pero algún día las líneas aéreas comunicarán estas islas con el continente, y será cuestión de horas, no días. Y, maldita sea, si no puedes cabalgar un sueño, ¿dónde estamos?

—Tú lo quieres gratis, Dan, y nosotros no podemos permitirnos ese lujo.

—¿Me darás tiempo para regresar y discutirlo con Mark?

—Dan, no son más que veinticinco mil pijoños dólares. Tú diriges un imperio de muchos millones, y aquí estamos discutiendo por unos cuantos miles. ¿Qué significa eso?

—Significa que andamos escasos de dinero en efectivo. Eso es todo.

—Está bien —accedió Noel—. Otras dos semanas.

Tras escuchar con abatimiento el informe de Dan sobre su viaje hawaiano, Mark preguntó:

—¿Dos semanas a partir de ahora o a partir de cuando te separaste de él? Oh, bueno, en realidad da lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque nada va a cambiar ni dentro de dos semanas ni de diez. ¿Sabes lo que está haciendo ese estúpido de Hoover? Promocionar la venta de manzanas. ¿Estás sin trabajo? Pues coge un cesto de manzanas y las vendes en la calle. A centavo la manzana, estás elevando la riqueza de la nación. En menos de un año, hemos descendido al nivel de chiflados.

—¿Y qué hay de Hawai? —insistió Dan.

—Dímelo tú.

—Supón que les mandamos veinticinco mil. Eso nos da otros seis meses.

—¡Por los clavos de Cristo! —estalló Mark—. ¿Dónde tienes la cabeza? En sólo un mes de funcionamiento perdemos más de veinticinco mil. Ese maldito hotel puede llevarnos a la quiebra. Está acabado. ¿No puedes entenderlo? Hemos perdido cien mil dólares en la Bolsa porque nadie quiere invertir dinero. La gente no va a Hawai. No va a Europa. No vuela en los malditos aviones. Se ha terminado.

Dan miró a Mark y vio cómo se le contorsionaba el rostro y se lo cubría con las manos.

—Lo siento —murmuró—. Estoy destrozado desde la muerte de Martha. Lo siento.

—No te preocupes —dijo afablemente Dan.

—¿Cómo puedo hablarte así?

—No te preocupes, muchacho —dijo Dan—. Tengo piel de rinoceronte, ya lo sabes. Si no me gritan, no oigo.

—Llevamos veinte años juntos. Nunca habíamos tenido una disputa.

—Entonces, necesitábamos una. Sé lo que sientes. Si no fuese ya un tipo gordo y de edad madura, me iría por ahí a emborracharme y armar una buena bronca en cualquier bar.

Mark movió la cabeza.

—Ya no podemos permitirnos eso, Danny.

—Cierto. Cuesta demasiado. ¿Sabes una cosa? Nunca me he sentido tan estúpido como allá, en las Islas, cuando le suplicaba a Chris Noel. Habrían bastado muy pocas palabras.

—¿Oh?

—Hubiera debido decirle: «Vete a la mierda, Christopher». No, debería haber sido más explícito. Debería haberle dicho: «Coge el hotel y métetelo por el culo». Tienes toda la razón, muchacho. Hacemos limpieza. Y no suprimimos los aviones. Reduciremos al máximo todos los gastos, reorganizaremos las travesías marítimas y nos concentraremos en la línea aérea y los almacenes. Aún no estamos hundidos. Diablos, para dos mugrientos chicos del Muelle del Pescador, no lo hemos hecho demasiado mal. Somos dos interesantes ciudadanos, Levy y Lavette. No nos subestimes.

—Hemos tenido nuestros momentos —convino Mark, forzando una sonrisa.

Stephan Cassala jugaba con su hijo, Ralph. El niño, con su pijama de lana, su pelo negro y rizado y sus grandes ojos oscuros resultaba casi demasiado perfecto para ser verdad. Stephan siempre le miraba con asombro, como si le estuviera viendo por

primera vez. A las seis de la mañana, el niño se le metía en la cama y le despertaba. Era una forma maravillosa de despertarse. «Raphalo», gruñía suavemente Stephan. El niño se deshacía en risas. Luego, los dos se arrastraban por el suelo del dormitorio, gruñéndose uno a otro y riendo, mientras Joanna los miraba complacida. Durante los seis últimos meses la vida había sido buena con ella. Era un alma generosa y había aceptado el terrible dolor de Stephan por la muerte de Martha Levy. Habían sido amigos de la infancia, y tenía derecho a sentir dolor. Luego, disipada su aflicción, él se había mostrado más amable que nunca con ella. Se había casado con un hombre bueno, le decía a su madre.

Ahora, después de jugar con su hijo, a Stephan se le hizo tarde para el desayuno, y sólo tomó una taza de café con Maria, que estaba lamentando el hecho de que debiera salir sin alimentarse, sin la fuerza necesaria para arrostrar cuanto fuera a depararle el día. Su padre se hallaba abstraído en la lectura del periódico de la mañana, ajeno a cuanto le rodeaba. A las siete y media, estaban en el coche, dirigiéndose hacia el Norte, hacia San Francisco. Era una mañana como cualquier otra.

En el coche, sin levantar la vista del periódico, Anthony dijo:

—Más de quinientos Bancos.

—¿Qué?

—Cerrados. Destruídos.

—Cosas que pasan.

—Podría pasarnos a nosotros —dijo Anthony.

—No es probable.

Más o menos, era la misma conversación que tenían todas las mañanas; la diferencia en esta ocasión radicaba en la muchedumbre que se había congregado ante el «Banco de Sonoma», en Montgomery Street.

Eran sólo las nueve, faltaba por lo tanto media hora para que se abriesen las oficinas, y ya había más de cien hombres y mujeres, silenciosos y de aire preocupado, reunidos ante el Banco, y la multitud iba aumentando. Anthony y Stephan se abrieron paso hasta el interior del edificio, donde Frank Masseti, yerno de Anthony, y director del Banco, les recibió con aire consternado.

—Parece un movimiento en masa para retirar fondos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Anthony—. En nombre de Dios, ¿por qué?

—¿No has leído el periódico?

—¿Que dos Bancos han cerrado en la península? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—No discutáis —dijo Stephan—. Hay pánico, papá, y nada más. ¿Quieres pagar?

—Antes me muero que dejar de pagar —respondió dramáticamente Anthony—. ¿Es mío el dinero? Somos un Banco, y pagaré hasta el último centavo.

—Piénsalo, papá. No estamos en condiciones de pagar hasta el último centavo. Ningún Banco lo está. Tenemos depósitos totales que ascienden a unos sesenta millones. Tenemos cerca de cuarenta y cinco millones en préstamos, y no podemos exigir esos préstamos hoy... ni mañana... ni pasado.

—¿Por qué no?

—¡Santo Dios, papá, no preguntes por qué! Lo sabes de sobra. Tenemos ochocientos mil con «Consuelo Oil». No hay hombre mejor ni más honrado que Sol Consuelo, pero no tiene ni veinte centavos en metálico. Y ése es sólo un caso. Todo este maldito país está pendiendo de un hilo. No puedes exigir hoy el capital de una hipoteca. Simplemente, no puedes.

—¿Cuánto dinero en efectivo tenemos aquí? —preguntó Anthony a Masseti.

—Sesenta mil.

—¿Y en la cuenta de «Crocker»?

—Ciento cincuenta mil.

—¿Y con Giannini?

—Setenta y cinco mil.

—Muy bien. Tenemos diez mil con el «First National» de Chicago, y quince mil en el «National City» de Nueva York. Telegráfíales inmediatamente, ahora. Stephan —dijo a su hijo—, vete a donde «Crocker» y saca los ciento cincuenta mil y luego, recoge los setenta y cinco mil de Giannini. Tenemos más de trescientos mil en efectivo. Las nueve y media, Frank, abre las puertas y empieza a pagar.

—Piensa un poco, papá, por favor —le rogó Stephan—. Es imposible que «Crocker» nos dé ciento cincuenta mil esta mañana.

—Es nuestro dinero y está depositado allí. Tienen que pagar.

—¡No, no tienen que pagar!

—¿Estás loco? —gritó Anthony.

—Papá, por favor, piénsalo bien. Son casi las nueve y media. «Crocker» es un gran Banco, pero ¿con cuánto dinero crees que disponen para abrir? Ciento cincuenta mil, doscientos mil quizá. No tienen que pagármelo a mí. Si me dan cincuenta mil, puedo considerarme afortunado.

—No, señor. Te darán lo que tenemos depositado allí.

—Papá, papá, sabes perfectamente que no. No tenemos por qué abrir a las nueve y media. Podemos poner un cartel diciendo que hoy abriremos a mediodía.

—¡No! ¡No! ¿Es así cómo me he hecho un nombre? ¿Una reputación? ¿Es eso lo que soy yo, Anthony Cassala? Recibo la sangre y el sudor de un pobre obrero y ahora le digo: «Vete al infierno, no puedes disponer del dinero que te has ganado con tu trabajo».

—¡Por amor de Dios, dame tres o cuatro horas!

—¡No! Frank —le dijo a Masseti—, son las nueve y media. Abre las puertas.

Pagamos saldos completos.

En el «Banco Crocker», el director le dijo a Stephan:

—Sabemos cómo te sientes, Steve, pero todo esto es una enfermedad, un contagio. Son las diez, y hemos despachado ciento cincuenta mil dólares. No hay asedio del Banco... todavía. Pero, si te doy ciento cincuenta mil, habida cuenta de que aún los tenemos, yo mismo causaré el pánico. Sólo hace falta que un cliente diga que estamos sin dinero.

—Has estado sin fondos antes de ahora. A todos los Bancos les ha pasado.

—Sí, pero no en 1930. Mira, dejaré que te lleves veinticinco mil.

—¡Oh, no! No. Eso es como firmar una sentencia de muerte.

—Por amor de Dios, ¿por qué no cierra tu padre el Banco?

—Porque está loco. Porque es un hombre de honor. ¿Cómo diablos voy a saberlo? La cuestión es que no quiere cerrar. ¿Qué tengo que hacer, ponerme de rodillas y suplicarte? Dalo por hecho. Estoy de rodillas y suplicando. Al otro extremo de la calle, algo por lo que yo he dado mi vida, está siendo destruido. Te estoy suplicando que me ayudes.

—Treinta mil.

—No es bastante.

—Steve, dame dos o tres horas y vuelve. Te prometo encontrar dinero.

—No. Tiene que ser ahora.

—Está bien. Te daré cuarenta mil, y quiera Dios que eso no me cueste el empleo.

—De acuerdo. Pero dentro de tres horas quiero ciento diez mil más.

—Steve, no me pongas entre la espada y la pared. Dentro de tres horas, todo San Francisco sabrá lo que está ocurriendo en tu Banco, y todos los Bancos de esta ciudad se aferrarán a su dinero como el propio Scrooge. Reuniré lo que pueda —y, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Nosotros tenemos cincuenta mil depositados en tu Banco. No los vamos a reclamar..., por si te sirve de ayuda.

—Estupendo. Bien, reúne el dinero, en billetes pequeños. Nunca has visto enfurecido a mi padre.

Con una cartera de mano rebosante de dinero, Stephan regresó presurosamente al Banco. El gentío apiñado ante el Banco era mayor aún y ahora había cuatro policías intentando poner orden entre los nerviosos impositores.

—¡Yo trabajo aquí! ¡Déjeme pasar! —gritó Stephan, forcejeando por abrirse paso y aferrado a su cartera llena de dinero.

Una vez en el interior del Banco, se reunió con su padre.

—Cuarenta mil de «Crocker». Es todo lo que le he podido sacar, y he tenido que suplicarles para que me lo diesen.

—Tienen que reintegrar nuestro depósito —exclamó airadamente Anthony.

—Ninguna ley le obliga a ello. Hay muchos depósitos que tienen que reintegrar.

Voy a visitar a Giannini.

Regresó con treinta mil dólares. Continuaban pagando todo, pero las arcas estaban casi vacías.

—Cierra las puertas —rogó a su padre.

Anthony le miró con expresión obstinada y movió la cabeza.

—Tienes que parar esto —arguyó Stephan.

—Frank está reintegrando el importe de nuestros bonos del Gobierno. Pagaremos a todo el mundo.

—No podemos pagar a todos. Son las once y cuarto, y cada vez hay más gente.

—Para las dos tendremos dos millones de dólares.

—Y luego, ¿qué?

Anthony Cassala movió la cabeza.

—Pagamos.

—Y nos destruimos a nosotros mismos.

—No. Recuperarán la confianza. Y el asedio cesará.

A mediodía, Stephan estaba en el despacho de Dan, argumentando con él y Mark.

—Aquí hay cien mil dólares en bonos del Gobierno. La ciudad está seca. Los clientes nos asedian reclamando sus fondos, pero cada Banco de la ciudad es un manojo de nervios y todos se aferran a su dinero como si fuese sangre. Ni siquiera podemos transformar en efectivo nuestros depósitos. Si pudieseis darme dinero en metálico por estos bonos...

—¡Al diablo con los bonos! —replicó Dan—. No tenemos dinero en metálico, Steve. Tú lo sabes.

—Pero los almacenes sí. Llegáis a hacer cuarenta o cincuenta mil en un solo día. Mark, si pudierais dejármelo sólo por veinticuatro horas..., o tomar estos bonos en garantía. Como queráis. Pero lo necesito ahora.

—¿Qué te parece? —preguntó Dan.

—Todo lo que tenemos, Steve. Hay unos diez mil en caja de las ventas de ayer..., vaciaremos las registradoras. Quizá, treinta, cuarenta mil...

—¡Dios os bendiga a los dos!

Stephan se apresuró a volver de nuevo al Banco con una cartera repleta de dinero, pero era como tratar de detener la marea con una sola mano extendida. A las tres, el Banco de Cassala cerró sus puertas. A las nueve y media de la mañana, las abrió de nuevo. Volvió a cerrarlas a las dos... agotadas ya todas sus reservas. No volvería a abrirlas nunca.

Al tercer día después de iniciada la afluencia de acreedores, Anthony Cassala sufrió un grave infarto de miocardio mientras se hallaba sentado en su despacho del «Banco de Sonoma». Para cuando la ambulancia llegó al hospital, ya era demasiado tarde, había muerto.

Después del funeral, hallándose con Dan y Mark en la casa de San Mateo, Stephan les dijo:

—Fue la mañana del segundo día de haber empezado el asedio de clientes, y debía de haber cuatrocientas personas delante del Banco. Estábamos papá y yo abriéndonos paso entre ellas, cuando va un hombre y le dice: «Por favor, míster Cassala», no con voz fuerte, sino quejumbrosa, como la voz de un hombre con un cuchillo hundido en el cuerpo, y hablándole en italiano. Yo le conozco ligeramente, es un siciliano, obrero, peón de construcción o algo así, y papá se para, y él le dice, no enfadado, sino manso: «Míster Cassala, no quiero molestarle. Usted tiene problemas. Yo tengo problemas. Llevo tres meses sin trabajo. Tengo esposa y cinco hijos. Pequeños. Todas las semanas saco diez dólares del Banco. Así vamos viviendo. Tengo setecientos sesenta dólares en el Banco, míster Cassala, ahorros del día que me casé. Es todo lo que tengo en el mundo. Sin eso, nos moriremos de hambre». Sin más. No estaba enfadado. ¿Sabéis? Yo nunca he pasado hambre. Con mi piojoso estómago, me resulta difícil comprender el hambre. Papá miró al hombre. Se llamaba John Galeno. Luego, papá le cogió del brazo y le hizo pasar dentro del Banco. «Págale a él primero, Stephan», me dijo. Luego, dijo a Galeno: «No te lleves el dinero a casa para guardarlo allí, ¿entiendes? Llévalo al Banco de Giannini, ¿comprendes? Mételo allí. Estará seguro». Eso no es un banquero. Dios Todopoderoso, ¿por qué decidió jamás ser banquero? La última cosa en el mundo que debía haber sido es banquero.

El frío en San Francisco puede ser tan frío como en cualquier otro lugar de la Tierra. Es un frío húmedo que avanza en los remolinos de niebla y fina llovizna y penetra hasta la médula de los huesos. Éste era uno de esos días, y Dan se ciñó el abrigo y metió las manos en los bolsillos mientras permanecía de pie en la esquina de California Street, en Nob Hill, mientras contemplaba cómo los obreros derruían la mansión Seldon, piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, viga a viga. El amplio comedor, donde él había estado por primera vez hacía tanto tiempo, su propio Monte Olimpo en que por primera vez había degustado la comida de los dioses, se encontraba ahora desnudo y descubierto, despegado el papel de las paredes y con todos los fantasmas del pasado privados de cobijo y gimiendo al viento.

Permanecía allí mirando, conmovido por lo que tenía ante sí, retenido como por una especie de imán a un pasado que carecía de sentido o significado. Finalmente, se volvió con un esfuerzo y descendió por la abrupta colina hacia Montgomery Street, pasando ante los vendedores de manzanas y los pedigüños, y vaciando sus bolsillos. Era fácil de enternecer. Una vez, hacía muchos años, Jean le había dicho, no sin aspereza: «¿Por qué tienes que darles dinero a todos los holgazanes que se te

acercan?». Pero él siempre había sido la otra persona, hecho que sólo vagamente comprendía. Su conciencia de sí mismo siempre había estado mal definida; sólo ahora que las cosas estaban llegando a su fin, empezaba a sentir, percibir y tocar la persona que era Daniel Lavette.

Los grandes almacenes estaban casi vacíos. Las cifras de ventas habían ido descendiendo constantemente durante todo 1930, y en una mañana fría y húmeda como aquella, las personas que aún disponían de dinero para comprar se quedaban en casa. Tomó el ascensor hasta las oficinas y oyó un alegre y radiante «buenos días» de su secretaria. Era una muchacha nueva, muy joven. Se llamaba Marion no sé cuántos. Nunca había sido capaz de recordar bien los apellidos.

—Le está esperando míster Levy. En su despacho —anunció—. Le ha llamado antes míster Anderson desde Nueva York. Volverá a llamar. No sabría decir qué quería comunicarle.

Martin Clancy, del «Banco Seldon», se puso en pie al entrar Dan en el despacho de Mark.

—Encantado de verte, Dan. Tienes un aspecto excelente.

Mark, se volvió al entrar Dan.

—Vaya un día asqueroso —comentó.

Dan se excusó por haberse retrasado. Se había detenido a echar un vistazo a la casa de Seldon.

—Resulta triste ver cómo van desapareciendo una a una las viejas casas —convino Clancy—. Pero eso es el progreso. No es posible detenerlo.

—Sí, están vendiendo manzanas en California Street —dijo Dan—. Eso también es progreso.

—Hemos estado hablando sobre la línea de crédito —habló rápidamente Mark—. Míster Clancy está preocupado por nuestra demora en el pago.

—Son sólo dieciocho días —replicó Dan—. En este mundo, el mejor de todos los posibles, Martin, dieciocho días no son nada que deba hacer perder el sueño.

—Es una idea halagüeña, Dan. Te aseguro que los dieciocho días pasados no me han hecho perder el sueño. ¿Pero qué hay de los dieciocho próximos días?

—Estamos hablando de un interés de medio millón de dólares. Si me preguntas así, de repente, si los tenemos, la respuesta es no. No los tenemos.

—¿Y cuándo los tendréis?

Dan miró a Mark, que se sentó a su mesa y miró a Clancy.

—Míster Clancy... —empezó.

—Sí.

Mark carraspeó.

—Hemos decidido pedirle una moratoria. No hemos tomado esta decisión a la ligera. Conoce usted nuestra situación tan bien como nosotros. Incluso a los bajos

precios actuales, tenemos una red que vale veinticinco millones de dólares. No me refiero a nuestras acciones, sino a nuestros bienes. Tenemos una de las líneas aéreas mejor dirigidas y situadas del país. Tenemos encargados doce nuevos y magníficos aviones. Contamos con una flota de barcos, unos grandes almacenes y varios de los mejores terrenos de los alrededores de esta ciudad. Hace dos años, todo eso habría valido treinta y cinco millones, de modo que cuando digo veinticinco millones estoy atribuyendo la cifra más baja posible a nuestro capital. Sin embargo, somos parte de lo que le ha sucedido al país. Dan y yo hemos pasado la vida edificando esto, y creemos que podemos salvar la crisis. Esto redundaría en su interés, tanto como en el nuestro. En cierto sentido, el «Banco Seldon» es nuestro socio.

—No. El «Banco Seldon» es su prestamista.

Dan se dio cuenta de que Mark había ensayado cuidadosamente su discurso. Clancy se mostraba frío y distante, y Dan pensó que hubiera dado cinco años de su vida por poder decirle: «Maldito y piojoso bastardo. Lárgate de aquí antes de que te eche». En lugar de ello, se oyó a sí mismo diciendo:

—Martin, Martin... nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ciertamente, eres nuestro prestamista. Y el Banco significa algo para mí, muchísimo más de lo que podrías imaginar. El día de mañana será de mis hijos. Lo que Mark y yo queremos y proponemos es lo mejor para el Banco.

—¿Cómo ves eso, Dan? Quieres una moratoria. El Banco renuncia a un millón de dólares al año en intereses, por el dudoso placer de asegurar dieciséis millones de dólares de su capital. ¿O estás sugiriendo que los intereses se hagan acumulativos?

—Eso sería irreal —adujo Mark—. Irreal e imposible. Usted lo sabe tan bien como nosotros.

—Si vendemos nuestros terrenos —dijo Dan—, podemos reducir considerablemente la deuda.

—¿Por qué no los habéis vendido?

—Tú sabes por qué, Martin, estamos luchando por sobrevivir. Sabemos lo que tenemos. Lo hemos creado. Si exiges la devolución de nuestros préstamos, ¿qué será de esta empresa?

—No hemos discutido eso. Pero, aunque liquidásemos, quizá fuera mejor la situación. La esencia de la Banca es el dinero. Estoy seguro de que lo sabes y espero que sepas también que ningún Banco se halla a salvo de lo que está sucediendo hoy día. Si declaramos una moratoria sobre tu préstamo, el hecho puro y simple es que dejan de existir dieciséis millones de dólares de nuestro dinero.

—No, no —replicó Mark—. No puede usted adoptar esa postura, míster Clancy.

—Pero debo hacerlo. Piden ustedes un regalo de un millón de dólares al año. No quiero parecer insensible ni cruel, pero los regalos no tienen nada que hacer en la Banca.

—No estoy apelando a tu generosidad, Martin. Estoy apelando a tu sentido común. Hemos vivido con esta Compañía.

—Has forzado demasiado las cosas, Dan. Si te hubieras conformado con un desarrollo enmarcado dentro de unos límites razonables, no te encontrarías en esta situación. Bien, expondré el caso al Consejo. De todas formas, no me incumbe a mí adoptar la decisión.

Cuando se hubo marchado, Dan dijo a Mark:

—¿Sabes? Si Tony estuviera vivo, no se habría producido esa estampida sobre su Banco... bueno, Tony está muerto. Y seguro que nadie más va a darnos medio millón con la sola garantía de nuestra palabra.

—¿Y si recurrieses a Jean?

—Es una idea interesante, ¿verdad? Después de marcharme de su lado, ha recibido una demanda de divorcio.

—¿Y...?

—No se opondrá.

—Nunca conocí muy bien a Jean —declaró Mark—. Siempre la consideré dura. Pero no vengativa.

—Es presidente de un Banco.

—Un Banco que es de tus hijos.

—Sus hijos.

Mark movió la cabeza.

—Te juro que no entiendo esa situación, Danny. Un hijo es un hijo.

—¿Quieres que hable con Jean?

—Si crees que puede servir de algo.

—No servirá.

—¿Entonces...?

—Podría ir a ver a Giannini. Era amigo de Tony.

—Danny —dijo Mark, sonriendo tristemente—, nunca fuiste muy brillante en cuestiones financieras. Poseemos el cincuenta por ciento de las acciones de esta Compañía, con un margen de diez acciones para constituir mayoría, así que decimos que poseemos el cincuenta y uno por ciento. Es lo mismo. Pero cuando sacamos las acciones a la Bolsa, ese cincuenta y uno por ciento se convirtió en garantía del préstamo. No podemos recibir ni un centavo de ningún Banco. No nos queda nada que ofrecer como garantía. Hace dos años, hubiera podido entrar en el Banco de Giannini y decirle que pagara a Seldon. Habría saltado de júbilo ante la oportunidad. Éramos unos mirlos blancos entonces. Hoy, te ofrecerá un vaso de vino, te dará unas palmaditas en la espalda y te dirá lo mucho que quería a Tony Cassala.

Permanecieron en silencio durante un rato. Luego, Dan dijo:

—Tengo una idea, muchacho.

- ¿Oh?
—Vámonos por ahí a emborracharnos tú y yo.
—Sólo son las once y media.
—Así disponemos de todo el día.
—Danny, hace veinte años que no me emborracho.
—Entonces ya va siendo hora, ¿no?
—Sí —asintió Mark.

Una semana después, Jean telefoneó a Dan y le invitó a almorzar con ella.

—Encantado —respondió Dan—. ¿Dónde nos vemos?

—Tenemos nuestro propio comedor aquí, en el Banco. Estaremos los dos solos, y la comida es muy buena, Dan.

Cuando le habló de la invitación a Mark, éste preguntó qué creía que podría significar.

- Sé lo mismo que tú.
—¿Cuánto tiempo hace que no la ves?
—Unos tres meses.
—No sé qué decirte —contestó Mark—. Simplemente, no sé qué decirte.
—No seas tan condenadamente noble. Dime que me ponga de rodillas y suplique.
—No.
—¿Lo dices en serio?

—¿Sabes una cosa, Danny? No tenemos nada de que lamentarnos. Cuando murió Martha, recibí un golpe tan fuerte como el que cualquier ser humano puede recibir en esta vida. Después de eso... bueno no hay nada peor. Ya ha sucedido todo. Sarah y yo hemos hablado sobre esto más de lo que hemos hablado nunca. Me importa y no me importa. Ayer, cinco mil parados se manifestaron en Nueva York, y la policía los apaleó. Hoy, se me ha acercado un anciano caballero de noble aspecto y me ha pedido que le ayudara porque no había probado bocado en dos días. Le he dado cinco dólares y luego me he dicho a mí mismo que lo que salvaba su vida, cinco piojosos dólares, no es nada para mí. Llevamos veinte años juntos en esto, y nunca hemos dedicado diez minutos a considerar el absurdo de todo el sistema. Quizás un Dios en el que no creo realmente esté haciendo las cosas a su manera. De todos modos, lo importante es que nos hemos mantenido unidos. Quizás es lo único decente que hemos hecho. Nunca he discutido realmente ninguna decisión tuya, y tú nunca has discutido realmente ninguna decisión mía. Así que no quiero que te arrodilles y supliques a nadie. Nunca lo has hecho antes, y éste no es momento para empezar.

Dan asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Aquella noche, en casa, Mark habló a Sarah de la llamada telefónica de Jean y de

su propia respuesta.

—¡Pobre Danny! —dijo ella—. No puede servir de nada. Así que no esperes nada, Mark.

Aun ahora, Dan no podía mirar a Jean y permanecer impasible. Una parte de él reaccionaba siempre... un sentimiento visceral que resultaba inexplicable y fuera de su control, un lazo que le ligaba a ella y que nunca podía romperse del todo; y tampoco había podido decidir jamás si era él quien había rechazado a Jean o Jean quien le había rechazado a él. May Ling había observado una vez, no sin cierta amargura y refiriéndose a Jean, que sólo las personas que sufren muestran los estragos de la edad, afirmación de la que Dan dudaba. Le había respondido que Jean sufría; era su forma de sufrir lo que él no entendía. Pero, fuera o no así, ella había cumplido ya los cuarenta años sin que hubiese disminuido su belleza. No había bolsas bajo sus ojos, ni arrugas en su rostro; quizá la piel se hallaba ligeramente más tensa sobre los finos huesos de su cara y se le notaran más las venas del dorso de las manos, pero, por lo demás, poco se diferenciaba de la joven de que se había enamorado. Llevaba un traje de sarga azul con una fina franja blanca; tenía la chaqueta abierta, dejando al descubierto una blusa blanca de seda, y su gran masa de cabellos color miel había quedado reducida a una melena corta, cambio que contribuía a su aspecto juvenil.

Era la primera vez que Dan entraba en su despacho en el edificio «Seldon» y quedó desconcertado ante el estilo de la estancia. Era distinto a todos los despachos que había visto jamás, con su pálida alfombra Aubusson y el brillante tapizado de los sillones y el sofá. Había dos Picassos en las paredes, y detrás de su mesa un enorme Monet que representaba unos nenúfares.

—¿Te gusta? —le preguntó Jean, al ver cómo lo miraba—. Lo compré en Francia. Es el único en San Francisco.

—Es muy grande.

—Sí, necesita mucha pared. Por eso es por lo que lo tengo aquí. Y es una pena. Debería estar donde pudiera verlo más gente. Estoy pensando en regalárselo al museo.

Le había recibido cordial, pero no calurosamente, y le había ofrecido la mano. Parecía regocijada por su reacción ante el despacho.

—Clancy y Sommers están horrorizados —le dijo—. No responde a su idea de lo que debe ser el despacho de un banquero. Pero es que tampoco yo tengo la misma idea que ellos de lo que debe ser el despacho de un banquero. Un día, vino aquí Giannini, lo observó detenidamente, todo, y, luego, me dijo: «Para usted, está bien». Creo que es el mayor cumplido que ha hecho jamás a una mujer. De todos modos, Dan, tú pareces resistir bien. Tienes el pelo un poco más gris... y has engordado,

¿no?

—Demasiada maldita cerveza.

—¿No has arrasado ningún otro bar?

—Me estoy haciendo demasiado viejo para eso.

—Sí, los dos nos estamos haciendo mayores, ¿verdad? Sentí mucho la muerte de míster Cassala. Sé que era un buen amigo tuyo.

Dan asintió con la cabeza.

—¿Cómo están los chicos?

—Vendrán a casa a pasar las vacaciones. Puedes verlos, ya sabes.

—Sí. ¿Se encuentran bien?

—Según mis últimas noticias, estupendamente.

—Me alegro.

—He reservado el comedor para nosotros. No habrá interrupciones. Creo que tenemos muchas cosas de que hablar y creo que los dos somos lo bastante civilizados como para tratarlas apaciblemente. ¿No estás de acuerdo?

—¿Que somos civilizados? Si crees que eso nos da puntos, sí, supongo que sí.

El comedor del Banco, con su larga mesa de caoba en la que podían comer a un tiempo todos los miembros del Consejo de Administración, tenía las paredes revestidas de madera de roble, así como cortinajes de terciopelo color vino.

—¿No es horrible? —dijo Jean—. Es el único lugar que no me atrevo a tocar. Si lo hiciera al viejo Sommers le daría un ataque al corazón. ¿No es extraño que construyamos una ciudad en el extremo del continente y tratemos de copiar todas las viejas costumbres de los ingleses? Nosotros no somos respetables y nunca lo fuimos, y, sin embargo, nos pasamos el tiempo tratando de demostrar que lo somos. He encargado sopa, chuleta de cordero y, de postre, tarta y helado. Absolutamente nada de pescado.

—¿Te has acordado de eso?

—Me acuerdo de todo, Dan.

—Ojalá no fuera así.

—¿Significa eso que te arrepientes de algo?

—Naturalmente, ¿quién no?

Ella le cedió la cabecera de la mesa y se sentó a su derecha, extendiéndose ante ellos la larga y vacía mesa. Bellos platos de fina loza reposaban sobre mantelitos de encaje. La plata era de ley. La cristalería, Waterford. El camarero de la chaqueta blanca servía con discreción y eficiencia, y la comida era excelente.

—Rara vez como aquí —explicó Jean—. Este lugar me oprime..., especialmente esta enorme mesa.

—Tu padre tenía una igual.

—Quizá sea por eso. Han derribado la casa, ¿lo sabías?

—Sí. ¿Te ha dado pena, Jean?

—Sí y no. No siento demasiado apego al pasado. Por otra parte, están derribando todo en Nob Hill. Había pensado en formar un comité para comprar algunas de las viejas casas y conservarlas. Pero supongo que no es el momento más adecuado para tratar de recaudar dinero.

—Eso es evidente.

—Sí. Dime una cosa, Dan. Si míster Cassala estuviese vivo y su Banco no hubiera quebrado, ¿te habría dado el medio millón?

—Sí.

—¿Seguro? ¿Nada de quizás, o acaso?

—No. Si se lo hubiera pedido, me lo habría dado.

—¿Sin garantía?

—Mi palabra.

—Es interesante. Pudiste establecer una relación así con otro hombre, pero no con una mujer, ¿verdad, Dan?

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy segura. A veces me pregunto cómo sucedieron las cosas entre nosotros.

—Sucedieron, Jean. Eso es todo. Sucedieron.

—¿Me odias?

Dan se echó hacia atrás en su asiento y sonrió.

—Menuda pregunta. No, no te odio. No estoy suavizando nada... sólo haciendo constar un hecho. Mira, cuando me telefoneaste, no tuve la menor duda de lo que significaba.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿De que voy a pedir la devolución de los préstamos?

—Sí —vaciló, observándola—. ¡Cristo, eres una mujer condenadamente guapa!

—Gracias.

—Sólo que... ¿por qué aquí? Podrías haber mandado una carta certificada, o enviar a ese recadero, a ese tal Clancy. ¿O necesitabas este momento, Jean? ¿Resultaba demasiado sabroso para desperdiciar la ocasión?

—Eso es impropio de ti, Dan. Has sido un bastardo, pero nunca mezquino. Nunca has pensado ni actuado con mezquindad, y sabes perfectamente que yo tampoco. No te pedí que vinieras aquí para montar una venganza barata ni para representar alguna romántica estupidez. Te pedí que vinieras aquí porque consideraba que debía decirte esto yo misma: cara a cara.

—¿Sin encontrar placer en ello? Sólo cumpliendo tu deber como presidente del «Banco Seldon».

—No tenemos alternativa.

—Podrías concedernos seis meses.

—Y entonces serían un millón de dólares, que no tienes.

—Está bien, Jean. Reclamas los préstamos. ¿Y luego?

—Liquidamos lo que tenemos y tratamos de administrar cuidadosa y prudentemente lo que quede.

—Bien, has aprendido la jerga —convino Dan—. Cuidadosa y prudentemente..., todo lo contrario de mis lunáticas operaciones.

—No, no. Quisiera ser franca y sincera contigo. Hemos sostenido conversaciones con Grant Whittier. Tu línea de navegación vale doce millones. Él la comprará.

—¿Con qué?

—Tiene una organización de sesenta millones, Dan. Tiene crédito con «Crocker» y «Wells Fargo». Nosotros le daríamos el resto. Nos reintegramos de doce millones, y eso nos sitúa fuera de la zona de peligro.

—¿Sabes lo que me estás diciendo?

—Lo sé, Dan. Sé que desprecias a Grant Whittier. Pero sus barcos continúan transportando carga, y su Compañía obteniendo beneficios. Los tuyos están amarrados.

—¿Y el resto?

—Nos quedaremos con la línea aérea, el almacén y los terrenos. Estoy de acuerdo contigo respecto a los viajes por aire. Siempre lo he estado. No quiero destruirte, Dan. Quiero que vivas.

—¿Y cómo te propones lograrlo?

—Te pido que te quedes, que dirijas la compañía. Te pagaremos bien, cuarenta mil al año para empezar, gastos aparte, naturalmente. Puedo ser objetiva acerca de tus cualidades, y, con nuestro Consejo para evitar que te desboques, creemos poder enderezar las cosas.

—¿Y qué hay de Mark Levy?

—Mark Levy no es nada. Tú lo sabes. Es un contable glorificado y nunca ha sido nada más. No le estoy denigrando. Simplemente, estoy exponiendo un hecho que tú conoces tan bien como yo... o mejor.

—Eres extraordinaria. Mi querida Jean, eres extraordinaria.

Ella conocía los signos de la ira. Los había visto con demasiada frecuencia en el pasado, y se apresuró a decir:

—No quiero que esto degenera en una de nuestras disputas, Dan. Se trata de una reunión de negocios, y estoy haciendo todo lo posible por mantenerla a ese nivel. Me he esforzado por ser justa y no ofenderte.

—Supongo que sí —respondió él, con voz pausada. Hizo una profunda inspiración y movió afirmativamente la cabeza—. Está bien, Jean, haré todo lo

posible por no enfadarme y aceptaré esta discusión tal como tú la planteas. Mark Levy es mi amigo y mi socio. Llevamos juntos veinte años. ¿Qué debo decirle?

—¿No es ésa una cuestión que debes decidir tú, Dan? Si diriges la Compañía, puedes emplearle o no, según te parezca más adecuado.

—¿A setenta y cinco dólares semanales como contable?

—Si quieres. O con el sueldo que puedas justificar.

—¿Ante ti?

—Ante el Consejo de Administración.

—Y si quiero mear —manifestó reposadamente—, tengo que justificarlo ante el Consejo de Administración.

Jean apretó los labios y guardó silencio. Entró el camarero y se llevó los platos.

—Lo siento —dijo Dan—. No tenía derecho a decir eso. Estás haciendo todo lo que puedes.

—Muy bien. ¿Podemos ahora continuar esto de una manera civilizada?

—Sí.

—He formulado una propuesta. No me has dado tu contestación.

—¿Sabes, Jean? —dijo él, pensativamente—. Llevo varias semanas tratando de averiguar por qué entré en este juego. Al principio, me parece, solamente te deseaba a ti, y habría reducido a cenizas a toda esta maldita ciudad por tenerte. O quizá no. Luego deseaba Nob Hill. O quizá no. Acaso estaba vacío por dentro y tenía que llenarme de algo. Nunca he reflexionado realmente en lo que significa en este país ser judío o italiano o irlandés o chino o negro o mexicano, así que no hay forma de que pueda intentar decírtelo. El único modo en que puedo explicarlo es decir que hice lo que tenía que hacer debido a mi forma de ser. El dinero me importaba un bledo. Nunca me ha importado el dinero. Desde el principio mismo, pagamos los salarios más altos del ramo, cualquiera que fuese éste. Somos la única gran empresa de esta ciudad que nunca se ha visto enfrentada a una huelga. Y tampoco era el poder. Oh, me gustaba el poder, pero no se trataba de eso...

—Nos estamos alejando del tema, Dan —le interrumpió ella.

—No realmente —respondió Dan—, no realmente, porque ésta es la forma en que tengo que contestar. De todos modos, era hora de que sostuviéramos una buena conversación. No lo habíamos hecho desde hace años.

Ella suspiró.

—Sigue.

—La respuesta a mi pregunta, Jean, era el juego mismo. Era un juego de niño. O se tiene la oportunidad de ser niño cuando se es niño, o uno no madura nunca. Yo no fui niño jamás. Mi corazón sangraba por mi padre. ¡Dios, cómo lo amaba y lo odiaba! Tenía una hernia, nunca te lo había dicho. A los ocho años, yo salía en la lancha para ayudarle, y se me ensangrentaban las manos al contacto con la red. No dejes que

nadie te diga nunca que la pesca comercial es un deporte o una diversión. Y él nunca cogía dinero para hacerse reducir la maldita hernia. Tenía que ahorrar hasta el último centavo para comprarse una ¡lancha propia, a fin de que su hijo llegara a ser algo! ¡Mierda! ¿Por qué no me dejó ir a la escuela si quería que su hijo fuera algo? ¡Oh, Cristo, no pretendo abrumarte con esto! Sólo estoy tratando de explicar. Cuando murió, me dije a mí mismo: Al diablo con su sistema. Es un juego, y se juega para ganar, no para deslomarse trabajando. Ésa es toda la respuesta. La diversión estaba en el juego. Yo era un niño y seguí siendo un niño. Tú eras parte del juego, y Nob Hill lo era también, y las personas contra las que jugaba eran los elevados y poderosos, los Whittier, los Clancy, los Sommers, los Seldon, los Brocker y los Callan. Yo jugaba en su campo y de acuerdo con sus reglas, un inmigrante del sur de Europa, criado en los muelles, y un judío que era su socio. Bien. El juego ha terminado. En algún momento a lo largo del camino, me hice adulto. Quizá no del todo, pero sí más o menos. Jean, te juro que aprecio lo que has intentado hacer hoy, pero no quiero dirigir ninguna maldita Compañía. Lo harías tú misma y este precioso Banco tuyo. No sirvo para director. He sobrevivido hasta ahora porque tenía a Mark Levy y a un chino llamado Feng Wo que controlaban las cosas y lo mantenían todo en orden. No, no quiero, pero gracias.

—¿Es tu última palabra? —preguntó ella con suavidad.

—Creo que sí.

—No me opondré al divorcio. Ya lo sabes.

—Sí. Gracias.

—Concertaré una entrevista con Thorndyke. ¿Sigues siendo Sam Goldberg tu abogado?

—Sí, pero no quiero ninguna reunión con abogados.

—Es necesario, Dan. Tú lo sabes. Las leyes de este Estado determinan la comunidad de los bienes conyugales.

—Si te refieres a la casa de Russian Hill o cualquier otra cosa tuya, no la quiero. No quiero la casa ni nada de cuanto hay en ella. Dile a Thorndyke que redacte un documento de renuncia, y lo firmaré.

—¿Por qué? ¿Tanto dinero tienes que puedes permitirte tirarlo?

—Tengo suficiente.

—¿Dónde? Tienes ochocientos dólares en tu cuenta personal en este Banco.

—Te he dicho que tengo suficiente, Jean.

—No puedes hacer las cosas así. Tenemos dos hijos. Hay problemas que resolver.

—Sólo si yo creo los problemas, Jean.

—¿Y los derechos de visita?

—Si los chicos quieren verme alguna vez, no creo que tú te opongas, ¿verdad?

—No, no me opondría.

—Entonces, dejémoslo así, Jean. —Se levantó—. Ha sido una comida excelente..., como prometiste. Gracias.

Jean se levantó también y le acompañó hasta la puerta. Al llegar allí, Dan se detuvo, la miró unos instantes y, luego, se inclinó y la besó en los labios.

—No para mí, Danny —declaró ella—, pero eres un tipo fantástico.

—A veces. Pero no te fíes.

—No, Danny. Ya no.

Barbara Lavette bajó de Boston a Princeton para pasar el fin de semana y presenciar el partido Yale-Princeton. Su hermano, Tom, que estudiaba primer curso en Princeton, le había reservado una habitación en la «Princeton Inn» y concertado una cita para el fin de semana con un graduado llamado Robert Toad, que era miembro del «Ivy», posiblemente el más prestigioso de los clubs de los contornos. Tom había presentado ya su solicitud de ingreso en «Ivy», y nada de esto perjudicaba su causa. Se había dispuesto ya lo necesario para la cena de aquella noche en el club, componiéndose el cuarteto de Toad, Barbara, Tom y la chica de éste, Peggy Dutton, amiga de Barbara y estudiante de primer curso en «Wellesley». Los preparativos habían sido prolongados y complejos y habían estado a punto de fallar, pero todo había resultado bien al final. Las dos muchachas se protegerían mutuamente, y, como los Dutton tenían un lejano parentesco con los Asquith —la abuela de Tom había sido una Asquith de Boston—, la familia de Peggy quedó finalmente satisfecha. Tom había asegurado a Robert Toad que su hermana era una chica soberbia y que no se sentiría decepcionado, pero hasta el propio Tom quedó asombrado al encontrarse con su hermana después de tres meses sin verla.

Sin haber cumplido aún los diecisiete años, Barbara Lavette era casi tan alta como su madre. Sus cortos cabellos tenían el mismo color melado, sus grandes ojos grises eran fríos e inteligentes y su rostro se moldeaba sobre la misma sólida estructura ósea. Peggy Dutton, un año mayor, pequeña, rechoncha, atractiva, parecía anodina en comparación. Ambas muchachas estaban excitadas, no sólo por el hecho de su primer fin de semana, sino también por el aspecto que ofrecía la ciudad de Princeton.

—¡Es fantástico! —exclamó Barbara—. ¡Qué lugar tan maravilloso!

Tom las acompañó, para ayudarles con el equipaje, hasta su alojamiento, explicando que Robert Toad habría ido también a recibirlas, pero que tenía un compromiso en el club.

—Te gustará el *Sapo*^[2] —le dijo Tom a Barbara—. Desde luego, yo no le llamo así en la cara. Pero es como le llaman sus amigos.

—¡Qué nombre tan horrible!

—En absoluto. Fue a Lawrenceville, y nombres como ése son señal de distinción

allí. Ojalá hubiera ido yo también allí, en vez de a un agujero como Groton. Es alto y atractivo.

—Espero que sea más alto que yo.

—Desde luego.

—Yo no quiero hombres altos —declaró Peggy Dutton—. Tom tiene el tamaño exacto.

Una vez en la habitación de la posada, Tom sacó del bolsillo una botella, con el aire de un prestidigitador extrayendo un conejo de un sombrero.

—El buen proveedor. Hace frío afuera, y en las tribunas hará más frío aún.

—No quiero que me huela a eso el aliento —replicó Barbara.

—Es vodka. No huele. De todos modos, a el *Sapo* no le importará. No hay abstemios en «Ivy».

Brindaron los tres por la victoria de Princeton.

—¿Bebemos por el divorcio de mamá? —preguntó Tom a su hermana—. Llegó ayer. ¿Lo sabías?

Barbara miró a Peggy y luego a su hermano.

—Soy casi de la familia —dijo Peggy—. Tom me ha introducido. No hay secretos para mí. Ya sabes, soy una especie de prima lejana vuestra..., o algo así.

—Una primita deliciosa. Mamá me llamó ayer, Barby. Muy civilizada.

—¿Adonde ha ido él? —preguntó Barbara, con tono vacilante.

—Me importa un rábano.

—¡No hables así! —exclamó Barbara.

—¿Qué te ocurre? También es mi padre, y ha sido un perfecto hijo de puta.

—¡Chicos, chicos! —intervino Peggy—. No quiero participar en una riña de familia. Hoy día, todo el mundo se divorcia, y si se hace de un modo adecuado y civilizado, todo va bien.

Barbara miró a su hermano y a Peggy Dutton y, de pronto, se le contorsionó el rostro y empezaron a fluir las lágrimas.

—¡Barby, querida! —exclamó Peggy, abrazándola—. ¿Qué he dicho? Perdóname, por favor.

Para la hora del partido, Barbara se había recuperado ya y no podía explicar su acceso de llanto, ni siquiera a sí misma. Robert Toad era alto, atractivo y de modales fascinantes.

—Muchacho —le cuchicheó a Tom—, es la primera vez que voy a ciegas a una cita con una chavala y no me resulta un petardo. Ésta es una auténtica muñeca.

Había llevado consigo al partido un botellín de lo que aseguraba era «el mejor whisky escocés de importación» que no se podía comparar con el matarratas que llevaba Tom. A Barbara le desagradó el gusto del licor, y tosió y se atragantó cuando Toad le puso el botellín en los labios.

—Necesitas práctica, muchacha. No te fuerces. Deja que baje con suavidad.

Se hallaban cubiertos con una gran manta de viaje, y las manos de Toad estaban ya tanteando los muslos de Barbara. Luego, deslizó la mano alrededor de ella hasta tocarle el pecho. «Oh, Dios mío —pensó ella—, ¿qué hago ahora? Si abro la boca, se desvanecen para Tom las posibilidades de entrar en “Ivy”, y, por la forma en que habla, desea más ardientemente ingresar en “Ivy” que meterse en la cama con Peggy». No es que ella se opusiera a la práctica de ciertas libertades, pero había decidido hacía tiempo que sería ella quien eligiera, y aquel alto, delgado y locuaz jovencuelo no era, decididamente, su tipo. Se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Por favor, ándate con cuidado, porque tengo herpes en los pechos.

—¿Herpes? —preguntó él, también en un susurro—. ¿Qué diablos es eso?

—Una especie de enfermedad venérea. No tan grave como la sífilis, pero es terriblemente contagiosa, y nunca me lo perdonaría.

—Eh, vosotros, no os conocéis desde hace tanto tiempo como para ponerlos a cuchichear —dijo alegremente Peggy Dutton—. Venga, levantad la voz.

La mano derecha de Toad se alejó del pecho de Barbara, y la izquierda se separó del muslo. Ambas manos aparecieron por el borde de la manta de viaje, al tiempo que se apartaba un poco de Barbara, y durante el resto del día se mostró frío y ceremoniosamente cortés. En el baile, después de cenar en «Ivy», no la eligió de pareja ni una sola vez, contemplando con semblante hosco cómo Barbara elegía una y otra vez entre el grupo de hombres que se apiñaban a su alrededor. Pasó la noche emborrachándose y, cuando Tom le preguntó si quería ir con él para acompañar a las chicas a la posada, le dijo:

—El placer es tuyo, muchacho. Y gracias por nada.

Era una hermosa noche de otoño. A lo lejos, en dirección a Blair Arch, un grupo de muchachos cantaba *Volviendo a Nassau Hall*. Brillaba la luna en el cielo, y el viento susurraba en las hojas secas que se aferraban a los arcos de la Prospect Avenue.

—Es fantástico, completamente fantástico —suspiró Peggy.

—¿Qué os ha pasado a ti y a el *Sapo*? —preguntó Tom a su hermana.

—Ni idea. Pero lo he pasado maravillosamente.

—No ha bailado contigo ni una sola vez.

—Ya me he dado cuenta.

—¿No ha intentado propasarse? Estaba preocupado por eso, pero suponía que serías capaz de defenderte. No es que sea animal, pero es muy famoso en «Ivy».

—Ni una sola vez.

—Bueno, ahí tienes —dijo Tom—. Nunca se sabe.

En la posada, Barbara les dijo que subieran a la habitación mientras ella hacía una llamada telefónica.

—¿Puedes prometernos media hora de intimidad? —preguntó Tom, sonriendo.

—No le hagas caso —intervino Peggy, sin mucha convicción.

—Sí, os prometo media hora de intimidad.

Subieron la escalera, y Barbara entró en la cabina telefónica y llamó a su casa de San Francisco en conferencia de cobro revertido. La voz de Jean, embotada por el sueño y la confusión, dijo que sí, naturalmente, que aceptaría una llamada de Barbara Lavette.

—¿Qué ha ocurrido, querida? ¿Estás bien? Son las once aquí.

—¡Oh, no sabía! Perdona, mamá..., nunca pienso en la hora.

—¿Te encuentras bien? ¿No estás herida ni enferma?

—Estoy perfectamente, supongo. No sé.

—Bueno, ¿por qué llamas?

—Porque te has divorciado de papá.

—Querida, sabías que eso iba a llegar.

—¿Por qué?

—No puedo hablar de esto por teléfono, querida. Dentro de poco vendrás a pasar las Navidades en casa, y ya hablaremos entonces. Créeme, es lo mejor para todos. ¿Estás llorando?

—Sí —contestó Barbara.

—¿Pero por qué? Siempre estabas irritada y enojada con él. Nunca comprendiste por qué continuaba con él.

—Lo sé.

—Barbara, querida —dijo Jean—. Estoy medio dormida. No sé qué decirte.

—¿Volveremos a verle alguna vez? —preguntó lastimeramente.

—Sí, desde luego.

—Estás enfadada conmigo.

—No, querida. No lo estoy.

—Muy bien.

—¿Dónde estás?

—En la posada de Princeton. Peggy Dutton y yo hemos venido a pasar el fin de semana con motivo del partido de rugby. Pero no me voy a quedar. No quiero quedarme. Volveré a Boston mañana.

—Entonces, te llamaré mañana por la noche a Boston.

—Si quieres...

—Sí, quiero. Por favor, niña, no llores por esto. Es algo que tenía que suceder.

—¿Dónde está papá?

—En el «Fairmont», supongo. Donde ha estado casi todo el año pasado.

—Está bien. Buenas noches.

Dan fue a San Mateo para vender su embarcación. Había permanecido fuera del agua durante los ocho últimos años y necesitaba reparaciones, y era una época en que la gente no mostraba grandes deseos de comprar embarcaciones. Fred Marsha, que estaba al frente de los muelles, ofreció a Dan ciento cincuenta dólares, que éste aceptó. Luego, se dirigió a casa de los Cassala, donde le esperaban a cenar. Maria Cassala le abrazó y en seguida empezó a llorar. La dejaron sentada en la cocina, sollozando. En el cuarto de estar, Dan cogió en brazos a Ralph, mientras Joanna le miraba con adoración.

—La vida sigue —dijo Stephan—. Mamá llora y va a la iglesia. Ha establecido toda una marca en velas. Lloro por papá y lloro por tu divorcio y por tu alma inmortal.

—¿Cómo puedes hablar así? —dijo Joanna—. Es el dolor que siente.

—¿Puedes mantener la casa? —quiso saber Dan.

—No estaba hipotecada. Papá tenía un seguro. Soy muy afortunado. Tengo un empleo en «Wells Fargo», y vamos tirando, Dan.

—Bueno, tú tienes el chico y tienes una buena esposa. En cuanto a mi alma inmortal..., bien, la dejé abandonada en algún punto a lo largo del camino de Nob Hill.

—Lo siento, Danny. Detesto oírte hablar así.

Unas horas después, Stephan acompañó a Dan hasta su coche.

—Danny —dijo—, no dejes que ésta sea la última vez. Vuelve, por favor.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Pero me da la impresión de que no volveremos a vernos.

—Claro que volveremos a vernos.

—¿Sabes en qué he estado pensando todo el día? En cuando, después del terremoto, entraste en nuestra cocina y vaciaste el dinero de tus bolsillos.

—Eso fue hace mucho, mucho tiempo, Steve.

—Supongo que sí. Tómatelo con calma, Dan.

Al día siguiente, Dan vendió su coche. Era un «Cadillac». 1929, pero, al igual que el de las embarcaciones, el mercado de «Cadillac» estaba saturado. El comerciante que le dio setecientos dólares le dijo:

—Le pago el máximo posible, míster Lavette, créame. Este coche permanecerá en mi local durante los seis próximos meses.

Se despidió del «Fairmont». La cuenta ascendía a seiscientos sesenta y dos dólares. Pagó en metálico y luego cargó sus maletas en un taxi y se las llevó a su despacho. Allí, se sentó a su mesa, mirando las maletas, con la mente extrañamente en blanco. Tenía la sensación de hallarse suspendido en el tiempo.

Entró Mark y miró las maletas.

—¿Vas a alguna parte?

—Me he marchado del «Fairmont». ¿Puedes alojarme unos días?

Mark asintió.

—¿Todo en orden?

Mark volvió a asentir con la cabeza.

—¿Y los cuadros? —preguntó, señalando las paredes—. ¿No los quieres?

—No.

—Son tuyos.

—Supongo que sí. Quedan bien donde están.

—Ayer estuve con Fred Blankfort, el nuevo gerente de los almacenes. Lo hará bien. Polly Anderson se queda, y sabe tan bien como yo cómo está todo. Buckley se ha hecho cargo de la línea aérea. Sam Goldberg se ha pasado todo el mes trabajando con Thorndyke y su equipo, y todo está bajo control.

—¿Quién le paga a Goldberg?

—La Compañía. Thorndyke dio su conformidad.

—¿Y eso lo liquida todo? —preguntó Dan.

—Casi. La gente de Whittier se está haciendo cargo de la sección de Nueva York.

—Supongo que despedirán a todo el mundo.

—No hay nada que podamos hacer respecto a eso.

—Entonces, podemos largarnos ya.

—Desnudos vinimos, desnudos nos vamos —manifestó Mark, sonriendo tristemente—. Voy a despedirme de Polly.

Polly Anderson se echó al cuello de Mark, llorando abundantemente.

—No es justo —sollozó—, es horriblemente injusto. No hay derecho.

Salieron del edificio, Dan llevando sus dos grandes maletas.

—Once trajes —explicó a Mark—. Dos docenas de camisas. Seis pares de zapatos. Treinta corbatas, por lo menos. ¡Dios Todopoderoso, no sé por qué me llevo todo esto!

—Lo usarás.

—Lo dudo.

En el transbordador que les llevaba a Sausalito, Mark preguntó a Dan qué había hecho con su coche.

—Lo he vendido. Setecientos cincuenta pavos.

—¿Por ese «Cadillac»? Estás loco.

—Nadie quiere un «Cadillac», muchacho. No me ha resultado tan mal. He pagado la cuenta del hotel, no debo un centavo a nadie y aún tengo unos ciento veinte dólares en el bolsillo.

—Espera un momento. ¿Qué hay de los bienes comunes?

—Firmé una renuncia. Jean se queda con todo.

Mark guardó silencio un rato; luego dijo lentamente:

—Está bien. No haré ningún comentario sobre eso.

—Estupendo, porque no tengo intención de hablar de ello.

—¿Cómo has quedado? ¿Cuánto tienes en el Banco, en tu cuenta personal, si no te importa que te lo pregunte?

—No me importa.

—¿Bien?

—Nada. Cancelé la cuenta.

—¿Quieres decir que estás arruinado, Danny?

—Diablos, no. Como te he dicho antes, aún tengo ciento veinte dólares en el bolsillo.

—¡Estúpido bastardo!

—Te estás mostrando muy duro conmigo, muchacho.

—¡Dios mío, Dan, no tiene sentido, no tiene sentido en absoluto! Bueno, gracias a Dios, Sarah y yo no estamos arruinados. Tenemos guardado algún dinero, y la casa está libre de cargas. Tenemos suficiente dinero para no morirnos de hambre.

—Mark —dijo Dan, con firmeza—, no volveremos a hablar de esto. No me ofrezcas dinero. ¿Entiendes? No volveremos a hablar de dinero... ni entre nosotros ni con Sarah.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—De acuerdo, si es eso lo que quieres.

Sarah había preparado carne guisada con patatas, cebollas, zanahorias y espinacas, tomate en rodajas, pan casero y queso con tarta de manzana. Dan se sentó en la vieja cocina embaldosada, con las mangas remangadas y comió abundantemente y con fruición, regando la comida con vino de Jake, despreocupado, tranquilo y relajado, como Sarah no le había visto en muchos años. Mark también estaba menos tenso, más relajado de lo que había estado en todo el tiempo transcurrido desde la muerte de su hija.

—La verdad es —declaró— que ha sido más difícil dar término a todo esto de lo que fue montarlo. No puedo creer que haya acabado.

—Beberé por eso —dijo Mark.

—No entiendo —intervino Sarah—. En un mundo en que los hombres se tiran por la ventana porque están arruinados, vosotros lo estáis celebrando.

—Tiene su explicación —replicó Mark—. Aunque sólo sea porque al fin se ha terminado.

—¿Y Jean? —preguntó Sarah.

—¿Jean? Estamos divorciados.

—Ella os ha hecho esto.

—Bueno, no realmente —dijo Mark—. Nadie nos lo ha hecho. Fue algo que

sucedió y, una vez que empezó a desarrollarse, no había manera de detenerlo.

Dan durmió hasta bien entrada la mañana siguiente. La fatiga y la tensión se habían ido acumulando en él, y permaneció en la cama hasta mediodía, recreándose en el hecho de que no tenía nada que hacer, ningún sitio al que ir, ninguna obligación, ningún compromiso, ningún plan. Sarah estaba sola en la cocina. Preparó tres huevos con tocino y patatas fritas, y Dan comió todo lo que le puso delante.

—Danny, no has comido desde que eras niño.

—¿No? Supongo que no. ¿Dónde está Mark?

—Ha bajado a la Marina. Hay allí una tienda de aparejos de pesca que cree que podría comprar. Le daría algo que hacer. Ojalá se lo hubiera tomado con calma, pero supongo que eso es algo que hay que aprender cuando se es joven.

—Se lo ha tomado mejor de lo que yo imaginaba.

—¿Y tú, Danny? ¿No te da pena?

—Claro que me da, pero no demasiada. Para mí terminó antes que para Mark. Luego, lo hacía todo de manera puramente mecánica. Lo curioso es que no me importa en realidad.

—¿Y ahora?

—No sé. La verdad es que no quiero pensar en ello.

—Quieres decir que no quieres pensar en May Ling.

—Quizás. Hace más de dos años que no hablo con ella.

—Eres un necio —le criticó Sarah—. Es inútil hablar con un necio. Tú y Mark sois como niños.

—Supongo que la mayoría de los hombres lo son. Quizás es por eso por lo que embrollamos las cosas como lo hacemos.

Después de comer, Dan bajó al pueblo y entró en una tienda de ropa de trabajo. Compró un par de pesados zapatos de goma por cuatro dólares, dos pares de pantalones de mahón y dos camisas azules de algodón. Pagó por todo diez dólares y cincuenta centavos. Añadió a sus compras una pequeña bolsa de lona y luego pagó otro dólar por cuatro excelentes cigarros habanos. Era la primera vez en veinte años que compraba algo pagándolo en metálico, sabiendo que lo que llevaba en el bolsillo era todo cuanto tenía, y si bien le proporcionaba una extraña sensación, le deparaba también un cierto alborozo. Mientras se fumaba uno de los cigarros, regresó a casa de Mark lenta y pausadamente, formando parte de la carretera por la que caminaba y de la radiante y soleada tarde. Se hallaba próximo a cumplir los cuarenta y un años, pesaba cinco kilos de más, pero gozaba de buena salud y era completamente libre. Eso era algo que no podía explicar a Mark y Sarah. El asunto de los bienes gananciales —esa peculiar ley de California que dividía a partes iguales los bienes personales de un hombre y una mujer cuando se divorciaban— era la trampa. Jean le habría dado gustosamente cien mil dólares, quizá más, por dejar intacta la casa de

Russian Hill y cuanto había en su interior y permitir que continuara en poder de ella; y luego todo de nuevo empezaría; y si algo había aprendido él en la vida, era a no tocar la trampa. No había otro camino a la libertad, ni otra salida de la extraña e incomprensible locura que había sido su vida durante los veinte últimos años; y él lo sabía aun sin ser capaz de definir el hecho ni el contenido de la locura. Los barcos, los aviones, los inmuebles, las cuentas deudoras, el mundo en que uno compraba lo que deseaba, comida, mujeres, ropas, transporte, y nunca preguntaba el precio ni pensaba dos veces en él... ese mundo era tan irreal como un sueño. Se había terminado.

Al bajar de su cuarto a la mañana siguiente, llevaba los zapatos de goma, los pantalones de mahón y la camisa azul de algodón. Mark y Sarah le miraron con curiosidad.

—Me marcho después de desayunar —les dijo.

—¡No! —exclamó Sarah—. Ahora no. No tan de prisa, Danny.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Mark.

Dan se encogió de hombros.

—Todavía tengo que decidirlo.

—¿Volverás, Danny?

—Sí, alguna vez.

Cuando se disponía a salir, llevando la pequeña bolsa de lona que contenía el otro par de pantalones y la camisa, varios calcetines y ropa interior, y con una vieja chaqueta de cuero, Sarah se abrazó a él, sollozando. Luego, Mark le llevó en coche hasta el transbordador y, después, a la estación de autobuses.

—He dejado dos maletas en el cuarto de invitados —le dijo a Mark—. Quédatelas, ¿quieres?

—No puedo hablar contigo. Eres una condenada mula. No te preocupes por mí. Pero, si no te mantienes en contacto con nosotros, le destrozarás el corazón a Sarah.

—Lo haré.

En la estación de autobuses, la gente se volvió a mirar cómo un hombrecillo calvo y de prominente barriga abrazaba a un hombre corpulento vestido con ropa de trabajo. Luego, el hombrecillo se alejó apresuradamente, sin atreverse a decir nada.

En la taquilla, Dan sacó un billete de ida a Los Angeles.

Seis meses después, Dan Lavette salía de la cárcel de Los Angeles, tras haber cumplido noventa días de condena por resistencia a la autoridad. Llevaba un par de zapatos, un par de pantalones de mahón y una camisa azul de algodón que constituían la totalidad de sus posesiones. Pesaba cuatro kilos menos que cuando entró en la cárcel. Por lo demás, se sentía razonablemente bien, consolándose con el hecho de que en sus cuarenta y un años de vida aquélla era la primera vez que lo metían en la

cárcel. Los noventa días habían sido interesantes e instructivos y, de vez en cuando, mortalmente aburridos. Había pocos libros en la cárcel, pero había encontrado un ejemplar de *Guerra y paz*, que tantas veces le había insistido May Ling para que lo leyera, y lo había terminado. Había leído también *El regreso del nativo* y *Una tragedia americana*. Había sobrevivido al intento de asesinato por parte de un recluso drogado, escapando con una leve cuchillada entre dos costillas, y había tomado unas doscientas setenta de las peores comidas que hubiera probado jamás, y había conocido la insensatez y la futilidad de un sistema de castigo que no había experimentado modificaciones desde el alba de lo que el hombre llamaba eufemísticamente civilización. Había pasado también innumerables horas tendido en un camastro lleno de chinches, tratando de hallar algún sentido y validez a su vida, pensando en muchas cosas, pensando en sus hijos nacidos de los vientres de dos mujeres y pensando en las mujeres.

Sin las mujeres, sólo estaba medio vivo. Dentro de su enorme corpachón, había una dulzura casi sensiblera, una angustiosa y suplicante necesidad de ser amado, de ser valorado, de que se le dijese con palabras, actos y gestos que era humano, que era algo más que un bruto insensible e ignorante; y todos sus esfuerzos por demostrárselo a sí mismo practicando el juego de los cultos y los poderosos eran en vano. Al sacar el billete de autobús para Los Angeles, una parte de él estaba volviendo a May Ling; y él comprendía mejor esta parte de sí mismo que la otra, la parte de él que temía regresar. Le resultaba difícil la introspección; compensaba esta deficiencia, haciendo cosas, y en la prisión, por primera vez en su vida, había permanecido día tras día sin tener nada que hacer.

Al llegar a Los Angeles no fue a ver a May Ling. Se dijo que necesitaba un empleo. Encontró una habitación por tres dólares semanales en el «Hotel Charlton», en el centro de Los Angeles, un cuartucho destartado, con una estrecha cama, una cómoda, una silla y una bombilla desnuda colgando del techo. Se tendió sin sueño en la cama y pensó en May Ling y se dijo que buscaría primero un trabajo. Main Street era el centro del triste vientre de Los Angeles, una sucesión de salas de billar, tabernas clandestinas, figones infestados de piojos, restaurante chinos y descarados burdeles; y la tristeza radicaba en el tormento de varios millares de hombres buscando trabajo donde no había. Ante un cartel que decía: «Se necesitan personas para limpiar retretes» había doscientos hombres esperando.

Logró un trabajo de dos días en un solar, rascando la roña de varias máquinas agrícolas en reparación. Le pagaron tres dólares al día, y nadie de cuantos trabajaban allí se quejaba del salario.

En Signal Hill fluía el petróleo —al igual que de mil otras torres que moteaban la ciudad extendida e informe— desde la parte centro hasta Wilshire Boulevard, Venice y Torrance. Encontró tres semanas de trabajo en Signal Hill, donde fue elegido entre

doscientos hombres por su corpulencia y su fuerza; y, durante tres semanas, trabajó al sol, forcejeando con tuberías, perforadoras y cadenas, sintiendo cómo se le endurecían los músculos y su cuerpo respondía al esfuerzo físico. Cobraba veinte dólares por semana, y su mente se hallaba llena de pensamientos en los que May Ling era la figura central, con temores, esperanzas e ilusiones —y también con el pensamiento de que ella podría estar ya casada, o podría odiarle, lo cual habría sido justo—, y luego él y otros cuarenta hombres fueron despedidos, y ya no encontró más trabajos. Lo intentó todo. Cuando apareció en el *Times* de Los Angeles un anuncio solicitando hombre de más de uno noventa de estatura para el estudio cinematográfico de Culver City, se dirigió allí, aunque le faltaban tres centímetros para la talla requerida. Pero él era sólo uno entre un millar de hombres altos, y, al cabo de tres horas de espera, se cerraron las puertas de la «Metro».

Caminando una noche por la Calle 3, sacó el fajo de dieciséis billetes de un dólar que le quedaban y fue asaltado por detrás por dos hombres que estaban más desesperados aún que él. Cayó al suelo, escapándosele el dinero de la mano, y, cuando los dos hombres se precipitaron a coger el dinero, saltó sobre ellos, luchando insensata y furiosamente por la pequeña fortuna que representaban dieciséis dólares. Se les unió un tercer hombre, y luchó contra los tres; y, cuando llegaron los policías, estaba tan sumergido en la violencia a que se había entregado que luchó también contra ellos. Magullado, con un ojo cerrado y la camisa manchada de sangre seca, contó su historia al juez, quien, a su vez, le dijo que tenía suerte de que no le impusiera más que noventa días de cárcel.

Y ahora todo había terminado y salía de la cárcel con lo que llevaba puesto y nada más.

Desde el centro de Los Angeles a San Pedro hay unos treinta kilómetros. Dan emprendió la marcha a pie. Se había hecho un sencillo cálculo; los pesqueros zarpaban de San Pedro, y donde había pesqueros había pescado, nadie se moría de hambre. En cualquier caso, era su oficio, y, aunque habían pasado veinte años desde la última vez que pisara la cubierta de un pesquero, no lo había olvidado. Después de dos horas de soportar el ardiente sol de la California meridional, comprendió que caminar por Los Angeles era completamente diferente de hacerlo por San Francisco. Se detuvo en un surtidor de gasolina, donde bebió agua de una manguera y permaneció a la sombra hasta que el dueño le dijo que se marchara o llamaría a la policía. Echó a andar de nuevo, y un camión cisterna frenó y le llevó hasta Sepulveda Boulevard. Desde allí, recorrió a pie los diez kilómetros que le quedaban. Anochecía, y el calor del sol había sido sustituido por el fresco viento que soplaba del mar. Atraído por el resplandor de varias fogatas, se adentró en una extensión cubierta de maleza y situada frente a Gaffey Street. Por lo menos cien hombres sin trabajo ni

vivienda se congregaban en torno a hogueras hechas con maderos y tablas de desecho. Se unió a uno de los grupos, donde fue recibido con algún que otro silencioso movimiento de cabeza, sin más. Eran hombres silenciosos, abatidos y desalentados. Sobre las brasas reposaba una lata de diez litros con pescado y agua. Cuando la retiraron del fuego, rebuscaron en su interior con otras latas más pequeñas. Dan no había probado bocado desde la mañana, pero había aceptado su cordialidad sin haber sido invitado y no tenía intención de pedir comida. De todos modos, detestaba el pescado. Pero, cuando un anciano que estaba sentado a su lado sacó de la lata de sardinas que usaba como plato un pedazo medio cocido de caballa y se lo ofreció a Dan, éste lo aceptó y advirtió que había olvidado que detestaba el pescado... o, quizá, que a un hombre hambriento cualquier cosa le sabe bien.

Uno a uno, los hombres congregados en torno a la hoguera fueron disponiéndose a dormir. Dan hizo su lecho en el suelo. Su fina camisa le protegía mal del frío, y despertó varias veces tiritando. Finalmente, llegó la mañana, y con ella el calor del sol.

Los cuatro días siguientes fueron una pesadilla; era la primera vez que Dan Lavette perdía el control de su vida. En toda su vida adulta jamás tuvo la sensación de estar sin control. Incluso en la cárcel, cuando aquel hombre se abalanzó contra él empuñando un cuchillo, había conservado la calma y desviado la hoja. El control era la esencia de sí mismo, tal como él se veía, la esencia de su masculinidad, de su derecho a tener dinero o a no tenerlo, según le pareciera, pero siempre según le pareciera. Podría suspender el control, pero nunca había tenido que renunciar a él.

El anciano que había estado sentado junto a él ante la hoguera le dijo:

—Bastan veinticuatro horas sin comer para hacer un vagabundo, o cuatro días sin afeitarse.

Al cabo de cuatro días sin afeitarse, dos de ellos sin comer, lo admitió. Era un vagabundo. Todos eran vagabundos. San Pedro rebosaba de vagabundos, porque cuando uno no tenía dinero, ni trabajo, ni sitio alguno en que reposar la cabeza, era un vagabundo. San Pedro tenía una población de treinta y siete mil habitantes, y por cada quince de ellos había un marinero que no se hacía a la mar, un metalúrgico o soldador o carpintero de los diques secos en paro, un estibador en paro, un oficinista en paro, un pescador en paro..., seres fantasmales que permanecían sentados en silencio en los muelles, o arrastraban los pies por las calles, o se tumbaban en solares abandonados o en las playas... ¿y a quién le importaba un bledo que uno de ellos fuese Dan Lavette? ¿A quién le importaba un bledo la carne humana sin dinero?

Se sentó sobre una caja en el muelle y miró a los pesqueros y habló consigo mismo sin escuchar, que era algo que había aprendido a hacer después de dos días sin comer. En el océano, a lo lejos, asomando sólo la punta de sus mástiles se divisaba un barco, a quince millas de distancia, por lo menos, según sus cálculos, justamente

fuera de las aguas territoriales; probablemente, un barco de abastecimiento cargado hasta los topes de whisky destinado a los contrabandistas; y trató de recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que probó el whisky, o un huevo fresco, o un trozo de carne decente. Se acordó de May Ling regañándole por la grasa que se le iba acumulando en la cintura. Ya le había desaparecido. Estaba ayunando, y no le sobraba ni un gramo de grasa. Uno o dos días más, y empezaría a tambalearse. Los vagabundos se tambaleaban, pero no a consecuencia del licor, sino debido a pura y simple inanición. Lo malo era, se dijo, que había perdido su ambición; en otro caso, encontraría de nuevo el lugar donde cocían pescado y cabezas de pescado en latas de petróleo. Bien, se quedaría allí un rato y, luego, reflexionaría. Se frotó la espesa barba que le cubría las mejillas, preguntándose qué aspecto tendría.

Y, entonces, oyó que le llamaban por su nombre. Un hombre había bajado de una de las lanchas. Después de pasar ante él, se había vuelto, le había mirado, retrocedido unos pasos y, luego, preguntado con tono vacilante:

—¿Dan Lavette?

Dan miró inexpresivamente al corpulento hombre de cincuenta y tantos años y rostro quemado por el sol.

—Tú eres Dan Lavette.

Dan levantó la cara hacia él y asintió con la cabeza.

—¡Maldita sea! ¿No te acuerdas de mí? Pete Lomas. Yo mandaba tu flota en el muelle de San Francisco.

—¿Pete? Sí, claro. Me alegro de verte.

Lomas le estaba examinando muy atento, midiéndole con los ojos.

—No te va muy bien, ¿eh? La última vez que oí hablar de ti estabas en la cumbre.

—He bajado.

—Bueno, muchos lo han hecho. Anda, ven a tomar un trago. Hablaremos de los viejos tiempos.

Dan movió la cabeza.

—No..., no. Mejor, no.

—¿Tienes hambre? ¿Cuándo has comido por última vez?

—¡Diablos, no, no tengo hambre!

—Yo sí. Anda, acompáñame, Dan. Venga.

—No.

—¡Ah, déjate de tonterías! Vamos. Ha pasado mucho tiempo. —Cogió a Dan del brazo—. Ven, Dan.

—De acuerdo —accedió Dan—. Estoy mintiendo. Estoy arruinado. Estoy hambriento. No puedo pegar la gorra, Pete. Encuentras a un vagabundo a quien no has visto desde hace veinte años. No tienes ninguna obligación.

—Eso es una estupidez. Vamos.

Se dirigieron a un restaurante ambulante instalado en Harbor Road, y Lomas pidió huevos con jamón y patatas fritas y café para los dos. La camarera colocó ante ellos un cestillo de pan, y Dan no pudo contenerse. Empezó a comer pan. Lomas le miraba. Llegaron los huevos con jamón. Dan levantó la vista y se excusó.

—¡Cristo, estoy comiendo como un cerdo!

—¿Cuánto tiempo? —preguntó suavemente Lomas.

—Dos días sin probar bocado. El día anterior fui a un comedor de beneficencia. Luego, lo cerraron.

Lomas asintió con un gesto.

—Las monjas de Santa María. Lo mantienen en funcionamiento hasta que se les acaba el dinero. No tardarán en volver a abrirlo. Suelen acudir a mí para pedirme pescado. Anda, come. ¿Quieres más?

—No, es suficiente. ¿Qué pescas, Pete?

—Caballa. Tengo mi propio barco. Mi mujer enfermó de asma hace unos diez años, y el médico dijo que necesitaba un clima seco. Así que nos vinimos aquí y compramos un *bungalow* en Downey. No es que le siente muy bien, pero es mejor que al Norte, supongo.

—¿Caballa? ¿Cómo la capturas?

—Con redes redondas, generalmente de arrastre. Pescamos de noche, y echamos las redes. Depende mucho de la estación. Cogemos caballa azul y caballa menuda. Tiene buen mercado, porque es mucho más barata que la carne. Traemos dos toneladas al día, y a veces más, la vendemos a tres o cuatro centavos la libra. Tengo dos tripulantes y nos matamos a trabajar. Podría emplear un tercero.

—No estoy pidiendo limosna —replicó Dan.

—¡Mierda! Te sangrarán las manos y tendrás la espalda destrozada al final del primer día, así que no me vengas con historias de limosnas. Te respeto, Dan, así que no trato de embaucarte. Pago ocho dólares al día cuando pescamos. Eso es lo que pago a mis otros hombres y eso es lo que te pagaré a ti. Hacemos mareas de diez horas, a veces más. La paga es la misma, diez horas, doce horas..., así que no te doy nada que no tengas que sudarlo. ¡Cristo, Dan, no eres el primer tipo que se encuentra en apuros! Tengo un trabajo para ti. ¿Sí o no?

—Acepto —contestó Dan—. ¡Qué diablos, no soy mal pescador!

—Puedes decirlo otra vez.

Mark Levy mencionó a Sarah sus dolores en el pecho y, ante la preocupación y la insistencia de ella en que fuera al médico, se abstuvo de volver a hablar del asunto. Le había estado molestando el estómago, y se dijo que se trataba simplemente de gases. Sus planes para comprar la tienda de artículos de pesca se habían desvanecido. No podía imaginarse nuevamente en pie detrás de un mostrador. A pesar de todas sus

advertencias y prevenciones a Dan a lo largo de los años, había practicado el juego con él.

Fue un juego maravilloso mientras duró, con el gran hombre entrando y saliendo del despacho como una fuerza de la Naturaleza, un niño grande y desenfadado construyendo un imperio. Bueno, no precisamente un imperio, más bien una enorme versión del juego de arquitectura que les había comprado una vez a sus nietos. Sí, lo habían hecho, y sus barcos surcaron los mares, y sus aviones cruzaron los cielos cuando pocos soñaban aún que personas corrientes volaran por los cielos como pasajeros de aviones. Habían construido los mayores grandes almacenes del oeste del continente y habían levantado el mayor hotel de las islas Hawai, y lo habían hecho ellos solos.

Y ahora Dan se había ido, y no había tenido ninguna noticia de él desde su marcha. No había nadie con quien pudiera hablar de Dan, ni siquiera con Sarah, y tampoco podía expresar en palabras lo que sentía hacia él. Habían sido como hermanos, pero ni siquiera unos hermanos tenían esa sencilla y natural intimidad que había caracterizado su relación. A lo largo de los años, él había permanecido en el despacho mientras Dan recorría el país y el mundo, pero, a través de él, había alcanzado, tocado y sentido todo lo que Dan tocaba y sentía. Ahora no hacía nada, porque nada le interesaba especialmente. Vivía con sus recuerdos. Se sentaba en el jardín, con los ojos cerrados, tratando de recordar su primer encuentro con Dan. Probablemente, Dan no tendría más de seis años la primera vez que su padre, Joe Lavette, le llevó a la tienda. El padre de Mark aún vivía entonces, y Mark recordaba cómo hablaban de los viejos tiempos en que se estaban construyendo los ferrocarriles y aún quedaba oro que extraer de la tierra.

O, si no, Mark vagaba por la casa, de habitación en habitación, como si buscara algo que hubiese perdido. Sarah le observaba en silencio, con el corazón angustiado, incapaz de ayudarlo, incapaz de salvar la brecha que hacía tanto tiempo se había abierto entre ellos.

Cuando sufrió el infarto, Sarah no estaba con él. Se encontraba en la casa. Él estaba afuera, sentado en el jardín, y allí lo encontró, muerto a consecuencia de lo que el médico describió después como una obstrucción masiva de coronarias. Sarah no perdió el ánimo. Telefoneó al médico y, luego, telefoneó a Jake, que se encontraba en Higate. Una hora después, llegaron a la casa Jake y Clair, y sólo entonces entró Sarah en la cocina y lloró desconsoladamente.

Pocas horas más tarde, tras haberse recobrado, Sarah dijo a Jake:

—Quiero que encuentres a Danny. Quiero que sepa esto. No quiero que entierren a papá sin que esté presente Dan y no quiero que ninguna otra persona hable sobre él en el funeral.

Pero no hallaron ni rastro de Dan, ninguna pista, ninguna dirección. Por lo que a

los Levy se refería, había desaparecido de la faz de la Tierra. Ninguno de ellos tenía la más mínima idea de adonde había ido, ni en qué dirección o a qué distancia. Sarah le dijo a Jake que tratara de ponerse en contacto con May Ling, que vivía en algún lugar de Los Angeles, pero ninguno de ellos sabía que había adoptado el apellido Lavette, y en la guía telefónica de Los Angeles no figuraba ningún Feng Wo.

Seis semanas después de haber empezado Dan a trabajar para Pete Lomas sobre la base de seis días a la semana, con las caballas acudiendo en masa y besando las redes, como ellos decían, Lomas llevó su barco al dique seco para limpiar fondos. Dan tuvo tres días libres. Las seis semanas le habían cambiado. Delgado ya después del tiempo pasado en la cárcel, sus músculos se habían endurecido y sus manos estaban callosas. Tenía la piel tostada por el sol y se sentía mejor de lo que se había sentido en muchos años.

El día en que el barco fue llevado al dique seco, se afeitó cuidadosamente, se puso un par de pantalones de algodón que se había comprado aquella misma mañana, una camisa blanca y un jersey y tomó el interurbano para Los Angeles. Trató de no forjarse esperanzas y no anticipar nada; pero no era fácil. Le resultaba imposible dominar su excitación, pero no tenía realmente ni idea de qué era lo que le esperaba. Hacía más de tres años que no veía a May Ling. El chico, su hijo, tendría ya catorce años. ¿Cómo se acerca uno a un chico de catorce años y le dice que es su padre? «Yo soy tu padre, que te abandonó y te echó». ¿Cómo se hace? ¿Qué dice el chico? ¿Qué siente?

Localizó el miedo entre todas las demás emociones que le acosaban. El miedo era lo que más destacaba... miedo a que May Ling le hubiera borrado de su vida. ¿Y por qué no? Y había también otras alternativas de miedo. May Ling podría haber muerto. Por mucho que rechazaba la idea, ésta seguía volviendo a su mente. Podría estar casada con otro. Su amor podía haberse convertido en odio. Él había visto el amor convertirse en odio.

Es inútil pensar, se dijo. Habían pasado casi dos años desde que abandonara la casa de Russian Hill, y durante dos años el miedo y la duda y su peculiar necesidad de autoflagelación le habían mantenido alejado.

Bajó del autobús en Vermont Avenue y se dirigió a pie hacia el campus. Hacía calor, y se quitó el jersey y se lo echó al brazo. En el campus experimentó un momentáneo acceso de terror, la sensación de que todo su mundo se estaba derrumbando a su alrededor. Los edificios se hallaban cercados con vallas de madera. Los jardines aparecían descuidados y las plantas secas, amarillentas y marchitas, como si la Universidad de California en Los Angeles hubiera sido arrojada al montón de escombros de la Depresión. Pero luego el sentido común le dijo que las universidades no se desvanecen tan fácilmente, y merodeó por los alrededores hasta

encontrar un vigilante, que le informó de que toda la Universidad había sido trasladada a su nuevo campus en la ciudad de Westwood.

Un autobús interurbano rojo le llevó, entre sacudidas y traqueteos, a Westwood, y un nuevo temor le asaltó entonces. ¿Por qué estaba tan seguro de que ella continuaba en el mismo empleo? ¿Y si se encontraba con que aquello era un callejón sin salida? ¿Y si no le esperaban más que callejones sin salida?

Cruzó lentamente y con pasos vacilantes el campus, preguntando por la biblioteca. Los terrenos eran más extensos que los del antiguo campus, con partes todavía en construcción, sinuosos senderos y edificios de ladrillos rojos, y chicos y chicas que pasaban a su lado como si no existiese. Llegó a la biblioteca y se detuvo ante ella, y ahora que estaba allí le abandonó el valor y permaneció sin moverse durante unos quince minutos. Había junto a la pared un montón de maderos de la altura de un banco, y se sentó allí, sin poder decidirse a entrar en el edificio de la biblioteca.

Transcurrieron los minutos. Tenía un reloj «Ingersol» de un dólar, y estaba tan nervioso, tan desesperado, que podía oír su tictac, en el bolsillo. Lo miró de nuevo. Eran las cuatro y cuarto. Se levantó para entrar en la biblioteca, pero en seguida se dejó caer otra vez en el montón de maderos. Los estudiantes entraban y salían de la biblioteca, y él continuaba esperando.

A las cuatro y media, May Ling salió del edificio. Vestía una falda gris plisada que le llegaba por debajo de las rodillas, blusa blanca y jersey negro. Se había cortado el pelo. Había unos veinte metros de distancia entre el lugar donde él se encontraba y la fachada de la biblioteca, y a esa distancia ella parecía casi una adolescente, la misma muchacha esbelta y de piel marfileña que él había conocido en el apartamento de San Francisco, en otra vida y en otro tiempo.

May Ling permaneció allí un instante, respirando el fresco aire, y él experimentó un súbito acceso de pánico. Se volvería y se alejaría, sin verle, y él continuaría inmóvil donde se encontraba. Pero entonces ella le miró. Quedó petrificada unos instantes y, finalmente, se dirigió hacia él. Dan se puso en pie, mirándola, y ella se detuvo a unos dos metros, observándole, los pesados zapatos de trabajo, los pantalones de algodón, la camisa blanca con las mangas remangadas, los fuertes y musculosos brazos tostados por el sol y el delgado rostro. Nunca le había visto la cara tan delgada, con la piel tensa sobre los huesos. No era el mismo hombre y, sin embargo, lo era. Se acercó más y levantó la mano y le tocó la mejilla, en un gesto tan característico de ella que Dan sintió llenársele de lágrimas los ojos. No podía hablar. Simplemente, permanecía allí, mirándola, advirtiendo que los años no la habían dejado intacta, reparando en las grises hebras de sus cabellos y en las minúsculas arrugas que bordeaban sus ojos. Los oscuros ojos de la mujer se posaron en los suyos, con una mirada directa y escrutadora; y, de pronto, se sintió débil y totalmente

exhausto. Retrocedió y se sentó en el montón de tablas, cubriéndose la cara con las manos, tratando de dominar los sollozos que agitaban su cuerpo. No había llorado desde que era niño.

May Ling se sentó a su lado. Durante casi diez minutos ambos permanecieron en silencio, sin hablar. Luego, May Ling dijo:

—Creía que habías muerto —su voz era un murmullo—. Fue como morirme yo misma. Leí en los periódicos lo que le pasó a tu Compañía, y esperé; luego telefoneé a Stephan Cassala a San Mateo, y me dijo que Mark había muerto y que tú habías desaparecido...

—¿Mark muerto? —preguntó afligidamente—. ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo?

—Hace cuatro meses, creo. Sufrió un ataque al corazón.

—No lo sabía.

—¿Dónde estabas, Danny?

—En la cárcel.

—¡Oh, no! No.

—Me encuentro perfectamente ahora. Estuve allí sólo tres meses. ¡Pero Mark... oh, Cristo, este maldito y asqueroso mundo!

—Es un mundo bueno y hermoso, Danny.

—Nosotros estamos aquí, y Mark está muerto. No era viejo. Cincuenta y un años.

—Nosotros estamos aquí, Danny. He llorado mucho por ti.

Dan lloraba abiertamente ya. Los estudiantes que pasaban se volvían a mirar al hombre moreno y corpulento que sollozaba sentado junto a una menuda mujer china que le apretaba con fuerza la mano.

—¡No llores, Danny, por favor!

Dan sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

—¡Pobre Sarah! —dijo—. ¿Está bien?

—Creo que sí. No lo sé.

Entonces, él recordó y le preguntó:

—No estarás casada, ¿verdad?

—¿Quién iba a casarse conmigo, Danny?

Él estaba riendo y llorando a la vez, frotándose los ojos.

—Tengo un trabajo —farfulló—. Soy pescador otra vez. —Movié la cabeza y se inclinó hacia adelante para ocultar las lágrimas que comenzaban a fluir de nuevo—. No sé por qué estoy haciendo esto. ¡Dios Todopoderoso, no puedo estarme aquí llorando!

—Ven a casa conmigo, Danny.

May Ling le cogió del brazo, y él se levantó y caminó con ella. Ni siquiera el dolor de saber que Mark había muerto podía atenuar su sensación de ser, de existir, el conocimiento de que aquella extraña y menuda mujer china que se llamaba May Ling

que, en cierto modo, era parte de sí mismo se hallaba allí, a su lado.

Cuando la Universidad de California en Los Angeles se trasladó a su nuevo campus de Westwood Village, Westwood era todavía un lugar de campos abiertos de maíz y cebada, bosquecillos de naranjos y ondulantes colinas. Pero no tardaron en llegar los contratistas, sabuesos que venteaban el primer olor, y pronto empezaron a surgir pequeñas casitas en torno al campus. May Ling había comprado una de esas casas. Era una bonita casa de madera de dos pisos, con un cuarto de estar, comedor y biblioteca en la planta baja y cuatro dormitorios en el primer piso. El precio era de dieciséis mil dólares, con un pago inicial de sólo cinco mil dólares y una hipoteca de once mil. En la parte trasera tenía un jardincillo con una gran encina. En conjunto, era una casa agradable y cómoda y situada a corta distancia del campus. Dan y May Ling fueron hasta ella andando despacio, cogidos de la mano.

Poco a poco, él le fue contando lo que había sucedido, en líneas generales, sin entrar en detalles. Los detalles vendrían después. Ella le conocía lo suficiente como para no preguntarle por qué había esperado.

Comprendía sus temores, en particular el intenso miedo a enfrentarse a su hijo.

—Lo lograremos —dijo ella.

Estaban ya a la vista de la casa.

—¿Se acuerda de mí?

—Claro que se acuerda de ti. Solamente han pasado cinco años.

—O cien años. ¿Qué siente hacia mí?

—Tiene catorce años, Danny. Él mismo no sabe lo que siente. Pero es un buen chico. Es serio y reflexivo.

—¿Y tu padre?

—¡Danny, adora hasta la tierra que pisas! ¿No lo sabes?

—Nunca he estado tan asustado en toda mi vida.

Entraron en la casa. Dan se detuvo embarazado en el cuarto de estar, mirando el quimono, las blancas cortinas y, sobre una mesa en el rincón, una fotografía de May Ling y él tomada en Hawai.

—Papá —llamó May Ling—, ha venido un viejo amigo al que quiero que saludes. Mamá, tú también.

Feng Wo salió de la biblioteca, más calvo, más delgado, ligeramente encorvado, con las gafas en la punta de la nariz y mirando a Dan por encima de ellas. Clavó la vista en él, se recuperó y sonrió.

—Señor Lavette —dijo, inclinándose ligeramente—, ¡qué placer! ¡Qué placer tan inesperado! Sea bien venido a nuestro humilde hogar.

So-Toy salió de la cocina, frotándose las manos en el delantal. Se detuvo en seco al ver a Dan y se le quedó mirando. Su marido le dijo algo en chino, y ella movió

afirmativamente la cabeza. Luego, se echó a llorar y regresó apresurada a la cocina.

—Se le pasará —dijo Feng Wo.

—¿Dónde está Joe? —preguntó May Ling.

—En su habitación, creo.

May Ling cogió a Dan de la mano y le llevó escaleras arriba. La puerta de la habitación del niño estaba cerrada. May Ling llamó con los nudillos.

—Adelante.

May Ling abrió la puerta. El muchacho estaba echado en la cama, leyendo. Dan apenas si le habría reconocido, un muchacho patilargo y corpulento, que se volvió a mirarlos con aire interrogante. Luego se levantó y quedó frente a Dan, alto, tan alto casi como Dan, con manos y pies exactamente grandes. Permaneció allí, mirándole.

Dan movió la cabeza y apretó los puños.

—No sé qué decir —murmuró el chico.

—Yo tampoco —musitó Dan.

—Te he echado de menos —tartamudeó el muchacho—. Mamá creía que habías muerto.

—Os he echado mucho de menos.

El chico movió afirmativamente la cabeza.

—Has crecido.

Volvió a hacer un gesto de asentimiento.

—Ignoro lo que sientes hacia mí —dijo Dan, hablando con gran dificultad—. De nada sirve decir que lo siento, pero es verdad. Lo siento. Debería haber estado contigo.

El muchacho se sentó en la cama, mirando al suelo. May Ling cogió del brazo a Dan y le llevó hacia la puerta. Dan salió detrás de ella, que cerró la puerta de la habitación.

—Me odia —dijo Dan.

—Oh, Danny, tiene un álbum de recortes lleno de fotografías tuyas publicadas en periódicos y revistas. No te odia. Dale tiempo.

La madre de May Ling se retiró a la cocina para preparar la cena. Cuando se sentaron los cinco a la mesa, May Ling se negó a participar en el silencio. El silencio no era para ella, y su corazón estaba entonando su propia canción; y, si el hombre alto, delgado y tostado por el sol que se hallaba sentado a su lado era un extraño para todos los demás, no era un extraño para ella. Había comida suficiente para doce personas hambrientas. Se lanzó a narrar la historia de su primer encuentro, de cómo le había descrito detalladamente cada plato, y el recuerdo le hizo reír. Su hijo la miraba sin comprender. Nunca había visto así a su madre. Feng Wo miraba y escuchaba en silencio, con una sombra de preocupación en sus ojos. Cruzaba por su mente la idea de que sólo una persona temeraria sucumbe a la felicidad. Su hija no

era una persona temeraria, y nadie había preguntado aún si Daniel Lavette iba a marcharse de nuevo. ¿Y dónde había estado?

Dan empezó a hablar. Él era pescador, les dijo. Pescaba caballa en San Pedro; luego les contó cómo zarpaban los barcos y cómo aparejaban las redes y capturaban los peces, y cómo luchaban contra el mar cuando el mar luchaba contra ellos, y lo que era batallar entre la tempestad y las frías olas. Nunca había hablado de estas cosas antes. Se había pasado la vida olvidando. Ahora hablaba con una especie de compulsiva necesidad, tratando de explicar que se sentía contento. Pero era algo que se sentía incapaz de explicar. Feng Wo se dijo a sí mismo que aquello no necesitaba explicaciones; cuando la vida de un hombre es una obligación para con un hecho, una palabra, una acción que no ha sido emprendida antes, la obligación no es condicional. So-Toy, diminuta y arrugada dama china, escuchaba sin comprender muy bien, y su nieto, Joseph Lavette, se dejaba arrastrar por las palabras del hombre. Recordaría toda su vida aquella noche, el gran hombre quemado por el sol que era su padre, que había dirigido los barcos que surcaban los mares y los aviones que cruzaban los cielos, y que ahora era pescador y estaba contento de serlo, que hablaba tan lenta e intensamente sobre lo que era ser pescador, desechado ya todo su pasado. El muchacho no lo sabía. Le desconcertaba la idea de que un imperio pudiera ser arrojado por la borda, pero comprendía vagamente lo que su padre estaba intentando decir. Su madre le había dado una sensación de la adecuación de las cosas, el sentimiento de la vida que se extendía sobre aquel lugar llamado California y que le había engendrado a él, mitad chino, un cuarto italiano, un cuarto francés, para ser el heredero, no de riqueza ni de poder, sino de las intrincadas fuerzas humanas que motivaban a aquellas personas.

May Ling observaba y escuchaba al único hombre que había amado y a quien se había entregado en la única vida que tenía. Comprendía el silencio y la práctica del silencio, y ése era uno de los lazos que le unían a Dan Lavette. No era un hombre locuaz. Cuando hablaba de lo que era y de lo que hacía y de lo que sentía en su interior, las palabras tenían que ser arrancadas de sus entrañas. May Ling se daba cuenta de lo que aquel día había supuesto para él y de lo que ella había contribuido al notificarle la muerte de Mark. Su vida había quedado maltratada y destrozada, y eso era necesario. No había otra forma de que llegase a una explicación consigo mismo. Ella comprendía la ilusión de la libertad de acción, y, finalmente, a su propia manera y a su propio tiempo, él había llegado a comprenderla también. Era un gran triunfo lo que Dan estaba celebrando, pero el conocimiento de este hecho sería para ellos dos solos y solamente para ellos dos.

Por eso, cuando él empezó a hablar, ella no dijo casi nada, limitándose a escuchar. Y Dan, mirándola de soslayo, la pequeña nariz, la boca menuda y perfectamente formada, la delicada imagen de una mujer que podría haber estado hecha de

porcelana, percibía su serenidad, su comprensión del momento, y se daba cuenta de que, en realidad, no había necesidad de explicar nada, que lo que había sido había sido. Aunque él no hubiera regresado jamás, habrían estado siempre juntos.

Se casaron en el Ayuntamiento, con Feng Wo y su mujer como testigos y un silencioso y feliz muchacho de catorce años para completar la fiesta nupcial. El empleado quedó ligeramente desconcertado ante el hecho de que una mujer que se llamaba mistress Lavette se estuviera casando con un hombre llamado mister Lavette.

—¿No son parientes? —le preguntó.

—De sangre, no —respondió May Ling, sonriendo.

—Entonces, ¿ha estado usted casada con otro mister Lavette?

—No, legalmente casada, no. Tan sólo vivíamos juntos —contestó alegremente May Ling—. Pero él se fue hace mucho tiempo.

El empleado consultó con un compañero.

—¿No está usted casada en la actualidad?

—¡Oh, no, en absoluto!

—¿Y usted? —preguntó a Dan.

—No estoy casado.

—Es extraño —murmuró el empleado.

Pero, al final, las murallas de la burocracia se derrumbaron, y pudieron casarse. Los cinco lo celebraron con un banquete de bodas en un restaurante chino próximo al Ayuntamiento, en el que So-Toy se quejó de lo horrible que era la comida y en el que May Ling dijo que todo sabía a ambrosía, cosa que So-Toy no entendió en absoluto. Con una entrega inicial de veinte dólares, Dan había comprado un «Ford» sedán de 1930, y, después de comer, montaron en él y regresaron a Westwood. May Ling sugirió que dedicasen el resto de la tarde a alguna especie de luna de miel, así que, después de dejar a Feng Wo y su esposa y al joven Joseph en la casa de Westwood, Dan y May Ling continuaron en el coche hasta Santa Monica Beach. Pasaron a lo largo de la playa cogidos de la mano y, luego, se sentaron en una roca a contemplar las olas. A excepción de las gaviotas que surcaban veloces el cielo, llenando el aire con sus chillidos, la playa se encontraba desierta. Comenzaba a caer el crepúsculo. Llevaban un rato en silencio, un silencio plácido, no embarazoso, siendo suficiente su mutua presencia. Y, entonces, May Ling le preguntó:

—¿Qué sientes hacia Jean?

—Le aprecio. Hace mucho tiempo creí estar enamorado de ella. Pero nunca la aprecié. Creo que ahora, sí.

—¿Qué es lo que ha producido el cambio, Danny?

—Él dejarla, supongo.

—Y todo lo demás, lo que llaman la buena vida..., ¿no te arrepientes?

—Podría hacerlo otra vez —respondió él—. Y no hablo por hablar. Pensé en ello cuando estaba sentado ante la hoguera de los arrabales de San Pedro. Un viejo que estaba a mi lado me dijo algo sobre que cuatro días sin afeitarse hacen un vagabundo. Apenas dormí esa noche, y pensé en aquello. Empezar de nuevo. Volver a San Francisco. Eso no era problema. Podía ir en tren. Había dejado en casa de Mark dos maletas con trajes, camisas, corbatas y zapatos. Se necesita ir vestido adecuadamente, y entonces puede uno salir a hacer negocios. Ni siquiera se necesita dinero, basta con tener cara y arrogancia y saber cómo se lleva el juego. Hay veinte hombres en San Francisco que harían negocios conmigo. Barcos, aviones, terrenos. Hasta una cosa como ese puente sobre la Golden Gate de la que llevan años hablando. No sé absolutamente nada de puentes, pero conozco media docena de equipos de ingeniería que se quedarían impresionados si yo entrase en sus estudios y les dijese que empezaran a trazar los planos del puente. Luego, me presentaría al grupo que ha estado hablando del puente todos estos años y les convencería de que yo lo haría realidad, y por Dios que lo conseguiría.

—Pero no has vuelto a San Francisco.

—Me has preguntado si me arrepentía. No es cuestión de arrepentirse de nada, May Ling. Es otra cosa. No puedo expresarlo en palabras. Cuando me contaste lo de Mark, lo primero que pensé fue que Jean lo había matado al exigir la devolución de nuestros préstamos y quitarnos de en medio. Pero me equivocaba. Mark y yo empezamos a morir hace mucho tiempo. No, yo habría preferido morirme allí, en San Pedro, o en algún tugurio de Main Street antes que volver. Por lo menos, habría sido una muerte elegida por mí.

Volvieron a quedar en silencio, contemplando cómo el rojo sol se hundía en el límite del océano. Soplaban del mar la fresca brisa del atardecer, y Dan rodeó con su brazo a May Ling y la atrajo hacia sí.

En las primeras horas de la tarde del 28 de diciembre de 1933, Dan llegó a la casa de Westwood, de regreso de San Pedro. Llevaba su ropa de trabajo, pantalones vaqueros manchados y una camisa azul de algodón, y olía a pescado y a salmuera. May Ling salió a su encuentro cuando bajaba del viejo «Ford» y, después de darle un beso y torcer el gesto ante el fuerte olor que despedía, dijo:

—Espera, Danny. Hay alguien dentro.

Él la miró, desconcertado.

—Tu hija, Barbara.

—¡No!

—Reflexiona un momento. Está de vacaciones de Navidad y ha venido sola hasta aquí para verte. Ha venido en coche, en ese que está ahí, al otro lado de la calle. Ella está dentro y se halla muy nerviosa y asustada. Ahora, si quieres, puedes entrar por la

puerta de la cocina y lavarte allí. Mientras te traeré ropa limpia.

Dan asintió con la cabeza.

—Sí, sí, creo que sí.

Se restregó la cara y las manos en el fregadero de la cocina, lavándose el cuerpo lo mejor que pudo y luego se puso la ropa que le trajo May Ling. Los padres de ella se habían retirado al piso alto.

—Entra solo —dijo May Ling—. Yo esperaré aquí.

Entró en el cuarto de estar, y una muchacha alta y esbelta, de diecinueve años, se puso en pie. Por un momento, en la penumbra de la estancia, tuvo la impresión de encontrarse ante Jean tal como la viera por primera vez; y durante el mismo momento la muchacha permaneció inmóvil, mirándole. Dan extendió las manos, y ella se lanzó a sus brazos, donde él la estrechó con fuerza.

—Papá, lo siento mucho —sollozó la joven.

—No, chiquilla. No hay nada que sentir.

—Te echaba de menos. ¡Oh, te echaba mucho de menos!

Y todo lo que él pudo decir fue:

—Gracias, querida, gracias.

En el libro de Lao Tsé y Chuang Tsé que Feng Wo había traducido del chino y que había publicado la Universidad de California, había unos cuantos versículos de la *Vía natural de Lao Tsé*:

*Cuando profundo amor le mueve, el hombre es valeroso,
y si frugalidad posee se torna generoso.
Y quien no desea estar al frente del mundo
en dirigente del mundo se convierte.*

Notas

[1] Ti: árbol polinesio de raíces comestibles. (N. del T). <<

[2] Toad, en inglés, significa «sapo». (N. del T). <<